

COMENTARIO DE
LA VERDAD PARA HOY



EDDIE CLOER, D.MIN.
EDITOR GENERAL

COMENTARIO DE LA VERDAD PARA HOY

UNA EXPLICACIÓN & APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS



LA VIDA DE CRISTO, 2

DAVID L. ROPER

Escuela Mundial de Misiones
La Verdad para Hoy
2209 Benton
Searcy, AR 72143

Comentario de La Verdad para Hoy
La vida de Cristo, 2
Copyright © 2021 Truth for Today World Mission School
2209 Benton, Searcy, AR 72143

Todos los derechos reservados. Ninguna porción del texto de este libro puede ser reproducida de manera alguna sin el permiso escrito del editor.

ISBN: 978-0-945441-75-5

Traducción realizada por la Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy.

Permiso concedido por Resource Publications (2205 Benton, Searcy, AR, EE.UU.) para el uso del texto único y arreglo del comentario, *The Life of Christ*, 2 (2003).

Texto bíblico: *Reina-Valera 1960*® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.

Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso.

Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.



CONTENIDOS

Prefacio del editor	ix
Abreviaciones	xi
Compendio del volumen 2	1
Parte VI: El ministerio de Cristo de la tercera pascua hasta Su arribo a Betania (continuación)	11
Mt 19.1—20.34; Mr 10.1—52; Lc 9.51—19.27; Jn 7.2—11.54	
Sección II: En Judea	13
Sección III: En Perea	127
Sección IV: A través de Palestina	167
Parte VII: La última semana del ministerio de Jesús	245
Mt 21.1—27.66; Mr 11.1—15.46; Lc 19.29—23.56; Jn 11.55—19.42	
Sección I: Los últimos llamamientos	247
Sección II: La partida final	317
Sección III: Preparación para Su muerte	397
Sección IV: Traición, arresto y juicios	477
Sección V: Muerte y entierro	535
Parte VIII: Resurrección, apariciones y ascensión de Jesús	609
Mt 28.1—20; Mr 16.1—20; Lc 24.1—53; Jn 20.1—21.25	
Apéndice 1: Un estudio adicional	679
Apéndice 2: Tablas y mapas	685
¿Qué es la Escuela Mundial de Misiones de La Verdad para Hoy?	691

APLICACIÓN

Candidatos a discípulos (Lc 9.57-62; vea Mt 8.19-22)	20
El agua viva (Jn 7.37-39)	37
«Habiendo yo sido ciego, ahora veo» (Jn 9)	59
«Señor, enséñanos a orar» (Lc 11.1-13)	83
Errores de un exitoso hombre de negocios (Lc 12.13-21)	100
Arrepentíos o pereceréis (Lc 13.1-5)	114
El resto de la historia (Lc 15.25-32)	141
«Dios, sé propicio» (Lc 18.9-14)	184
Conque piensa usted casarse (Mt 19.3-9)	204
«¿Qué más me falta?» (Mr 10.17-27; Mt 19.16-26; Lc 18.18-27)	214
«¿Qué va a ser usted Cuando sea grande?» (Mt 20.17-28; Mr 10.32-45; Lc 18.31-34)	228
¡El rey invita! (Mt 22.1-14)	282
«Amarás al Señor tu Dios con todo...» (Mr 12.29-30)	306
«Guardaos de la levadura de los fariseos» (Mt 23.1-39; Mr 12.38-40; Lc 20.45-47)	324
Cuando Jesús mira lo que damos (Mr 12.41-44; Lc 21.1-4)	333
«Ha llegado la hora» (Jn 12.20-36, 46-48)	343
Arriesgarlo todo por el señor (Mt 25.14-30)	382
Haced esto en memoria de mí (Mt 26.26; Mr 14.22; Lc 22.19)	424
...Que llevéis mucho fruto (Jn 15.1-12)	453
En el huerto (Mt 26.30, 36-46; Mr 14.26, 32-42; Lc 22.39-46; Jn 18.1, 4, 11)	466
Los juicios a los cuales fue sometido Jesús (Mt 26; 27; Mr 14; 15; Lc 22; 23; Jn 18; 19)	519
«Ellos le crucificaron allí» (Lc 23.33-38, 44-46)	557

«¿Qué me dice usted del ladrón que murió en la cruz?» (Mt 27.38–44; Lc 23.39–43)	558
Los milagros del calvario (Mt 27.45–54; Mr 15.33–38; Lc 23.44–46; Jn 19.28, 30)	581
«Y... fue sepultado»	603
Lo que la resurrección declara	623
«Recibido arriba en gloria» (Mr 16.19; Lc 24.50–53; vea Hch 1.9–12)	665

PARA ESTUDIO ADICIONAL

¿Dónde están los muertos?	152
¿Van los muertos justos directamente al cielo?	162
Enseñanza sobre el matrimonio y el divorcio	202
Las mujeres que estaban junto a la cruz	555
¿Por qué tuvo que morir Jesús en la cruz?	571
¿Qué día murió Jesús?	573
El cuerpo de Jesús resucitado	619

PREFACIO DEL EDITOR

El presente volumen es la 2ª parte de un estudio en dos partes de la vida de Cristo. En realidad, es un suplemento de una serie más amplia sobre las Sagradas Escrituras que eventualmente cubrirá todos los libros de la revelación divina de Dios para nosotros. Este estudio especial de la vida de Cristo no pretende reemplazar otras obras disponibles sobre Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Su propósito es brindar un trato continuo de la vida de nuestro Señor para que podamos estudiar directamente Su vida sin mucha interrupción.

La intención del autor no es que sus comentarios sean considerados infalibles; sabe que está sujeto a errores, como todos los demás. Con escribir una armonía de los Evangelios, lo único que desea el autor es compartir con otros los frutos de su estudio de las Escrituras de toda su vida. Esperamos que este compartir ayude y anime al lector en su búsqueda del conocimiento de Dios revelado en las Escrituras inspiradas.

Conozco a David Roper desde hace muchos años. Ha demostrado ser uno de los mejores siervos de Dios. Muchos han leído otros materiales bíblicos escritos por él y han descubierto que son estudios fieles de esos libros. Creemos que este estudio de la vida de Jesús le ayudará a todo el que lo lea a comprender mejor por qué Jesús vino a la tierra, qué hizo mientras estuvo aquí y las bendiciones que trajo Su vida.

Hasta donde sabemos, los eruditos de la iglesia no han publicado una armonía de los Evangelios desde los días de J. W. McGarvey. Si bien no le llamaríamos a este trato de la vida de Jesús una verdadera armonía de los Evangelios, tiene ese sabor y será muy útil para comprender Su vida y ministerio terrenales. No es posible dejarles a las generaciones futuras un legado mejor que las presentaciones de cada acto y discurso de la vida de nuestro Señor, resultado de nuestra fiel erudición.

Que todos, mediante un estudio diligente de la Palabra de Dios, andemos en la voluntad que Dios tiene para nosotros y para el mundo.

Eddie Cloer, editor general

ABREVIACIONES

ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis	Gn	Eclesiastés	Ec
Éxodo	Ex	Cantares	Cnt
Levítico	Lv	Isaías	Is
Números	Nm	Jeremías	Jer
Deuteronomio	Dt	Lamentaciones	Lm
Josué	Jos	Ezequiel	Ez
Jueces	Jue	Daniel	Dn
Rut	Rt	Oseas	Os
1 Samuel	1 S	Joel	Jl
2 Samuel	2 S	Amós	Am
1 Reyes	1 R	Abadías	Abd
2 Reyes	2 R	Jonás	Jon
1 Crónicas	1 Cr	Miqueas	Mi
2 Crónicas	2 Cr	Nahum	Nah
Esdras	Esd	Habacuc	Hab
Nehemías	Neh	Sofonías	Sof
Ester	Est	Hageo	Hag
Job	Job	Zacarías	Zac
Salmos	Sal	Malaquías	Mal
Proverbios	Pr		

NUEVO TESTAMENTO

Mateo	Mt	1 Timoteo	1 Ti
Marcos	Mr	2 Timoteo	2 Ti
Lucas	Lc	Tito	Tit
Juan	Jn	Filemón	Flm
Hechos	Hch	Hebreos	He
Romanos	Ro	Santiago	Stg
1 Corintios	1 Co	1 Pedro	1 P
2 Corintios	2 Co	2 Pedro	2 P
Gálatas	Gá	1 Juan	1 Jn
Efesios	Ef	2 Juan	2 Jn
Filipenses	Fil	3 Juan	3 Jn
Colosenses	Col	Judas	Jud
1 Tesalonicenses	1 Ts	Apocalipsis	Ap
2 Tesalonicenses	2 Ts		

AB	Amplified Bible (Biblia Amplificada)
ASV	American Standard Version (Versión Estándar Estadounidense)
KJV	King James Version (Versión del Rey Jacobo)
LB	Living Bible (Biblia Viviente)
NASB	New American Standard Bible (Nueva Biblia de Estándar Estadounidense)
NCV	New Century Version (Versión del Nuevo Siglo)
NEB	New English Bible (Nueva Biblia Inglesa)
NIV	New International Version (Nueva Versión Internacional)
NKJV	New King James Version (Nueva Versión del Rey Jacobo)
NLT	New Living Translation (Nueva Traducción Viviente)
NRSV	New Revised Standard Version (Nueva Versión Estándar Revisada)
RSV	Revised Standard Version (Versión Estándar Revisada)
RVR	Reina Valera de 1960
LBLA	La Biblia De Las Américas

COMPENDIO DEL VOLUMEN 2

VI. DE LA TERCERA PASCUA AL ARRIBO DE JESÚS A BETANIA (CONTINUACIÓN).

L. El ministerio pasa a Judea (Lc 9.51–62; Jn 7.2–10; vea Mt 8.19–22; 19.1; Jn 7.1).

1. Los hermanos de Jesús instan a Este a asistir a la fiesta de los tabernáculos (Jn 7.2–9).
2. Jesús viaja en secreto a Jerusalén (Lc 9.51–56; Jn 7.10).
3. En el camino: enseñanza acerca de las prioridades del discípulo (Lc 9.57–62; see Mt 8.19–22).

M. En Jerusalén: la fiesta de los tabernáculos (Jn 7.11–10.21).

1. A la mitad de la fiesta: enseñanza en el templo (Jn 7.11–36).
2. En el último día de la fiesta: enseñanza sobre el agua viva (Jn 7.37–52).
3. Después de la fiesta: enseñanzas adicionales (Jn 7.53–10.21).
 - a. La mujer sorprendida en adulterio (Jn 7.53–8.11).
 - b. Enseñanza sobre la luz y las tinieblas (Jn 8.12–59).
 - c. Enseñanza sobre la ceguera física y la ceguera espiritual (Jn 9.1–41).
 - d. Enseñanza sobre el Buen Pastor y los pastores asalariados (Jn 10.1–21).

N. Ministerio posterior en Judea (Lc 10.1–13.21).

COMENTARIO DE LA VERDAD PARA HOY

1. Jesús y los setenta (Lc 10.1–24).
 2. Jesús y un intérprete de la ley (Lc 10.25–37).
 3. Jesús, María y Marta (Lc 10.38–42).
 4. Jesús y Sus discípulos (enseñanza sobre la oración) (Lc 11.1–13). (Vea el volumen uno para Lc 11.14–36.)
 5. Jesús y un fariseo (Lc 11.37–54).
 6. Jesús y la multitud (Lc 12.1–13.9).
 - a. Enseñanza sobre hipocresía (Lc 12.1–12).
 - b. Enseñanza sobre materialismo (Lc 12.13–34).
 - c. Enseñanza sobre vigilancia (Lc 12.35–48).
 - d. Enseñanza sobre tragedia inminente (Lc 12.49–59).
 - e. Enseñanza sobre arrepentimiento (Lc 13.1–9).
 7. Jesús y una mujer enferma (controversia del día de reposo) (Lc 13.10–21).
- O. Fiesta de dedicación (Lc 13.22; Jn 10.22–39).
1. Conflicto continuado con Sus enemigos (Jn.10.22–30).
 2. Esfuerzos continuados para matarlo (Jn 10.31–39).
- P. Ministerio en Perea (Mt 19.1, 2; Mr 10.1; Lc 13.23–17.10; Jn 10.40–42).
1. Ministerio de Jesús «al otro lado del Jordán» (Mt 19.1, 2; Mr 10.1; Jn 10.40–42).
 2. Jesús cuestionado y advertido (Lc 13.23–35).
 3. Jesús es invitado a la casa de un fariseo y tres lecciones apropiadas sobre banquetes (Lc 14.1–24).
 - a. Una lección de humildad (Lc 14.7–11).
 - b. Una lección de generosidad (Lc 14.12–14a).
 - c. La parábola del gran banquete (Lc 14.14b–24).
 4. Jesús es seguido por una multitud y una lección muy importante (Lc 14.25–35).
 5. Jesús es seguido por publicanos y pecadores y tres conmovedoras historias que enseñan una lección (Lc 15.1–32).
 - a. Asociación de Jesús con pecadores (Lc 15.1, 2).
 - b. La parábola de la oveja perdida (Lc 15.3–7).
 - c. La parábola de la moneda perdida (Lc 15.8–10).
 - d. La parábola del muchacho perdido (Lc 15.11–32).
 6. Jesús es acompañado por Sus discípulos y enseña

COMPENDIO

- una importante lección por medio de la parábola del mayordomo infiel (Lc 16.1–13).
7. Jesús es vigilado por los fariseos y enseña una lección que da que pensar por medio de la «parábola» de el rico y Lázaro (Lc 16.14–31).
 8. Enseñanza miscelánea (Lc 17.1–10).
- Q. A Betania (Jn 11.1–53).
1. La resurrección de Lázaro (Jn 11.1–46).
 2. El decreto del concilio (Jn 11.47–53).
- R. Recorrido final de Palestina (Lc 17.11b; Jn 11.54).
1. Retiro a la ciudad de Efraín (Jn 11.54).
 2. Paso por Samaria y Galilea (Lc 17.11b).
- S. Viaje final a Jerusalén (Mt 19.1—20.34; Mr 10.1–52; Lc 17.11—19.27).
1. Sanidad de diez leprosos (Lc 17.12–19).
 2. Enseñanza sobre el reino (Lc 17.20–37).
 3. Parábolas sobre la oración (Lc 18.1–14).
 - a. La parábola de la viuda perseverante (Lc 18.1–8).
 - b. La parábola del fariseo y el publicano (Lc 18.9–14).
 4. Preguntas sobre el divorcio y enseñanza sobre el matrimonio (Mt 19.1–12; Mr 10.1–12).
 5. Malentendido relacionado con los niños y enseñanza sobre ser como niños (Mt 19.13–15; Mr 10.13–16; Lc 18.15–17).
 6. Una pregunta sobre la vida eterna y enseñanza sobre las riquezas (la historia del joven rico) (Mt 19.16–26; Mr 10.17–27; Lc 18.18–27).
 7. Una pregunta sobre la recompensa que recibirán los discípulos y enseñanza sobre las bendiciones de Dios, incluyendo la parábola de los obreros de la viña (Mt 19.27—20.16; Mr 10.28–31; Lc 18.28–30).
 8. Jesús anuncia Su muerte inminente a Sus discípulos (Mt 20.17–19; Mr 10.32–34; Lc 18.31–34).
 9. Enseñanza para Sus discípulos sobre ser siervos (Mt 20.20–28; Mr 10.35–45).
 10. Bartimeo y el compañero de este son sanados de la

ceguera (Mt 20.29–34; Mr 10.46–52; Lc 18.35–43).

11. Zaqueo es salvado de la codicia (Lc 19.1–10).
12. Jesús corrige a Sus discípulos, la parábola de la minas (Lc 19.11–27).

VII. LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS.

- A. Viernes por la tarde: llegada a Betania (Jn 11.55—12.1).
- B. Sábado en la noche: una cena en Betania (Mt 26.6–13; Mr 14.3–9; Jn 12.2–11).
- C. Domingo por la tarde: entrada triunfal a Jerusalén (Mt 21.1–11; Mr 11.1–11; Lc 19.29–44; Jn 12.12–19).
- D. Lunes: Jesús maldice una higuera, purifica el templo y sana a los ciegos y a los cojos (Mt 21.12–19; Mr 11.12–19; Lc 19.45–48; 21.37, 38).
- E. Martes: «El gran día de las preguntas» (Mt 21.20—25.46; Mr 11.20—13.37; Lc 20.1—21.36; Jn 12.20–50).
 1. Introducción: maldición de la higuera estéril (Mt 21.20–22; Mr 11.20–26).
 2. Una pregunta acerca de la autoridad (Mt 21.23—22.14; Mr 11.27—12.12; Lc 20.1–19).
 - a. La pregunta y la respuesta de Jesús (Mt 21.23–27; Mr 11.27–33; Lc 20.1–8).
 - b. Parte de Su respuesta: tres parábolas (Mt 21.28—22.14).
 - (1) Parábola de los dos hijos (Mt 21.28–32).
 - (2) Parábola de los labradores malvados (Mt 21.33–46; Mr 12.1–12; Lc 20.9–19).
 - (3) Parábola de las fiesta de bodas del hijo del rey (Mt 22.1–14).
 3. Una serie de preguntas (Mt 22.15–46; Mr 12.13–37; Lc 20.20–44).
 - a. Fariseos y herodianos preguntan sobre el pago de los impuestos (Mt 22.15–22; Mr 12.13–17; Lc 20.20–26).
 - b. Saduceos preguntan acerca de la resurrección (Mt 22.23–33; Mr 12.18–27; Lc 20.27–39).
 - c. Un intérprete de la ley pregunta acerca del gran

COMPENDIO

- mandamiento (Mt 22.34–40; Mr 12.28–34; Lc 20.40).
 - d. Jesús pregunta sobre «el Cristo» (Mt 22.41–46; Mr 12.35–37; Lc 20.41–44).
 - 4. Cristo denuncia a los escribas y los fariseos (Mt 23.1–39; Mr 12.38–40; Lc 20.45–47).
 - 5. La contribución de una viuda (Mr 12.41–44; Lc 21.1–4).
 - 6. Un discurso a las multitudes (Jn 12.20–50).
 - a. Jesús es buscado por los gentiles (Jn 12.20–22).
 - b. La muerte inminente de Jesús, tanto por los judíos como por los gentiles (Jn 12.23–36).
 - c. Jesús rechazado por los judíos (Jn 12.37–50).
 - 7. Un discurso para los apóstoles, sobre la destrucción de Jerusalén y la segunda venida (Mt 24.1–25.46; Mr 13.1–37; Lc 21.5–36).
 - a. Comentarios y preguntas (Mt 24.1–3; Mr 13.1–4; Lc 21.5–7).
 - b. Enseñanza sobre la destrucción de Jerusalén (Mt 24.4–35; Mr 13.5–31; Lc 21.8–36).
 - (1) Eventos no relacionados a la destrucción de Jerusalén (Mt 24.4–14; Mr 13.5–15; Lc 21.8–19).
 - (2) El evento relacionado a la destrucción de Jerusalén (Mt 24.15–35; Mr 13.14–31; Lc 21.20–36).
 - c. Enseñanza sobre la segunda venida (Mt 24.36–25.46; Mr 13.32–37).
 - (1) Enseñanza general.
 - (a) La segunda venida no será anunciada (Mt 24.36–41; Mr 13.32).
 - (b) La necesidad de mantenerse preparados (Mt 24.42–51; Mr 13.33–37).
 - (2) Parábolas y enseñanzas relacionadas.
 - (a) Las diez vírgenes (Mt 25.1–13).
 - (b) Los talentos (Mt 25.14–30).
 - (c) Las ovejas y las cabras (Mt 25.31–46).
- F. Miércoles: la calma antes de la tormenta (Mt 26.1–16;

COMENTARIO DE LA VERDAD PARA HOY

Mr 14.1, 2, 10, 11; Lc. 22.1–6; Jn 13.1).

1. Jesús: preparándose (Mt. 26.1, 2; Jn. 13.1).
2. Sanedrín: conspirando (Mt 26.3–5; Mr 14.1, 2; Lc 22.1, 2).
3. Judas: traicionando (Mt 26.14–16; Mr 14.10, 11; Lc 22.3–6).

G. Jueves: preparación de la pascua (Mt 26.17–19; Mr 14.12–16; Lc 22.7–13).

H. Viernes: el día de la muerte de Jesús (Mt 26.20—27.61; Mr 14.17—15.47; Lc 22.14—23.56a; Jn 13.2—19.37).

1. La última cena (Mt 26.20–35; Mr 14.17–31; Lc 22.14–38; Jn 13.2—17.26).
 - a. Se observa la pascua (Mt 26.20; Mr 14.17, 18; Lc 22.14–18).
 - b. Se reprende la disensión (Lc 22.24–30).
 - c. Se demuestra humildad (Jn 13.2–20).
 - d. Se anuncia la traición y la negación (Mt 26.21–25, 31–35; Mr 14.18–21, 27–31; Lc 22.21–23, 31–38; Jn 13.21–38).
 - e. Se instituye la cena del Señor (Mt 26.26–29; Mr 14.22–25; Lc 22.19, 20; see 1 Co 11.23–26).
 - f. Se da ánimo y se hace advertencia a los apóstoles (Jn 14.1—16.33).
 - g. Se ruega al Padre (Jn 17.1–26).
2. El huerto de Getsemaní (Mt 26.30, 36–46; Mr 14.26, 32–42; Lc 22.39–46; Jn 18.1).
3. La traición y el arresto (Mt 26.47–56; Mr 14.43–52; Lc 22.47–53; Jn 18.2–12).
4. El «juicio» judío (etapas uno y dos) (Mt 26.57, 59–68; Mr 14.53, 55–65; Lc 22.54a, 63–65; Jn 18.12–14, 19–24).
 - a. Etapa uno: interrogado por Anás (Jn 18.12–14, 19–23).
 - b. Etapa dos: condenado por Caifás y el sanedrín (Mt 26.57, 59–68; Mr 14.53, 55–65; Lc 22.54a, 63–65; Jn 18.24).
5. La negación de Pedro (Mt 26.58, 69–75; Mr 14.54, 66–72; Lc 22.54b–62; Jn 18.15–18, 25–27).
6. El «juicio» judío (etapa tres): condenado por el Sane-

COMPENDIO

- drín (Mt 27.1, 2; Mr 15.1; Lc 22.66—23.1; Jn 18.28).
7. El juicio romano (Mt 27.11—31a; Mr 15.2—20a; Lc 23.2—25; Jn 18.28—19.16).
 - a. Etapa uno: ante Pilato (declarado inocente) (Mt 27.11—14; Mr 15.2—5; Lc 23.2—7; Jn 18.28—38).
 - b. Etapa dos: ante Herodes Antipas (declarado no culpable) (Lc 23.8—12).
 - c. Etapa tres: ante Pilato (sentenciado a muerte) (Mt 27.15—31a; Mr 15.6—20a; Lc 23.13—25; Jn 18.39—19.16).
 8. La muerte de Judas: suicidio (Mt 27.3—10; vea Hch 1.18, 19).
 9. La muerte de Jesús: crucifixión (Mt 27.31b—56; Mr 15.20b—41; Lc 23.26—49; Jn 19.17—30).
 - a. El trayecto a la cruz (Mt 27.31b—34; Mr 15.20b—22; Lc 23.26—33; Jn 19.17).
 - b. Las primeras tres horas en la cruz (comienzo) (Mt 27.35, 37—39; Mr 15.23—29; Lc 23.33, 38; Jn 19.18—22).
 - c. Las primeras tres horas en la cruz (continuación) (Mt 27.35, 36, 39—44; Mr 15.24, 29—32; Lc 23.34—37, 39—43; Jn 19.23—27).
 - d. Las últimas tres horas en la cruz (Mt 27.45—54, Mr 15.33—41; Lc 23.44—49; Jn 19.28—30).
 10. La sepultura del cuerpo de Jesús (Mt 27.55—61; Mr 15.40—47; Lc 23.49—56a; Jn 19.31—42).
 - a. Su muerte observada (Mt 27.55, 56; Mr 15.40, 41; Lc 23.49).
 - b. Su muerte confirmada (Jn 19.31—37).
 - c. Su cuerpo sepultado (Mt 27.57—60; Mr 15.42—46; Lc 23.50—54; Jn 19.38—42).
 - d. Su sepultura observada (Mt 27.61; Mr 15.47; Lc 23.55, 56a).
 - I. Sábado: el día después de la muerte de Jesús (Mt 27.62—66; Lc 23.56b).
 1. Sus discípulos: asustados (Lc 23.56b; vea Jn 20.19a).
 2. Sus enemigos: inquietos (Mt 27.62—66).

VIII. RESURRECCIÓN, APARICIONES Y ASENCIÓN DE JESÚS.

- A. Domingo: día de la resurrección de Jesús (Mt 28.1–8; Mr 16.1–8; Lc 24.1–12; Jn 20.1–10).
1. Las mujeres y el sepulcro vacío (Mt 28.1–8; Mr 16.1–8; Lc 24.1–11; vea Lc 24.22–24; Jn 20.1).
 2. Dos apóstoles y el sepulcro vacío (Lc 24.12; Jn 20.1–10; vea Lc 24.24).
- B. Cuarenta días (Mt 28.9–20; Mr 16.9–19; Lc 24.13–53; Jn 20.11–21.24; vea Hch 1.3).
1. La primera aparición: a María Magdalena (Mr 16.9–11; Jn 20.11–18; vea Lc 24.10).
 2. La segunda aparición: a las demás mujeres (Mt 28.9–11a; vea 28.5–8).
 3. Un reporte y una mentira (Mt 28.11b–15).
 4. La tercera aparición: a Pedro (Lc 24.34; vea 1 Co 15.5a).
 5. La cuarta aparición: a Cleofas y a otro (Mr 16.12, 13; Lc 24.13–35).
 6. La quinta aparición: a los apóstoles (sin Tomás) (Mr 16.14; Lc 24.36–43; Jn 20.19–25).
 7. La sexta aparición: a los apóstoles (incluyendo a Tomás) en Judea, una semana después (Jn 20.26–31; see 1 Co 15.5).
 8. La séptima aparición: a por lo menos siete discípulos en Galilea durante los cuarenta días (Jn 21.1–24).
 9. La octava aparición: a los apóstoles (y a quinientos discípulos) (Mt 28.16, 17; vea 1 Co 15.6).
 10. La gran comisión en el monte (Mt 28.18–20; Mr 16.15–18; vea Lc 24.46–48).
 11. La novena aparición a Jacobo (en un lugar desconocido) (vea 1 Co 15.7a).
 12. La(s) aparición(es) final(es): a todos los apóstoles, en Judea, cerca de Jerusalén (Lc 24.44–49; vea Hch 1.3–8; 1 Co 15.7b).
 13. La ascensión, en el monte de los Olivos (Mr 16.19; Lc 24.50–53; vea Hch 1.9–12).

COMPENDIO

C. Palabras de resumen:

1. Palabras de resumen acerca de la vida de Cristo (Jn 20.30, 31; 21.25).
2. Palabras de resumen acerca de eventos subsiguientes (Mr 16.20; vea Lc 24.52, 53; Hch 1.12).

PARTE VI

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA TERCERA PASCUA HASTA SU ARRIBO A BETANIA (CONTINUACIÓN)

Incluye una armonía de

Mt 19.1—20.34

Mr 10.1—52

Lc 9.51—19.27

Jn 7.2—11.54

SECCIÓN II

EN JUDEA

Incluye una armonía de

Lc 9.51—13.22

Jn 7.2—10.39

La vida de Cristo, 1, cerró con un discurso final durante el ministerio de Jesús en Galilea (Mt 18; Mr 9.33-50; Lc 9.46-50). A medida que comienza el volumen dos, la escena cambia del norte (Galilea) al sur (Judea), del gran ministerio en Galilea, al ministerio de cierre en todas las partes de Palestina.

El ministerio final duró alrededor de seis meses, desde la fiesta de tabernáculos hasta la siguiente pascua. Un versículo central para este ministerio es Lucas 9.51. Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, [enmarcando Su muerte, entierro, y resurrección] afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Veremos a Jesús viajando a Judea y Perea, pero siempre Sus pensamientos estaban centrados en Su muerte inminente en Jerusalén. La nube de maldad que se acumulaba no lo desalentó; Él marchó con resolución al oscuro evento.

EL MINISTERIO PASA A JUDEA (LC 9.51–62; JN 7.2–10; VEA MT 8.19–22; 19.1; JN 7.1)

Mateo 19.1 dice que «cuando Jesús terminó estas palabras [las que acabamos de estudiar], se alejó de Galilea, y fue a las regiones de Judea...». Jesús había tenido anteriormente un ministerio en Judea, ministerio que se interrumpió cuando Juan el Bautista fue encarcelado. De Judea, Cristo se mudó entonces al norte, a Galilea. Juan escribió que «no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle» (Jn 7.1). Ahora, no obstante, había llegado el momento de que Él volviera al escenario de Su ministerio anterior, a Judea en general, y a Jerusalén en particular.

Jesús es instado por Sus hermanos a asistir a la fiesta de los tabernáculos (Jn 7.2–9)

²Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos; ³y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. ⁴Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. ⁵Porque ni aun sus hermanos creían en él. ⁶Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. ⁷No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas. ⁸Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. ⁹Y habiéndoles dicho esto, se quedó en Galilea.

Esta nueva fase de Su ministerio comenzó con un viaje a Jerusalén para asistir a la **fiesta de los Tabernáculos**, que era una de las tres fiestas más importantes de los judíos (Lv 23.39–43; Dt 15.12–15); la cual se celebraba a finales de septiembre o a principios de octubre.

Cuando estaba próxima la fecha de esa fiesta (Jn 7.2), los medio hermanos de Jesús le instaron a ir a la celebración para que Sus discípulos de Judea pudieran ver la clase de milagros que había hecho en Galilea (Jn 7.3–4). Estos eran medio hermanos porque Jesús y ellos tenían una misma madre (María), pero no el mismo padre (el Padre de Jesús era Dios, mientras que el de ellos era José). Los nombres de ellos eran Jacobo, José, Simón y Judas (Mt 13.55; Mr 6.3). Según Juan 7.5, estos hermanos no creían en Él; es probable que las palabras de ellos estuvieran llenas de sarcasmo. La respuesta de Cristo les indicó que no habría problema para *ellos* si iban a Jerusalén, pues ninguno estaba en la «lista negra» de los dirigentes judíos; para *Él*, en cambio, sí sería peligroso ir (Jn 7.6–8). Por lo tanto, cuando la caravana partió hacia Jerusalén, ni Él ni Sus discípulos viajaron con los demás (Jn 7.9). Sin embargo, más adelante fueron de incógnito a la fiesta (Jn 7.10).

En vista de que al final Jesús fue a la fiesta, resultan extrañas

las palabras de Él que se recogen en el versículo 8: **Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido.** Algunos comentaristas insinúan que Jesús dijo que no iría, pero que luego cambió de parecer y fue. Tales comentarios no parecen concordar con el carácter de Jesús, ni con Sus planes (Lc 9.51). Jesús no mintió (vea Jn 7.18). Él era y es la personificación misma de la verdad (Jn 14.6).

Son varias explicaciones las que se han dado para resolver la aparente contradicción entre lo que Jesús dijo y lo que hizo. Hay quienes insinúan que Jesús dio a entender que no iría a la fiesta *de la manera* que sus hermanos proponían, esto es, como un extravagante hacedor de milagros. Otros se centran en la última parte de la aseveración y creen que esta da a entender «yo no voy a la fiesta *por el momento*», esto es, con los peregrinos de la caravana, insinuando que podría ir más adelante. La explicación más común es que la palabra «todavía» debería ser parte de la oración, sea que forme parte del texto o sea que esté implícita. Varios manuscritos griegos antiguos incluyen la palabra «todavía» entre las palabras de Jesús. Por esta razón, en la NVI se lee: «Yo no subo *todavía* a esa fiesta, porque para mí todavía no ha llegado el momento apropiado» (énfasis nuestro.) La KJV y otras traducciones incluyen la palabra «todavía». Warren Wiersbe escribió: «Jesús [...] no estaba mintiendo ni mostrándose evasivo, sino que estaba procediendo con prudente cautela».¹

Jesús viaja en secreto a Jerusalén (Lc 9.51–56; Jn 7.10)

Lucas 9.51–56

⁵¹Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén. ⁵²Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. ⁵³Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén. ⁵⁴Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor,

¹Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary (Comentario expositivo de la Biblia)*, vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 315.

¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? ⁵⁵Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; ⁵⁶porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.

Juan 7.10

¹⁰Pero después que sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto.

Después que la familia de Cristo y los demás partieron hacia la fiesta, Él se quedó en Galilea varios días más. Luego, Él y Sus discípulos salieron hacia Jerusalén, **no abiertamente, sino como en secreto** (Jn 7.9, 10).

Lucas informa del viaje de Jesús a Jerusalén. En vista de que el Señor había demorado Su partida, no tomó la ruta usual hacia Judea, a lo largo de la ribera oriental del río Jordán. En lugar de hacer esto, siguió la ruta más corta, más rápida y menos transitada, que pasaba por Samaria.

Los samaritanos, que habían sido receptivos cuando el Señor pasó camino a Galilea (Jn 4.40), se negaron a darle alojamiento cuando se enteraron de que se dirigía hacia Jerusalén para la fiesta (Lc 9.53). Es probable que consideraran que ir a la adoración en el templo en Jerusalén constituía un repudio del templo samaritano que estaba sobre el monte Gerizim (vea Jn 4.20).

Jacobo y Juan, los «Hijos del trueno» (Mr 3.17), le preguntaron a Cristo si debían mandar que descendiera fuego del cielo para que consumiera a los samaritanos (Lc 9.54), como había hecho Elías a sus enemigos (2 R 1.10, 12). En la KJV se lee «incluso como hizo Elías». Aunque estas palabras no aparecen en los mejores manuscritos antiguos, ellas expresan la idea que debieron de haber tenido Jacobo y Juan en mente. ¿Podían estos apóstoles haber mandado que descendiera fuego del cielo? No es algo que sepamos, pero ciertamente creían que podían si esa era la voluntad del Señor. Jesús los reprendió (Lc 9.55); Él no les había enseñado a matar a los enemigos, sino a amarlos y a orar por

ellos (Mt 5.44–45). La breve descripción de la reprensión de Jesús incluye las palabras «porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas». Estas palabras (que en la NASB aparecen entre corchetes) no se encuentran en los mejores manuscritos antiguos. Les había dicho anteriormente que si eran rechazados por una ciudad, debían ir a otra (Mt 10.23). Eso fue lo que Él hizo (Lc 9.56).

**En el camino: enseñanza acerca del discipulado
(Lc 9.57–62; vea Mt 8.19–22)**

⁵⁷Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. ⁵⁸Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. ⁵⁹Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. ⁶⁰Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios. ⁶¹Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. ⁶²Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.

El texto primordial de este sermón será Lucas 9.57–62, aunque un suceso parecido se recoge en Mateo 8.19–22. Se hayan referido a un mismo suceso o no, no es algo que sepamos; sin embargo, los dos pasajes se parecen tanto que resulta provechoso estudiarlos juntos. Es posible que en más de una ocasión, a Jesús se acercaran hombres que deseaban ser discípulos, y que hicieran aseveraciones parecidas, a las cuales Él respondería cada vez del mismo modo.

En el camino a Jerusalén, Cristo se encontró con unos que deseaban ser discípulos, pero que no deseaban dedicarse completamente. Sabiendo que Su muerte era inminente, Jesús no deseaba que ellos llegaran a ser seguidores que anduvieran fingiendo. Más adelante les esperaban privaciones, y sólo los que tuvieran una devoción sin reservas y una gran resolución, serían los que resistirían sin perder su fe. Una vez tomada la decisión,

no podían volverse atrás. A estos candidatos a discípulo, Jesús no les pidió nada que Él no se exigiera a sí mismo. Él había «[puesto] su mano en el arado» y no había mirado hacia atrás (vea Lc 9.62).

APLICACIÓN: CANDIDATOS A DISCÍPULOS (LC 9.57–62; VEA MT 8.19–22)

¿Ha tenido usted alguna vez una mala experiencia con una compra importante que traía garantía por escrito de devolución del dinero? Luego, más adelante, cuando el producto no funcionó como se prometía, ¿solicitó usted un reembolso, tan sólo para oír: «Lo sentimos, pero el problema que usted ha experimentado no lo cubre la garantía. Por favor *lea la letra menuda*»? Puede que los humanos usen letra menuda, pero no así Cristo. Cuando Él llamaba a los hombres a ser discípulos, les decía exactamente lo que se les exigía y lo que debían esperar.

En ningún otro lugar es más aparente que en Lucas 9.57–62. Jesús estaba de camino a Jerusalén (Lc 9.51). En esta ciudad le esperaban persecución y tribulaciones, y al final, la muerte (Lc 9.44). Cuando Él iba «en el camino» (Lc 9.57), se encontró con tres candidatos a discípulo. El reto que les planteó a estos no dejó duda alguna en cuanto a la dedicación que Él esperaba.

Cuando uno lee lo que Cristo les dijo a estos hombres, Sus palabras podrían parecer severas. Sin embargo, hay varios aspectos que se deben considerar. Primero, la mayoría de nosotros no estamos familiarizados con las costumbres de aquellos tiempos. Un conocimiento de tales costumbres podría hacer que se interpreten de modo diferente las peticiones que se hicieron y la respuesta que dio Jesús a estas. Segundo, el Señor podía leer la mente y el corazón de las personas. Aun cuando la petición de una persona parezca razonable, Jesús sabía lo que la persona estaba pensando *realmente*. Tercero, era una *batalla* a la cual se dirigía Cristo. No tenía tiempo para principiantes pusilánimes. Cuarto, Jesús no requirió nada de estos hombres que Él mismo no exigía de sí mismo. En este estudio, me propongo atenuar la severidad, sin suavizar las exigencias. Al igual que en aquel tiempo, Cristo llama hoy a una total consagración.

Candidatos a discípulos de aquel tiempo

El candidato impulsivo
(Lc 9.57–58; vea Mt 8.19–20)

El primer candidato a discípulo, dijo a Jesús: «... Te seguiré adondequiera que vayas» (Lc 9.57b). Cuando Jesús llamaba a un discípulo, Él siempre le decía: «Sígueme» Este hombre respondió al desafío de Jesús, diciendo: «Te seguiré». Además, no puso límites a cuán lejos iría, pues dijo: «Te seguiré *adondequiera* que vayas». Sería muy difícil criticar tan firme determinación. Si el evento al cual se refiere Mateo 8 es el mismo, el hombre que así habló era un escriba (vers.º 19). La mayoría de los escribas eran adversarios de Cristo. Debió de haber sido emocionante que alguien de las tiendas enemigas decidiera unirse a la suerte de los discípulos.

Sin embargo, cuando Jesús miró en el corazón de aquel hombre, Él vio que este no estaba entendiendo plenamente el significado de las palabras que estaba diciendo. Aparentemente veía multitudes, milagros y entusiasmo, donde Cristo deseaba que viera negación de sí mismo, sacrificios y padecimientos. Era como el hombre que se alista en el ejército por el uniforme, los desfiles y las medallas, sin darle suficiente consideración a la disciplina, el peligro o la muerte.

El Señor ni aceptó ni rechazó la propuesta de aquel hombre. En lugar de esto, lo que hizo fue señalarle lo que podía esperar si lo seguía: «Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre [refiriéndose a Sí mismo] no tiene dónde recostar la cabeza» (Lc 9.58; vea Mt 8.20). Los animales salvajes y las aves tienen casas a las cuales pueden volver al final del día, pero Cristo no tenía domicilio fijo. De vez en cuando, Jesús tenía una casa en la cual podía dormir al llegar la noche, tal como la casa de Pedro en Capernaum y la de María y Marta en Betania, pero no tenía lugar fijo de residencia. La mayor parte del tiempo, Él y Sus discípulos hacían recorridos de un lugar a otro. No hubo lugar para Él en el mesón (Lc 2.7), tampoco lo hubo en la tierra de los gadarenos (Mr 5.1–17) y tampoco lo hubo en Nazaret (Lc 4.16–31). Alfred Plummer dijo: «La vida de Jesús comenzó en un establo prestado y terminó en un sepulcro

también prestado».² Pablo escribió: «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos» (2 Co 8.9).

No era que Jesús se estuviera quejando, ni que estuviera buscando conmiseración para Él; era que estaba dando a conocer el estilo de vida que había elegido voluntariamente. Había dejado el cielo voluntariamente y había salido de Su casa en Nazaret voluntariamente. Tampoco era que estuviera tratando de disuadir al hombre que quería ser discípulo, sino que estaba procurando que este se diera cuenta de lo que implicaba ser seguidor de Él. El mensaje del Señor para el candidato impulsivo fue «*considerare el costo*».

A un joven que ambicione ser médico, por lo general le decimos que es noble su ambición, pero que «*considerare el costo*» de llegar a serlo. Y le explicamos: «Si usted ya ha entendido la dedicación que se requiere para resistir años de estudio y de internado, y todavía está dispuesto a entregarse con tal dedicación, ¡ni lo piense!». «*Considerare el costo*». Este es buen consejo para quien desea obtener un título, para quien aspira a ser un atleta de clase mundial, para quien desea casarse. La mayoría de las veces nos abstenemos de decirles a las personas que consideren el costo, antes les infundimos determinación para que lleven a cabo lo que han resuelto hacer, sin pensar en las dificultades que se les presentarán.

En la «parábola del sembrador» (Mt 13.18), una de las clases de tierra era la tierra superficial. En esta tierra, la planta brotó pronto, pero cuando el sol resplandeció en el cielo, con la misma prontitud la quemó (Mt 13.5–6). Cristo dijo que esto representa al «que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza» (Mt 13.20–21). El Señor no deseaba que este candidato a discípulo terminara de tal manera.

²Citado en William Barclay, *The Gospel of Matthew (El evangelio de Mateo)*, ed. rev., vol. 1 (Filadelfia: Westminster Press, 1975), 311.

El candidato indeciso

(Lc 9.59–60; vea Mt 8.21–22)

El primer candidato a discípulo se ofreció voluntariamente, pero el segundo tenía necesidad de estímulo. Cristo le hizo el mismo llamado que a muchos de los demás. Le dijo: «Sígueme» (Lc 9.59a; vea Mt 8.22a). Poco después de esto, Jesús envió a setenta discípulos a hacer un recorrido de Judea (Lc 10.1). Tal vez Cristo estaba reclutando hombres para esta tarea (vea Lc 10.2; compare Lc 9.60b con Lc 10.11b). Cuando Cristo decía «Sígueme» a los hombres, Él estaba a menudo llamándolos al servicio a tiempo completo.

El hombre respondió: «Señor, déjame que primero vaya y entierro a mi padre» (Lc 9.59b; vea Mt 8.21). Esta petición parece razonable. Siempre ha sido obligación del hijo enterrar a su padre. En aquellos tiempos, el entierro de un padre tenía prioridad sobre casi todas las demás actividades, incluyendo el más sagrado de los deberes. Según los rabinos, el entierro de un padre tenía prioridad sobre los servicios religiosos o el estudio de la ley. Los hijos tenían la obligación religiosa, social y familiar de enterrar a sus padres. Jesús mismo había enseñado que los hombres debían honrar a sus padres (Mt 15.4–6; vea Ex 20.12; Ef 6.1–3). No hay duda de que la palabra «honrar» incluía cerciorarse de que los padres tuvieran un entierro apropiado.

Por lo tanto, la respuesta de Cristo resulta sorprendente, pues esto fue lo que dijo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios» (Lc 9.60; vea Mt 8.22). Jesús usó la palabra «muertos» en dos sentidos: «Deja que los muertos *espiritualmente* entierren a los muertos *físicamente*». (Vea Ef 2.1; 1 Ti 5.6; 1 Jn 3.14.) A primera vista, las palabras del Señor parecen severas, poco comprensivas e insensibles. ¿Qué las pudo haber motivado? Considere los siguientes factores:

1. Aunque en las tierras bíblicas el entierro se llevaba a cabo casi inmediatamente después de la muerte (el mismo día, si era posible), las ceremonias posteriores tomaban una semana o más. De cualquier modo que se mire, es obvio que el hombre estaba demorando su respuesta al llamado del Señor.

2. Jesús estaba de paso por la ciudad, pues iba camino a Jerusalén. Si aquel hombre realmente deseaba seguirlo, debía ir

en ese momento, no más adelante.

3. Cuando se consideran las costumbres de aquellos tiempos, existe la posibilidad de que el hombre estuviera posponiendo indefinidamente su decisión. Su petición no necesariamente significaba que su padre hubiera muerto recientemente, y que él necesitara urgentemente ocuparse de los detalles relacionados con el entierro. Sus palabras pudieron haber significado que en ese momento tenía ciertas responsabilidades familiares que cumplir, que sería más adelante, después que su padre muriera y hubiera cumplido sus responsabilidades como hijo, cuando él *entonces* seguiría a Jesús. Los que han vivido en esa cultura dan muchos ejemplos en los cuales las palabras «déjame que primero vaya y entierre a mi padre» dieron a entender que en un futuro distante, el hablante consideraría la propuesta. Los comentaristas opinan que esta era la situación que se estaba dando aquí. Señalan que si el padre de ese hombre hubiera estado muerto, esperando a ser enterrado, él no hubiera estado a un lado del camino, donde Cristo pudo decirle: «Sígueme». Antes, tal hombre habría estado ocupado, encargándose de sus responsabilidades.

4. Recuerde que Jesús conocía el corazón de los hombres. Por más razonables que las palabras de aquel hombre sonaran, Cristo no las consideró una razón válida para no seguirlo, sino que las interpretó como una excusa.

Lo trágico de la excusa del hombre fue la palabra «primero», pues dijo: «Señor, déjame que *primero* vaya y entierre a mi padre». Dios había dicho: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Ex 20.3). Jesús había dicho: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mt 6.33a). Cristo recalca constantemente que no debía haber nada que tuviera prioridad sobre seguirlo a Él; ni siquiera el amor a los familiares (Lc 14.25–27). Él exigió una radical transferencia de lealtad.

Aunque no conocemos todo lo que había en el corazón del hombre cuando dijo: «... Déjame que primero vaya y entierre a mi padre», hemos visto su espíritu en muchos candidatos a discípulos. Algunos adolescentes dicen: «Dejen que *primero* disfrute una juerga, y entonces seguiré a Jesús». Profesionales jóvenes han dicho: «Dejen que *primero* me consolide en mi carrera y comience una familia, y entonces tomaré con seriedad lo de

seguir a Jesús». Hombres de mayor edad han dicho: «*En cuanto ponga mis asuntos en orden seguiré a Jesús*». En algunos casos las metas propuestas fueron dignas, y en otros indignas; pero en todos los casos, lo trágico fue que se pusieron *primero*, esto es, antes que Cristo.

Recuerdo a un hombre a quien le enseñé el evangelio y lo bauticé, un talentoso padre de familia con un gran potencial. Al comienzo, estaba lleno de entusiasmo y se ocupaba en la obra del Señor. Después se hizo de su propio negocio y comenzó a trabajar día y noche. Descuidó a su familia y rara vez se le veía en los servicios. Se excusaba diciendo que debía primero levantar su negocio, y que entonces tendría dinero y tiempo para dedicarlos a Dios. Se fue alejando poco a poco del Señor; que yo sepa, jamás volvió.

El mensaje de Jesús para el candidato indeciso fue «*Determine qué es lo primero*». En otras palabras, esto fue lo que dijo: «Cuando se debe elegir entre deberes importantes, para que sea Mi discípulo, usted debe hacer primero lo que Yo le he mandado».

¿Qué le *mandó* Jesús al candidato indeciso? Esto fue lo que le mandó: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; *y tú* ve, y anuncia el reino de Dios» (Lc 9.60; énfasis nuestro). En otras palabras, le dijo: «Siempre habrá quienes se encarguen de las tareas corrientes de la vida, tareas como enterrar a los muertos, pero para ti tengo una tarea especial y esta es que vayas a todo lugar, ¡a anunciar que el reino está a punto de establecerse! La necesidad es apremiante, así que sígueme *ahora*».

El candidato impreciso (Lc 9.61–62)

El tercer candidato a discípulo, al igual que el segundo, pidió hacer algo primero: «Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa» (Lc 9.61). Al igual que la petición anterior, la de este último no parecía irrazonable. Sin embargo, tenga presente que, en los países orientales, las ceremonias de despedida podían tomar días, semanas e incluso meses. Si el hombre había de seguir a Jesús, tenía que hacerlo *en ese momento*; el Señor no iba a estar allí al día siguiente, y mucho menos una semana o un mes después.

Considere también la posibilidad de que si él iba a su casa a

despedirse, su familia podría convencerlo de que no se entregara a la incierta vida de un discípulo de Cristo. Los misioneros que enseñan a los que fueron criados en el hinduismo cuentan que los padres hindúes harán cualquier cosa para convencer a sus hijos de que no abracen el cristianismo. Como un último recurso, le dicen a su hijo: «No hay problema. Si deseas bautizarte, hazlo. Pero una cosa te pedimos: Antes de bautizarte, ven por favor a hacernos una última visita. Tomando en cuenta todo lo que hemos hecho por ti, no creemos que sea mucho pedir». Dicen los misioneros que son pocos los hijos que pueden resistirse a esta súplica tan conmovedora. También cuentan que de los que van a casa, sólo un puñado llegan a hacerse cristianos.³

Jesús podía haber respondido a este individuo del mismo modo que al anterior, es decir, pudo haberlo instado a no demorarse. Sin embargo, cuando miró en su corazón, vio que el apego a su antigua vida era tan fuerte que jamás podría liberarse. El mensaje de Jesús para este candidato impreciso fue «*Mida las consecuencias*». Esto fue lo que le dijo: «Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios» (Lc 9.62). El arado del cual hablaba Jesús era un arado primitivo, de poco peso, el cual se empuñaba con la mano izquierda, mientras que con la derecha se aguijoneaba al buey. Haya tenido usted alguna vez la experiencia de arar o no, le resultará obvio que nadie puede trazar un surco recto mientras mira hacia atrás, por encima del hombro.

Las consecuencias de mirar hacia atrás son nefastas, no sólo para el labrador, sino también para quien desea seguir al Señor. Este candidato a discípulo estaba aparentemente volviendo su mirada hacia atrás, esto es, a familiares y amigos; sin embargo, debe entenderse que la atracción la puede ejercer cualquier cosa del pasado, incluidos los éxitos obtenidos por medio de hacer caso omiso de principios cristianos. Según Cristo, los que constantemente recuerdan con nostalgia la antigua vida de pecado, se descalifican a sí mismos para la entrada en el reino.

³Stephen F. Olford, *Committed to Christ and His Church (Comprometido con Cristo y Su iglesia)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1991), 37–38.

Candidatos a discípulos de hoy

¿Qué conclusiones debemos sacar de los textos de esta lección? Hay sectas que usan pasajes como Lucas 9.57–62 para justificar las severas políticas de ellos, por las cuales exigen que los iniciados rompan todos los lazos que les unen a sus antiguas vidas, incluyendo los que les unen a familiares y amigos. Sin embargo, Jesús jamás enseñó que cumplir con las responsabilidades familiares, tener amigos o asistir a funerales sean actividades erróneas. Muy al contrario, enseñó que debemos cuidar a nuestros padres (Mt 15.4–6; 19.19), tuvo amigos (Lc 12.4; Jn 15.15) e incluso estuvo presente en uno o dos funerales (Mt 9.23–25; Lc 7.12–15).

El mensaje de Lucas 9.57–62 podría resumirse en una palabra que hemos usado varias veces en este estudio, y esta es la palabra *compromiso*. Para ser discípulos de Cristo, debemos estar completa y totalmente comprometidos con Él y con Su causa.

Candidatos impulsivos

A los candidatos impulsivos, el Señor les dice: «Antes de asumir este compromiso, entienda lo que él implica».

Anteriormente, Cristo había dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, *tome su cruz* cada día, y sígame» (Lc 9.23; énfasis nuestro). La mayoría de los que vivían en Palestina, habían visto a alguien tomar su cruz. Todos sabían que quien tomaba su cruz, estaba a punto de morir (vea Jn 19.17); llevar la cruz era un viaje sin retorno. Cuando el Señor presentó el desafío de seguirlo, Él estaba llamando a lo máximo en cuanto a negación de uno mismo.

Los que predicamos y enseñamos les causamos un perjuicio a nuestros estudiantes si les damos la impresión de que seguir a Cristo es fácil. No olvidemos lo que Cristo les dijo a Sus discípulos: «En el mundo tendréis aflicción» (Jn 16.33b). Pablo escribió que «todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Ti 3.12). Hay un antiguo cántico en el cual se declara que «si no llevas la cruz, no podrás llevar la corona». ¡La pura verdad es que seguir a Cristo fielmente tiene su costo!

¿Desea Jesús que usted sea Su discípulo? ¡Desde luego! Al

mismo tiempo, para que usted lo sea, el Señor quiere que usted entienda plenamente el compromiso que se exige.

Candidatos indecisos

A los candidatos indecisos, Cristo les dice: «Cuando asuma este compromiso, entienda lo que significa: que primero estoy Yo y luego todo lo demás, incluyendo familiares y amigos». «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10.37).

Entre las necesidades básicas que tenemos se incluye el hogar, la familia y los amigos. Antes de dedicarle nuestra vida a Jesús, Él desea que cada uno de nosotros se pregunte: «¿Y si tuviera que renunciar a ellos? ¿Estaría dispuesto a hacerlo?». Preguntas tan penetrantes como las anteriores podrían multiplicarse: ¿Y si seguir a Cristo significa que mis ingresos serán menores... que la gente no entenderá el compromiso que habré asumido... que, tal vez, seré incluso perseguido? ¿Le seguiré a pesar de todo lo anterior? Michael Wilcock escribió: «Cuando sea necesario elegir entre dos caminos, ¿cuál seguiremos? ¿Seguiremos el camino de la comodidad, el de la conveniencia, el de la costumbre? ¿O elegiremos el camino de Cristo?». ⁴

Pablo escribió que Cristo es «la cabeza del cuerpo que es la iglesia [...] para que Él mismo llegue a tener *el primer lugar* en todo» (Col 1.18; NASB, énfasis nuestro). Para mí, el hecho de que el Señor debe ocupar el primer lugar es un recordatorio; para otros, es una revelación.

Candidatos imprecisos

Los mensajes de Jesús que hasta ahora hemos recibido son importantes: «Tome en cuenta lo que cuesta y entienda lo que implica seguirme». No obstante, después de oír las dos advertencias anteriores, me imagino a un candidato a discípulo diciendo: «Si seguir a Cristo es así de difícil, ¡en realidad no me interesa!». Por lo tanto, para equilibrar la enseñanza se necesita Su mensaje para los imprecisos: «Mida la consecuencia de volverse

⁴Michael Wilcock, *The Message of Luke: The Saviour of the World (El mensaje de Lucas: el Salvador del mundo)*, The Bible Speaks Today Series (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1979), 119.

atrás, esto es, de dejar de seguirme: ¡No será usted apto para el reino de Dios!».

Poco antes de esto, Jesús había identificado el reino mesiánico como la iglesia que Él edificaría (Mt 16.18–19; vea Col 1.13). El cielo se le refiere a menudo como el reino de Dios (1 Co 15.50; 2 Ti 4.18; 2 P 1.11). Por lo tanto, cuando leemos: «[no] apto para el reino de Dios», pensamos esto: «Si alguien no está dispuesto a seguir al Señor, no puede ser un miembro fiel de la iglesia y al final no irá al cielo». La aseveración anterior es totalmente cierta, pero no transmite el impacto emocional que las palabras de Cristo habrían tenido en los oyentes del siglo primero.

Recuerde lo que el reino del Mesías significaba para los oyentes de Jesús. Estos habían estado por siglos esperando ese reino, y habían estado rogando por él y anhelando que se instaurara (vea Mr 11.10; 15.43). Además, el Señor había venido predicando: «El reino de los cielos se ha acercado...» (Mt 3.2; 4.17). Les había dicho a sus seguidores que «algunos de los que [estaban allí] no [gustarían] la muerte hasta que [hubieran] visto el reino de Dios venido con poder» (Mr 9.1). A medida que se acercaba el tiempo para el establecimiento de ese reino el entusiasmo de ellos había sido cada vez mayor. No ser apto para el reino cuando este llegara sería la más grande de todas las posibles catástrofes. No obstante, Cristo declaró que este era el destino que esperaba a todos los que al poner «su mano en el arado» miraban hacia atrás.

El Nuevo Testamento compara el reino, o la iglesia, con tesoros inestimables que eran dignos de cualquier sacrificio (Mt 13.44–46). Al mensaje relacionado con el reino, o la iglesia, se le considera «buenas nuevas» (Mt 24.14; Hch 8.12). En el reino, o la iglesia, tenemos comunión con Cristo (Mt 26.29). En el reino, o la iglesia, tenemos justicia, paz y gozo (Ro 14.17). Espero que nosotros también creamos que no ser aptos para el reino de Jesús sería la catástrofe de las catástrofes.

Conclusión

¿Cómo respondieron los tres candidatos a discípulo a los desafíos de Jesús? ¿Dejaron todo y lo siguieron? ¿O se fueron tristes como el joven rico? (Mt 19.22.) No se nos informa de

ello. ¿Cómo hubiéramos respondido *nosotros* si nos hubieran dicho...

- ... que sólo privaciones le aguardarían si seguía a Cristo?
- ... que otro tendría que enterrar a su padre?
- ... que ni siquiera podría despedirse de sus familiares?
- ... que si se volvía hacia atrás, no sería apto para el reino del Señor?

EN JERUSALÉN: LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS (JN 7.11—10.21)

En el evangelio de Juan se recoge la visita de Jesús a la fiesta de los Tabernáculos. Para entender el relato, debemos entender que son tres grupos diferentes los que se mencionan: (1) A las autoridades religiosas de Jerusalén se les refiere por lo general como «los judíos» (Jn 7.13, 15, 35). A los dirigentes de este grupo se les llama «los principales sacerdotes y los fariseos» (Jn 7.32; vea vers.^{os} 45, 47–48), que es una forma de referirse al Sanedrín. (Los «principales sacerdotes» eran principalmente saduceos.) (2) También estaban ahí los judíos que habían hecho de Jerusalén su hogar (Jn 7.25). (3) Estaba presente en la fiesta la multitud mixta, que se le llama «la multitud» (o «la gente») (Jn 7.12, 20, 31–32, 40, 43). Este grupo incluía a veces representantes de los dos primeros grupos, pero estaba compuesto principalmente de peregrinos de otros lugares.

A la mitad de la fiesta: enseñanza en el templo (Jn 7.11–36)

¹¹Y le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél? ¹²Y había gran murmullo acerca de él entre la multitud, pues unos decían: Es bueno; pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo. ¹³Pero ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos.

¹⁴Mas a la mitad de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba. ¹⁵Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado? ¹⁶Jesús les respondió y dijo: Mi

doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. ¹⁷El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. ¹⁸El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia. ¹⁹¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme? ²⁰Respondió la multitud y dijo: Demonio tienes; ¿quién procura matarte? ²¹Jesús respondió y les dijo: Una obra hice, y todos os maravilláis. ²²Por cierto, Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres); y en el día de reposo circuncidáis al hombre. ²³Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre? ²⁴No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio.

²⁵Decían entonces unos de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan para matarle? ²⁶Pues mirad, habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste es el Cristo? ²⁷Pero éste, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea. ²⁸Jesús entonces, enseñando en el templo, alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. ²⁹Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió. ³⁰Entonces procuraban prenderle; pero ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su hora. ³¹Y muchos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?

³²Los fariseos oyeron a la gente que murmuraba de él estas cosas; y los principales sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles para que le prendiesen. ³³Entonces Jesús dijo: Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. ³⁴Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir. ³⁵Entonces los judíos dijeron entre sí: ¿Adónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Se irá a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos? ³⁶¿Qué significa esto que dijo: Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir?

Cuando comenzó la fiesta, el principal tema de discusión fue Jesús. Es probable que la gente hubiera oído de los milagros que Él había hecho en Galilea. Además, no habían olvidado la polémica que se suscitó en un viaje anterior a Jerusalén, cuando él sanó a un cojo cerca de un pozo (Jn 7.21–23; vea Jn 5). Ya habían pasado varios meses desde que Él había estado en Jerusalén, y los hombres conjeturaban si vendría a este festival o no (Jn 7.11). Había conversaciones cautelosas (Jn 7.13; compare con Jn 9.22) entre los que habían venido a la fiesta: **... unos decían: Es bueno; pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo** (Jn 7.12b, c). La última observación era más aguda de lo que ellos se percataban. Hoy, muchos no están dispuestos a considerar divino a Jesús, pero todavía se refieren a Él como «bueno». Si Cristo no era el Hijo de Dios como Él afirmaba, entonces no era bueno, porque los mentirosos no son buenos. Los que se niegan a recibir a Jesús como el Hijo de Dios no deberían honrarle de labios llamándole «bueno».

Jesús apareció repentinamente en el escenario **a la mitad de la fiesta** (Jn 7.14a); es probable que esto sucediera el martes, el cuarto día de la celebración. El texto no indica si Jesús llegó a Jerusalén antes o no. Parece razonable suponer que acababa de llegar cuando fue al templo. **Él subió [...] al templo, y enseñaba** (Jn 7.14b) Es probable que fuera al pórtico de Salomón (vea Jn 10.23; Hch 3.11). Hay quienes creen que este versículo es un cumplimiento de Malaquías 3.1.

Esta fue la primera ocasión en que muchos de los dirigentes tuvieron la oportunidad de escuchar al Señor. Dice el texto que «se maravillaban» de Su enseñanza. Ellos preguntaron, diciendo: **¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado?** (Jn 7.15). Al decir «sin haber estudiado» se referían a que no había recibido educación formal para llegar a ser rabino. Hoy la gente podría decir: «Ni siquiera tiene título universitario». Jesús respondió que, en efecto, Él podría no haber sido «certificado» ni «licenciado» por los hombres, pero sí había sido enviado de Dios (Jn 7.16, 18, 28–29) y estaba enseñando lo que *Dios* le había impartido (Jn 7.16).

Él dijo: **El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina** [es decir, la enseñanza que estaba impartiendo]

es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta (Jn 7.17). Para entender algo, es importante tener una actitud apropiada, pero para entender la Palabra de Dios tal actitud es absolutamente esencial. La enseñanza de Cristo siguió siendo un enigma para los dirigentes religiosos porque, aunque afirmaban que eran hacedores de la voluntad de Dios, en realidad no lo eran.

Como una forma de demostrar que las autoridades no estaban obedeciendo a Dios, Jesús señaló que tenían planeado quebrantar el sexto mandamiento (Ex 20.13). Él dijo: **¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme?** (Jn 7.19). Él sabía lo que estaban tramando (Jn 5.18; 7.1) y deseaba que ellos supieran que lo sabía.

La turba venida de fuera de la ciudad, inconsciente de la situación, le respondió: **Demonio tienes; ¿quién procura matarte?** (Jn 7.20). Jesús ya había sido acusado anteriormente de estar endemoniado (Mt 9.32–34; 10.25; 12.24); sin embargo, en esta ocasión las palabras sólo significaban «¡Estás loco!» (vea Jn 10.20).

La cuestión acerca de si Jesús realmente estaba señalado para morir hizo recordar el viaje anterior a Jerusalén, el cual había dado como resultado que los dirigentes judíos «[procuraran] matarle» (Jn 5.18). En esa ocasión, Jesús había sanado a un hombre en el día de reposo (Jn 5.1–9) y se había visto obligado a defender Su acción. Ahora daba un argumento adicional para sanar en el día de reposo: Hizo ver que todos consideraban que era lícito circuncidar en ese día (Jn 7.22–23a). Los niños judíos debían ser circuncidados al octavo día de nacidos (Lv 12.3), aun cuando el octavo día cayera en el día de reposo. En otras palabras, esto fue lo que dijo: Si es lícito santificar una parte del cuerpo en el día de reposo, ¿por qué se enojan conmigo cuando purifico todo el cuerpo? (Jn 7.23b).

Al seguir enseñando el Señor, los que vivían en Jerusalén (y que por lo tanto sabían del complot para asesinarlo) se asombraron de que pudiera enseñar tan públicamente en el templo (Jn 7.25–26a). A pesar de esto, todavía eran de la idea de que Él no podía ser el Cristo: **«pero este, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea** (Jn 7.27). La mayoría de los judíos creían que el Mesías nacería en Belén (Jn

7.42; Mt 2.5–6). Algunos creían que pasajes como Malaquías 3.1 e Isaías 53.8 enseñaban que el origen del Mesías estaría envuelto en un halo de misterio.

Durante el desarrollo de la disputa, los participantes pusieron en evidencia su ignorancia, pues no estaban informados del lugar de nacimiento de Jesús (vea Jn 7.41). Cristo respondió que, en efecto, podría ser que conocieran o no conocieran Su origen terrenal, pero lo que no entendían era que Él realmente venía del cielo. Cuando Jesús dijo: **A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy** (Jn 7.28), Él estaba siendo irónico en la aseveración.

Fue tan grande la impresión que causó Jesús en muchos de la multitud, que estos creyeron en Él (Jn 7.31). Desde luego que la de ellos era una fe débil; sin embargo, fue suficiente para enfurecer a los principales sacerdotes y a los fariseos, que enviaron guardas del templo para prenderle (Jn 7.32). Sin inmutarse por ello, Cristo siguió predicando: **Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir** (Jn 7.33–34). Para nosotros, los que vivimos después del evento de la cruz, no es difícil entender Sus palabras, cuando dijo: «Entonces un poco de tiempo estaré con vosotros», pues sólo faltaban seis meses para que tuviera lugar Su muerte. Luego dijo: «e iré al que me envió», esto es, ascendería a Dios. Luego, cuando dijo: «Me buscaréis y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir», estaba hablando de oportunidades desaprovechadas (vea Os 5.6), la tragedia que resulta de la incredulidad. Al día siguiente Jesús diría: «Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir»; «... porque si no creéis que yo soy [el Mesías], en vuestros pecados moriréis» (Jn 8.21, 24).

Puede que nosotros entendamos lo que Jesús quiso decir, pero no sucedió así con los dirigentes judíos, que quedaron desconcertados. Se preguntaban si estaba hablando de salir de Palestina y de predicar a los no judíos. El versículo 35 dice: **¿Se irá a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos?**. «Los dispersos» (διασπορά, *diaspora*) es un término griego que se usa en la Septuaginta para referirse a la dispersión del pueblo judío en medio de los gentiles.

**En el último día de la fiesta: enseñanza sobre el agua viva
(Jn 7.37–52)**

³⁷En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. ³⁸El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. ³⁹Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.

⁴⁰Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta. ⁴¹Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo? ⁴²¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo? ⁴³Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él. ⁴⁴Y algunos de ellos querían prenderle; pero ninguno le echó mano.

⁴⁵Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? ⁴⁶Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! ⁴⁷Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados? ⁴⁸¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos? ⁴⁹Mas esta gente que no sabe la ley, maldita es. ⁵⁰Les dijo Nicodemo, el que vino a él de noche, el cual era uno de ellos: ⁵¹¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho? ⁵²Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta.

El siguiente evento que se consigna se llevó a cabo «en el último y gran día de la fiesta» (Jn 7.37a). Un evento sobresaliente de ese día era el ritual del agua, durante el cual un sacerdote llenaba una vasija de oro en el pozo de Siloé y luego, con gran ceremonia, vertía el agua al pie del altar. Esta ceremonia recordaba el tiempo cuando Dios dio agua a los antepasados de ellos en el desierto (Ex 17.5–6; Nm 20.7–11) y mantenía la esperanza del derramamiento del Espíritu de Dios cuando viniera el Mesías (Jl 2.28; vea Hch 2.16–17).

Fue en ese día que **Jesús se puso en pie y alzó la voz,**

diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva (Jn 7.37b, 38). La vasija de oro había quedado vacía en aquel momento, pero a Sus oyentes se les ofrecían ríos de agua que jamás dejarían de correr.

Juan, en su condición de autor inspirado por el Espíritu, dio una explicación de las palabras de Cristo: **Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aun no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado** (Jn 7.39). Se refería a la venida del Espíritu Santo que ocurriría en el primer día de Pentecostés posterior a la ascensión de Cristo (Hch 1.8; 2.1–4, 16, 17, 38). De una forma parecida a la que el agua de la roca sació la sed del cuerpo, el Espíritu de Dios saciaría los anhelos espirituales de los que depositaran su confianza en Jesús.

Los que oyeron a Jesús se dividieron al responder a Sus palabras (Jn 7.43). Algunos pensaban que era el profeta como Moisés (Jn 7.40; vea Dt 18.15). Unos pocos pensaron que debía de ser el Mesías (Jn 7.41a). Otros dijeron que no podía ser el Mesías porque (según pensaban) Él provenía de Galilea, y no de Belén, la ciudad de David (Jn 7.41b, 42; vea 2 S 7.12–16; Mi 5.2–4).

Entre los que fueron influenciados por la enseñanza de Cristo estaban los que habían sido enviados a prenderle (Jn 7.32). Al volver a sus superiores con las manos vacías, se les preguntó por qué no lo apresaron (Jn 7.45). Esto fue lo que respondieron: **¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!** (Jn 7.46).

Los fariseos se enfurecieron (Jn 7.47). Insistieron en que Jesús *no* podía ser el Mesías porque ninguno de *ellos* había creído en Él (Jn 7.48), porque los demás que sí habían creído en Él eran ignorantes (Jn 7.49), y porque de Galilea jamás se levantó profeta alguno (Jn 7.52). Por lo menos un profeta provino de Galilea: Jonás (2 R 14.25). Los fariseos pusieron en evidencia tanto su ignorancia del Antiguo Testamento como su ignorancia del origen de Jesús. Más adelante, en Juan 9.29, reconocerían que realmente no tenían idea de dónde era él.

Uno de los fariseos, llamado **Nicodemo** (que había venido a Jesús de noche [Jn 3.1–2]), hizo notar que no era lícito condenar a un hombre sin haberlo sometido a un juicio justo (Jn 7.50–51;

vea Dt 1.16–17; 19.15–21). Lo único que logró Nicodemo con sus palabras fue que se volvieran contra él.

El texto aclara que ellos no pudieron prender al Señor (Jn 7.30a, 44) «porque aún no había llegado su hora» (Jn 7.30b; vea también 8.20). La «hora» de Su muerte estaba cerca, a sólo seis meses, pero no era todavía.

APLICACIÓN: EL AGUA VIVA⁵ (JN 7.37–39)

El monte Everest es el más alto del mundo. Ubicado en lo alto de la cordillera de los Himalayas, se eleva hasta 8.848 metros sobre el nivel del mar, abarcando dos tercios del grosor de la atmósfera terrestre. Desde comienzos del decenio de 1920 a 1930, muchos intentos se hicieron de escalar hasta su cima. Durante treinta años, se hicieron nueve intentos y se sufrieron igual número de fracasos. En 1952, los suizos organizaron un equipo de escaladores altamente calificados. Se prepararon durante meses y siguieron un plan cuidadosamente concebido, pero al final tuvieron que abandonar el intento, debido al estrés y al agotamiento.

Al año siguiente, los británicos reunieron un equipo dirigido por el coronel John Hunt, que era médico. Cuando este estudió el intento de los suizos, observó que a cada hombre se le había dado una ración de sólo dos tazas de agua al día. Hizo preparativos para llevar equipos para derretir nieve, de modo que cada escalador pudiera tener un mínimo de doce tazas de agua al día. El 29 de mayo de 1953, esta expedición se convirtió en la primera en plantar su bandera sobre la cumbre del monte más alto del mundo. La clave para el éxito la constituyó un suministro suficiente de agua.

Hoy se están volviendo a descubrir los efectos beneficiosos del agua. En los Estados Unidos, a la generación bebedora de café y Coca Cola se le está diciendo que necesita beber más agua: un mínimo de ocho a diez tazas al día. Las autoridades médicas

⁵Esta aplicación se basa en gran parte en el sermón de Rusty Peterman, «El agua viva», presentado frente a la iglesia de Cristo de Brown Trail, Fort Worth, Texas, en Mayo de 1987.

insisten en que de esto depende nuestra salud. Así como el cuerpo necesita el agua física, el alma requiere de agua espiritual. Esto es lo que se recalca en Juan 7.37–39.

Cristo interrumpe un rito ancestral

Para entender más plenamente las palabras que dijo Cristo, es necesario tener algún conocimiento acerca de la fiesta de la cual se habla y acerca del ritual del agua que se observaba durante tal fiesta. Se trataba de la fiesta de los tabernáculos (Jn 7.2), la última gran celebración judía del año. No era una fiesta de un día, sino que se llevaba a cabo durante siete días de celebración. Además, para la época del Señor, ya se le había añadido otro día: un solemne día de reposo.

Al igual que las demás fiestas judías, esta tenía varios niveles de significado para el pueblo. En primer lugar, tenía significado *histórico*: era un recordatorio de los días cuando los antepasados de ellos anduvieron vagando por el desierto (Lv 23.43). Durante la fiesta, los judíos vivían al aire libre en tabernáculos, que eran estructuras temporales, las cuales construían con sus propias manos, usando como materiales las ramas de sauces y de palmeras (Lv 23.40). Estas estructuras se ubicaban en las calles, sobre los techos, en la zona que rodeaba al templo y sobre las laderas de las colinas que había alrededor de Jerusalén. Padres e hijos, madres e hijas y abuelos, todos vivían en estos tabernáculos. Durante toda la semana, era allí donde dormían, comían, oraban y estudiaban al conmemorar cómo Dios había provisto para Su pueblo durante cuarenta años de andar por el desierto.

La fiesta no sólo celebraba la provisión que dio Dios en el pasado, sino también la que daba en el presente. Tenía, por lo tanto, significado *agrícola*: era un festival de la siega que se celebraba después que se habían recogido las principales cosechas: la cebada, el trigo y las uvas. Por esta razón, se le conocía también como la fiesta de la siega (Ex 23.16; 34.22). El pueblo daba gracias a Dios por las abundantes cosechas y le pedían bendición para los cultivos del año siguiente. Se sacrificaban setenta toros por las setenta naciones de la tierra. En las ceremonias participaban 446 sacerdotes y un número correspondiente de levitas. Se sonaban veintiuna trompetas en los patios del templo. Un

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA TERCERA PASCUA
A SU ARRIBO A BETANIA: EN JUDEA

gigantesco candelabro se colgaba sobre el patio de las mujeres, con antorchas tan brillantes que alumbraban el recinto del templo y el vecindario que lo rodeaba. En el ritualismo de la fiesta, este candelabro recordaba a los judíos la columna de fuego que guió a los antepasados de ellos por el desierto. Por la noche, los varones danzaban a la luz de las antorchas. Este era el más gozoso de los días de fiesta de los judíos.

Esto nos lleva al elemento central de la fiesta: el diario ritual del agua. Al comienzo de cada día, varios sacerdotes enfundados en vestiduras blancas marchaban al frente de una procesión de celebrantes, haciendo un recorrido que bajaba de la colina del templo y avanzaba hasta el estanque de Siloé, el cual era alimentado por la fuente de Gihón. Esta constituía el principal suministro de agua de la ciudad, era *la* fuente de agua potable. Cuando llegaban al estanque, uno de los sacerdotes levantaba un reluciente cántaro dorado y luego lo sumergía en el estanque, llenándolo de agua. En ese momento, el pueblo lanzaba un gran grito, diciendo: «Sacamos con gozo aguas de las fuentes de la salvación» (vea Is 12.3).

Luego el sacerdote se ponía al frente de la procesión que subía de vuelta la colina del templo, llevando el cántaro sobre su cabeza. En el trayecto, el pueblo cantaba los Salmos 113 al 118, que terminan diciendo: «Oh Jehová, sálvanos ahora, te ruego; te ruego, oh Jehová, que nos hagas prosperar ahora»; «Alabad a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia» (Sal 118.25, 29). Cuando se acercaban a la Puerta de las Aguas, que estaba al sur del patio interior, eran saludados con tres trompetazos.

El sacerdote subía la rampa que llevaba al altar de los holocaustos. Levantaba en alto el cántaro, mientras miles de participantes agitaban hojas de palmeras y ramas de sauces. Luego vertía lentamente el agua en un embudo de plata, de donde ella fluía al suelo. El pueblo gritaba alabanzas y las trompetas tocaban fuerte.

La ceremonia celebraba la provisión de agua que dio Dios en el desierto, cuando salió agua de una roca (Ex 17; Nm 20; vea Dt 8.15; Sal 105.41). También reconocía la crítica necesidad de agua que tenía la nación. Esa zona recibía muy poca lluvia, tal

vez ninguna, desde mayo hasta octubre. Si la lluvia no volvía poco después de la fiesta, no habría cosechas al año siguiente. De modo que la celebración era tanto para dar gracias a Dios por Su cuidado en el pasado como también para pedirle que proveyera para el futuro. El ritual dejaba a los niños con los ojos muy abiertos de asombro, llenaba de gozo los corazones de las mujeres y hacía que los ancianos se volvieran a sentir jóvenes. Era un espectáculo impresionante.

Fue en medio de esta entusiasta celebración que Jesús se puso en pie y alzó la voz (Jn 7.37a). El hecho de que se pusiera en pie es significativo; porque por lo general Él se sentaba para enseñar (vea Jn 8.2). Es digno de hacerse notar el hecho de que alzara la voz; es sólo de vez en cuando que se dice de Él que alzó la voz mientras enseñaba. Pero lo más importante fue Su mensaje, pues dijo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (Jn 7.37b, 38).

Las palabras de Cristo constituían una interrupción, y no sólo esto, sino que era una llamativa e inaudita interrupción. Lo que hizo fue atrevido y además escandaloso. En otras palabras, esto fue lo que dijo acerca de la ancestral ceremonia: «¿Creen ustedes que en *eso* hay vida? ¡No la hay! ¡Es a *Mí* en quien tienen que buscarla!». Deseaba que la gente supiera que la vida no debía buscarse en rituales ni en ceremonias, sino en Él.

El anterior mensaje era necesario en el siglo primero; y todavía lo es en el veintiuno. Si no tenemos cuidado, podemos llegar a creer que nuestra fuente de fortaleza espiritual se encuentra en lo que *hacemos*. La adoración puede llegar a convertirse en poco más que un ritual que incluye Biblias, himnarios, bandejas de la Cena del Señor y platillos para recoger la ofrenda. Debemos entender que todo lo que hacemos en la adoración no es sino un medio para un fin, y ese fin es tener un encuentro con el Señor viviente. Si no es así, podemos seguir las formalidades de oír, cantar, ponernos de pie, sentarnos, inclinar el rostro y levantarlo, y a pesar de esto salir del edificio con una abrasadora sed espiritual. Esta sed se sacia únicamente cuando nuestra adoración nos lleva a la «roca espiritual» de la cual fluye agua viva, esto es, Jesucristo (1 Co 10.4).

Todos necesitamos el mensaje de Juan 7.37– 39. Analicemos primero las promesas de Jesús. Después nos centraremos en los requisitos necesarios para recibir esas promesas.

Cristo promete ríos de agua viva

Después que Cristo invitó a los sedientos a venir, Él declaró: «El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (Jn 7.38). No estamos seguros cuál Escritura tenía en mente. No hay un texto antiguotestamentario en concreto que esté redactado de tal manera. La idea, sin embargo, se refleja en muchos pasajes del Antiguo Testamento, incluyendo Isaías 44.3; 55.1; Ezequiel 47.1–11 y Zacarías 13.1; 14.8. Otra dificultad del pasaje es que los versículos 37 y 38 contienen una ambigüedad que se refleja tanto en el griego como en el [español]. Según la puntuación de la [Reina Valera] y de muchas otras traducciones, la frase «su interior» se refiere al creyente; pero con ligeros cambios de puntuación, es a Jesús a quien se hace referencia como fuente de agua viva: «... Si alguno tiene sed, venga a mí. Y [el que tiene sed] beba, el que cree en mí. Como dice la Escritura: “De Su interior correrán ríos de agua viva”. Esto dijo del Espíritu...». Sin embargo, tales detalles son relativamente poco importantes. Está claro el asunto principal que el Señor desea señalar, y ello es que sólo los que vienen a Él serán refrescados espiritualmente.

1. Jesús ha prometido *agua*, esto es, agua espiritual. Hicimos notar al comienzo de esta presentación que la gente está volviendo a descubrir la importancia del agua en la dieta. El Dr. G. C. Pitts, fisiólogo de Harvard, llevó a cabo un experimento de la relación entre el agua y la resistencia física. Puso a caminar atletas varones sobre ruedas de andar a una velocidad de cinco y medio kilómetros por hora. Se les pidió caminar hasta quedar tan exhaustos que no pudieran seguir. A un grupo se le privó de agua durante la prueba. Estos duraron tres horas y media. Un segundo grupo fue estrechamente monitoreado durante la prueba para controlar el nivel de agua de su cuerpo. A estos atletas se les suministró la cantidad de agua que necesitaran para mantener un nivel constante. Recibieron, en promedio, una taza de agua cada quince minutos. La segunda prueba terminó después de siete horas, sin que los participantes mostraran señales de fatiga.

Dijeron que podían haber seguido por el tiempo que el doctor quisiera.

La relación entre el agua y la fatiga física tiene aplicación espiritual. Muchos han estado por años caminando penosamente sobre la rueda de andar de la vida sin experimentar renovación espiritual. Están agotados en su interior, esto es, están espiritualmente fatigados. Necesitan darse cuenta de que *Cristo* es la fuente de agua espiritual que les habilitará para seguir andando.

2. Jesús ha prometido agua *viva*. Dijo que «de su interior correrán ríos de agua *viva*». Anteriormente le había dicho a la mujer junto al pozo, en Samaria: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva» (Jn 4.10). El agua viva es la esencia de la vida; es lo que satisface el alma. Cristo le dijo a la samaritana: «... mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (Jn 4.14). El agua viva es un anticipo del gozo del cielo (Ap 7.17; 21.6; 22.1, 17).

3. Jesús ha prometido *ríos* de agua viva. Analice nuevamente la promesa: «... de su interior correrán *ríos* de agua viva» (Se recalca la abundancia de Su provisión espiritual. Alguien hizo notar que la «fuente de agua» que se prometió a la mujer de Samaria se había convertido ahora en «*ríos* de agua viva»).

Según Juan, lo que Jesús tenía en mente era una bendición especial que estaba prometiendo el Señor: el don del Espíritu Santo. Después de citar las palabras de Cristo, cuando Este dijo: «... de su interior correrán ríos de agua viva», el apóstol insertó una explicación que él da en su condición de autor inspirado, y que dice: «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Jn 7.39). Esto se relacionaba lógica y naturalmente con el ritual del agua, en vista de que los judíos creían que el derramamiento de agua anunciaba el prometido derramamiento del Espíritu de Dios.

Es necesario explicar la frase «aún no había venido el Espíritu Santo», pues el Espíritu Santo había estado activo en el ministerio de Jesús y en los que estaban asociados con Este. Cristo se estaba

refiriendo a la venida del Espíritu Santo, que se produciría después de Su ascensión (Jn 14.26; 15.26; 16.13), después que Él fuera «glorificado» a la diestra de Dios. Esa ocasión especial estaba todavía en el futuro. (Por supuesto que en el momento que Juan escribía esto, la venida del Espíritu que se produjo en Pentecostés, ya era cosa del pasado.)

El mejor comentario de Juan 7.39 lo constituyen los dos primeros capítulos de Hechos. Después de la resurrección de Jesús, Él les dijo a Sus apóstoles: «... Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hch 1.8a). Esta promesa se cumplió diez días después de la ascensión de Cristo, en el día de la fiesta judía de Pentecostés, cuando los doce fueron «llenos del Espíritu Santo» (Hch 2.1–4). Más adelante, Pedro identificó esto como el bautismo del Espíritu (Hch 11.15–16). Luego, en el día de Pentecostés, Pedro les dijo a los presentes: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2.38).

El don del Espíritu que recibieron los apóstoles era un don milagroso; el don recibido por todos los bautizados era (y es) un don no milagroso, don que es dado a todos los que obedecen al Señor (Hch 5.32) y es impartido a todos los que son Sus hijos e hijas (Gá 4.6; Ef 1.13–14). Es un don que consiste en que Dios mismo está presente para fortalecer y sustentar a Sus hijos. Romanos 8 señala algunas maneras concretas como el Espíritu de Dios ayuda: nos ayuda a hacer morir las obras de la carne (vers.º 13), nos ayuda en nuestra debilidad (vers.º 26) y nos ayuda a pedir (vers.º 26). La promesa de Juan 7.38–39 es complementada por lo que insinúa la forma como está redactado Hechos 3.19, que tal vez sea la más acertada descripción de lo que el Espíritu hace por todo cristiano. Allí se insinúa que Este hace «[venir] de la presencia del Señor tiempos de refrigerio». Se da por sentado que lo dicho por Pedro en Hechos 3.19 debe de significar básicamente lo mismo que dijo en Hechos 2.38. Si esto es así, «el don del Espíritu Santo» equivale a los «tiempos de refrigerio».

Volviendo a Juan 7.39, la palabra clave es «creyesen»: «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que *creyesen* en él...». (Énfasis nuestro.) Los apóstoles que creyeran en Cristo recibirían

el bautismo del Espíritu. Los que creyesen en Jesús como resultado de las prédicas de ellos recibirían el Espíritu Santo como un don (Hch 2.36–38). Sin embargo, los que se oponían al Señor, los que no creían, no participaban de promesa alguna.

Requisitos de Cristo para los que tienen sed de Él

Ha llegado el momento de analizar los requisitos para recibir estas promesas. El texto insinúa tres requisitos.

1. *Debemos reconocer nuestra necesidad.* Jesús comenzó Su mensaje diciendo: «*Si alguno tiene sed, venga a mí...*» (Jn 7.37; énfasis nuestro). La mayoría de nosotros en realidad no sabemos realmente qué es la sed, en cambio ellos sí. Acababan de pasar el largo período de sequía anual. Al comienzo del mes de mayo de cada año dejaba de llover como si se hubieran cerrado las llaves del cielo. Por el resto de mayo y durante junio, julio, agosto, setiembre y el comienzo de octubre, no llovía. Las laderas secas del este de Jerusalén se asemejaban a un paisaje lunar. Los vientos calientes del este, que provenían del desierto de Arabia, levantaban nubes de polvo, al punto de que este parecía tapar todos los poros del cuerpo.

Cristo estaba usando una necesidad corporal básica para señalar una necesidad espiritual superior. En el Sermón del Monte, Él habló de tener hambre y sed «de justicia» (Mt 5.6). En toda alma hay sed de Dios, pero los hombres han tratado de aliviar estas ansias espirituales con personas, poder, posesiones, placeres y popularidad. Al final, sin embargo, las ansias del alma no serán saciadas por estas cosas como tampoco lo será la sed corporal por el agua salada. *El Señor* es el único que puede satisfacer el espíritu. El primer requisito es reconocer que, sin Él, tendremos una abrasadora e inapagable sed en el interior.

2. *Debemos aceptar a Cristo como el único que puede apagar esa sed.* No basta con decir: «tengo sed»; debemos reconocer a Jesús como la única fuente de refrigerio. El Señor dijo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí [...] de su interior correrán ríos de agua viva» (Jn 7.37; 38).

En el versículo 38 Cristo recalcó la necesidad de creer en Él. En el contexto, esto se refería a los judíos que lo aceptaban como el Mesías. En el capítulo que sigue, dijo: «... Si no creéis que yo

soy [el Mesías anunciado], en vuestros pecados moriréis» (Jn 8.24). Con esto no estamos diciendo que la salvación sea por «fe solamente» (vea Stg 2.24), sino que nuestra fe debe centrarse en Jesús.

3. *Debemos actuar conforme a la fe.* No basta con saber que tenemos sed; ni siquiera basta con entender que Cristo es el único que puede saciar esa sed; hay algo que debemos *hacer* para aprovechar la provisión del Señor, pues esto es lo que el texto da a entender claramente con las palabras «venga» y «beba». Venir a Cristo equivale a reconocerlo como Señor y comprometerse a hacer Su voluntad. Beber equivale a participar de Sus bendiciones y hacer que estas formen parte de nuestro ser. Cuando creemos en Jesús y hacemos Su voluntad, llegamos a ser parte de Él y Él llega a ser parte de nosotros. Pablo escribió a los cristianos de Galicia, diciéndoles: «... Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, *de Cristo estáis revestidos*» (Gá 3.26–27; énfasis nuestro).

Imagínese un amplio río por el que fluye un agua fría, pura y cristalina. Luego imagínese, a cada lado del río, unos montones de huesos blanqueados, huesos que pertenecieron a hombres y animales que murieron de sed a sólo unos centímetros de aquella corriente dadora de vida. Sería una tragedia difícil de comprender en el mundo material, pero es más común de lo que podemos imaginar en el ámbito espiritual. Miles, incluso millones, han muerto de deshidratación espiritual, teniendo al alcance de ellos a Jesús, la fuente de agua viva. El problema no era que no conocían su necesidad espiritual, sino que rehusaron confiar en Él y, por lo tanto, no le entregaron su vida de modo que pudieran beber y ser renovados.

Conclusión

El siguiente relato es una historia para niños que se basa en el pasaje que hemos estado estudiando. Esta historia se encuentra en *La silla de plata*, el libro seis de Las Crónicas de Narnia de C. S. Lewis.⁶

⁶C. S. Lewis, *The Silver Chair (La silla de plata)* (New York: Harper-Trophy, HarperCollins Publishers, 1981), 18–23. Las crónicas de Narnia están llenas de alegoría religiosa.

Una niña llamada Jill se encuentra en un bosque. Cuando andaba por allí se encontró con un león, e hizo lo que la mayoría de nosotros hubiéramos hecho: se volvió y emprendió la huida. Corrió y corrió hasta que se cansó y le dio sed. Tenía tanta sed que no le importó que se la comiera el león si tan sólo pudiera beber antes una taza de agua. Llegó a una corriente de agua, pero algo la hizo detenerse en seco: echado junto a la corriente estaba el león. Este le habló y le dijo: «Si tienes sed, puedes beber». Ella no se movió.

—¿Tienes sed? —dijo el león.

—Me estoy *muriendo* de sed —dijo Jill.

—Entonces bebe —dijo el león...

—¿Prometes que no me harás daño si me acerco?
—dijo Jill.

—No prometo nada —dijo el león.

Jill tenía tanta sed que, sin notararlo, dio un paso que la acercó más.

—¿Comes niñas? —dijo ella.

—He engullido niñas y niños, mujeres y hombres, reyes y emperadores, ciudades y reinos —dijo el león. No lo dijo como si estuviera jactándose, tampoco lo dijo como si lo lamentara, ni lo dijo como si estuviera enojado. Simplemente lo dijo.

—No me atrevo a acercarme a beber —dijo Jill.

—Entonces morirás de sed —dijo el león.

—¡Qué horror! —dijo Jill, dando otro paso que la acercaba más—. Supongo que entonces tendré que irme a buscar otra corriente.

—No hay otra —dijo el león.

A Jill nunca se le ocurrió poner en duda lo que el león decía —nadie que hubiera visto su severo rostro podía hacer eso— y en su mente de pronto se decidió. Era lo peor que alguna vez hubiera tenido que hacer, pero se dirigió hacia la corriente, se arrodilló y comenzó a recoger agua con la mano. Era el agua más fría y más refrescante que alguna vez probó. No era necesario beber mucho de ella, pues apagaba la

sed al instante.⁷

Muchos de nosotros nos hemos pasado la vida huyendo —hemos estado huyendo en nuestros años de adolescente, en nuestros años de adulto joven, en nuestros años de adulto mayor, tal vez incluso en nuestra vejez— y entre más nos hemos alejado, más sed hemos llegado a tener. En esta lección, nos hemos encontrado cara a cara con «el León de la tribu de Judá» (Ap 5.5). Este nos está instando a dejar de huir. Nos está diciendo que, aparte de Él, jamás podremos apagar nuestra sed espiritual. Podemos decir «Buscaré otra corriente». No hay otra. Podemos decir «Siento que moriré». *Moriremos* espiritualmente a menos que vengamos a Él. El que esté cansado de huir y cansado de tener sed, puede venir a Él.

**Después de la fiesta:
enseñanzas adicionales
(Jn 7.53—10.21)**

La mujer sorprendida en adulterio
(Jn 7.53—8.11)

⁵³Cada uno se fue a su casa;

¹y Jesús se fue al monte de los Olivos. ²Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba. ³Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, ⁴le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. ⁵Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? ⁶Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. ⁷Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. ⁸E inclinandose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. ⁹Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia,

⁷Ibíd., 22–23.

salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio.¹⁰ Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? ¹¹Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más.

El relato que se recoge en Juan 7.53 al 8.11 es especial. Aunque este pasaje no se encuentra en los manuscritos más antiguos, está en la mayoría de las traducciones del Nuevo Testamento. En algunas se considera que es parte del texto; en la mayoría de las demás, se incluye en el texto, pero de alguna manera se le separa. Los eruditos coinciden en que, haya sido parte o no del manuscrito original de Juan, lo cierto es que el evento que se narra en estos versículos realmente ocurrió.

Al final de la fiesta, la mayoría se fue a su casa (Jn 7.53), pero Jesús se quedó en la zona. Pasó la noche en el monte de los Olivos (Jn 8.1; localizado al este de la ciudad pasando el torrente de Cedrón), y es probable que se quedara en una enramada construida por Sus discípulos, que habrían sido enviados adelante a hacerle preparativos (Lc 9.52). Por la mañana Él estaba de nuevo en el Templo, enseñando (Jn 8.2, 20). Sus oyentes habrían sido residentes de Jerusalén, además de algunos viajeros que aun no habían partido.

Fue interrumpido por Sus enemigos, que **le trajeron una mujer sorprendida [...] en el acto mismo de adulterio** (Jn 8.3–4). Le dijeron: ... **en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?** (Jn 8.5). A estos hipócritas no les importaba la ley; de otro modo, también hubieran traído al hombre involucrado en la transgresión. La Ley estipulaba que *tanto* el hombre como la mujer debían ser apedreados (Lv 20.10; Dt 22.22). No les importaba la justicia ni la obediencia a Dios; sólo les interesaba atrapar a Jesús (Jn 8.6a).

Cristo les dijo: **El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella** (Jn 8.7). Luego se inclinó y escribió en el polvo que cubría el piso de piedra del templo (Jn 8.8). Al enderezarse, los acusadores se habían ido (Jn 8.9–10).

Jesús preguntó: **Mujer, ¿dónde están los que te acusaban?**

¿Ninguno te condenó? (Jn 8.10). Ella contestó: **Ninguno, Señor** (Jn 8.11a). Entonces Cristo dijo: **Ni yo te condeno; vete y no peques más** (Jn 8.11b). Los dirigentes religiosos habían tratado a la pecadora con desprecio. La ley mandaba que la pecadora debía morir. El Señor trató a la pecadora con dignidad. No pasó por alto el pecado de ella (le dijo «no peques más»); pero le tuvo misericordia y le dio una segunda oportunidad. Todos necesitamos misericordia y una segunda oportunidad.

Enseñanza sobre la luz y las tinieblas
(Jn 8.12–59)

¹²Otra vez Jesús les habló, diciendo: **Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.** ¹³Entonces los fariseos le dijeron: **Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero.** ¹⁴Respondió Jesús y les dijo: **Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy.** ¹⁵Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. ¹⁶Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. ¹⁷Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. ¹⁸Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí. ¹⁹Ellos le dijeron: **¿Dónde está tu Padre?** Respondió Jesús: **Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais.** ²⁰Estas palabras habló Jesús en el lugar de las ofrendas, enseñando en el templo; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora.

²¹Otra vez les dijo Jesús: **Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir.** ²²Decían entonces los judíos: **¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir?** ²³Y les dijo: **Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.** ²⁴Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis. ²⁵Entonces le dijeron: **¿Tú quién**

eres? Entonces Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho. ²⁶Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. ²⁷Pero no entendieron que les hablaba del Padre. ²⁸Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. ²⁹Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada. ³⁰Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él.

³¹Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; ³²y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. ³³Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?

³⁴Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. ³⁵Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. ³⁶Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. ³⁷Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. ³⁸Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre.

³⁹Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. ⁴⁰Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham. ⁴¹Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. ⁴²Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ⁴³¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. ⁴⁴Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando

habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. ⁴⁵Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. ⁴⁶¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? ⁴⁷El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios.

⁴⁸Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio? ⁴⁹Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis. ⁵⁰Pero yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga. ⁵¹De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte. ⁵²Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte. ⁵³¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo? ⁵⁴Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. ⁵⁵Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra. ⁵⁶Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. ⁵⁷Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? ⁵⁸Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. ⁵⁹Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue.

Estamos empezando un estudio de Juan 8.12–10.21. Esta sección se centra en el cada vez más enconado conflicto entre Jesús y la jerarquía religiosa de Jerusalén. Él les dijo a los dirigentes: **Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros** (Jn 8.26; énfasis nuestro). A partir de este momento, además de darse a conocer Él mismo, pondría en evidencia a Sus enemigos. En esta porción de la Escritura, Jesús trazó muchos contrastes—explícitos o implícitos— entre Él y Sus enemigos:

COMENTARIO DE LA VERDAD PARA HOY

CRISTO	SUS ENEMIGOS
La luz del mundo (Jn 8.12)	En las tinieblas (Jn 8.12)
Verdadero juicio (Jn 8.16)	Juicio de la carne (Jn 8.15)
De arriba (Jn 8.23)	De abajo (Jn 8.23)
No es del mundo (Jn 8.23)	Del mundo (Jn 8.23)
Padre: Dios (Jn 8.38)	Padre: el diablo (Jn 8.44)
Conoce a Dios (Jn 8.55)	No conocen a Dios (Jn 8.55)
Veraz (Jn 8.14, 40, 45, 46)	Mentirosos (Jn 8.44, 55)
Buen pastor (Jn 10.11, 14)	Pastores asalariados (Jn 10.12–13)

Cristo estaba haciendo afirmaciones cada vez más audaces acerca de sí mismo. Tres de las siete aseveraciones «yo soy» que consigna Juan se encuentran en la asignación de lectura para esta lección. Jesús dijo : «*Yo soy* la luz del mundo» (Jn 8.12; 9.5; énfasis nuestro) y «*Yo soy* el buen pastor» (Jn 10.11, 14; énfasis nuestro). Sin embargo, Su afirmación más audaz se dio cuando dijo: «De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, *yo soy*» (Jn 8.58; énfasis nuestro). Era una afirmación en el sentido de que Él existía antes que Abraham, pero era más que eso: era una afirmación de deidad.

Al comienzo de esta lección hallamos a Jesús enseñando en el templo (Jn 8.20, 59), **en el lugar de las ofrendas** (Jn 8.20). El lugar de las ofrendas era la parte del patio de las mujeres en la cual estaban ubicadas trece arcas de recolección con boca en forma de trompeta. No estaba lejos del salón donde se reunía el Sanedrín. El patio de las mujeres era la parte del templo donde podían entrar tanto varones como mujeres judíos. Era un lugar especial donde había oración dos veces al día. (Vea el diagrama del templo en el Apéndice.)

Anteriormente, Cristo ofreció «el agua viva», una metáfora que se relaciona con el ritual del agua de la fiesta de los tabernáculos. En esta lección vemos que ahora Él se declara «la luz del mundo», un simbolismo que tal vez fue insinuado por el candelabro que colgaba sobre el patio de las mujeres durante la fiesta. **Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida** (Jn 8.12). H. I. Hester comentó de la siguiente manera: «¡Qué afirmación más audaz! O fue cierta, o

fue la más vanidosa aseveración que alguna vez profirió hombre alguno».⁸

Las audaces palabras de Cristo provocaron una acalorada disputa con las autoridades judías, disputa a la cual se dedica el resto del capítulo. La disputa es una continuación de la polémica del capítulo 7 y se parece en el contenido al conflicto del capítulo 5.

Los dirigentes judíos interpelaron a Jesús, diciéndole: **¿Tú quién eres?; ¿Quién te haces a ti mismo?** (Jn 8.25a, 53b). Hoy diríamos de esta manera: «¿Quién te crees que eres?». Cristo no dudó en decirles exactamente quién era Él y en qué consistía Su misión. Ya consideramos la afirmación de Jesús en el sentido de que Él es la luz del mundo. También dijo...

- ... que Sus palabras eran verdaderas (Jn 8.14, 16).
- ... que Él era de arriba (Jn 8.23).
- ... que Él había sido enviado de Dios (Jn 8.26).
- ... que sólo hablaba lo que Dios le enseñaba (Jn 8.26, 28).
- ... que sólo hacía lo que agradaba a Dios (Jn 8.29).

En relación con la afirmación en el sentido de que Él sólo hacía lo que agradaba a Dios, debemos notar cómo desafia a Sus oponentes, según se consigna en Juan 8.46 diciéndoles: **¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?** Si hubiéramos sido nosotros los que hiciéramos esta pregunta, sólo les tomaría unos minutos a los que nos conocen hacer una lista de casi un metro de largo, de los pecados que hemos cometido. A Jesús, en cambio, nadie pudo acusarlo; Él era libre de pecado (vea He 4.15).

En respuesta a la pregunta «¿Tú quién eres?» de Juan 8.25, esto fue lo que en otras palabras dijo Jesús:

- «Soy aquel a quien procuráis matar» (Jn 8.37, 40).
- «Soy aquel a quien levantaréis» (en referencia a Su muerte en la cruz) (Jn 8.28; vea 3.14; 12.32).
- «Soy aquel que se irá al cielo» (en referencia a Su ascensión; Jn 8.21).

⁸H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 164–65.

«Soy aquel en quien deben creer para ser salvos» (Jn 8.24, 30, 46). (Mientras Juan 8.24 es una aseveración general sobre creer que Jesús es el Mesías, sin embargo el mensaje implícito es aun mayor que este. Cristo dijo literalmente que ellos tenían que creer que Él era el «Yo soy», esto es, que Él era Dios.)

En el versículo 30 se lee esto: **Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él.** Sorprendentemente, entre los que «creyeron en él» se encontraban algunos que pertenecían a la jerarquía judía (Jn 8.31; vea 9.16). Uno de estos era Nicodemo (Jn 7.50); otro era José de Arimatea (Mr 15.43; Lc 23.50–51; Jn 19.38); es probable que hubiera otros (vea Jn 12.42).

Cristo hizo hincapié en que la fe en Él no había de ser secreta, sino que debía demostrarse. Por esta razón, dijo Jesús **a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos** (Jn 8.31; énfasis nuestro). Y esto lo repitió más adelante, cuando dijo: **«El que guarda mi palabra, nunca verá muerte** (Jn 8.51; énfasis nuestro). De modo que no bastaba con creer, había que llevar a la acción Su Palabra.

Si bien hubo algunos de los dirigentes a quienes Cristo les hizo buena impresión, no sucedió así con la mayoría de ellos. Estos creían que los iluminados eran ellos y no Él. Se consideraban la fuente de la luz y del entendimiento. Jesús los enfureció aún más al decirles que no tenían ni conocimiento (Jn 8.14) ni entendimiento (Jn 8.43). En el capítulo se recogen muchos ejemplos de la incapacidad de ellos para entender:

Cuando Cristo habló de Su Padre (Jn 8.18), ellos no entendieron que se refería a Su Padre celestial (Jn 8.19; vea también Jn 8.27).

Cuando Jesús dijo que se iba, y que al lugar que Él iba ellos no podían ir (Jn 8.21), no entendieron que estaba hablando de ir al cielo. Ellos conjeturaban que podía estar considerando la posibilidad de suicidarse (Jn 8.22).

Cuando el Señor anunció que la verdad les haría libres (Jn 8.32), ellos lo relacionaron con ser libres en lo político y dijeron: **Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de**

nadie (Jn 8.33a). Era extraño que afirmaran esto, pues los israelitas habían sido esclavos de Babilonia y de Persia. Durante el tiempo en que Cristo vino, los judíos eran súbditos de Roma. Jesús, por supuesto, estaba pensando en que serían libres en lo espiritual, especialmente en que serían libres de la culpa y del poder del pecado (Jn 8.34,36).

Según creían ellos, lo que importaba era ser descendientes de Abraham (Jn 8.33, 39, 53, 56). No se daban cuenta de que era más importante ser descendientes espirituales de aquel varón de fe (Jn 8.37, 39; vea Ro 2.28–29).

También creían que Dios era el Padre espiritual de ellos (Jn 8.41). No entendían que, al desechar a Jesús, estaban llevando a cabo la voluntad del verdadero padre de ellos, esto es, el diablo (Jn 8.37–38, 40–41, 44). Juan 8.44 es una de las aseveraciones más concisas de la Biblia acerca del diablo y su obra. Es probable que la expresión **homicida desde el principio** se refiera a que indujo a Eva a pecar, lo cual hizo que entrara la muerte física en el mundo.

Cuando Cristo dijo que los que creyeran en Él nunca verían muerte (Jn 8.51), los dirigentes pensaron que se refería a la muerte física (Jn 8.52–53). No obstante, Jesús estaba pensando en la muerte espiritual: los que creen en Él y guardan Su Palabra no se separarán de Dios en esta vida (muerte espiritual, Ef 2.1; 1 Ti 5.6), ni irán al infierno después de esta vida (la segunda muerte; Ap 20.14; 21.8).

Cuando Cristo dijo que Abraham vería Su día y se gozaría de ello (Jn 8.56), ellos creyeron que estaba diciendo tonterías (Jn 8.57; vea Jn 8.48,52; Jn 10.20). Lo que Jesús estaba haciendo, por supuesto, era afirmando Su preexistencia (Jn 8.58; vea 1.1–2, 14).

Cristo dijo muchas cosas que Sus adversarios no entendieron; sin embargo, sí entendieron las últimas palabras que dijo en esa ocasión y que contienen el punto principal de todo lo que había estado diciendo: **De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy** (Jn 8.58). Cuando Dios habló a Moisés desde la zarza ardiente, Moisés le preguntó Su nombre. Esto es lo que leemos: «Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros»

(Ex 3.14). Cuando Jesús dijo: «Antes que Abraham fuese, *yo soy*», Él se estaba aplicando a sí mismo uno de los nombres más reverenciados de Dios.

Los oyentes entendieron la importancia de las palabras de Cristo, pero el prejuicio de ellos les impedía creer. Para las mentes entenebrecidas de ellos, Jesús era culpable de blasfemia y había que darle muerte (compare con Jn 10.31, 33). Esto es lo que leemos: **Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo** (Jn 8.59). Tal vez se introdujo entre la multitud y fue rodeado rápidamente por amigos. En todo caso, fue protegido una vez más por la providencia de Dios **porque aún no había llegado su hora** (Jn 8.20).

Enseñanza sobre la ceguera física y la ceguera espiritual
(Jn 9.1–41)

¹Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. ²Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? ³Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. ⁴Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. ⁵Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo. ⁶Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, ⁷y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo. ⁸Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? ⁹Unos decían: El es; y otros: A él se parece. El decía: Yo soy. ¹⁰Y le dijeron: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? ¹¹Respondió él y dijo: Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista. ¹²Entonces le dijeron: ¿Dónde está él? El dijo: No sé.

¹³Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. ¹⁴Y era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos. ¹⁵Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. El les dijo: Me puso

lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo. ¹⁶Entonces algunos de los fariseos decían: Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales? Y había disensión entre ellos. ¹⁷Entonces volvieron a decirle al ciego: ¿Qué dices tú del que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es profeta.

¹⁸Pero los judíos no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, ¹⁹y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? ²⁰Sus padres respondieron y les dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; ²¹pero cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo. ²²Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. ²³Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él.

²⁴Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. ²⁵Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo. ²⁶Le volvieron a decir: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? ²⁷El les respondió: Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos? ²⁸Y le injuriaron, y dijeron: Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos. ²⁹Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea. ³⁰Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos. ³¹Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye. ³²Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. ³³Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer. ³⁴Respondieron y le dijeron: Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron.

³⁵Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo:

¿Crees tú en el Hijo de Dios? ³⁶Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? ³⁷Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. ³⁸Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró. ³⁹Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. ⁴⁰Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? ⁴¹Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece.

Algunos piensan que Juan 9.1–10.21 ocurrió en la fiesta de la dedicación (Jn 10.22), lo que es posible. Sin embargo, hay una conexión cercana entre Juan 9 y los capítulos de la fiesta de los tabernáculos (compare Jn 7.13 con 9.22, y Jn 8.12 con 9.25); Juan 9.1–13.21 parece una continuación del mismo período de tiempo. Hay, por supuesto, una especie de separación entre Juan 8.59 y Juan 9.1, y es posible que algunos de los eventos del ministerio posterior de Judea deberían de estar aquí.

Después que Jesús salió del templo, al pasar **vio a un hombre ciego de nacimiento** (Jn 8.1). Este hombre era un mendigo (Jn 8.8). Uno de los lugares favoritos para mendigar era la entrada principal al patio de las mujeres (Hch 3.2), donde Cristo había estado enseñando (Jn 8.20). En otras palabras, es posible que fuera en el momento que Jesús estaba huyendo para salvarse, que Él se tomó el tiempo para sanar a un ciego (Jn 9.6–7). También es posible que la sanidad tuviera lugar algún tiempo después del incidente de Juan 8.59. Consideraremos diferentes posibilidades en el sermón que sigue después de esta lección.

La sanidad tuvo lugar en el día de reposo (Jn 8.14), lo cual provocó otra polémica relacionada con este día. (Se pueden encontrar las polémicas anteriores en Mt 12.1–14 y Jn 5.1–47.) Esta vez, no obstante, quien recibió lo más duro de las críticas no fue Jesús, sino el hombre que fue sanado. Las autoridades lo interrogaron implacablemente; pero no consiguieron debilitarle su convicción, aun cuando lo expulsaron de la sinagoga. Más adelante, después que Cristo lo encontró y le reveló quién era, él respondió diciendo: **Creo, Señor; y le adoró** (Jn 8.38).

Este cautivante relato fue consignado por Juan para producir

fe en Jesús (Jn 20.30–31). No obstante, la continuación que se recoge en Juan 9.39–41 da a entender claramente que otro propósito fue contrastar la ceguera física con la ceguera espiritual. Los que rehusaban aceptar a Jesús como Mesías no se daban cuenta de ello, sino que eran ciegos espirituales, ciegos que estaban sumidos en las tinieblas de la ignorancia, el prejuicio y el pecado.

APLICACIÓN: «HABIENDO YO SIDO CIEGO, AHORA VEO» (JN 9)

En Juan 9, se recoge uno de los más vívidos estudios de carácter de los evangelios: el ciego de nacimiento que fue sanado por Jesús. Este milagro de sanidad es la sexta de las siete «señales» que escribió Juan. Cada una de estas es especial. Juan les llama «señales» porque cada una de ellas señala la deidad de Jesús (Jn 20.30–31). Además, ellas por lo general ilustran ciertas verdades. Tal es el caso de este milagroso suceso. El relato podría considerarse como una parábola de acción en vivo, en la cual se ilustra que Cristo es la «luz [...] del mundo» (Jn 9.5).

A medida que estudiamos esta historia, veremos cómo un mendigo pasó de las tinieblas de la ceguera a la luz de la vista, tanto en lo físico como en lo espiritual. También aprenderemos cómo nosotros podemos pasar de las tinieblas a la luz.

Un hombre ciego (Jn 9.1–38)

Así comienza relatando el capítulo: «Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento» (Jn 9.1). El versículo 8 hace notar que el hombre era mendigo. Esta era la única ocupación a la que podían dedicarse la mayoría de los ciegos (vea Mr 10.46).

Un enigma a ser descifrado (Jn 9.2–4)

Cuando los apóstoles vieron al hombre, lo percibieron como un enigma a ser descifrado. Desde su juventud, habían oído a los eruditos declarar: «No hay muerte sin pecado, y no hay sufrimiento sin iniquidad». Esta idea errónea era mantenida por muchos en aquel entonces, y es mantenida por muchos hoy. Sin embargo, *este* caso era desconcertante porque el hombre había

nacido ciego. Por lo tanto, preguntaron: «Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Jn 9.2). ¿Cómo sabían ellos que el hombre había nacido ciego? Tal vez Jesús les dijo. Tal vez oyeron a Jesús hablando con él. Pudo ser que alguien que estaba cerca les dijera.

Una parte de la pregunta era un disparate: ¿Cómo se les pudo ocurrir que este hombre nació ciego porque pecó? ¿Cómo podía pecar antes de nacer? La otra parte de la pregunta conllevaba un juicio: ¿Nació ciego porque pecaron sus padres? Hay pecados que pueden afectar el embrión no nacido, pero los discípulos no tenían base para suponer que los padres del ciego hubieran cometido tales pecados.

Cristo respondió: «No es que pecó éste, ni sus padres» (Jn 9.3a). Jesús no estaba diciendo que el ciego y los padres de él jamás habían pecado (Ro 3.23). Lo que estaba diciendo era que la ceguera no era resultado del pecado de él ni del de sus padres. El pecado siempre produce sufrimiento, pero no todo sufrimiento es producto del pecado.

Jesús continuó diciendo: «... Sino para que las obras de Dios se manifiesten en él» (Jn 9.3b). Esto no significa que Dios hizo que el hombre naciera ciego, con el fin de que Su Hijo pudiera venir más adelante y llevar a cabo un milagro. Lo que Cristo estaba recalando era que toda dificultad trae sus propias oportunidades: oportunidades para expresar la gracia y la misericordia de Dios, oportunidades para ayudar a los demás, oportunidades para demostrar la fuerza de la fe, oportunidades para acercarnos al Padre. Cuando tropezamos con problemas, a veces nos preguntamos, diciendo: «¿Qué hice para merecerme esto?». Puede que la respuesta sea «Nada». La pregunta que *deberíamos* hacernos es esta: «¿Cómo puedo *usar* esta situación para que las obras de Dios se puedan manifestar?».

Jesús añadió: «Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» (Jn 9.4). Los discípulos tenían necesidad de ver al mendigo como una urgente oportunidad para hacer las obras de Dios. Se estaba acercando rápidamente la «noche» de la muerte para Jesús, y se está acercando para cada uno de nosotros. Debemos hacer esas obras mientras podamos.

Una persona a ser sanada (Jn 9.5–7, 14)

Cristo dijo: «Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo» (Jn 9.5). En otras palabras: «Mientras siga en este mundo, no dejaré pasar oportunidad alguna para llevar la luz a los hombres, y este mendigo ciego es uno de ellos». Los apóstoles vieron en el ciego un enigma teológico a ser resuelto, pero el Señor lo vio como una persona con problemas a ser ayudada. Poco tiempo atrás, Jesús había dicho: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8.12). Ahora procedía a confirmar tal aseveración.

«Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego» (Jn 9.6). Esta fue la tercera vez que Jesús usó saliva en relación con una sanidad (vea Mr 7.33; 8.22–26). Los comentaristas hacen conjeturas en relación con las razones por las que Jesús usó este procedimiento, pero en realidad no conocemos tales razones. Es probable que la mejor explicación sea que «Él quiso hacerlo así».

Le dijo al hombre que ahora tenía sus ojos llenos de lodo: «Ve a lavarte en el estanque de Siloé» (Jn 9.7a). El líquido que se usaba para el ritual del agua provenía del estanque de Siloé. Ese estanque, que se ubicaba al sureste de la ciudad, era uno de los puntos de referencia de Jerusalén. Fue el resultado de una de las grandes proezas de ingeniería del mundo antiguo: El rey Ezequías construyó un túnel que atravesó la roca sólida para llevar agua desde una fuente que estaba fuera de las murallas, hasta la ciudad. Al estanque se le llamaba «Enviado» (Jn 9.7b) porque el agua era enviada por un túnel.

Ahora es el momento de volver nuestra atención al ciego; la mayor parte del resto del relato se centra en este. ¿Cómo se sintió cuando oyó a los discípulos analizándolo como si no estuviera presente? Piense en sus emociones cuando oyó a Jesús hablar, cuando sintió que se le llenaban de lodo los ojos y cuando oyó que le dijeron: «Ve a lavarte en el estanque de Siloé» (Jn 9.7a). No se le hizo promesa alguna en el sentido de que se sanaría; simplemente se le dijo que fuera a lavarse. ¿Cómo hubiera reaccionado usted a tan extrañas instrucciones? He aquí la manera como respondió el ciego: «Fue entonces, y se lavó» (Jn 9.7c).

¿Por qué obedeció el ciego a Cristo? Puedo entender que

quisiera ir *donde hubiera* agua con el fin de lavarse el lodo de sus ojos, pero ¿por qué fue al estanque de Siloé? Podemos tener certeza razonable de que él se encontraba a cierta distancia de ese estanque. No olvide que no podía ver. Para él era más difícil avanzar unos pocos metros que para nosotros lo sería andar kilómetros. Una vez más pregunto: «¿Por qué hizo lo que Jesús dijo?».

Más adelante les dijo a sus vecinos: «*Aquel hombre que se llama Jesús* hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista» (Jn 9.11; énfasis nuestro). Pudo ser que oyó a la gente hablando acerca de Jesús y los milagros que Él había hecho (vea Jn 7.31). Le faltaba entender más quién era Jesús en realidad (vea Jn 9.17, 36). No obstante, algo había en la manera como Cristo le dijo: «Ve a lavarte», que le llegó al corazón y lo hizo concluir que eso era lo que debía hacer.

«Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo» (Jn 9.7c, d). ¡Es de admirar la moderación con que se expresa que «regresó viendo»! He aquí un hombre que nunca antes en su vida había visto. Había oído de colores, había oído descripciones y había sentido formas. Sin embargo, no tenía idea de cómo *lucían* realmente las cosas. Se fue dando tropiezos hasta el estanque de Siloé. Al llegar, extendió sus manos sobre el borde de este, las ahuecó para recoger agua y se enjuagó el lodo seco de su rostro. Luego, cuando abrió sus ojos, podía *ver*. Podía ver el agua, podía ver sus manos. Luego levantó la cabeza y podía ver la bulliciosa multitud. Todas estas bendiciones y muchas más están expresadas en tres palabras que no alcanzan para decirlo todo: «y regresó viendo».

Según el versículo 14, «era *día de reposo* cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos». (Énfasis nuestro.) Recuerde esto a medida que avanza el relato. Jesús ya había sanado a otro en el día de reposo. Había problemas gestándose.

Un problema a ser resuelto (Jn 9.8–14)

¿Adónde había de ir el hombre ahora que podía ver? No tenía idea de dónde se encontraba Jesús (vea Jn 9.1, 12) y no era apropiado regresar a su puesto de mendigo; así que fue a casa.

Cuando sus vecinos lo vieron, no estaban seguros de que se trataba de él. *Parecía* él, pero ya no tenía el modo de andar

cuidadoso de los ciegos. Sus ojos estaban abiertos y enfocados. Su cabeza se volvía de un lado a otro, al ser atraída su atención por cada nueva vista. Los que le habían conocido en el pasado discutían: «Unos decían: Él es; y otros: A él se parece» (Jn 9.9a). Mientras debatían, el hombre no dejaba de decir: «Yo soy» (Jn 9.9b). Es probable que sonriera mientras respondía preguntas y volvía a contar lo ocurrido (Jn 9.10–12).

Los discípulos habían visto al hombre como un enigma a ser descifrado; ahora los vecinos lo veían como un problema a ser resuelto. La realidad del milagro los desconcertó, el hecho de que se le atribuyera a Jesús los confundió (vea Jn 9.16, 22) y el hecho de que el milagro ocurriera en el día de reposo (Jn 9.14) les molestó. No podían desenmarañar estas cuestiones. Por lo tanto, llevaron al hombre a los que afirmaban tener todas las respuestas: los dirigentes religiosos de Jerusalén (Jn 9.13). A los que llevaron a cabo el interrogatorio se les refirió en general como los fariseos (Jn 9.13, 15–16, 40). No obstante, se les identificó dos veces como «los judíos» (Jn 9.18, 22), el término más genérico para las autoridades religiosas de Jerusalén. Es probable que los vecinos llevaran al hombre al salón del concilio donde se reunía el sanedrín.

Una situación incómoda a ser desaparecida (Jn 9.15–17, 22)

Los fariseos le preguntaron al hombre qué había sucedido y este volvió a contar lo ocurrido (Jn 9.15). Ni una sola vez se usó el nombre de Jesús durante el proceso, pero es obvio que las autoridades sabían exactamente con quién era que se había encontrado el hombre (Jn 9.22). No habían terminado de oír acerca del que le había sanado, cuando afirmaron de modo categórico: «Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo» (Jn 9.16a).

Ya Cristo había sido encarado anteriormente por los dirigentes de Jerusalén por haber sanado en el día de reposo (Jn 5.1, 9–10, 16, 18; 7.21–23). Esta vez no solamente había sanado, sino que también había tenido el atrevimiento de hacer lodo. Para ellos, hacer lodo equivalía a amasar pan; acción que se consideraba «trabajo». Las tradiciones también prohibían poner saliva sobre una herida. De conformidad con las tradiciones de ellos, Jesús había trabajado en el día de reposo, no una, sino varias veces.

El razonamiento de las autoridades en relación con Cristo puede reducirse a un silogismo.

Premisa mayor: «Quienquiera que quebrante nuestras tradiciones acerca del día de reposo es pecador».

Premisa menor: «Jesús quebranta nuestras tradiciones acerca del día de reposo».

Conclusión: «Por lo tanto, Jesús es pecador».

En los silogismos, si la premisa mayor y la premisa menor son verdaderas, la conclusión debe ser verdadera. El problema del silogismo de los fariseos era que la premisa mayor no era verdadera, y no lo era porque las tradiciones de ellos no eran de Dios, sino de los hombres (vea Mt 15.1–9).

El versículo 16 da un vislumbre de lo que estaba ocurriendo entre bastidores mientras los fariseos llevaban a cabo su interrogatorio: «Otros [esto es, otros dirigentes religiosos] decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?» (Jn 9.16b). No entendían que el silogismo era imperfecto; sin embargo, unos pocos sabían que la conclusión no parecía correcta. Por lo tanto, «había disensión entre ellos» (Jn 9.16c). Como regla general, la división no es deseable (1 Co 1.10), pero en esta ocasión era buena. El ministerio de Cristo tuvo impacto incluso en algunos de los endurecidos y obstinados miembros del concilio.

A la mayoría, sin embargo, no les impresionó. Siguieron interrogando al hombre que había sido sanado, diciéndole: «¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?» (Jn 9.17a). Él respondió: «...es profeta» (Jn 9.17b). Todavía no estaba seguro de quién era Jesús; pero, como podía hacer milagros, el hombre reconoció que por lo menos debía de ser profeta.

Un peligro a ser evitado (Jn 9.18–23)

Algunos de los interrogadores creyeron que el hombre podía estar mintiendo en cuanto a que había sido sanado, así que llamaron a sus padres (Jn 9.18). El padre y la madre del hombre vinieron temblando a la presencia de los hombres más poderosos del país (Jn 9.22). El concilio les hizo tres preguntas: «¿Es éste vuestro hijo?»; «¿... Nació ciego?» y «¿Cómo [...] ve ahora?» (Jn 9.19).

Los padres respondieron afirmativamente las primeras dos preguntas. La tercera, sin embargo, rehusaron responderla «porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga» (Jn 9.22). Ser «expulsado de la sinagoga» tenía repercusiones sociales, políticas y económicas, además de religiosas. A efectos prácticos, todo el que era expulsado de la sinagoga era aislado de la nación judía. La amenaza de expulsión era un arma eficaz en las manos de la jerarquía judía.

Era de esperar que *alguien* se gozara con el hombre que había sido sanado, pero aparentemente nadie lo hizo. Los vecinos consideraron que el hombre era un problema a ser resuelto. Sus padres ahora lo veían como un peligro a ser evitado. En relación con la pregunta número tres —sobre cómo había recibido el hombre la vista— esto fue lo que respondieron: «... Cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo» (Jn 9.21). Hay quienes creen que «edad tiene» significa sencillamente que el hombre tenía más de trece años. Lo más probable es que signifique que tenía más de treinta años; ya que esta era la edad en que se consideraba que un hombre alcanzaba la madurez.

Una plaga a ser aplastada (Jn 9.24–34)

Al no quedar satisfechos con la respuesta dada por los padres, los fariseos volvieron a atacar al hijo. «Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego» (Jn 9.24a). El mendigo descubrió que el hecho de poder ver tenía su lado negativo. Anteriormente había *oído* expresiones de odio; ahora, por primera vez, las estaba *viendo*: el destello de ojos llenos de enojo, las muecas de labios que gruñían y los ceños fruncidos por la incredulidad.

Le dijeron al hombre: «Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador» (Jn 9.24b). El encargo de dar gloria a Dios podía significar: «Da gloria a Dios y no a Jesús», pero es probable que la frase fuera una forma de administrar un juramento para decir la verdad (vea Jos 7.19). Lo que estaban tratando de decir era esto: «Dinos qué ocurrió *realmente*».

El diálogo que siguió es excepcional. Entre más acosaron al hombre, más se fortaleció la fe de este en Jesús. Habiendo nacido ciego y, por lo tanto, destinado a mendigar, es probable que el hombre tuviera muy poca o ninguna educación; sin embargo, fue capaz de vencer a sus doctos oponentes.

Esto fue lo que respondió: «Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo» (Jn 9.25). Siguieron presionándolo (Jn 9.26). Exasperado, dijo el hombre: «Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez?» (Jn 9.27a). Luego, añadió: «¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?» (Jn 9.27b).

Sintiéndose heridos, recurrieron a la burla, diciendo: «Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea» (Jn 9.28–29).

Él respondió: «Pues esto es lo maravilloso» (Jn 9.30a). El que lo había sanado era el más asombroso ser del mundo; sin embargo, ¡los que alegaban saberlo todo reconocían que no sabían nada acerca de Él! (Jn 9.30b.)

El hombre dijo: «Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye» (Jn 9.31). En vista de que los dirigentes afirmaban ser seguidores de Moisés, les recordó que las Escrituras enseñan que Dios no oye a los pecadores.

Siguió diciendo: «Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego» (Jn 9.32). Grandes milagros se habían llevado a cabo en el pasado, pero nadie había restablecido la vista a los ciegos hasta que Jesús vino al mundo. Que sepamos, ni siquiera Cristo había sanado anteriormente a alguien con ceguera congénita. Sanar a los ciegos había de ser una característica distintiva del ministerio del Mesías (vea Is 29.18; 35.5; 42.7; Mt 11.2–6). El milagro de restablecer la vista a los ciegos es del que más se informa de todos los milagros que Jesús hizo (Mt 9.27–31; 12.22; 20.29–34).

Concluyó diciendo: «Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer» (Jn 9.33). Los fariseos tenían un silogismo imperfecto que acusaba a Jesús; ahora el mendigo brindaba uno válido que lo justificaba:

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA TERCERA PASCUA
A SU ARRIBO A BETANIA: EN JUDEA

Premisa mayor: «Dios no oye a los pecadores».

Premisa menor: «Es obvio que Dios oye a este Hombre».

Conclusión: «Por lo tanto, ¡Él no es pecador!».

Los dirigentes no pudieron responder a su lógica, así que recurrieron a un antiguo truco usado por polemistas: Cuando no puedes responder a un argumento, ataca al autor de este. Dijeron: «Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a *nosotros*?» (Jn 9.34a; énfasis nuestro). Ya Jesús había señalado que esto no era así (Jn 9.3). El Nuevo Testamento enseña que los niños nacen puros (Mt 18.3; 19.14). Debe de ser motivo de cierta pena para los comentaristas calvinistas que su postura doctrinal los obligue a concordar con las palabras erróneas de los fariseos.

Luego, «le expulsaron» (Jn 9.34b). Esto podría significar sencillamente que lo sacaron a empujones; pero es probable que signifique que lo sometieron precisamente al trato que sus padres habían temido: «[fue] expulsado de la sinagoga» (Jn 9.22), fue aislado de su pueblo. La palabra griega que se traduce por «expulsaron» (ἐκβάλλω, *ekballō*) se usó en la traducción al griego del Antiguo Testamento (la Septuaginta) para referirse a la excomunión.

Una persona a ser salvada (Jn 9.35–38)

¿Dónde fue el hombre cuando salió del recinto del concilio? Era un hombre que no tenía dónde ir. Debe haber ido a algún lugar público (Jn 9.35, 39–40). Cual fuera el lugar al que se dirigió, lo cierto es que el Señor lo encontró: «Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo...» (Jn 9.35a). En todo el relato, Cristo tomó la iniciativa en relación con el mendigo, del mismo modo que la toma en relación con nosotros (1 Jn 4.10). También, en todo el relato, Jesús fue el único que vio al hombre como una persona. Anteriormente, lo había visto como una persona a ser sanada; ahora lo veía como una persona a ser salvada.

Le preguntó al que había sido sanado: «¿Crees tú en el Hijo del Hombre?»⁹ (Jn 9.35b; NASB). En el texto griego, la palabra

⁹N. del T.: En la Reina-Valera se lee «Hijo de Dios» en este versículo; pero, según el autor de este estudio, en los manuscritos son mayores las pruebas para la expresión «Hijo del Hombre». Según las usaba Jesús, ambas expresiones son términos mesiánicos (sobre «hijo de hombre», vea Dn. 7.13).

«tú» es enfática: «¿Crees *tú* en el Hijo del Hombre?».

Él respondió: «¿Quién es, Señor, para que crea en él?» (Jn 9.36). En vista de que a estas alturas el hombre todavía no sabía quien es Jesús, la palabra «Señor» se usó como término de respeto, no como reconocimiento de Su autoridad divina. Este reconocimiento se da hasta en el versículo 38. Anteriormente, había *oído* a Jesús, pero no le había *visto*.

El hombre estaba predispuesto a creer. A quien haya resuelto no creer, se le podrían presentar todas las pruebas del mundo, que ningún efecto surtiría. La fe es una respuesta de la voluntad tanto como lo es del intelecto.

Jesús le dijo: «Pues le has visto, y el que habla contigo, él es» (Jn 9.37). En otras palabras, esto fue lo que Jesús anunció: «¡Lo estás viendo! ¡Yo soy el Hijo del Hombre!».

Cuando Cristo dijo eso, todo tuvo sentido. El hombre dijo: «Creo, Señor» (Jn 9.38a). Había culminado el proceso por el cual el hombre llegó a tener fe, proceso que comenzó cuando se refirió al Señor como «aquel hombre que se llama Jesús» (Jn 9.11). Luego lo calificó de «profeta» (Jn 9.17) y lo consideró un hombre que «[venía] de Dios» (Jn 9.33). Por último, le llamó «Señor». Entre más conocimiento tengamos de cualquier otro ser humano, más deficiencias encontraremos y más nos decepcionaremos. Por otro lado, entre más conocimiento tengamos acerca de Jesús, «mayor será la maravilla que Él llegará a ser; y esto será así no sólo en el tiempo, sino también en la eternidad».¹⁰

Luego, el hombre que había sido sanado «adoró» a Jesús (Jn 9.38). El hecho de que Jesús permitía la adoración es prueba de que Él no negaba Su deidad (vea Mt 4.10). Esta fue una respuesta espontánea. No fue que al mendigo se le ordenara adorar, sino que *tuvo el deseo* de adorar a Aquel que le había traído la luz no sólo a su cuerpo, sino también a su alma. ¡Cuando alguien entiende quién es Cristo y qué ha hecho Este por él, no podrá hacer otra cosa más que adorarle y alabarle.

¹⁰William Barclay, *The Gospel of John (El evangelio de Juan)*, ed. rev., vol. 2, The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 52.

Los que no ven (Jn 9.39–41)

El relato no había llegado del todo a su fin. Jesús hizo un contraste entre el ciego físico que había llegado a tener fe y los fariseos ciegos espirituales que rehusaron creer en Él. Así como el hombre había avanzado hacia la Luz, los enemigos de Cristo se habían alejado más hacia las tinieblas.

Propusimos anteriormente que el Señor encontró al hombre sanado en un lugar público. El nombre de Jesús ya estaba en todas las bocas (Jn 7.12), y ahora se había difundido la noticia acerca del hombre que había sido expulsado (Jn 9.35). Estos dos notorios personajes, que estaban ahora juntos en un lugar, debieron de haber atraído a una multitud, la cual incluía a los que procuraban tomar la vida de Cristo, precisamente los mismos que habían echado al mendigo poco tiempo atrás (Jn 9.40).

Cristo se volvió a la multitud y dijo: «Para juicio he venido yo a este mundo» (Jn 9.39a). El *propósito* por el cual había venido al mundo era salvar a los pecadores (Jn 3.17; 12.47; vea Lc 19.10), pero un *resultado* de Su venida sería el juicio (Jn 5.22; 12.48). La luz no sólo ilumina; sino que también pone al descubierto.

Siguió, dando este propósito para Su venida: «para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados» (Jn 9.39b). El Señor estaba usando un juego de palabras, haciendo un contraste entre la ceguera física y la ceguera espiritual: Había venido con el propósito de hacer que los ciegos físicos vieran. Al mismo tiempo, había venido a poner al descubierto la ceguera espiritual de los que *afirmaban* tener entendimiento espiritual especial.

Los fariseos que estaban oyendo sospecharon que podría estarse refiriendo a ellos. Levantaron la voz para decir: «¿Acaso nosotros somos también ciegos?» (Jn 9.40). En otras palabras, esto es lo que estaban exclamando: «No estarás hablando de nosotros, ¿verdad que no?». Jesús respondió: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece» (Jn 9.41). Había seguido con Su juego de palabras. Esto es lo que en efecto les dijo a los dirigentes: «Si fueran ciegos *físicos*, no estaría afectada su relación con Dios; pero mientras sigan sin reconocer su ceguera *espiritual*, no hay esperanza para ustedes».

Si bien la ceguera física es terrible, sus consecuencias no

son nada en comparación con la ceguera espiritual. Uno de los requisitos para ser aprobados por Dios es tener un corazón bueno y recto (Lc 8.15). Debemos amar la verdad (2 Ts 2.10). Debemos acercarnos a Dios con humildad (Stg 1.21). Debemos tener cuidado de no torcer las Escrituras por nuestras preconcepciones (2 P 3.16). Ya alguien dijo: «No hay peor ciego que el que no quiere ver».

Conclusión

No se nos dice qué ocurrió después con el hombre que recibió la vista. Al considerar la consecuencia de haber sido expulsado de la sinagoga, su vida posterior no habría sido fácil, pero su confrontación con los fariseos había terminado en una firme convicción.

Enseñanza sobre el Buen Pastor y los pastores asalariados
(Jn 10.1–21)

¹De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. ²Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. ³A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. ⁴Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. ⁵Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. ⁶Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía. ⁷Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas.

⁸Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. ⁹Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. ¹⁰El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. ¹¹Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. ¹²Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. ¹³Así

que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. ¹⁴Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, ¹⁵así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. ¹⁶También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor. ¹⁷Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. ¹⁸Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.

¹⁹Volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras. ²⁰Muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís? ²¹Decían otros: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?

Las palabras que Jesús dijo a los fariseos, en cuanto a la ceguera espiritual de ellos (Jn 9.40–41) fueron seguidas inmediatamente por Su discurso sobre el Buen Pastor. A los versículos del uno al cinco se les refiere por lo general como «la parábola del Buen Pastor» (vea Jn 10.6; KJV). Esto es aceptable, siempre y cuando, tengamos presente que el término «parábola» tal como se usa en el Nuevo Testamento, abarcaba una variedad de figuras retóricas. Juan 10.1–5 es técnicamente una alegoría. Una parábola es un «símil extendido» (este usa por lo general términos de comparación de la clase «como» y «semejante a»), mientras que una alegoría es una metáfora extendida (que no usa términos de comparación). Una parábola por lo general enseña solamente una verdad, mientras que una alegoría por lo general enseña varias. Juan no usó la palabra griega que significa «parábola» (*παραβολή*, *parabolē*), sino una palabra genérica (*παροιμία*, *paroimia*) que significa «junto al camino». Este término se refiere al uso de lenguaje de un modo diferente del normal, en otras palabras, lenguaje figurado. La NASB traduce la palabra por «figura de lenguaje» en el versículo 6; la NKJV usa el término «ilustración».

Para entender plenamente la ilustración de Cristo, conviene dar alguna explicación sobre el cuidado que se daba a las ovejas en Su tiempo. Durante el día, las ovejas eran llevadas en manada

por pastores a campos abiertos. Por la noche, las ponían a menudo en un redil de ovejas, el cual era un encierro sin techo con una sola puerta o entrada; tenía muros de piedra suelta o de arbustos con espinas gruesas. A veces se ponían varios rebaños en un sólo redil al cuidado de un **portero** que atrancaba la entrada (Jn 10.3). En la mañana, el que estaba a cargo abría la puerta y dejaba salir a las ovejas. Cada uno de los pastores llamaba, y las que pertenecían a su rebaño venían a él; cada oveja conocía el sonido de la voz de su pastor. En general, los pastores se preocupaban sinceramente por el bienestar de sus ovejas; pero, como sucede en toda profesión, había algunos a quienes sólo les interesaba la paga que recibían de los dueños de las ovejas. Jesús usó estos detalles para enseñar una poderosa lección sobre Su amor y el cuidado que da a Sus seguidores. También los usó para hacer un contraste entre Él y los que afirmaban ser pastores espirituales de Dios.

Cuando Jesús dijo: **Yo soy la puerta** (Jn 10.7, 9), estaba recalcando que Él es el único camino para llegar al Padre (vea Jn 14.6). La referencia a entrar y salir (Jn 10.9) es una manera figurada de decir que Él es la única senda que lleva a la protección y a la seguridad (las ovejas entraban en el redil) y la única ruta hacia la libertad y la abundancia (las ovejas salían hacia los pastos). La ilustración de Juan 10 se sale de lo normal en el sentido de que presenta a Cristo refiriéndose a sí mismo como la puerta que lleva al redil (Jn 10.7, 9) y también como el pastor (Jn 10.11, 14). Por supuesto que Él cumple las dos funciones y muchas más. Una figura retórica no basta para expresar todo lo que Él es.

La última parte de Juan 10.10 es una de las grandes aseveraciones acerca del propósito de la venida de Jesús al mundo: ¡Vino para traernos vida abundante! Esto no significa que tendremos abundancia de dinero o de otras *cosas* de esta vida. Lo que sí significa es que la única vida que merece vivirse es la vida en Cristo.

Debemos gozarnos en las palabras de Jesús que se recogen en el versículo 16: **También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.** La expresión «otras ovejas» es una referencia a los gentiles, en contraste a los judíos. Cristo amaba a todos los hombres; Él dio Su vida por *todos* los hombres. Él es

el Pastor universal.

En relación con los versículos 17 y 18, John Franklin Carter escribió: «En ningún otro pasaje de la Biblia se expresa más claramente la disposición con que Él murió, o la suficiencia del poder con que volvió a la vida».¹¹ Su crucifixión no fue un lamentable error judicial del cual Él no podía escapar; fue un sacrificio voluntario que Él hizo por Sus ovejas.

A muchos les encanta esta porción de la Escritura porque presenta a Jesús como el Buen Pastor (Jn 10.11, 14; vea Jn 10.2). Como el Pastor que Él es, Cristo conoce a Sus ovejas y estas lo conocen a Él (Jn 10.14). Él saca Sus ovejas (Jn 10.3) y las lleva «junto a aguas de reposo» y «por sendas de justicia» (Sal 23.2–3). Sus ovejas conocen Su voz y lo siguen (Jn 10.3–4). No se preocupa por Su propia seguridad, sino por la de Sus ovejas (Jn 10.10). Las protege (implícito en Jn 10.12) ¡y está dispuesto incluso a morir por ellas! (Jn 10.11, 17–18.)

La naturaleza sacrificial del Señor es contrastada con los dirigentes de Su tiempo que sólo buscaban su propio beneficio. Se *esperaba* que fueran los pastores de Dios sobre los judíos, pero fracasaron rotundamente en el cumplimiento de su responsabilidad (vea Ez 34.1–6; Jer 33.1–6; Zac 11.4–11; Mt 9.36; Mr 6.34). (1) En lugar de ser pastores dispuestos a hacer la voluntad de Dios, eran ladrones y salteadores que trataban de entrar en el redil de algún otro modo, sólo les interesaba llenar sus bolsillos (Jn 10.1, 8). (2) En lugar de ser pastores que conocieran a las ovejas y tuvieran un interés personal en ellas, fueron extraños indiferentes (Jn 10.5). (3) En lugar de ser pastores dispuestos a hacer frente al peligro para proteger a las ovejas (vea 1 S 17.34–37), sólo les preocupaba su propia seguridad. Tenían mentalidad de «asalariados»; sólo les interesaba su propia paga, no el bienestar de las ovejas (Jn 10.11, 12).

Cristo, en efecto, había afirmado que Él era la Luz, el Señor y el Dirigente. Los que le oyeron estaban divididos (Jn 10.19). Algunos decían: **Demonio tiene, y está fuera de sí** (Jn 10.20), mientras que otros decían: **Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede**

¹¹John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Armonía de los evangelios para laicos)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 210.

acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos? (Jn 10.21). Todo individuo tiene que tomar su propia decisión acerca de Jesús. Es mi oración que usted lo aceptará como *su* Luz, *su* Señor y *su* Dirigente.

MINISTERIO POSTERIOR EN JUDEA (LC 10.1—13.21)

El ministerio posterior de Jesús en Judea duró aproximadamente 2 meses y medio, abarcando desde la fiesta de los tabernáculos hasta la fiesta de la dedicación. Esta es la primera parte del período del ministerio de cierre de Cristo en todas las partes de Palestina y es seguido por el ministerio en Perea y el viaje final hacia Jerusalén.

No podemos tener certeza de la secuencia cronológica en que se habrían ordenado los eventos durante este tiempo. La variación que se manifiesta en las diferentes armonías en cuanto a este período general de tiempo, es tan grande como en cualquier otro período de la vida de Jesús (o puede que sea más grande). Por ejemplo, hay quienes piensan que Jesús envió a los setenta (Lc 10.1) al comienzo de Su llegada a Judea, antes de entrar en Jerusalén para la fiesta de los tabernáculos (Jn 7.14). Esto no es probable porque, en ese momento, los hombres judíos fieles estarían en Jerusalén para la fiesta. Otros sitúan la misión de los setenta entre Juan 8.59 y Juan 9.1. Algunos incluso creen que, debido a que Lucas 10.13, 15 menciona ciudades galileas, el envío de los setenta debería acomodarse en el período del gran ministerio en Galilea. En el enfoque adoptado en este estudio de dos volúmenes, hicimos primero el estudio del material de Juan que está en Juan 7.14—10.21 y ahora consideraremos lo que Lucas consignó en relación con el trabajo posterior de Jesús en Judea. (Unos cuantos incidentes que pueden haber ocurrido en este período, registrado en Lucas 11.14—36, fueron cubiertos en el volumen uno en conexión a incidentes similares en otros relatos del evangelio.)

Esta sección, presenta a Cristo tratando con una diversidad de públicos. El Señor se identificó como «el buen pastor» en Juan 10.11, 14. Ahora veremos la preocupación de este Buen Pastor por todas las personas.

Jesús y los setenta (Lc 10.1–24)

¹Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. ²Y les decía: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. ³Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos. ⁴No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino. ⁵En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa. ⁶Y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; y si no, se volverá a vosotros. ⁷Y posad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den; porque el obrero es digno de su salario. No os paséis de casa en casa. ⁸En cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; ⁹y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios. ¹⁰Mas en cualquier ciudad donde entréis, y no os reciban, saliendo por sus calles, decid: ¹¹Aun el polvo de vuestra ciudad, que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros. Pero esto sabed, que el reino de Dios se ha acercado a vosotros. ¹²Y os digo que en aquel día será más tolerable el castigo para Sodoma, que para aquella ciudad.

¹³¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que sentadas en cilicio y ceniza, se habrían arrepentido. ¹⁴Por tanto, en el juicio será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón, que para vosotras. ¹⁵Y tú, Capernaum, que hasta los cielos eres levantada, hasta el Hades serás abatida.

¹⁶El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió.

¹⁷Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. ¹⁸Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. ¹⁹He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. ²⁰Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres

están escritos en los cielos.

²¹En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. ²²Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.

²³Y volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; ²⁴porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.

El gran ministerio en Galilea guardó mucha similitud con el ministerio posterior en Judea, al incluir enseñanzas parecidas. Esta similitud es de esperarse, en vista de que el Señor estaba llegando a un nuevo público. Durante el ministerio en Galilea, Cristo había enviado a los doce a cumplir una comisión limitada (Mt 10.1–42). En el texto de esta lección, se consigna que organizó una campaña similar en Judea: **Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir** (Lc 10.1). Algunos de los manuscritos antiguos hablan de setenta y dos (vea la NVI).

Hay muchas similitudes entre estas dos campañas de predicación, y unas pocas diferencias. Una diferencia fue que el trabajo de los doce sirvió de *conclusión* del ministerio general en Galilea, mientras que la misión de los setenta fue una *preparación* para el ministerio del Señor en Judea.

No sabemos quienes fueron estos hombres, pero el Señor lo sabe (Lc 10.20). Según una tradición no inspirada, los dos hombres que se postularon posteriormente como candidatos para reemplazar a Judas (Hch 1.23) fueron parte de los setenta. Es significativo el hecho de que el Señor pudo reunir a setenta discípulos para este esfuerzo. En Galilea, Su popularidad había llegado a la cima y luego declinó. Muchos discípulos se habían retirado y ya no andaban con Él (Jn 6.66). En Judea, en cambio, el interés en Su ministerio había revivido. Una vez más, estaba

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA TERCERA PASCUA
A SU ARRIBO A BETANIA: EN JUDEA

rodeado de grandes multitudes (vea Lc 12.1). Ya Cristo no estaría tan preocupado por la privacidad y la moderación de los que le oían. Estaba marchando resueltamente hacia el conflicto final con las autoridades judías y hacia Su muerte. Este entusiasmo culminó con la entrada triunfal en Jerusalén (Mt 21.1–11).

Los preparativos para la misión en Judea fueron prácticamente los mismos que para la misión llevada a cabo en Galilea: los obreros fueron enviados de dos en dos (Lc 10.1; vea Mr 6.7). Jesús les dio poder para sanar y para echar fuera demonios (Lc. 10.9, 17, 19; vea Mt 10.8). El mensaje básico de ellos era que el reino de Dios se había acercado (Lc 10.9; vea Mt 10.7). Las instrucciones relacionadas con la conducta personal fueron casi idénticas a las que se dieron a los doce. Compare los siguientes pasajes:

Lc 10.2 / Mt 9.37, 38

Lc 10.3 / Mt 10.16

Lc 10.4 / Mt 10.11–13

Lc 10.5–8 / Mt 10.11–13

Lc 10.9 / Mt 10.7, 8

Lc 10.10, 11 / Mt 10.14

Lc 10.12 / Mt 10.15

Lc 10.13–15 / Mt 11.20–24

Lc 10.16 / Mt 10.40

Esas instrucciones podrían resumirse con estas palabras: «¡La tarea es urgente! ¡Que nada les aparte de ella! ¡Confíen en el Señor!».

Cuando los setenta volvieron, ellos estaban que no cabían de la emoción. Volvieron **los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre** (Lc 10.17). Cristo comentó: **Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo** (Lc 10.18). La referencia a Satanás que cae «del cielo», no se refería al origen del diablo, sino más bien al debilitamiento del poder de este como resultado del trabajo de Jesús y Sus apóstoles. J. W. McGarvey escribió:

El sentido [con que dijo: «veía»] indica que las palabras se refieren a las victorias sobre los espíritus inmundos de las cuales acababan de informar los setenta. En los éxitos

de ellos, Jesús vio a Satanás cayendo de sus elevadas alturas con la velocidad de un rayo. El derrocamiento de Satanás estaba en progreso en ese momento (Juan xvi 11; xii 31).¹²

Cristo les había dado «potestad de hollar serpientes y escorpiones» (Lc 10.19). Esto es, tenían poder sobre fuerzas demoníacas; sin embargo, Cristo dijo: **Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos** (Lc 10.20). Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento hablan del «libro de la vida», esto es, la lista de los fieles de Dios (Sal 69.28; Fil 4.3; Ap 21.27). No hay nada más importante que tener el nombre de uno «escrito en los cielos».

Este episodio termina con el regocijo de Jesús. Este alabó a Dios por revelar Su voluntad a estos discípulos carentes de pretensiones (Lc 10.21–24; vea Mt 11.25–27; 13.17).

Jesús y un intérprete de la ley (la parábola del buen samaritano) (Lc 10.25–37)

²⁵Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? ²⁶Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? ²⁷Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. ²⁸Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás.

²⁹Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? ³⁰Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. ³¹Aconteció que descendió un sacerdote por

¹²J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 473.

aquel camino, y viéndole, pasó de largo. ³²Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. ³³Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; ³⁴y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. ³⁵Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese. ³⁶¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? ³⁷Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo.

Cierto día, mientras Jesús enseñaba, **un intérprete de la ley se levantó** (Lc 10.25a) para conseguir la atención de Cristo y del resto de la multitud. A este hombre se le consideraba «experto en la ley» (Lc 10.25a; NVI), no en la ley civil, sino en la ley de Moisés. Le preguntó al Señor, diciendo: **Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?** (Lc 10.25c). No hay pregunta más importante; lamentablemente, el hombre no estaba interesado en la salvación, sino en someter a prueba a Cristo (Lc 10.25b). Su propósito era «probar la ortodoxia de Jesús». ¹³

Debió de haberle sorprendido que el Señor volviera la pregunta sobre él, cuando dijo: **¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?** (Lc 10.26). La ley de Moisés estuvo en vigor hasta la muerte de Jesús (Col 2.14, 16–17). (La pregunta «¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?» tiene una respuesta diferente para los que vivimos en este lado de la cruz.) Al estar todos a la expectativa, el intérprete de la ley habría parecido tonto si no hubiera respondido. Esto fue lo que dijo: **Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo** (Lc 10.27). Jesús dio más adelante la misma respuesta cuando se le preguntó cuál es «el gran mandamiento en la ley» (Mt 22.36; vea Lc 10.35–40). Tanto el intérprete de la ley como Cristo citaron de Deuteronomio 6.5 y Levítico 19.18.

¹³Paráfrasis de la Living Bible.

Jesús dijo al hombre: **Bien has respondido; haz esto, y vivirás** (Lc 10.28; énfasis nuestro). Como regla general, los intérpretes de la ley se extendían en teoría pero eran escasos en la acción. Una cosa es saber y otra hacer.

Este diálogo no estaba dando los resultados que el experto esperaba. Estaba atrapado en la trampa que él mismo le había tendido a Jesús. Poniéndose a la defensiva, (el intérprete de la ley deseaba **justificarse a sí mismo**), preguntó, diciendo: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lc 10.29). Esta pregunta dio lugar a una de las más conocidas y más queridas parábolas de Cristo: la parábola que a menudo se llama «el buen samaritano» (Lc 10.30–37). H. I. Hester dijo que «Esta hermosa historia [...] provocada por una pregunta de alguien que no era sincero, ha hecho más por la construcción de hospitales y de otras instituciones [de beneficencia] que ningún otro conjunto de palabras que jamás se habló».¹⁴ Esta fue la primera de una serie de parábolas que Jesús dijo durante este período de su vida; estas parábolas se encuentran únicamente en Lucas.

Después de mencionar a un sacerdote y a un levita que no se detuvieron a atender a un hombre herido, y a un samaritano que sí ayudó a este, Jesús preguntó, diciendo: **¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?** (Lc 10.36). El intérprete de la ley no tuvo suficiente sinceridad para decir «el samaritano». Esto fue lo que contestó: **El que usó de misericordia con él** (Lc 10.37a). La respuesta a la pregunta «¿Quién es mi prójimo?» era esta: «todo aquel que tenga necesidad, incluso un enemigo despreciado».

Jesús miró a los ojos del hombre y dijo: **Ve, y haz tú lo mismo** (Lc 10.37b). Es probable que el intérprete de la ley saliera de allí avergonzado.

Tenga presente cuánto aborrecían los judíos a los samaritanos (Jn 4.9). Esta historia es aún más extraordinaria al recordar que, no mucho tiempo atrás, Cristo había sido desechado por los samaritanos (Lc 9.52–53).

¹⁴Hester, 167.

Jesús, María, y Marta (Lc 10.38–42)

³⁸Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. ³⁹Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. ⁴⁰Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. ⁴¹Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. ⁴²Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.

Cuando Jesús y Sus discípulos viajaban por Judea, llegaron a la aldea de Betania, (Lucas 10.38–42 no nombra la ciudad, pero en Juan 11.1 nos dice que María y Marta vivían en Betania). Betania estaba ubicada a unos tres kilómetros al sureste de Jerusalén, sobre las faldas orientales del monte de los Olivos. Tres de los amigos de Cristo vivían en esa ciudad: Lázaro y las dos hermanas de este, que se llamaban Marta y María (Lc 10.38–39; vea Jn 11.1–2). En el texto se lee **Marta le recibió en su casa** (énfasis nuestro). Probablemente ella era la mayor de tres hermanos.

Después que Marta recibió al Señor en su casa (Lc 10.38), ella comenzó a preparar una cena (Lc 10.40). Mientras ella se ocupaba de los quehaceres, María estaba sentada a los pies de Jesús y **oía su palabra** (Lc 10.39). Cuando Marta se quejó de que su hermana no ayudaba, Cristo dijo: **Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogida la buena parte, la cual no le será quitada** (Lc 10.41–42).

Hay quienes creen que la expresión «sólo una cosa es necesaria» significa: «Un plato de *comida* habría sido suficiente, así que ¿por qué te inquietas por preparar tanto?». Es probable, sin embargo, que las palabras del Señor signifiquen que si bien muchas cosas son *buenas*, sólo una es *esencial*, y esta es cuidar el alma.

¿Estaba Jesús minimizando la importancia de la hospitalidad, de la preparación de alimentos o del trabajo arduo? No era esto lo que estaba haciendo. Todos estos son buenos en el momento

y el lugar oportunos. Antes, Jesús estaba recalcando la necesidad de desarrollar *prioridades*. Uno de los desafíos de la vida es elegir entre lo bueno y lo mejor. Cuando nos ponemos inquietos por lo temporal y lo transitorio, necesitamos recordar que «sólo *una* cosa es necesaria».

Jesús y Sus discípulos
(enseñanza sobre la oración)
(Lc 11.1–13)

¹Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. ²Y les dijo: Cuando oréis, decid:

Padre nuestro que estás en los cielos,
Santificado sea tu nombre.

Venga tu reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

³El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

⁴Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben.

Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.

⁵Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, ⁶porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; ⁷y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? ⁸Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. ⁹Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. ¹⁰Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¹¹¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¹²¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? ¹³Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos,

¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?

Aun cuando Jesús procuraba ayudar a los demás, Él no descuidaba la instrucción de Sus apóstoles. Un día, al terminar una sesión de oración, uno de Sus discípulos le pidió, diciendo: **Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos** (Lc 10.1). En Lucas 5.33 se menciona que los discípulos de Juan oraban, pero no hay un versículo que diga cuándo o qué enseñó Juan a sus discípulos acerca de la oración. Era práctica común de los maestros judíos enseñar a sus discípulos a orar.

Cristo primero repitió el modelo de oración que dio anteriormente en el Sermón del Monte (Lc 10.2–4; compare con Mt 6.9–13). El hecho de que se usan palabras diferentes en los dos relatos es un indicio de que jamás fue el propósito del Señor que nosotros dijéramos de memoria la oración.

Jesús siguió con enseñanzas generales sobre el valor de la oración y la necesidad de perseverar. Gran parte de lo que dijo fue una repetición de enseñanzas dadas anteriormente (compare Lc 11.9–13 con Mt 7.7–11) con algunos nuevos toques. La parábola del amigo persistente en Lucas 11.5–8 y el comentario de Jesús en Lucas 11.12 son particulares a Lucas. También, al referirse a las dádivas que Dios da a Sus hijos, Mateo habla de «buenas cosas», mientras que Lucas habla de que **dará el Espíritu Santo** (Mt 7.11; Lc 11.13).

APLICACIÓN:

«SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR» (LC 11.1–13)

Se me ha pedido que muestre a las personas cómo hacer muchas cosas, tales como enseñar, predicar, preparar ayudas visuales, escribir e incluso organizar materiales para su uso; pero nadie jamás me ha dicho: «David, enséñame a orar». Esa solicitud fue, sin embargo, la que los apóstoles de Cristo le hicieron a Este: «Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos» (Lc 11.1).

Ya los apóstoles tenían algún conocimiento en cuanto a la oración. «Conocían las oraciones que memorizaron cuando

recibieron educación en la sinagoga». ¹⁵ Estaban familiarizados con «las oraciones formales y pomposas que hacían los rabinos, las [recitaciones] que los sacerdotes hacían en el templo y las oraciones en voz alta, y elocuentes, que decían los fariseos». ¹⁶ Sin embargo, había algo diferente en cuanto a las oraciones de Jesús y los hábitos de oración de Este. Habían visto que a menudo se «[apartaba] a lugares desiertos [a orar]» (Lc 5.16). Le habían visto «[subir] al monte a orar aparte» (Mt 14.23) y también le habían visto «[pasar] la noche orando a Dios» (Lc 6.12). Además habían visto que después de haber estado de rodillas se levantaba con renovada fortaleza y vigor, se levantaba revitalizado después de haberse comunicado con Su Padre. Deseaban lo que Él tenía. Por esta razón pidieron, diciendo: «Señor, enséñanos a orar».

La respuesta de Jesús se encuentra en los versículos 2 al 13 del texto. No les dijo todo acerca de la oración, pero sí les dio a conocer algunas verdades básicas que necesita quienquiera que desee mejorar su capacidad para orar.

Ore (Lc 11.2–4)

En los versículos del 2 al 4, Él comenzó repitiendo lo que por lo general se conoce como «el Padrenuestro». Una designación más precisa para esta oración podría ser «la oración de los discípulos», o «la oración modelo». Una versión de esta, que es más extensa y más conocida, se encuentra en el sermón del monte (Mt 6.9–15). Este ejemplo nos enseña mucho sobre el Dios al cual nos acercamos en oración.

Nos acercamos a Dios, nuestro *Padre* (vea Ro 8.15; Gá 4.6; 1 P 1.17). La oración comienza con la palabra «Padre».

Nos acercamos a Dios, el *Único Ser Divino*. «Santificado sea tu nombre». «Santificar» es «considerar santo». Esto concuerda con el tercero de los Diez Mandamientos el cual dice: «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano» (Ex 20.7a). Lo primero que debe de hacerse en toda oración es honrar y glorificar a Dios.

¹⁵ John T. Carroll y James R. Carroll, *Preaching the Hard Sayings of Jesus (Prédicas sobre las palabras duras de Jesús)* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1996), 120.

¹⁶ F. V. McFatrige, *Lord, Teach Us to Pray (Señor, enséñanos a orar)* (Nashville: Broadman Press, 1956), 1.

Nos acercamos a Dios, el *Soberano*. «Venga tu reino».¹⁷ El reino de Dios es el gobierno del Todopoderoso en el corazón y la vida de las personas. Es importante aclarar que no podemos orar, diciendo: «Venga tu reino» en el mismo sentido que lo dijeron los apóstoles antes de Pentecostés, porque el reino, que es lo mismo que la iglesia, ya fue establecido. En los momentos que se decía esta oración, era motivo de inquietud el establecimiento del reino del Mesías. Este fue establecido el primer día de Pentecostés posterior a la muerte, sepultura y resurrección de Jesús (Mr 9.1; Hch 1.8; Hch 2.1–4). Todavía debemos seguir pidiendo que todos los hombres en todo lugar dejen que Dios sea coronado Rey en sus vidas.

Nos acercamos a Dios, nuestro *Proveedor*. «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy». Por supuesto que debemos trabajar si queremos comer; sin embargo, no dejamos de reconocer que la fuente de todas las bendiciones es el Señor (Stg 1.17).

Nos acercamos a Dios, nuestro *Juez*, el que sostiene nuestro destino en Sus manos. «Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a los que nos deben». El contexto da a entender claramente que «debe» no se refiere a deudas monetarias, sino a deudas de pecado. Es una referencia a quienquiera que haya pecado contra nosotros. Hay dos cosas que «acaban con la felicidad y la eficacia del cristiano como ninguna otra lo puede hacer: la primera es el pecado que uno no haya confesado, y del cual no haya sido perdonado, y la segunda es tener un espíritu de amargura, de obstinación y de ausencia de perdón para con los demás».¹⁸ La oración modelo trata ambos problemas.

Nos acercamos a Dios, nuestro *Protector*. «Y no nos metas en tentación».¹⁹ Dado que Dios «[no] tienta a nadie» (Stg 1.13), el significado de esta petición consiste en un deseo de que el Señor

¹⁷ N. del T.: La versión de la Biblia que usa el autor no incluye la frase «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra», y es por esta razón que está ausente el comentario sobre ella en este estudio.

¹⁸ *Ibíd.*, 40.

¹⁹ N. del T.: La versión de la Biblia que usa el autor no incluye la frase «mas líbranos del mal», y es por esta razón que está ausente el comentario sobre ella en este estudio.

nos libre de toda tentación que sea más fuerte que nosotros (vea Stg 1.14–15; 1 Co 10.13). F. V. McFatrige usó esta analogía: «El perdón de pecados es la cura para la mordedura de serpiente; esta [parte] de la oración procura mantenernos alejados de territorio infestado de serpientes».²⁰

La oración modelo abarca toda la vida: Abarca la necesidad *presente*, pues dice: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy». Abarca el pecado *pasado*, pues dice: «perdónanos nuestros pecados». Abarca tribulaciones *futuras*, pues dice: «Y no nos metas en tentación».²¹

Hay muchas cosas más que podrían decirse acerca de la oración modelo, pero hay una conclusión que podemos sacar del estudio de ella y esta es que todos *necesitamos* la oración. Jesús dijo: «Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mt 21.22).

La primera lección de Cristo sobre cómo orar puede resumirse en una sola palabra y es esta: «Ore». Para aprender a orar, lo primero que debe de hacer una persona es comenzar a orar. Acuda a Dios. Acuda a Dios con *todas* sus necesidades.

Sea insistente (Lc 11.5–8)

Para estimular a Sus discípulos a orar, Jesús les contó la parábola del anfitrión insistente en los versículos del 5 al 8. En la parábola, un amigo llegó a la mitad de la noche. Había alojamiento disponible, pero no había comida, la alacena estaba vacía. En aquellos tiempos, la hospitalidad era mucho más que una formalidad social; era una necesidad práctica y un imperativo moral. Las posadas eran pocas y se encontraban lejos unas de otras.

Era una situación potencialmente embarazosa, ya que en aquellos tiempos no había tiendas de alimentos que estuvieran abiertas las veinticuatro horas. ¿Qué opciones le quedaban al anfitrión? Esto fue lo que pensó: «Tengo un amigo que vive cerca. Le pediré que comparta conmigo su pan». Por lo tanto, se dirigió a casa del amigo, pero al llegar, encontró la puerta

²⁰ *Ibíd.*, 47.

²¹ Este es un resumen de las palabras de William Barclay, *The Gospel of Luke (El evangelio de Lucas)*, ed. rev., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 144.

cerrada con llave. Encontró, además, que las ventanas tenían las contraventanas cerradas y estaban enrejadas. Sin embargo, nada de esto impidió que el hombre llamara a la puerta. (La parábola no dice que llamara a la puerta, pero la aplicación sí lo dice [Lc 11.9, 10].)

Es probable que desde el interior de la casa se oyera una voz somnolienta, diciendo: «¿Quién es? ¿Qué desea?».

A esto, el hombre que estaba afuera respondió: «Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante» (Lc 11.5b, 6). La razón por cual pidió tres panes era que hubiera uno para él, uno para su huésped y un tercer pan que sirviera de reserva y también como evidencia de su liberalidad.

La respuesta dio muestras de irritación, pues dijo: «No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos» (Lc 11.7). Es importante explicar que muchas casas consistían en una sola habitación, y que por la noche se extendían lechos para dormir sobre el piso. En el caso de una pareja que tuviera varios hijos, el piso estaba cubierto de gente. ¡Imagínese cómo habría sido levantarse en la oscuridad para dejar una tibia cama y pasar por encima de los cuerpos de gente que dormía, a la vez que andaba a tientas en la oscuridad tratando de encontrar tres panes! Uno podría entender por qué el hombre de adentro prácticamente dijo «¡Vete!».

Sin embargo, el hombre que hacía la petición no aceptaba un no por respuesta. Jesús dijo: «Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su *importunidad* se levantará y le dará todo lo que necesite» (Lc 11.8; énfasis nuestro). No es difícil imaginar el diálogo que siguió:

(Toc, toc, toc.)

—¡Te dije que te fueras! Me tomó una hora acostar a los niños. Si se despiertan, ¡no me dejarán dormir *nada* esta noche!

—¡Pero necesito los panes!

—¡No te abriré!

(Toc, toc, toc.)

—¡Deja de tocar! Si sigues, vas a despertar a mi esposa, y si lo logras, los dos estaremos en problemas. Cuando mi esposa no está contenta, ¡*nadie* puede estar contento!

—¡Pero *necesito* los panes!

—¡No te abriré!

(Toc, toc, toc.)

—¡No sigas! ¡Ya despertaste a todo el mundo! ¡Deja de golpear tan horriblemente la puerta y veré qué puedo encontrar en la alacena!

La palabra que se traduce por *importunidad* proviene de una palabra griega (ἀναίδεια, *anaideia*) cuyo significado literal es «pena». Puede que se refiera al hecho de que el anfitrión se hubiera apenado si no proveía para su huésped. Ciertamente no tuvo pena al insistir. Al seguir golpeando la puerta, es probable que todo el vecindario se despertara, las luces se encendieran y los perros ladraran. Algunas voces enojadas le habrían dicho que hiciera silencio. Es probable que se sonrojara. No obstante, él *insistió* hasta que recibió el pan.

¿Será el propósito de esta parábola enseñar que Dios es un amigo renuente, a quien hay que coaccionar para que nos dé lo que le pedimos? Por supuesto que no. Eche un vistazo al versículo 13 para ver la última ilustración que usó Jesús durante Su sesión de enseñanza sobre la oración: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (énfasis nuestro). El mensaje de la parábola podría expresarse de este modo: «Si a un amigo renuente se le puede convencer por medio de insistir, que conceda una petición, ¿cuánto más vuestro Padre celestial, que está presto y dispuesto a bendeciros, responderá a vuestra petición si insistís!». Más adelante, Jesús les refirió a Sus discípulos otra parábola con un argumento parecido, parábola cuyo prefacio dice que fue para enseñar «sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar» (Lc 18.1). Chris Bullard, un autor sobre el tema, dijo que el propósito de la parábola «no fue decirnos cómo vencer la renuencia de Dios, sino enseñarnos cómo echar mano de Su disposición».²²

²² Chris Bullard, “How to Be an Intercessor” («Cómo ser un intercesor»), sermón predicado en la Overland Park church of Christ, Overland Park, Kansas, 13 de mayo de 1985.

Dios desea saber que tomamos con seriedad nuestras peticiones. Él no responde oraciones tibias. Demasiadas oraciones se dicen con facilidad y se olvidan con rapidez. Para que nuestras oraciones conmuevan a Dios, deben primero influenciarnos a nosotros. Ellas deben salir del corazón.

Sea paciente (Lc 11.9–10)

El énfasis en la insistencia se mantuvo en las palabras que Jesús dijo después: «Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Lc 11.9–10). Puede usted ver la vinculación lógica con la parábola: el apenado anfitrión *buscaba* pan para su amigo, *llamó* a la puerta de otro amigo y *pidió* las provisiones que necesitaba.

Una lección que se puede sacar de estos versículos es que debemos *pedirle* a Dios lo que necesitamos. Santiago escribió: «... no tenéis lo que deseáis, porque no pedís» (Stg 4.2c).

Los versículos también recalcan que debemos *insistir* en nuestras peticiones. En el texto original, las palabras que se traducen por «pedir», «buscar» y «llamar» se encuentran en tiempo presente, que es indicio de acción continua. El versículo 9 dice literalmente: «*Manténgase* pidiendo, y se le dará; *manténgase* buscando, y hallará; *manténgase* llamando, y se le abrirá». Recuerde a Abraham, que insistió en su oración por Sodoma y Gomorra (Gn 18.22–32). Recuerde a Pablo, que insistió en su oración en cuanto a su aguijón en la carne (2 Co 12.8). Recuerde a Cristo, que oró en el huerto hasta que de su rostro brotó sudor como grandes gotas de sangre (Lc 22.44). Los tres insistieron hasta que sus oraciones fueron contestadas.

El orden de los verbos en la aseveración insinúa no sólo insistencia, sino también una intensidad creciente. Buscar es más que pedir, y llamar implica más que buscar. Nuestras oraciones deben ser *fervientes* (Stg 5.16b; KJV).

¿Por qué debemos insistir en oración? Esto debe ser así porque, según el texto, Dios responde la oración. En los versículos, hay una respuesta que corresponde a cada acción: El que pidió recibió, el que buscó encontró y al que llamó se le abrió. Esta verdad se ilustra con la parábola del anfitrión insistente: el hombre que

pidió, buscó y llamó, recibió los tres panes que necesitaba.

¿Significa lo anterior que Dios responde con un sí a todas las peticiones que haga uno de Sus hijos? Cristo pidió que pasara de Él la copa del sufrimiento (Mt 26.39) pero esa copa no pasó de Él. Otro ejemplo es el de Pablo, cuando pidió que se le quitara su «aguijón» de padecimiento (2 Co 12.7–8) y no se le quitó. La porción que sigue, del texto bajo estudio (Lc 11.11–13), compara a Dios con los padres terrenales. ¿Acaso los que somos padres les respondemos siempre con un sí las peticiones de nuestros hijos? No siempre respondemos con un sí. A veces nuestra respuesta es un no; o respondemos que deben esperar. Podríamos incluso darles algo mejor. No obstante, si amamos a nuestros hijos, siempre les responderemos sus peticiones, y este es el punto que se hace en los versículos 8 al 10: Dios responde nuestras oraciones si insistimos y tenemos paciencia.

Sea positivo (Lc 11.11–13)

Tenemos todos los motivos para mantener una actitud positiva en relación con las oraciones que hacemos. Esta verdad se refuerza con las palabras finales de Cristo en los versículos del 11 al 13.

Toma uno. Un niño se acerca a su padre y le pide un pescado. Este habría sido uno de los pececillos en conserva que servían de merienda en aquella región. El padre le responde que sí, mientras sonrío. El niño extiende su mano y el padre deja caer sobre esta una serpiente que se retuerce. Esto sería espantoso.

Toma dos. Un niño se acerca a su padre y le pide un huevo. Probablemente este hubiera sido un huevo duro, el alimento ideal para que un niño llevara y comiera en el momento que tuviera hambre. «Con mucho gusto te daré uno», dice el padre, sacando un pequeño canasto y agregando: «Mete la mano y sácalo». Cuando el muchacho mete la mano en el canasto, no encuentra huevos, sólo un escorpión que da coletazos y está a punto de atacar. Se ha insinuado que a los padres de esta ilustración se les presenta como si trataran de gastarles una broma a sus hijos, en vista de que una pequeña serpiente podría asemejarse a un pez delgado, y un escorpión enrollado podría parecerse a un huevo. Cuando Jesús usó la ilustración anteriormente, Él añadió una

aseveración en la que habló del pan y una piedra (Mt 7.9). Una pequeña piedra de color café bien podría confundirse con uno de los pequeños panes de aquellos tiempos. ¡Qué terrible!

Jesús dijo que los padres que se preocupan por sus hijos no les juegan bromas pesadas a estos, y tampoco hace así nuestro Padre celestial. «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lc 11.13). Anteriormente, cuando el Señor usó la misma analogía, esto fue lo que dijo: «¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará *buenas cosas* a los que le pidan?» (Mt 7.11b; énfasis nuestro). Luego, unos meses después, Él mencionó concretamente uno de los más excelentes dones de Dios: el don del Espíritu Santo, que más adelante se impartiría a todos los que se bautizaran en Su nombre (Hch 2.38). Leon Morris escribió:

Lucas [...] ve el don del Espíritu como nuestro bien supremo. No parece haber razón para entender esto en términos de dones «carismáticos». Antes, es una referencia a la obra del Espíritu en la vida cristiana en general, como enseña Romanos 8.²³

Puede que se suscite una pregunta: «¿Por qué *pedir* a Dios un don que Él ha prometido dar a todos los que se bauticen?». Siempre es bueno pedir a Dios lo que Él ha prometido. Por ejemplo, aunque Dios ha prometido a los fieles las necesidades de la vida (Mt 6.33), siempre es apropiado pedirle el pan nuestro de cada día (Mt 6.11). Pedir hace que en nuestras mentes se imprima la Fuente de toda buena dádiva.

Mientras que Dios no responde todas las oraciones con un sí, Él sí responde todas las oraciones de Sus hijos. Cuando las responde, siempre da «buenas dádivas». Él se preocupa primordialmente por lo que a la larga es mejor para nosotros. Puede que en el momento no *veamos* como buena Su respuesta; pero, al final, podemos estar seguros de que «a los que aman a

²³Leon Morris, *Luke (Lucas)*, ed. rev., Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 214–15.

Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Ro 8.28). Tenemos todos los motivos para mantener una actitud positiva al orar.

Conclusión

Era importante que los discípulos aprendieran a orar. Les esperaban las experiencias de Getsemaní, las pruebas que sufriría su Maestro, los azotes que recibiría Este, el abucheo de la turba sedienta de sangre, el horror de la cruz y el tenebroso silencio del sepulcro.²⁴ Hoy, nosotros también encaramos tentaciones y pruebas. Es igualmente importante que nosotros aprendamos a orar.

Jesús y un fariseo (Lc 11.37–54)

³⁷Luego que hubo hablado, le rogó un fariseo que comiese con él; y entrando Jesús en la casa, se sentó a la mesa. ³⁸El fariseo, cuando lo vio, se extrañó de que no se hubiese lavado antes de comer. ³⁹Pero el Señor le dijo: Ahora bien, vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad. ⁴⁰Necios, ¿el que hizo lo de fuera, no hizo también lo de adentro? ⁴¹Pero dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio.

⁴²Mas ¡ay de vosotros, fariseos! que diezmáis la menta, y la ruda, y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin dejar aquello. ⁴³¡Ay de vosotros, fariseos! que amáis las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas. ⁴⁴¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! que sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan encima no lo saben.

⁴⁵Respondiendo uno de los intérpretes de la ley, le dijo: Maestro, cuando dices esto, también nos afrentas a nosotros. ⁴⁶Y él dijo: ¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley! porque cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un dedo las tocáis. ⁴⁷¡Ay de vosotros, que

²⁴Esta aseveración se adaptó de McFatridge, 3.

edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres! ⁴⁸De modo que sois testigos y consentidores de los hechos de vuestros padres; porque a la verdad ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros. ⁴⁹Por eso la sabiduría de Dios también dijo: Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán, ⁵⁰para que se demande de esta generación la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo, ⁵¹desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el templo; sí, os digo que será demandada de esta generación. ⁵²¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley! porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis.

⁵³Diciéndoles él estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a estrecharle en gran manera, y a provocarle a que hablase de muchas cosas; ⁵⁴acechándole, y procurando cazar alguna palabra de su boca para acusarle.

Puede que el evento siguiente nos tome por sorpresa. A pesar de que los fariseos procuraban matar a Cristo (Mt 12.14; Mr 3.6), **le rogó un fariseo que comiese con él** (Lc 11.37). Puede que esta invitación haya sido un gesto de amistad; había algunos dirigentes judíos que creían en Él (Jn 12.42). También es posible que el hombre todavía no se había decidido en cuanto a seguir a Jesús y deseaba conocerlo. No obstante, el contexto indica que tenía un motivo oculto al invitarlo, y este era cazar **alguna palabra de su boca para acusarle** (Lc 11.54). La reacción del hombre, la respuesta de Jesús, y lo que al final sucedió, nos llevan a creer que el anfitrión tenía un motivo oculto (Lc 11.38–54).

Esta era la segunda vez que invitaban al Señor a casa de un fariseo. Anteriormente, en Galilea, Cristo había comido con un fariseo (Lc 7.36–50). Estudiaremos una tercera invitación de esta clase cuando lleguemos a Lucas 14.1–24. Todas las ocasiones en que Jesús comió con un fariseo resultaron en conflicto entre el Señor y Su anfitrión. Esto lleva a preguntar por qué Jesús aceptaba estas invitaciones. Ciertamente, no era porque estuviera desesperado por comida gratuita. También debemos descartar la posibilidad de que simplemente estuviera buscando

oportunidades para censurar a los fariseos. Seguramente a Cristo le preocupaban Sus enemigos tanto como Sus amigos (vea Mt 5.44). Nada le hubiera hecho más feliz que la conversión de Sus enemigos. Las severas palabras que dijo sobre los fariseos, las dijo en parte para disuadir a Sus discípulos de emularlos. También debemos considerar que las dijo con la esperanza de que algunos de sus adversarios fueran inducidos a arrepentirse.

Cuando Jesús llegó a la casa de este fariseo, Él se sentó a la mesa sin realizar los elaborados rituales que ordenaba la tradición. **El fariseo, cuando lo vio, se extrañó de que no se hubiese lavado antes de comer** (Lc 11.38). La palabra griega que se traduce por «lavado» (βαπτίζω, *baptizō*) en Lucas 11.38 es una forma de la palabra bautismo (inmersión). Al fariseo le extrañó que Jesús no se lavara todo el cuerpo antes de comer. Puede que el anfitrión ya hubiera oído que a Cristo y Sus discípulos no les inquietaban tales tradiciones (Mt 15.1–2); sin embargo, siempre se asombró cuando lo comprobó personalmente.

Según la opinión de los fariseos, Jesús estaba inmundo y debía purificarse, pero el Señor recalcó que no era la pureza externa lo que a uno debía preocuparle, sino la interna (Lc 11.39–40; vea Mt 23.25–26). Le dijo a su anfitrión: **Pero dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio** (Lc 11.41). En otras palabras, «si dedicas todo tu ser interior al mejoramiento de los demás, esto asegurará que seas “limpio” tanto en lo interno como en lo externo».

Esta aseveración fue seguida de una serie de «ayes» (Lc 11.42–44), que fueron ampliados más adelante en una mordaz denuncia que hizo de los escribas y fariseos (Mt 23). Otro invitado, un intérprete de la ley, se ofendió, pues dijo: **Maestro, cuando dices esto, también nos afrentas a nosotros** (Lc 11.45). Jesús respondió siguiendo con los ayes, haciendo aplicación a los intérpretes de la ley (Lc 11.46–52): **¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley! porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis** (Lc 11.52). La «llave de la ciencia» era el Antiguo Testamento. La correcta interpretación de ese testamento era la clave para entender al Mesías y Su reino. Sin embargo, estos llamados «expertos en la ley» habían negado esa clave al suponer que el Mesías establecería

un reino físico. Al imponer tales suposiciones a los demás, estos dirigentes impidieron que sus estudiantes reconocieran al Rey cuando Este vino.

Otro modo de entender Lucas 11.52 es que los intérpretes de la ley hicieron lo contrario de lo que Pedro hizo: escondieron «la llave del conocimiento» y de esta manera impidieron la entrada de la gente en el reino, mientras que Pedro usó «las llaves del reino» (Mt 16.19) y abrió las puertas de este, o de la iglesia, en el día de Pentecostés (Hch 2.14–41).

Las acusaciones de Jesús intensificaron el odio de Sus enemigos. **Diciéndoles él estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a estrecharle en gran manera, y a provocarle a que hablase de muchas cosas; acechándole, y procurando cazar alguna palabra de su boca para acusarle** (Lc 11.53, 54).

Jesús y la multitud **(Lc 12.1—13.9)**

Gran parte de la enseñanza de Jesús a la multitud en Lucas 12.13—13.9 es una repetición de verdades dadas anteriormente en Galilea. Algunos que niegan la inspiración dicen que los escritores de los relatos del evangelio estaban confundidos sobre lo que Jesús enseñó sobre esto o aquello. Ellos sugieren que Cristo no habría dado la misma enseñanza dos veces, pero ellos mismos a menudo repiten sus temas favoritos. Esto era a ser esperado ya que Su audiencia era diferente. Además de esto, los que viajaron con Él necesitaban escuchar estas verdades una y otra vez (al igual que nosotros; 2 P 1.12, 13, 15; 3.1). Sin embargo, parte de Su enseñanza de esta vez era nueva.

Enseñanza sobre hipocresía (Lc 12.1–12)

¹En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos, primeramente: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. ²Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. ³Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que

habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas.

⁴Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. ⁵Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed. ⁶¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios. ⁷Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos.

⁸Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; ⁹mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios. ¹⁰A todo aquel que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado. ¹¹Cuando os trajeren a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o qué habréis de decir; ¹²porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir.

El capítulo 12 de Lucas comienza diciendo: «Dadas estas circunstancias...» (NASB). Las circunstancias las constituían los enfrentamientos entre Jesús y los fariseos. Estos conflictos daban como resultado que creciera la curiosidad pública. Por esta razón, en el versículo 1 continúa **como se juntara por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir...** (énfasis nuestro). Había algunos en la multitud que lo veían con buenos ojos, mientras que otros se le oponían (vea Lc 12.56).

Mientras la turba escuchaba, Cristo presentó diversos mensajes. Comenzó con una advertencia en cuanto a los fariseos. Esto es lo que leemos: **Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía** (Lc 12.1b). Los fariseos eran hábiles en ocultar su maldad (Lc 11.39); sin embargo, al final, la maldad de ellos quedó al descubierto (Lc 12.2). Jesús instó a Sus oyentes a no temer a estos hombres (Lc 12.4) y les dijo que, en lugar de temerles, fueran valientes para proclamar su fe (Lc 12.3, 8),

confiando en que Dios estaría con ellos (Lc 12.5–12).

La mayor parte de la enseñanza de Lucas 12.1–12 se repite en otros pasajes. Compare los siguientes versículos:

Lc 12.1 / Mt 16.6; Mr 8.15

Lc 12.2–9 / Mt 10.26–33

Lc 12.8–9 / Mr 8.38

Lc 12.10 / Mt 12.31, 32; Mr 3.28–30

Lc 12.11–12 / Mt 10.19–20

Enseñanza sobre materialismo
(Lc 12.13–34)

¹³Le dijo uno de la multitud: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. ¹⁴Mas él le dijo: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor? ¹⁵Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. ¹⁶También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. ¹⁷Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? ¹⁸Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; ¹⁹y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regójate. ²⁰Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? ²¹Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.

²²Dijo luego a sus discípulos: Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. ²³La vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido. ²⁴Considerad los cuervos, que ni siembran, ni siegan; que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves? ²⁵¿Y quién de vosotros podrá con afanarse añadir a su estatura un codo? ²⁶Pues si no podéis ni aun lo que es menos, ¿por qué os afanáis por lo demás? ²⁷Considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se

vistió como uno de ellos. ²⁸Y si así viste Dios la hierba que hoy está en el campo, y mañana es echada al horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? ²⁹Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud. ³⁰Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas. ³¹Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas.

³²No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. ³³Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. ³⁴Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Cuando Jesús enseñaba, Él fue interrumpido: **Le dijo uno de la multitud: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia** (Lc 12.13). La ley explicaba cómo manejar tales asuntos (Dt 21.15–17). Cuando había dudas, era práctica corriente que los rabinos arbitraran disputas. Tal vez, el hombre esperaba que Cristo estableciera un reino material, y deseaba que el futuro Rey estuviera de su lado en este pleito familiar.

Jesús reprendió al hombre (Lc 12.14) y luego advirtió a la multitud, diciendo: **Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee** (Lc 12.15). La palabra griega que se traduce por «avaricia» (πλεονεξία, *pleonexia*) significa «deseo de tener más», y «[se usa] siempre en mal sentido» en el Nuevo Testamento.²⁵ Muchas personas tienen un desmesurado deseo de tener más, un deseo de que jamás se satisface y se centra en el ego antes que en los demás. La Biblia le llama a esto «codicia» y la censura fuertemente (Ef 4.19; Col 3.5; vea 1 Co 5.11).

Concerniente a la palabra «vida» en el versículo 14, Richard C. Trench dijo: «Si bien no tenemos más que una palabra

²⁵W. E. Vine, «pleonexia», *The Expanded Vine's Expository Dictionary of New Testament Words* (Diccionario expositivo ampliado de palabras del Nuevo Testamento de Vine), ed. John R. Kohlenberger III con James A. Swanson (Minneapolis: Bethany House Publishers, 1984), 245.

para referirnos a la “vida”, el griego es más rico al tener dos: una [bios] para expresar la vida *que vivimos*, y otra [zōn] para expresar aquella vida *por la cual vivimos*, y es de esta última que Cristo habla aquí».²⁶

Cristo refirió una parábola acerca de un rico granjero que creía que su vida sí consistía «en la abundancia de los bienes» que poseía (Lc 12.15). Dios dijo que este hombre era un **necio** (Lc 12.20).

Jesús siguió la parábola del rico insensato con instrucciones para llegar a tener una apropiada perspectiva de la vida. Lucas consignó muchas de las enseñanzas del Sermón del Monte en Lucas 6, pero parte de la enseñanza no la consignó sino hasta en ocasiones posteriores cuando el Señor repitió sus ideas básicas. (Compare Lc 12.22–31 con Mt 6.25–34 y Lc 12.33–34 con Mt 6.19–21.) Un ejemplo es en el versículo 31 cuando Cristo instó a Sus oyentes a buscar el reino (vea Mt 6.33), Él les aseguró que Dios *les daría* tal reino (Lc 12.32). Dios cumplió esto cuando Él estableció el reino, esto es, la iglesia, el primer día de Pentecostés posterior a la muerte, sepultura y resurrección de Cristo (Hch 2).

También, en el Sermón del Monte, Jesús les dijo a Sus discípulos: «sino haceos tesoros en el cielo» (Mt 6.20a). Ahora les explicaba *cómo* podían tener «una cuenta de ahorros celestial»: **Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejeczan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye** (Lc 12.33; vea 1 Ti 6.17–19).

Un mundo que se obsesiona por acumular cada vez más y más *cosas*, necesita desesperadamente las lecciones de Lucas 12.13–34. Cada uno de nosotros necesita oír una y otra vez las palabras de Jesús, cuando dijo: «la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee». Piense en ello: el éxito o el fracaso de un hombre no se mide por la cantidad de posesiones que haya podido acumular. «La base para el inventario de la vida de un hombre no es la misma que se usa en su negocio».²⁷ Existe una gran diferencia entre lo que un hombre *tiene* y lo que *es*.

²⁶ Richard C. Trench, *Notes on the Parables of Our Lord (Notas sobre las parábolas de nuestro Señor)* (Westwood, N.J.; Fleming H. Revell Co., 1953), 338.

²⁷ Neil R. Lightfoot, *The Parables of Jesus, Part 1 (Las parábolas de Jesús, Primera parte)* (Austin, Tex.: R. B. Sweet, Co., 1963), 74.

**APLICACIÓN:
ERRORES DE UN EXITOSO
HOMBRE DE NEGOCIOS (LC 12.13–21)**

A la vida se le ha comparado con un escaparate en el cual se exhiben inestimables artículos con precios ridículamente bajos, mientras que mercancía sin valor alguno tiene precios exorbitantemente altos. Otra versión de esta ilustración habla acerca de alguien que entra en la tienda de noche y produce una confusión en los precios. El asunto es que hoy, lo que verdaderamente tiene valor, a menudo parece poco importante, mientras que lo barato y chabacano parece inestimable.

Vivimos en un mundo que enfatiza lo material. A muchos les obsesiona el éxito financiero, la salud de la economía y la acumulación de posesiones. Con tanta influencia del énfasis en estas cosas, fácilmente podemos perder de vista los verdaderos valores. Esto fue lo que sucedió en la historia que se encuentra en el texto bajo estudio: Lucas 12.13–21.

Un día que Jesús enseñaba, salió un hombre de la multitud que le interrumpió, diciendo: «Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia» (Lc 12.13). El hombre no había estado poniendo atención al sermón para nada. En lugar de deleitarse con las palabras de Cristo, estuvo obsesionado con una mezquina pelea familiar.

Al Señor le afligió que Sus enseñanzas no llegaran al corazón del hombre. Dijo: «Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidador?» (Lc 12.14). «Vosotros», en plural, sería una referencia al hombre y su hermano. Es posible que el hermano también estuviera presente. Mirando en el corazón del hombre, Él detectó su problema. Le dijo: «Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lc 12.15). Después refirió una parábola:

La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma:

Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma: y lo que has provisto, ¿de quién será?

Concluyó Su lección diciendo: «Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios» (Lc 12.21). Ser «rico para con Dios» significa «reconocer con gratitud que todo lo que tenemos proviene de Dios, y hacer el esfuerzo por usar lo que Él da para el bien de los demás y la gloria de Dios». ²⁸ La traducción al inglés de J. B. Phillips dice: «no es rico en lo que a Dios le atañe».

El hombre de la parábola sería considerado altamente exitoso por el mundo. El texto original indica que era granjero y comerciante, y que había prosperado en las dos empresas. Hoy se le daría el calificativo de «exitoso hombre de negocios». Me apresuro a explicar que no le estigmatizaba el hecho de que tuviera el don de hacer dinero. A veces se dice que «raíz de todos los males es el dinero», pero esto no fue lo que dijo Pablo; este dijo más bien que «raíz de todos los males es el *amor* al dinero» (1 Ti 6.10a; énfasis nuestro). El dinero puede usarse para el bien. Un «hombre rico de Arimatea, llamado José», fue «discípulo de Jesús» (Mt 27.57). El problema no es el dinero, sino la actitud para con este. George W. Bailey lo expresó de esta manera: «en realidad no es la *posesión* de riquezas lo que hace daño, sino la *predisposición* para con ellas». ²⁹

Cuando el rico murió, es probable que el predicador que ofició en su funeral no tuviera problema alguno para encontrar buenas cualidades que podía haber mencionado. Aparentemente, el hombre había obtenido sus riquezas honradamente. No hay indicios de que recurriera a prácticas de negocios que fueran turbias o cuestionables. Tampoco hay trazas de inmoralidad; todo apunta a que era un hombre bueno, de arraigados principios morales. No obstante, este exitoso hombre de negocios cometió varios serios errores que condenaron su alma.

²⁸ Wiersbe, 221.

²⁹ George W. Bailey, "The Rich Can Be Fools and Fools Can Be Rich" («Los ricos pueden ser necios y los necios pueden ser ricos»), *The Preacher's Periodical* (July 1982): 26.

Error No. 1:

Carecía de un sentido real de los valores

En primer lugar, carecía de un sentido real de los valores. Siguió las leyes naturales de Dios para ganarse su vida, pero no tomó en cuenta las leyes espirituales de Dios para construir esa vida.

Nada es más importante que la dirección, el propósito y los principios que impulsan la vida de uno. Los libros sobre cómo acumular riquezas por lo general recalcan que la mente debe llenarse con esa ambición. Esto fue lo que Pablo escribió acerca de los peligros de regirse por ese objetivo en la vida:

Porque *los que quieren enriquecerse* caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, *el cual codiciando* algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores (1 Ti 6.9–10; énfasis nuestro).

El rico estaba obsesionado con sus posesiones. En el texto no hay una sola mención de que se acordara de Dios, de sus semejantes o de su responsabilidad para con Aquel y estos. Una diminuta moneda sostenida cerca del ojo puede ocultar a la vista una gigantesca montaña. Del mismo modo, estar obsesionado con posesiones puede hacer que una persona pierda de vista lo que realmente importa en la vida.

Pablo escribió que «[no deberíamos mirar] las cosas que se *ven*, sino las que *no* se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Co 4.18; énfasis nuestro). Jesús preguntó, diciendo: «Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?» (Mt 16.26). Él nos instó a todos a buscar «primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mt 6.33). Dijo que uno puede decir dónde está el corazón de un hombre con sólo ver dónde está su tesoro (Mt 6.21).

El rico había depositado su confianza en lo que era temporal. Dios le dijo: «... esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?» (Lc 12.20). La gente pasa la vida

acumulando fortunas, pero al final, ¿qué tienen? Nada. Según el salmista, cuando el rico muera «no llevará nada» (Sal 49.16–17). Job dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá» (Job 1.21a). Pablo escribió: «... porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar» (1 Ti 6.7). Lo que no sobrevive al sepulcro no debería ocupar los primeros lugares de nuestra lista de prioridades. Jesús instó a lo siguiente:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan (Mt 6.19–20).

Un acaudalado ganadero llevó a un predicador hasta la colina más alta de su hacienda y le señaló hacia el este, el oeste, el norte y el sur, diciendo: «Hasta donde alcance tu vista, todo eso es mío». A esto, el predicador señaló hacia el cielo y preguntó: «¿Y cuánto de *eso* es tuyo?». Es imprescindible que reconozcamos lo verdaderamente importante y que pongamos *eso* en primer lugar en nuestras vidas.

Error No. 2:

Era egoísta

En segundo lugar, el exitoso hombre de negocios era egoísta. En el griego, los pronombres en primera persona («yo», «mi» y «mis») se encuentran doce veces en los tres versículos que cuentan su historia.

Esforzarse por las riquezas puede hacer que uno piense solamente en sí mismo y que pierda de vista a los demás. Un hombre de negocios cristiano me dijo una vez que estaba haciendo tanto dinero que no sabía qué hacer con él. «Lo que hago es reinvertirlo», dijo. Poco después de esto, a la iglesia de la cual él era miembro, se le presentó el desafío de dar para una buena causa. Él contribuyó con menos de lo que contribuyeron la mayoría de las viudas de la congregación.

El rico no pudo darse cuenta de que ya tenía «graneros» donde depositar sus excedentes: las manos de los que sufrían, los estómagos de los que pasaban hambre, los lomos de los que

tenían frío, las vidas de las viudas y de los huérfanos.³⁰

Dios nos puso sobre la tierra para servir a los demás. «Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe» (Gá 6.10). John H. Heinz, que hizo una fortuna vendiendo encurtidos en conserva, tenía este lema: «Primero Dios, segundo los demás y tercero los encurtidos». Un anciano le dijo a su hijo: «En el Juicio, Dios te hará estas tres preguntas acerca de tu dinero: “¿Hiciste lo que podías?” “¿Lo hiciste honradamente?” “¿Lo usaste para los demás?”». Las riquezas no solamente deberían poseerse; también deberían emplearse, para ayudar a los demás.

El rico creía que él tenía las posesiones para hacer lo que le daba la gana con ellas. No pudo entender que él era solamente un *mayordomo* de ellas. En un sentido legal somos dueños de las cosas; pero en un sentido bíblico, solamente cuidamos de ellas, para el Señor de quien provienen. El error del rico sigue siendo cometido por los que dicen: «Lo que yo tengo es *mío*, y nadie puede decirme qué hacer con ello».

Error No. 3:

Creía que podía proveer para su alma con cosas materiales

En tercer lugar, el exitoso hombre de negocios creía que podía proveer para su alma con cosas materiales. Esto fue lo que dijo: «Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate» (Lc 12.19).

Es obvia la necesidad de las palabras del hombre. Imagínese usted el tablero de una mesa. Al lado izquierdo de esta hay una deliciosa comida. Al lado derecho hay una Biblia. La primera es alimento para el cuerpo, mientras que la segunda es alimento para el alma. No podemos alimentar a esta con alimento para aquel. Jesús contrastó «la comida que perece» con «la comida que a vida eterna permanece» (Jn 6.27). También dijo: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4.4). El colmo de la necesidad es hacer provisiones para las necesidades físicas y no hacerlas para las espirituales.

³⁰Esta oración fue adaptada de Ambrosio, un obispo de Milán del siglo cuarto (citado en Trench, 341).

¿Existe la posibilidad de que a veces seamos atrapados en la misma trampa que fue atrapado el rico? ¿No hemos exclamado alguna vez, diciendo: «Qué feliz sería si tan sólo tuviera esto o aquello»? Muchos buscan tranquilidad y seguridad en la acumulación de más y más cosas, pero el Señor dijo que «la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lc 12.15). La felicidad no es el resultado de ganar más, sino que lo que se gana al tener una actitud positiva para con lo que ya tenemos. Pablo escribió:

... gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto (1 Ti 6.6–8).

Alguien dijo que «el mundo entero le sigue el rastro a la felicidad, pero muchos se han equivocado de pista». La felicidad duradera no proviene de conseguir, sino de dar. John Banister, un predicador, escribió: «Lo más importante en la vida [...] no es la columna de los ingresos, sino la de los gastos».³¹ Jesús dijo: «Más bienaventurado [un estado de mayor felicidad] es dar que recibir» (Hch 20.35b).

El alma jamás se saciará con cosas. Si usted desea proveer para su alma, deberá alimentarla con una obediente relación con su Dios y una amorosa relación con los demás.

Error No. 4:

Creyó que contaba con una «prolongación de vida»

Se podrían enumerar otros errores cometidos por el rico, pero sólo se debe mencionar uno más: creyó que contaba con una «prolongación de la vida»; creyó que tenía garantizados muchos años más para vivir y prosperar. Pensaba que tenía «muchos bienes [...] guardados para *muchos años*» (Lc 12.19;

³¹John Banister, “The Rich Fool” («El rico insensato») *Sermons of John Banister (Sermones de John Banister)*, Great Preachers of Today Series, ed. J. D. Thomas (Abilene, Tex.: Biblical Research Press, 1965), 116.

énfasis nuestro); pero Dios le dijo: «*esta noche* vienen a pedirte tu alma» (Lc 12.20; énfasis nuestro).

Hay quienes creen tener «todo el tiempo del mundo»: tiempo para llegar a ser cristianos, tiempo para tomar con seriedad la vida en el Señor, tiempo para ser la clase de hombres y de mujeres que saben que deberían ser. Más de una persona me ha dicho: «Sí, yo sé que necesito hacerlo, y *algún día* lo haré». Salomón advirtió diciendo: «No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día» (Pr 27.1). A los que confiadamente hacen planes para el futuro, Santiago escribió:

¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello (Stg 4.13–15).

La vida es corta e incierta. La Biblia enseña que «El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece» (Job 14.1–2). No podemos depender del mañana, porque puede que el mañana nunca llegue. Lo que tiene que hacerse debe hacerse hoy.

Nosotros evitamos pensar en la muerte, pero la muerte puede llegar, y a menudo llega inesperadamente. El rico, que tal vez estaba en la flor de la vida, creyó que le quedaban años de vida. Pero no era así, pues ni siquiera le quedaban veinticuatro horas: «esta noche vienen a pedirte tu alma». ¡En los periódicos saltan a la vista las noticias de una que otra «muerte repentina»! Nadie es inmune a la muerte; no hay vacuna que se pueda tomar para prevenirla (He 9.27). Un hombre acerca del cual leí, era tan cuidadoso en lo que atañía a su salud: controlaba su nivel de colesterol, comía los alimentos apropiados, se ejercitaba, acudía con regularidad al doctor para que este le hiciera el chequeo de rigor, y cuando menos lo esperaba, lo atropelló y lo mató un camión. Ninguno de nosotros tiene garantía de que estará

vivo mañana. Es importante estar siempre preparados para la eternidad.

Conclusión

El predicador que llevó a cabo el funeral del rico no habría hallado difícil referirse a las cualidades buenas de este. Tampoco los que le sepultaron habrían tenido problemas para encontrar un epitafio elogioso, en el que se leyera algo parecido a esto: «Yace aquí uno de nuestros más destacados ciudadanos». No obstante, el epitafio del Señor para tal hombre fue, en efecto, este: «Aquí yace un necio». Que Dios nos ayude a no cometer los errores que cometió este exitoso hombre de negocios.

Enseñanza sobre vigilancia
(Lc 12.35–48)

³⁵Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; ³⁶y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. ³⁷Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles. ³⁸Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos. ³⁹Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. ⁴⁰Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá.

⁴¹Entonces Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos? ⁴²Y dijo el Señor: ¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración? ⁴³Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. ⁴⁴En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes. ⁴⁵Mas si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse, ⁴⁶vendrá el señor de aquel siervo

en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá con los infieles. ⁴⁷Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. ⁴⁸Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá.

Después de su enseñanza sobre «tesoros en el cielo» Cristo pasó a instar a Sus discípulos a estar preparados cuando Él volviera, para que ellos fueran a esa morada celestial: **Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá** (Lc 12.40). A esta se le considera la segunda más clara referencia a la segunda venida del Señor. La primera se encuentra en Mateo 16.27.

Para recalcar la importancia de estar preparados en todo momento, Jesús usó una serie de ilustraciones. Hay quienes ven cuatro parábolas diferentes: la parábola de los siervos que aguardan (Lc 12.36–38), la parábola del ladrón que viene de noche (Lc 12.39), la parábola del mayordomo prudente (Lc 12.42–46) y la parábola del siervo conocedor y el no conocedor (Lc 12.47–48). Jesús no usó la palabra **parábola**, pero Pedro sí la usó (Lc 12.41). El Nuevo Testamento a veces usa la palabra «parábola» para referirse a lo que nosotros por lo general llamamos ilustración.

La primera de las parábolas recalca que a los siervos se les exigía estar preparados para el regreso de su señor, sin importar cuándo ese regreso se produjera. En la ilustración, Jesús dijo: **Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles** (Lc 12.37). Los oyentes de Cristo habrían tenido dificultad imaginándose al dueño de unos esclavos poniéndose un delantal de mesero y sirviéndoles alimento a estos; sin embargo, esto refleja la maravillosa verdad en el sentido de que Dios galardonará personalmente a los que fielmente le sirven.

Pedro se preguntó si la enseñanza de Jesús sobre los siervos tenía aplicación general o si estaba dirigida primordialmente

a él y a los demás apóstoles (Lc 12.41). Cristo respondió con otra ilustración sobre siervos. El Señor usó esta ilustración nuevamente durante la última semana de Su ministerio terrenal (vea Mt 24.45–51). Contó acerca de un señor que salía de viaje y puso a un mayordomo **sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración** (Lc 12.42). El Señor dijo que si el mayordomo se hallaba cumpliendo fielmente su responsabilidad cuando el señor viniera, él sería galardonado (Lc 12.43–44). Por otro lado, si el mayordomo abusaba de su autoridad, él sería castigado duramente (Lc 12.45–46). Según Lucas 12.46 (NASB), el señor **cortará en pedazos** al siervo infiel. Esta es una traducción literal del texto griego, pero la aseveración no debe tomarse en el sentido de que el cuerpo del hombre será partido en pedazos. (La porción del versículo que sigue dice que será degradado de rango, lo cual no sería posible si hubiera sido desmembrado.) Es probable que sea una referencia a los severos azotes que recibiría (Lc 12.47), azotes que «[cortarían su espalda] en pedazos». Sería difícil leer este pasaje sin hacer aplicación a los escribas y a los fariseos, que habían asumido la responsabilidad sobre el pueblo de Dios, pero no habían sido fieles a esa obligación.

Después, dijo Cristo: **Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco** (Lc 12.47–48a). Al decir estas palabras, Jesús no tenía como propósito anunciar una nueva enseñanza sobre grados de castigo en el infierno. Si a las palabras de Lucas 12.47–48 se les da una interpretación que el Señor no estaba considerando, podríamos llegar a la conclusión de que hay valor en la ignorancia, lo cual no es cierto (Jn 8.32). Antes, estaba recalcando que el privilegio acarrea responsabilidad. Siguió diciendo: **porque todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá** (Lc 12.48b). Entre más grande es el privilegio, más grande es la responsabilidad.

En la respuesta que dio Cristo a la pregunta de Pedro en el sentido de que si la enseñanza de Jesús tenía aplicación general o especial (Lc 12.41), Él dijo, en otras palabras, que tenía *ambas* aplicaciones. Tenía aplicación *general* a todo el que tuviera deberes

especiales dados por Dios. La New Living Translation vierte la respuesta del Señor de este modo: «Le hablo a *todo* siervo fiel y prudente a quien el señor le da [...] responsabilidad...» (Lc 12.42; énfasis nuestro). No obstante, si Pedro y los demás apóstoles eran entendidos, tenían que comprender que las parábolas tenían aplicación *especial* para ellos. El Señor les estaba dando «mucho»; por lo tanto, era «mucho» lo que se les demandaría. Usted y yo debemos entender también que Lucas 12.47–48 nos habla a *nosotros*: ¿No nos ha dado Dios mucho? Por lo tanto, ¿no será mucho lo que se nos demandará? «El que tiene oído, oiga» (Ap 2.7a).

Enseñanza sobre tragedia inminente
(Lc 12.49–59)

⁴⁹Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido? ⁵⁰De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¿cómo me angustio hasta que se cumpla! ⁵¹¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. ⁵²Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. ⁵³Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra.

⁵⁴Decía también a la multitud: Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: Agua viene; y así sucede. ⁵⁵Y cuando sopla el viento del sur, decís: Hará calor; y lo hace. ⁵⁶¿Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo?

⁵⁷¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? ⁵⁸Cuando vayas al magistrado con tu adversario, procura en el camino arreglarte con él, no sea que te arrastre al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. ⁵⁹Te digo que no saldrás de allí, hasta que hayas pagado aun la última blanca.

Cuando Jesús habló de Su segunda venida (Jn 12.40), aparentemente recordó los muchos eventos que debían precederla,

incluyendo Su muerte: **Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido? De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¿cómo me angustio hasta que se cumpla!** (Jn 12.49–50). Al usar la palabra «bautismo», se refería a Su bautismo de sufrimiento (vea Mr 10.38–39). La palabra «bautismo» significa literalmente «inmersión». Un uso metafórico de «bautismo» puede referirse a ser abrumado. Cuando el Señor estuvo en la cruz, Él estuvo *inmerso* en el sufrimiento. Cristo anhelaba que la terrible experiencia de la cruz fuera ya cosa del pasado. Un autor, A. T. Robertson, escribió que «este arrebato [...] nos ayuda a captar un vislumbre del volcán de emociones contenidas en el corazón del Salvador». ³²

La expresión «echar [fuego] en la tierra» se refería a las abrasadoras consecuencias de Su ministerio. Siguió diciendo Jesús: «¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión» (Lc 12.51; vea Mt 10.34). No malentienda lo que dijo Cristo. Él deseaba paz, no disensión. Él instó a Sus discípulos a «[tener] paz los unos con los otros» (Mr 9.50). A todo seguidor del Señor se le manda «[seguir] la paz con todos» (He 12.14; vea Mt 5.6; Ro 12.18; 14.19; 1 Ts 5.13; Stg 3.17; 1 P 3.11). Al mismo tiempo, Él sabía que algunos lo recibirían y que otros lo rechazarían, y que esto produciría división.

Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra (Lc 12.52, 53; vea Mt 10.35, 36).

Muchos que escuchaban a Cristo, ya lo habían rechazado (Lc 12.56). Él dijo que estos eran culpables de equivocarse en su juicio (Lc 12.57). Los acusó de ser incapaces de «interpretar las señales», esto es, Sus milagros, Su vida y Sus enseñanzas, señales que probaban que Él era el Mesías (Lc 12.54–56; vea Mt

³²A. T. Robertson, *Epochs in the Life of Jesus (Épocas en la vida de Jesús)* (London: Hodder and Stoughton, s. f.), 127.

16.2–3). Cuando un hombre rechaza al Señor, su proceso mental es afectado. Tal vez fue al recordar al hombre que deseaba que Él resolviera un pleito familiar, que Él dijo que ellos necesitaban llevarse bien con los demás (Lc 12.58–59; compare con Mt 5.25–26).

Enseñanza sobre arrepentimiento
(Lc 13.1–9)

¹En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. ²Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? ³Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. ⁴O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? ⁵Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.

⁶Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. ⁷Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? ⁸Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. ⁹Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después.

Al seguir enseñando Jesús (Lc 13.1a), Este fue interrumpido nuevamente: le presentaron un informe acerca de un grupo de galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos (Lc 13.1b). Puede ser que la noticia de esta tragedia acababa de llegar a la zona donde se encontraba Jesús. Esto nos recuerda que mucha gente está más interesada en los eventos actuales que en verdades eternas. John F. Carter conjeturó sobre *las razones* que pudo haber tenido Pilato para masacrar a los galileos mientras ofrecían sacrificios: «¿Estarían promoviendo una rebelión contra Roma? ¿Estarían dedicándose ellos mismos en holocausto para llevar a cabo tal rebelión? Si no eran culpables, ¿sospechaba

Pilato que ellos llevarían cabo actividad sediciosa?».³³ Cristo convirtió la conversación en una oportunidad para enseñar sobre el arrepentimiento:

Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente (Lc 13.2–5).

La historia no arroja luz sobre ninguna de las dos tragedias mencionadas. Quienesquiera que hayan sido las víctimas, los judíos concluyeron que debieron de haber sido pecadores terriblemente malos para sufrir de tal manera. Ya Jesús había enseñado anteriormente a Sus discípulos que nosotros no podemos juzgar cuán culpable es una persona, guiándonos por lo que sufre (Jn 9.3). Ahora señalaba que *todos* son pecadores (vea Ro 3.23) y merecen la muerte espiritual (vea Ro 6.23). Esta fue la conclusión a la cual llegó: «si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc 13.3, 5; énfasis nuestro). El arrepentimiento es un cambio de mentalidad que da como resultado un cambio de vida. Implica que la persona se dé cuenta de lo terrible que es el pecado, y a raíz de esto toma la determinación de cambiar su vida con la ayuda del Señor. La necesidad de arrepentimiento es una de las más grandes necesidades en la vida de toda persona.

Cristo pasó luego a referir una parábola para recalcar que Dios tiene paciencia, pero que Su misericordia tiene un límite. Contó una sencilla historia acerca de una higuera que tenía tres años de no dar fruto. Puede que esto se refiera al hecho de que a una higuera normalmente le tomaba tres años alcanzar la madurez en que daba fruto. A esta había de dársele una oportunidad más. Si todavía no daba fruto después de abonarla con esmero un año más, entonces había de ser cortada. Una higuera estéril era

³³Carter, 205.

un árbol *inútil*, pero era más que esto; también era un *estorbo*, al ocupar el espacio y los nutrientes que necesitaban las plantas que sí daban fruto. Era *necesario* cortarla.

Puede aplicarse a los judíos como nación. Jesús había estado con ellos casi tres años; pero, debido a la incredulidad, seguían siendo estériles. Se les daría una oportunidad más: Cristo estaría con ellos algunos meses más. Después, posteriormente a Su ascensión, Él enviaría al Espíritu Santo a Jerusalén para convencer a los hombres de pecado (Jn 16.8) y establecer Su reino. Si tomamos al pie de la letra la idea de un año más, este abarcaría los últimos pocos meses del ministerio terrenal de Cristo, más los primeros meses de la existencia de la iglesia en Jerusalén. Después de esto, si todavía no se arrepentían, serían «cortados» como el pueblo de Dios. Se vislumbraba el desastre a la vuelta de la esquina. Las consecuencias que sufrió la nación judía por rechazar a Jesús alcanzaron su punto álgido en el 70 d. C., cuando Jerusalén fue destruida por los romanos. Parece que esta destrucción venidera era lo que Cristo tenía en mente en esta ocasión (vea Lc 13.34–35).

APLICACIÓN: ARREPENTÍOS O PERECERÉIS (LC 13.1–5)

El día que Jesús enseñaba, llegó una noticia relacionada con algunos «galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos» (Lc 13.1). No podemos saber con certeza de qué galileos se trataba, pero es evidente que, al haber sido muertos de tal manera, los oyentes de Cristo los consideraban excepcionalmente malos. Jesús les dijo: «¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc 13.2–3). El Señor pasó después a usar una segunda ilustración para recalcar la misma idea: «O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc 13.4–5).

Son pocos los versículos que se repiten palabra por palabra en la Biblia, pero en Lucas 13 hay dos (vers.^{os} 3, 5). Tal repetición insinúa que el Espíritu Santo deseaba asegurarse de que nosotros no nos perdiéramos el mensaje: «¡Arrepentíos o pereceréis!».

«Si no os arrepentís. . . .»

Arrepentimiento demandado

La necesidad de arrepentirse se recalca tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Cuando Juan el Bautista llegó predicando que el reino se había acercado, él instó a sus oyentes a arrepentirse (Mt 3.2). Jesús y Sus apóstoles dieron el mismo mandamiento (Mt 4.17; Mr 6.12). Cuando el Señor dio la gran comisión, el arrepentimiento fue parte del mensaje que debía predicarse (Lc 24.47). Cuando el evangelio comenzó a predicarse en su plenitud, a los pecadores se les dijo que se arrepintieran (Hch 2.38; 3.19, 26; 17.30–31).

Se ha insinuado que la Biblia pone mucho énfasis en el arrepentimiento porque la gente siente que este es el mandamiento de Dios más difícil de obedecer. A la mayoría de las personas no les cuesta creer una vez que han entendido las pruebas. Por ejemplo, en los Estados Unidos, las encuestas indican que más del 90 por ciento de los ciudadanos estadounidenses creen en Dios, y la mayoría de estos creen en Jesús. Esto no significa que la fe de todos ellos sea *libre de error* en relación con Dios y Jesús, pero por lo menos creen que Dios existe, y que Jesús es, de algún modo, el Hijo de Dios. Además, una vez que las personas se arrepienten sinceramente, no parecen tener mayor problema con los demás mandamientos de Dios. Sin embargo, el arrepentimiento de por sí es difícil, ¡tan difícil!

El arrepentimiento es difícil debido a por lo menos dos razones. En primer lugar, la necesidad de arrepentirse golpea nuestro *orgullo*, y las personas están llenas de orgullo. En segundo lugar, como veremos, el verdadero arrepentimiento exige cambiar el estilo de vida, y a nosotros *no* nos gusta cambiar. Por ende, la mayoría de nosotros halla difícil arrepentirse. J. W. McGarvey escribió: «El más grande obstáculo para la salvación de los

hombres es la obstinación de la voluntad humana».³⁴

Arrepentimiento definido

No podemos avanzar, sin antes determinar qué es el arrepentimiento. Las personas religiosas a menudo definen el «arrepentimiento» como «contristarse por haber pecado». Es cierto que no se puede considerar arrepentido a alguien que no manifieste tristeza por sus antiguos pecados; sin embargo, la tristeza por los pecados no es exactamente lo mismo que el arrepentimiento. Es posible contristarse, sin estar verdaderamente arrepentido.

¡Imagínese usted esta escena! (¡Algunos de ustedes se identificarán con ella!) Una madre hace galletas para los invitados, pone el plato de galletas todavía calientes sobre la mesa de la cocina y luego advierte a su hijito, diciéndole: «¡No te acerques a ellas!». Pero el aroma de galletas recién horneadas se convierte en una tentación demasiado grande. Cuando la madre vuelve a la cocina, encuentra que aquel plato de galletas ya va por la mitad, que el chico tiene en su mano una galleta a medio comer y que este no puede ocultar la culpa y las migajas que están sobre su rostro. ¿Estará este chico contristado? Por supuesto que sí. Se contrista por haber sido atrapado. Se contrista por lo que está a punto de suceder por haber desobedecido a su madre. ¿Cómo se comportará si la madre vuelve a hacer galletas al día siguiente? ¿Se irá a repetir la secuencia arriba descrita? La más probable es que sí. ¿Por qué? Porque el chico se *contristó*, pero no se *arrepintió*.

Espero que me entienda. Es muy importante que quien haya pecado se contriste. De hecho, es esencial para lo que yo llamo «el proceso del arrepentimiento». No obstante, el arrepentimiento debe ser *cierta clase* de tristeza para que puede producir resultados beneficiosos. Un pasaje pertinente es 2ª Corintios 7.9–10. Pablo se refiere a una reprimenda que les había hecho en su epístola anterior, cuando les escribe:

J. W. McGarvey, *Sermons (Sermones)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1893; reimpresión, s. f.), 97. 34.

Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciéis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.

A veces las personas afirman que están tristes por haber pecado, pero la tristeza de ellas es «la tristeza del mundo». Tal vez estén tristes porque fueron atrapadas, o porque tuvieron que sufrir las consecuencias de sus actos. No obstante, no se han arrepentido verdaderamente. Contrastando con la anterior está «la tristeza que es según Dios». ¿Qué es «tristeza según Dios»? Jimmy Allen escribió:

Si no lo entiendo mal, es aflicción y tristeza que nos llena el corazón porque hemos ofendido a Dios. Sea que se nos castigue o no, nos entristecemos por ello. Hemos hollado el gran corazón de Dios bajo nuestro pie. Nos destroza el corazón saber que lo hemos maltratado y ofendido.³⁵

Pablo dijo que *esta clase* de tristeza «produce arrepentimiento», no dijo que *es* arrepentimiento, sino que *produce* arrepentimiento. Cuando Pedro predicó acerca de Jesús el día de Pentecostés (Hch 2.14–36), muchos de sus oyentes «se compungieron de corazón» (Hch 2.37); se habían declarado culpables de sus pecados. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que estaban *tristes* por haber crucificado a Jesús. A pesar de esto, siempre se les dijo que debían *arrepentirse* (Hch 2.38). Estar triste por los pecados, por sí sólo, no es arrepentimiento.

Las personas religiosas que definen el arrepentimiento como «contristarse por haber pecado», es probable que insinúen esta definición: «Significa que uno deja de hacer lo malo y comienza

³⁵ Jimmy Allen, "Repentance," *What Is Hell Like? and Other Sermons* («El arrepentimiento», *¿Cómo es el infierno? y otros sermones*) (Dallas: Christian Publishing Co., 1965), 164.

a hacer lo bueno». Hacer un cambio en la vida es otro factor esencial del «proceso del arrepentimiento», pero un cambio en la vida por sí sólo no es arrepentimiento. Es posible que uno cambie su vida y jamás se arrepienta. Hay personas que llegan al convencimiento de que su estilo de vida es penoso y degradante, de modo que toman la decisión de hacer un cambio en su vida, sin arrepentirse. Su motivación para hacer el cambio es el orgullo, no la tristeza sincera por haber desobedecido a Dios.

Una vez más, espero que me entienda. Es importante hacer un cambio en la vida, es incluso esencial. La Biblia enseña que tal cambio es el *resultado* del verdadero arrepentimiento. Juan el Bautista dijo a sus oyentes: «Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento» (Lc 3.8a). Los «frutos» a los cuales se refería eran cambios que debían hacer en su vida (vea Lc 3.10–14). Jesús dijo que «los hombres de Nínive [...] se arrepintieron a la predicación de Jonás...» (Mt 12.41). ¿Cómo sabemos que se arrepintieron? Lo sabemos porque «se convirtieron de su mal camino» (Jon 3.10). Si uno *dice* que se ha arrepentido de sus caminos pecaminosos, pero no manifiesta cambios en su estilo de vida, es probable que la gente dude de que se haya arrepentido verdaderamente.

No hay duda, es esencial hacer un cambio en la vida para «el proceso del arrepentimiento». El verdadero arrepentimiento produce un cambio así. No obstante, la reforma de la vida no es, en sí misma, arrepentimiento.

A estas alturas se suscita esta pregunta: «Si el arrepentimiento no es contristarse por el pecado, ni es dejar de hacer lo malo, entonces, ¿qué es?». Tome nota del siguiente breve estudio de palabras. «Arrepentirse» es traducción de una palabra griega compuesta (μετανοέω, *metanoēō*) que combina la palabra que significa «posterior» (μετά, *meta*) con la palabra que significa «pensamiento» (νόημα, *noēma*). Significa literalmente «posterior pensamiento», y se refiere a un *cambio* de manera de pensar. Cuando se aplica al hombre, el arrepentimiento por lo general se refiere a «un cambio de opinión respecto del *pecado*», esto es, una decisión en el sentido de dejar de pecar en general o de dejar de cometer un pecado en particular o ambas cosas a la vez.

Repasemos «el proceso del arrepentimiento». La tristeza según Dios produce arrepentimiento, que es *un cambio de manera*

de pensar o de actitud. Como resultado de ese *cambio de manera de pensar*, se hará, necesariamente, un cambio en la vida. Entienda que, como regla general, no es un cambio *total* el que ocurre en el momento del arrepentimiento, pero *algún* cambio debe manifestarse. En ese momento debe comenzar toda una vida de crecimiento en el Señor.

Allen propuso que la palabra que mejor resume el arrepentimiento es «rendición»:

Uno muere a sus propias ambiciones, aspiraciones y propósitos egoístas. Uno toma todo lo que es, todo lo que posee y todo lo que alguna vez será en el futuro y los ofrece sobre el altar del sacrificio a Dios Todopoderoso. Uno amontona sus armas [sus instrumentos de] rebelión. Uno se rinde al Señor.³⁶

«... Todos pereceréis igualmente»

Consecuencias universales

¿Hay algún provecho en rendirse al Señor? ¿Qué nos puede pasar si decidimos *no* arrepentirnos de nuestros pecados? Analice la última aseveración de Jesús: «Os digo: No; antes si no os arrepentís, *todos pereceréis igualmente*» (Lc 13.3; énfasis nuestro). Note la palabra «todos». Los oyentes de Jesús creían que sus pecados no eran tan malos como los de los galileos que Pilato había asesinado. El deseo de Jesús, no obstante, era que ellos supieran que el pecado es pecado, y que todo pecado es una afrenta contra un Dios Todopoderoso. Los pecados varían en cuanto a las consecuencias terrenales, y también varían en cuanto al motivo que les dio origen; pero esto no cambia la verdad fundamental en el sentido de que el pecado es pecado.

«*Todos* pecaron» (Ro 3.23; énfasis nuestro); por lo tanto, *todos* deben arrepentirse. El arrepentimiento es requisito esencial para llegar a ser cristiano (Hch 2.38; 3.19), y es requisito esencial para mantener la fidelidad como cristiano (Hch 8.22; 2 Co 7.9–10; He 6.6). El apóstol Pablo expresó: «Dios [...] ahora manda a todos

³⁶Ibíd., 168.

los *hombres en todo lugar*, que se arrepientan» (Hch 17.30; énfasis nuestro).

Consecuencias incesantes

¿Qué ocurrirá si uno no está dispuesto a obedecer al Señor? Jesús fue muy claro cuando dijo: «... si no os arrepentís, todos *pereceréis igualmente*» (Lc 13.3, 5; énfasis nuestro). No creo que estuviera hablándoles de alguna torre que les caería, ni de la probabilidad de que Pilato los masacrara, si no se arrepentían. Lo más seguro es que el Señor estaba pensando en las consecuencias *espirituales* de la impenitencia. En otro pasaje, esto fue lo que dijo Cristo: «Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mt 10.28).

Una doctrina favorita del pasado enseñaba que Dios envía un impulso espiritual irresistible al corazón de las personas, haciendo que estas se arrepientan. Esta doctrina se basa parcialmente en dos pasajes que presentan a Dios otorgando o dando arrepentimiento (Hch 5.30–31; 11.18). Es cierto que Dios da arrepentimiento, pero lo da en el sentido de que nos da la *oportunidad* para arrepentirnos y nos da el *incentivo* para hacerlo. Si así fuera, entonces todos se arrepentirían, pues «Dios no hace acepción de personas» (Hch 10.34). Él no desea «que *ninguno* perezca, sino que *todos* procedan al arrepentimiento» (2 P 3.9; énfasis nuestro). Dios desea que todo el mundo se arrepienta, pero la decisión de arrepentirnos es *nuestra*. Para ayudarnos a arrepentirnos, el Señor usa dos motivaciones principales.

En primer lugar está *la gozosa historia de Su bondad*. En relación con esto, el apóstol Pablo escribió: «¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?» (Ro 2.4).

No obstante, Dios también usa *la triste verdad de Su ira* para tratar de hacer que los hombres se arrepientan. Después que Pablo les dijo a los romanos que «la benignidad de Dios [les guiaba] al arrepentimiento», esto fue lo que escribió:

Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido,
atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la

revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras (Ro 2.5–6).

Esta era la motivación que Jesús estaba usando cuando advirtió a Sus oyentes acerca de perecer. Algunos opinan que jamás debemos tratar de usar el miedo para llegar a nuestros oyentes, por medio de hablarles del infierno. Si esta es también su opinión, considere esto: Jesús habló del infierno más que cualquier otro orador o autor inspirado. No nos gusta pensar en las consecuencias de nuestra desobediencia, pero debemos hacerlo.

Conclusión

El cielo es un lugar preparado, y lo mismo se puede decir del infierno. Jesús les dijo a Sus discípulos que Él iba a preparar lugar para ellos (Jn 14.2). El infierno fue «preparado» para el diablo y sus ángeles, pero las personas que siguen al diablo irán allí también (Mt 25.41). En este momento, nos estamos preparando ya sea para entrar en el primero o para entrar en el segundo. Jesús reprendió una vez a los habitantes de cierta ciudad, diciéndoles: «... os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para [ustedes]» (Mt 11.24). ¿Por qué? Porque ellos, habiendo sido enseñados por Jesús, habían tenido mayores oportunidades para arrepentirse que los habitantes de Sodoma, y a pesar de eso habían rechazado tales oportunidades. Puede que no se haya dado cuenta de ello, pero usted está hoy en un lugar peligroso. Ha tenido el privilegio de conocer acerca de las opciones que Jesús le dio: arrepentíos o pereceréis. Si no acierta a arrepentirse, si perece, no tendrá excusa.

Jesús y una mujer enferma (controversia del día de reposo) (Lc 13.10–21)

¹⁰Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; ¹¹y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. ¹²Cuando Jesús la vio, la llamó y

le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. ¹³Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios. ¹⁴Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en el día de reposo, dijo a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo. ¹⁵Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? ¹⁶Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo? ¹⁷Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él.

¹⁸Y dijo: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y con qué lo compararé? ¹⁹Es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció, y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas.

²⁰Y volvió a decir: ¿A qué compararé el reino de Dios? ²¹Es semejante a la levadura, que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado.

Una vez, mientras enseñaba Jesús en una sinagoga en un día de reposo, Él sanó a una mujer que tenía dieciocho años de andar lisiada por una enfermedad que le desfiguraba el cuerpo (Lc 13.10–13). El texto dice literalmente que la mujer tenía «espíritu de enfermedad» (que es traducción literal de lo que dice el griego πνεῦμα ἔχουσα ἀσθενείας [*pneuma echousa astheneias*] en Lucas 13.11), y Jesús señaló que era Satanás quien la **había atado** (Lc 13.16). Esto puede significar que sufría de posesión demoníaca; sin embargo, la descripción del mal y el modo de sanarla que usó Jesús, reflejan más exactamente un trastorno corporal. Al aguijón físico que tenía Pablo «en la carne» se le llamó «un mensajero de Satanás» (2 Co 12.7), a pesar de que el apóstol no estaba poseído de demonios.

Este milagro dio como resultado otra polémica sobre el día de reposo (Lc 13.14). A esta se le considera la quinta polémica de este tipo. Estas son las primeras. (1) la sanidad de un lisiado en Juan 5; (2) la recolección y comida de los granos en Mateo 12; Marcos 2; y Lucas 6; (3) la sanidad del hombre con la mano seca

en la sinagoga en Mateo 12; Marcos 2; y Lucas 6; y (4) la sanidad del hombre ciego de nacimiento en Juan 9.

Cristo había usado anteriormente un ejemplo relacionado con sacar a un animal de un hoyo en el día de reposo (Mt 12.11–12). Esta vez usó una ilustración parecida:

Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo? (Lc 13.15b, 16).

Una vez más Sus adversarios fueron incapaces de responderle y **se avergonzaban** (Lc 13.17a).

La sanidad de la mujer y **todas las cosas gloriosas hechas por él** no fueron motivo de regocijo para los enemigos de Cristo, pero sí lo fueron para la mayoría de los presentes (Lc 13.17b). El regocijo de ellos era una positiva indicación de recepción futura. Jesús repitió dos parábolas que anunciaron el crecimiento que al final tendría el reino (Lc 13.18–21; vea Mt 13.31–33). Como se dijo del uso que hizo Jesús anteriormente de estas parábolas, *podría* decirse que a través de Lucas 13.18–21, Él estaba advirtiendo a Sus oyentes que evitaran la influencia de Sus enemigos. Pero, como ya se dijo, el contexto parece requerir una aplicación más positiva.

FIESTA DE DEDICACIÓN (LC 13.22; JN 10.22–39)

Lucas 13.22

²²**Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando, y encaminándose a Jerusalén.**

Juan 10.22a

^{22a}**Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la dedicación.**

Después que Lucas consignó las dos parábolas, él escribió que Cristo **pasaba [...] por ciudades y aldeas, enseñando, y**

encaminándose a Jerusalén (Lc 13.22). Puede que esto refleje sencillamente el hecho de que, donde viajara el Señor, Él tenía muy presente Su destino final. Por otro lado, puede indicar que Jesús hizo un viaje a Jerusalén cerca de este tiempo. El relato de Juan refiere una visita a esa ciudad al final del ministerio posterior en Judea (Jn 10.22–39).

Jesús viajó a Jerusalén para participar en la fiesta de **la dedicación** (Jn 10.22). Esta fue la última de las principales fiestas judías que se instituyó. Se originó entre los dos testamentos, en el período de la libertad macabea, y que conmemoraba la rededicación (o consagración) del templo (cerca del 165 a. C.), después que fue profanado por Antíoco Epífanés. A esta fiesta hoy se le conoce más por *hannukkah* (o *chanukah*) la palabra hebrea que se traduce por «dedicación». El festival se celebra en diciembre (note Jn 10.23a). En los tiempos de Jesús, la celebración duraba ocho días, y a ella por lo general asistía una gran multitud.

Conflicto continuado con Sus enemigos (Jn 10.22b–30)

^{22b}**Era invierno,** ²³**y Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón.** ²⁴**Y le rodearon los judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.** ²⁵**Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí;** ²⁶**pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.** ²⁷**Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen,** ²⁸**y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.** ²⁹**Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.** ³⁰**Yo y el Padre uno somos.**

Durante las festividades, Jesús se encontraba **en el templo por el pórtico de Salomón** (Jn 10.23b). Esta era la zona cubierta que estaba junto a la muralla oriental del patio de los gentiles. Más adelante, Pedro predicaría su segundo sermón del evangelio en este lugar (Hch 3.11). Es obvio que se convirtió en un lugar de reuniones para los primeros cristianos en Jerusalén (vea Hch

5.12). Según la tradición judía, el pórtico de Salomón quedó en pie habiendo sido parte del templo anterior construido por Salomón.

Los dirigentes judíos le rodearon, desafiándole con estas palabras: **¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente** (Jn 10.24). El Señor había indicado públicamente que Él era el Mesías al usar términos sinónimos. Por ejemplo, a menudo usó el término con que Daniel se refirió al Mesías: el «Hijo del Hombre» (Mt 8.20; 9.6; 10.23; 12.8). Los dirigentes judíos no tenían problema para entender que Él afirmaba ser Cristo, divino, Hijo de Dios; esta era una razón por la que deseaban matarlo (vea Jn 5.18). Sin embargo, deseaban que dijera «abierto» y públicamente que Él era el Cristo, con el fin de poder contar con mejores argumentos para matarlo. *En privado*, Él había aceptado la designación de «Cristo» (Mt 16.16–17, 20). Pero Él no había dicho públicamente: «Yo soy el Cristo». Después de todo, cualquiera podía hacer tal afirmación. Él prefería *demonstrar* que era el Mesías, o el Cristo, por medio de lo que hacía y de lo que enseñaba (Jn 10.25, 37–38). Su enfoque indirecto también evitaba el conflicto con Sus enemigos, conflicto que al final resultaría en Su muerte.

Por supuesto que Sus enemigos no hicieron la pregunta con el fin de creer en Él. Sencillamente buscaban una oportunidad para acusarlo de blasfemia con el fin de poder matarlo. Con el tiempo, ellos lo obligaron a reconocer bajo juramento que Él era el Cristo. Luego lo condenaron a muerte por el pecado de blasfemia (Mt 26.63–68). Jesús les respondió: **Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho** (Jn 10.25, 26).

Al hablar de Sus «ovejas», estaba continuando la ilustración del Buen Pastor que se encuentra en la primera parte del capítulo (Jn 10.1–18). Habló de Su preocupación y la preocupación del Padre por Sus ovejas (Jn 10.27–29), esto es, los que creían en Él y lo seguían. Dijo: **Yo y el Padre uno somos** (Jn 10.30).

A veces se usa Juan 10.28–29 para tratar de probar «la imposibilidad de la apostasía». El énfasis de este pasaje es en el cuidado que tiene Dios de Sus ovejas. Esto no elimina el libre albedrío de la humanidad. Se sabe que las ovejas saltan por

encima de las cercas, e igualmente las ovejas de Dios pueden saltar fuera de Su mano de seguridad. El pasaje no enseña que un hijo de Dios no puede caer (1 Co 10.13), pero sí enseña que, mientras elijamos quedarnos dentro del refugio de la protección de Dios, nadie más tiene el poder de arrebatarnos de Su mano.

Esfuerzos continuados para matarlo (Jn 10.31–39)

³¹Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. ³²Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? ³³Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios. ³⁴Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? ³⁵Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ³⁶¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy? ³⁷Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. ³⁸Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. ³⁹Procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos.

La audacia de Cristo enfureció a Sus enemigos, y estos una vez más tomaron piedras para matarlo (Jn 10.31; vea 8.59). Le dijeron a Jesús que lo hacían **por la blasfemia; porque [Él], siendo hombre, [se hacía] Dios** (Jn 10.33). Él respondió que la ley llamó algunas veces **dioses** a los representantes de Dios (Jn 10.34; vea Sal 82.6). Si esto no era blasfemia, ¿cuánto menos lo era referirse como «Dios» a Aquel que realmente merecía tal designación! (Jn 10.35–36.) Los desafió a examinar Sus obras (los milagros) para que vieran si Él era o no el Hijo de Dios (Jn 10.37–38). Subraye estas palabras del versículo 35: **la Escritura no puede ser quebrantada**. Esto significa que la Palabra inspirada no puede deshacerse ni desecharse. Un mundo incrédulo necesita aprender esto.

Rehusando oír, trataron de prenderle (Jn 10.39a; vea 7.44). Una vez más **él se escapó de sus manos** (Jn 10.39b; vea 8.59).

SECCIÓN III

EN PEREA

Incluye una armonía de

Mt 19.1–2

Mr 10.1

Lc 13.23—17.10

Jn 10.40–42

MINISTERIO DE PEREA (MT 19.1–2; MR 10.1; LC 13.23—17.10; JN 10.40–42)

Ministerio de Jesús «al otro lado del Jordán»
(Mt 19.1–2; Mr 10.1; Jn 10.40–42)

Mateo 19.1–2

¹Aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, se alejó de Galilea, y fue a las regiones de Judea al otro lado del Jordán. ²Y le siguieron grandes multitudes, y los sanó allí.

Marcos 10.1

¹Levantándose de allí, vino a la región de Judea y al otro lado del Jordán; y volvió el pueblo a juntarse a él, y de nuevo les enseñaba como solía.

Juan 10.40–42

⁴⁰Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan; y se quedó allí. ⁴¹Y muchos venían a él, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad. ⁴²Y muchos creyeron en él allí.

Una vez más, Jerusalén había cerrado sus puertas a Jesús. Esa fue la última visita que hizo Jesús a Jerusalén hasta que volvió para la pascua y Su muerte. Él y Sus discípulos salieron de Judea y viajaron en dirección este hacia la región donde fue bautizado tres años atrás: **Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan** (Jn 10.40a). A esa región se le conocía como Perea. (Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice 2.) A

Perea se le consideraba territorio judío. Sus ciudadanos estaban sujetos a las mismas leyes religiosas y sociales de Galilea y Judea. No obstante, era considerada poco importante para los judíos que vivían al occidente del río. Cristo no era partícipe de esta opinión; Él sabía que Perea estaba llena de gente que necesitaba la salvación. La mayor parte de los tres meses y medio que siguieron los pasó allí.

En ese nuevo ambiente le sonrió el éxito: **Y le siguieron grandes multitudes** (Mt 19.2). Les enseñó (Mr 10.1), los sanó (Mt 19.2) y echó fuera demonios (Lc 13.32). **Y muchos venían a él, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad. Y muchos creyeron en él** (Jn 10.41–42). Esta aseveración añade un detalle relacionado con el ministerio de Juan el Bautista que no se encuentra en ningún otro pasaje: No realizó milagro alguno.

Veamos dos eventos ocurridos durante el ministerio que llevó a cabo Jesús en Perea: una advertencia *de* Jesús, y una advertencia *para* Jesús.

Jesús cuestionado y advertido (Lc 13.23–35)

²³Y alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: ²⁴Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. ²⁵Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois. ²⁶Entonces comenzarán a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. ²⁷Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad. ²⁸Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos. ²⁹Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. ³⁰Y he aquí, hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros.

³¹Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole: Sal,

y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. ³²Y les dijo: **Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra.** ³³Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén. ³⁴¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! ³⁵He aquí, vuestra casa os es dejada desierta; y os digo que no me veréis, hasta que llegue el tiempo en que digáis: **Bendito el que viene en nombre del Señor.**

Un día que Cristo enseñaba, preguntó un oyente: **Señor, ¿son pocos los que se salvan?** (Lc 13.23a). Tal vez esta fue una respuesta a la enseñanza que dio anteriormente en el sentido de que todos perecerían si no se arrepentían (Lc 13.1–5). En el sermón del monte, Jesús había dicho que pocos se salvarían (Mt 7.13–14). La respuesta que dio en esta ocasión fue una compilación de enseñanzas sobre quiénes se salvarían y quiénes no:

El camino que lleva a la salvación es angosto y difícil (Lc 13.24; compare con Mt 7.13–14).

Algunos que creen que serán salvos, no lo serán (Lc 13.25–27; compare con Mt 7.21–23).

Algunos (los gentiles) serán salvos, aunque los judíos no creían posible que lo fueran (Lc 13.28–30; compare con Mt 8.11–12).

Cristo deseaba que el interrogador entendiera que lo importante no era el número exacto de los que serían salvos, sino si *él* era parte de ese número.

Jesús fue interrumpido por **fariseos** que le dijeron: **Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar** (Lc 13.31). El peligro que mencionaron era real. Herodes era el soberano de Perea, como lo era de Galilea. Juan el Bautista había sido encarcelado y muerto en la provincia de Perea. Además, como se menciona en una lección anterior, Herodes había desarrollado una curiosidad malsana en cuanto a Jesús y había estado buscando a Este (vea

Mr 6.14; Lc 9.9; 23.8).

No está claro por qué los fariseos advertirían de tal modo a Jesús. No es probable que estuvieran interesados por Su bienestar. Si vivían en Perea, puede ser que tenían el deseo de que saliera de la provincia de ellos antes de que causara problemas. Donde sea que vivieran, tal vez preferían que volviera a Judea, donde el sanedrín ejercía gran poder.

La respuesta de Jesús indicaba que no temía a Herodes; sin embargo, la forma como respondió es probable que dejara desconcertados a los fariseos. Les dijo: **Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra** (Lc 13.32). La «obra» a la cual se refiere era Su muerte y todo lo que se logró con esta. Dijo además: **es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino** (Lc 13.33a). Todo esto fue una manera críptica de decir: «Tengo una obra que hacer y la *terminaré*, sin importar lo que Herodes diga o haga». Luego añadió: «porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Lc 13.33b). Esta aseveración, que está matizada con siniestro humor, significa: «No se preocupen porque Herodes me mate en Perea, porque es necesario que Yo muera en Jerusalén. ¡Después de todo allí es donde ustedes han matado a tantos de los voceros de Dios!». Aquellas palabras fueron seguidas por un lastimero clamor relacionado con Jerusalén (Lc 13.34, 35; vea Mt 23.37–39).

Jesús es invitado a la casa de un fariseo y tres lecciones apropiadas sobre banquetes (Lc 14.1–24)

¹Aconteció un día de reposo, que habiendo entrado para comer en casa de un gobernante, que era fariseo, éstos le acechaban. ²Y he aquí estaba delante de él un hombre hidrópico. ³Entonces Jesús habló a los intérpretes de la ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito sanar en el día de reposo? ⁴Mas ellos callaron. Y él, tomándole, le sanó, y le despidió. ⁵Y dirigiéndose a ellos, dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo? ⁶Y no le podían replicar a estas cosas.

⁷Observando cómo escogían los primeros asientos a la mesa, refirió a los convidados una parábola, diciéndoles: ⁸Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, ⁹y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: Da lugar a éste; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. ¹⁰Mas cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa. ¹¹Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.

¹²Dijo también al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no lames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. ¹³Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; ¹⁴y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.

¹⁵Oyendo esto uno de los que estaban sentados con él a la mesa, le dijo: Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios. ¹⁶Entonces Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. ¹⁷Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado. ¹⁸Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. ¹⁹Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. ²⁰Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. ²¹Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: Vé pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos. ²²Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. ²³Dijo el señor al siervo: Vé por los caminos y por los vallados, y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa. ²⁴Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena.

«Algunas de las parábolas más notables de Jesús»¹ fueron referidas durante Su ministerio en Perea. Los eruditos discrepan en cuanto al número de parábolas referidas durante este período de tiempo, en vista de que tal número depende de la definición que uno tenga de parábola. El número exacto es poco importante. Algunas parábolas fueron entremezcladas con la aplicación pertinente. La mayoría de las parábolas y demás enseñanzas se relacionaban, ya sea directa o indirectamente, con los fariseos (vea Lc 14.1; 15.2; 16.14).

Jesús había comido con un fariseo en Galilea (Lc 7.36–50) y con un fariseo en Judea (Lc 11.37–54). Ahora estaba invitado a comer con un fariseo en Perea (vea Lc 14.1–12a). Esta es la tercera y la última vez que se consigna una invitación hecha por un fariseo y aceptada por Jesús. Según el versículo 1, Jesús fue a comer a la casa de uno de los *dirigentes* de los fariseos. «Los fariseos eran un grupo poco organizado, de allí que sus gobernantes [o dirigentes] no lo fueran por *cargo*, sino por influencia»²

En las experiencias anteriores de Cristo en las casas de los fariseos, los motivos posibles de Sus anfitriones eran desconocidos. Esta vez no tenemos necesidad de conjeturar. Lucas escribió que **habiendo entrado para comer** [en un día de reposo] **en casa de un gobernante, que era fariseo, éstos le acechaban** (Lc 14.1; vea Lc 11.53–54). El contexto indica que «le acechaban» para ver si quebrantaba las tradiciones de ellos sobre el día de reposo.

Estaba presente en el banquete **un hombre hidrópico** (Lc 14.2). La hidropesía es una condición médica que hace que el cuerpo retenga líquido. La palabra «hidropesía» se deriva de la palabra griega ὑδρωπικὸς (*hudrōpikos*), que proviene del griego que significa «agua» (ὑδωρ, *hudōr* de la cual obtenemos el prefijo «hidro»). Este es uno de los síntomas de la insuficiencia cardiaca congestiva. La retención de líquido puede ser también un síntoma

¹H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 175.

²J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 492.

de falla de los riñones.³ No hay duda de que los fariseos habían traído a este inválido para ver si Jesús lo sanaría en el día de reposo.

Cristo no solamente sanó al hombre, sino que después sorprendió a sus enemigos al desafiarlos, diciéndoles: **¿Es lícito sanar en el día de reposo?** (Lc 14.3; vea Mr 3.4). Usó un argumento parecido a otro que empleó anteriormente (vea Mt 12.11). Sus razones se basaban en lo lícito que es sacar a un niño o a un animal que haya caído en algún pozo en el día de reposo (Lc 14.5; NASB). Su argumento se podría expresar de la siguiente manera: «Si para ustedes es lícito sacar a sus hijos del agua [el pozo] en el día de reposo, ¿por qué no es apropiado para Mí sacar el agua [la hidropesía] de uno de los hijos de Dios en el día de reposo?». El versículo 4 dice: **Mas ellos callaron. Y él, tomándole, le sanó, y le despidió.**

Cristo usó la ocasión para contar tres parábolas con el tema de los banquetes.

Una lección de humildad (Lc 14.7–11)

Jesús había notado que los invitados escogían los asientos de honor que estaban más cerca del anfitrión (Lc 14.7; vea Mt 20.21; 23.6). Insinuó que la sabiduría estaba en escoger puestos más humildes (Lc 14.8–10). A esto se le llamó **una parábola** (Lc 14.7) porque el propósito del Señor era que se aplicara en todos los ámbitos de la vida: **Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido** (Lc 14.11; vea Lc 18.14; Mt 23.12).

Una lección de generosidad (Lc 14.12–14a)

Cristo se volvió a Su anfitrión y le dijo que no había mérito en invitar personas que podían devolver el favor, y que probablemente lo harían (Lc 14.12). Le dijo al hombre: **Mas**

³Charles B. Clayman, ed. médico, *The American Medical Association Home Medical Encyclopedia*, vol. 1 (New York: Random House, 1989), s. v. “dropsy” («hidropesía»).

cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar (Lc 14.13–14a). Con estas palabras, el Señor no solamente condenó a su anfitrión, sino que también a todos nosotros que somos «hospitalarios» únicamente para con nuestros amigos y otros que consideramos que «están a nuestra altura» (vea Mt 5.46–47; Lc 6.32–33). No hay nada malo en invitar a nuestros amigos a casa. Jesús disfrutó de la hospitalidad de personas amigas tales como Marta y María (Lc 10.38). Lo que esto significa es que nuestra hospitalidad no debe *reducirse* a los que tienen la posibilidad de corresponder.

La parábola del gran banquete (Lc 14.14b–24)

Jesús dijo que los verdaderamente hospitalarios serían recompensados «en la resurrección de los justos» (Lc 14.14b). Hay quienes toman la frase **la resurrección de los justos** en el sentido de que enseña que habrá dos resurrecciones: la de los justos y posteriormente la de los injustos. La Biblia, no obstante, enseña que habrá sólo *una* resurrección general, *tanto* de los buenos *como* de los malos (Jn 5.28–29). Lo que Jesús enseña en Lucas 14.14, es que sólo los justos serán *bendecidos* en la resurrección.

Uno de los invitados, que suponía que Él se estaba refiriendo a la venida del reino mesiánico, exclamó, diciendo: **Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios** (Lc 14.15). Cristo respondió con una parábola acerca de una gran cena (también llamada «la parábola de la invitación que recibió desaires»). Los que fueron invitados a la cena pusieron excusas para no asistir (Lc 14.16–21). El anfitrión, enojado, envió a llamar a los desfavorecidos para que vinieran a comer con él (Lc 14.21–23; compare con el Lc 14.13). La palabra **fuérzalos** de Lucas 14.23 no se refiere a usar la fuerza física, sino la persuasión sólida. Los desfavorecidos lo pensarían para venir a la casa de un hombre rico y poderoso.

Muchas lecciones se pueden sacar de esta parábola; sin embargo, el propósito primordial del Señor al referirla se encuentra en el versículo 24, donde se lee que el señor dijo al siervo: **Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena**. En el contexto, esto es lo que

significa: «Muchos de ustedes que creen que comerán pan en el reino de Dios, ¡no comerán!». Habían rechazado la invitación de Dios. Concretamente, habían cerrado sus oídos a Su invitación a ser parte del reino de Su Hijo. Habían desechado a Jesús como Hijo de Dios.

**Jesús es seguido por una multitud
y una lección muy importante
(Lc 14.25–35)**

²⁵Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo:
²⁶Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. ²⁷Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. ²⁸Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? ²⁹No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, ³⁰diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ³¹¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? ³²Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. ³³Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

³⁴Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará? ³⁵Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga.

Al principio de Su ministerio en Galilea, Jesús fue seguido por multitudes (Mt 4.25). Ahora, también en Perea, **grandes multitudes iban con él** (Lc 14.25). El entusiasmo mesiánico seguía creciendo. El entusiasmo llegaría a su apogeo en el momento de la entrada triunfal a Jerusalén, que ocurriría pocos días antes de la muerte de Jesús (Mt 21.1–11). El Señor vio la necesidad de recalcarle a Su muchedumbre entusiasta, pero inconstante, el costo de ser discípulo Suo (Lc 14.26–27; compare con Mt 10.37).

Les presentó dos ilustraciones acerca de «[calcular] los

gastos», una recomendación que debe aplicarse antes de comenzar un proyecto de construcción (Lc 14.28–30) y antes de marchar a la guerra (Lc 14.31–32). Luego volvió a recalcar el costo de ser discípulo (Lc 14.33; compare con 12.33), añadiendo una ilustración «salada» que había usado anteriormente. Era bueno para ellos que lo siguieran, pero si no estaban dispuestos a hacer los sacrificios necesarios, serían como sal que se hacía insípida: peor que inútil (Lc 14.34–35; vea Mt 5.13; Mr 9.50).

Jesús es seguido por publicanos y pecadores y tres conmovedoras historias que enseñan una lección (Lc. 15.1–32)

¹Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, ²y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.

³Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ⁴¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? ⁵Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; ⁶y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. ⁷Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.

⁸¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? ⁹Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. ¹⁰Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

¹¹También dijo: Un hombre tenía dos hijos; ¹²y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. ¹³No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. ¹⁴Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. ¹⁵Y fue

y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. ¹⁶Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. ¹⁷Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! ¹⁸Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. ²⁰Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. ²¹Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. ²²Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. ²³Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; ²⁴porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.

²⁵Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; ²⁶y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. ²⁷Él le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano. ²⁸Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. ²⁹Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. ³⁰Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo. ³¹Él entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. ³²Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.

Entre los que escuchaban a Jesús había **publicanos** y **pecadores** (Lc 15.1; vea 7.34). Puede parecer extraño el uso del término «pecadores», pues todos somos pecadores (Ro 3.23), pero hay que entender que la palabra se usó para designar a los que son vistos como pecadores por el mundo y especialmente por los fariseos.

Jesús no se distanciaba de los que eran rechazados por la sociedad, sino que incluso comía con estos (Mt 9.10–11). Esto hizo que los fariseos murmuraran, diciendo: **Este a los pecadores recibe, y con ellos come** (Lc 15.2). Hay quienes han tratado de usar Lucas 15.1–2 para justificar la participación de ellos en actividades mundanas. Considere el *propósito* de Jesús: comía con pecadores con el fin de salvar sus almas (Lc 5.30–32). Considere los límites de la *participación* de Jesús: comía con ellos, pero no participaba en las actividades pecaminosas de ellos. Estos hombres endurecidos de corazón provocaron la serie de parábolas más conocidas de Jesús: tres cuentos acerca de objetos perdidos.

La parábola de la oveja perdida
(Lc 15.3–7)

El siguiente cuento que narró Cristo, fue sobre un pastor que perdió una oveja y después se regocijó cuando la encontró (Lc 15.3–6). Jesús había usado anteriormente una ilustración de una oveja perdida con una aplicación diferente (Mt 18.12–14). Dijo Jesús: **Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento** (Lc 15.7). En vista de que no hay nadie verdaderamente justo (Ro 3.10) y de que todos necesitan de arrepentimiento (Hch 17.30), la última parte de Lucas 15.7 parece estar llena de ironía, al insinuar que los fariseos se *consideraban* justos que no tenían necesidad de arrepentimiento (vea Lc 18.9).

La parábola de la moneda perdida
(Lc 15.8–10)

Después contó acerca de una mujer que perdió una moneda e hizo celebración cuando la encontró (Lc 15.8, 9). La moneda que perdió era un dracma, que equivalía a un denario, que a la vez equivalía al salario de un día. **Así os digo**, dijo Jesús, **que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente** (Lc 15.10).

La parábola del muchacho perdido
(Lc 15.11–32)

Luego contó la parábola del «hijo pródigo». En relación con esta querida historia, John F. Carter escribió:

Miles que fueron arrastrados al borde de la desesperación por sus vidas destrozadas por el pecado, han sido impulsados por [la parábola] a correr hacia la misericordia de Dios; y al hacer esto no sólo experimentaron la realidad del perdón y la aceptación divinos, sino que también hallaron poder para vivir victoriosamente.⁴

Cuando el hijo pródigo por fin llegó a casa, hubo gran regocijo (Lc 15.24). Al referir la parábola del hijo pródigo, a menudo concluimos en el punto donde se celebra el regreso de este, lo cual confiere al relato una culminación lógica y natural. Jesús, no obstante, no terminó allí. El verdadero propósito de la parábola era contrastar el regocijo del padre con el resentimiento del hijo mayor (Lc 15.25–30). El hermano mayor representaba a los fariseos y a todos aquellos a quienes no les interesan los perdidos y ni siquiera se alegran cuando estos vuelven al Señor. La actitud que deberíamos tener, se encuentra en las palabras que dijo el padre al hijo mayor: Debemos **hacer fiesta y regocijarnos** porque un alma preciosa **era** [muerta], **y ha revivido; se había perdido, y es** [hallada] (Lc. 15.32).

APLICACIÓN:

EL RESTO DE LA HISTORIA (LC 15.25–32)

El comentarista radial Paul Harvey es conocido por contar «el resto de la historia». Después que Jesús contó la historia de la oveja perdida, la moneda perdida, y el hijo perdido, Él dio «el resto de la historia», acerca de un hermano mayor que no se fue de su casa (Lc 15. 25–32). «El resto de la historia» del señor Harvey es generalmente motivante, pero «el resto de la historia» del hijo

⁴John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Armonía de los evangelios para laicos)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 216.

pródigo es ciertamente sombrío. Esta parte de la narración fue referida para acusar a los fariseos que habían criticado a Jesús por ser amigo de pecadores (Lc 15.1–3).

**Es posible «irse» sin moverse del lugar donde uno está
(Lc 15.25–30)**

El hermano mayor tenía algunas cualidades buenas: No era rebelde: no se había ido de la casa y sus padres no tenían que preocuparse por saber dónde estaría por la noche. No era perezoso: había servido fielmente a su padre durante años (Lc 15.29) y estaba «en el campo» cuando su hermano volvió a casa (Lc 15.25; vea Gn 3.19). No era inmoral: aparentemente estaba en contra del pecado carnal (Lc 15.30), de modo que es probable que viviera una vida pura y regida por principios morales. No obstante, también se había ido a su propia «provincia apartada» de pecado, sin haber salido jamás de su casa.

1. Confiaba en sí mismo como justo: «... no *habiéndote* desobedecido jamás...» (Lc 15.29; énfasis nuestro). A veces nos creemos mejores que los demás porque no hemos cometido los pecados manifiestos de ellos. Se nos olvida que los pecados del corazón condenan las almas tan rápidamente como las condenan los pecados de la carne.

2. Criticaba con dureza a los demás: «... este tu hijo [...] ha consumido tus bienes con ramerías» (Lc 15.30). Puede que la acusación fuera cierta y puede que no. A veces damos por sentado que los demás son culpables de lo que nosotros seríamos culpables si tuviéramos la oportunidad.

3. No estaba dispuesto a perdonar (Lc 15.28–30).

4. Era egocéntrico, para él no interesaban los demás (Lc 15.29, 30). Al igual que los fariseos, no le interesaban los perdidos.

5. Estaba enojado.

6. Fue grosero con su padre, al acusarlo de favoritismo: «... nunca *me* has dado ni un cabrito [pero] has... hecho matar para *él* el becerro gordo» (Lc 15.29–30; énfasis nuestro).

7. Era un ingrato y se quejaba demasiado (Lc 15.29–30). No apreciaba lo que tenía.

8. Era severo. No era capaz de reconocer a su hermano como

su hermano («este *tu* hijo» [Lc 15.30; énfasis nuestro]). Cuando su hermano se fue de la casa, es probable que dijera para sus adentros: «¡Lo que no sirve, que no estorbe!».

9. Era envidioso.

10. Era un aguafiestas. Trató de enfriar la felicidad de su padre (vea Pr 17.22).

11. Era un agitador. Alteró la armonía de la familia que se regocijaba.

12. Era pesimista. Todos sus pensamientos eran negativos.

El hermano mayor tenía un problema de *actitud*. Una mala actitud puede distorsionar el juicio. La reacción del hombre al regreso de su hermano nos lleva a preguntar: «¿Por qué se quedó en casa?»; «¿Por qué fue fiel?». Es obvio que se debía únicamente a la recompensa que esperaba. Aparentemente, su motivación para hacer lo bueno era una motivación equivocada.

Puede que esta región más sombría del carácter del hermano mayor jamás hubiera aflorado si su hermano no hubiera vuelto a casa. A veces se presentan situaciones en la vida que sacan a flote lo más terrible de nuestro carácter, y de este modo aprendemos una lección de humildad.

Para «volver» es necesario dejar atrás el orgullo (Lc 15.31–32)

El padre había sido misericordioso con el pródigo que volvió; ahora era misericordioso con su hijo mayor. Yo hubiera sido severo, diciéndole: «¡Ingrato! ¡Deja de actuar como un niño! ¡Deja de andar con cara mustia y entra a la casa!». En lugar de hablar así, el padre le habló con paciencia. No quería perder a otro hijo. Las palabras del padre fueron breves, pero resumen los cambios necesarios que debemos hacer para deshacernos del síndrome del hermano mayor:

1. Considere cuántas bendiciones tiene (Lc 15.31): la *presencia* de Dios («tú siempre estás conmigo») y los muchos *presentes* que Él da («todas mis cosas son tuyas»).

2. Reconozca su parentesco (Lc 15.32; «este *tu* hijo» [vers.º 30] debe dar paso a «este [*mi*] hermano» [vers.º 32]). Estamos relacionados con todos los pecadores: Estamos relacionados con los hijos fieles de Dios por medio de Cristo; estamos relacionados

con todos los pecadores que no han buscado la salvación, por medio de Adán. Además, todos tenemos en común un mismo Padre.

3. Cultive su compasión. El padre dijo: «era *necesario* hacer fiesta y regocijarnos» (Lc 15.32a; énfasis nuestro).

Si el hermano mayor hubiera tenido la actitud debida, él podía haber estado sentado a la mesa, disfrutando la música y comiendo carne de primera calidad. Pero en lugar de esto, estaba de mal humor en la penumbra. No tenía el fruto del Espíritu (Gá 5.22–23). Cuando se posee ese «fruto» en nuestros corazones, la mayoría de los problemas de relaciones interpersonales se resuelven.

Conclusión

¿Qué sucedió con el hermano mayor? ¿Obedeció él a su padre y entró en la casa para unirse a la celebración? Jesús no lo dijo. Es difícil cambiar cuando uno es un «hermano mayor» espiritual. El propósito de Cristo era acusar a los fariseos, y la mayoría de estos no cambiaron. No obstante, algunos sí lo hicieron (Hch 15.5; 23.6; 26.5; Fil 3.5); de modo que hay esperanza.

Jesús es acompañado por Sus discípulos y enseña una importante lección por medio de la parábola del mayordomo infiel (Lc 16.1–13)

¹Dijo también a sus discípulos: **Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes.** ²Entonces le llamó, y le dijo: **¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo.** ³Entonces el mayordomo dijo para sí: **¿Qué haré? Porque mi amo me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza.** ⁴Ya sé lo que haré para que cuando se me quite de la mayordomía, me reciban en sus casas. ⁵Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: **¿Cuánto debes a mi amo?** ⁶Él dijo: **Cien barriles de aceite.** Y le dijo: **Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta.** ⁷Después dijo a otro: **Y tú, ¿cuánto debes?** Y él dijo: **Cien medidas de trigo.** Él le dijo: **Toma tu cuenta, y escribe**

ochenta. ⁸Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. ⁹Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.

¹⁰El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. ¹¹Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? ¹²Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? ¹³Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

Después, Jesús se volvió a Sus discípulos (Lc 16.1) y les refirió una parábola acerca de un gerente poco honrado. En la NASB se lee el equivalente de **gerente** en lugar de «mayordomo». En lugar de «gerente», en el texto original se lee «mayordomo». Un mayordomo era alguien que cuidaba de los bienes de otro (vea Lc 12.41–48; 1 Co 4.2). El autor señala que entre las designaciones para esta parábola se encuentran «la parábola del gerente infiel», «la parábola del gerente astuto» y «la parábola del mayordomo injusto».

El relato que cuenta Cristo sobre este mayordomo es una de Sus parábolas más extrañas. A simple vista parece ensalzar el ser poco escrupulosos. Se ha insinuado que Jesús usó esta ilustración porque los publicanos y pecadores que estaban escuchando, podían haberse identificado con el sinvergüenza que describe Cristo.

El gerente manejó mal los fondos que se le habían confiado (Lc 16.1) y estaba a punto de ser despedido (Lc 16.2). El trabajo que este hombre hacía, por lo general era llevado a cabo por esclavos, pero el hecho de que el mayordomo fue *despedido* indica que era libre, y que no era esclavo. Él se apresuró a llamar a los deudores de su patrono y redujo las cantidades que estos debían (Lc 16.5–7), con el fin de que, cuando fuera despedido, pudiera contar con la amistad de ellos (Lc 16.4). El que pronto iba a dejar de ser su jefe alabó la sagacidad del hombre (Lc 16.8a). En la KJV se lee

que el mayordomo deshonesto había hecho «sabiamente». Esta es una traducción acertada, pero entienda que la «sabiduría» del hombre era la sabiduría *del mundo* (vea 1 Co 1.20; Stg 3.15). La palabra «sagacidad» expresa la idea. Las palabras del hombre rico expresaban la admiración, aunque con reticencias, de un hombre con mentalidad mundana para con un pillo astuto.

¿Estaba Jesús elogiando la falta de honradez y la mala mayordomía? Para nada (note Lc 16.17). Lo que Él estaba tratando de decir se encuentra en la última parte del versículo 8: **porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz**. Dicho en otras palabras: «Los impíos saben usar el dinero para alcanzar fines impíos, más que los píos para alcanzar fines píos».

El gerente poco honrado ganó amigos con el dinero. Del mismo modo, dijo Cristo: **Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas** (Lc 16.9). La manera como «[ganamos] amigos» con las posesiones es por medio de proveer para las personas necesitadas. Según Jesús, dar a otros hace tesoros en el cielo y también nos asegura que seamos recibidos cálidamente por aquellos a quienes ayudamos estando sobre la tierra. La lección de esta parábola es básicamente la misma de Lucas 12.33: «Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos [...] tesoro en los cielos que no se agote».

Cristo reforzó la parábola con exhortaciones generales sobre ser buenos mayordomos, especialmente de nuestro dinero (Lc 16.10–12). También aconsejó no permitir que el dinero se convierta en nuestro señor (Lc 16.13; vea Mt 6.24).

Jesús es vigilado por los fariseos y enseña una lección que da que pensar, por medio de la «parábola» de el rico y Lázaro (Lc 16.14–31)

¹⁴Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él. ¹⁵Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.

¹⁶La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él. ¹⁷Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustre una tilde de la ley.

¹⁸Todo el que repudia a su mujer, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera.

¹⁹Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. ²⁰Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, ²¹y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. ²²Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. ²³Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. ²⁴Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. ²⁵Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. ²⁶Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. ²⁷Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, ²⁸porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. ²⁹Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. ³⁰Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. ³¹Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos.

Jesús podía haber dicho a modo de prólogo a Su enseñanza de seguimiento, las siguientes palabras: «Guardaos de la levadura de los fariseos» (Lc 12.1), porque «los fariseos [son] avaros» (Lc 16.14). Estos estaban convencidos de que ser ricos era señal indiscutible de la aprobación de Dios. Es obvio que el dinero no era lo más importante en el mundo para Jesús. Cuando los

fariseos oyeron **todas estas cosas** [...] comenzaron a burlarse de Él (Lc 16.14; compare con Lc 23.35). En La NASB y en la NVI dice que **se mofaban** de Él.⁵ Esperaban con esto, desacreditar a Jesús a los ojos de las masas.

Cristo respondió reprendiendo a los fariseos:

Los reprendió por justificarse delante de los hombres (Lc 16.15).

Los reprendió porque «se [esforzaban] por entrar» en el reino con sus normas y regulaciones humanas (Lc 16.16).

Los reprendió porque se preocupaban más por las fugaces tradiciones humanas que por la indestructible Palabra de Dios (Lc 16.17–18).

Después de Su reprensión, Cristo les contó otra historia. Si Su parábola del mayordomo poco honrado molestó a los amantes del dinero, esta ilustración debió de haberlos ofendido doblemente. Era acerca de un *rico* que estaba perdido.

A Lucas 16.19–31 se le llama por lo general «la parábola del rico y Lázaro». Es el relato acerca de un **hombre rico** que no pasó la prueba de la mayordomía. No aprovechó la oportunidad que tuvo para ayudar a un mendigo llamado Lázaro. Cuando el mendigo murió, él fue llevado por los ángeles al **seno de Abraham** (Lc 16.22); pero cuando el rico murió, él se halló **en tormentos** (Lc 16.23). Al rico se le llama a menudo «Dives», pero ese no era su nombre. «Dives» es la palabra en latín para «rico».

El rico rogó que Lázaro fuera enviado otra vez a la tierra para advertir a sus cinco hermanos, pero se le dijo: **A Moisés y a los profetas tienen...; Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos** (Lc 16.29, 31). Tales palabras tenían aplicación especial para los fariseos: Estos tenían los escritos de Moisés y de los profetas, que daban testimonio de Jesús (Lc 24.44), pero ellos rehusaron oírlos. Por esta razón no se persuadían ni siquiera cuando Jesús resucitaba a los muertos (Lc 7.11–17; 8.41–56; vea Jn 11.1–53; 12.9–11). De hecho, no se persuadirían ni siquiera cuando

⁵N. del T.: «Se mofaban» es el equivalente en español de dos palabras diferentes que usan una y otra versión.

Jesús mismo resucitara más adelante de entre los muertos (Mt 28.11–15; Hch 4.1–22).

Algunos a quienes no les gustan las implicaciones de Lucas 16.19–31 se han centrado en la palabra «parábola» para enseñar que esta narrativa es poco más que un cuento de hadas. Entre estos se incluyen los que no creen que los muertos están conscientes y los que no creen que hay castigo después de la muerte. Tome en cuenta los siguientes hechos:

1. La Biblia no le llama parábola a este relato. Si este fuera una parábola, sería la única que da el nombre del personaje principal (Lázaro). También, si fuera parábola, sería una de las pocas que no se basa en situaciones diarias de la vida con las cuales estaban familiarizados los oyentes de Jesús. Por supuesto, como ya hemos recalcado, el término «parábola» a menudo se usa con poco rigor en los evangelios; a veces significa poco más que «ilustración». Por lo tanto, no hace daño llamar «parábola» al relato de sobre el rico y Lázaro, siempre y cuando recordemos que esta es una designación le estamos dando nosotros y no el Señor.

2. Aun cuando llamamos «parábola» a este relato, esto no significa que lo tildemos de «fantasía». J. W. McGarvey comentó: «Pero debe observarse que las parábolas de Jesús jamás presentan condiciones ficticias, ni quebrantan en ningún lugar el orden ni el curso de la naturaleza».⁶ No hay razón para dudar de que las escenas de Lucas 16.19–31 representen con precisión los estados de las almas después de la muerte: el estado maldito de los que se perdieron y el estado bendito de los que se salvaron. Al ser Alguien que tuvo preexistencia (Jn 1.1–2, 14), «Jesús era la única persona que alguna vez vivió sobre la tierra que podía describir las experiencias que tiene la gente después de la muerte».⁷

Enseñanza miscelánea (Lc 17.1–10)

¹Dijo Jesús a sus discípulos: Imposible es que no vengan tropiezos; mas ¡ay de aquel por quien vienen! ²Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al

⁶McGarvey y Pendleton, 514.

⁷Carter, 221.

mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos.³ Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale.⁴ Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale.

⁵Dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe. ⁶Entonces el Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecería.

⁷¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ⁸¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírveme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? ⁹¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. ¹⁰Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos.

Esta sección es seguida por instrucciones generales a los discípulos de Jesús. Él comenzó pronunciando un ay sobre los que hacen tropezar a los **pequeñitos** (Lc 17.1, 2). Jesús usó algunas veces la expresión «los pequeñitos» para referirse a los discípulos que todavía eran niños por su falta de entendimiento y su vulnerabilidad. En el contexto, los grupos culpables eran los fariseos (Lc 16.14), pero el Nuevo Testamento nos enseña a todos nosotros a tener cuidado de no hacer tropezar a los demás (vea 1 Co 8.13). Cristo advirtió a Sus discípulos diciendo: **Mirad por vosotros mismos** (Lc 17.3a). En otras palabras, «No sean culpables del pecado que acabo de mencionar».

Continuó diciendo: **Si tu hermano pecare contra ti, repréndele** (Lc 17.3b). Esta no es una enseñanza que guste a todo el mundo, pero es necesaria. Si un hermano tiene pecado que le condenará su alma, que ni se nos ocurra hacer caso omiso de él. El amor exige que lo confrontemos y tratemos de restaurarlo (Stg 5.19–20). Hagámoslo, eso sí, siempre con «espíritu de mansedumbre» (Gá 6.1) y de amor (Ef 4.15).

No debemos limitarnos a reprender; también debemos estar prestos a perdonar (Lc 17.3c). J. W. McGarvey propuso que si

bien la justicia tiene la obligación de reprender, el amor tiene la obligación de perdonar.⁸ El Señor les dijo a Sus seguidores que incluso si alguien pecaba contra ellos **siete veces** al día, ellos debían estar dispuestos a perdonarlo (Lc 17.4). Compare esto con la enseñanza de Mateo 18.21–35. Algunos usan Lucas 17.3–4 para enseñar que no tenemos obligación de perdonar a nadie mientras no se arrepienta (esto es, pide disculpas); sin embargo, esto no es lo que realmente dice el pasaje. Lo que dice es que *si* se arrepiente, debemos perdonarle, pero no que estamos obligados a esperar a que se arrepienta.

Esto pareció duro a los discípulos. Clamaron diciendo: «**Auméntanos la fe** (Lc 17.5). En otras palabras: «¡Danos fe para hacer frente al desafío que acabas de presentar!». Jesús podía haberles dicho cómo aumentar la fe (Ro 10.17; vea Jn 17.20; 20.31). En lugar de ello, prácticamente los elogió por reconocer la importancia de la fe, al usar una ilustración del poder de esta (Lc 17.6). El **sicómoro** al cual se refirió, se caracterizaba por su profundidad de raíz y por ser difícil de desarraigar. (Compare Lc 17.6 con Mt 17.20.)

La instrucción general de Jesús concluyó con una advertencia. ¿Qué reconocimiento merecería uno si siempre *fuera* capaz de tener la actitud debida para con el pecado y los pecadores? ¿Pondría esto a Dios (el que juzga a los pecadores) en deuda con él? La respuesta es no. Los fariseos pensaban que la «bondad» de ellos les aseguraba un lugar en el cielo (vea Lc 18.9–12), pero estaban equivocados. Para recalcar este punto, Cristo contó acerca de un siervo que no recibió reconocimiento especial por cumplir con su deber (Lc 17.7–9). El Señor concluyó, diciendo: **Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos** (Lc 17.10).

Ninguno de nosotros ha hecho alguna vez, ni llegará a hacer, «todo lo que se [nos] ha ordenado» (vea Ro 3.10; Sal 143.2). Aun si lo lográramos, *todavía* seríamos «siervos inútiles». Lucas 17.10 anuncia a gritos la necesidad que tenemos de la gracia y la misericordia de Dios.

⁸McGarvey y Pendleton, 517.

PARA ESTUDIO ADICIONAL: ¿DÓNDE ESTÁN LOS MUERTOS?

La pregunta «¿Dónde están los muertos?» es de interés para muchas personas. Hay muchas cosas que nos gustaría saber: dónde iremos inmediatamente después de la muerte, si nuestros amigos que han partido estarán conscientes o no, si nuestros seres queridos se percatarán de que lloramos por su fallecimiento, y otras por el estilo. Algunas de estas preguntas, no podemos responder. Ha sido la voluntad de Dios mantener ocultos de nosotros algunos detalles relacionados con la otra vida.

Seguramente, Dios tiene un propósito bondadoso al limitar nuestro conocimiento acerca de la vida después de la muerte. ¿No sería incómodo vivir con la idea de que nuestros seres queridos que han partido, están cerca de nosotros, observando todo lo que decimos o hacemos? No me entienda mal: No estoy diciendo que así *sea*. Lo que estoy diciendo es que si así *fuera*, entonces saber que estamos siendo vigilados nos causaría incomodidad a muchos de nosotros.

Básicamente, el Señor desea que vivamos en un mundo a la vez. Es probable que nos incapacitaría para los asuntos prácticos de la vida, si Él nos dejara pensar obsesivamente en los detalles del más allá. En vista de que la voluntad del Padre es mantener ocultos de nosotros algunos detalles acerca del mundo venidero, debemos estar satisfechos, y decir: «Hágase tu voluntad» (vea Mt 26.42).

No obstante, tenemos derecho a saber lo que Dios *sí* ha revelado sobre el tema. Para encontrar la respuesta bíblica a la pregunta «¿Dónde están los muertos?», estudiaremos una historia que Jesús contó en Lucas 16.19–31.

Son muchas las lecciones que se pueden sacar de este pasaje, pero en este sermón consideraremos solamente una pregunta: ¿Qué enseña este pasaje acerca del estado de los muertos?

Están en algún lugar y están conscientes

Como respuesta a la pregunta «¿Dónde están los muertos?» algunos responderían «En ningún lugar». Estos creen que no hay otra vida después de esta. Están convencidos de que la vida es una calle de un sólo sentido que no tiene salida. No obstante,

si algo enseña Lucas 16, ello es que el hombre sigue viviendo después del sepulcro.

Otros, que creen que hay otra vida después de esta, enseñan que las personas dejan de existir en el momento de la muerte («existen» sólo en la memoria de Dios), y que algún día habrá una «resurrección» (más propiamente, una re-creación), en la cual a los justos se les dará inmortalidad y los inicuos serán aniquilados. Sin embargo, el rico y Lázaro no dejaron de existir a la muerte. Ambos estaban vivos y conscientes.

En mis debates con los que enseñan las dos doctrinas anteriores, a veces se hace un juego con la palabra «muerte». Esto es lo que dicen: «Si un espíritu sigue viviendo después de la muerte, entonces no ha habido muerte». Entonces yo les pregunto que definan «muerte». En sus mentes, «muerte» significa «extinción», pero tal definición es difícil de reconciliar con pasajes como los que siguen:

Romanos 7.9. Pablo dijo: «Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí». ¿Acaso dejó de existir el apóstol?

Colosenses 3.3. Pablo también escribió: «Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios». ¿Estaban extintos sus lectores?

1^{era} Timoteo 5.6. También dijo: «Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta».

La palabra «muerte» se refiere básicamente a «separación», esto es, el fin de un estado o condición, y no se refiere a llegar a extinguirse. Estamos *muertos* en pecado (Ef 2.1) cuando nuestros pecados nos separan de Dios (Is 59.1–2). Estamos *muertos* físicamente cuando el espíritu se separa del cuerpo (Stg 2.26). «La segunda *muerte*» (Ap 20.14) ocurre cuando los hombres son separados de Dios por la eternidad (2 Ts 1.9).

Como regla general, los que sostienen los puntos de vista mencionados, niegan la existencia de esa parte inmortal del hombre llamada alma o espíritu. Dicen que «el alma se refiere simplemente a la vida física que está dentro de nosotros». Insisten en que «el espíritu no es más que el aliento que Dios nos ha

dado a cada uno de nosotros». La palabra griega que significa «alma» (ψυχή, *psuchē*) puede referirse al aliento, al asiento de los sentimientos, o incluso a un ser viviente; pero también puede referirse a «una esencia que difiere del cuerpo y no se disuelve con la muerte».⁹ Asimismo, la palabra griega que significa «espíritu» (πνεῦμα, *pneuma*) puede referirse al viento, al aliento o al principio vital por el cual es animado el cuerpo; sin embargo, también puede referirse a «un espíritu [...] a una simple esencia, carente de toda materia o por lo menos de toda materia ordinaria, y poseedor de la capacidad para saber, desear, decidir y actuar; ... un alma humana que ha dejado el cuerpo».¹⁰

Muchas Escrituras indican que el hombre es un ser de doble naturaleza, y que, cuando el cuerpo deja de existir, el alma o el espíritu sigue viviendo. He aquí algunos pasajes típicos:

... y el polvo [vuelve] a la tierra, como era, y el espíritu [vuelve] a Dios que lo dio (Ec 12.7).

Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró (Lc 23.46).

Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu (Hch 7.59).

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. [...] Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. [...] Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor [...] confiamos, y

⁹C. G. Wilke y Wilibald Grimm, *A Greek-English Lexicon of the New Testament (Un léxico griego-inglés del Nuevo Testamento)*, trad. y rev. Joseph H. Thayer [Edinburgh, Scotland: T&T. Clark, 1901; reimpresión; Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1977], 677.

¹⁰Ibíd., 520.

más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor (2 Co 4.16—5.8).

¿Dónde obtenemos nuestro espíritu? La Biblia se refiere a Dios como «al Padre de los espíritus» (He 12.9). El profeta Zacarías dijo que el Señor «forma el espíritu del hombre dentro de él» (Zac 12.1).

A la pregunta «¿Dónde están los muertos?», comenzamos respondiendo: «Están en algún lugar, y están conscientes». No obstante, hay más enseñanzas que sacar del texto de la lección.

No se reencarnan en nuevos cuerpos sobre esta tierra

La doctrina de la reencarnación es la creencia en el sentido de que las almas de los muertos vuelven sucesivamente a la tierra en nuevas formas o cuerpos. Esta es una doctrina básica del mahometanismo y muchas religiones orientales. En los países donde se enseña esto, a veces se consideran sagradas las vacas, los monos o las serpientes. Se cree que estos animales son la reencarnación de antepasados de las personas. Algunos judíos abrazaban una variación del concepto de reencarnación (vea Mt 16.13–14), y, de vez en cuando, la idea despierta el interés en el mundo occidental.

No obstante, en Lucas 16, el rico y Lázaro no volvieron a la tierra en nuevas formas o nuevos cuerpos. Seguían siendo ellos mismos, y el texto recalca que la condición de ellos era fija. En el versículo 26 dice: «Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá». De hecho, Abraham insinuó que ninguno de ellos podía volver en forma alguna.

La simple y llana verdad es que la doctrina de la reencarnación no se enseña en la Biblia. Note algunos principios bíblicos básicos:

Eclesiastés 3.2. «... tiempo [singular] de morir...».

Hebreos 9.27. «... está establecido para los hombres que mueran *una sola vez...*» (énfasis nuestro).

Eclesiastés 12.7. Luego «el polvo [vuelve] a la tierra, como era, y el espíritu [vuelve] a Dios que lo dio» (énfasis nuestro), no a otro cuerpo.

2ª Corintios 5.10. «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo [singular], sea bueno o sea malo».

La Biblia *no* enseña la doctrina de la reencarnación. Por lo tanto, no puede aceptarse por fe (vea Ro 10.17). Lucas 16 deja claro que la doctrina es falsa.

No han ido directamente al destino donde recibirán su recompensa final

Hay quienes creen que la gente, al morir, va directamente al cielo o al infierno. El rico y Lázaro no alcanzaron tales destinos finales.

Si la gente fuera directamente al destino de su recompensa final al morir, esto invalidaría en gran medida la enseñanza bíblica sobre el Día del Juicio. La Biblia recalca que habrá un día cuando todos, los buenos y los malos, serán juzgados (Mt 25.31–32; Jn 16.8; Hch 17.31; He 6.2; 9.27; vea Hch 24.25). Este juicio incluye a los que murieron y habrán de morir antes de la segunda venida del Señor (vea Mt 12.41–42). Pedro escribió que «sabe el Señor [...] reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio» (2 P 2.9). El tenor general de la enseñanza bíblica sobre el juicio es que tendrá lugar cuando el Señor vuelva, momento en el cual, tanto los vivos como los muertos comparecerán delante de Dios. Por lo menos, parece poco probable que la gente vaya al cielo o al infierno al morir, para después tener que ser sacados de allí para el Día del Juicio, después de lo cual tendrían que ser devueltos al lugar donde estaban.

Es cierto que hay dos Escrituras que parecen indicar que los justos van inmediatamente al destino de su recompensa final: Pablo les dijo a los corintios que él prefería «estar [ausente] del cuerpo, y [presente] al Señor» (2 Co 5.8). En otro pasaje, el apóstol escribió a los filipenses que él tenía «deseo de partir y estar con Cristo» (Fil 1.23). Sin embargo, yo insinuaría que no es

el propósito de estos dos pasajes enseñar sobre el estado final de los muertos, sino recalcar que la muerte es una victoria para los que están preparados. Hay un sentido en el que los justos que han partido están «con Cristo», rodeados por Su amor, pero no en el sentido de que van directamente al cielo.

Cuando Pablo murió, él *fue* a estar «con el Señor», pero todavía no ha recibido su corona en el cielo. En relación con la corona de justicia de Pablo, este escribió que «el Señor, juez justo» la dará «en aquel día; y no sólo a [él], sino también a todos los que aman su venida» (2 Ti 4.8). Note la frase «aquel día» y el hecho de que Pablo indicó que los que aman la venida de Cristo recibirán la misma corona en el mismo «día». En el contexto, esta debe ser una referencia al Día del Juicio.

Jesús enseñó que a los que expresan amor a los demás (Lc 14.12–13) les «será recompensado» en el momento de la resurrección (Lc 14.14), no en el momento de la muerte. La mayoría de los eruditos creen que Jesús se refería a Su segunda venida cuando dijo: «... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Jn 14.3).

Hasta este momento, he sido más negativo que positivo en mi enfoque de la historia de Lucas 16. Hemos rechazado las diferentes ideas de que los muertos no están en ningún lugar, de que han vuelto a la tierra en un cuerpo diferente y de que ya están en el cielo o en el infierno. Todavía no se ha contestado la pregunta «¿Dónde *están* los muertos?». Pasemos a un examen más positivo de Lucas 16.

Están en un estado intermedio, esperando el juicio

Durante los años que han transcurrido, los predicadores del evangelio han usado una variedad de diagramas para visualizar el mundo del Hades tal como lo describe Lucas 16. Tales diagramas adolecen de una debilidad intrínseca, pues pueden dar la impresión de que el Hades es un lugar geográfico, lo cual es falso. Sin embargo, no conozco manera más eficaz para arrojar luz sobre las diferentes situaciones que describe la historia. Por lo tanto, me permitiré hacer uso de un diagrama que usa las cuatro designaciones que se encuentran en Lucas 16.

EL HADES
(El mundo invisible)



Analice los diferentes componentes del diagrama. En primer lugar, note el título en la parte superior: «El Hades (el mundo invisible)». Fue «en el Hades» que el rico «alzó sus ojos» (Lc 16.23). La Biblia se refiere al estado de los muertos con la expresión «el Hades». La palabra *Hadēs* (ᾗδης) es un vocablo griego que corresponde más o menos a la palabra hebrea *Seol* (שְׁאוֹל) del Antiguo Testamento. La palabra *Hades* significa básicamente «invisible» y se refiere al [mundo] invisible de los muertos. Thayer dio esta definición de la palabra según se usa en Lucas 16: «El receptáculo común de los espíritus incorpóreos».¹¹ Hoy, la palabra «Hades» se usa a menudo como eufemismo de «infierno», sin embargo, el infierno (γέεννα, *gehenna*) es el estado eterno de los impíos muertos, mientras que el Hades es el estado intermedio de todos los muertos, sean buenos o malos (como veremos más adelante).

En el diagrama hay dos componentes distintos del mundo del Hades. El rico estaba en uno de ellos; Lázaro estaba en el otro. También notará usted una división llamada «LA GRAN SIMA». Consideremos cada uno de los aspectos con mayor

¹¹Ibíd., 11.

detalle, comenzando con el estado del rico. «Y en el Hades alzó sus ojos, *estando en tormentos*» (Lc 16.23a; énfasis nuestro). Le ha sido puesta la etiqueta de «EL LUGAR DE TORMENTO» a la situación en que se encontraba el rico.

Debajo de la expresión «EL LUGAR DE TORMENTO», notará usted la expresión «o el Tártaro». Esta terminología proviene de 2 Pedro 2.4, que describe una condición parecida a la condición en que se encontraba el rico, que bien puede ser la misma: «... Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio». La palabra que se traduce por «infierno» en 2 Pedro 2.4 no es la palabra *gehenna*, que se refiere al castigo eterno, sino que es una forma de la palabra griega τάρταρος (*tártaros*). La palabra *tártaros* era usada por los griegos para referirse a «aquella parte del Hades, donde se confinaba y se atormentaba a los inicuos». ¹² La NVI dice que los ángeles desobedientes fueron puestos en «oscuros calabozos para estar detenidos para el juicio». Note usted que el «juicio» no se había llevado a cabo todavía, de modo que este era un estado intermedio anterior al Día del Juicio. Como lo dije, la situación es parecida a la del estado donde se había confinado al rico, si no es que era la misma.

Analícemos ahora el estado de Lázaro: Le he puesto la etiqueta de «EL SENO DE ABRAHAM» a la condición en que se encontraba, porque el texto dice que el rico «vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno». Estar en el «seno de alguien» equivale a estar muy cerca, equivale a tener estrecha comunión y comunicación. Es obvio que Lázaro disfrutaba de felicidad y paz. Tal es el estado en que los justos aguardan el Juicio.

Debajo de la expresión «EL SENO DE ABRAHAM», he puesto la expresión «o el Paraíso». Esta designación proviene de la excursión que Jesús mismo hizo al mundo del Hades. Cuando estaba en la cruz, Él dijo al ladrón: «... hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23.43). «Paraíso» es una palabra persa que significa «lugar de placer o jardín placentero». ¹³ La palabra se usa a veces

¹² *The Analytical Greek Lexicon (El léxico griego analítico)* (London: Samuel Bagster & Sons Ltd., 1971), 398.

¹³ Thayer, 480.

en la Biblia para hacer referencia al cielo (Ap 2.7), sin embargo, este no puede ser el significado que tenga aquí, porque después de la breve estadía de Jesús en el Paraíso, Él dijo que todavía no había «subido a [Su] Padre» (Jn 20.17). En el sermón que Pedro pronunció en el día de Pentecostés, él indicó que si bien el cuerpo de Jesús estuvo en el sepulcro, Su espíritu estuvo en el «Hades» (Hch 2.31). Al combinar Lucas 23.43 y Hechos 2.31, concluimos que el espíritu de Jesús estuvo en una parte del Hades que se puede referir como «Paraíso». Parece razonable suponer que este «Paraíso» es equivalente a estar «en el seno de Abraham». En otras palabras, ambas frases se refieren al estado de los justos muertos, que es un estado en el que aguardan el Juicio, pero es una situación colmada de paz, felicidad y seguridad.

Después de haber hecho notar que hay dos estados en el cual uno puede aguardar el Juicio—un estado de paz y seguridad y otro de espanto y angustia— puede que se nos ocurra esta pregunta: «Pero si los justos ya disfrutaban de felicidad y los inicuos ya están siendo atormentados, ¿cuál sería el propósito del Día del Juicio?». (Este es un problema que debemos enfrentar los que creemos en un estado intermedio de los muertos; pero (como recalcaré) para nosotros no es un problema tan grande como lo es para los que enseñan que los justos muertos van inmediatamente al cielo.) Una respuesta podría ser que el Día del Juicio no será tanto un día en el que se determinará culpa e inocencia, como sí será un día en el que se dictará sentencia, un día en el que tanto la misericordia como la justicia de Dios serán perfectamente demostradas.

La respuesta final, no obstante, reside en entender que cuando hablamos de «tormentos» y del «seno de Abraham», no estamos hablando de lugares, sino de estados del ser. *Donde sea* que un alma injusta se encuentre, saber que será hallado falto en el Día del Juicio, le hará desdichado mientras espera. *Donde sea* que un alma justa se encuentre, sabe que Dios le dirá en el Día del Juicio: «Bien, buen siervo y fiel» (Mt 25.21a, 23a), y será feliz mientras espera.

Puede que alguien eche una mirada a mi diagrama y pregunte: «¿No es esto como la idea del purgatorio?». Para nada. El concepto del purgatorio es extraño a las Escrituras en

su totalidad. La palabra ni siquiera se encuentra en la Biblia. El Purgatorio (de la palabra latina que significa «purificar») es una doctrina católica romana. Estos enseñan que los condenados van directamente al infierno, pero creen que los que mueren «en un estado de gracia», pero que todavía tienen pecados sin perdonar, van al purgatorio. El propósito del purgatorio es «purificar» las almas por el sufrimiento. A los vivientes se les recomienda ofrecer misas, rezos y limosnas a favor de los que están en el purgatorio, para abreviar la estancia de sus seres queridos en ese terrible lugar. Esta doctrina ha sido una constante fuente de ingresos para la Iglesia Católica Romana. La enseñanza del purgatorio lleva intrínseca la idea de que un alma puede pasar de un estado de sufrimiento (el purgatorio) a un estado de dicha (el cielo). Otra manera de expresarlo es que la doctrina enseña que el hombre puede tener «una segunda oportunidad» después de la muerte. Analice nuevamente el diagrama y note la «GRAN SIMA». Esto fue lo que Abraham le dijo al rico: «... una gran sima está *puesta* entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá» (Lc. 16.26; énfasis nuestro). La Biblia enseña que después de la muerte no hay «una segunda oportunidad»:

Apocalipsis 2.10. Si uno es «fiel *hasta* la muerte», el Señor le dará «la corona de vida» (énfasis nuestro).

2ª Corintios 5.10. «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según *lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo*, sea bueno o sea malo» (énfasis nuestro), no según lo que otro haga por él después que deja su cuerpo.

Juan 8.21. Si uno *muere* en sus pecados, *no puede* ir donde está Cristo.

Conclusión

Esto es todo lo que Dios ha elegido revelarnos. Con esto debemos estar satisfechos. Enfoquémonos en nuestra preparación para pasar la eternidad en el cielo.

PARA ESTUDIO ADICIONAL: ¿VAN LOS MUERTOS JUSTOS DIRECTAMENTE AL CIELO?

Cuando Pablo escribió a los Corintios, él dijo: «... pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (2 Co 5.8). En su epístola a los filipenses, el apóstol dijo que Él «de ambas cosas [estaba] puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor» (Fil 1.22–23). ¿Habremos de tomar estos dos pasajes como la forma que tuvo Pablo de declarar que a partir de la muerte y resurrección de Cristo, los muertos justos van directamente al cielo? Tal vez, deberíamos más bien verlos como lenguaje adaptativo, la misma clase de lenguaje que usamos hoy.

Algunos maestros y predicadores que creen que el propósito de los dos pasajes es presentar una nueva doctrina en relación con el estado de los muertos. Sin embargo, los pasajes que ellos usan parecen no tener nada que ver con el evento. He aquí una muestra:

1. Se dice que Satanás tenía el dominio del mundo del Hades antes que Jesús muriera. El texto de prueba es Hebreos 2.14, que declara que Satanás tiene «el imperio de la muerte». No obstante, el pasaje no dice nada acerca de que Satanás tenga dominio del Hades. En lugar de ello, lo que dice es que Satanás tenía (y tiene) el poder de matar gente (por medio de agentes humanos). El diablo jamás ha tenido dominio de dónde va un espíritu incorpóreo después que (Satanás) mata el cuerpo.

2. Cuando Jesús fue acusado de echar fuera demonios por el poder de Beelzebú, esto fue lo que Él dijo como parte de Su respuesta: «... ¿cómo puede alguno entrar en la casa hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa» (Mt 12.29). Se alega que esto se refiere a que Jesús entró en el Hades («la casa del hombre fuerte»), cuando Él murió, y sacó las almas de los muertos justos («bienes» de Satanás). Esta interpretación llena de imaginación no tiene nada que ver con el contexto. El versículo se refiere a echar fuera demonios de gente que vive (Mt 12.24–29).

3. Otro versículo que se usa es Efesios 4.8, en este se cita Salmos 68.18: «Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad,

y dio dones a los hombres». Hay quienes han afirmado que la «cautividad» la constituyen los muertos justos que habían estado cautivos en el Hades, por Satanás, pero que fueron liberados del Hades al cielo, donde Jesús ascendió. No obstante, no hay indicio en el texto o en el contexto de que se tenga como propósito tal interpretación. La ilustración es la de un rey que hace una entrada triunfal en su ciudad, después de una gran victoria (compare con 2 Co 2.14–16). La cautividad que se llevaba en tal desfile, la constituían los enemigos del rey que habían sido vencidos. El versículo declara de un modo dramático que, en la cruz, Jesús derrotó a Sus enemigos. De este modo Él estuvo en condiciones de dar «dones» a Su pueblo. En el contexto, estos dones espirituales fueron impartidos a cristianos que vivían (Ef 4.7–13).

A fin de cuentas, dos de los principales textos de prueba parecen ser los que se mencionaron al principio: 2ª Corintios 5.8 y Filipenses 1.23. ¿Será que no hay manera de reconciliar las aseveraciones de Pablo acerca de estar «presente al Señor» y «con Cristo» después de la muerte, con el concepto de un estado intermedio de los muertos?³ El Nuevo Testamento enseña que *aun en esta vida* los cristianos están «con Cristo». Jesús dijo que donde estén dos o tres reunidos en Su nombre, Él estará en medio de ellos (Mt 18.20). Además, prometió: «... he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28.20). Pablo oró diciendo: «El Señor sea con todos vosotros» (2 Ts 3.16b), refiriéndose a cristianos que todavía vivían. Sin duda el Señor no deja de estar «con nosotros» cuando morimos. De hecho, esperamos que nuestra relación con Él sea aun más estrecha y más íntima si «[morimos] en el Señor» (Ap 14.13).

La mayoría de los que creen [tal vez todos los que creen] que los muertos justos van ahora directamente al cielo, también creen que Lucas 16.19–31 describe correctamente el estado en que se encontraban los muertos *antes* de la cruz. Mientras tiene presente lo anterior, analice Eclesiastés 12.7, donde Salomón dijo que, en el momento de la muerte «el polvo [el cuerpo físico] [vuelve] a la tierra, como era, y el espíritu [vuelve] a Dios que lo dio». Si se usa el razonamiento que se aplica a 2 Corintios 5.8 y Filipenses 1.23, podríamos concluir que aun *antes* que Jesús muriera en la cruz, los espíritus incorpóreos iban directo al cielo (donde está

Dios). Si concluimos que en Eclesiastés 12.7 se usó lenguaje adaptativo, ¿por qué no podemos concluir que la misma clase de lenguaje pudo haber sido usada por Pablo en 2 Corintios 5.8 y Filipenses 1.23?

Como se mencionó en el sermón «¿Dónde están los muertos?», una de las más grandes objeciones que se le hace a la idea de que los justos van directamente al cielo cuando mueren es que ello invalidaría, en gran medida, la enseñanza bíblica acerca del Día del Juicio. Una persona trató de evitar este problema al sugerir que, en lugar de haber un solo Día del Juicio cuando Cristo vuelva, todo hombre enfrenta su propio «día del juicio» cuando muere. Sin presentar un estudio detallado del Día del Juicio, se presentan a continuación algunos pasajes típicos a considerar:

1. La Biblia habla a menudo de «el día del juicio» (Mt 10.15; 11.22, 24; 12.36; 2 P. 2.9; 3.7; 1 Jn 4.17) y «el juicio del gran día» (Jud 6). Pablo dijo que Dios «ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó» (Hch 17.31). Jesús llamó a este día especial «el día postrero» (Jn 6.39–40, 44, 54; 11.24; 12.48).

2. El día del juicio comenzará con la venida de Cristo «en su gloria, y todos los santos ángeles con él» (Mt 25.31a). «[Entonces] se sentará en su trono de gloria» (Mt 25.31b). Los muertos serán resucitados, tanto los justos como los injustos (Jn 5.28–29; vea Ap 20.13a).

3. Todos comparecerán ante el trono (Ap 20.11–12; vea Mt. 25.32a), y todos serán juzgados (Ap 20.12–13). Esto incluye a los justos. En unas palabras escritas a cristianos, Pablo dijo: «Porque *todos* compareceremos ante el tribunal de Cristo» (Ro 14.10; énfasis nuestro). Nuevamente, escribió: «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, *sea bueno o sea malo*» (2 Co 5.10; énfasis nuestro).

4. Cuando los hombres comparezcan delante de Su trono de juicio, Jesús...

... apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA TERCERA PASCUA
A SU ARRIBO A BETANIA: EN PEREA

de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo [...] Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles [...] E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna (Mt 25.32–46; vea Ap 20.15; 21.1–4).

Puede que usted y yo estemos en desacuerdo acerca del estado presente de los muertos, sin embargo, espero que podamos coincidir en que habrá un gran Día del Juicio. «La vida en esta tierra está avanzando a toda velocidad hacia ese evento culminante».¹⁴

¹⁴David L. Roper, *Revelation 12—22 (Apocalipsis 12—22)*, Truth for Today Commentary, ed. Eddie Cloer (Searcy, Ark. Resource Publications, 2002), 350.

SECCIÓN IV

A TRAVÉS DE PALESTINA

Incluye una armonía de

Mt 19.3—20.34

Mr 10.1—52

Lc 17.11—19.27

Jn 11.1—54

Ahora veremos a Jesús en Su recorrido final de Palestina. Él viajó de Perea a Betania, de Betania al desierto, y del desierto a Samaria y Galilea. Finalmente, Él empezó el camino a Jerusalén, en camino a la cruz. Sabiendo que Su tiempo en la tierra se acercaba a su fin, Cristo intensificó Su enseñanza. La mayoría de las enseñanzas estaban dirigidas a Sus discípulos, y muchas estaban relacionadas a los fariseos (vea Lc 17.20; 18.10; Jn 11.46). Todo se relacionaba de una u otra manera, a la importancia de las actitudes apropiadas. Los seguidores del Señor en el primer siglo requería ajustes de actitud, aún como nosotros hoy en día.

A BETANIA (JN 11.1–53)

La resurrección de Lázaro (Jn 11.1–46)

¹Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. ²(María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) ³Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. ⁴Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

⁵Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. ⁶Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. ⁷Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. ⁸Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? ⁹Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; ¹⁰pero el

que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él. ¹¹Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. ¹²Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. ¹³Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. ¹⁴Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; ¹⁵y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él. ¹⁶Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él.

¹⁷Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. ¹⁸Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; ¹⁹y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. ²⁰Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. ²¹Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. ²²Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. ²³Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. ²⁴Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. ²⁵Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. ²⁶Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? ²⁷Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.

²⁸Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama. ²⁹Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él. ³⁰Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. ³¹Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí. ³²María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. ³³Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, ³⁴y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. ³⁵Jesús lloró. ³⁶Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba. ³⁷Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al

ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?

³⁸Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima.

³⁹Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. ⁴⁰Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?

⁴¹Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. ⁴²Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. ⁴³Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! ⁴⁴Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.

⁴⁵Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. ⁴⁶Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho.

El ministerio de Jesús en Perea fue interrumpido por un urgente mensaje venido de Betania (Jn 11.1), ciudad que se ubicaba cerca de Jerusalén (Jn 11.18). Dos amigas de Jesús, María y Marta, enviaron a decir que Lázaro, el hermano de ellas, estaba enfermo (Jn 11.3). Sorprendentemente, Jesús esperó dos días para responder al llamado (Jn 11.6). Juan recalcó que la demora no se debió a indiferencia de Su parte; pues Cristo amaba a este hombre y a sus dos hermanas (Jn 11.5). La demora tampoco tuvo como propósito tener certeza de que Lázaro estuviese muerto antes que Jesús llegara a Betania. Al considerar el hecho de que, cuando Cristo por fin llegó a Betania, Lázaro ya tenía cuatro días de muerto (Jn 11.17, 39), aun si Jesús hubiera salido tan pronto como el mensaje llegó, es probable que no hubiera habido posibilidad humana de llegar donde Su amigo antes que muriera. En vista de que no sabemos si los cuatro días (Jn 11.17) fueron cuatro días enteros, ni si la demora de dos días (Jn 11.6) fue de dos días enteros, no podemos ser dogmáticos sobre esto; sin embargo, no parece probable que Jesús pudiera haber llegado a Betania antes que Lázaro muriera.

Si los días de demora fueron dos días enteros, y si Jesús sólo se encontraba a un día de viaje desde Betania, entonces Lázaro murió poco después que los mensajeros salieron. Si Jesús se encontraba a dos días, Lázaro murió cerca de la hora en que los mensajeros llegaron a Jesús. Si Jesús estaba a tres días, entonces aún si Él hubiera emprendido la marcha tan pronto como recibió el mensaje, Lázaro habría muerto mientras Él se encontraba en el camino de regreso a Betania. Tal vez la espera de dos días tuvo como propósito no dejar duda alguna en la mente de nadie de que Lázaro estaba *realmente* muerto (Jn 11.39). Esta no sería una resucitación, sino una resurrección.

Cual haya sido la razón para la demora, los planes y propósitos de Dios usarían la tragedia para demostrar, más allá de toda duda razonable, que Jesús era Su Hijo (Jn 11.4, 15, 42). Al leer la narración, preste atención a la palabra **entonces** (Jn 11.16, 20, 32–33, 45). Esa palabra no sólo indica la secuencia de los eventos, sino que también recalca que detrás de todo lo ocurrido hubo una razón. Se estaba cumpliendo un propósito divino.

A la resurrección de Lázaro se le ha llamado «el milagro cumbre del ministerio de Cristo».¹ Ya estudiamos dos relatos anteriores en los cuales Jesús resucitó muertos: el hijo de la viuda de Naín (Lc 7.11–17) y la hija de Jairo (Mr 5.22–24, 35–43), pero los autores usaron una economía de palabras para informar de tales sucesos. Es todo un capítulo el que se dedica a la resurrección de Lázaro y a lo sucedido posteriormente. Esta resurrección fue diferente: no ocurrió en la lejana Galilea, sino en el patio de los enemigos de Jesús. Sería un milagro que nadie podría negar (Jn 11.47), un milagro que llenaría la región de asombro (Jn 12.9), y un milagro que produciría fe aun entre los enemigos de Jesús (Jn 11.45; 12.11). Sería el suceso específico que determinaría el destino de Cristo (Jn 11.47–53).

Dos días después que llegó el mensaje, Jesús anunció Su intención de volver a Judea (Jn 11.7). Sus discípulos le recordaron el peligro que acechaba allí (Jn 11.8; vea Jn 10.31, 39). Al no poder disuadir a Su Maestro, decidieron acompañarlo, aunque estaban

¹Edmund P. Clowney, Jr., *The Life of Christ (La vida de Cristo)* (Grove City, Pa.: Visuals, 1953), 31. Esta fue la séptima «señal» de Juan.

seguros de que ellos iban a su muerte (Jn 11.16). El que habló fue Tomás, que también era conocido como «Dídimo», que significaba «el gemelo». Es probable que tuviera un hermano gemelo.

Cuando Cristo llegó a los alrededores de Betania (Jn 11.30), fue recibido por Marta (Jn 11.20). Las palabras que dijo al verle, expresan la fe que ella tenía en el poder general de Él y en el poder especial para sanar (Jn 11.21–22). Aparentemente, ella no tenía la menor idea de las intenciones del Señor de resucitar a Lázaro (Jn 11.24, 39). El diálogo entre Marta y Jesús contiene dos aseveraciones memorables.

La primera aseveración es una audaz afirmación: Jesús le dijo: **Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente** (Jn 11.25, 26). Esta es otra de las grandes aseveraciones «Yo soy» del Señor. Tal afirmación sería el colmo de la audacia de Jesús si Él no fuera lo que afirmaba ser: el santo Hijo de Dios. Con esta aseveración, Cristo estaba diciendo esencialmente que el que cree en Él será resucitado a la vida y no morirá espiritualmente, y al final gozará vida eterna.

La segunda aseveración es una afirmación de alguien que creía: Ella le dijo: **yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo** (Jn 11.27). La triple confesión de Marta expresa un asombroso entendimiento de lo que Jesús era. Esta confesión merece un lugar junto a la confesión que hizo Pedro en Cesarea de Filipo (Mt 16.16).

Después que María se unió a Marta y Jesús, estos y un montón de dolientes fueron al sepulcro donde Lázaro había sido puesto. Cuando Cristo vio las lágrimas que se derramaban, Él **se estremeció en espíritu y se conmovió** (Jn 11.33). Las palabras griegas que se traducen por «se estremeció en espíritu» y «se conmovió» son usadas a menudo en los evangelios de un modo negativo para referirse al enojo de Jesús. Se ha insinuado que a Él no le gustó el excesivo llanto que exigía la costumbre. También es posible que estuviera enojado por el hecho de que el pecado había entrado en el mundo, dando como resultado la muerte y el dolor, la clase de dolor que estaba observando. Las palabras, no obstante, podrían sencillamente dar a entender que le afectaba el hecho de que a Sus amigos les afectara [la muerte de Lázaro].

Luego vienen las palabras que muchos de nosotros conocemos **Jesús lloró** (Jn 11.35). Debido a su brevedad, a menudo es uno de los primeros que memorizan los niños.² Los que estaban cerca de Él creyeron que lloraba porque había perdido un amigo (Jn 11.36), pero esto es poco probable; en cuestión de momentos, Él se vería al lado de Lázaro. Aparentemente, lloró porque Sus amadas María y Marta estaban llorando; derramó lágrimas de compasión. Hoy, todavía podemos poner la mirada en Aquel que puede «compadecerse de nuestras debilidades» (He 4.15). También se ha insinuado que parte de la tristeza de Jesús tenía que ver con el hecho de que estaba sacando a Lázaro del estado bendito de los muertos justos (Lc 16.23) para ponerlo otra vez en un mundo de tristeza y de pecado. Lázaro tendría que experimentar más adelante el dolor de la muerte otra vez.

Cristo hizo que quitaran la piedra de la entrada del sepulcro (Jn 11.38–39). Después de orar a Dios, **llamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!** (Jn 11.43). McGarvey escribió: «Se ha dicho alegremente que llamó a Lázaro por nombre, porque de otro modo se hubieran levantado todos los muertos».³ ¿Puede usted imaginarse el asombro de la gente y el gozo de María y de Marta, cuando Lázaro **salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario** (Jn 11.44.)

Entre los que presenciaron este extraordinario evento había individuos que Juan identificó como **los judíos** (Jn 11.19, 31, 33). En esta parte de su evangelio, Juan normalmente usó esta frase para referirse a los dirigentes judíos, y así parece que fue en este caso. El hecho de que tales individuos viajaron hasta Betania para acompañar a María y Marta en la pérdida de Lázaro, es indicio de que esta familia era tenida en alta estima en la comunidad. Esto habría hecho más significativo el impacto de la resurrección de Lázaro sobre la región (Jn 12.9–11).

Quienesquiera que hayan sido «los judíos», lo cierto es que

²N. de la T.: El autor indica que, en inglés este es el versículo más corto de la Biblia. Sin embargo, en español el versículo más corto es Deuteronomio 5.17 «No matarás».

³J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (Los cuatro relatos del evangelio o la armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati. Standard Publishing Co., 1914), 526.

algunos eran de corazón sincero y fueron movidos a creer por el asombroso milagro (Jn 11.45). Sin embargo, hubo otros que volvieron a Jerusalén y les dijeron a los fariseos **lo que Jesús había hecho** (Jn 11.46).

El decreto del concilio (Jn 11.47–53)

⁴⁷Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: **¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales.** ⁴⁸Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. ⁴⁹Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: **Vosotros no sabéis nada;** ⁵⁰ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. ⁵¹Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; ⁵²y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. ⁵³Así que, desde aquel día acordaron matarle.

Se convino en llevar a cabo una sesión especial del sanedrín o el **concilio** (Jn 11.47). No mucho tiempo atrás, Cristo había hablado de los que no «se [persuadirían] aunque alguno se levantara de los muertos» (Lc 16.31). En lugar de producir fe, la resurrección de Lázaro de entre los muertos produjo pánico en aquellos dirigentes de corazón endurecido.

La preocupación del concilio no era investigar si un milagro había ocurrido, ni si Jesús era realmente quien afirmaba ser. Ellos no negaban que Jesús hacía milagros (Jn 11.47), incluido el de resucitar a los muertos.

Lo que les preocupaba eran sus trabajos y su estatus de privilegio (vea Jn 11.48): Si a Jesús no se le detenía, pronto todo el país estaría agitado. Esto podría hacer que los romanos impusieran restricciones más severas sobre la nación, y si esto ocurría (¡horror de horrores!), ellos podían perder sus puestos de autoridad.

Sólo veían una solución a su problema: Jesús tenía que morir.

El sumo sacerdote Caifás dijo al concilio: **nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca** (Jn 11.50). La manera como Caifás dijo las palabras, daba a entender que Jesús debía ser muerto con el fin de que la clase privilegiada de los judíos pudiera conservar su autoridad bajo la ocupación romana. No obstante, Juan observó que, gracias a la posición de sumo sacerdote de Caifás, Dios estaba usando el cinismo de este para expresar algo totalmente diferente. «Sin darse cuenta de lo que decía, el sumo sacerdote anunció la muerte sustitutiva de Cristo por Israel y por todos los gentiles...».⁴

El versículo 49 dice que Caifás era el sumo sacerdote «aquel año». Esto no significa «únicamente aquel año», porque él ocupó ese puesto desde el 18 al 36 d. C., sino que lo era «ese año *en particular*» (en otras palabras, el año que Jesús murió).

Así que, desde aquel día acordaron matarle (Lc 17.53; vea también 11.57). Por algún tiempo, los hombres habían querido dar muerte a Jesús (vea Jn 5.18; 7.1), pero esta vez era diferente. Los ataques anteriores habían sido esporádicos; esta vez los enemigos de Cristo no descansarían hasta verlo muerto. Los anteriores ataques para ejecutar a Jesús habían sido personales y no oficiales; por lo tanto, los esfuerzos estarían bajo los auspicios de los dirigentes del concilio.

La diferencia más importante, sin embargo, no se advertía de inmediato. Anteriormente, los que encabezaban los esfuerzos para matar a Cristo habían sido los fariseos (Mr 3.6), pero los que dominaban el sanedrín eran los saduceos. Los saduceos no creían en la resurrección (Mt 22.23) y por lo tanto hubieran estado particularmente molestos por los informes acerca de la resurrección de Lázaro. A partir de ahora, serían los *saduceos* los que encabezarían los esfuerzos para planear la muerte de Jesús. Ellos tenían los contactos políticos para hacer lo que los fariseos no habían podido.

⁴Robert L. Thomas, ed., y Stanley N. Gundry, ed. assoc., *A Harmony of the Gospels (Armonía de los evangelios)* (Chicago: Moody Press, 1978), 161.

RECORRIDO FINAL DE PALESTINA (LC 17.11b; JN 11.54)

Retiro a la ciudad de Efraín (Jn 11.54)

⁵⁴Por tanto, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se alejó de allí a la región contigua al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y se quedó allí con sus discípulos.

Una vez más, Jesús se retiró de los alrededores de Jerusalén. Él y Sus discípulos se retiraron a **Efraín**, cerca del desierto de Judea (Lc 17.54). Muchos autores opinan que esta pequeña ciudad se encontraba al noreste de Judea, cerca del accidentado terreno que bajaba al valle del Jordán.

Paso por Samaria y Galilea (Lc 17.11b)

^{11b}. . . [ÉL] pasaba entre Samaria y Galilea.

No sabemos cuánto tiempo se quedó Jesús en Efraín. En algún momento, los apóstoles se alejaron aún más hacia el norte. Según Lucas, **Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea** (Lc 17.11b). Esto podría traducirse así: «Pasó por en medio de Samaria y de Galilea». Los eruditos no están seguros si fue que Jesús pasó propiamente por en medio de Samaria y de Galilea, o si fue que simplemente llegó hasta el límite de las dos regiones (viniendo tal vez de Perea). Tal vez volvió a visitar a los discípulos de Samaria y de Galilea con el fin de darles ánimo.

VIAJE FINAL A JERUSALÉN (MT 19.1—20.34; MR 10.1—52; LC 17.11—19.27)

Al fin llegaba el momento de la celebración de la fiesta de la pascua, y los peregrinos emprendían la marcha hacia Jerusalén (Jn 11.55). Es probable que Cristo y los doce se hubieran unido a una caravana de viajeros que se desplazara hacia el sur por la margen oriental del río Jordán (Lc 17.11a). Por lo menos le

rodeaba una multitud mientras hacía el viaje. Es probable que algunas de las mujeres que le sirvieron en Galilea también viajaran con la multitud (Mt 27.55; Mr 15.41). En este viaje hacia la celebración, «es probable que fuera como un Rey asistido por Su propio séquito, tal como Sus hermanos le habían recomendado [...] anteriormente [Jn 7.1–6]». ⁵ Las enseñanzas y actividades de Jesús durante este último viaje son dadas en detalle.

Sanidad de diez leprosos (Lc 17.12–19)

¹²Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos ¹³y alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! **¹⁴Cuando él los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados. ¹⁵Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, ¹⁶y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano. ¹⁷Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¹⁸¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? ¹⁹Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado.**

Todo parece indicar que de los eventos que se consignan de este viaje, el primero tuvo lugar en la porción norte de Perea, al pasar los límites de Galilea y de Samaria (Lc 17.11). Al llegar a cierta aldea, Jesús se encontró con diez leprosos (Lc 17.12–13). Uno de ellos era samaritano (Lc 17.16); es probable que los demás fueran judíos. Una enfermedad incurable había derribado las murallas del racismo (Jn 4.9).

Después que Cristo sanó a los diez hombres (Lc 17.14), el samaritano fue el único que volvió para expresar su agradecimiento (Lc 17.15–16). La reacción del Señor constituye una acusación para todo el que omita apreciar las bendiciones que ha recibido y omita dar la gloria a Dios. Esto fue lo que dijo:

⁵Robert Duncan Culver, *The Life of Christ (La vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 196.

¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? (Lc 17.17). Pablo dijo que todos necesitamos tener una «actitud de acción de gracias» (Col 4.2).

Enseñanza sobre el reino (Lc 17.20–37)

²⁰Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ²¹ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros.

²²Y dijo a sus discípulos: Tiempo vendrá cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. ²³Y os dirán: Helo aquí, o helo allí. No vayáis, ni los sigáis. ²⁴Porque como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día. ²⁵Pero primero es necesario que padezca mucho, y sea desechado por esta generación. ²⁶Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. ²⁷Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. ²⁸Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; ²⁹mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. ³⁰Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste. ³¹En aquel día, el que esté en la azotea, y sus bienes en casa, no descienda a tomarlos; y el que en el campo, asimismo no vuelva atrás. ³²Acordaos de la mujer de Lot. ³³Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará. ³⁴Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado. ³⁵Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada. ³⁶Dos estarán en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado. ³⁷Y respondiendo, le dijeron: ¿Dónde, Señor? Él les dijo: Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas.

Junto con la multitud viajaban los infaltables críticos de Jesús, esto es, los fariseos, que le preguntaron cuándo había de

venir el reino de Dios (Lc 17.20a). Es probable que hicieran esta pregunta con burla, como parte de la continua campaña que hacían ellos para desacreditarlo (Lc 11.54). Es posible que, al ser influenciados por la expectación que había en el ambiente, ellos hicieran la pregunta con sinceridad; pero esto es poco probable. Es fácil imaginarse que se burlaban de Jesús con palabras como estas: «Cuando comenzaste tu ministerio, dijiste que el reino se había acercado [Mt 3.2]; sin embargo, ya han pasado tres años y no ha habido ni señal de él. Entonces, ¿cuándo *es* que va a aparecer?». Al igual que el resto de los judíos, tenían en mente un reino material que vendría con pompa y solemnidad.

Dando muestras de una gran paciencia, Cristo hizo referencia una vez más a la naturaleza espiritual de Su reino. Primero dijo: **El reino de Dios no vendrá con advertencia** (Lc 17.20b). Los judíos esperaban ver una advertencia externa y no una conversión interna. Las palabras de Cristo siguen teniendo aplicación hoy. Al aseverar que «el reino de Dios no vendrá con advertencia», «Con estas palabras, Jesús dejó en el más completo desconocimiento a quienes se esfuerzan por predecir el momento de Su regreso con base en comparar profecías con eventos contemporáneos...».⁶

Luego, el Señor dijo: **he aquí el reino de Dios está entre vosotros** (Lc 17.21b). Las palabras griegas que se traducen por «entre vosotros» pueden significar «dentro de vosotros» (ἐντός ὑμῶν ἐστίν, *entos humōn estin*; vea KJV). Si este es el significado, Jesús estaría diciendo que el reino (el gobierno de Dios) es interno, no externo. Sin embargo, si las palabras se han de aplicar a los fariseos, es más correcto que significara «entre vosotros». Aunque el reino, esto es, la iglesia no se establecería realmente sino hasta varias semanas después, Aquel que pronto sería Rey, ya estaba presente «entre [ellos]».

Cristo dejó de concentrarse en Sus enemigos para dirigirse a Sus discípulos y hablarles acerca de Su segunda venida. Tal vez el escepticismo de los fariseos le recordó ese día cuando todos los incrédulos serán castigados. Puede que el asedio de los fariseos lo hizo recordar la persecución que Sus seguidores tendrían que

⁶John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Armonía de los evangelios para laicos)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 227.

soportar, motivándolo a asegurarles a estos que, al final, serían reivindicados. Cual fuera la razón para cambiar de tema, lo cierto es que se entregó de lleno a un prolongado discurso sobre Su venida al final de los tiempos. Entre otras cosas, esto fue lo que dijo a Sus apóstoles:

Su venida será visible. Cuando anhelaran Su regreso (Lc 17.22), no debían dejarse engañar por afirmaciones en el sentido de que ya vino en secreto; porque cuando Él venga, todos lo sabrán (Lc 17.27–30).

Su venida será repentina (Lc 17.27–30). Por lo tanto, a muchos los tomará sin estar preparados (Lc 17.34–36).

El discurso que presentó Cristo en esta ocasión, adelantó enseñanzas que daría más adelante. Es parecido al que se presenta en Mateo 24. Compare los siguientes versículos:

Lc 17.24 / Mt 24.27

Lc 17.26, 27 / Mt 24.37–39

Lc 17.31 / Mt 24.17

Lc 17.35 / Mt 24.41

Lc 17.37 / Mt 24.28

Ambas la segunda venida y la destrucción de Jerusalén son discutidas en Mateo 24 (vers.^{os} 1-3) y las enseñanzas sobre los dos eventos se traslapan. Del mismo modo, puede que parte del lenguaje de Lucas 17.22–37 anticipe la destrucción de Jerusalén, un tipo de la Segunda Venida.

Algún material característico de Lucas 17 no se encuentra en Mateo 24. Por ejemplo, en Lucas 17, Jesús usó la destrucción de Sodoma y Gomorra para advertir a Sus oyentes que debían estar preparados para Su venida.

Una aseveración clave de este discurso se encuentra en el versículo 25: **Pero primero es necesario que padezca mucho, y sea desechado por esta generación.** Jesús no quería que Sus discípulos perdieran de vista el hecho de que, aunque eran emocionantes días los que les esperaban en el futuro distante, Él *primero* tenía que morir.

Parábolas sobre la oración (Lc 18.1–14)

Eran tiempos difíciles los que esperaban a Cristo (Lc 17.25) y a Sus seguidores (Lc 18.7), tiempos que sólo estando cerca de Dios se podrían soportar. Jesús pasó al tema de la oración.

La parábola de la viuda perseverante
(Lc 18.1–8)

¹También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, ²diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. ³Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. ⁴Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, ⁵sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. ⁶Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ⁷¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? ⁸Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?

Cristo comenzó refiriéndoles **una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar** (Lc 18.1). Habló acerca de **un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre** (Lc 18.2), y que no obstante concedió la petición de una viuda gracias a la perseverancia de ella (Lc 18.3–5). A esta se le llama a veces «la parábola de la viuda pertinaz». «Pertinaz» se refiere a alguien «obstinadamente insistente». La aplicación general es que si el juez de corazón duro fue motivado de tal manera, ¡cuánto más se motivará un Padre amoroso a responder las peticiones de Sus hijos! Cristo también tenía un asunto especial que hacerles ver a Sus discípulos: Cuando fueran oprimidos, en lugar de desmayar, debían confiar en Dios, porque Él al final hará justicia (Lc 18.7–8a; compare con Ap 6.9–11).

Consciente de la presión que Sus seguidores habían de

soportar, Jesús se preguntó en voz alta, diciendo: **cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?** (Lc 18.8b). En este contexto, esto significa: «¿Hallará la clase de fe que continúa orando a Dios aun cuando las cosas se ponen difíciles?».

La parábola del fariseo y el publicano
(Lc 18.9–14)

⁹A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: ¹⁰Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. ¹¹El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ¹²ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. ¹³Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. ¹⁴Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.

No basta con orar; debemos tener una actitud apropiada cuando oramos. Por lo tanto, Cristo refirió una segunda parábola a **unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros** (Lc 18.9). Estas palabras describían vívidamente a los fariseos; sin embargo, es probable que el Señor estuviera más preocupado por otros que estaban siendo influenciados por aquellos dirigentes que se jactaban de su propia justicia (Lc 12.1). Era poco probable que las enseñanzas de Jesús cambiaran las actitudes de los fariseos en sí, pero puede que haya tenido la esperanza de influir en las actitudes de los que admiraban a estos. Los autores señalan que, en vista de que las parábolas fueron concebidas para dar enseñanzas indirectas, es probable que Jesús no hubiera usado la ilustración de un fariseo si Su propósito primordial era cambiar a los fariseos.

La conocida parábola se refiere a un pomposo fariseo que convirtió una sesión de oración en un «soliloquio de

autofelicitaciones»⁷ (Lc 18.11–12). Contrastó a este con un publicano (recaudador de impuestos) que simplemente dijo: **Dios, sé propicio a mí, pecador** (Lc 18.13). Jesús concluyó la parábola, diciendo: **Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido** (Lc 18.14). Cuando oramos, debemos tener la actitud de la humildad.

APLICACIÓN:

«DIOS, SÉ PROPICIO» (LC 18.9–14)

Una maestra de Biblia de la escuela primaria leyó la parábola del fariseo y el publicano en Lucas 18.9-14 a sus pequeños estudiantes. Ella explicó la necesidad de evitar la arrogancia del fariseo y de cultivar la humildad del publicano. Cuando terminó, dirigió a su clase en oración, diciendo: «Señor, te damos gracias que no somos como el fariseo...». Cuando uno está tratando de hacer lo bueno, siempre existe el peligro de cometer el mismo error del fariseo.

Muchos de nosotros hemos oído la parábola del fariseo y el publicano desde la niñez. No obstante, todavía necesitamos que se nos recuerden las verdades que enseña. Puede que incluso no estemos conscientes de una o dos lecciones contenidas en el relato.

Dos personajes

El propósito de las parábolas de Jesús no siempre resulta claro al momento de referirlas, pero esta vez, tal propósito se asevera en el texto: «A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo [...] esta parábola» (Lc 18.9). Cristo reforzó este propósito con el resumen que hizo al final: «... porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido» (Lc 18.14b). A Jesús le gustaba recalcar la verdad de Lucas 18.14b (vea Lc 14.11; Mt 23.12).

Como ejemplo de uno que se enaltecía a sí mismo, Jesús usó a un fariseo. Como ejemplo de humildad, usó a un publicano.

⁷H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 179.

Es probable que escogiera a los dos porque representaban dos extremos de la sociedad judía: El fariseo se encontraba en el peldaño más alto de la escala moral, religiosa y social, mientras que el publicano se encontraba en el último peldaño de abajo. Para recibir toda la influencia que esta parábola puede ejercer en nosotros, es necesario que conozcamos algo acerca de estos dos hombres.

Personalidad número uno: el fariseo

Comencemos por el principio: las primeras palabras de la parábola son «Dos hombres subieron al templo a orar» (Lc 18.10a). Dios se había propuesto que el templo fuera «casa de oración» (Lc 19.46). Los judíos devotos que vivían cerca del templo iban allí a orar; los que vivían a gran distancia oraban en dirección al templo. Los hombres y las mujeres judíos se reunían en el templo por lo menos tres veces al día para orar. Algunos autores dicen que estas reuniones para orar se llevaban a cabo cuatro veces al día. Además de las horas establecidas, los judíos también podían ir en otros momentos cuando desearan orar. Dos de estas veces eran cuando se hacían los sacrificios. Tanto hombres como mujeres se reunían en el patio de las mujeres para orar; pero los hombres, si así lo deseaban, podían entrar en el atrio de Israel y así acercarse más al altar de los holocaustos. No es extraño oír que «dos hombres [subieran] al templo a orar».

Uno era «fariseo» (Lc 18.10b). Nuevamente, no causa extrañeza que un fariseo fuera al templo a orar. Los fariseos eran sumamente concienzudos en cuanto a sus ritos religiosos.

Los que conocen los evangelios saben que los principales villanos de estas narraciones son los fariseos. Hay quienes creen que el Espíritu Santo inspiró a los autores de los evangelios para revelar la maldad de los fariseos debido a que, para el tiempo en que los evangelios se escribieron (h. 60–65 d. C.), los fariseos constituían una fuente importante de agitación para la iglesia, tanto a lo interno (vea Hch 15.5) como a lo externo (Hch 23.6).

No obstante, para apreciar esta parábola en su totalidad, debemos entender que los judíos consideraban a los fariseos como guardianes de lo que era bueno, decente y honorable. Tomaban con seriedad servir a Dios y conservar lo que consideraban «las

sagradas tradiciones». En un mundo donde las costumbres antiguas no eran tan reverenciadas como en el pasado, los fariseos se mantenían como bastiones de estabilidad.

No tenemos motivo para dudar de la evaluación que hizo el fariseo de sí mismo en los versículos 11 y 12. Suponiendo que no se equivocó en ello, puede observarse que era un hombre de elevados principios morales: no era un estafador: era íntegro en todas sus transacciones de negocios. No era injusto: trataba a los demás con imparcialidad. No eran así todos los fariseos (vea Mt 23.14), pero es probable que este sí fuera imparcial. No era adúltero: era fiel a sus votos matrimoniales. Además, creía en cumplir la ley de Dios. De hecho, trataba de ir más allá de lo mandado por la ley: La ley prescribía un día de ayuno al año: el día de la expiación (Lv 16.29–30); pero los fariseos ayunaban 104 veces al año (todos los lunes y jueves ; vea Mt 6.16). Por otro lado, la ley mandaba que se dieran diezmos (10 por ciento) del grano, del vino, del aceite y de los rebaños (vea Dt 14.22–23); pero los fariseos daban diezmos de *todo* lo que poseían, aun de las más diminutas yerbas del huerto (vea Mt 23.23).

El fariseo habría sido un buen vecino. Era un ciudadano responsable, un hombre de buena reputación, un padre de familia y una persona de profundas convicciones religiosas. Si alguien lo veía en el templo y le preguntaba por qué estaba allí, sin duda se volvería sorprendido y diría: «¿Dónde más habría de estar?». Esto es lo que hoy diríamos de un hombre así: «Está allí cada vez que abren las puertas». Como ya lo dije, no nos debería causar extrañeza enterarnos de que el fariseo subió al templo a orar.

Personalidad número dos: el publicano

Por otro lado, sí es causa de asombro enterarse de que un recaudador de impuestos subió al templo a orar. Si alguien había que uno *no* esperaba encontrar en el templo, ese era un recaudador de impuestos.

En la KJV se llama «publicano»⁸ a este hombre, un término que tiene poco sentido para los que no conozcan la terminología de esa versión de la Biblia. Las traducciones modernas tratan

⁸N. del T.: El mismo término que usa la Reina-Valera.

de remediar esta deficiencia usando términos tales como «cobrador de impuestos» y «recaudador de impuestos». Estos términos pueden tener sentido en países donde la corrupción gubernamental es cosa de todos los días y donde el soborno de funcionarios de gobierno es considerado parte del costo de hacer negocios. Al mismo tiempo, tales términos pueden hacer que la gente de los Estados Unidos se imagine a un agente del IRS,⁹ una figura que no corresponde a la verdadera naturaleza de un publicano. Convienen, entonces, un par de explicaciones relacionadas con los publicanos o recaudadores de impuestos.

Roma tenía un curioso método para recaudar impuestos. Por lo general, los funcionarios estimaban que una región podía generar cierta suma y luego concedían al mejor postor el derecho de recaudar los impuestos de ella. Siempre y cuando el contratista pagara a Roma la suma acordada, él estaba en libertad de retener el resto para sí mismo. En vista de que no había manera expedita de divulgar información en tiempos anteriores a los diarios, la radio y la televisión, pocos sabían cuánto estaban obligados a pagar. El recaudador de impuestos podía obtener cuantiosas ganancias.¹⁰

Era un arreglo predispuesto para el abuso. Había cientos de maneras como un codicioso recaudador de impuestos podía defraudar a la gente. «Había un impuesto territorial [...] una contribución de capitación y un impuesto sobre la propiedad personal [...] había derechos de exportación y de importación, había peajes a pagar en los puertos, los caminos, los puentes, las entradas a la ciudad y así por el estilo».¹¹

A la manera de pensar de los judíos, cuando un conciudadano llegaba a ser recaudador de impuestos, se convertía en traidor y ladrón. El publicano de Lucas 18 se consideraba a sí mismo «pecador» (Lc 18.13), y no habría quien tratara de convencerlo de lo contrario (vea Lc 19.5–7). Al recaudador de impuestos se

⁹N. del T.: Las siglas «IRS» se refieren al «Internal Revenue Service», la agencia del gobierno de los Estados Unidos que está autorizada para recaudar el impuesto sobre la renta.

¹⁰William Barclay, *And Jesus Said (Y Jesús dijo)* (Philadelphia: Westminster Press, 1970), 101.

¹¹Neil R. Lightfoot, *The Parables of Jesus, Part 2 (Las parábolas de Jesús, Parte 2)* (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1965), 46.

le consideraba parte de la escoria de la sociedad y era rechazado por la gente respetable. Por lo general, el publicano *no* sería la persona que uno hubiera querido como vecino. No obstante, un recaudador de impuestos subió al templo a orar.

No conocemos el motivo que impulsó a este hombre a venir al templo. Creo no equivocarme al decir que no fue por hábito. Los que viven estilos de vida impíos no acostumbran asistir a los servicios religiosos; porque estos tienden a incomodarlos. Sin embargo, hubo algo que hizo consciente de su condición pecaminosa a este hombre, y de la necesidad que él tenía de Dios. Puede que le hubiera sobrevenido una tragedia: tal vez había perdido su salud, o tal vez un ser querido había muerto y de repente se dio cuenta de que el sentido de la vida no se encontraba en hacer dinero. Tal vez, acababa de pasar una larga, negra y fría noche de vigilia en la que examinó su vida y no le gustó lo que vio. Cual haya sido la razón, lo cierto es que este marginado social subió al templo a orar.

Dos oraciones

Capte usted la escena en su mente.

[Primero, llega el fariseo] a la hora en que precisamente comienza la oración. Este sube majestuosamente por las gradas [del templo] con la frente en alto y atrayendo las miradas de todos los presentes. Entra en el atrio de Israel y se acerca al altar del holocausto. Se yergue, exhibe sus anchas filacterias, mira a los que le rodean, y [se dispone] a decir ciertas palabras conocidas.¹²

Luego, entra el recaudador de impuestos, tratando de pasar desapercibido. Al pasar por entre la multitud, la gente lo empuja. Las miradas se encienden y los puños se cierran.¹³ Casi puedo oír el murmullo, que dice: «Y ese, ¿qué hace aquí?». El hombre encuentra un lugar aislado, baja la vista y comienza a orar.

¹²Ibíd.

¹³Esta oración fue adaptada de Clovis G. Chappell, *Sermons from the Parables (Sermones tomados de las parábolas)* (New York: Abingdon-Cokesbury Press, 1933), 106.

Oración número uno: el fariseo

Con esta escena en mente, examinemos la descripción que hace Jesús del primer hombre: «El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo» (Lc 18.11a). No hay reparo en que estuviera de pie mientras oraba; esa era y es una posición corriente para orar (1 R 8.22; Mr 11.25; NASB). Es probable que se pusiera de pie donde pudiera ser visto (vea Mt 6.5). No obstante, puede que haya reparo en las palabras «consigo mismo». Esta frase podría significar que oraba en silencio, pero esto no era característico de los fariseos. A ellos les gustaba «[ser oídos] por su palabrería» (Mt 6.7). Mateo 6.7 se refiere a los gentiles, pero muchos comentaristas piensan que esta es una acusación contra los fariseos, que imitaban a los gentiles en este aspecto (vea Lc 20.47). Es probable que la frase «consigo mismo» sea indicio de que, aunque la oración se dirigía formalmente a Dios, en realidad se dirigía a sí mismo.

La oración comenzó bien, pues dijo: «Dios, te doy gracias» (Lc 18.11b). Reconocía a Dios y le expresaba acción de gracias (Mt 6.9; Fil 4.6). Si el fariseo se hubiera detenido aquí, podría haber descendido «a su casa justificado» (Lc 18.14), pero la oración siguió.

«Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres» (Lc 18.11b, c). Esto era cierto; su estilo de vida era mejor que el del hombre medio y él deseaba que el mundo lo supiera. Hizo una lista de las clases de gente en que estaba pensando: «ladrones, injustos, adúlteros» (Lc 18.11d). Luego miró a su alrededor. A lo lejos, vio al recaudador de impuestos. No sé cómo supo que aquel era un recaudador de impuestos. Es probable que el publicano no llevara puesto un uniforme que lo distinguiera como tal, ni que portara un rótulo que dijera: «Soy recaudador de impuestos». Lo más probable es que el fariseo lo reconociera como el hombre que acababa de aprovecharse de él cobrándole una exorbitante contribución. Es probable que, cuando el fariseo dijo: «ni aun como este publicano» (Lc 18.11e), él frunciera el entrecejo y señalara al otro hombre.

No señaló a sus iguales fariseos que habrían estado de pie en la misma zona, ni a otros que asistían regularmente al templo y que estaban cerca, sino a un recaudador de impuestos que «[estaba] lejos» (Lc 18.13). Cuando los hombres desean lucir bien,

por lo general se comparan con lo peor, no con lo mejor.

Después de enumerar lo que *no* hacía, el fariseo mencionó lo que *sí* hacía, diciendo: «... ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano» (Lc 18.12). Es probable que añadiera otras virtudes a la lista. El tiempo en que se usa el verbo que se traduce por «oraba» (Lc 18.11) indica que se mantuvo orando en esta línea. A los fariseos les encantaba «[hacer] largas oraciones» (Lc 20.47).

Los oyentes de Jesús no habrían considerado que en la oración del fariseo había algo malo. En primer lugar, es probable que todo lo que dijo fuera cierto. Cuando un amigo mío me habla de sus logros, dice: «No es que me esté jactando, sólo estoy expresando los hechos tal como son». En segundo lugar, en los rituales judíos de oración había precedente de dar gracias a Dios por no ser como los demás. «Todos los días, el varón judío daba gracias a Dios de que no había sido creado gentil, ni esclavo, ni mujer».¹⁴

¿Qué *tenía* de malo la oración del fariseo? Podríamos enumerar muchas fallas, siendo la primera, que *no acertó* a orar por lo que debía. No le pidió a Dios perdón por sus pecados. No rogó a Dios por que le diera fortaleza y dirección. No le pidió a Dios que le ayudara al pobre pecador que se encontraba al otro lado del recinto. Jesús, no obstante, refirió la parábola para destacar dos fallas concretas: Su propósito fue poner al descubierto a los que (1) «confiaban en sí mismos como justos» y que (2) «menospreciaban a los otros» (Lc 18.9).

En primer lugar, el fariseo «[confió] en sí mismo». Aunque reconoció a Dios al comienzo de la oración, no manifestó confianza en el Señor, sino confianza en sí mismo; en otras palabras, se enaltecó (Lc 18.14).

No hay nada malo con tener un ferviente deseo de hacer la voluntad de Dios (Lc 6.46). Ni siquiera había nada malo con que el fariseo tratara de «ir dos millas» en sus esfuerzos por ayunar y por diezmar diminutas yerbas (Mt 23.23). Lo que sí está mal, sin embargo, es que el hombre piense que sus obras ponen a Dios

¹⁴Geoffrey W. Bromiley, gen. ed., "Woman" («Mujer»), *The International Standard Bible Encyclopedia*, rev. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1988), 4:1093–94.

bajo obligación con él. Recuerde este versículo de una lección anterior: «Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos» (Lc 17.10). Si hemos de ser salvos, no podemos confiar en nosotros mismos; nuestra confianza debe estar en el Señor (Pr 3.5).

La segunda gran falla de la oración del fariseo es que él «[menospreció] a los otros» (Lc 18.9). Dijo: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres» (Lc 18.11). De acuerdo con mi Biblia griega interlinear, esto fue lo que dijo textualmente: «Te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres». En otras palabras: «Estoy yo y están mis iguales fariseos; y luego [me lo imagino torciendo levemente el labio superior] está “el resto”».

Podemos reconocer como un hecho que este fariseo tenía normas morales más elevadas que otras personas. No hay duda de que se esforzaba más que otros en el cumplimiento de las exigencias de la ley. No obstante, en comparación con el Señor a quien oraba, él no era nada. «No hay justo, ni aun uno» (Ro 3.10).

Se me ocurre una ilustración: Una de las hormigas que más abunda en mi país es la hormiga roja. Algunas de ellas tienen hasta un cuarto de pulgada de longitud. Luego están las que mi esposa llama «hormigas del azúcar», unas molestas hormiguitas negras, de menos de un octavo de pulgada de longitud, que a veces invaden la casa, en búsqueda de alimento. Imagínese usted a una hormiga roja y a una hormiga del azúcar paradas sobre la acera. Imagínese que la hormiga roja levanta su antena y dice (para esto va a ser necesaria mucha imaginación): «Señor, te doy gracias porque no soy como otras hormigas, ni aun como esta enclenque hormiga del azúcar que está allí. Soy más grande, más fuerte y más bella». No han terminado de salir estas palabras de las mandíbulas de la hormiga roja, cuando un adolescente viene dando zancadas por la acera y aplasta de un pisotón tanto a la hormiga roja como a la del azúcar. El punto de mi ilustración es sencillo: Puede que la hormiga roja sea más grande que la hormiga del azúcar, pero en comparación con un ser humano, ella es diminuta e insignificante. Asimismo, puede que uno sea superior a otro en lo moral y en lo religioso, pero todos nosotros, en comparación con el Dios del universo, somos «como nada»

(Dn 4.35). Qué insensato es, por lo tanto, que alguno de nosotros «menosprecie a otros».

Oración número dos: el publicano

Jesús contrastó la arrogancia del fariseo con la humildad del recaudador de impuestos. Sintiendo indigno, este se quedó «lejos» (Lc 18.13a). Es probable que ya hubiera pasado largo tiempo desde la última vez que oró y mucho más tiempo desde que vino al templo. No quería «ni aun alzar los ojos al cielo» (Lc 18.13b). La gente a veces elevaba la mirada al cielo cuando oraba (Sal 123.1–2), pero no así el recaudador de impuestos que, debajo de la carga de su pecado, mantenía baja su cabeza. También se golpeaba el pecho (Lc 18.13c), una expresión oriental de profundo pesar (Nah 2.7; Lc 23.48). Este era un acto simbólico, por medio del cual no se infligían lesiones propiamente dichas. Puede que incluso dudara de que su oración fuera oída.

Al igual que el fariseo, comenzó dirigiéndose a Dios y, al igual que el fariseo, su oración se centró en sí mismo, pero ¡qué diferente fue una de la otra! La petición del publicano fue tan corta que casi dio pena; fue una oración de tan sólo seis palabras en nuestro idioma (cinco en el griego): «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc 18.13d).

A diferencia del fariseo, el recaudador de impuestos no enumeró virtudes, aunque no hay duda de que tenía algunas, porque pocas personas son totalmente malas. Antes, reconoció libremente su pecaminosidad; confesó que era pecador sin poner excusa alguna. En realidad, hizo más que sólo reconocer que era pecador. En el texto griego, a la palabra «pecador» le precede el artículo definido «el» (τῷ ἁμαρτωλῷ, *tō hamartōlō*). Esto es algo que refleja la NASB: «Dios, ¡ten misericordia de mí, *el* pecador!». Este recaudador de impuestos se consideraba a sí mismo la personificación del pecado, el más grande de todos los pecadores. Él se habría identificado con Pablo, que se refirió a sí mismo como «el primero» de los pecadores (1 Ti 1.15).

No le alivió el hecho de que todos los hombres son pecadores (Ro 3.23). No hizo intento alguno por encontrar a alguien que fuera más pecador que él y con el cual pudiera compararse. Ni siquiera oró (como podríamos nosotros) diciendo: «Gracias porque no

soy como este fariseo que se jacta de su justicia». Como estaba ante la presencia de un Dios santo, se sintió un caso perdido, impotente y destruido. Cuando el profeta Isaías vio «al Señor sentado sobre un trono alto y sublime», él clamó: «¡Ay de mí, porque estoy arruinado! Porque soy hombre de labios inmundos y vivo en medio de pueblo de labios inmundos!» (Is 6.1, 5; NASB).

El recaudador de impuestos no pidió riquezas, ni fama, ni éxito, ni buena salud, ni las necesidades de la vida. Antes, pidió misericordia: «Dios, ten misericordia» (NASB). La palabra griega que normalmente se traduce por «misericordia» no se usa en la frase que se traduce por «ten misericordia». En lugar de ella, el publicano usó una palabra que evitan los traductores modernos porque se considera «lenguaje bíblico poco conocido para el hombre moderno». Usó una forma de la palabra que a menudo se traduce por «propiciar».

Propiciar es un término del latín que significa básicamente «aplar». La falta de tiempo nos impide hacer un estudio detallado de la palabra, sin embargo, debemos entender que es una palabra en la cual se encierra el concepto bíblico de expiación. Por Su naturaleza, Dios no puede tolerar el pecado (Ro 1.18); el pecado debe castigarse (Ro 6.23a; Gá 6.7). No había nada que el hombre pudiera hacer por sí mismo, ni de sí mismo, para aplacar la ira de Dios (Ro 1.18; 3.9–10; Is 64.6). Dios estipuló que se hicieran sacrificios para expiar el pecado. En el Antiguo Testamento se hacían sacrificios de animales (Lv 1; 3—5; vea He 9.22). En el Nuevo Testamento, se ha hecho el más grande y perfecto sacrificio de Jesús en la cruz, por nuestros pecados (1 Co 15.3).

Se ha insinuado que la terminología que usó el recaudador de impuestos pudo habersele ocurrido porque estaba presente en el templo en el momento cuando se hacía el sacrificio de animales, por los pecados del pueblo. De todos modos, el uso que hace de la palabra «propiciar» demuestra que reconocía que el pecado puede llegar «a ser sobremanera pecaminoso» (vea Ro 7.13) y que tenía una urgente necesidad de ser perdonado. Cargado por el peso de culpa bajo el cual se encontraba (Sal. 40.12), clamó por alivio, diciendo: «¡Dios, sé propicio a mí, pecador!» (Lc 18.13).

Todos pecamos y estamos «destituidos de la gloria de Dios» (Ro 3.23). «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él

mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1 Jn 1.10). Todos merecemos la muerte, esto es, estar separados de Dios por la eternidad (Ro 6.23a; Ap 20.14). Cuando el haz de luz de la santidad de Dios nos pone al descubierto, lo más que podemos hacer es clamar por misericordia, diciendo: «Dios, sé propicio a nosotros, pecadores».

Dos posibilidades

Cuando Jesús concluyó, Él habló con autoridad, diciendo: «Os digo» (Lc 18.14a). Esto es, «Os digo, como el que puede ver el corazón del hombre. Os digo, como el que conoce la mente de Dios».

Posibilidad número uno: el fariseo

Cristo comenzó describiendo al fariseo como el hombre más notable desde el punto de vista de la comunidad, pero terminó invirtiendo el orden: «Os digo que éste [el recaudador de impuestos] descendió a su casa justificado antes que el otro» (Lc 18.14a, b). El fariseo que había hablado en términos despreciativos de «los otros» fue relegado a la categoría de «el otro». Del versículo 14 se desprende claramente que el fariseo «descendió a su casa» *no* justificado.

Es probable que el fariseo saliera del templo en el mismo estado de satisfacción consigo mismo en que se encontraba cuando llegó, sin darse cuenta de que la suya había sido «una oración en la que no hubo oración». El comentarista Michael Wilcock dijo que la oración del fariseo estaba «tan cargada de felicitaciones para sí mismo», que «difícilmente pudo haber despegado de la tierra, y menos haber volado hasta el oído atento de Dios».¹⁵ Otro comentarista, Richard Trench, escribió que, en lugar de ascender como el incienso, la oración del fariseo «fue como una bocanada de humo que el viento le devolvió estrellándola contra sus ojos».¹⁶

Había llegado tan lleno de sí mismo que no tuvo campo para

¹⁵Michael Wilcock, *The Message of Luke: The Saviour of the World (El mensaje de Lucas: el Salvador del mundo)*, The Bible Speaks Today Series (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1979), 165.

¹⁶Richard C. Trench, *Notes on the Parables of Our Lord (Notas sobre las parábolas de nuestro Señor)* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1953), 503.

Dios. Según lo expresa el comentarista R. C. H. Lenski, el Señor no puede «verter nada en un recipiente que ya está lleno».¹⁷ Cuán espantado debió de haber quedado el fariseo, cuando por fin compareció ante su Hacedor, por el hecho de que «cualquiera que se enaltece, será humillado» (Lc 18.14c.)

Posibilidad número dos: el publicano

¿Y qué le sucedió al recaudador de impuestos, que oró diciendo: «Dios, sé propicio a mí, pecador»? «[Descendió] a su casa justificado» (Lc 18.14). Sus rebeliones habían sido borradas; había sido lavado de sus maldades; había sido limpiado de sus pecados (Sal 51.1–2). «Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones» (Sal 103.12). «El fariseo había salido sintiéndose bien, lleno de orgullo. El publicano salió sintiéndose mejor, lleno de paz».¹⁸

El autor G. Campbell Morgan dijo: «Creo que este hombre volvió al templo al día siguiente, pero no volvió en la misma condición».¹⁹ La primera vez, había venido cargado de pecado. La segunda vez, habría venido con una profunda sensación de perdón y gratitud. El que se había humillado había sido enaltecido (Lc 18.14).

Conclusión

Clovis G. Chappell refirió el relato del Dr. MacLure.²⁰ Durante cuarenta años, el doctor se había entregado desinteresadamente a ministrar a los enfermos. Cuando por fin, cansado, llegó al término de su jornada, envió por un viejo amigo y pidió que este le leyera de la Biblia de su madre. El amigo abrió esta en Juan 14, un pasaje que ha servido de consuelo para muchos, pero el

¹⁷R. C. H. Lenski, *The Interpretation of St. Luke's Gospel (La interpretación del evangelio de san Lucas)* (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1946), 906.

¹⁸Glen Pace, "The Universal Prayer," «La oración universal», sermón predicado en la Judsonia church of Christ, Judsonia, Arkansas, 2000.

¹⁹G. Campbell Morgan, *The Parables and Metaphors of Our Lord (Las parábolas y las metáforas de nuestro Señor)* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1942), 242.

²⁰El relato original se encuentra en un libro titulado *Beside the Bonnie Brier Bush (Junto al arbusto Bonnie Brier)*. La versión de Chappell se encuentra en *Sermons from the Parables (Sermones tomados de las parábolas)*, 113–14.

médico le detuvo y le dijo: «Ese no es de los que son como yo. Es demasiado bueno para mí. Sostén el libro y se abrirá en el pasaje que he leído todas las noches durante los últimos treinta días». Cuando el amigo hizo como se le instruyó, la Biblia se abrió en Lucas 18.13: «Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador». Luego el doctor dijo: «Eso podría haberse escrito por mí o por cualquier otro viejo pecador que haya llegado al final de sus días y no tiene nada bueno que decir para sí mismo». Lucas 18.13 no fue escrito solamente por el Dr. MacLure; también fue escrito por usted y por mí.

Mientras Jesús viajaba a Jerusalén, Él enseñaba constantemente (Mr 10.1). También, Sus enemigos (Mt 19.3, 7), Sus discípulos (Mt 19.25, 27; Mr 10.10), y otros (Mt 19. 16, 20) constantemente le hacían preguntas. Aunque la mente de Cristo estaba centrada en la cruz (Lc 12.50; Mt 20.17-19), Él no desalentó las preguntas. Ninguna pregunta quedó sin responder. Ningún interrogadores se iría diciendo «El Maestro me ignoró; a Él no le importa».

Preguntas sobre el divorcio y enseñanza sobre el matrimonio (Mt 19.1–12; Mr 10.1–12)

Mateo 19.1–12

¹Aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, se alejó de Galilea, y fue a las regiones de Judea al otro lado del Jordán. ²Y le siguieron grandes multitudes, y los sanó allí. ³Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? ⁴Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, ⁵y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? ⁶Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. ⁷Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? ⁸El les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así. ⁹Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer,

salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adúltera; y el que se casa con la repudiada, adúltera.

¹⁰Le dijeron sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse. ¹¹Entonces él les dijo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. ¹²Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba.

Marcos 10.1–12

¹Levantándose de allí, vino a la región de Judea y al otro lado del Jordán; y volvió el pueblo a juntarse a él, y de nuevo les enseñaba como solía.

²Y se acercaron los fariseos y le preguntaron, para tentarle, si era lícito al marido repudiar a su mujer. ³El, respondiendo, les dijo: ¿Qué os mandó Moisés? ⁴Ellos dijeron: Moisés permitió dar carta de divorcio, y repudiarla. ⁵Y respondiendo Jesús, les dijo: Por la dureza de vuestro corazón os escribí este mandamiento; ⁶pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios. ⁷Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, ⁸y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno. ⁹Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

¹⁰En casa volvieron los discípulos a preguntarle de lo mismo, ¹¹y les dijo: Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; ¹²y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio.

También viajaban con Cristo Sus constantes antagonistas, los fariseos. No hacía mucho que le habían preguntado «cuándo había de venir el reino de Dios» (Lc 17.20). Ahora le interrumpían con otra pregunta. **Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? (Mt 19.3).** La mayoría de las preguntas son planteadas por personas que desean con sinceridad una respuesta, pero en ocasiones se hacen preguntas con un motivo oculto. Esta

pregunta se hizo con la intención de hacerlo caer en una trampa, una trampa que podía activarse desde varios ángulos.

Moisés había escrito que si un hombre hallaba en su esposa «alguna cosa indecente», entonces podía escribirle **carta de divorcio** y despedirla (Dt 24.1). Los expertos en la ley tenían opiniones divididas sobre qué significaba «alguna cosa indecente». Las dos principales corrientes de opinión eran la de Hillel y la de Shammai. La corriente de Hillel sostenía que las palabras de Moisés permitían que un hombre se divorciara de su esposa por la falta más insignificante: si ella, por ejemplo, quemaba el pan, o si él encontraba a otra mujer más bella y más joven. La corriente de Shammai enseñaba, por el contrario, que la única causa lícita para el divorcio era la inmoralidad sexual. Los fariseos daban por sentado que Cristo iba a tener que ponerse del lado de una o de otra corriente de opinión, alienando de este modo, a todos los que sostuvieran la opinión contraria.

Además, Jesús había enseñado anteriormente en contra del divorcio (Mt 5.31–32). Si los fariseos podían demostrar que Él no estaba de acuerdo con Moisés, podían desacreditarlo ante los ojos del pueblo. Pensaban que *cualquier* respuesta que Cristo diera lo condenaría a Él mismo. Era una situación de sumo riesgo.

Las preguntas sobre el divorcio no son fáciles de contestar. Jesús, sin embargo, no vaciló en responder. Se libró de la trampa que le tendieron al rehusar ponerse del lado de alguna de las dos corrientes de opinión que prevalecían en ese entonces. En lugar de ello, volvió al plan original de Dios para el matrimonio, tal como se presenta en Génesis 1 y 2.

Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre (Mt 19.4–6; vea Gn 1.27; 2.24).

Los fariseos preguntaron acerca de lo que Moisés escribió en Deuteronomio 24, pero Cristo les recordó lo que el mismo autor

había escrito antes sobre el tema. De este modo les demostró que no había contradicción entre Él y aquel gran dirigente.

Frustrados, los fariseos preguntaron: **¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?** (Mt 19.7). En otras palabras, «Si Dios deseaba que el matrimonio fuera permanente, ¿por qué escribió Moisés Deuteronomio 24.1-4?». Tenga presente que las normas de ese pasaje no tenían como propósito promover el divorcio, sino regularlo. También tenga presente que el pasaje se encuentra en el Antiguo Testamento y es parte del pacto que fue quitado cuando Jesús murió en la cruz.

Jesús contestó: **Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así** (Mt 19.8). Los fariseos dijeron que Moisés *mandó* el divorcio (Mt 19.7), pero Cristo dijo que sólo fue que lo *permitió* (Mt 19.8). Entre uno y otro término hay una gran diferencia.

Desde el «principio» de la Biblia, estuvo claro que el propósito de Dios era que el matrimonio fuera permanente (Mt 19.8; Gn 2.24), y al final del Antiguo Testamento, esto es lo que leemos: «Dios [...] ha dicho que él aborrece el repudio» (Mal 2.16). Siendo así, ¿por qué se permitió en alguna medida el divorcio? Jesús dijo que se debía a la «dureza» del corazón de ellos. En ocasiones, a los niños inmaduros se les permiten ciertas libertades que no se les toleran a los adultos. Aun así, al principio de los tratos de Dios con los israelitas, Él permitió lo que en realidad no aprobaba. Esto nos recuerda Hechos 17.30: «Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan». Mateo 19.8 se refiere a los judíos, mientras que Hechos 17.30 se refiere a los gentiles; pero el principio es el mismo.

Los comentaristas han hecho suposiciones razonadas acerca de por qué la dureza de corazón de los israelitas motivó que Dios permitiera el divorcio. Una suposición se relaciona con la respuesta que dieron los discípulos de Jesús a la enseñanza de Este, cuando dijeron: **Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse** (Mt 19.10). Tal vez Dios sabía que los israelitas espiritualmente inmaduros preferirían vivir en fornicación antes que hacer el compromiso de toda una vida con el matrimonio.

Si los fariseos creyeron que podían obligar a Cristo a retractarse de Sus enseñanzas anteriores sobre el matrimonio y el divorcio (Mt 5.31–32), estaban equivocados. Repitió lo que había dicho anteriormente, añadiendo una salvedad: **Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera** (Mt 19.9).

Los fariseos habían fracasado una vez más en su intento por hacer caer a Jesús en una trampa. No hay duda de que salieron de allí con la cara roja de vergüenza.

Más adelante, cuando Cristo estuvo a solas con Sus discípulos, ellos siguieron haciendo preguntas sobre el tema (Mr 10.10). Marcos 10.10 hace notar que estaban **en casa**. Aparentemente, cuando ellos viajaban, a veces eran invitados a pasar la noche en casas. Jesús repitió lo que había dicho en referencia al hombre que repudiara a su esposa (Mr 10.11). Luego amplió Sus ideas para incluir a la mujer que repudia a su marido: **y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio** (Mr 10.12). Entre los judíos, el divorcio era prerrogativa de los hombres, pero, dadas ciertas condiciones, una mujer podía comparecer ante los tribunales para obligar a su marido a darle carta de divorcio.²¹ Entre los gentiles, era más común que las mujeres tomaran la iniciativa para divorciarse (vea 1 Co 7.13). Tal vez Marcos incluyó la enseñanza sobre las mujeres que se divorcian de sus maridos porque su relato se escribió teniendo presentes a los gentiles (los romanos).

Hoy, la gente es incapaz de ver cuán categórica fue la enseñanza de Cristo sobre la permanencia del matrimonio; a los discípulos, en cambio, no se les escapó el punto de lo que Él estaba diciendo. Dijeron: «Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse» (Mt 19.10). En otras palabras: «Es mejor no casarse, que correr el riesgo de ser atrapado en un matrimonio infeliz». Los que ignoran la Biblia y son de pensamiento mundano siguen opinando que es mejor que un hombre y una mujer vivan

²¹ Vea William Barclay, *The Gospel of Matthew (El evangelio de Mateo)*, vol. 2, ed. rev., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 197.

juntos en fornicación antes que hacer el compromiso de casarse para toda una vida.

Jesús respondió: **No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado** (Mt 19.11). El antecedente de esta «aseveración» es la afirmación de los discípulos en el sentido de que «no conviene casarse». Cuando Cristo dijo que «no todos» son capaces de recibir esa aseveración, Él estaba reconociendo que no todos pueden vivir en un estado de celibato. Primero se refirió a los que eran obligados por la naturaleza a vivir una vida de celibato (los que de nacimiento eran incapaces de tener relaciones sexuales: Mt 19.12a) y luego mencionó a los que eran obligados por los hombres a vivir una vida de celibato (los que habían sido castrados; Mt 19.12b). Tristemente, esta práctica era común en el mundo pagano de aquellos tiempos.

Por último, habló de los que **a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos** (Mt 19.12c). Hay que aclarar que estas palabras no se refieren a personas que se dejaron mutilar sus cuerpos; pues el cuerpo debe respetarse como el «templo» de Dios (vea 1 Co 6.19; Ro 12.1). Antes, se refiere a los que voluntariamente eligieron vivir una vida de celibato de modo que pudieran dedicar todo su tiempo al servicio de Dios y el hombre (vea 1 Co 7.32–34). Hebreos 13.4 dice: «Honroso sea en todos el matrimonio». Según Pablo enseñaba, una característica de la apostasía sería que a los hombres se les prohibiría casarse (1 Ti 4.3).

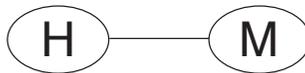
Jesús dijo: **El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba** (Mt 19.12d). Francamente, a muchos de nosotros no ha sido «dado» (Mt 19.11) vivir como célibes sin sucumbir a la tentación; es bueno tener una pareja (vea 1 Co 7.2, 7).

Podríamos resumir la respuesta que Cristo dio a Sus discípulos, de este modo: «Es bueno casarse. ¡Pero los que se casan deben entender que es para toda la vida!».

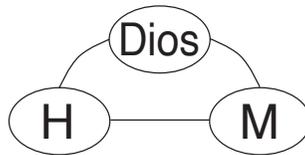
PARA ESTUDIO ADICIONAL: ENSEÑANZA SOBRE EL MATRIMONIO Y EL DIVORCIO

A medida que el divorcio se convierte en una práctica cada vez más generalizada, en algunos casos la cantidad de enseñanzas sobre el tema es cada vez menor, cuando debería ser cada vez mayor. Esto puede deberse a que los predicadores tememos herir sensibilidades. Cuando uno enseña sobre el matrimonio y el divorcio, se debe usar un enfoque en el cual se indica lo siguiente: «Puede que algunos de ustedes se hayan visto afectados por el trauma del divorcio. Haya sido así o no, estoy seguro de que a usted le gustaría que yo le aclare a nuestros jóvenes que el matrimonio es para toda la vida». La respuesta a este enfoque parece ser básicamente positiva. Uno puede utilizar los puntos clave de Mateo 19.3-9 y Marcos 10.2-12.

Jesús había hablado de un hombre (H) que se unía a su mujer (M) por el matrimonio (Mt 19.4-5).



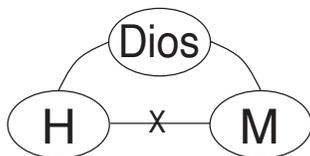
A estos dos los unía no sólo un vínculo legal,²² pero también el hecho de que *Dios* los «juntó» (Mt 19.6).



Aun si las leyes humanas los separaban (Mt 19.6), esto es, si se divorciaban (X), ellos seguían unidos por Dios.

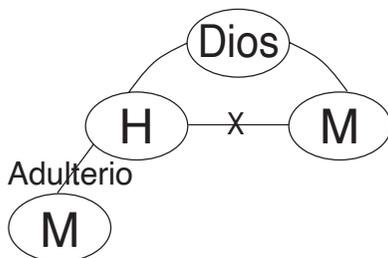
²²La Biblia enseña que debemos obedecer las leyes de la tierra (Ro. 13.1). Entre estas se incluyen las leyes acerca de qué constituye un matrimonio legal.

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA TERCERA PASCUA
A SU ARRIBO A BETANIA: A TRAVÉS DE PALESTINA

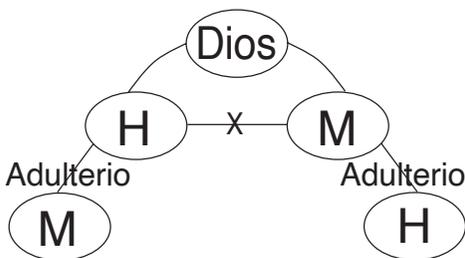


En otras palabras, seguían casados.

Así, si el hombre se divorciaba de su mujer y se casaba con otra, salvo por causa de inmoralidad, él era culpable de *adulterio* (Mt 19.9).²³ Esto era así porque, ante los ojos de Dios, seguía casado con su primera esposa.



Esto era lo mismo con la mujer que se divorciaba de su marido y se casaba con otro hombre (Mr 10.12).



La única salvedad que se hacía era la de una situación en

²³La palabra griega que se traduce por «adulterio» (μοιχάω, *moichaō*) puede usarse en un sentido general para hacer referencia a cualquier pecado sexual, tal como el que menciona Éxodo 10.14. También puede usarse en un sentido especial para hacer referencia al pecado sexual en el que se ve implicada al menos una persona casada. Es en este último sentido que se usa en el pasaje.

la cual uno de los cónyuges hubiese sido infiel a sus votos matrimoniales.²⁴ Cuando así sucedía, el cónyuge inocente podía divorciarse y contraer nuevas nupcias²⁵ sin incurrir en el desagrado de Dios.²⁶

APLICACIÓN: CONQUE PIENSA USTED CASARSE (MT 19.3–9)

Neale Pryor contó acerca de una joven pareja que se dirigió al predicador antes de los servicios de adoración y le dijo que deseaban hablar con él acerca de casarse. El predicador aceptó hablar con ellos después de los servicios. Hacia el final de estos, el predicador no pudo recordar los nombres de la pareja, de modo que hizo un anuncio, diciendo: «¿Podrían los que desean casarse venir por favor a mi oficina después de la oración de despedida?». Dice el hermano Pryor que hicieron acto de presencia un hombre y doce mujeres.²⁷ La verdad, no obstante, es que la mayoría de los que no se han casado, sean hombres o mujeres, han pensado en casarse. El momento para reflexionar sobre este asunto tan serio es ahora, antes de hacer el compromiso de toda una vida.

²⁴La excepción es «por causa de inmoralidad». En el griego se lee «salvo por causa de fornicación». La palabra «fornicación» pudo usarse para hacer referencia general a cualquier pecado sexual, como también para hacer referencia concreta al pecado sexual entre dos personas no casadas entre sí. En este pasaje, se usa aparentemente en un sentido general para hacer referencia a cualquier pecado sexual cometido después del matrimonio.

²⁵«Salvo por causa de fornicación» modifica no sólo la acción de divorciarse, sino también la de casarse con otra persona, permitiendo de esta manera las nuevas nupcias. Algunos creen que el pasaje permite el divorcio, pero no las nuevas nupcias.

²⁶Entienda usted que las palabras de Jesús *permiten* el divorcio del «cónyuge inocente», pero no lo *ordenan*. Jamás debe tomarse a la ligera el divorcio, aun cuando haya «una causa escrituraria». Siempre hay repercusiones, especialmente en lo que concierne al efecto sobre los niños. No existe «divorcio agradable».

²⁷En septiembre de 1985, Neale Pryor habló a los jóvenes de la iglesia que se reúne en Brown Trail, de Greater Forth Worth, Texas, sobre «Conque desea usted casarse». El título fue parecido, pero el enfoque fue diferente. El relato que sigue fue tomado de la lección del hermano Pryor.

El matrimonio proviene de Dios (Mt 19.4–6)

El matrimonio fue instituido por el Señor (Mt 19.4–5). Cuando Dios creó el mundo, lo primero que Él calificó como algo «no [...] bueno» fue la soledad (Gn 2.18). Entonces, el Señor creó a la mujer para que fuera «ayuda idónea» para el hombre (Gn 2.18). El relato acerca de la creación de la mujer se encuentra en Génesis 2.21–22. Se ha dicho que la mujer no fue tomada de la cabeza del hombre para que ella no se enseñoree de él; también, que no fue tomada de sus pies para que no sea pisoteada por él; y que fue tomada de su costado para que esté siempre al lado de él y sea siempre amada por él y esté siempre bajo su protección.

En vista de que el matrimonio tiene origen divino, se encuentra bajo la autoridad de Dios. Un matrimonio verdaderamente feliz, un matrimonio que agrada a Dios, debe construirse sobre los principios que se encuentran en la Palabra de Dios.

El matrimonio requiere preparación (Mt 19.4–6)

Los buenos matrimonios no se dan por casualidad. Algunos de los requisitos de Dios para el matrimonio se encuentran en el texto bajo estudio.

El matrimonio requiere que se haga una *distinción*: Dios los hizo «varón y hembra» (Mt 19.4). No los hizo varón y varón, ni hembra y hembra. Los llamados matrimonios homosexuales constituyen una abominación para el Señor (Ro 1.26–27).

El matrimonio requiere que los dos que se van a casar *dejen* sus padres: «Por esto el hombre dejará padre y madre» (Mt 19.5). El matrimonio es el establecimiento de una relación con una nueva persona.

Si es posible, los padres deben dejarse físicamente. El joven y la joven que se casan deben hacer casa aparte. Una de las tres principales causas de conflicto marital entre los recién casados la constituyen los parientes políticos.

Los padres deben dejarse financieramente. Mientras el joven no esté preparado para asumir la responsabilidad financiera de una familia, es probable que no debe casarse. Otra de las principales causas de conflicto marital la constituyen las finanzas. El marido ha de ser la

«cabeza» de su esposa (Ef 5.23). La condición de cabeza no debe ser vista tanto como un privilegio, sino como una responsabilidad de cuidar a su esposa (Ef 5.28–29), lo cual incluye la responsabilidad financiera. Puede ser que tanto el joven como la joven tengan que trabajar; sin embargo, proveer para las necesidades materiales de su familia, sigue siendo responsabilidad del marido o padre.

Sobre todo, los padres deben dejarse emocionalmente. El joven que le dice a su esposa, que su madre no cocinaba de tal manera, o la joven que le dice a su esposo, que su padre habría sabido cómo reparar algo, en realidad no han dejado padre y madre. Después que uno se casa, sigue amando a su madre y a su padre, pero la relación con ellos será diferente. A partir de ese momento, la persona más importante de su vida deberá ser su cónyuge.

El matrimonio requiere que los cónyuges se *unan*: El hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer (Mt 19.5). «La palabra hebrea [...] que se traduce por *unir* [traducido de Gn 2.24] es la misma que se usa para *pegamento*».²⁸ Cuando dos tablas se unen como es debido con pegamento, este llega a ser más fuerte que la madera en sí. Ya las tablas no podrán separarse para volver a ser como las dos unidades originales; cualquier intento por separarlas resultará invariablemente en que una de ellas, o las dos, sufran daño.

El matrimonio requiere *unidad*: «... y los dos serán una sola carne [...] Así que no son ya más dos, sino una sola carne» (Mt 19.5b, 6a).

Debe haber *unidad legal*. La Biblia enseña que debemos obedecer las leyes de la tierra (Ro 13.1), incluyendo las leyes sobre el matrimonio.

Debe haber *unidad física*. La frase «una sola carne» hace referencia especial a la relación sexual (vea 1 Co 6.16). Esta relación es hermosa dentro del matrimonio, pero repugnante fuera de los límites de este. El noviazgo no es

²⁸Don y Jane McWhorter, *Living Together in Knowledge (Vivir juntos en conocimiento)* (Huntsville, Ala.: Publishing Designs, 1988), 60.

el momento para la experimentación sexual. Para alcanzar la verdadera unidad física, se necesita tiempo, paciencia y preocupación por la otra persona.

Debe haber unidad *emocional* (vea Ef 5.28–29). Esto incluye aprender a comunicarse y a hacer las cosas juntos.

Sobre todo, debe haber unidad *espiritual*: la clase de unidad que existe entre Cristo y la iglesia (Ef 5.31–33).

El matrimonio es para toda la vida (Mt 19.6–9)

Lo más importante que uno debe entender es que el matrimonio es permanente: «... por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre» (Mt 19.6b). Dios aborrece el divorcio (Mal 2.16). Si uno entra en una relación matrimonial con la actitud de que es «de por vida *si funciona*», tal relación estará condenada al fracaso. Que se entienda, entonces, claramente que, cuando en su matrimonio se susciten problemas (y se presentarán), el divorcio no es una opción. Si un hombre y una mujer están consagrados al cumplimiento de la voluntad del Señor, ellos pueden resolver cualquier problema con la ayuda de Este (Fil 4.13).

Conclusión

Que Dios ayude a cada persona que está pensando en casarse a encontrar a esa persona especial y lo aliente a el o ella en el Señor.

Malentendido relacionado a los niños y enseñanza sobre ser como niños (Mt 19.13–15; Mr 10.13–16; Lc 18.15–17)

Mateo 19.13–15

¹³Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos, y orase; y los discípulos les reprendieron. ¹⁴Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos. ¹⁵Y habiendo puesto sobre ellos las manos, se fue de allí.

Marcos 10.13–16

¹³Y le presentaban niños para que los tocase; y los discípulos

reprendían a los que los presentaban. ¹⁴Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: **Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios.** ¹⁵De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. ¹⁶Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía.

Lucas 18.15–17

¹⁵Traían a él los niños para que los tocara; lo cual viendo los discípulos, les reprendieron. ¹⁶Mas Jesús, llamándolos, dijo: **Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios.**

¹⁷De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

En una parada de descanso, las madres trajeron sus hijos a Jesús para que Este los bendijera. No era raro que las madres llevaran sus hijos a los dirigentes religiosos para que estos oraran por ellos.

Los discípulos de Cristo reprendieron a las mujeres. Tal vez pensaron que las madres eran atrevidas. Puede que estuvieran tratando de proteger a Jesús, quien (según suponían ellos) tenía «cosas más importantes que hacer» que malgastar Su tiempo en niños. Jesús reprendió a los reprendedores, diciendo: **Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos** (Mt 19.14).

Una escena que conmueve el corazón de todo padre es aquella en que Cristo ora por los niños: **Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía** (Mr 10.16). El autor H. I. Hester escribió: «... recuerde que los niños no contaban con la consideración y el estatus que les concedemos. De hecho, la gran atención y el aprecio que hoy se les brinda a los niños pueden atribuirse directamente a las enseñanzas de Jesucristo».²⁹ El comentarista Robert Culver estuvo de acuerdo con lo anterior, al expresar: «Los niños jamás gozaron del legítimo grado de cuidado y de afecto que les correspondía de parte de los hombres,

²⁹Hester, 180.

sino hasta que Jesús lo enseñó así».³⁰

Cristo usó nuevamente la ocasión para enseñar sobre la necesidad de ser como niños (sin pretensiones, confiados y educables). **De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él** (Mr 10.15).

Tal vez deberíamos señalar que el conmovedor acto en que Jesús bendice a los niños no justifica el llamado «bautismo» de niños. Más bien es todo lo contrario; las palabras que Cristo dijo en esa ocasión dan a entender que los niños son puros y santos de nacimiento. Ellos no necesitan una ceremonia ideada por el hombre para prepararlos para el cielo.

Una pregunta sobre la vida eterna y enseñanza sobre las riquezas (la historia del joven rico)
(Mt 19.16–26; Mr 10.17–27; Lc 18.18–27)

Mateo 19.16–26

¹⁶Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? ¹⁷El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. ¹⁸Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. ¹⁹Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ²⁰El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? ²¹Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. ²²Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.

²³Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. ²⁴Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. ²⁵Sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? ²⁶Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible.

³⁰Culver, 196.

Marcos 10.17–27

¹⁷Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? ¹⁸Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. ¹⁹Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. ²⁰El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. ²¹Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. ²²Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.

²³Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! ²⁴Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas! ²⁵Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. ²⁶Ellos se asombraban aun más, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? ²⁷Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios.

Lucas 18.18–27

¹⁸Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? ¹⁹Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. ²⁰Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. ²¹Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ²²Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. ²³Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico. ²⁴Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! ²⁵Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.

²⁶Y los que oyeron esto dijeron: ¿Quién, pues, podrá ser salvo?
²⁷Él les dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.

Después que Jesús oró por los niños, se dispuso a reanudar Su viaje a Jerusalén (Mt 19.15). Pero, nuevamente, alguien le detuvo. Esta vez se trataba de un joven a quien le urgía hacer una pregunta (Mr 10.17). A este hombre por lo general se le llama «el joven rico».³¹ No hay un solo pasaje que lo designe de este modo; pero Mateo 19.20, 22 nos informa de que era **joven**, y los tres evangelios sinópticos señalan que era **rico** (Lc 18.23; vea también Mt 19.22; Mr 10.22). También, Lucas 18.18 nos dice que era un hombre principal. ¿Significa esto que el joven era «principal» de una sinagoga? (Mr 5.36) ¿Sería miembro del sanedrín? Son preguntas para las cuales no tenemos respuesta.

El joven rico vino corriendo a Jesús **e hincando la rodilla delante de [Este] le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?** (Mr 10.17). En el evangelio de Mateo, la pregunta del joven fue sobre «qué bien» debía hacer (Mt 19.16). Es probable que usara dos veces la misma palabra griega que se traduce por «bueno» y por «bien»: la primera al dirigirse al Señor, y la segunda al preguntar lo que debía hacer. Cristo respondió primero a la palabra «bueno», diciendo: **¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios** (Mr 10.18). Jesús no estaba negando que Él era Dios, como algunos afirman. Antes, estaba tratando de hacerle ver al joven la trascendencia de la palabra «bueno». Si entendía que Cristo era en verdad «bueno», entonces sabría que Él era Dios en la carne (Jn 1.1, 14; Mt 1.23). Dicho de otro modo, Jesús estaba tratando de infundir fe en el hombre, la clase de fe que necesitaba para poder hacer frente al desafío que pronto se le daría.

Después, Cristo pasó a responder la pregunta acerca de cómo heredar la vida eterna. Señaló al hombre la ley de Moisés, que en ese tiempo estaba vigente. Hoy sería una respuesta diferente la que se le daría a la pregunta, debido a que vivimos en tiempos

³¹N. del T.: En la versión de la Biblia que usa el autor, se le llama «el principal rico y joven».

posteriores a la muerte de Jesús. Sin embargo, el principio básico sigue siendo cierto: la respuesta ha de encontrarse en la Palabra de Dios. Se refirió concretamente a los Diez Mandamientos, pues le dijo: **Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás, no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre** (Lc 18.20; vea Ex 20.12–16; Dt 5.16–20). El evangelio de Marcos añade: «No defraudes» (Mr 10.19). El evangelio de Mateo añade: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», tomado de Levítico 19.18b. Esta aseveración se consideraba un resumen de los últimos seis de los Diez Mandamientos. En otras palabras: «Si deseas heredar la vida eterna, haz lo que manda Dios». El joven respondió: **Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud; ¿Qué más me falta?** (Mr 10.20; Mt 19.20b).

Cristo, que podía ver lo que había dentro del corazón del hombre, vio un gran potencial para el bien y un deseo de hacer lo bueno. Marcos hizo notar que **Jesús, mirándole, le amó** (Mr 10.21a). Era un joven especial. El Señor, por lo tanto, le dijo: **Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, [vea Mt 6.19-21] y ven, sígueme** (Mr 10.21b). En el evangelio de Mateo se lee: **Si quieres ser perfecto** (Mt 19.21). La palabra griega que se traduce por «perfecto» también significa «completo». Cuando se aplica a seres humanos, se refiere a lo completo de lo espiritual o a la madurez.

Existe acuerdo generalizado en el sentido de que el mandamiento que dice: «vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres», no es un requisito general para ser discípulo. Después que la iglesia fue establecida, los cristianos a veces vendían sus propiedades para ayudar a otros cristianos (Hch 2.44–45; 4.32–37); pero este era un acto voluntario, no obligatorio (Hch 5.3–4). Siendo esto así, ¿por qué dio Jesús al joven rico tales instrucciones? Existen por lo menos dos posibilidades:

En primer lugar, cuando Cristo miró dentro del corazón del hombre, Él vio que su problema más grande era la codicia. Mencioné anteriormente que Jesús citó *cinco* de los Diez Mandamientos; sin embargo los últimos *seis* de esos mandamientos se consideran una unidad (resumen cómo debe tratar uno a sus semejantes). ¿Cuál de estos seis mandamientos fue el que Jesús no citó? El mandamiento número diez: «No

codiciarás» (Ex 20.17; Dt 5.21). Esta omisión parece deliberada; aparentemente, la codicia era el obstáculo que impedía al joven rico heredar la vida eterna. Cristo había recalcado anteriormente que un discípulo debía renunciar a *todo* lo que le impidiera ser lo que debía ser (vea Mt 5.29–30; 18.8–9).

En segundo lugar, Jesús amó a este hombre y vio el potencial que tenía. Las instrucciones del Señor para el joven rico en el sentido de vender todo lo que tenía y seguirlo, es probable que constituyeran un llamado a ser discípulo a tiempo completo, un llamado que requería dejarlo todo. (Vea la continuación de este relato: Mt 19.27.)

¿Cómo respondió el joven al desafío que le presentó Cristo? Lucas escribió que **él, oyendo esto, se puso muy triste** (Lc 18.23a). Según la ASV, «su semblante decayó al oír aquello, y se fue triste, porque era alguien que tenía muchas posesiones» (Mr 10.22). Deseaba la vida eterna, pero no a ese precio.

Cuando Jesús vio que el hombre se iba (Lc 18.24), debió de habersele llenado de pesadumbre el corazón. Dijo a Sus discípulos: **¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!** (Mr 10.23). Para subrayar el punto de lo que estaba diciendo, añadió: **Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios** (Mr 10.25). Hay que olvidarse de la explicación popularizada por autores de ficción religiosa, en el sentido de que el «ojo de una aguja» se refiere a una entrada a la ciudad. «Lord George Nugent (1845–6) presentó la explicación en el sentido de que Jesús se refería a las dos entradas a la ciudad, la grande para [bestias] de carga, y la pequeña para viajeros de a pie».³² Esta «explicación» (que carece de sustento en la realidad) fue aprovechada por autores de ficción religiosa, especialmente aquellos que se inclinan por suavizar la enseñanza bíblica. Cristo estaba hablando acerca de algo **que es imposible para los hombres** (Lc 18.27): obligar a una bestia, en el sentido literal de la palabra, una bestia de carga que tiene una joroba, a pasar por el diminuto ojo de una aguja, también en el sentido literal de la palabra, una aguja de las que se usan para remendar prendas de vestir.

³²McGarvey y Pendleton, 547.

Los discípulos de Jesús **se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo?** (Mt 19.25). Los judíos consideraban que las riquezas eran una señal de la aprobación de Dios. Según ellos, si un rico no podía ser salvo, entonces nadie podía serlo. Cristo respondió: **Para los hombres eso es imposible; mas para Dios todo es posible** (Mt 19.26; vea Job 42.2). Para Dios no es ningún problema hacer pasar a un camello por el ojo de una aguja. Tampoco es problema para Dios cambiar el corazón de un rico; eso sí, si el rico se humilla y se vuelve receptivo a la Palabra de Él (vea 1 Ti 6.9–10, 17–19).

APLICACIÓN: «¿QUÉ MÁS ME FALTA?»

(MR 10.17–27; MT 19.16–26; LC 18.18–27)

La ciencia médica tiene hoy una variedad de aparatos que permiten echar una mirada dentro del cuerpo humano. Entre estos se encuentran las máquinas de rayos X, los aparatos para realizar TAC's, los de resonancia magnética y otros por el estilo. Tal vez usted se haya preguntado: «¿Qué tal si alguien pudiera tomar una radiografía de la *mente* de una persona y ver lo que esa persona está pensando?». Jesús podía hacer esto. Él podía ver detrás de la apariencia, dentro del corazón, y saber cómo era en realidad la persona. Tenemos un ejemplo de esto en Marcos 10.17–22.

Hay personas que desde el primer momento nos encantan; hay otras, en cambio, que toma algún tiempo llegar a apreciarlas. El joven que vino a Jesús en Marcos 10 es de las personas que nos agradan de inmediato. Tenía varias cualidades admirables.

1. Vino de buena manera: Corrió para encontrarse con Jesús. Por lo general nos gustan las personas que saben lo que quieren y se apresuran a lograr sus metas. Además, el hombre hincó su rodilla delante de Cristo. No era un joven rebelde a quien le disgustara la autoridad.

2. Vino observando un buen propósito: En una era en la que a muchos sólo les preocupa esta vida, él tenía un interés vital en lo que es verdaderamente: la vida eterna.

3. Vino a un lugar bueno: No le preocupó lo que podían

decir sus iguales, ni lo que podía pensar la gente, ni lo que enseñaban las autoridades religiosas. Vino a Cristo para hallar la respuesta.

4. Vino en un buen momento: Vino cuando era joven. El sabio dijo: «Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento» (Ec 12.1).

A pesar de estas buenas cualidades, él reconocía que algo faltaba en su vida. Preguntó, diciendo: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (Mr 10.17).

La mayoría de nosotros hemos hecho alguna vez una pregunta y hemos recibido una respuesta que parece irrelevante. A primera vista, esto parece haber sido lo que ocurrió con la respuesta de Jesús: «¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios» (Mr 10.18).

Algunos que no aceptan la naturaleza divina de Cristo tratan de usar este versículo para probar que Jesús mismo negó que Él era divino. En otros versículos, sin embargo, Cristo afirmó Su deidad. Por ejemplo, en Juan 14.9, Él dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre». No habría razón para que lo negara en el texto que estamos estudiando. En realidad, si analizamos más cuidadosamente las palabras de Jesús, hallamos que, en lugar de negar Su deidad, la afirman. El hombre llamó a Cristo «*Maestro bueno*», sin dar indicio de que él creyera que Jesús era el Mesías. Jesús aprovechó la palabra «bueno», señalando el hecho de que si el hombre consideraba que Él era *bueno*, entonces debía ser *Dios*, pues sólo Dios es bueno.

La aseveración del Señor es una espada de dos filos. Acusa a los que dicen que Jesús era bueno pero no divino: Si era bueno, era Dios; y si no era Dios, no era bueno. También acusa a los que creen que son suficientemente buenos para ser salvos por sus propios méritos. «Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios» (Lc 18.19b).

Después de introducir el concepto de Su deidad, Cristo respondió la pregunta del hombre, diciendo: «Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre» (vea Mt 19.18,19; Mr 10.19; Lc 18.20). El joven estaba en un error en el

cual están muchos: Creer que se necesita un maestro de mucho conocimiento para complementar los mandamientos originales de Dios. Muchos consideran el cristianismo neotestamentario demasiado simple y elemental para su gusto; desean más que esto. Debido a que desean más, reciben más (2 Ti 4.3–4). Jesús, no obstante, le recuerda al hombre los requisitos que estipula Dios. Según Mateo, Él dijo: «... si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt 19.17b).

La gente desea una religión de «no hacer nada». Me los imagino tomando Romanos 4.5 («al que no obra») e insistiendo en que ese versículo enseña que del todo no tienen que hacer nada. Jesús enseñó que guardar los mandamientos de Dios es esencial para obtener la vida eterna. En ese momento, anterior a la muerte de Cristo, los mandamientos vigentes eran los de la antigua ley. Por esta razón, Jesús citó de los Diez Mandamientos. Hoy vivimos bajo el nuevo pacto de Cristo, pero los mandamientos de Dios todavía son vinculantes. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15). Juan escribió: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos» (1 Jn 5.3a).

¿Qué mandamientos son esos? Permítame recordarle algunos: Cristo dijo: «... si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis»; «... si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente»; «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos»; «El que creyere y fuere bautizado, será salvo» (Jn 8.24; Lc 13.3; Mt 10.32; Mr 16.16). A personas que ya eran discípulos, Jesús dijo: «... el que perseverare hasta el fin, éste será salvo» (Mt 10.22).

No busque a los hombres para averiguar cómo obtener la vida eterna; busque la Biblia. Recuerde también que Cristo enseñó que debemos *hacer* algo para apropiarnos de la gracia y la misericordia de Dios.

Cuando Jesús le dijo al joven que guardara los mandamientos, él todavía no quedó satisfecho. Le dijo: «Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud». La mayoría de nosotros no podríamos decir lo mismo. La mayoría de nosotros no podríamos. En primer lugar, no siempre hemos hecho lo bueno. En segundo lugar, puede que no hayamos comenzado a hacer lo bueno cuando éramos jóvenes.

En ese momento, según Mateo, el hombre preguntó: «¿Qué más me falta?» (Mt 19.20). Había hecho todo lo que sabía que debía hacer, de modo que preguntó qué le faltaba. Entonces, «Jesús mirándole, le amó» (Mr 10.21). Cuando el Señor miró el corazón del hombre, le gustó lo que vio. No le gustó todo lo que vio, pero había un interés legítimo y un gran potencial. Jesús sabía cuál era el problema del hombre, y porque lo amaba le dijo, «Una cosa te falta: anda y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; ven, sígueme» (Mr 10.21b).

Para entender las palabras del Señor, tenga presente dos cosas. En primer lugar, es evidente que Jesús estaba pensando en un trabajo para este joven. Las instrucciones consistían de lo que se requería de discípulos a tiempo completo: «Déjalo todo y ven, sígueme» (vea Mt 4.18-22; Lc 5.11, 27-28).

En segundo lugar, un prerrequisito para todo discípulo es la completa consagración al Señor. Dios es un «Dios [...] celoso» (Ex 20.5), y no permitirá conflicto de afectos. En el caso del joven, él estaba demasiado encariñado con sus posesiones para ser discípulo de Cristo. Su dinero se interponía entre él y la consagración completa, por esta razón Jesús le pidió que se deshiciera de él. El exige de todos nosotros que dejemos cualquier cosa que nos impida entregarnos completamente a Él. Podría ser el dinero. Puede que sea el placer personal, una falta privada o tener amigos que no se deben tener. Lo que sea, el Señor exige ser el primero en nuestros pensamientos y afectos.

Jesús probó las prioridades del joven, y este falló la prueba. «Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones».

Hay que reconocerle que se fue triste. No fue con ligereza que rechazó la invitación de Cristo, como algunos la rechazan hoy. Estaba triste porque amaba al Señor, pero también amaba su dinero, y tuvo que escoger entre los dos. Tampoco deseaba renunciar a uno ni otro, de modo que se apesadumbró cuando renunció a Jesús. Piense en esto: amaba a Cristo; tan sólo era que amaba más su dinero.

«... se fue triste», pero se fue, y el resultado final fue el mismo que si hubiera sido irrespetuoso y grosero. Eligió mal, al excluirse él mismo de la vida eterna que tanto deseaba.

¿Puede Jesús amar a una persona y esa persona estar perdida? Cristo amaba a este hombre, y este hombre estaba perdido. El amor del Señor por sí solo no es suficiente. Usted debe estar dispuesto a responder a ese amor, por medio de someterse a Su voluntad (Jn 14.15).

Conclusión

El joven rico no habría perdido nada si hubiera obedecido el requisito de Cristo. Menos de cuarenta años después, los romanos arrasaron el país, haciendo desaparecer las fortunas de los judíos y esclavizando a estos. Al final, el hombre no sólo perdió «tesoro en el cielo», sino que también perdió aquello a lo cual se había aferrado. Si usted se rinde al Señor, no perderá nada de valor (Fil 3.7-8). Tendrá usted una gozosa y abundante vida aquí sobre la tierra, y más allá de esta vida, le estarán esperando los tesoros de Dios (Mt 19.29).

Una pregunta sobre la recompensa que recibirán los discípulos y enseñanza sobre las bendiciones de Dios, incluyendo la parábola de los obreros de la viña (Mt 19.27—20.16; Mr 10.28—31; Lc 18.28—30)

Mateo 19.27—20.16

²⁷Entonces respondiendo Pedro, le dijo: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?

²⁸Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.²⁹Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.³⁰Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros.

¹Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. ²Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. ³Saliendo cerca de la hora

tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados; ⁴y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. ⁵Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. ⁶Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados? ⁷Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. El les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo.

⁸Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. ⁹Y al venir los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. ¹⁰Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. ¹¹Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, ¹²diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. ¹³Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? ¹⁴Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¹⁵¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? ¹⁶Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos.

Marcos 10.28–31

²⁸Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. ²⁹Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, ³⁰que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. ³¹Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros.

Lucas 18.28–30

²⁸Entonces Pedro dijo: He aquí, nosotros hemos dejado nuestras

posesiones y te hemos seguido. ²⁹Y él les dijo: **De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios,** ³⁰**que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.**

Jesús desafió al joven rico a renunciar a sus riquezas y a seguirlo, pero el hombre rechazó la invitación. A diferencia de este, los discípulos de Cristo habían respondido positivamente a tal llamado (vea Mt 4.18–22; Lc 5.11, 27–28). Pedro, por lo tanto, dijo al Señor: **He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?** (Mt 19.27).

Hay quienes censuran el concepto de los galardones espirituales como «un motivo inferior para obedecer a Dios». Recibir galardones no debería ser el motivo principal para seguir al Señor (vea 1 Co 13.1–3); sin embargo, la Biblia tiene mucho que decir acerca de los galardones (Mt 5.12; 6.4–5; 10.41–42; 1 Co 3.8; 2 Jn 8). Cristo comenzó mencionando los galardones especiales que recibirían los apóstoles: **De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel** (Mt 19.28).

«Regeneración» era un término que usaban los judíos para referirse al reinado del Mesías. La NIV traduce el término por «la renovación de todas las cosas». El término se usa en Tito 3.5 para hacer referencia a llegar a ser cristiano, cuando todas las cosas son hechas nuevas (2 Co 5.17). Esto no se refiere a un supuesto reinado futuro de mil años, de Cristo, sobre la tierra. Antes, la frase se refiere al establecimiento del reino del Mesías, esto es la iglesia, lo cual ocurrió en el primer Pentecostés posterior a la muerte, sepultura y resurrección de Cristo (Hch 2). Note usted que la «regeneración» o «renovación» tendría lugar «cuando» el Hijo del Hombre se sentara en Su trono. A Jesús se le coronó Rey cuando volvió a Su Padre en los cielos (Hch 2.33–35). Él reina actualmente (1 Co 15.24–28) sobre Su reino (Col 1.13), la iglesia (Mt 16.18–19).

Cristo prometió a Sus apóstoles que ellos «[se sentarían] sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel». Mientras

ellos estuvieron vivos, ellos «juzgaron» a Israel al predicarles el evangelio a sus habitantes. Esto es, los apóstoles demostraron que los israelitas (los judíos) no estaban cumpliendo los propósitos de Dios (note, por ejemplo, Ro 9.6–7). Algún día, «juzgarán» a Israel (y a todos los demás) por medio del relato inspirado que escribieron, y en el cual recogieron las enseñanzas de Jesús (vea Jn 12.48).

Jesús pasó después a enumerar galardones para todos los que le siguen: **Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierra, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna** (Mt 19.29). Proceden algunas notas sobre esta alentadora promesa.

Primero, Cristo estaba hablando de los sacrificios que se hacen para que Su causa prospere. En Mateo se lee: «por mi nombre» (Mt. 19.29). En Marcos se lee: **por causa de mí y del evangelio** (Mr. 10.29). En Lucas se lee: **por el reino de Dios** (Lc 18.29).

Segundo, los que hacen tales sacrificios recibirán galardón en esta vida. Según el evangelio de Marcos, tales seguidores reciben **cien veces más ahora en este tiempo** (Mr 10.30). La expresión «cien veces» es usada en un sentido impreciso por la madre que le dice a su hijo: «¡Te he dicho cien veces que no hagas eso!». No obstante, los que han sido aislados por su familia física por haber obedecido al evangelio, pueden dar testimonio de que la aseveración es cierta. En la familia de Dios (la iglesia; 1 Ti 3.15), tienen cientos de hermanos y hermanas, e incluso «madres» que cuidan de ellos. El pasaje también menciona que se reciben casas y tierras en cantidades «cien veces» mayores que las que se han dejado. Aunque no se debe tomar en el sentido literal, lo cierto es que un cristiano tiene «casas y tierras» en las que se le recibe, en cualquier lugar donde encuentren otros miembros del cuerpo de Cristo.

Tercero, Jesús no quería que nadie lo siguiera con engaños. Así, encontramos la aleccionadora palabras que están incrustadas en la promesa: **con persecuciones** (Mr 10.30; vea Mt 5.10-12; Hch 14.22; 2 Ti 3.12). En esta vida siempre tendremos lo dulce con lo amargo.

Cuarto, el galardón más grande estará en los cielos: . . . **y en el siglo venidero la vida eterna** (Lc 18.30).

Cristo no había terminado su lección sobre los galardones.

Sus discípulos necesitaban (como nosotros también necesitamos) entender un principio más. Debido a los sacrificios de los apóstoles y a la relación especial que estos tenían con el Señor, ellos podían dar por sentado que automáticamente iban a ser los **primeros** cuando se repartieran los galardones. Jesús les recordó un principio que había expresado anteriormente (vea Lc 13.30): **Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros** (Mt 19.30). Luego pasó a referir la que el autor Neil Lightfoot llamó «la más desconcertante de las parábolas»,³³ y lo hizo para reforzar esta idea (note Mt 20.16).

En Mateo 20.1–16, Jesús refirió una historia acerca de **un hombre, padre de familia, que salió por la mañana** [probablemente a las 6:00 a. m.] **a contratar obreros para su viña** (Mt 20.1). El tiempo de cosecha de las uvas era a finales de agosto o a comienzos de setiembre. Una vez que estaban maduras, era importante que se recogieran de inmediato. Es probable que el dueño se dirigiera a un sitio de la plaza del mercado (vea Mt 19.3) donde se reunían los hombres que buscaban trabajo. Él contrató a los que encontró y convino en pagarles **un denario al día** (Mt 19.2). El «denario» era una pequeña moneda romana hecha de plata. De este pasaje deducimos que esta era la paga usual de un día de trabajo de un trabajador corriente.

El dueño de la viña todavía necesitaba más trabajadores, así que verificó nuevamente **cerca de la hora tercera** (como a las 9:00 a. m.) (Mt 19.3), y lo hizo otra vez **cerca de las horas sexta y novena** (al mediodía y como a las 3:00 p. m.) (Mt 19.5). Cada vez que contrató más obreros, les prometió: **... os daré lo que sea justo** (Mt 19.4). Verificó una última vez **cerca de la hora undécima** (como a las 5:00 p. m.) y halló **a otros que estaban desocupados** (Mt 19.6). Cuando se les preguntó por qué, ellos respondieron: **Porque nadie nos ha contratado**. Puede que el dueño de la viña haya verificado en diferentes plazas de mercado cada una de las veces que salió a buscar obreros. A estos les dijo que también fueran a la viña (Mt 19. 7).

Cuando llegó la noche (cerca de las 6:00 p. m.), el dueño de la viña le dijo a su mayordomo que les pagara a los hombres

³³Lightfoot, 52.

(Mt 19.8). De conformidad con la ley de Moisés, a los obreros contratados había que pagarles al final de cada día (Lv 19.13; Dt 24.15).

Para consternación de los que habían trabajado todo el día, a los que sólo habían trabajado una hora o poco más, se les pagó la misma suma que a aquellos (Mt 20.9–10). Cuando murmuraron por esto (Mt 19.11–12), el dueño de la viña les recordó que les había dado exactamente lo que les había prometido y les dijo que él tenía el derecho de pagarles a otros como quería (Mt 19.13–15). El versículo 15 se refiere al **ojo envidioso**.³⁴ En el texto original se lee: «ojo malo», que es una expresión del hebreo para referirse al egoísmo, la avaricia y los celos (Pr 28.22).

Esta parábola no fue referida para animar a la gente a esperar hasta «la hora undécima» para hacerse cristianos. Los obreros de la hora undécima empezaron a trabajar tan pronto como fueron llamados. Esto no suena como la gente que rechaza el evangelio año tras año, planeando entrar en el reino en su vejez. Siempre es peligroso esperar. En primer lugar, los que esperan la hora undécima pueden no alcanzar tal edad. Se ha dicho que algunos que esperan hacerse cristianos en la hora undécima, mueren a las diez y treinta. En segundo lugar, aun si alcanzaran esa edad, pueden estar tan endurecidos que se vuelven insensibles al evangelio (vea He 3.13; 6.6). El hombre debe responder inmediatamente después que es llamado por el evangelio (2 Ts 2.14).

Por otro lado, la parábola sí fue referida para recordarles a los apóstoles y a otros obreros de la hora primera, que los galardones no se asignarán según el principio de «hora trabajada, hora pagada». Los galardones no se ganan, sino que se conceden según la misericordia de un Dios soberano.

Los que han sido considerados **primeros** en el reino por los hombres, pueden en realidad ser **últimos** ante los ojos de Dios, especialmente si creen merecer más, como creyeron los obreros de la hora primera de la parábola. Por otro lado, los que son tenidos por relativamente poco importantes en el reino («últimos») pueden ser «primeros» a juicio de Dios (Mt 20.16).

³⁴N. del T.: En la Reina-Valera se lee simplemente: «envidia».

**Jesús anuncia Su muerte inminente a Sus discípulos
(Mt 20.17–19; Mr 10.32–34; Lc 18.31–34)**

Mateo 20.17–19

¹⁷Subiendo Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte en el camino, y les dijo: ¹⁸He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; ¹⁹y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará.

Marcos 10.32–34

³²Iban por el camino subiendo a Jerusalén; y Jesús iba delante, y ellos se asombraron, y le seguían con miedo. Entonces volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer: ³³He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; ³⁴y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.

Lucas 18.31–34

³¹Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. ³²Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. ³³Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará. ³⁴Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía.

Cristo y la muchedumbre estaban cerca de Jericó (vea Mr 10.46). Es probable que se encontraran al otro lado del Jordán y que no hubieran bajado al vado donde los peregrinos cruzaban el río para dirigirse a Judea. (Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice 2.) Marcos escribió: **Iban por el camino subiendo a Jerusalén; y Jesús iba delante, y ellos se asombraron, y le seguían con miedo** (Mr 10.32a). Las expresiones «Iban» y «le seguían» en Marcos 10.32a pueden referirse o no, a diferentes

grupos. Si las dos representan grupos diferentes, es probable que «Iban» se refiera a los doce, mientras que «les seguían» puede referirse a otros discípulos que viajaban con Él.

Aunque le esperaba la muerte, Jesús marchaba sin titubeos, pero los discípulos aparentemente se refrenaban. Tal vez se asombraron de que Él iba a Jerusalén sabiendo que los oficiales de esa ciudad habían resuelto matarle (Jn 11.7–8, 16, 47–54). Es probable que temieran no sólo por la vida de Él, sino también por la de ellos (vea Jn 11.16).

Jesús tomó a los doce aparte y nuevamente les explicó lo que le esperaba. Tal vez tenía la esperanza de que, cuando Sus discípulos vieran cómo se cumplía cada uno de los detalles de Sus profecías, ellos no verían Su muerte como una tragedia, sino como un triunfo de los planes y propósitos de Dios. (Más adelante, ellos llegaron a ver la cruz desde este punto de vista [vea Jn 12.16].) Esto fue lo que les dijo:

He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará (Mt 20.18, 19).

Cristo había hablado anteriormente acerca de Su muerte (vea Mr 8.31–33; 9.30–32), pero esta vez agregó detalles que no se dieron en aquella ocasión.³⁵ El sería **entregado** a los principales sacerdotes y escribas, una referencia al hecho que Él sería traicionado. Después que los principales sacerdotes y los escribas lo condenaran a muerte, ellos lo entregarían a los gentiles (los romanos). Él sería escarnecido y azotado; luego moriría por crucifixión.

Como de costumbre, recalcó que la muerte no sería el fin, pues al tercer día Él resucitaría. También, como de costumbre,

³⁵Coffman enumeró «no menos de 14 detalles pertinentes y significativos de la pasión que se acercaba», detalles que «fueron señalados con precisión por Cristo» (James Burton Coffman, *Commentary on the Gospel of Matthew [Comentario del evangelio de Mateo]* [Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1968], 310–11).

los apóstoles no tenían idea de qué estaba hablando: **Pero ellos nada comprendieron de estas cosas** (Lc 18.34; vea Mr 9.10, 32).

En Lucas 18.34 dice que **esta palabra les era encubierta**. Es probable que esto se refiera simplemente a las preconcepciones de ellos que les impedían entender, pero podría referirse posiblemente a una intervención divina cuyo fin era evitarles que se sintieran abrumados. Lucas usó lenguaje similar en Lucas 9.45.

Enseñanza para Sus discípulos sobre ser siervos (Mt 20.20–28; Mr 10.35–45)

Mateo 20.20–28

²⁰Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. ²¹El le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. ²²Entonces Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. ²³El les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre. ²⁴Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos. ²⁵Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. ²⁶Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, ²⁷y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; ²⁸como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

Marcos 10.35–45

³⁵Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, queríamos que nos hagas lo que pidiéremos. ³⁶El les dijo: ¿Qué queréis que os haga? ³⁷Ellos le dijeron:

Concedéndonos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. ³⁸Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? ³⁹Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; ⁴⁰pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado. ⁴¹Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan. ⁴²Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. ⁴³Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, ⁴⁴y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. ⁴⁵Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

En una ocasión anterior en que Jesús anunció Su muerte, Sus discípulos mostraron que no entendieron absolutamente nada, al disputar sobre quién de ellos sería el mayor en el reino (Mr 9.31–34). Una situación parecida se suscitó después del anuncio que se hizo en esta nueva ocasión.

Jacobo y Juan se acercaron a Cristo, pidiendo que se les dieran tronos importantes en el reino (vea Mt 19.28), el uno a la derecha y el otro a la izquierda de Él. La madre de Jacobo y Juan también hizo esta petición. El Señor les administró una leve reprobación y les dio a conocer que era Su Padre a quien correspondería repartir tales honores.

Cuando los demás apóstoles se dieron cuenta de lo que Jacobo y Juan habían hecho **se enojaron contra los dos hermanos** (Mt 20.24). Es probable que se molestaran por no haber pensado en ello primero. La continua disputa de ellos por la preeminencia era una señal de que no entendían la naturaleza espiritual del reino mesiánico. Esta disputa se suscitó nuevamente en el aposento alto en Jerusalén (Lc 22.24).

Jesús usó la ocasión para repetir y ampliar Su enseñanza en el sentido de que la verdadera grandeza en el reino no se

determina de acuerdo con el servicio que uno reciba, sino de acuerdo con el servicio que uno brinde a los demás. Se puso Él mismo como ejemplo: **Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos** (Mr 10.45).

Cristo podía marchar resueltamente hacia Su muerte porque entendía quién era Él y qué había venido a hacer. Deseaba que Sus discípulos tuvieran el mismo sentido tan arraigado de propósito y misión.

APLICACIÓN:

**«¿QUÉ VA A SER USTED CUANDO SEA GRANDE?»
(MT 20.17–28; MR 10.32–45; LC 18.31–34)**

Durante la mayor parte de su vida adulta, mi padre, Dave H. Roper, fue educador: Trabajó como maestro de agricultura vocacional, como maestro de ciencias y como director de escuela. No obstante, también fue dueño de una librería, granjero, misionero y predicador. Hoy, a la edad de casi ochenta y ocho años, él escribe una columna de humor y nostalgia para diarios de la comunidad. Los miembros de la familia le dicen jocosamente que la historia de su vida debería llevar por título: «¿Qué voy a ser cuando sea grande?».

¿Qué va a ser cuando sea grande? No, no estoy hablando acerca del crecimiento corporal. Es probable que usted ya tenga una profesión elegida. Más bien, ¿cuáles son sus ambiciones espirituales? El Nuevo Testamento recalca la necesidad del crecimiento espiritual (Ef 4.15; 1 P 2.2; 3.18). Al estado de «adulthood espiritual» se le llama «madurez» (vea 1 Co 14.20; Ef 4.13).

Hubo un día cuando Jesús tuvo una seria conversación con Sus discípulos sobre el tema. Necesitamos pensar en lo que Él dijo acerca de este asunto en esa ocasión.

Dos discípulos (Mt 20.17–23; Mr 10.32–40; Lc 18.31–34)

Sucedió cuando el Señor se encontraba camino a Su muerte, Reunió a Sus discípulos y les habló sobre Su sufrimiento y muerte (Lc 18.31-33). Según Lucas 18.34a, los discípulos «nada comprendieron de estas cosas». Fueron incapaces de entender

porque creían que Cristo iba a Jerusalén a establecer un reino que tendría existencia material (vea Lc 19.11). La crucifixión no formaba parte de los planes de ellos.

Egoísmo

Pronto fue aparente hasta dónde llegaba la falta de entendimiento de ellos. «Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, querríamos que nos hagas lo que pidiéremos» (Mr 10.35). Jacobo y Juan deseaban, en efecto, que Cristo les dijera: «Les daré lo que pidieren». Puede que alguien le haya pedido ayuda a usted, sin indicarle qué es exactamente lo que desea.

Jesús les preguntó a los dos hombres: «¿Qué queréis que os haga?» (Mr 10.36). Él sabía lo que querían, pero deseaba poner al descubierto el egocentrismo de ellos (compare con Jn 6.6). Ellos respondieron: «Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda» (Mr 10.37). Cuando dijeron: «en tu gloria», estaban diciendo, en otras palabras: «en tu reino» (Mt 20.21).

Poco antes, Cristo había prometido a los apóstoles que ellos se sentarían sobre doce tronos en Su reino (Mt 19.28). Ahora Jacobo y Juan pedían los más prominentes de esos tronos. Suponían que el más importante de los doce tronos estaría a la derecha de Jesús, mientras que el segundo en importancia estaría a la izquierda de Este. En los Estados Unidos diríamos que uno de ellos deseaba ser el Secretario de Estado, mientras que el otro, el Secretario del Tesoro.³⁶

No sabemos exactamente por qué hicieron esta petición, ni por qué creyeron que Jesús la concedería. Tal vez creyeron que eran los más aptos para tales puestos: la familia de ellos era adinerada (Mr 1.20), y tenían contacto con el sumo sacerdote (Jn 18.15). Tal vez contaban con el hecho de que formaban parte del «círculo de los tres más allegados» al Señor (Mt 17.1). Es incluso posible que fueran primos de Jesús, y que creyeron que Este se parcializaría con ellos. Cual haya sido el razonamiento de ellos, lo cierto es que estaban pensando en coronas, mientras que Cristo

³⁶James Burton Coffman, *Commentary on Mark (Comentario de Marcos)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1975), 217.

estaba pensando en una cruz.

También viajaba con el grupo de Jesús, la madre de Jacobo y Juan, llamada Salomé (Mt 20.20; vea Mt 27.55–56; Mr 15.40–41). Ella había venido a Jesús con sus hijos, y añadió su petición, diciendo: «Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda» (Mt 20.21). No conocemos la secuencia exacta en que sucedieron los eventos, sea que los hijos preguntaron primero y la madre después o viceversa. Es incluso posible que Jacobo y Juan hicieran su petición por medio de su madre.

Cristo no reprendió a Salomé. Ella estaba orgullosa de sus hijos y deseaba lo mejor para ellos. No entendía que el reino era espiritual y no material, y esto era comprensible. Ella y otras mujeres habían andado con Jesús en Galilea, proveyendo para las necesidades de Cristo y los apóstoles (Mr 15.40-41), pero esto habría sucedido a intervalos. Ella no había tenido la oportunidad de oír a Jesús continuamente, como sí la habían tenido sus hijos; no había recibido las enseñanzas especiales en privado que estos habían recibido.

Sus hijos, sin embargo, no tenían excusa. Habían tenido la oportunidad de escuchar a Jesús día y noche durante tres años. Debían haber entendido la naturaleza del reino. Por lo tanto, fue a Jacobo y a Juan a quienes el Señor reprendió (vea Mt 20.22; Mr 10.38).

Abnegación

Lo primero que les dijo Cristo fue esto: «No sabéis lo que pedís» (Mr 10.38a). Esto puede haberles sorprendido. No hay duda de que sí sabían lo que pedían: Estaban pidiendo poder y autoridad. Estaban pidiendo prestigio y estima. Estaban pidiendo respeto y honor.

Si la aseveración de Jesús les sorprendió, es probable que les sorprendiera doblemente la pregunta que hizo después: «¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?» (Mr 10.38b). El «vaso» era un símbolo antiguotestamentario que representaba tanto el gozo rebosante (Sal 23.5) como el sufrimiento devastador (Is 51.17); en este versículo el vaso contempla el sufrimiento de Cristo. La palabra «bautismo» significa «inmersión» y puede usarse

metafóricamente para hacer referencia a ser «abrumado». Jesús había usado anteriormente estas imágenes en Lucas 12.50.

En Sus palabras estaba contemplada la naturaleza intensa del sufrimiento que tendría Jesús hasta el momento de la cruz y el que tendría al estar en esta. Cristo usó el tiempo presente para referirse al vaso y bautismo de sufrimiento: «yo bebo [...] soy bautizado». Al tener conocimiento perfecto de lo que le esperaba, Él ya estaba lleno de angustia (vea Lc 12.50).

Jacobo y Juan pueden haber creído que el Señor estaba hablando acerca de resistir en algún supuesto conflicto militar con el ejército romano, y ellos no se consideraban carentes de valentía. Ellos eran, después de todo, «Hijos del Trueno» (Mr 3.17). Sin embargo, como veremos más adelante, a la primera señal de peligro, huyeron junto con todos los demás apóstoles. Llenos de confianza en sí mismos, en su ignorancia, declararon: «Podemos» (Mr 10.39a).

La voz de Jesús debió de haberse matizado de pesar, al responder: «A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados» (Mr 10.39b). Cristo sabía lo que les esperaba a los dos hombres: Jacobo sufriría la muerte a manos de Herodes Agripa en el 44 d. C. (Hch 12.2), y Juan sería desterrado a la isla de Patmos (Ap 1.9).

Jesús, entonces, respondió directamente a la petición, diciendo: «... el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre» (Mt 20.23). Puede que Cristo haya querido decir que impartir tales honores era una de aquellas prerrogativas divinas a las cuales Él renunció cuando vino a la tierra (vea Fil 2.6–7). Por otro lado, el contexto indica que el énfasis no es en el hecho de que Dios decidirá quién se sienta en lugares de honor, sino en que Dios ha preparado tales puestos de honor para cierta clase de personas, especialmente los que sirven a los demás (Mt 20.26–27). No obstante, nos estamos adelantando a la historia.

Doce discípulos (Mt 20.24–28; Mr 10.41–45)

Egoísmo

Es probable que Jacobo y Juan hubieran deseado que la

conversación que habían tenido quedara entre ellos y el Señor solamente; pero las comunicaciones susurradas tienen su manera de hacerse públicas. Cuando los demás apóstoles se enteraron de lo que Jacobo y Juan habían hecho, «se enojaron contra los dos hermanos» (Mt 20.24). Los doce mantenían una permanente disputa sobre quién de ellos sería el mayor en el reino (vea Mr 9.34; Mt 18.1; Lc 22.24).

Abnegación

Jesús llamó a los discípulos y dijo: «Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad» (Mt 20.25). Así es el mundo. Las organizaciones mundanas establecen estructuras de poder con estratos de autoridad, que comienzan en la cima, con la cabeza, y bajan hasta el más humilde subordinado. Es obvio que las personas importantes de una sociedad son las que ejercen autoridad. En los tiempos de Jesús, el emperador tenía su ejército, el gobernador romano tenía su tribunal y los potentados orientales tenían sus esclavos. Hoy, el mundo mide la importancia de los individuos por el número de personas que trabajan para ellos, o bajo la autoridad de ellos. Cristo les dijo a Sus discípulos: «Mas entre vosotros no será así» (Mt 20.26a).

Cuando Jesús dijo: «Mas entre vosotros no será así», Él no estaba diciendo que el reino, esto es, la iglesia, no tiene necesidad de estructura, ni que no tenemos necesidad de liderazgo espiritual. No hay organización que pueda funcionar eficazmente sin liderazgo. Toda iglesia necesita ancianos capacitados (Tit 1.5). Antes, lo que Cristo estaba diciendo, era que la organización de la iglesia no debía seguir el modelo de organización del mundo. Las denominaciones establecen estructuras de poder que se basan en las del mundo: una cabeza terrenal con varios estratos de autoridad debajo de ella. Tal organización es ajena a las Escrituras. Además, estaba diciendo que la motivación para ser líder espiritual ha de ser radicalmente diferente de la que se tenga para ser líder carnal. Esto fue lo que dijo: «... el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor» (Mt 20.26b; énfasis nuestro).

Puede que estemos tan familiarizados con las enseñanzas de

Jesús, que la palabra «servidor» ya no suene áspera a nuestros oídos. Hemos logrado fumigar la palabra y darle una brillante capa de pintura, de modo que pueda ser ostentada con orgullo: «Fulano es un gran siervo del Señor». La gente de tiempos neotestamentarios entendía lo que estaba implícito en la palabra «siervo»: Un siervo hacía el trabajo sucio, el trabajo que ningún otro deseaba hacer. Un siervo no era apreciado. Un siervo no recibía reconocimiento, ni las gracias por hacer lo que era su deber (Lc 17.10). Sin embargo, Cristo dijo: «el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor».

Esta enseñanza de Jesús fue poco más que revolucionaria. El mundo recalca ser servido, mientras que el Señor exaltaba servir a los demás. Esta era una «completa inversión de [...] los estándares del mundo».³⁷ Cristo introdujo «un conjunto de valores completamente nuevo [...] a la vida».³⁸ Él desea que consideremos a los demás «como superiores» a nosotros mismos (Fil 2.3).

En caso de que Sus discípulos no hubieran captado lo que estaba diciendo, siguió diciendo Jesús: «... y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo» (Mt 20.27). En el versículo 26, Cristo usó la palabra que se traduce por «servidor» (διάκονος, *diakonos*); ahora usaba la palabra que significa «esclavo» (δούλος, *doulos*). Ser siervo ya era malo; ser esclavo era infinitamente peor. Un esclavo era posesión de otro. Un esclavo no tenía derechos. (Podemos, con dificultad, aceptar la idea de ser esclavos de Dios, pero es difícil entusiasrnos con la idea de ser esclavos de otras personas.)

La aplicación para los apóstoles de Jesús era esta: «Si desean ser “primeros”, dejen de disputarse el ser primeros. Dejen de pedir puestos de honor. Antes, comiencen a servirse unos a otros, y a los demás». Sus palabras también tienen aplicación para nosotros: «Deje de pensar en usted todo el tiempo, y en lo que usted desea. Abra sus ojos a las necesidades de los demás y comience a ayudarles».

Cuando una adolescente oyó una lección sobre el desinterés

³⁷Barclay, *The Gospel of Matthew (El evangelio de Mateo)*, 232.

³⁸Ibíd.

y el servicio a los demás, ella escribió en una tarjeta: «¡Pero negarse a uno mismo no es *humano!*!».³⁹ Ella estaba en lo correcto. Negarse a uno mismo no es una característica humana; es una característica divina. Jesús no pidió a Sus discípulos, ni nos pide a nosotros, nada que Él mismo no estuvo dispuesto a hacer. Siguió diciendo Él: «... como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir» (Mt 20.28a; vea Lc 22.27). El Señor tenía derecho divino de ser servido, pero tomó una decisión divina de servir.⁴⁰ Pedro resumió más adelante la vida de Cristo en estas palabras: «... anduvo haciendo bienes» (Hch 10.38). Siempre le conmovieron las necesidades de la gente. Siempre estuvo dispuesto a ayudar. Jamás estuvo demasiado cansado, ni demasiado preocupado, ni demasiado ocupado. Siempre estuvo preparado para servir.

Jesús pasó después a hablar acerca de su más grande acto de servicio, el sacrificio de Su vida por los demás: «... y para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20.28b). Más de una vez, Cristo habló del propósito para el cual había venido a la tierra: «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento» (Lc 5.32; vea Mt 9.13); «Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc 19.10). En la declaración de propósito de Mateo 20.28, Él habló acerca de *cómo* cumpliría ese propósito: Vino «para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». (Énfasis nuestro.)

La palabra «rescate» suele oírse más en relación con un secuestro: El «rescate» es el precio exigido por los captores para liberar a su víctima. Este es el concepto que se incluye en la palabra griega que se traduce por «rescate» (λύτρον, *lutron*), pero el significado de la palabra es más amplio que este. En la Septuaginta, la palabra se usó para hacer referencia al precio que se pagaba para comprar la libertad de un esclavo, a la cantidad que se necesitaba para asegurar la liberación de un rehén o de

³⁹Allison Martin, "But, Denying Self Is Not Human!" («¡Pero negarse a uno mismo no es humano!») *Power for Today (Poder para Hoy)* (Abril-Junio 2001): 42.

⁴⁰Esta aseveración fue adaptada de D. Stuart Briscoe, *Expository Nuggets from the Gospels (Pepitas expositivas tomadas de los evangelios)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Books, 1994), 141.

un prisionero de guerra, y a otros pagos. Podríamos resumir el significado básico de *lutron* como «liberación por pago».⁴¹

En el Nuevo Testamento, la palabra se usa exclusivamente para hacer referencia al precio que se pagó para liberarnos de la culpa por el pecado. La palabra *lutron* en sí se encuentra solamente en Mateo 20.28 y en Marcos 10.45, pero en otros pasajes sobre nuestra redención se usan palabras relacionadas, (vea Ro 3.24, Ef 1.7 y He 9.12), incluyendo el gran texto de 1 Timoteo 2.5–6: «Porque hay [...] un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos». Hay similitudes entre Mateo 20.28 y 1 Timoteo 2.6: Mateo 20.28 usa dos palabras: *λύτρον ἀντι* (*lutron anti*) («rescate en lugar de»), mientras que 1 Timoteo 2.6 usa la palabra compuesta *ἀντιλυτρον* (*antilytron*).

Los hombres han tratado de complicar Mateo 20.28 al hacer notar que el versículo habla de «rescate por muchos» mientras que 1 Timoteo 2.6 habla de «rescate por todos», pero no se dan cuenta de que la palabra «muchos» de Mateo 20.28 «es un hebraísmo que hace referencia a “todos”».⁴² También los hombres han debatido si el rescate fue pagado a Dios o a Satanás. Tales conjeturas están fuera del tema del texto. Cuando decimos que «el precio de la libertad es la vigilancia eterna»,⁴³ no preguntamos a quién se le paga tal precio.

Mateo 20.28 está sencillamente proclamando la gran verdad en el sentido de que la muerte de Jesucristo fue el costo de hacer volver los hombres a Dios.⁴⁴ Pedro lo expresó de esta manera: «... fuisteis recatados [la palabra griega que se traduce por «rescatados» proviene de la misma familia de palabras a la cual pertenece *lutron*] no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino

⁴¹ Vea Geoffrey W. Bromiley, *Theological Dictionary of the New Testament* (Diccionario Teológico del Nuevo Testamento), abr. (Grand Raids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1985), 545.

⁴² Jack P. Lewis, *The Gospel According to Matthew Part 1* (El evangelio según Mateo Primera Parte), The Living Word Commentary Series, ed. Everett Ferguson (Abilene, Tex.: ACU Press, 1976), 81.

⁴³ Este conocido dicho se basa aparentemente en unas palabras dichas por John Philpot Curran en un discurso presentado en Dublín, Irlanda, el 10 de julio de 1790.

⁴⁴ Barclay, *The Gospel of Matthew* (El evangelio de Mateo), 235.

con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1P 1.18–19). Pablo escribió: «Porque habéis sido comprados por precio: glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Co 6.20).

Jesús había declarado que, para ser primero, uno tenía que ser un siervo. Él mismo es el primero de todos, porque rindió el *más grande* servicio: ¡Cristo murió por nuestros pecados! (1 Co 15.3.)

Todos los discípulos

Egoísmo

La ambición carnal en medio de los discípulos de Cristo desapareció para siempre de la tierra cuando el reino, esto es, la iglesia, fue establecido. Lamentablemente, «la mayoría de nosotros respiramos tan constantemente el aire secular del mundo que pasa, durante nuestro peregrinaje terrenal, que es [...] difícil evitar el contagio».⁴⁵ El lema de la sociedad sigue siendo «Tus intereses son primero». El egocentrismo puede contagiar las iglesias: las congregaciones a veces son atrapadas en la creencia de que el éxito está en el tamaño, y olvidan que la esencia del cristianismo es el servicio. El interés en nosotros mismos puede afectarnos incluso como individuos: A menudo se compete ferozmente para predicar en las congregaciones más grandes. Los hombres pueden codiciar el puesto de anciano por el poder que imaginan que les dará. La mayoría de nosotros (si estamos dispuestos a reconocerlo) nos sentimos ofendidos cuando no recibimos reconocimiento ni aprecio por el bien que hacemos. Nos encanta el calificativo de «siervos», pero en realidad no deseamos la posición inferior de los siervos, y *mucho menos* la de «esclavos».

Abnegación

No obstante, Jesús todavía dice que «el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo» (Mt 20.26–27). Ser siervos [o esclavos] es prácticamente todo lo contrario de lo

⁴⁵Joost De Blank, *Uncomfortable Words* (London: Longmans, Green and Co., 1958), 54.

que Jacobo y Juan esperaban cuando pidieron que se les dieran tronos. Creo que Mateo 20.26–27 está diciendo que tales puestos de honor se han reservado para los que rinden servicio sin interés en sí mismos y con sacrificio de sí mismos. Es probable que los tronos que están a la derecha y a la izquierda de Cristo no vayan a ser ocupados por grandes personajes bíblicos tales como Jacobo y Juan, o Pedro y Pablo, sino por humildes santos que pasaron su vida en el anonimato, rindiendo servicio que no se les agradeció ni se les reconoció.

Conclusión

¿Qué *va a ser* usted cuando sea grande? La primera pregunta es «¿Está usted *tratando* de “llegar a ser grande” espiritualmente?». Hay algunos que parecen satisfechos con seguir siendo niños espirituales (He 5.12–14). La segunda pregunta es «¿Se ha propuesto usted la meta de llegar a ser *siervo*?». El desafío que se nos presenta a cada uno de nosotros es llegar a ser un siervo como lo fue Jesús: tener Su sentir (Fil 2.5), «[seguir] sus pisadas» (1 P 2.21) y «[ser hecho] conformes a [Su] imagen» (Ro 8.29).

Bartimeo y el compañero de este son sanados de la ceguera (Mt 20.29–34; Mr 10.46–52; Lc 18.35–43)

Mateo 20.29–34

²⁹Al salir ellos de Jericó, le seguía una gran multitud. ³⁰Y dos ciegos que estaban sentados junto al camino, cuando oyeron que Jesús pasaba, clamaron, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros! ³¹Y la gente les reprendió para que callasen; pero ellos clamaban más, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros! ³²Y deteniéndose Jesús, los llamó, y les dijo: ¿Qué queréis que os haga? ³³Ellos le dijeron: Señor, que sean abiertos nuestros ojos. ³⁴Entonces Jesús, compadecido, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista; y le siguieron.

Marcos 10.46–52

⁴⁶Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de

Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. ⁴⁷Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! ⁴⁸Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! ⁴⁹Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle; y llamaron al ciego, diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama. ⁵⁰El entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. ⁵¹Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. ⁵²Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino.

Lucas 18.35–43

³⁵Aconteció que acercándose Jesús a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando; ³⁶y al oír a la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. ³⁷Y le dijeron que pasaba Jesús nazareno. ³⁸Entonces dio voces, diciendo: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! ³⁹Y los que iban delante le reprendían para que callase; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! ⁴⁰Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó, ⁴¹diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que reciba la vista. ⁴²Jesús le dijo: Recíbela, tu fe te ha salvado. ⁴³Y luego vio, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios.

Jesús junto con la muchedumbre se desplazaron hacia el valle del Jordán y pasaron el río para entrar en Judea. Después subieron los diez o doce kilómetros que llevaban a la antigua ciudad de Jericó. Allí el Señor dio una demostración práctica de lo que significa ser siervo, al tomar tiempo para sanar a dos ciegos y llevar la salvación a un conocido pecador. Lucas fue el único autor que recogió la sanidad de estos ciegos y la historia de Zaqueo, poniendo primero la sanidad (Lc 18.35; 19.1–2).

Los tres evangelios sinópticos contienen relatos de las sanidades, pero difieren en los detalles. Por ejemplo, Mateo habló de dos ciegos (Mt 20.30), mientras que Marcos y Lucas sólo mencionaron a uno (Mr 10.46; Lc 18.35). Tuvimos una situación

parecida con la historia de la sanidad de los dos endemoniados gadareños. Uno de los dos puede haber sido más conocido en el momento en que se escribieron los evangelios. Marcos nos informa de que el nombre de uno de los ciegos (probablemente el más conocido) era **Bartimeo**, que significa **hijo de Timeo** (Mr 10.46). («Bar» es una palabra aramea que significa «hijo de».) Marcos, que probablemente escribió para un público romano, explicó términos que no serían conocidos para un público no judío.

Además en los evangelios hay variaciones relacionadas con el preciso lugar donde los hombres fueron sanados. Lucas dijo: **acercándose Jesús a Jericó** (Lc 18.35), mientras que Mateo y Marcos escribieron: **Al salir [...] de Jericó** (Mt 20.29; Mr 10.46). Muchos comentarios antiguos resolvieron esta aparente discrepancia proponiendo que los ciegos estaban sentados a la entrada de Jericó cuando Jesús pasaba, pero que, cuando supieron de quién se trataba, ya Él había entrado en la ciudad. Luego ellos se dirigieron hasta el otro lado de la ciudad, según esta explicación, y fueron sanados por Cristo cuando Este salía de Jericó. Los hombres ciegos pudieron haber alcanzado el otro lado de la ciudad antes que Cristo, en vista de que Jesús se demoró en rato dentro de la ciudad, habiendo pasado tiempo en la casa de Zaqueo. Los comentarios más recientes por lo general señalan que había dos «Jericós»: la Jericó histórica, «antigua», y la Jericó «nueva», que construyó Herodes. Por lo tanto subrayan que Jesús pudo haber encontrado a los ciegos cuando salía de la *antigua* Jericó y se acercaba a la *nueva*. De todos modos, entre los tres relatos no hay conflictos que no se puedan resolver.⁴⁶

Dos ciegos estaban sentados en sus puestos de mendigos junto al camino (vea Lc 18.35). Cuando oyeron quién era el que pasaba, clamaron, diciendo: **¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!** (Mt 20.30). La expresión «Hijo de David» era la que la gente usaba para referirse al Mesías. Fue así como los ciegos expresaron su fe en Jesús desde el principio. La muchedumbre trató de callarlos, pero ellos clamaron más, diciendo: **¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!** (Mt 20.31). Jesús

⁴⁶Culver dio siete posibles explicaciones de las aparentes discrepancias (Culver, 212–13).

envió a llamar a los ciegos (Mr 10.49) y preguntó: **¿Qué queréis que os haga?** (Mt 20.32). Ellos dijeron: **Señor, que sean abiertos nuestros ojos** (Mt 20.33). Cristo dijo a Bartimeo: **Vete, tu fe te ha salvado** (Mr 10.52; Lc 18.42). La fe de los que habían de ser sanados no siempre era un requisito, pero se mencionó en esta ocasión. No hay indicio de que el paralítico de Marcos 2 tuviera fe para ser sanado. Ciertamente los que Jesús resucitó de entre los muertos no tenían fe antes de ser «sanados». El suceso ilustra la naturaleza activa de la verdadera fe:

La fe confesó («Hijo de David»).

La fe perseveró (rehusó desanimarse por la muchedumbre).

La fe respondió (al llamado de Jesús).

La fe pidió.

Podríamos añadir a esta lista que, después de la sanidad, la fe expresó agradecimiento y la fe siguió a Jesús.

Entonces Jesús, compadecido, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista (Mt 20.34). Ellos se unieron a la multitud que lo seguía, **glorificando a Dios, y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios** (Lc 18.43). Cristo siempre actuó de modo que Su Padre fuera glorificado (vea Jn 17.4).

Zaqueo es salvado de la codicia (Lc 19.1–10)

¹Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. ²Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, ³procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. ⁴Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. ⁵Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. ⁶Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso. ⁷Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador. ⁸Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si

en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.
⁹Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. ¹⁰Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

Cuando la tragedia se asoma sobre el horizonte, nuestros pensamientos tienden a ser egocéntricos, pero no sucedía así con Jesús. A pesar de que tenía tanto en qué pensar, no fue disuadido de pensar en los demás. Esto fue lo que se demostró con la sanidad de los ciegos. También se puede ver en otro suceso acontecido en Jericó: la salvación de un publicano llamado Zaqueo.

Hasta los niños pequeños conocen la historia de Zaqueo «el hombre en miniatura» que subió a un árbol para ver al Señor. Cristo tomó tiempo para ir a la casa de él y así la vida del hombre cambió. Jesús le dijo a Zaqueo: **Hoy ha venido la salvación a esta casa... Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido** (Lc 19.9-10). El versículo 10 es otra gran aseveración de propósito; póngala junto a Marcos 10.45.

**Jesús corrige a Sus discípulos, la parábola de las minas
(Lc 19.11–27)**

¹¹Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente. ¹²Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver. ¹³Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo. ¹⁴Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros. ¹⁵Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. ¹⁶Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. ¹⁷Él le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. ¹⁸Vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. ¹⁹Y también a éste dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades. ²⁰Vino otro, diciendo: Señor, aquí está

tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; ²¹porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. ²²Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse, y que siego lo que no sembré; ²³¿por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses? ²⁴Y dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas. ²⁵Ellos le dijeron: Señor, tiene diez minas. ²⁶Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. ²⁷Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí.

Hasta el fin, encontraremos a Jesús enseñando, tratando de grabar verdades y de corregir falsas ideas. Cuando Cristo tuvo un momento con Sus discípulos en la casa de Zaqueo, les refirió la parábola de las minas con el fin de seguir corrigiendo conceptos errados acerca del reino.

En la parábola, un noble les dio a diez siervos una mina a cada uno (Lc 19.13, 16, 18, 20) y les dijo que negociaran con el dinero mientras estaba ausente. Una **mina** era una moneda griega hecha de plata, que valía cien denarios. Como se hizo notar anteriormente, un denario era el salario que ganaba un obrero en un día de trabajo (vea Mt 20.2). Una mina representaba lo que el trabajador medio ganaba en cuatro meses más o menos. Lucas 19.17 se refiere a una mina como **lo poco**, pero era «lo poco» en un sentido comparativo, en este caso, en comparación con las diez sobre las cuales se dio autoridad al siervo. El noble después **se fue a un país lejano, para recibir un reino** (Lc 19.12). Más adelante, volvió para recompensar a los fieles y castigar a los desobedientes y rebeldes. Esta parábola se parece a la de los talentos, que referiría el Señor pocos días después (Mt 25.14–30), excepto que esta tiene un énfasis diferente.

El propósito primordial de esta parábola se da en el versículo 11: **Prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente.** Cristo había explicado que Él iba

a Jerusalén a morir, pero ellos rehusaban aceptar esto. Habiéndose dejado llevar por el entusiasmo de la multitud, creyeron que el propósito de Jesús para viajar a Jerusalén era establecer Su reino. La idea clave de la parábola es que el noble tuvo que ir «a un país lejano» para recibir Su reino. Jesús, por supuesto, era el noble, y «el país lejano» era el cielo. Jesús tenía que morir, ser resucitado y luego ascender a Su Padre para poder ser coronado Rey (Hch 2.32–33; vea también Ap 3.21). Diez días después de la ascensión de Jesús, el Espíritu Santo vino en el día de Pentecostés para anunciar la coronación de Cristo y establecer el reino, esto es, la iglesia.

Como regla general, una parábola se concebía para enseñar una verdad. En este caso, no obstante, la parábola incluía lecciones adicionales: (1) Incluía un desafío especial para los discípulos de Cristo. Necesitaban estar ocupados después que Él se fuera. Les daría una gran responsabilidad y algún día Él los llamaría a rendir cuentas (vea 2 Co 4.17). (2) Incluía una advertencia especial para los enemigos de Jesús: Los que le rechazaran serían castigados severamente.

En esta sección nos hemos centrado en lo que ocupó la mente y la vida de Jesús durante los últimos días anteriores al a cruz. El ejemplo de Cristo demuestra cómo debemos vivir *todo* el tiempo.

PARTE VII

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS

Incluye una armonía de

Mt 21.1—27.66

Mr 11.1—15.46

Lc 19.29—23.56

Jn 11.55—19.42

SECCIÓN I

LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

Incluye una armonía de

Mt 21.1—25.46; 26.6–13

Mr 11.1—12.37; 14.3–9

Lc 19.29—20.44; 21.37–38

Jn 11.55—12.19

Son verdades fundamentales las que se enseñan en el material preliminar de los evangelios. No obstante, el propósito primordial de ese material es prepararnos para los últimos pocos días del ministerio personal de Jesús, días que culminaron con la muerte y resurrección de Este. El predicador Richard Rogers llamó a este período especial «los ocho días que [cambiaron] al mundo».¹ Casi un tercio de los evangelios se dedica a esos ocho días. Hester lo expresó de esta manera: «De los capítulos que tratan sobre el ministerio de Cristo en sí, casi cuarenta por ciento se dedican a las experiencias que Él tuvo durante estos días finales».² Juan, en particular, se concentró en el final de la vida de Cristo. Casi la mitad de los veintidós capítulos de este evangelio se dedica a los eventos que ocurrieron después de la llegada de Jesús a Betania.

Los últimos días que pasó el Señor sobre la tierra podrían considerarse como «el ministerio de Cristo en Jerusalén». Nunca antes (que sepamos) había dedicado Jesús tanto tiempo y energías a esa ciudad como en esta ocasión. Este fue Su último esfuerzo coordinado para hacer que Jerusalén y los dirigentes de esta —y la nación tras ellos— se volvieran a ceñir al plan de Dios para Israel.

VIERNES POR LA TARDE: LLEGADA A BETANIA (JN 11.55—12.1)

⁵⁵Y estaba cerca la pascua de los judíos; y muchos subieron de aquella región a Jerusalén antes de la pascua, para

¹Richard Rogers, *The Life of Christ and His Teaching (La vida de Cristo y las enseñanzas de Este)* (Lubbock, Tex.: Sunset International Bible Institute External Studies Department, 1995), 59.

²H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 187.

purificarse. ⁵⁶Y buscaban a Jesús, y estando ellos en el templo, se preguntaban unos a otros: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? ⁵⁷Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen.

¹Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos.

Juan le puso prefacio a «los ocho días que cambiaron al mundo». Primero señaló que **estaba cerca la pascua de los judíos** (Jn 11.55a). La Pascua conmemoraba cuando Dios, en Egipto, «pasó por encima». ³ Durante la fiesta de la Pascua, el cordero pascual era inmolado tal como los israelitas lo habían hecho al comienzo del Éxodo. No podía haber momento más apropiado para el sacrificio del «Cordero de Dios», «un cordero sin mancha y sin contaminación» (Jn 1.29; 1 P 1.19).

Juan hizo notar después que **muchos subieron de aquella región a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse** (Jn 11.55b). La ley mandaba que se hiciera purificación antes de las ocasiones espirituales (vea Ex 19.10–11), ocasiones entre las cuales se incluía la fiesta de la Pascua (vea 2 Cr. 30.13–20, especialmente el vers.º 17). A los que no se purificaban de acuerdo con el rito no se les permitía comer la Pascua (vea Jn 18.28). En vista de que eran enormes muchedumbres las que llegaban a raudales a Jerusalén para la fiesta, los ritos de purificación podían tomar días. Los viajeros que podían, venían con anticipación para asegurarse de que estarían aptos para participar. Las grandes muchedumbres que se mencionan eran peregrinos que habían llegado una semana o más antes de la fiesta en sí.

Según Juan, los que habían llegado con anticipación **buscaban a Jesús, y estando ellos en el templo, se preguntaban unos a otros: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?** (Jn 11.56). El hecho de que Lázaro había sido resucitado varias semanas atrás, seguido de la decisión oficial en el sentido de hacer morir a Cristo

³N. del T.: La palabra «pascua» significa «pasar por encima», esto es, no hacer daño al primogénito (en el contexto del Éxodo).

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

(Jn 11.1–53), había elevado el entusiasmo hasta niveles febriles (vea Jn 12.9, 17–19). **Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen** (Jn 11.57). Es probable que hubieran fijado carteles por todo Jerusalén y por los pueblos y aldeas que la rodeaban. La gente anhelaba ver a Jesús, pero en vista del peligro, imaginaron que Él no se atrevería a venir a la fiesta. Fue de esta manera como Juan resumió la situación explosiva que esperaba a Jesús cuando cubría penosamente los últimos kilómetros que le traían de Jericó.

**SÁBADO EN LA NOCHE:
UNA CENA EN BETANIA**
(MT 26.6–13; MR 14.3–9; JN 12.2–11)

Mateo 26.6–13

⁶Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, ⁷vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa. ⁸Al ver esto, los discípulos se enojaron, diciendo: **¿Para qué este desperdicio? ⁹Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres.** ¹⁰Y entendiéndolo Jesús, les dijo: **¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmigo una buena obra.** ¹¹Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. ¹²Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura. ¹³De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

Marcos 14.3–9

³Pero estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre su cabeza. ⁴Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: **¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? ⁵Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres.**

Y murmuraban contra ella. ⁶Pero Jesús dijo: Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. ⁷Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. ⁸Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. ⁹De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

Juan 12.2–11

²Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. ³Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume. ⁴Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar: ⁵¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? ⁶Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella. ⁷Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. ⁸Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis.

⁹Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos. ¹⁰Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro, ¹¹porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús.

Mateo, Marcos y Lucas pasaron directamente del viaje desde Jericó a la entrada triunfal a Jerusalén (Mt 20.29; 21.1; Mr 10.46; 11.1; Lc 19.28–29). Mateo y Marcos no consignaron la comida que tuvieron en Betania, sino hasta más adelante en sus evangelios (Mt 26.6–13; Mr 14.3–9). No obstante, el único autor que dio indicaciones cronológicas en cuanto a la cena fue Juan. Este dijo que Jesús llegó a Betania seis días antes de la Pascua (Jn 12.1) y luego dijo que la entrada triunfal tuvo lugar al «siguiente día» después del banquete en Betania (Jn 12.12). Seguiremos

la cronología de Juan en cuanto a los eventos sucedidos en Betania.

Betania, que se encontraba «como a quince estadios»⁴ de Jerusalén (Jn 11.18), era el lugar donde vivían María, Marta y Lázaro (Jn 11.1) y donde poco antes Cristo había resucitado a Lázaro de entre los muertos (Jn 11.2–46; 12.1). Es probable que llegara a tal ciudad el viernes, poco antes de la puesta del sol. La comida de la Pascua era ingerida en la víspera del día catorce del primer mes del calendario sagrado judío. Durante ese día en particular, la fecha aparentemente caía en viernes, esto es, el día anterior al día de reposo (vea Jn 19.31). Al tomar en cuenta que Jesús no hubiera viajado en el día de reposo, pareciera que Él llegó justo antes de este día, una semana antes de la comida de la Pascua.

Es de suponer que Jesús pasara el día de reposo en la tranquilidad, conversando con Sus amigos y tal vez asistiendo a los servicios de la sinagoga local. Luego, por la noche del sábado, al terminar el día de reposo y al comenzar el primer día de la semana judía, **le hicieron allí una cena** (Jn 12.2a).

El texto no indica claramente quiénes fueron los que le hicieron la cena. En vista de que la comida se llevó a cabo en la casa de Simón, y no en la de Marta, es probable que la cena fuera ofrecida por un grupo que incluía a otros además de Marta y María. Los aldeanos pudieron haber cooperado para proveer de una comida especial al Señor. No obstante, Marta, la práctica, **servía** (Jn 12.2), de modo que es casi cierto que ella pudo haber sido una de las principales contribuyentes para la comida. La cena se llevó a cabo **en casa de Simón el leproso** (Mt 26.6; Mr 14.3), quien probablemente era un antiguo leproso que había sido sanado por el Señor. Según varios comentaristas, Simón pudo haber sido el padre de Marta, María y Lázaro. Era un banquete en honor a Cristo y a Lázaro (Jn 12.2b, 9).

Durante la cena, María tomó un vaso de nardo, y **quebrando el vaso** (Mr 14.3), **comenzó a ungir al Señor** (Mt 26.7; Mr 14.3; Jn 12.3). Los presentes no se hubieran sorprendido si ella hubiera

⁴N. del T.: En la versión bíblica que usa el autor se lee: «como a dos millas» (poco más de tres kilómetros).

sacado el corcho y dejado que unas cuantas gotas cayeran en la cabeza de Jesús (vea Lc 7.46), pero ella destruyó por completo el contenedor. William Barclay sugirió que, cuando un frasco de unguento era usado para ungir el cuerpo de un difunto, los fragmentos del frasco se ponían en el lugar del entierro para indicar que ningún gasto había sido escatimado para honrar al muerto.⁵ No había freno en su expresión de amor y apreciación. El **nardo** era un unguento rojizo caro importado de la India, una mezcla de aceite y perfume líquido destilado de una planta rara de encontrar. Era usado comunmente para preparar cuerpos para el entierro. El unguento de María era guardado en un vaso hecho de alabastro, que era un mármol blanco importado del oeste de Egipto.

De acuerdo a Marcos 14.3, María ungió la cabeza de Cristo, mientras que Juan 12.3a dice que ella ungió Sus piees. Hoy podríamos decir que lo ungió «de pies a cabeza». Ella después **enjugó [Sus pies] con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume** (Jn 12.3b). (Esto no se debe de confundir con la unción de Lucas 7.26-50. Algunos detalles de las dos instancias son similares; pero el lugar, tiempo, ocasión, participantes y los resultados fueron diferentes.)

Algunos de los presentes criticaron a María por este hecho: **Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres** (Mr 14.4, 5). Un denario era el salario de un día para un labrador común (Mt 20.2). «Trescientos denarios» eran mas o menos lo que un labrador haría en un año. Lo que significa que el unguento valía miles de dólares. Para los críticos, esto parecía un terrible desperdicio.

Es evidente que fue Judas quien dio inicio a esta crítica (Jn 12.4, 5), y es probable que este sintiera con intensidad la reprensión del Señor. En los evangelios de Mateo y de Marcos, el relato de la cena en Betania, es seguido inmediatamente por el relato de la traición de Judas. Tal vez pusieron el relato de la cena en esa posición para ayudar a entender el acto de traición de Judas.

⁵William Barclay, *The Gospel of Mark (El evangelio de Marcos)*, ed. rev., The Daily Study Bible Series (Philadelphia. Westminster Press, 1975), 326.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

Jesús le dedicó a María la más excelsa alabanza:

Pero Jesús dijo: Dejádla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella (Mr 14.6–9; vea Mt 26.10–13).

Cristo sabía algo que los demás no sabían: Él sabía que Su hora había llegado (Jn 12.23; 13.1; 17.1). Él sabía que, en unos pocos días, Él estaría colgando de una cruz. María probablemente no entendió el simbolismo de su acción. En lo que a ella le concernía, era simplemente una expresión espontánea de su amor y gratitud. Jesús, sin embargo, vio un significado especial: Ella estaba preparando Su cuerpo para la sepultura.

El Señor concluyó, «De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella» (Mr 14.9). En cualquier lugar que el evangelio haya llegado, hombres y mujeres han leído sobre el regalo de amor de María. La fragancia de la caja de alabastro no llenó solamente la casa en Betania, sino que llenó el mundo.

Se divulgó la noticia de que Jesús y Lázaro estaban en el banquete, y de Jerusalén vinieron muchedumbres ansiosas por ver a ambos (Jn 12.9). Era una oportunidad para ver una prueba viviente del poder de Cristo. Esto estaba dando como resultado que **muchos de los judíos . . . creían en Jesús** (Jn 12.11).

Aun los dirigentes judíos debían haberse conmovido. Pero no sucedió así, y aquello que avivó las llamas de la popularidad también alimentó los fuegos del odio.⁶ Los insensatos celos del sanedrín se pusieron de manifiesto en la siguiente decisión oficial

⁶Esta aseveración fue adaptada de B. S. Dean, «Bosquejo de la historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 23.

que tomaron: **Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro** (Jn 12.10-11). Lázaro no había hecho nada delictivo, excepto estar vivo cuando debía yacer en un sepulcro; sin embargo, lo veían como una amenaza; de modo que debía morir. Que sepamos, el concilio no llegó a realizar este plan. Aparentemente, el acto de crucificar a Jesús aplacó la sed de sangre de ellos.

**DOMINGO POR LA TARDE:
LA ENTRADA TRINFAL A JERUSALÉN
(MT 21.1–11; MR 11.1–11; LC 19.29–44; JN 12.12–19)**

Mateo 21.1–11

¹Cuando se acercaron a Jerusalén, y vinieron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió dos discípulos, ²diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. ³Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará. ⁴Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo:

⁵Decid a la hija de Sion:

He aquí, tu Rey viene a ti,

Manso, y sentado sobre una asna,

Sobre un pollino, hijo de animal de carga.

⁶Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó; ⁷y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y él se sentó encima. ⁸Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino. ⁹Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! ¹⁰Cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste? ¹¹Y la gente decía: Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea.

Marcos 11.1–11

¹Cuando se acercaban a Jerusalén, junto a Betfagé y a Betania, frente al monte de los Olivos, Jesús envió dos de

sus discípulos, ²y les dijo: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego que entréis en ella, hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado; desatadlo y traedlo. ³Y si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso? decid que el Señor lo necesita, y que luego lo devolverá. ⁴Fueron, y hallaron el pollino atado afuera a la puerta, en el recodo del camino, y lo desataron. ⁵Y unos de los que estaban allí les dijeron: ¿Qué hacéis desatando el pollino? ⁶Ellos entonces les dijeron como Jesús había mandado; y los dejaron. ⁷Y trajeron el pollino a Jesús, y echaron sobre él sus mantos, y se sentó sobre él. ⁸También muchos tendían sus mantos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían por el camino. ⁹Y los que iban delante y los que venían detrás daban voces, diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¹⁰¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas!

¹¹Y entró Jesús en Jerusalén, y en el templo; y habiendo mirado alrededor todas las cosas, como ya anochecía, se fue a Betania con los doce.

Lucas 19.29–44

²⁹Y aconteció que llegando cerca de Betfagé y de Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió dos de sus discípulos, ³⁰diciendo: Id a la aldea de enfrente, y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado jamás; desatadlo, y traedlo. ³¹Y si alguien os preguntare: ¿Por qué lo desatáis? le responderéis así: Porque el Señor lo necesita. ³²Fueron los que habían sido enviados, y hallaron como les dijo. ³³Y cuando desataban el pollino, sus dueños les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? ³⁴Ellos dijeron: Porque el Señor lo necesita. ³⁵Y lo trajeron a Jesús; y habiendo echado sus mantos sobre el pollino, subieron a Jesús encima. ³⁶Y a su paso tendían sus mantos por el camino. ³⁷Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto, ³⁸diciendo: ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo, y gloria en las alturas! ³⁹Entonces algunos de los fariseos de entre la

multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. ⁴⁰Él, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían.

⁴¹Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, ⁴²diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. ⁴³Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, ⁴⁴y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

Juan 12.12–19

¹²El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén, ¹³tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel! ¹⁴Y halló Jesús un asnillo, y montó sobre él, como está escrito:

¹⁵No temas, hija de Sion;

He aquí tu Rey viene,

Montado sobre un pollino de asna.

¹⁶Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho. ¹⁷Y daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos. ¹⁸Por lo cual también había venido la gente a recibirle, porque había oído que él había hecho esta señal. ¹⁹Pero los fariseos dijeron entre sí: Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él.

El siguiente día (Jn 12.12a), tal vez avanzada la tarde (vea Mr 11.11), Jesús anduvo los tres kilómetros que separaban a Betania de Jerusalén. A su espectacular entrada en la ciudad se le llama por lo general «La entrada triunfal». Los cuatro evangelios consignan el evento, lo cual es una señal de la importancia de este.

El entusiasmo que se había estado generando alcanzó su

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

culminación ese día. Cuando Jesús salía de Betania, es probable que estuviera rodeado por una entusiasta muchedumbre (vea Mt 21.9; Mr 11.9). Poco más allá de Betania, sobre las faldas del monte de los Olivos, se encontraba la diminuta ciudad de Betfagé (Mt. 21.1; vea Mr. 11.1; Lc. 19.29). Los eruditos no están seguros de la ubicación exacta de Betfagé; pero, según los evangelios, estaba cerca de Betania, sobre las laderas del monte de los Olivos. Cristo envió dos discípulos a la aldea con instrucciones de buscar una asna y su pollino (Mt. 21.1–3). No se nos dice si se habían hecho arreglos anticipadamente en relación con estos animales, ni si Jesús simplemente sabía que el dueño de estos (tal vez un discípulo del Señor) respondería favorablemente cuando oyera que «El Señor los [necesitaba]». Mateo menciona a dos animales, mientras que los demás mencionan solamente al que Jesús cabalgó. Ellos trajeron los dos animales al Señor y pusieron sobre estos sus mantos, para que le sirvieran de montura (Mt 21.6–7).

Cristo eligió a un pollino para que le sirviera de corcel. Tal vez Jesús eligió al pollino porque no había sido montado anteriormente (Mr 11.2). Muchos autores opinan que un animal que ya hubiera trabajado no llenaba los requisitos para usos sagrados (vea Nm 19.2; Dt 21.3; 1 S 6.7). Puede que se haya traído a la madre del pollino no amansado, con el fin de ayudar a calmar al animal más joven.

En el lugar donde yo crecí, era común montar sobre caballos, pero habría sido penoso montar sobre un asno. Los judíos veían las bestias de modo diferente; los asnos eran montados por príncipes en ocasiones especiales. David tenía una mula que fue montada en la coronación de Salomón (1 R 1.33). Una mula es el resultado del cruce entre un caballo y un asno. Al caballo se le consideraba símbolo de la guerra (vea Job 39.19-25), mientras que al asno se le consideraba símbolo de paz. El hecho de que el Príncipe de Paz montó sobre un pollino fue un cumplimiento de profecías (Mt 21.4-5). La principal profecía que se cumplió por medio de este evento fue Zacarías 9.9, pero también se incluyeron palabra de Isaías 62.11. En la profecía Sion es un término poético para hacer referencia a Jerusalén.

Cuando Jesús cabalgaba sobre el pollino, la multitud

alfombraba el piso con sus mantos y con ramas frondosas (Mr 11.8). Los gritos resonaban de una colina a otra:

**¡Hosanna [que significa «¡Salve!»]⁷ al Hijo de David!
¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna
en las alturas!** (Mt 21.9).

**Bendito el reino de nuestro padre David que viene!
¡Hosanna en las alturas!** (Mr 11.10).

**¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz
en el cielo, y gloria en las alturas!** (Lc 19.38).

Gran parte de la alabanza provenía del Salmo 118, uno de los salmos Hallel [que significa «alabado sea»] que cantaban los peregrinos cuando iban camino a Jerusalén. Las palabras de ellos estuvieron cargadas de terminología mesiánica: «el Hijo de David», «el reino de [...] David», «el rey que viene en el nombre del Señor». Por segunda vez estaban los hombres a punto de coronar a Jesús como rey (vea Jn 6.15).

A Jerusalén llegó la noticia de que Cristo se acercaba. Una muchedumbre de la ciudad salió a recibirlo (Jn 12.12–13, 17–18), agitando ramas de palmera y continuando el cántico: **¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!** (Jn 12.12–13). En la mentalidad judía, las ramas de palmera simbolizaban la victoria y el regocijo.

Anteriormente, Jesús se había opuesto a la idea de que lo coronaran como rey (Jn 6.15). ¿Por qué permitió esta entusiasta demostración? El texto dice que lo hizo para que se cumpliera la profecía (Mt 21.4). Tal vez otro motivo se debía a que esto era parte de Sus últimos esfuerzos para hacer que Jerusalén (concretamente sus oficiales) lo reconociera como el Mesías.

Para los dirigentes judíos, fue otra oportunidad desaprovechada. Al no estar dispuestos ni siquiera a considerar la posibilidad de que Jesús era el Cristo, la respuesta de ellos fue

⁷Orville E. Daniel, *A Harmony of the Four Gospels (Una armonía de los cuatro evangelios)*, 2ª ed. (Grand Rapids, Mich.: Baker Books, 1996), 150.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

doble. Primero, se quejaron, diciendo: **Maestro, reprende a tus discípulos** (Lc 19.39). Puede que deseaban hacerlos callar por temor de que la ruidosa muchedumbre molestara a las fuerzas romanas que estaban vigilantes. El número de soldados romanos apostados en Jerusalén era aumentado en gran manera durante los días de fiesta por temor de una sublevación. El hecho de que los romanos aparentemente no tomaron nota de la entrada triunfal sugiere que la consideraron pacífica y sin trasfondos políticos. Lo más probable es que les irritara oír que se proclamara a Jesús como el Mesías. Jesús respondió: **Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían** (Lc 19.40).

En segundo lugar, los dirigentes se preocuparon. Habían tratado por todos los medios de desacreditar a Jesús, y había sido en vano. Llegaron a la conclusión de que nada habían conseguido (Jn 12.19a). Dijeron con un gemido: «Mirad, el mundo se va tras él» (Jn 12.19b). No tenían razón de preocuparse. Las muchedumbres son inconstantes. Esta turba podía volverse pronto en contra del Señor, y esto fue lo que en efecto llegó a suceder.

La procesión dobló la ladera sur del monte de los Olivos, y se dispuso a descender (Lc 19.37) al valle de Cedrón (vea Jn 18.1). Cuando Jesús contempló el panorama que había abajo, le invadió una gran tristeza (Lc 19.41). Lanzó un grito a la ciudad, diciendo: **¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos** (Lc 19.42). Si Jerusalén lo hubiera recibido como el Mesías, ella habría conocido paz, pero el prejuicio había cegado los ojos del pueblo (Mt 13.15). En lugar de disfrutar de paz, Jerusalén sufriría destrucción:

Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos [refiriéndose a los ciudadanos de Jerusalén] dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación (Lc 19.43–44).

Esta trágica profecía se cumplió menos de cuatro décadas después, cuando los ejércitos romanos sitiaron la ciudad. En

el 70 d. C., la ciudad estuvo sitiada por Tito durante 143 días. Seiscientos mil judíos fueron muertos, y millares más apresados. Dios le había dado a Jerusalén un «tiempo [especial de] visitación»: Había venido a la ciudad en la persona de Su Hijo (Jn 14.19), pero rehusó reconocerlo. Al final, pagaría un terrible precio por la oportunidad desaprovechada.

Los enemigos de Jesús se preocupaban y Él lloraba; pero la multitud seguía en un estado de ánimo festivo. La procesión descendió por la ladera al valle, pasó el Cedrón y luego ascendió hasta las puertas de la ciudad. Cuando pasaban por las estrechas calles, los habitantes preguntaban: **¿Quién es este?** (Mt 21.10) y esta es la respuesta que recibían: **Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea** (Mt 21.11).

El entusiasmo debió de haberse apoderado de la multitud al entrar a raudales en el templo. No había duda de que este era el momento en que Cristo establecería Su reino. En lugar de esto, el Señor sencillamente miró **alrededor todas las cosas** y luego, **como ya anochecía, se fue a Betania con los doce** (Mr 11.11). Qué desconcertado y decepcionado debió de haber estado el pueblo. Es probable que dijeran: «¡Mañana! ¡Mañana será el día!».

**LUNES: JESÚS MALDICE UNA HIGUERA,
PURIFICA EL TEMPLO Y SANA A LOS
CIEGOS Y A LOS COJOS
(MT 21.12–19; MR 11.12–19;
LC. 19.45–48; 21.37–38)**

Mateo 21.12–19

¹²Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; ¹³y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

¹⁴Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó. ¹⁵Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron, ¹⁶y le dijeron:

**¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les dijo: Sí; ¿nunca leísteis:
De la boca de los niños y de los que maman
Perfeccionaste la alabanza?**

¹⁷Y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, y posó allí.

¹⁸Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre. ¹⁹Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego se secó la higuera.

Marcos 11.12–19

¹²Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. ¹³Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, pues no era tiempo de higos. ¹⁴Entonces Jesús dijo a la higuera: Nunca jamás coma nadie fruto de ti. Y lo oyeron sus discípulos.

¹⁵Vinieron, pues, a Jerusalén; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; ¹⁶y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. ¹⁷Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. ¹⁸Y lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes, y buscaban cómo matarle; porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba admirado de su doctrina. ¹⁹Pero al llegar la noche, Jesús salió de la ciudad.

Lucas 19.45–48; 21.37–38

⁴⁵Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, ⁴⁶diciéndoles: Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

⁴⁷Y enseñaba cada día en el templo; pero los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle. ⁴⁸Y no hallaban nada que pudieran hacerle, porque todo el pueblo estaba suspenso oyéndole.

³⁷Y enseñaba de día en el templo; y de noche, saliendo, se estaba en el monte que se llama de los Olivos. ³⁸Y todo el pueblo venía a él por la mañana, para oírle en el templo.

Al día siguiente, por la mañana, Jesús se trasladó nuevamente de Betania a Jerusalén (Mr 11.12a), siendo este un viaje más tranquilo. Su destino era el templo. Había purificado el templo al comienzo de Su ministerio público (Jn 2.13–17); ahora lo purificaría nuevamente. En lo medular de los problemas de la nación se encontraba la ausencia de una apropiada relación con Dios, tal como lo evidenciaba la corrupción del culto.

Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mt 21.12–13).

Otra indicación de la ausencia general de reverencia era el hecho de que el patio que estaba abierto al público, se usaba para acortar distancias al ir de una parte de la ciudad a otra. Cristo puso final a esta costumbre: **y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno** (Mr 11.16). La palabra griega que se traduce por «utensilio» es una palabra general que se puede referir a muebles, mercancías y cosas parecidas.

Después de limpiar el templo, Jesús **les enseñaba** (Mr 11.17; vea también Lc 21.37) y **todo el pueblo estaba admirado de su doctrina** (Mr 11.18). Luego **vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó** (Mt 21.14). Este es el único episodio de sanidad en el templo que se consigna.

Es probable que algunos estuvieran decepcionados porque Cristo no había atinado a establecer Su reino el día anterior, pero en general todavía había cierta atmósfera de entusiasmo. Los niños que habían venido al templo con sus padres comenzaron a repetir las palabras que habían llenado a Jerusalén el día anterior: ... **los muchachos aclamaron en el templo ... diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David!** (Mt 21.15b).

Estos niños visitaban el templo con sus padres del mismo modo que Jesús lo hizo con María y José cuando cumplió los doce años (Lc 2.41–51).

Pero los principales sacerdotes y los escribas vieron las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo (Mt 21.15a, b), y los endurecidos corazones de ellos siguieron inmovibles. **Se indignaron** y le dijeron al Señor: **¿Oyes lo que estos dicen?** (Mt 21.15c, 16a). Jesús respondió: **Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?** (Mt 21.16b; una cita de Sal 8.2 en la Septuaginta).

En lugar de conmover los corazones de los jefes judíos, todas «las maravillas que hacía» solamente aumentaban la determinación que habían tomado ellos de matar a Jesús (Mr 11.18; Lc 19.47). No obstante, les frustraba la popularidad de que Él gozaba (Mr 11.18). Estaban temerosos de arrestarle durante el día, cuando **todo el pueblo estaba suspenso oyéndole** (Lc 19.48); y no podían arrestarle de noche, porque no tenían idea de dónde se estaba quedando. Judas pronto les resolvería este problema.

Jesús siguió enseñando el resto del día. Luego, cuando llegó la noche, salió del templo y volvió a Betania (Mt 21.17; vea Mr 11.19). Aparentemente, Jesús cambió de lugares para alojarse durante la semana (vea Lc 21.37). Un resumen de las actividades de Jesús durante la última semana de Su ministerio personal es dado. **Y enseñaba de día en el templo; y de noche, saliendo, se estaba en el monte que se llama de los Olivos. Y todo el pueblo venía a él por la mañana, para oírle en el templo** (Lc 21.37–38).

En medio del drama, un desconcertante incidente ocurrió. Parece no concordar con todo lo demás que estaba ocurriendo, sin mencionar que no parece concordar con lo que conocemos de la personalidad de Jesús. Los comentaristas por lo general toman el evento como una lección ejemplarizante relacionada con la nación judía.

El lunes por la mañana, cuando Jesús se dirigía a Jerusalén, **tuvo hambre** (Mr 11.12; Mt 21.18). Es probable que Él y Sus discípulos salieran de Betania antes de la primera comida del día, la cual los judíos ingerían a media mañana.

Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo (Mr 11.13a). El hecho de que Jesús

no sabía que la higuera no tenía fruto es otra ilustración de que Cristo renunció a algunas de Sus prerrogativas divinas para venir a la tierra (Fil 2.6–7); en este caso era Su omnisciencia (vea también Mt 24.36).

Marcos explicó que **no era tiempo de higos** (Mr 11.13c); la Pascua era a finales de marzo o a principios de abril, mientras que la temporada de los higos no comenzaba sino hasta finales de mayo o principios de junio.⁴⁸ No obstante, Jesús pensó que la higuera podría tener higos porque tenía hojas. Por regla general, las flores aparecían antes que las hojas. Una higuera que tuviera hojas estaba, en efecto, anunciando que por lo menos tenía pequeños higos verdes, que podían comerse.

Por el contrario, cuando Cristo llegó hasta la higuera, **nada halló sino hojas** (Mr 11.13b). Maldijo a la higuera, diciendo: **Nunca jamás coma nadie fruto de ti** y lo oyeron Sus discípulos (Mr 11.14; vea también Mt 21.19 y Mr 11.21).

Mateo combinó el incidente de la higuera del lunes por la mañana y el del martes por la mañana; por lo tanto escribió que **luego se secó la higuera** (Mt 21.19). No hay duda de que la higuera se comenzó a secar de inmediato, aunque los discípulos no vieron que esto había sucedido sino hasta el día siguiente.

MARTES: «EL GRAN DÍA DE LAS PREGUNTAS»
(MT 21.20—25.46; MR 11.20—13.37;
LC 20.1—21.36; JN 12.20—50)

Introducción: Maldición de la higuera estéril
(Mt 21.20–22; Mr 11.20–26)

Mateo 21.20–22

²⁰Viendo esto los discípulos, decían maravillados: ¿Cómo es que se secó en seguida la higuera? ²¹Respondiendo Jesús, les dijo: De cierto os digo, que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: **Quítate y échate en el mar, será hecho.** ²²Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis.

Marcos 11.20–26

²⁰Y pasando por la mañana, vieron que la higuera se había secado desde las raíces. ²¹Entonces Pedro, acordándose, le dijo: Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado. ²²Respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios. ²³Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. ²⁴Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá. ²⁵Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. ²⁶Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.

A la mañana siguiente, Jesús y los doce anduvieron nuevamente la misma ruta. Cuando llegaron a la higuera, hallaron que **se había secado desde las raíces** (Mr 11.20). Un árbol moribundo toma semanas o meses para morir. Al principio, algunas de las hojas se tornan de color café, luego a más hojas les pasa lo mismo, y después de largo tiempo, por fin llega a ser obvio que la totalidad del árbol ha muerto. La higuera, en cambio, se secó de la noche a la mañana.

Era obvio que un milagro había ocurrido: un extraño milagro, por cierto, pero, no obstante, un milagro. Los discípulos se asombraron. Pedro dijo: **Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado** (Mr 11.21). Los autores se preguntan por qué hizo Jesús el milagro; los doce deseaban saber cómo lo hizo. Ellos preguntaron, **¿Cómo es que se secó en seguida la higuera?** (Mt 21.20).

Jesús repitió algunas enseñanzas dadas anteriormente sobre el poder de la fe (Mr 11.22–24; Mt 21.21–22; vea Mt 17.20). Luego añadió una exhortación relacionada con perdonar a los demás (Mr 11.25–26). Tal vez no deseaba que los discípulos se llevaran la impresión de que el hecho de maldecir la higuera les daba derecho de maldecir a los hombres.

Podríamos dejar hasta aquí el asunto, pero sigue en pie el hecho de que este milagro no se parece a ningún otro que Cristo

hizo. El resto fueron milagros de misericordia, mientras que este fue un milagro de juicio. Visto en el contexto, es difícil no ver esto como «una parábola en movimiento».⁸ Hay un extraño paralelo entre la higuera y el pueblo al cual Jesús estaba tratando de llegarle en Jerusalén. J. W. McGarvey escribió: «Difícilmente podrá el lector dejar de notar cuán perfectamente tipifica al pueblo judío esta higuera, pues estaba aparte de los demás árboles, hacía ostentación de sus pretensiones, se mostraba estéril en cuanto a los resultados y era objeto de condenación». Cristo estaba rodeado del ajetreo de los preparativos para la fiesta de la Pascua. Esto debió haber sido señal de profunda espiritualidad, pero todo ello (para usar la terminología del texto) no era «sino hojas» (Mr 11.13). McGarvey añadió esta nota de advertencia: «Pero no debemos hacer tal aplicación de la parábola con certeza, pues Jesús mismo no dio indicación alguna de que Su propósito fuera que la aplicáramos de tal manera».⁹

Una pregunta acerca de la autoridad (Mt 21.23—22.14; Mr 11.27—12.12; Lc 20.1—19)

La pregunta y la respuesta de Jesús
(Mt 21.23—27; Mr 11.27—33; Lc 20.1—8)

Mateo 21.23—27

²³Cuando vino al templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron a él mientras enseñaba, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad? ²⁴Respondiendo Jesús, les dijo: Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. ²⁵El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres? Ellos entonces discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? ²⁶Y si decimos, de los hombres,

⁸John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Armonía de los evangelios para laicos)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 250.

⁹J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 581–82.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

tememos al pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta. ²⁷Y respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos. Y él también les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Marcos 11.27–33

²⁷Volvieron entonces a Jerusalén; y andando él por el templo, vinieron a él los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos, ²⁸y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te dio autoridad para hacer estas cosas? ²⁹Jesús, respondiendo, les dijo: Os haré yo también una pregunta; respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas. ³⁰El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme. ³¹Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? ³²¿Y si decimos, de los hombres...? Pero temían al pueblo, pues todos tenían a Juan como un verdadero profeta. ³³Así que, respondiendo, dijeron a Jesús: No sabemos. Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Lucas 20.1–8

¹Sucedió un día, que enseñando Jesús al pueblo en el templo, y anunciando el evangelio, llegaron los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos, ²y le hablaron diciendo: Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿o quién es el que te ha dado esta autoridad? ³Respondiendo Jesús, les dijo: Os haré yo también una pregunta; respondedme: ⁴El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? ⁵Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? ⁶Y si decimos, de los hombres, todo el pueblo nos apedreará; porque están persuadidos de que Juan era profeta. ⁷Y respondieron que no sabían de dónde fuese. ⁸Entonces Jesús les dijo: Yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas.

Estamos estudiando uno de los días más ajetreados, más difíciles y más importantes de la vida de Jesús: el día martes de la última semana de Su ministerio. Fue un día de enseñanzas, un día de preguntas, un día de conflicto y un día de rechazo.

Al final del día, Cristo pudo haber dicho, con algún grado de satisfacción: «¡Vaya día!». Por otro lado, sus apenados enemigos pudieron haber gemido, diciendo: «Vaya día».

Al comenzar este estudio, encontramos a Jesús en el templo— por última vez— enseñando a las multitudes que se estaban reuniendo para la fiesta de la Pascua. Mientras estaba **enseñando Jesús al pueblo en el templo, y anunciando el evangelio, llegaron los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos** (Lc 20.1). «Los principales sacerdotes», «los escribas» y «los ancianos» representaban al Sanedrín. Esta era la delegación del concilio judío que había decretado que Jesús debía morir (Jn 11.47-53, 57).

Le preguntaron: **¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad?** (Mt 21.23; vea Mr 11.27-28; Lc 20.2). En la expresión «estas cosas» habrían estado incluidas las enseñanzas que estaba dando en el templo, en vista de que Él no era un rabino reconocido oficialmente. Es probable que también tuvieran presentes la purificación del templo que hiciera el día anterior y tal vez la ruidosa demostración de dos días atrás (la entrada triunfal habría sido una «ruidosa demostración» desde el punto de vista de ellos).

Los funcionarios tenían todo el derecho de hacer tal pregunta: estaban a cargo de todos los asuntos relacionados con el templo. Además, era una pregunta legítima: en debates religiosos, la autoridad es lo primero que se debe establecer. Lamentablemente, no hicieron la pregunta con el fin de conocer la verdad. Antes, el propósito de ellos era poner al descubierto a Jesús delante de la muchedumbre como «un entrometido sin autorización, que se había constituido a sí mismo para meterse en asuntos de los cuales ellos tenían control exclusivo».¹⁰

La autoridad de Cristo no procedía de los hombres, sino de Dios (Mt 17.5; 28.18; He 1.1-2); sin embargo, los que le preguntaban no tenían deseo de saber esto. Jesús había presentado Sus credenciales mesiánicas mediante una abundancia de señales innegables durante tres años, pero ellos habían elegido hacer caso omiso de tales pruebas. Además, no se convencerían si les

¹⁰Ibíd., 586.

hubiera dado más pruebas. El Señor sabía todo esto, de modo que decidió responder a la pregunta de ellos con otra pregunta, la cual, si ellos respondían con sinceridad, respondería también la interrogación original de ellos.

Les dijo: **Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?** (Mt 21.24–25a). Si ellos reconocían que el bautismo de Juan era del cielo, entonces debía aceptarse que Juan mismo había sido comisionado por Dios, y que sus enseñanzas eran verdaderas. Esa enseñanza incluía el testimonio acerca de Jesús: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»; «... éste es el Hijo de Dios» (Jn 1.29, 34). Por lo tanto, si aceptaban la autoridad de Juan, también tendrían que reconocer la autoridad de Jesús.

La respuesta de Jesús cogió fuera de guardia a los funcionarios, los cuales tuvieron una precipitada conferencia. **Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? Y si decimos, de los hombres, todo el pueblo nos apedreará; porque están persuadidos de que Juan era profeta** (Lc 20.5–6). Estaban atrapados en un dilema: O reconocían que Juan estaba en lo correcto en cuanto a Jesús, o se arriesgaban a alienar a la muchedumbre que estaban tratando de poner del lado de ellos. No discutieron para encontrar la respuesta verdadera. Lo que les preocupaba era la respuesta conveniente.

Apenados, volvieron a Jesús y le dijeron: **No sabemos** (Mt 21.27a). Una respuesta más exacta habría sido: «No deseamos responder»; sin embargo, la veracidad no era una de las fortalezas de ellos. Jesús respondió: **Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas** (Mt 21.27b). Alguien dijo que uno no puede tratar con hombres insinceros del mismo modo que con los sinceros.

Parte de su respuesta: tres parábolas
(Mt 21.28—22.14)

Después de acallar por el momento a Sus críticos, «comenzó Jesús a decirles [tanto a los dirigentes como a la muchedumbre] por parábolas [varias cosas]» (Mr 12.1a). Se sucedieron rápidamente

tres historias, que fueron concebidas para poner al descubierto lo que había en el corazón de los jefes judíos. Habían puesto en duda Su autoridad. Ahora revelaba que, como representantes y dirigentes del pueblo con el cual Dios había hecho pacto, ellos habían abusado de la autoridad de ellos.

El evangelio de Marcos llama «parábolas» a las historias, pero estas no encajan en el formato estándar de una parábola. Por ejemplo, como regla general, una parábola trata un único asunto; pero estas historias son de naturaleza más alegórica. De cada narrativa se pueden sacar varios paralelos y se pueden hacer varias aplicaciones. No obstante, debemos tener cuidado de no tratar de extraer «algún significado» de todos los detalles de cada historia.

(1) La parábola de los dos hijos (Mt 21.28–32)

²⁸Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. ²⁹Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. ³⁰Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ³¹¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios. ³²Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.

Cristo comenzó diciendo: **Pero ¿qué os parece?** (Mt 21.28a). Dio aviso de que pronto haría una pregunta, de modo que necesitaban escuchar con suma atención. Fue una sencilla historia la que relató:

Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue (Mt 21.28b–30).

Jesús se volvió a sus enemigos y preguntó: **¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?** (Mt 21.31a). A los que respondieron, Jesús los acusó de no creerle a Juan (Mt 21.32). Por lo tanto, la pregunta debió de haberse dirigido primordialmente a los dirigentes religiosos que no le creyeron a Juan (Mt 21.25), y no a la muchedumbre, que tenía en gran estima a Juan (Mt 21.26). Por supuesto que había otros presentes que no habían aceptado plenamente lo que Juan dijo acerca de Jesús, de modo que también puede hacerse una aplicación más generalizada.

Tal vez suspiraron aliviados; esta era una pregunta que sí podían contestar. Respondieron: **El primero** (Mt 21.31b), sin darse cuenta de que se condenaron a sí mismos con su respuesta.

En la parábola, el primer hijo, que dijo: «No quiero», pero después obedeció a su padre, representaba a la gente común, especialmente a aquellos a quienes los fariseos agrupaban en la categoría de «publicanos y pecadores» (Mt 9.11). En el pasado, estos «pecadores» habían rehusado andar en los caminos de Dios; pero cuando oyeron las prédicas de Juan y de Jesús, se arrepintieron. Por otro lado, el segundo hijo, que dijo: «Sí, señor, voy», pero después desobedeció a su padre, representaba a los dirigentes religiosos que no habían guardado el compromiso que habían hecho con Dios.

Jesús hizo la aplicación, diciendo:

De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle (Mt 21.31c, 32).

Además del uso primordial que le dio Jesús a la parábola, que fue para poner al descubierto a Sus enemigos, muchas lecciones prácticas pueden extraerse de ella. Entre estas está, por ejemplo, una clásica ilustración del significado de la palabra «arrepentimiento»: Note las palabras «arrepentido» en el versículo 29 y «arrepentisteis» en el versículo 32. Hemos hecho notar que la palabra griega que se traduce por «arrepentimiento»

podría traducirse por «cambio de opinión». En la NIV se lee de esta manera en el versículo 29: «No quiero, respondió [el primer hijo] pero después cambió de opinión y fue». (Énfasis nuestro.) Cuando la gente se arrepiente, cambia de opinión acerca del pecado. Dejan de decirle «No» a Dios y comienzan a hacer la voluntad de Este. La parábola de los dos hijos es una sencilla, pero profunda ilustración de esta verdad.

Tal vez la lección más importante que se puede extraer de la parábola, sea la lección sobre qué implica ser un hijo fiel: no basta con hablar con la boca al Padre (diciéndole: «Lo haré, Señor»); también hay que hacer lo que el Padre nos manda (vea Mt 7.21; Lc 6.46).

(2) La parábola de los labradores malvados
(Mt. 21.33–46; Mr. 12.1–12; Lc. 20.9–19)

Mateo 21.33–46

³³Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. ³⁴Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. ³⁵Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. ³⁶Envío de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. ³⁷Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. ³⁸Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. ³⁹Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. ⁴⁰Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? ⁴¹Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo.

⁴²Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras:
La piedra que desecharon los edificadores,
Ha venido a ser cabeza del ángulo.
El Señor ha hecho esto,
Y es cosa maravillosa a nuestros ojos?

⁴³Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. ⁴⁴Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará.

⁴⁵Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos. ⁴⁶Pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo, porque éste le tenía por profeta.

Marcos 12.1–12

¹Entonces comenzó Jesús a decirles por parábolas: Un hombre plantó una viña, la cercó de vallado, cavó un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. ²Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que recibiese de éstos del fruto de la viña. ³Mas ellos, tomándole, le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. ⁴Volvió a enviarles otro siervo; pero apedreándole, le hirieron en la cabeza, y también le enviaron afrentado. ⁵Volvió a enviar otro, y a éste mataron; y a otros muchos, golpeando a unos y matando a otros. ⁶Por último, teniendo aún un hijo suyo, amado, lo envió también a ellos, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. ⁷Mas aquellos labradores dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra. ⁸Y tomándole, le mataron, y le echaron fuera de la viña. ⁹¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros. ¹⁰¿Ni aun esta escritura habéis leído:

La piedra que desecharon los edificadores

Ha venido a ser cabeza del ángulo;

¹¹El Señor ha hecho esto,

Y es cosa maravillosa a nuestros ojos?

¹²Y procuraban prenderle, porque entendían que decía contra ellos aquella parábola; pero temían a la multitud, y dejándole, se fueron.

Lucas 20.9–19

⁹Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores, y se ausentó por mucho tiempo. ¹⁰Y a su tiempo envió un siervo a los labradores,

para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. ¹¹Volvió a enviar otro siervo; mas ellos a éste también, golpeado y afrentado, le enviaron con las manos vacías. ¹²Volvió a enviar un tercer siervo; mas ellos también a éste echaron fuera, herido. ¹³Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizá cuando le vean a él, le tendrán respeto. ¹⁴Mas los labradores, al verle, discutían entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra. ¹⁵Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? ¹⁶Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre! ¹⁷Pero él, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito:

La piedra que desecharon los edificadores

Ha venido a ser cabeza del ángulo?

¹⁸Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará.

¹⁹Procuraban los principales sacerdotes y los escribas echarle mano en aquella hora, porque comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola; pero temieron al pueblo.

Jesús pasó después a referir una parábola que explicaba cómo los dirigentes religiosos habían usado sus puestos de autoridad para alcanzar el enriquecimiento y la glorificación de sí mismos. La parábola también puso al descubierto los motivos diabólicos que tenían ellos para desear darle muerte.

Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola (Lc 20.9a): Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre (Mt 21.33a). La parábola refleja las prácticas corrientes de aquellos tiempos: La viña se cercaba de vallado (o con un seto) para protegerla. El «lagar» consistía en dos hoyos en forma de cuba que se cavaban en una roca a diferentes niveles. Las uvas se colocaban en el hoyo más alto y se las pisaba. El jugo fluía al hoyo de abajo, de donde se sacaba con un utensilio. La torre era una plataforma donde los vigías podían apostarse para proteger de los ladrones la viña. Estos detalles no tienen ningún «significado profundo»; no son más que un «simple escenario

parabólico». ¹¹

El padre de familia después **arrendó** [la viña] **a unos labradores, y se fue lejos** (Mt 21.33b). No era raro que los propietarios que se ausentaban, dejaran sus tierras en manos de campesinos que las cultivaran. Este propietario tenía un acuerdo de aparcería con sus arrendatarios: Estos habían de darle un porcentaje acordado del producto (Mr 12.2). Los aparceros eran una figura de los dirigentes de la nación. Estos hombres debían rendir cuentas de cómo trataban (o maltrataban) la heredad de Dios. Según el evangelio de Lucas, el propietario **se ausentó por mucho tiempo** (Lc 20.9; énfasis nuestro). Los dirigentes constituidos habían sido responsables de la viña de Dios, Israel (vea Mt 21.33; Is 5.1-2), durante muchos siglos.

Y cuando se acercó el tiempo de los frutos (Mt 21.34a), el propietario

envió un siervo a los labradores, para que recibiese de éstos del fruto de la viña. Mas ellos, tomándole, le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviarles otro siervo; pero apedreándole, le hirieron en la cabeza, y también le enviaron afrentado. Volvió a enviar otro, y a éste mataron; y a otros muchos, golpeando a unos y matando a otros. (Mr. 12.2–5).

Este trato tan atroz que recibieron los siervos del propietario reflejaba el maltrato que recibieron los profetas de Dios. Estos habían sido perseguidos por la nación judía en general y por los dirigentes judíos en particular (Neh 9.26; Jer 7.25– 26; Mt 23.34; Hch 7.52; He 11.36–38).

El propietario, desconcertado, dijo: **¿Qué haré?** (Lc 20.13a). Jesús continuó: **teniendo aún un hijo suyo, amado** (Mr 12.6a). *Sin duda* tendrían respeto a su hijo (Mr 12.6b); resultaría incomprensible que no lo tuvieran. De modo que **lo envió también a ellos** (Mt 12.6c). La frase «hijo suyo, amado» facilita la identificación de este personaje del relato: el hijo es Jesús mismo (Mt 17.5; Lc 3.22).

¹¹Ibíd., 591.

Lo que sucedió a continuación en la historia es sorprendente. **Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad** (Mt 21.38). Esta manera de pensar tan osada nos parece extraña; pero, según algunos eruditos: «La ley judía estipulaba que una propiedad no reclamada por un heredero se declaraba “sin dueño”, y podía ser reivindicada por quien quisiera».¹² Los arrendatarios habían estado en posesión de la tierra por tan largo tiempo que llegaron a creer que les pertenecía. Del mismo modo, los jefes judíos habían dejado de percibirse como simples siervos de Dios, encargados de llevar a cabo Su voluntad, y más bien consideraban que la nación israelita era propiedad exclusiva de ellos.

En la parábola, los aparceros cumplieron su plan asesino: Tomando al hijo **le echaron fuera de la viña, y le mataron** (Mt 21.39). En tan sólo unos días, Cristo sería llevado fuera de la ciudad de Jerusalén y sería crucificado (vea He 13.12).

Jesús estaba a punto de plantear otra pregunta. Esto fue lo que les preguntó a Sus oyentes: **Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?** (Mt 21.40).

He aquí otra pregunta fácil de responder. Ellos respondieron: **A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo** (Mt 21.41).

Cristo pasó después a revelar la horrorosa verdad que estaba implícita en la respuesta de ellos: **Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él** (Mt 21.43). Las expresiones «otros labradores» del versículo 41 y la «gente» del versículo 43 se referían a los gentiles. Cuando los judíos rechazaran el evangelio, los mensajeros de Dios se dirigirían a los gentiles (vea Hch 13.46; 18.6). Los oyentes de Jesús no habrían entendido plenamente las palabras de Cristo, pero entendieron lo suficiente para saber que era un trágico futuro el que se anunciaba para su nación.

¹²Walter W. Wessel y William L. Lane, notes on the Book of Mark (Notas sobre el libro de Marcos), *The NIV Study Bible (La Biblia de estudio NIV)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1985), 1518.

Clamaron, diciendo: **¡Que jamás suceda así!** (Lc 20.16; NASB). Esta una traducción fiel del griego (Μὴ γένοιτο, *Mē genoito*) pero carece del fervor implícito en las palabras originales. La KJV y la RSV (N. del T.: y la Reina Valera) indican tal fervor al usar lo que McGarvey llamó «la semiprofana expresión» «¡Dios nos libre!».¹³

Tristemente, así sucedería, pues los «arrendatarios» de Dios (los dirigentes judíos) habían resuelto matar al Hijo de Este. Como prueba de que esto ocurriría, Cristo citó Salmos 118, un salmo mesiánico conocido: **¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo...?** (Mt 21.42a). Los maestros y dirigentes judíos se imaginaban que el Mesías sería un líder militar de la realeza. Cuando Jesús vino, Él no calzó en la imagen que tenían ellos de «un Mesías apropiado», por lo tanto, lo desecharon. La ilustración presentaba a unos edificadores haciendo a un lado nada menos que la piedra sobre la cual debía edificarse el resto de la estructura (el reino). Esta profecía llegó a ser una de las favoritas de la iglesia primitiva (Hch 4.11; Ro 9.33; 1 P 2.7).

¿Qué habría de suceder a los que desecharan principal piedra del ángulo»? Cristo dijo: **Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará** (Mt 21.44). «Así como se quiebra un cántaro que sea lanzado contra una roca, y así como es aplastado quien yazca bajo una roca que cae, así [serían] condenados los que [desecharan] a Jesús el Mesías». ¹⁴

Los amigos de Jesús no siempre entendían Sus parábolas (Lc 8.9); sin embargo, en esta ocasión, aun Sus enemigos no tuvieron problemas para hacer la aplicación: **Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos** (Mt 21.45). Es probable que no entendieran todos los detalles, pero por lo menos sabían que los relatos apuntaban a ellos y que la intención con que se referían era menos que elogiosa. El odio de ellos contra Jesús se intensificó y procuraron

¹³McGarvey y Pendleton, 593.

¹⁴Lewis Foster, notes on the Book of Luke, (Notas sobre el libro de Lucas), *The NIV Study Bible (La Biblia de estudio NIV)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1985), 1579.

echarle mano en aquella hora (Lc 20.19a). Una vez más, no obstante, se vieron frustrados por el temor que tenían del pueblo, que **le tenía por profeta** (Mt 21.46).

(3) La parábola de la fiesta de bodas del hijo del rey
(Mt. 22.1–14)

¹Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: ²El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo; ³y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. ⁴Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas. ⁵Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; ⁶y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron. ⁷Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. ⁸Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos. ⁹Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. ¹⁰Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados.

¹¹Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. ¹²Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. ¹³Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. ¹⁴Porque muchos son llamados, y pocos escogidos.

Jesús pasó después a referir Su tercera parábola: la parábola de la fiesta de bodas del hijo del rey. Es parecida a la parábola de la gran cena que Cristo había referido varias semanas atrás (Lc 14.16–24), pero hay diferencias. La parábola anterior fue referida para enseñar la insensatez de rechazar la invitación que hace Dios a formar parte del reino. El propósito primordial de

esta es poner al descubierto la maldad de los jefes judíos y las nefastas consecuencias de las acciones de ellos. Esta parábola se sale de lo normal porque es doble: La primera parte se dirigía a los enemigos de Jesús, y la segunda tenía una lección para los seguidores de Este.

En la primera parte de la parábola, se cuenta que un rey **hizo fiesta de bodas a su hijo** (Mt 22.2). El rey representa a Dios, el hijo es Jesús y la fiesta de bodas representa las abundantes bendiciones que se reciben en el reino mesiánico.

Cuando la comida estuvo preparada, el rey envió sus siervos a pedir a los convidados que vinieran (Mt 22.3–4). Los convidados representan a los judíos «religiosos» en general y a los dirigentes judíos en particular. Algunos de los convidados hicieron caso omiso de las llamadas, mientras que otros maltrataron y mataron a los siervos (Mt 22.3, 5–6). Al igual que en la parábola de los labradores malvados, esa fue la forma como los dirigentes judíos trataron a los mensajeros de Dios, los profetas.

El rey **se enojó** por la respuesta que recibió de ellos y envió **sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad** (Mt 22.7). Los comentaristas por lo general coinciden en que, con estas palabras, Jesús anunció la destrucción de Jerusalén, que ocurrió en el 70 d. C. Al dar esto por cierto, es interesante notar que la parábola dice que el rey envía sus ejércitos, mientras que en realidad fue el ejército romano el que destruyó la ciudad de Jerusalén. El Antiguo Testamento enseña que Dios usó algunas veces fuerzas impías (tales como Asiria o Babilonia) para lograr Sus propósitos.

Al suponer que los eruditos están en lo correcto, note que Cristo se refirió a Jerusalén como «su ciudad» [la ciudad de ellos] y no la llamó «mi ciudad» ni «nuestra ciudad». Esto significa que, cuando los judíos, como una nación, desecharon a Jesús (Jn 1.1), ellos dejaron de ser el pueblo escogido de Dios y Jerusalén dejó de ser «la ciudad de Dios».

Entonces el rey mandó a sus siervos a ir por la región a invitar a todos a su cena (Mt 22.8–9). Los mensajeros **juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados** (Mt 22.10). La expresión «malos y buenos» incluía a «los publicanos y pecadores» (Mt 9.11), que «le [oían] de

buena gana» (Mr 12.37) y es probable que incluyera también a los gentiles (Mt 21.43). Una vez más, Jesús señaló que los dirigentes judíos que ocupaban altos puestos serían desechados porque ellos lo desecharon a Él, mientras que la gente «corriente» que lo recibiera, sería recibida.

En la segunda parte de la parábola, cuando el rey entró al salón donde se servía la cena, halló a un hombre vestido en forma indebida (Mt 22.11). Lo reprendió e hizo que lo sacaran a la fuerza de las fiestas (Mt 22.12–13). A muchos les desconcierta esta parte del relato. Hay quienes protestan porque les parece injusto condenar a un hombre «tan sólo porque no tiene vestiduras agradables». F. F. Bruce incluyó Mateo 22.11–14 en su libro *The Hard Sayings of Jesus (Las palabras duras de Jesús)*.¹⁵ Bruce explicó que no conocemos la totalidad del contexto que rodeaba esta situación, y también explicó que «el mensaje implícito es que el hombre que estaba vestido indebidamente podía haber venido ataviado como se debía. Cuando [se le enfrentó] con su falta no tuvo excusa; y más bien “enmudeció”». ¹⁶

La lección que se da a todos los oyentes de Jesús, los de aquellos tiempos y los de hoy, es que las bendiciones de Dios sólo pueden recibirse cuando se cumplen Sus condiciones, no las nuestras. Concluyó diciendo Cristo: **Porque muchos son llamados, y pocos escogidos** (Mt 22.14). Una cosa es ser invitado a las bodas y otra es disfrutar en sí de estas. Debemos prepararnos para las bodas por medio de hacer la voluntad de Dios (vea He 5.9; 2 Ti 2.21).

APLICACIÓN:

¡EL REY INVITA! (MT 22.1–14)

Imagínese usted que alguien llama a su puerta. Cuando la abre, aparece ante usted un hombre de aspecto distinguido. Este le dice: «Acabo de llegar aquí desde Washington, D.C., para hacerle entrega de esto», y pone en sus manos un sobre. Dentro de este se encuentra una invitación del Presidente de los Estados

¹⁵F. F. Bruce, *The Hard Sayings of Jesus (Las palabras duras de Jesús)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1983), 206–7.

¹⁶Ibíd., 207 (énfasis nuestro).

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

Unidos para que asista usted a un evento de Estado. «Tengo transporte esperándole», dice el hombre. «Alístese tan pronto como pueda y le llevaré al aeropuerto. El avión del Presidente le espera». Sería emocionante. No obstante, Mateo 22.1-14 es acerca de una invitación mucho más emocionante e importante: una invitación de parte del Rey, el Soberano del universo.

El escenario es la última semana del ministerio personal de Jesús. Los eventos ocurrieron el martes, «el gran día de las preguntas». Cuando Cristo enseñaba en el templo, fue enfrentado por representantes del sanedrín, que le preguntaron: «¿Con qué autoridad haces estas cosas?» (Mt 21.23). Como parte de Su respuesta, El Señor refirió tres parábolas que pusieron al descubierto la pecaminosidad de Sus enemigos. Las dos primeras fueron la parábola de los dos hijos y la parábola de los labradores malvados. La tercera fue la parábola de la fiesta de bodas del hijo del rey. Se parece a una parábola que Jesús había referido varias semanas atrás (Lc 14.7-15), pero se diferencia en varios detalles. Se distingue por el hecho de que es una parábola doble, esto es, son dos parábolas en una. A la segunda podría llamársele la parábola del vestido de bodas.

Se le puede poner como título a este estudio «¡El Rey invita!». En este extraeremos del texto bajo estudio tres verdades relacionadas con la invitación.

Es una invitación a regocijarse (Mt 22.1-3)

La parábola

El pasaje comienza con estas palabras: «Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo» (Mt 22.1-2). El rey de la parábola representa a Dios. El relato comienza refiriendo que el rey «envió a sus siervos¹⁷ a llamar a los convidados a las bodas» (Mt 22.3a).

El asunto

Note primero la naturaleza de la invitación: se trata de una

¹⁷N. del T.: La palabra griega original significa «esclavos».

invitación a un banquete de bodas, una ocasión festiva. En el Antiguo Testamento se usaron las figuras de las bodas y de un banquete para anunciar la instauración de la era mesiánica, esto es, el cristianismo. En el Nuevo Testamento se siguieron usando estas figuras. El simbolismo de las bodas puede ser visto en Mateo 9.15 y Juan 3.29; mientras que el simbolismo del banquete puede ser visto en Mateo 8.11–12 y en Lucas 22.30. La iglesia es la esposa de Cristo (Ef 5.23–27, 31–32; vea también 2 Co 11.2). En cierto sentido, el «banquete de bodas» ya comenzó, y seguirá hasta la eternidad. En Apocalipsis, se celebra la victoria del pueblo de Dios con estas palabras: «Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero» (Ap 19.9a).

Estas imágenes deberían servir para impresionarnos con la bienaventuranza y la dicha que le son inherentes a la vida cristiana. Por supuesto, ser cristiano conlleva sus aspectos sombríos. Hay parábolas que comparan el reino con el trabajo en una viña o con las labores en el campo, pero esto no es todo de lo que trata el cristianismo, hay un gozo que subyace a este.

Lamentablemente, los cristianos no siempre se han percatado de esto. En una carta de fecha no anterior al siglo cuarto, el autor pretendió hacer una descripción física de Cristo. Entre otras cosas, dijo que al Señor «jamás se le vio reír, pero que a menudo se le vio llorar».¹⁸ Esta descripción carece de sustento en la realidad. Sin embargo, «debido a que fue la primera descripción escrita que se hizo de Jesús, tuvo un efecto duradero en el arte y la escultura de las eras subsiguientes, de modo que aun hoy, a Jesús se le presenta a menudo como el hombre que jamás rió».¹⁹

Durante años, han habido supuestos seguidores de Jesús que han demostrado frecuentemente su convicción en el sentido de que es muy poco el gozo que se ha de encontrar en el cristianismo. Los puritanos censuraban los juguetes para niños considerándolos «obras de la carne». Cuando Juan Wesley estableció un internado para niños, él exigía que estos se levantaran a las cuatro de la

¹⁸Esta carta espuria fue escrita en latín, y quien supuestamente la escribió fue un tal Publius Lentulus, de quien se dijo haber sido contemporáneo de Pilato. Esta información procede de Neil R. Lightfoot, *The Parables of Jesus (Las parábolas de Jesús)*, Part 2 (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1965), 12.

¹⁹Ibíd. La información del siguiente párrafo procede de la misma fuente.

madrugada, en el invierno y en el verano. Su escuela no tenía períodos de receso ni días feriados, y no permitía juegos de ninguna clase.

En contraste con el anterior panorama de perpetua tristeza, Pablo escribió: «Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!» (Fil 4.4). Una vez más diré que la invitación a la fiesta de bodas es una invitación a gozar.

En vista de que lo anterior es así, consideremos dos verdades. 1) Si rechazamos la invitación del Rey, estaremos rechazando el gozo. Fue una doble tragedia la que aconteció a los que, según la parábola, no respondieron a la invitación: No solamente se les echó fuera, sino que también se perdieron el gozo del banquete. 2) Si aceptamos la invitación, debemos esforzarnos por *ser* felices. Dios no desea convidados de cara triste en Su banquete de bodas.

Es una invitación que requiere respuesta (Mt 22.3–10, 14)

La parábola

Volvamos al relato. El rey «envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas» (Mt 22.3a). Es una doble invitación la que se insinúa en el texto: Ciertas personas habían sido convidadas a las bodas anteriormente; luego, cuando el banquete estuvo dispuesto, se enviaron siervos a decirles a estos invitados que ya era hora de venir.

Los que habían recibido la invitación representaban a los israelitas. Habían sido «convidados» por los profetas que enseñaron acerca del banquete mesiánico. El hecho de que la parábola habla de una segunda invitación insinúa que los judíos habían aceptado la primera; esto es, habían aceptado la idea del reino mesiánico venidero.

Cuando a los convidados se les dijo que la comida estaba preparada, ellos «no quisieron venir» (Mt 22.3b). De este modo dieron a conocer su espíritu terco y rebelde. No obstante, el rey estuvo dispuesto a darles otra oportunidad. Puede ser que razonara de esta manera: «No entendieron a los primeros mensajeros. Les daré el beneficio de la duda». Por lo tanto...

Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos [estos animales no eran muertos sino hasta el día del banquete], y todo está dispuesto [la carne había sido cocinada y todo estaba dispuesto para ser servido]; venid a las bodas (Mt 22.4).

En la parábola de Lucas 14, llegado este momento del relato, los convidados comenzaron a excusarse. En esta parábola, los convidados hicieron caso omiso de las llamadas, pues leemos: «... [no hicieron] caso...» (Mt 22.5a). El lenguaje original recalca el desinterés de ellos. En Hebreos 2.3 la misma palabra griega ἀμελέω (*ameleō*) se traduce por «descuidar». Los convidados no fueron capaces de apreciar el valor de la oportunidad. En la KJV se lee: «no le dieron importancia».

El rey recibió doble insulto. Algunos lo insultaron al estar demasiado ocupados en otros asuntos: «se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios» (Mt 22.5b). Estas no eran actividades malas; sencillamente no eran tan importantes como la invitación del rey. William Barclay escribió:

Es muy fácil para un hombre estar tan ocupado en los asuntos del tiempo, que se olvida de los asuntos de la eternidad; estar tan preocupado por las cosas que se ven, que se olvida de las cosas que no se ven; oír con tanta insistencia los reclamos del mundo, que no puede oír la suave invitación de la voz de Cristo. La tragedia de la vida es que muy a menudo es lo que ocupa el segundo lugar lo que deja fuera el primer lugar, que es lo bueno en sí mismo lo que deja fuera lo supremo.²⁰

Otros insultaron al soberano al reaccionar violentamente: «... y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron» (Mt 22.6). Esto se refería al trato que los judíos les dieron a los profetas y tal vez anticipaba la forma como más adelante tratarían a los

²⁰William Barclay, *The Gospel of Matthew (El evangelio de Mateo)*, vol. 2, ed. rev., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 268.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

apóstoles. Habían algunos que hacían caso omiso de las llamadas, y habían otros que se oponían a estas, pero en ambos casos el resultado final fue el mismo.

Lo que se hizo a los representantes del rey se hizo, en efecto, al mismo rey. Por lo tanto, cuando el rey oyó lo sucedido, «se enojó» (Mt 22.7a). Entienda que Dios puede ser benevolente, pero también puede enojarse. ¡Cuando Dios se enoja, hágase a un lado!

El rey, «enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad» (Mt 22.7b). En el contexto, es probable que esto se refería a la destrucción de Jerusalén, que realizaría el ejército romano en el 70 d. C.

El banquete estaba, a pesar de todo, preparado. El rey dijo a sus siervos: «Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos» (Mt 22.8). La expresión «no eran dignos» no se refiere a una generalizada carencia de dignidad, sino al hecho de que se mostraron indignos al rechazar la invitación (vea Hch 13.44–46). En la NIV dice que «no merecían venir».

A los siervos se les mandó con estas palabras: «Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis» (Mt 22.9). La frase griega que se traduce por «las salidas de los caminos» (ἐπὶ τὰς διεξόδους τῶν ὁδῶν, *epi tas diexodous tōn hodōn*) se refiere a lugares donde la gente por lo general se reunía. En la NIV se lee: «las esquinas de las calles». ¿Hay algún lugar en su comunidad donde es probable que usted halle gente reunida casi a cualquier hora del día o de la noche? Esta es la idea que lleva implícita la expresión «las salidas de los caminos». El rey dijo: «llamad a las bodas a cuantos halléis». Esto suena como la Gran Comisión, ¿verdad que sí? «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Mr 16.15).

Los mensajeros hicieron como el rey mandó: «saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos» (Mt 22.10a). La expresión «malos y buenos» no significa que el mal tenga cabida en el reino de Dios, pero sí significa que Dios está interesado en todas las personas, sean buenas o malas, e invita a todos. El evangelio es para todos. En el capítulo anterior, el Señor señaló que la gente «mala» de

Su tiempo estaba más receptiva que la gente «religiosa» (Mt 21.28–32).

La doctrina de la salvación por la gracia está implícita aquí; los que andaban «por los caminos» no habían hecho nada que los hiciera merecedores de la invitación. No se habían ganado el derecho de venir al banquete. Era totalmente por gracia (vea Ef 2.8–9).

Después que los siervos terminaron su búsqueda por las regiones aledañas, «las bodas fueron llenas de convidados» (Mt 22.10b). El rey no suspendió el banquete porque algunos rechazaron su invitación y le insultaron. A pesar de esto realizó su banquete, y su recinto estuvo repleto de invitados que celebraban. Es así como la gente tampoco puede frustrar los planes y los propósitos de Dios.

El asunto

Podemos aprender mucho de la primera parte de la parábola, pero aprendamos especialmente esto: La invitación llega a todos nosotros, pero cada uno tiene el derecho de aceptarla o de rechazarla. Entienda, no obstante, que si rechazamos la invitación, el Rey se entristecerá.

Eche una mirada al versículo 14: «Porque muchos son llamados, y pocos escogidos». La palabra «muchos» se refiere a «todos»: Todos son llamados por el evangelio (2 Ts 2.14). Lamentablemente, sólo son «pocos escogidos». En el contexto, ser «escogido» se refiere a ser admitido al banquete de bodas. ¿Fue arbitraria la decisión del rey en relación con cuál de los convidados admitiría? La respuesta es «No». Cada uno de los invitados decidió por sí mismo si sería uno de los «escogidos», al aceptar o rechazar la invitación del rey.

Es una invitación que implica responsabilidades (Mt.22.11–14)

La parábola

Después que el salón se llenó, «entró el rey para ver a los convidados» (Mt 22.11a). Literalmente, vio a «los que estaban reclinados». Los invitados ya estaban reclinados a la mesa del

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

banquete, prestos a disfrutar de la suntuosa comida.

Cuando la mirada del rey se paseaba sobre la muchedumbre, «vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda» (Mt 22.11b). Constituía un insulto para un anfitrión que un invitado no llevara puesto el atavío apropiado para una función tan distinguida.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el jefe de estado ruso dio un elaborado banquete en honor del primer ministro británico, Winston Churchill, que estaba de visita. Los rusos llegaron ataviados con sus mejores vestidos formales o sus uniformes militares de gala, pero el invitado de honor no llegó así. Churchill llegó vistiendo el famoso mono de cremallera que había llevado puesto durante los bombardeos alemanes de Londres. Creyó que daría un toque de nostalgia el cual los rusos apreciarían. Pero estos no lo apreciaron. Les humilló y les ofendió que su prominente invitado de honor no considerara digno de sus mejores vestidos el banquete que le estaban ofreciendo ellos.²¹

Ha habido una airada polémica sobre por qué se esperaba que el hombre de la parábola llevara puesto un vestido de bodas. Los hombres han protestado, diciendo: «Pero, si el rey hizo que los convidados fueran tomados de las calles, ¿por qué había de esperar que llevaran puesta una indumentaria formal?». A modo de respuesta, se ha hecho notar que en algunas culturas de Medio Oriente se suministraba por parte del anfitrión un caftán o túnica, que un sirviente entregaba a la entrada a cada invitado.²² Según entiendo, esto se hacía con el fin de evitar que se avergonzara a los pobres. Cual fuera el estatus social o económico de los invitados, todos estaban vestidos del mismo modo. Si algo parecido se acostumbraba en la Palestina de aquellos tiempos, entonces el hombre insultó a su anfitrión cuando rehusó llevar puesto el traje que se proveyó. Otros han insinuado que el rey

²¹Eldred Echols, *Discovering the Pearl of Great Price (Cómo hallar la perla de gran precio)* (Fort Worth, Tex.: Sweet Publishing, 1992), 167.

²²Ibíd., 171.

había dado tiempo a los invitados para que fueran a casa y se asearan. Si esto fue así, era de esperar que el hombre llevara puesto su mejor vestido.

No es importante para nosotros conocer los detalles. El asunto es que, de todos modos, el hombre *podía* haberse preparado para las bodas pero *no lo hizo*. El versículo que sigue indica que este individuo *sabía* que no tenía excusa.

Note que fue el rey quien determinó que el hombre no estaba vestido como se debía, del mismo modo que es Dios quien determina si nosotros lo estamos. No estamos capacitados para determinar tales asuntos. Podríamos creer que algunos están vestidos espiritualmente como se debe, cuando en realidad no lo están; y podría creer que otros no están vestidos espiritualmente como se debe, cuando en realidad sí lo están (vea 1 S 16.7). Dios es el único que verdaderamente conoce nuestros corazones (Hch 15.8). Cada uno de nosotros necesita hacer aplicación personal, preguntándose: «¿Qué ve Dios cuando mira dentro de mi corazón?».

Por supuesto, cuando hablamos de estar «vestidos» como se debe, estamos hablando de lo interno, no de lo externo. La Biblia a menudo usa la metáfora de los vestidos para ilustrar la necesidad de estar «vestidos» espiritualmente como se debe. Entre los ejemplos antiguotestamentarios se incluyen Job 29.14; Isaías 61.10; Ezequiel 16.10. Varias referencias neotestamentarias se dan más adelante en esta presentación. A estas se podrían añadir los textos sobre «vestirse» de la armadura de Dios (Ro 13.12; Ef 6.11–17; 1 Ts 5.8).

Cuando el rey vio al hombre que no estaba vestido como se debía, le dijo: «Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda?» (Mt 22.12a). El soberano pidió una explicación. En esto está implícito que si el hombre daba una razón aceptable, él sería perdonado. No obstante, el hombre «enmudeció» (Mt 22.12b). La expresión «enmudecer» es traducción de la palabra griega que se refiere a tener «bozal» o «mordaza» (φιμόω, *phimōō*). El hombre ni siquiera se excusó.

Entonces el rey habló a «los que servían» (Mt 22.13a). Estos no eran los esclavos que habían llevado la invitación, sino que eran siervos contratados que trabajaban en la casa del

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

soberano. Richard Trench les llamó «sirvientes que atienden».²³ Son representantes de los ángeles del Señor, que «recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad» (Mt 13.41; vea Mt 13.49; Lc 19.24).

El rey dijo a los siervos: «Atadle [al hombre] de pies y manos [para que no haya manera de que vuelva a entrar en las bodas; vea Lc 16.26], y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mt 22.13b). Para que no se nos olviden las imágenes de la parábola, podríamos expresarlo de esta manera: «Echadle en la oscuridad de la noche, lejos de la luz y de la alegría del banquete, y déjelo crujir los dientes sobre la maravillosa oportunidad que se perdió». La mayoría de ustedes se habrá percatado de que esta es la misma terminología que se usa para hacer referencia al castigo en los fuegos del infierno (Mt 8.12; 25.30).

El asunto

La lección que cada uno de nosotros debería aprender de esta parábola que está dentro de otra parábola, es que no basta con aceptar inicialmente la invitación del Señor. Para disfrutar del banquete del Señor, debemos seguir mostrando respeto por nuestro anfitrión.

Concretamente, debemos estar vestidos espiritualmente. Las imágenes relacionadas con un vestido interno apropiado se encuentran en expresiones tales como las que usa Pablo en Efesios 4.22–24: «... despojaos del viejo hombre [...] y vestíos del nuevo hombre» (vea también Col 3.10, 12, 14). El apóstol escribió a los cristianos de Galacia, estas palabras: «... pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo *estáis revestidos*» (Gá 3.26–27; énfasis nuestro; vea también Ro 13.14). En el libro de Apocalipsis, se presenta al pueblo victorioso de Dios vistiendo «ropas blancas», ropas que se «han lavado» y se «han emblanquecido en la sangre del Cordero» (Ap 7.9, 14; vea también 3.4–5, 18; 6.11; 22.14). Una vez que nos hacemos cristianos y nos hemos puesto

²³Richard C. Trench, *Notes on the Parables of Our Lord (Notas sobre las parábolas de nuestro Señor)* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1953), 243.

«ropas blancas», debemos *mantenerlas* limpias (vea Stg 1.27), por medio de vivir la vida cristiana fiel (Ap 2.10) y por medio de volver al Señor cuando pecamos (1 Jn 1.7, 9).

Anteriormente consideramos que somos salvos por gracia, pero no por «gracia barata». En los tiempos de Pablo, había algunos enseñando que la doctrina de la salvación por gracia le permitía a uno vivir de la manera que quisiera. Esto fue lo que el apóstol respondió:

¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Ro 6.1–4).

Como ya se hizo notar, Jesús terminó la parábola con estas palabras: «Porque muchos son llamados, y pocos escogidos» (Mt 22.14). Los judíos tenían un proverbio en el que se expresaba que muchos fueron llamados de Egipto, pero sólo unos pocos fueron escogidos para entrar en la Tierra Prometida. En la parábola, el asunto es que de todos los convidados, en realidad fue sólo a unos pocos que se les permitió quedarse en el salón del banquete y disfrutar de la cena que se había provisto.

Conclusión

Un conocido cántico de invitación expresa:

«Todo está listo», ¡venid al banquete!
Venid, pues la mesa está llena;
Los que estáis hambrientos y cansados, venid,
Y seréis ricamente alimentados.²⁴

²⁴Charlotte G. Homer, "Come to the Feast" («Venid al banquete»), *Songs of the Church (Cánticos de la iglesia)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1977).

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

Jesús tuvo que morir para que pudieramos disfrutar del banquete espiritual de Dios. No insultemos al Rey tomando a la ligera Su invitación.

Una serie de preguntas

(Mt 22.15–46; Mr 12.13–37; Lc 20.20–44)

Los fariseos y los herodianos preguntan sobre el pago de los impuestos

(Mt 22.15–22; Mr 12.13–17; Lc 20.20–26)

Mateo 22.15–22

¹⁵Entonces se fueron los fariseos y consultaron cómo sorprenderle en alguna palabra. ¹⁶Y le enviaron los discípulos de ellos con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres. ¹⁷Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¹⁸Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? ¹⁹Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. ²⁰Entonces les dijo: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción? ²¹Le dijeron: De César. Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. ²²Oyendo esto, se maravillaron, y dejándole, se fueron.

Marcos 12.13–17

¹³Y le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos, para que le sorprendiesen en alguna palabra. ¹⁴Viniendo ellos, le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos? ¹⁵Mas él, percibiendo la hipocresía de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea. ¹⁶Ellos se la trajeron; y les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Ellos le dijeron: De César. ¹⁷Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaron de él.

Lucas 20.20–26

20Y acechándole enviaron espías que se simulasen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra, para entregarle al poder y autoridad del gobernador. **21**Y le preguntaron, diciendo: Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de persona, sino que enseñas el camino de Dios con verdad. **22**¿Nos es lícito dar tributo a César, o no? **23**Mas él, comprendiendo la astucia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? **24**Mostradme la moneda. ¿De quién tiene la imagen y la inscripción? Y respondiendo dijeron: De César. **25**Entonces les dijo: Pues dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. **26**Y no pudieron sorprenderle en palabra alguna delante del pueblo, sino que maravillados de su respuesta, callaron.

Las tres parábolas de Jesús dejaron al descubierto a los gobernantes e hicieron que estuvieran más resueltos que nunca a matarlo. Avanzamos ahora a la siguiente etapa del conflicto de ese día: una serie de preguntas que hicieron Sus enemigos, preguntas que fueron concebidas para atraparlo.

La primera pregunta fue hecha a iniciativa de los fariseos. El evangelio de Mateo dice que **los fariseos... consultaron cómo sorprenderle en alguna palabra** (Mt 22.15; Mr 12.13). Según el evangelio de Lucas, **acechándole enviaron espías que se simulasen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra, para entregarle al poder y autoridad del gobernador** (Lc 20.20).

Como parte de su plan, los fariseos le enviaron los discípulos de ellos (Mt 22.16a). Los integrantes de este grupo habrían sido «los estudiantes que más afinidad mantenían con ellos»,²⁵ esto es, hombres jóvenes²⁶ que habían sido ensayados cuidadosamente por sus maestros.

Las palabras que siguen en el texto son algo sorprendentes: **con los herodianos** (Mt 22.16b). Los fariseos aborrecían a los herodianos, que estaban a favor del derecho de los Herodes para gobernar, y que, por lo tanto, estaban a favor de los romanos,

²⁵A. T. Robertson, *A Harmony of the Gospels for Students of the Life of Christ* (*Una armonía de los evangelios para estudiantes de la vida de Cristo*) (New York: Harper & Row, 1950), 164.

²⁶Hester, 193; McGarvey y Pendleton, 597.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

que eran la fuente del poder de los Herodes. Pero era mayor el aborrecimiento que le tenían a Jesús. Estaban dispuestos a cooperar con *quien quisiera* con tal de que se produjera la desaparición de Cristo.³⁷ La razón para que se llevara a cabo esta alianza entre los fariseos y los herodianos en esta ocasión llegará a ser clara más adelante en el relato.

Cuando la juvenil delegación llegó hasta Jesús, comenzaron con lisonjas, con la esperanza de que Cristo se descuidara: **Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres** (Mt 22.16c). Después dijeron: **Dinos, pues, qué te parece...** (Mt 22.17a), repitiendo palabras que Cristo había usado anteriormente (Mt 21.28a). Todas las expresiones se habían concebido para obligarlo a dar una respuesta.

Estaban a punto de tender su trampa. Preguntaron: **¿Es lícito dar el tributo por cabeza a César, o no?** (Mt 22.17b; NASB). Todos los años, los judíos debían pagar una alta suma de dinero a Roma como señal de sujeción al imperio. El pueblo judío aborrecía todos los tributos extranjeros que se les impusieran, y le tenían especial aversión al tributo por cabeza. Este tributo se determinaba según el número de personas que vivían en una región en particular. El tributo que se exigía era de «un denario por cada adulto entre 14 y 65 años de edad».²⁷

Anteriormente, Jesús les había hecho a los miembros del concilio una pregunta que los enredó en un dilema. Los fariseos decidieron usar el mismo método. Creían, no obstante, que cual fuera la respuesta que Cristo diera a la pregunta sobre el tributo, Él se vería en problemas. Si decía: «Sí, pagad los impuestos», los fariseos podían censurarlo delante del pueblo como partidario de los opresores romanos. Si respondía: «No», entonces los herodianos que habían venido con los fariseos podían acusarlo delante del gobernador romano como subversivo. La primera respuesta lo haría caer en desgracia ante el pueblo; la segunda lo señalaría como alguien desleal a las autoridades civiles.

²⁷ Will Ed Warren, *Class Syllabus, The Life of Christ. The Synoptic Gospels (La vida de Cristo. Los Evangelios sinópticos)*, Harding University, 1991, 91.

Jesús no se intimidaba tan fácilmente. Él, **conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?** (Mt 22.18). El Señor decidió usar una lección de cosas. Les dijo a los jóvenes: **Mostradme la moneda del tributo** (Mt 22.19a). Es probable que les desconcertara la respuesta que dio a la pregunta de ellos, pero encontraron un denario, la moneda romana que se usaba para pagar el tributo, y se lo trajeron (Mt 22.19b).

Mientras sostenía la moneda en alto o la señalaba con el índice, Cristo preguntó: **¿De quién es esta imagen, y la inscripción?** (Mt 22.20). El denario era la moneda romana más común que había en circulación. Esta tenía estampada sobre una de sus caras una «imagen», esto es, un retrato del emperador Tiberio. También tenía una «inscripción»:

TICAESARDIVIAVGFVAVGVSTVS

Esta era una forma abreviada de *Ti(berius) Caesar, Divi Aug(usti) f(ilius) Augustus*, que significaba «Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto». Es probable que la inscripción también significara: «Tiberius Caesar, el Augusto hijo del divino Augusto». Ellos, por lo tanto, respondieron: **De César** (Mt 22.21a).

Luego vinieron las palabras clásicas de Cristo, palabras que muy a menudo se citan: **Dad [...] a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios** (Mt 22.21b). La moneda había sido puesta en circulación por César; a él le pertenecía. Esto fue lo que en efecto dijo Cristo: «No hay nada malo con devolver al Emperador lo que le pertenece». Por otro lado, había cosas que pertenecían (y pertenecen) exclusivamente a Dios: el derecho a ser adorado, por ejemplo. Estas deben darse solamente a Dios. Las palabras de Jesús contenían una protesta implícita contra las pretensiones idolátricas de la inscripción («el divino Augusto»). La moneda tenía una imagen de César y podía darse a este, pero nosotros somos hechos a imagen y semejanza *de Dios* (Gn 1.26–27) y debemos dedicarnos solamente a Él. De esta manera Jesús demostró que cumplir obligaciones civiles básicas no es inconsecuente con la lealtad total a Dios. Indicó a los que le interpellaron que ellos podían y debían cumplir ambos deberes.

Los jóvenes eruditos «no pudieron sorprenderle en palabra

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

alguna delante del pueblo» (Lc 20.26a). Estaban francamente **maravillados de su respuesta** (Lc 20.26b; vea Mt 22.22a). Es probable que los fariseos hubieran menospreciado a Jesús, de modo que los discípulos de ellos se asombraron de Su astucia y sabiduría. Habiendo quedado sin palabra (Lc 20.26c), **se fueron** (Mt 22.22b).

Los saduceos preguntan acerca de la resurrección
(Mt 22.23–33; Mr 12.18–27; Lc 20.27–39)

Mateo 22.23–33

²³Aquel día vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, ²⁴diciendo: Maestro, Moisés dijo: Si alguno muriere sin hijos, su hermano se casará con su mujer, y levantará descendencia a su hermano. ²⁵Hubo, pues, entre nosotros siete hermanos; el primero se casó, y murió; y no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano. ²⁶De la misma manera también el segundo, y el tercero, hasta el séptimo. ²⁷Y después de todos murió también la mujer. ²⁸En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?

²⁹Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios. ³⁰Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo. ³¹Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: ³²Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. ³³Oyendo esto la gente, se admiraba de su doctrina.

Marcos 12.18–27

¹⁸Entonces vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, diciendo: ¹⁹Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muriere y dejare esposa, pero no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. ²⁰Hubo siete hermanos; el primero tomó esposa, y murió sin dejar descendencia. ²¹Y el segundo se casó con ella, y murió, y tampoco dejó descendencia; y el

tercero, de la misma manera. ²²Y así los siete, y no dejaron descendencia; y después de todos murió también la mujer. ²³En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será ella mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?

²⁴Entonces respondiendo Jesús, les dijo: ¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios? ²⁵Porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos. ²⁶Pero respecto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? ²⁷Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos; así que vosotros mucho erráis.

Lucas 20.27–39

²⁷Llegando entonces algunos de los saduceos, los cuales niegan haber resurrección, le preguntaron, ²⁸diciendo: Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muriere teniendo mujer, y no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. ²⁹Hubo, pues, siete hermanos; y el primero tomó esposa, y murió sin hijos. ³⁰Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. ³¹La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. ³²Finalmente murió también la mujer. ³³En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?

³⁴Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento; ³⁵mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. ³⁶Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. ³⁷Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. ³⁸Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven. ³⁹Respondiéndole algunos de los escribas, dijeron: Maestro, bien has dicho.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

Imagínese que está usted rodeado de rufianes asesinos. Uno de ellos se adelanta con avidez, mientras sus labios se tuercen con una sonrisa maliciosa. Usted lucha por su vida, logra derrotar al hombre, pero antes que pueda recobrar el aliento, otro toma el lugar de este. Esta secuencia se repite una y otra vez. Jadeando, se pregunta usted: «¿No acabarán mis agresores?». Existe un paralelo entre esta escena ficticia y los eventos del martes de la última semana del ministerio de Jesús. Rodeado por Sus enemigos, Cristo fue objeto de continuas agresiones. No había acabado de derrotar a un grupo de atacantes, cuando otro tomaba el lugar de este. Golpeaban a Jesús con palabras, no con puños, ni con espadas; sin embargo, las arremetidas de ellos eran mortales.

Después que Cristo respondió a los fariseos y a los herodianos (Mt 22.15–22), **vinieron a él los saduceos** (Mr 12.18a). A estos se les identifica como los «que dicen que no hay resurrección» (Mr 12.18a). Los saduceos rechazaban todo lo relacionado con el mundo espiritual, incluyendo a los ángeles y la resurrección (vea Hch 23.8). Estos escépticos se acercaron a Jesús y **le preguntaron** (Mr 12.18b).

Sin duda a los saduceos les habría dado gusto ver cómo sus enemigos, los fariseos, eran avergonzados por Cristo. No obstante, creyeron que *ellos sí* tenían una pregunta que Él no podía contestar, una pregunta que nadie podía contestar. Es probable que ya la hubieran usado y les habría servido para sacar ventaja en disputas con los fariseos, disputas relacionadas con la resurrección. La pregunta se introdujo por medio de un caso hipotético:

Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muriere y dejare esposa, pero no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. Hubo siete hermanos; el primero tomó esposa, y murió sin dejar descendencia. Y el segundo se casó con ella, y murió, y tampoco dejó descendencia; y el tercero, de la misma manera. Y así los siete, y no dejaron descendencia; y después de todos murió también la mujer. En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de

cuál de ellos será ella mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer? (Mr 12.19–23).

Para entender la ilustración y la pregunta, es necesario saber algo acerca de la ley sobre la cual se basaba. La ley (conocida como «la ley del levirato») se encuentra en Deuteronomio 25.5–10, la costumbre se menciona en Génesis 38.8. Si un hombre moría sin dejar heredero, un hermano suyo (o el pariente varón más cercano) tenía la responsabilidad de casarse con la viuda y procrear un heredero. Si a la viuda le nacía un hijo, este se consideraba heredero legal del hermano muerto. El propósito de la ley era preservar las familias y asegurar que la tierra y las propiedades quedaran dentro del núcleo familiar.

No sabemos si esta ley se hacía cumplir rigurosamente para los tiempos de Cristo (John Franklin Carter la califica como una «ley raramente aplicada»²⁸); sin embargo, todavía formaba parte de la ley de Moisés. La secuencia de los eventos reseñados por los saduceos era poco probable, pero no imposible. Es probable que sonrieran de satisfacción cuando preguntaron, diciendo: «... ¿de cuál de ellos será ella mujer...?». Se imaginaban que, si había resurrección, sería imposible deshacer enredos maritales como el que acababan de describir.

Para los fariseos pudo haber sido un obstáculo infranqueable el acertijo de los saduceos, pero no lo fue así para Jesús. Este respondió, diciendo: **Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios** (Mt 22.29). Si había dos temas en los cuales se suponía que los saduceos eran autoridades, esos eran Dios y Su Palabra. Lo que Cristo, les dijo, en efecto, fue esto: «¡Ustedes ignoran lo uno y lo otro!».

La ignorancia de ellos se puso de manifiesto en los falsos supuestos en que basaron su argumento. Uno de tales supuestos era que si había vida después de la muerte, ella debía de seguir teniendo carácter terrenal. Jesús les informó que ese no era el caso.

Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento; mas los que

²⁸Carter, 260.

fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección (Lc 20.34–36).

La muerte disuelve los lazos matrimoniales (Ro 7.2). Además, seremos resucitados con cuerpo espiritual, no con cuerpo material (1 Co 15.42–44); los apetitos carnales habrán quedado atrás. Esto no significa que no sentiremos cariño especial por miembros de la familia a quienes amamos en esta vida. Lo que sí significa es que nuestra relación será diferente; nos unirá un vínculo espiritual, no un vínculo carnal.

La ignorancia de los fariseos se puso de manifiesto en un segundo falso supuesto, y este era que la gente no posee un espíritu inmortal. Ellos creían que «el que ha muerto ha dejado de existir».²⁹ Para poner al descubierto la falacia que sustentaba este supuesto, Jesús dijo:

Pero respecto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos (Mr 12.26–27a).

La cita proviene de Éxodo 3.6. (Éxodo era uno de los cinco libros antiguotestamentarios que aceptaban los saduceos.) En ese pasaje, Jehová dijo: «Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob». Abraham, Isaac y Jacob habían estado muertos durante cientos de años en el momento en que se dijeron las palabras de Éxodo 3.6. Según los saduceos, «un hombre muerto [...] desaparecía hasta no quedar nada de él».³⁰ Si la postura de ellos era correcta, lo que Dios habría dicho, en efecto, era esto: «Yo soy el Dios de *nada*».

El punto de Jesús es que Dios no habría dicho: «Yo soy el

²⁹McGarvey y Pendleton, 602.

³⁰Ibíd.

Dios de los que no existen». Su argumento podría expresarse en un silogismo:

Premisa mayor: Dios es Dios de *vivos*, no de muertos.

Premisa menor: Dios dijo: «Yo soy [tiempo presente] el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob», y lo dijo mucho tiempo después que estos murieron.

Conclusión: Por lo tanto, Abraham, Isaac y Jacob todavía están *vivos*, a pesar de haber muerto.

Note usted que Cristo fue directo al grano al abordar el asunto de la resurrección; en otras palabras, no se anduvo con rodeos. Tocó la verdadera raíz del problema de los saduceos, y este problema era que ellos no creían en la resurrección. No creían en la resurrección porque no creían que los muertos aun estuviesen vivos. Jesús probó que esta premisa era falsa. Es probable que moviera la cabeza al tiempo que concluía, diciendo: ... **así que vosotros mucho erráis** (Mr 12.27b; énfasis nuestro).

Oyendo esto la gente, se admiraba de su doctrina (Mt 22.33). Anteriormente, jamás habían escuchado a alguien responder la desconcertante pregunta de los saduceos. Impresionó incluso a los escribas que estaban atentos. Algunos dijeron: «Maestro, bien has dicho» (Lc 20.39; vea también Mr 12.32). Es probable que los fariseos hubieran estado tomando notas. ¡No iban a permitir que otra vez los saduceos volvieran a probar aquella tramposa pregunta con ellos!

Un intérprete de la ley pregunta sobre el gran mandamiento (Mt 22.34–40; Mr 12.28–34; Lc 20.40)

Mateo 22.34–40

³⁴Entonces los fariseos, oyendo que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una. ³⁵Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: ³⁶Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? ³⁷Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. ³⁸Este es el primero y grande mandamiento. ³⁹Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ⁴⁰De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.

Marcos 12.28–34

²⁸Acercándose uno de los escribas, que los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: **¿Cuál es el primer mandamiento de todos?** ²⁹Jesús le respondió: **El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.** ³⁰Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. ³¹Y el segundo es semejante: **Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos.** ³²Entonces el escriba le dijo: **Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él;** ³³y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. ³⁴Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: **No estás lejos del reino de Dios. Y ya ninguno osaba preguntarle.**

Lucas 20.40

⁴⁰Y no osaron preguntarle nada más.

Los saduceos se retiraron de la discusión, pero los fariseos no estaban dispuestos a reconocer la derrota. Cuando oyeron **que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una** (Mt 22.34). Después de una apresurada reunión, sacaron al campeón de ellos, un intérprete de la ley (Mt 22.35), un hombre que estaba muy instruido en las Escrituras. Anteriormente, habían enviado reclutas jóvenes; esta vez enviaban a un experimentado veterano. Marcos lo llamó «uno de los escribas» (Mr 12.28). No era especialista en ley civil, sino en ley religiosa.

Cuando los fariseos rodearon a Cristo, el intérprete de la ley **preguntó por tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?** (Mt 22.35–36). Entre los maestros judíos, «ninguna [...] pregunta se debatía tan encarnizadamente como esta».³¹ Los rabinos habían contado 365 mandamientos negativos y 248 mandamientos positivos en la ley de Moisés. Al suponer que

³¹Hester, 193.

sería difícil, si no imposible, guardar todos los 613 mandamientos, los clasificaron como «pesados» (más importantes) y «livianos» (menos importantes). El debate más intenso se relacionaba con cuál era «el más intenso» (el más importante).

En vista de que Jesús, en efecto, ya había respondido esta pregunta anteriormente, a uno le extraña que se hiciera otra vez. Tal vez se hizo porque era polémica y los fariseos esperaban que, cual fuera la respuesta que Cristo diera, ella alienaría a parte de la muchedumbre. Lo más probable, no obstante, es que los que preguntaban no estaban conscientes de la ocasión anterior que había tenido lugar fuera de Jerusalén.

Anteriormente, cuando Cristo fue interrogado por otro intérprete de la ley, él había estado de acuerdo en que Deuteronomio 6.5 y Levítico 19.18 podían constituir un resumen de la ley: Amar a Dios y amar al prójimo (Lc 10.25–28). Jesús citó tales referencias en esta ocasión

Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos (Mr 12.29–31).

Muchos maestros judíos creían que Deuteronomio 6.5 resumía los primeros cuatro de los Diez Mandamientos y que Levítico 19.18 resumía los seis restantes.

Los autores neotestamentarios usaron un razonamiento parecido en relación con «el segundo mandamiento» (vea Ro 13.8–10; Gá 5.14; Stg 2.8). Los líderes judíos razonaban que si uno obedecía Deuteronomio 6.5 y Levítico 19.18, guardaba los Diez Mandamientos; y que si uno guardaba todos los Diez Mandamientos, guardaba toda la ley.

Aparentemente, los fariseos no se percataron de que al representante de ellos le habían impresionado las respuestas dadas anteriormente por Jesús (Mt 12.18). Mateo indicó que el intérprete de la ley representaba a los fariseos (Mt 22.34–35),

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

mientras que Marcos dio la impresión de que la pregunta de este hombre fue espontánea y sincera (Mt 12.28). Los dos relatos se complementan el uno al otro, no se contradicen: Cuando los fariseos se vieron desconcertados, sin saber cuál habría de ser el siguiente paso, es probable que uno de ellos (el intérprete de la ley) se dirigiera por voluntad propia a Jesús e hiciera la pregunta, una pregunta cuya respuesta deseaba oír. Es posible que los fariseos no se hubieran percatado del sincero interés de él.

Ahora daba a conocer que estaba de acuerdo con la respuesta recién dada por el Señor

Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios (Mr 12.32, 33).

Jesús vio en este escriba una franqueza y una sinceridad inusitadas en la mayoría de los fariseos. Le dijo: **No estás lejos del reino de Dios** (Mr 12.34a). ¿Mantuvo el intérprete de la ley su franqueza cuando Cristo siguió enseñando? En el día de Pentecostés, ¿dejó él de «no estar lejos» para estar dentro del reino, esto es, dentro de la iglesia? (Hch 2.38, 41, 47). No sabemos si lo hizo, pero lo cierto es que la oportunidad se le presentó.

La pregunta acerca del gran mandamiento fue la última que se le hizo a Jesús en un foro público. Marcos escribió: **Y ya ninguno osaba preguntarle** (12.34b; vea Mt 22.46). Lucas agregó: **Y no osaron preguntarle nada más** (Lc 20.40). Por un lado, Sus enemigos se habían cansado de ser humillados. Por otro lado, la lucha de preguntas y respuestas estaba dando resultados contrarios a los esperados: En lugar de quedar desacreditado ante los ojos del pueblo, Jesús estaba fascinando a la muchedumbre con Sus respuestas (Mt 22.33; vea Mr 12.37).

**APLICACIÓN:
«AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS
CON TODO...» (MR 12.29–30)**

Nuestro estudio actual es sobre «el más grande de todos los mandamientos».³² Puede que usted pregunte: «¿Cuál es el mandamiento más grande?». Una vez, un escriba se acercó a Jesús con la misma pregunta. He aquí la respuesta de Cristo:

El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos (Mr 12.29–31).

Allí lo tiene: el más grande de todos los mandamientos que Dios ha dado. No es mi opinión ni la opinión de ningún otro ser humano falible, sino la indiscutible aseveración del Hijo de Dios.

Por un momento, compare las demandas de este pasaje con la religión que muchos practican hoy. Para algunos, la religión consiste primordialmente en tranquilizar la conciencia y levantar su estatus. En ciertos lugares, la membresía de la iglesia se ha elevado a niveles nunca vistos, pero también ha pasado lo mismo con el crimen y la delincuencia juvenil. En esos lugares, la membresía de la iglesia sube, mientras que los valores morales y éticos bajan. En demasiadas vidas, la religión y la vida se han divorciado. Algunos no le permiten a la mano derecha de los negocios conocer lo que la mano izquierda de la religión está haciendo. Esto está lejos de las enseñanzas que da Cristo en Marcos 12.29–30.

En la respuesta que Jesús dio al escriba, encontramos el eje del cristianismo verdadero, amar a Dios con *todo*:

³² Este sermón se basa en Batsell Barrett Baxter, "The Greatest Commandment of All" («El más grande de todos los mandamientos») *If I Be Lifted Up (Si yo fuere levantado)* (Nashville: Gospel Advocate Co., 1956), 9–18.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

«Con *todo* tu corazón»: la sede de las emociones.

«Con *toda* tu alma»: la sede de la vida.

«Con *toda* tu mente»: la sede del intelecto.

«Con *todas* tus fuerzas»: la sede de la energía.

He aquí la respuesta total de su personalidad a la personalidad de Dios, el servicio de la totalidad de la persona. Lo que Dios desea de uno es *todo* o nada.

Puede que alguien pregunte: ¿Tiene derecho Dios de hacer tal demanda de nosotros? Dios no nos pide nada de nosotros que Él no está dispuesto a darnos. Dios *nos* ha amado «con todo»:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (Jn 3.16).

Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Ro 5.8).

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4.9–10).

Cuando pensamos en la cruz de Cristo y en todo lo que Dios ha hecho por nosotros, no nos queda más que decir como el poeta:

Amor tan maravilloso, tan sublime,
Demanda mi alma, mi vida, mi todo.³³

Amando a Dios con toda nuestra mente

Para ayudar a cada uno de nosotros a «amar a Dios con

³³Isaac Watts, “When I Survey the Wondrous Cross” («Cuando miro la maravillosa cruz»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y de alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

todo», consideremos los diferentes aspectos del más grande de los mandamientos. Comencemos con la mente: «Amarás al Señor tu Dios [...] con toda tu mente». La mente se refiere al intelecto, la parte pensante de una persona. Es con la mente que las personas calculan su impuesto de la renta. Es con la mente que las personas hacen importantes descubrimientos. Es primordialmente la mente lo que se entrena cuando enviamos a nuestros hijos a la escuela. Dios desea que esta parte de los hombres y de las mujeres sea dedicada a Él.

Podemos amar a Dios con toda nuestra mente de varias maneras. Una manera es por el estudio diligente de Su Palabra. Cuando Lucas escribió acerca de las actividades misioneras que llevó a cabo Pablo en Macedonia, él incluyó este pasaje: «Y estos [los de Berea] eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (Hch 17.11). Cuando Pablo escribió a Tito acerca de los requisitos de los ancianos, él dijo que un anciano debe ser «retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen» (Tit 1.9). Alguien que ama a Dios con toda su mente pasará algún tiempo cada día con la Biblia abierta. También, asistirá a los cultos y a las clases de la iglesia del Señor, de modo que pueda aprender la voluntad de Dios.

Además, y esto es muy importante, apartará tiempo para la familia con el fin de leer, estudiar y orar juntos en la privacidad de su propio hogar. ¡Cuánta fortaleza daría al mundo si toda familia encontrara tiempo en su ocupado horario para el estudio y la meditación espirituales!

También amamos con toda nuestra mente cuando planeamos con inteligencia y tomamos decisiones acertadas. He aquí dos pasajes pertinentes: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Ef 5.15–16). «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mt 6.33a). El que ama a Dios *apartará* tiempo para las actividades que son más importantes, tales como orar en privado, ayudar a otros y trabajar para el Señor. La mente de uno será un instrumento penetrante

que determinará, no «lo que más conviene a sí mismo», sino «lo que más conviene a los planes y a los propósitos de Dios».

Al considerar el mandamiento de amar a Dios con toda nuestra mente, permítame dar una advertencia: Esta es solamente una cuarta parte del mandamiento. Recalcar únicamente el intelecto puede resultar en una religión fría y racionalista. Hay quienes disfrutan de gimnasia intelectual, que se pasan toda la noche debatiendo acerca de cuántos ángeles se pueden sentar cómodamente sobre la cabeza de un alfiler. Muy a menudo, sin embargo, el polemista religioso piensa detenidamente en un tema y no hace nada al respecto. Resolvamos darle a Dios lo mejor de nuestras mentes, pero recordemos que esta parte del mandamiento debe complementarse con las demás. Jesús la entretejió en el cuadro de un hombre completamente dedicado al Señor.

Amando a Dios con todo nuestro corazón

Ahora, deseamos considerar esta parte del mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios [...] con todo tu corazón...». El término «corazón» se usa en la Biblia de muchas maneras diferentes. Puede referirse al intelecto o a la voluntad de una persona. En este contexto, no obstante, se refiere a la sede de las *emociones*, el centro de los sentimientos.

A veces subestimamos la importancia de las emociones en la religión. Tal vez hemos reaccionado contra el emocionalismo que hoy predomina en muchas religiones. Si bien no deseamos darle importancia indebida al lugar que ocupan las emociones, debemos entender que nadie *se movería* sin ellas. Considere la afinidad que hay entre estas palabras: emoción, motivo y motor. El motor de un carro lo hace avanzar. El motivo en una vida produce el mismo efecto, y detrás del motivo está una emoción.

La palabra «entusiasmo» que indica sentimiento fervoroso, proviene de dos palabras griegas que significan literalmente «en Dios» o «Dios en [nosotros]». Si estamos en Dios y Dios está en nosotros (1 Jn 4.16), deberíamos ser personas entusiastas; deberíamos estar llenos de sentimiento fervoroso. Los que conocieron a David Lipscomb bien dijeron que sólo lo vieron llorar una vez. Sucedió un domingo por la mañana cuando el

hermano Lipscomb estaba a cargo de la mesa del Señor. Ese día dijo unas breves palabras acerca del significado de la Cena del Señor y luego, en medio de las palabras, rompió a llorar, y no pudo seguir. El hermano Lipscomb derramó aquellas lágrimas, no con su mente, sino con su corazón.

¿Qué significa amar a Dios con todo el corazón? Amamos a Dios con todo el corazón...

Quando obedecemos a Dios no solamente porque debemos hacerlo, sino también porque deseamos hacerlo.

Quando no amamos nada en comparación con Dios y nada excepto en relación con Él.

Quando amamos a Dios por encima de todo lo demás.

Además, amamos a Dios con todo el corazón cuando estamos dispuestos a *renunciar a todo*, de ser necesario, para servirle mejor. Debemos estar...

Dispuestos a renunciar a los seres queridos, como lo estuvo Abraham.

Dispuestos a renunciar a las posesiones, como lo estuvo Job.

Dispuestos a renunciar a los placeres, como lo estuvo Moisés.

Como ya se dijo, amamos a Dios con todo el corazón cuando estamos dispuestos a *hacer cualquier cosa* por Dios:

Dispuestos a arrepentirnos como se arrepintió David.

Dispuestos a bautizarnos como se bautizaron los judíos el día de Pentecostés.

Dispuestos a golpear el cuerpo como lo hizo Pablo.

Dispuestos a servir como sirvió Dorcas.

Dispuestos a dar como dio Zaqueo.

La iglesia necesita más sentimiento y más servicio de corazón. No obstante, una vez más, una advertencia debe darse. Hay quienes han permitido que los sentimientos y las emociones

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

desplacen todo lo demás en la religión. Los que se dejan llevar exclusivamente por los sentimientos son como la tierra superficial sobre la cual cayó la semilla. Debido que no tenía profundidad, las plantas brotaron y pronto se marchitaron (Mt 13.6). Hoy, muchos creen que mientras haya un profundo entusiasmo, mientras haya fuertes sentimientos relacionados con la alabanza a Dios, tal alabanza será aceptable para Él. Pero no necesariamente lo es. El mundo denominacional suele ser fervoroso en espíritu, pero descuidado en el apego a los mandamientos de Dios (vea Ro 10.2).

En el más grande de todos los mandamientos, Jesús dio a entender que debe haber una combinación de corazón y mente, de emoción y de intelecto. Comparamos las emociones con el motor de un carro, pero el intelecto podría compararse con el volante de un carro. Ambos son necesarios para que el carro llegue al destino deseado. Un carro con un buen motor, pero sin volante, podría recorrer una gran distancia, pero ¿quién sabe adónde llegará? Por otro lado, un carro con volante y sin motor no irá a ningún lugar. Un carro necesita lo uno y lo otro. Del mismo modo, tanto la mente como el corazón son necesarios para tener la clase de religión que Dios desea. La mente aprende la voluntad del Padre y nos mantiene dentro de los límites que Él señala. Luego el corazón le da calor a los sentimientos y los intensifica, sentimientos con los cuales nosotros, dentro de los límites de Dios, adoramos y servimos al Todopoderoso. Procuremos amar a Dios con *toda* la mente y con *todo* el corazón.

Amando a Dios con toda nuestra fuerza

Jesús también dijo: «Amarás al Señor tu Dios [...] con todas tus fuerzas». Las fuerzas de uno consisten en los talentos y en la energía. Hasta ahora, hemos hablado acerca de amar a Dios con la mente (el centro del intelecto) y con el corazón (el centro de las emociones), pero estos dos se encuentran dentro de uno. Si verdaderamente amamos al Señor, ese amor se *manifestará*: se manifestará en acción, se manifestará en obediencia.

El cristianismo es religión de *hacer*. Cristo dijo: «No todo el que me *dice*: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace* la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt

7.21; énfasis nuestro). Santiago escribió: «Pero sed *hacedores* de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos» (Stg 1.22; énfasis nuestro). Pablo lo expresó en estos términos: «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según *lo que haya hecho* mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Co 5.10; énfasis nuestro). Quien no esté dispuesto a usar sus fuerzas para servir a Dios no es apto para el reino de los cielos.

¿Cómo amamos a Dios con todas las fuerzas? En primer lugar, amamos a Dios con todas las fuerzas cuando usamos *lo que tenemos* para Él. La habilidad sumada a la oportunidad da igual a la responsabilidad. Determine la mejor manera como puede usar usted sus talentos y energías para servir al Señor. Se ha dicho que cada uno de nosotros tiene diez veces más habilidad que la que alguna vez llega a desarrollar. Haga todo lo posible para desarrollar sus talentos para Cristo.

Además, como ya se insinuó, amamos a Dios con todas las fuerzas cuando el amor en el corazón se manifiesta en acciones concretas. Para decirlo claramente: debemos *trabajar* para el Maestro (1 Co 15.58). A un dirigente religioso le dijeron sus doctores que debía aflojar el ritmo de trabajo. Esto fue lo que respondió: «Comenzaré a descansar cinco minutos después que muera». Un conocido evangelista de una generación pasada dijo una vez que él no se proponía llegar a viejo, sino que deseaba desgastarse en el servicio a Cristo. No me malentienda; todos necesitamos descanso de vez en cuando (Mr 6.31). Lo que estoy diciendo es que es mejor desgastarse que herrumbrarse.

Por último, amamos a Dios con todas nuestras fuerzas cuando le damos a Dios lo mejor de nosotros. Muy a menudo, tratamos a Dios como mi familia solía tratar a nuestro viejo perro: le damos las sobras. Dios no desea el tiempo, el dinero, los talentos ni la energía que nos sobran después de habernos ganado la vida y de habernos dedicado a otras actividades. Él desea lo mejor que hay dentro de nosotros (Mt 6.33). Le daremos lo mejor de nosotros cuando le amemos con todas las fuerzas.

Amar a Dios con todas las fuerzas debe ser parte de la totalidad de la respuesta que le demos a Él. Sansón amaba a

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LOS ÚLTIMOS LLAMAMIENTOS

Dios con todas sus fuerzas, pero no atinó a amar con su mente y con su corazón. El amor que se manifiesta con nuestras fuerzas debe ser guiado por el intelecto y motivado por las emociones. No olvide, sin embargo, que trabajar por Cristo es señal de la sinceridad de nuestro amor.

Amando a Dios con toda nuestra alma

Por último, notamos que Jesús dijo: «Amarás al Señor tu Dios [...] con toda tu alma». El alma estaba de segunda en la lista de Cristo, pero la he dejado de última porque puede servir de resumen de nuestra respuesta al Padre.

La palabra griega que se traduce por «alma» es ψυχή (*psuchē*), que también se escribe como *psyche*, de la cual proceden palabras tales como «psicología». A veces la palabra se usa en el Nuevo Testamento como el equivalente de «mente» o de «corazón», la parte que piensa o que siente, de una persona. Para muchos de nosotros, la palabra «alma» es sinónima de espíritu, o la parte eterna del hombre. No obstante, en Marcos 12.29–30, la palabra se diferencia del intelecto y de la mente y se trata como término paralelo a ellas. Las dos definiciones que se han dado hasta ahora no parecen corresponder al término. Puede que hallemos una pista en el hecho de que *psyche* se traduce a menudo por «vida». Note los pasajes conocidos que siguen. En cada uno de ellos la palabra «vida» ha sido traducida de *psyche*:

Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra *vida*, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? (Mt 6.25; énfasis nuestro).

Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su *vida* por sus amigos (Jn 15.13; énfasis nuestro).

... y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su *vida* en rescate por muchos (Mt 20.27–28; énfasis nuestro).

En estos pasajes, la palabra *psyche* se refiere a la vida que hay dentro del hombre. Para mí, amar a Dios «con toda el alma» equivale a amarlo con todo el ser, esto es, amarlo con todo lo que uno tiene, todo lo que uno es y todo lo que uno puede ser.

Según nos indican los pasajes que se acaban de hacer notar, amar a Dios con la vida incluye poner a Dios por encima de las cosas materiales de esta vida terrenal. Insinúa una disposición a sacrificar nuestra vida por Él, de ser necesario, y una disposición a usar nuestra vida para servir a Él y a toda la humanidad. Amar a Dios con toda nuestra alma es entregarnos por completo a Él: corazón, cuerpo y alma. T. B. Larimore, un gran predicador de hace un siglo, solía expresarlo en estos términos: «Mente, músculo y dinero; tiempo, lengua y talento; cabeza, mano y corazón; alma, cuerpo y espíritu»,³⁴ todos deben dedicarse a nuestro Señor.

Conclusión

He aquí la religión que abarca la totalidad de la persona: «Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mr 12.30). Un obrero usa sus manos. Un artesano usa sus manos y su cabeza. Un artista usa sus manos, su cabeza y su corazón. Un cristiano usa sus manos, su cabeza, su corazón y su vida *para Dios*. Marcos 12.30 es el retrato de alguien totalmente dedicado al Señor.

Jesús pregunta sobre «el Cristo»
(Mt 22.41–46; Mr 12.35–37; Lc 20.41–44)

Mateo 22.41–46

⁴¹Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, ⁴²diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. ⁴³El les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo:

⁴⁴Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha,

³⁴Citado en Avon Malone, “The Characteristics of a Good Steward” («Las características de un buen mayordomo»), *The Preacher’s Periodical* (La publicación del predicador) (July 1983): 11.

Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?
⁴⁵Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? ⁴⁶Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más.

Marcos 12.35–37

³⁵Enseñando Jesús en el templo, decía: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? ³⁶Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo:

Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi diestra,

Hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies.

³⁷David mismo le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo? Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana.

Lucas 20.41–44

⁴¹Entonces él les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David? ⁴²Pues el mismo David dice en el libro de los Salmos:

Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi diestra,

⁴³Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

⁴⁴David, pues, le llama Señor; ¿cómo entonces es su hijo?

Los enemigos de Cristo habían terminado de hacer preguntas, pero Él no. Se volvió a los fariseos, que todavía estaban agrupados (Mt 22.41), y preguntó: **¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?** (Mt 22.42a). Según Mateo, fue a los fariseos a quienes Jesús hizo esta pregunta. Marcos 12.35 da la impresión de que fue a todos los que escuchaban. Lucas 20.40–41 indica que Él planteó la pregunta a los que habían estado interrogándolo. Los dos relatos fueron fieles a lo sucedido: Él dirigió la pregunta a todos los que alcanzaran a oírla, pero desafió por medio de ella especialmente a los fariseos (que lo habían estado interrogando) para que fueran estos los que la respondieran.

Cuando los fariseos oían el término «Cristo», ellos no lo relacionaban con Jesús, como nosotros sí lo hacemos, sino con el Mesías prometido por Dios siglos atrás. A primera vista, la pregunta de Jesús parecía fácil de responder. Los eruditos

judíos coincidían en que el Mesías (el Cristo) sería descendiente del rey David (2 S 7.12–13; Sal 89.3–4; 132.11; Is 9.7; 11.1–2; Jer 23.5). Ellos, por lo tanto, respondieron: **De David** (Mt 22.42b). La respuesta de ellos no fue incorrecta, sino incompleta. Las Escrituras enseñaban claramente que el Mesías sería descendiente de David, pero enseñaban más. Los fariseos necesitaban ampliar su entendimiento del Mesías.

Jesús siguió con una segunda pregunta la primera: **¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?** (Mt 22.43–44). La cita proviene de Salmos 110.1, «que los judíos por lo general consideraban un anuncio del Mesías». ³⁵ Jesús confirmó de esta manera que fue David quien escribió Salmos 110, y que lo escribió siendo inspirado. El primer «Señor» que se menciona en el versículo es Dios, el Padre. Los judíos creían que el segundo Señor era el Mesías.

Jesús concluyó, diciendo: **Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?** (Mt 22.45). El Cristo *era* «el Hijo de David», pero era *más* que esto. Como Señor de David, Cristo era anterior a David y era Creador de David. Años después, Jesús expresó este concepto múltiple cuando testificó a Juan, diciendo: «Yo soy la raíz y el linaje de David» (Ap 22.16; énfasis nuestro). Los fariseos entendían que el Mesías era el hijo de *David* (linaje real); les faltaba entender que también era el Hijo de *Dios* (linaje divino).

Y nadie le podía responder la pregunta de Jesús (Mt 22.46). Para responderla, habrían tenido que reconocer que a la enseñanza de ellos acerca del Mesías le faltaba para ser completa. Marcos consignó: «Y gran multitud del pueblo [oía a Jesús] de buena gana» (Mr 12.37b). Es probable que disfrutaran viendo a Jesús desconcertando a los que se consideraban superiores en su entendimiento de las Escrituras (note esta actitud en Jn 7.49).

³⁵Carter, 263

SECCIÓN II

LA PARTIDA FINAL

Incluye una armonía de

Mt 23.1—25.46

Mr 12.38—13.37

Lc 20.45—21.36

Jn 12.20—50

MARTES: «EL GRAN DÍA DE LAS PREGUNTAS» (CONTINUACIÓN)

Cristo denuncia a los escribas y a los fariseos
(Mt 23.1–39; Mr 12.38–40; Lc 20.45–47)

Mateo 23.1–39

¹Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo:
²En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos.
³Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y
hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y
no hacen. ⁴Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y
las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con
un dedo quieren moverlas. ⁵Antes, hacen todas sus obras para
ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y
extienden los flecos de sus mantos; ⁶y aman los primeros
asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, ⁷y
las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen:
Rabí, Rabí. ⁸Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí;
porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois
hermanos. ⁹Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra;
porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. ¹⁰Ni seáis
llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo.
¹¹El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. ¹²Porque
el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será
enaltecido.

¹³Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque
cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni
entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¹⁴¡Ay
de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las
casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones;

por esto recibiréis mayor condenación. ¹⁵¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.

¹⁶¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Si alguno jura por el templo, no es nada; pero si alguno jura por el oro del templo, es deudor. ¹⁷¡Insensatos y ciegos! porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al oro? ¹⁸También decís: Si alguno jura por el altar, no es nada; pero si alguno jura por la ofrenda que está sobre él, es deudor. ¹⁹¡Necios y ciegos! porque ¿cuál es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? ²⁰Pues el que jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él; ²¹y el que jura por el templo, jura por él, y por el que lo habita; ²²y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado en él.

²³¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ²⁴¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!

²⁵¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ²⁶¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.

²⁷¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. ²⁸Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

²⁹¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, ³⁰y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. ³¹Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ³²¡Vosotros también llenad la medida de vuestros

padres!³³ ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?³⁴ Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad;³⁵ para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar.³⁶ De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.

³⁷ ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!³⁸ He aquí vuestra casa os es dejada desierta.³⁹ Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Marcos 12.38–40

³⁸Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las saluciones en las plazas,³⁹ y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas;⁴⁰ que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.

Lucas 20.45–47

⁴⁵Y oyéndole todo el pueblo, dijo a sus discípulos:⁴⁶ Guardaos de los escribas, que gustan de andar con ropas largas, y aman las saluciones en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas;⁴⁷ que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones; éstos recibirán mayor condenación.

A medida que Jesús y Sus enemigos se enfrascaban en la lucha verbal, la multitud se hacía más grande (vea Mr 12.37b). Para terminar el enfrentamiento, a Cristo le quedaba una tarea más. No sería agradable, pero había que realizarla. De sus labios salió una severa condenación de los fariseos. Esta secta había

estado asediándolo por años, pero no debemos creer que el Señor no tuviera propósito más elevado que el de desahogar Su ira y frustración. He aquí algunas posibles razones por las cuales Jesús habló tan duramente:

1. El mal debe ponerse al descubierto. El salmista escribió: «Los que amáis a Jehová, aborreced el mal» (Sal 97.10a; vea Am 5.15). Cristo había purificado anteriormente el templo con un látigo; ahora lo hacía con palabras.

2. Los que estaban siendo influenciados por los fariseos necesitaban ver cómo eran estos en realidad. Por esta razón se dirigió a la multitud en general (Mt 23.1) y a Sus discípulos en particular (Mt 23.1; Lc 20.45).

3. Los fariseos necesitaban arrepentirse. También se dirigió a los fariseos mismos (Mt 23.13), quizás con la esperanza de que uno o dos de ellos volvieran en sí con la sacudida. Las Escrituras dicen que si corregimos al sabio, nos amará (Pr 9.8b). Anteriormente, Jesús había hallado a un fariseo que «[no estaba] lejos del reino» (Mr 12.34); tal vez estaban presentes algunos otros cuyo corazón era sincero.

Cuando los autores se refieren a Cristo pronunciando los «ayes» de Mateo 23, la mayoría de ellos lo describen con ojos que lanzan destellos y con un dedo índice que señala bruscamente, pero, ¿acaso no percibe usted el dolor en la conclusión de Su mensaje? Un autor insinuó que Mateo 23...

... es un grito de compasión; y no entenderemos su espíritu y propósito, a menos que captemos el acento de piedad que se estremece en sus más severas frases. En verdad es el último llamado que hace el Salvador a sus obstinados enemigos, al mostrar la culpa de estos y presagiar la retribución de ella, con la esperanza de que aún en ese momento puedan arrepentirse.¹

La severidad de las palabras de Cristo no nos debe llevar a

¹David Smith, *Our Lord's Earthly Life (La vida terrenal de nuestro Señor)* (New York: G. H. Doran, 1926), 353; citado en H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 194.

concluir que Este no tuvo otro propósito más que regañar a Sus enemigos. La lamentación con que le pone punto final a Su discurso (Mt 23.37–39) revela «una disposición, incluso un anhelo, por mostrar misericordia».²

El énfasis del capítulo se hace en la hipocresía de los fariseos. (Observe Mt 23.13–15, 23, 25, 27–29.) A los ojos del Señor, pocos pecados eran más grandes que el de ser hipócrita. La palabra hipócrita es transliteración de la palabra griega ὑποκριτής (*hupokritēs*), un término que usaban los griegos para referirse a un actor de teatro. *Hupokrites* es una palabra compuesta, que combina la palabra que significa «juez» (κριτής, *kritēs*) con la preposición *hupo*, que puede significar «bajo» o «por». Ha llegado a significar uno que pretende ser algo que no es. Note la palabra «pretende». De vez en cuando, todos «decimos cosas y no las hacemos», pero, en sí misma, la inconsecuencia no es hipocresía. Un hipócrita no es alguien que no vive a la altura de lo que le dicta su leal saber y entender; a todos nos pasa esto (Ro 3.23). Más bien, un hipócrita es uno que intencionalmente trata de engañar a otros en cuanto a su estatus espiritual. Un estilo de vida hipócrita procede de un corazón lleno de hipocresía.

Siendo así lo anterior, ¿cómo podemos saber con certeza si un individuo está siendo hipócrita o si sencillamente ha sucumbido a la debilidad que nos aqueja a todos? No podemos saberlo. Jesús sí podía porque Él conocía el corazón de los hombres (Jn 2.25); pero usted y yo no podemos ver dentro del corazón de los demás. Por lo tanto, pensémoslo dos veces antes de tildar de «hipócrita» a otro. El único corazón que puedo conocer es el mío; el único corazón que usted puede conocer es el suyo (1 Co 2.11). Por lo tanto, al estudiar acerca de la hipocresía de los fariseos, no apliquemos el texto a otros. En lugar de esto, que cada uno de nosotros examine su corazón para ver si algún vestigio de hipocresía ha encontrado alojamiento allí.

Cuando Cristo censuró la hipocresía de los fariseos, dijo que estos recibirían **mayor condenación** (Mt 23.14; Mr 12.40) y los llamó [**hijos**] **del infierno** (Mt 23.15). Cerca del final del discurso,

²John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios para laicos)* (Nashville. Broadman Press, 1961), 265.

les dijo: **¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?** (Mt 23.33; compare este pasaje con Mt 3.7; 12.34; Lc 3.7) Si a los discípulos les preocupó una vez que los fariseos se ofendieran por cierta palabra de Jesús (Mt 15.12), es probable que ahora les causara un trastorno digestivo que se ofendieran por los «ayes» que acababa de decir.

Puede que este haya sido el último discurso que Cristo pronunció en público; ciertamente fue uno de los últimos. «Se lo tenían bien merecido; pero Jesús debió de haber sabido que esto era fatal. De aquí en adelante no podía esperar ninguna misericordia».³ Cuando Sus enemigos dejaron el campo de batalla puede que salieran «sangrando» y derrotados, pero estaban más resueltos que nunca a matarlo.

**APLICACIÓN:
«GUARDAOS DE LA LEVADURA
DE LOS FARISEOS»**

(MT 23.1–39; MR 12.38–40; LC 20.45–47)

Cierto día, Jesús dijo a Sus apóstoles: «Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos» (Mt 16.6). Al comienzo, a los discípulos les desconcertó Su advertencia, pero al final «entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la *doctrina* de los fariseos» (Mt 16.12; énfasis nuestro). En otra ocasión, dijo: «Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la *hipocresía*» (Lc 12.1; énfasis nuestro).

No había enemigos de Cristo más insistentes que los fariseos. Rara vez hemos tenido una lección en que los fariseos no tuvieran nada que ver. De vez en cuando se nos han dado explicaciones acerca de quienes eran, lo que creían y las razones por las que aborrecían al Señor. No obstante, no hay pasaje que los ponga al descubierto tanto como Mateo 23, junto con los pasajes relacionados de Marcos y de Lucas. ¿Por qué advirtió Jesús a Sus discípulos de la levadura (la influencia) de los fariseos? ¿Por qué dijo Jesús que la levadura de los fariseos era la hipocresía? Para

³B. S. Dean, «Bosquejo de la historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 24.

dar una respuesta completa a estas preguntas, necesitamos estudiar Mateo 23.

El Señor jamás habló palabras de censura más ásperas que las que se recogen en este capítulo. En la lección que acabamos de estudiar, consideramos varias razones posibles por las que Él habló tan duramente, incluyendo la posibilidad de que esperaba que la sacudida haría que algunos de los fariseos dejaran la satisfacción consigo mismos. Permítame añadir otra razón para el discurso: Se ha conservado *porque usted y yo lo necesitamos*. Las palabras de Jesús tienen aplicación universal; toda la humanidad está contagiada, en mayor o menor grado, con los pecados de los fariseos. Además, al igual que los fariseos, muchos de nosotros no nos percatamos de nuestras deficiencias. El «tratamiento de sacudida» puede beneficiarnos a nosotros también.

Parece que nos resulta fácil detectar la hipocresía en otros, pero es difícil verla dentro de nosotros. Al estudiar Mateo 23, hagamos aplicación *personal*.

Explicación⁴ (Mt 23.1–12; Mr 12.38–39; Lc 20.45–46)

Cristo se dirigió primero a la muchedumbre, explicando los antecedentes para los «ayes» que seguirían: «En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos» (Mt 23.2). Los escribas y los fariseos eran las autoridades en la ley de Moisés, autoridades que se habían nombrado a sí mismas, pero que por lo general eran reconocidas. Los escribas se mencionaban junto con los fariseos porque la mayoría de ellos eran miembros de esa secta. «Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo» (Mt 23.3a). Esto es: «Todo lo que les digan *que es conforme a las enseñanzas de Moisés*, guárdenlo y háganlo». «... mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen» (Mt 23.3b). La esencia de la censura que hace Jesús de los fariseos se encuentra en las palabras «dicen, y no hacen». En la NIV se lee: «no practican lo que predicán». Como se recalcó anteriormente, los fariseos eran culpables de hipocresía (Mt 23.13, 14, 15, 23, 25, 27, 29; vea Lc 12.1).

⁴Los tres subpuntos de esta sección se han adaptado de Warren Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary (Comentario expositivo de la Biblia)*, vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 83–86.

Cristo mencionó un ejemplo del estilo de vida «decir y no hacer» de los fariseos, cuando dijo: «... atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas» (Mt 23.4). A pesar de que ya la ley era por sí sola una carga difícil de llevar (Hch 15.10), ellos le habían añadido el enorme peso de sus tradiciones (Mr 7.3). Insistían en que los demás cargaran tanto con la ley como con las tradiciones, pero habían inventado maneras como ellos mismos en lo personal podían librarse de guardar la ley. Ya vimos un ejemplo anterior de esto en el truco del «Corbán» para eludir el mandamiento de cuidar de padres ancianos (Mr 7.11–13). Veremos otro ejemplo en los textos de la lección que se relacionan con la forma de expresar un juramento de modo que no implicara obligación (Mt 23.16–22).

A pesar de lo anterior, los fariseos deseaban que todo el mundo *creyera* que ellos eran varones piadosos de una calidad superior: «Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos» (Mt 23.5a). La palabra «filacteria» significa «protección, resguardo».⁵

Los judíos usaban el término para referirse a pequeños estuches de cuero en los cuales ponían ciertos pasajes de la Escritura. Ellos se ataban con correas en sus manos y en sus frentes estos pequeños estuches y también los clavaban a la entrada de sus casas. Esta tradición de hombres se originó a raíz de interpretar Deuteronomio 6.8–9 al pie de la letra (vea también Dt 11.18–20). Los fariseos «[ensanchaban] sus filacterias» por medio de aumentar el tamaño de sus estuches de modo que fueran más grandes que los de las demás personas.

Hablando de lo mismo, Jesús dijo: «... extienden los flecos de sus mantos» (Mt 23.5b). Moisés había mandado a los israelitas hacerse flecos «en las cuatro puntas de sus mantos», flecos que les recordaran de la ley (Nm 15.38–39; Dt 22.12). El problema era que los fariseos extendían sus flecos memoriales haciéndolos más largos que los de todos los demás.

⁵*The Analytical Greek Lexicon (El léxico griego analítico)* (London: Samuel Bagster & Sons Ltd., 1971), 431.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

Según los evangelios de Marcos y de Lucas, Jesús añadió otro ejemplo de las demostraciones ostentosas de los escribas y fariseos, cuando dijo: «... gustan de andar con largas ropas» (Mr 12.38; vea Lc 20.46). Las ropas largas que rozaban el suelo eran «las ropas de los ricos y los eruditos» (Mr 12.38; LB).

¿Por qué estos dirigentes religiosos hacían tales demostraciones? Las hacían con el fin de recibir la alabanza de los hombres: «... aman los primeros asientos en las cenas» (Mt 23.6a). Este era el lugar de la mesa que estaba más cerca del anfitrión (vea Lc 14.7–11). «... aman [...] las primeras sillas en las sinagogas» (Mt 23.6b). La expresión «las primeras sillas» se refiere a una «fila semicircular de sillas que se ubicaban detrás de la [...] mesa del lector, y que se orientaban de cara a la congregación».⁶ «... aman [...] las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí» (Mt 23.6–7). Les encantaba que los hombres hicieran reverencia delante de ellos y les saludaran con títulos tales como «¡Gran Rabí!».

La mención del término «Rabí» hizo que el Señor diera un breve discurso sobre los títulos religiosos:

Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados líderes; porque uno es vuestro Líder, el Cristo (Mt 23.8–10; NASB).

Cuando Jesús dijo que no llamáramos a alguien «maestro», «padre» o «líder», Él no estaba censurando tales términos en todos los casos. El Nuevo Testamento se refiere a los que hacen el trabajo de «maestro» (Ef 4.11) o de «líder» (He 13.17, 24; NASB), y no hay nada malo con llamar «padre» al progenitor masculino de uno (Ef 6.2). Pablo se refirió a sí mismo como el «padre» espiritual de aquellos a quienes había enseñado (1 Co 4.15), pero a pesar de esto, ellos no le confirieron el título de «Padre Pablo».

⁶J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the four Gospels* (El Evangelio cuádruple o una armonía de los cuatro evangelios) (Cincinnati: Standard Publishing Foundation, 1914), 313.

Antes, lo que Cristo censuraba era el uso de títulos religiosos: el uso de designaciones especiales para elevar a una «minoría privilegiada» por encima de los demás. Jesús recalcó, diciendo: «... todos vosotros sois hermanos». Al gran apóstol se le llamó simplemente «hermano Pablo» (2 P 3.15), y a una colaboradora femenina se le llamó «hermana Febe» (Ro 16.1). Esta clase de terminología familiar debería ser suficiente para cualquier cristiano.

Denuncia (Mt 23.13–36; Mr 12.40; Lc 20.47)

Había llegado el momento de que Jesús se dirigiera a los fariseos. Se volvió a ellos y pronunció ocho «ayes». Siete de estos se encuentran en Mateo, mientras que las palabras del Señor que recogieron Marcos y Lucas sugieren que hay un octavo «ay». Las palabras de censura que Cristo dijo se encuentran entre «las más terribles que jamás se expresaron».⁷ Jesús hizo un resumen de los pecados de los fariseos en esta ocasión.

Las tradiciones por encima de la verdad (Mt 23.13)

Las ideas preconcebidas que tenían ellos en relación con el Mesías les impedían reconocer a Jesús como Rey. Esas ideas también impedían que lo recibiera la gente a la cual ellos enseñaban.

El dinero por encima de la misericordia (Mt 23.14; Mr 12.40; Lc 20.47)

Cuando las viudas confiaban en que los fariseos cuidaban de los intereses de ellas, los dirigentes se aprovechaban de ellas, inventando maneras de estafarles sus propiedades. No sabemos exactamente cómo era que los fariseos «[devoraban] las causas de las viudas», pero todavía vemos esta clase de conducta poco ética de parte de algunos abogados sin escrúpulos. Robar a las viudas siempre ha sido un pecado atroz a los ojos de Dios (Ex 22.22–24; Dt 27.19).

Las conquistas por encima del evangelismo (Mt 23.15)

Los judíos evangelizaban de forma combativa al tratar de

⁷Smith, 353; citado en Hester, 194.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

convertir a los gentiles al judaísmo.⁸ Lamentablemente, los fariseos estaban interesados en hacer más fariseos antes que en hacer convertidos al Dios verdadero. Una vez que adoctrinaban a una «conquista» con sus erradas creencias, ese discípulo a menudo resultaba dos veces más celoso de «la tradición de los ancianos» (Mr 7.3) que ellos; y por lo tanto, «dos veces más hijo del infierno» que ellos.

La conveniencia por encima del compromiso (Mt 23.16–22)

El Antiguo Testamento enseñaba que los juramentos no debían hacerse a la ligera; habían de cumplirse (Nm 30.2). No obstante, los fariseos enseñaban que era posible expresar un juramento de un modo tal que no era vinculante para quien lo hacía. Jesús expuso la falacia de este argumento. Tenga presente que Él había dado anteriormente estas instrucciones a Sus seguidores: «Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra; porque es el estrado de sus pies» (Mt 5.34–35a).

Lo secundario por encima de lo primario (Mt 23.23–24)

Los fariseos eran sumamente cuidadosos en la observancia de rituales religiosos tales como el diezmo, hasta el punto de dar la décima parte de las diminutas hierbas que arrancaban de sus jardines. Al mismo tiempo, descuidaban la condición de su corazón: «[dejaban] la justicia, la misericordia y la fe» (Mt 23.23a; vea Miq 6.8).

Esto fue lo que el Señor les dijo: «¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!» (Mt 23.24). Esta analogía que raya en la comicidad presentaba a los fariseos usando un colador para sacar el inmundo mosquito (Lv 11.20, 23) del agua para beber, sin reparar en el camello igualmente inmundo que se tragaban (Lv 11.4).

En los versículos 23 y 24, ¿estaba Jesús diciendo que es un error preocuparse por obedecer todos los mandamientos de Dios,

⁸Coy Roper, "Factors Contributing to the Origin and Success of the Pre-Christian Jewish Missionary Movement" («Factores que contribuyeron al origen y al éxito del movimiento misionero judío precristiano») (Tesis de doctorado, University of Michigan, 1988), 20–49.

aun los que algunos consideran «pequeños»? En absoluto. Él dijo: «Esto [lo “liviano”] *era necesario hacer*, sin dejar de hacer aquello [lo “pesado”]» (Mt 23.23b; énfasis nuestro).

Lo superficial por encima de lo espiritual (Mt 23.25–26)

Cristo usó una ilustración de platos que estaban limpios por fuera, pero sucios por dentro (vea Lc 11.39). Les dijo a los fariseos que si limpiaban lo de dentro del vaso, lo de fuera estaría automáticamente limpio. No pruebe esto la próxima vez que lave usted platos. ¡No funciona en vasos de verdad, pero sí funciona en el corazón y la vida de las personas!

La apariencia por encima de la realidad (Mt 23.27–28)

Jesús usó otro contraste entre lo de fuera y lo de dentro: Los fariseos eran semejantes a «sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se [mostraban] hermosos, mas por dentro [estaban] llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia» (Mt 23.27). Los fariseos eran religiosos por fuera, pero por dentro estaban «llenos de hipocresía e iniquidad» (Mt 23.28).

Las palabras por encima de la acción (Mt 23.29–36)

Los fariseos hacían demostraciones de honor a los profetas del pasado y hacían hincapié en que ellos no eran como sus padres, que habían matado a esos profetas (vea Mt 23.37). Jesús dijo que ellos eran exactamente como sus padres. De hecho, no pasaría mucho tiempo para que ellos mismos persiguieran y mataran a los representantes de Dios. Si necesitaban prueba de lo que Cristo estaba diciendo, podían considerar el hecho de que ellos, en ese mismo momento, estaban conspirando para matarlo a Él, el propio Hijo de Dios. Jesús les dijo que, debido al trato que habían dado a los mensajeros de Dios, «todo el juicio acumulado de los siglos [se descargaría] sobre las cabezas de esta misma generación» (Mt 23.35–36; LB).

Lamentación (Mt 23.37–39)

Aunque fueron dichas dos mil años atrás, las palabras de Jesús todavía queman nuestros oídos. No obstante, una vez más diré que la severidad de esas palabras no debería ser motivo para

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

que creamos que Cristo no tuvo otro propósito más elevado que el de censurar a Sus enemigos. Él siempre se *preocupó* por Sus oyentes, fueran amigos o enemigos. La Biblia dice que «Jehová al que ama castiga» (Pr 3.12a; vea He 12.6). Es amor que castiga lo que impregna las palabras con que termina el capítulo.

Jesús había llorado anteriormente sobre Jerusalén (Lc 19.41–44). Ahora, esto es lo que Él decía: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!» (Mt 23.37a). En el pasado, Jerusalén había rechazado a los profetas de Dios. Ahora rechazaba al mismo Mesías. «¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos [incluyendo a los fariseos y a otros dirigentes religiosos], como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (Mt 23.37b). «La ciudad de Dios» (vea Sal 48.1, 8) había rechazado al Hijo de Dios, y destrozó el corazón de Este.

Debido a la dureza de corazón de la ciudad, eran tiempos terribles los que les esperaban: «He aquí vuestra casa os es dejada desierta» (Mt 23.38). El término «casa» se usó en referencia al templo (compare el versículo 38 con Jer 12.7). En menos de cuarenta años, el templo sería destruido, junto con la misma ciudad, por los romanos. Ese espantoso evento era tan seguro que Cristo podía hablar de él como si ya estuviera sucediendo.

No obstante, Jesús todavía amaba la ciudad y al pueblo de esta y anhelaba que pudiera recibirlo y de esta manera salvarse del castigo. Ese anhelo se manifiesta en las palabras que dijo al final: «Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor» (Mt 23.39). La última parte del versículo 39 es una cita del versículo 26 de un salmo mesiánico [Sal 118] y se refiere a regocijarse por la venida del Mesías (vea Hch 4.11). Unos días atrás, habían resonado esas palabras por la ciudad, cuando Cristo hizo Su entrada a Jerusalén. Lamentablemente, los habitantes de la ciudad no entendieron la implicación de sus palabras. Si alguna vez llegaban a tener el deseo de volver a «ver» a Jesús (como Salvador y Señor de ellos), iban a tener que decir las palabras *de corazón*. Esa era la única esperanza que le quedaba a Jerusalén.

Conclusión

Al llegar al final de este estudio, recordemos tres verdades clave del texto:

1. Dios aborrece la hipocresía. Que cada uno de nosotros examine su propio corazón.

2. Dios requiere fe. Que cada uno de nosotros diga: «Bendito el que viene en el nombre del Señor», y que lo diga *de corazón*.

3. Dios apremia a la obediencia. Que cada uno de nosotros responda de inmediato, para que el Señor jamás diga de nosotros: «¡Cuántas veces quise juntar [a ustedes] como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas; y [no quisieron]!».

La ofrenda de una viuda (Mr 12.41–44; Lc 21.1–4)

Marcos 12.41–44

⁴¹Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. ⁴²Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante. ⁴³Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; ⁴⁴porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.

Lucas 21.1–4

¹Levantando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. ²Vio también a una viuda muy pobre, que echaba allí dos blancas. ³Y dijo: En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos. ⁴Porque todos aquéllos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; mas ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía.

El día martes estaba por fin terminando. Ya habían cesado los roces de Jesús con Sus enemigos. Cristo estaba a punto de salir del templo, para no volver más. En esta lección, estudiaremos acerca de «la ofrenda de la viuda», los griegos que buscaron a Jesús y el alarmante anuncio que hace Jesús en relación con la

destrucción del templo. Después de la guerra de palabras, Jesús se retiró al atrio de las mujeres. Allí Él observó al pueblo echando dinero en las arcas. Fue motivo de aliento para Él ver a una viuda que echó dos pequeñas monedas de cobre, **todo lo que tenía, todo su sustento**. Le conmovió lo que vio y elogió a la viuda delante de Sus discípulos (Mr 12.42–44; Lc 21.2–4).

¿Por qué se consignaría esta conmovedora escena? Tal vez se consignó con el propósito de hacer un contraste entre la viuda y los que habían resuelto matar a Jesús. Esta mujer había venido al templo por amor a Dios, mientras que los saduceos y los fariseos estaban allí primordialmente porque aborrecían a Jesús. B. S. Dean comentó: «Este hermoso incidente, el cual siguió inmediatamente después de la gran denuncia [en Mateo 23] parece como una violeta de primavera, en el seno de un inmenso glaciar».⁹

APLICACIÓN: CUANDO JESÚS MIRA LO QUE DAMOS (MR 12.41–44; LC 21.1–4)

Alguien ha dicho que una sexta parte de los versículos de la Biblia se relaciona de algún modo con el tema de dar. Esto no significa que la palabra «dar» se encuentra en todos estos versículos, sino que, de algún modo, muchos versículos se refieren a que algo que Dios nos da o a lo que nosotros damos a Dios y al prójimo. No sé si esto será cierto, pero lo que sí se es que las Escrituras tienen mucho que decir sobre el tema: «[el] Señor Jesús [...] dijo: Más bienaventurado es dar que recibir» (Hch 20.35); «... Dios ama al dador alegre» (2 Co 9.7); «Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros» (Ef 5.2a). Winston Churchill dijo una vez: «Nos ganamos la vida por medio de lo que obtenemos, pero hacemos una vida por medio de lo que damos».

Dios no dudó en hablar sobre dar, pero a veces los predicadores sí dudamos. Por lo general, los sermones sobre dar no se encuentran en nuestra lista de favoritos. Si las prédicas o clases

⁹Dean, 25.

sobre este tema le incomodan, prepárese para retorcerse a medida que estudiamos acerca de una viuda que dio todo lo que tenía.

Jesús miró lo que se daba en el templo

El martes anterior a la muerte de Jesús, ocurrida el viernes, había sido un día agotador. Todo el día, el Señor se había dedicado a una guerra de palabras con enemigos que repetidamente trataron de embaucarlo y atrapararlo.

El relato comienza cuando Cristo se había retirado al atrio de las mujeres, donde se ubicaba el arca de la ofrenda (Mr 12.41). Él había enseñado anteriormente en esta parte del templo (Jn 8.20). Según Edersheim, «el arca de la ofrenda» consistía en trece recipientes con forma de trompeta que se ubicaban en una zona del atrio.¹⁰ Cada receptáculo estaba marcado con una letra del alfabeto hebreo, y el dinero que se echaba en cada una de ellos se usaba para diferentes aspectos del funcionamiento del templo (sacrificios, mantenimiento y otros por el estilo). Se usaban para ofrendas voluntarias. En ocasiones especiales, tales como los días de fiesta, muchos venían para hacer contribuciones voluntarias.

Jesús «[se sentó] delante del arca de la ofrenda» (Mr 12.41a). Por el momento, estuvo solo. En vista de que, en un momento, Él llamaría a Sus discípulos (Mr 12.43), esto es señal de que debieron de haber estado en algún otro lugar de la zona. Sin duda, saboreaba la tregua. Aparentemente se sentó durante un rato con la mirada hacia abajo (tal vez incluso cerraba Sus ojos), pero después «[levantó] los ojos» (Lc 21.1a).

El Señor vio que «muchos ricos echaban mucho» (Mr 12.41c). No había nada malo en ello. Pablo dijo que el que siembra escasamente, también segará escasamente, y el que siembra generosamente, generosamente también segará (2 Co 9.6).

Luego Jesús contempló esta conmovedora escena: «... vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante» (Mr 12.42). A las viudas se les consideraba el segmento más indefenso

¹⁰ Alfred Edersheim, *The Life and Times of Jesus the Messiah (La vida y tiempos de Jesús el Mesías)* Nueva Versión Actualizada (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1993), 741.

y desamparado de la sociedad. Dios estipuló leyes especiales para el cuidado y la protección de las viudas (vea Ex 22.22; Dt 24.19–21; 26.12–13; 27.19). La mayoría de las viudas eran pobres; el hecho de que Marcos y Lucas describieron especialmente como «pobre» a la viuda de este relato, puede ser indicio de que ella se encontraba entre las más pobres de las pobres.

La palabra griega que se traduce por «echaba» ((βάλλω, *ballō*) se puede traducir también por «lanzaba». En la KJV se lee: «el pueblo lanzaba dinero en el arca». (Énfasis nuestro.) Anteriormente, Cristo había dicho que algunos hacían alarde de lo que daban (vea Mt 6.2). Tal vez, esas personas habían aprendido cómo hacer que los receptáculos sonaran al lanzar sus monedas. (Por otro lado, puede que no tenga importancia alguna el hecho de que se usó la palabra griega que significa «lanzar». Una palabra griega parecida se usa para describir el acto por el cual la viuda dio su ofrenda [Mr 12.42].)

Mientras Cristo miraba, esta viuda echó dos blancas. La palabra griega que se traduce por «blancas» es λεπτὰ (*lepta*), forma plural de λεπτόν (*lepton*; una forma de esta palabra es leptos, que significa «delgado, pequeño o minúsculo»). El lepton es la única moneda judía que se menciona en el Nuevo Testamento. El texto dice que dos lepta equivalían a «un cuadrante» (κοδράντης, *kodrantēs*). El cuadrante era una pequeña moneda romana, que equivalía a la sesentaicuarta parte de un denario (cuatro *cuadrantes* equivalían a un *asarión* y dieciséis *asariones* equivalían a un *denario*). Un denario era el equivalente al salario de un día de trabajo de un obrero corriente (vea Mt 20.2). Para calcular cuánto valdrían las dos blancas de la viuda en su país, divida el salario diario promedio de un obrero común entre treinta y dos. Tome en cuenta que el obrero corriente apenas podía sobrevivir con su salario. Por esta razón, la ley estipulaba que al obrero corriente debía pagársele al final de cada día.

Mientras Cristo contemplaba a la viuda, es evidente que pensara, diciendo: «Mis seguidores necesitan ver esto». En lo que al evangelio de Marcos se refiere, sólo fue en ocasiones que Jesús hizo un esfuerzo especial para conseguir la atención de Sus discípulos (vea Mr 3.13; 6.7; 8.1, 34; 10.42). Llamó a Sus discípulos a Su lado (Mr 12.43a) y les dijo: «De cierto os digo [estas palabras

indican que estaba a punto de decir algo muy importante] que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca» (Mr 12.43b). La construcción griega indica que ella dio más que *la suma* de lo que dieron todos los demás. Desde el punto de vista de los hombres, la ofrenda de ella fue ínfima; pero desde el punto de vista de Dios fue inestimable. A los ojos de Dios, sus diminutas monedas fueron más preciosas que diamantes.

La viuda puede haber dado tan sólo una pequeña cantidad, pero su «irreflexiva generosidad» ha alentado a dar de modo sacrificado durante casi dos mil años. Alguien «estimó que si las [blancas] de la viuda se hubieran depositado en el «Banco Nacional de Jerusalén» para ganar cuatro por ciento de interés semestral, ¡el fondo alcanzaría un total de \$4.800.000.000.000.000.000 [48 seguido de veinte ceros]!¹¹ No está dentro mis planes comprobar si las cifras son exactas, pero lo que sí sé es que el ejemplo de la viuda ha inspirado a dar millones, tal vez miles de millones, de dólares. Burton Coffman dio a conocer un ejemplo años atrás:

La ciudad de Nueva York estaba participando en una campaña entre los pobres inmigrantes de la gran ciudad con el fin de recaudar fondos para la construcción del pedestal y torre de soporte sobre los cuales se erigiría la estatua de la Libertad de Bartholdi. La campaña estuvo retrasada hasta que una mujer pobre vendió su cama por \$13 y dio el dinero. Inspirada por esto, la gente respondió rápidamente y dio más de lo que se necesitaba. De un modo similar, la viuda pobre de este texto ha construido más de un edificio de la iglesia y ha contribuido con más de un presupuesto por todo el mundo.¹²

Jesús continuó diciendo: «... porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento» (Mr 12.44). Los hombres ven el presente que

¹¹Paul Lee Tan, *Encyclopedia of 7,700 Illustrations: Signs of the Times (Enciclopedia de 7.700 ilustraciones: señales de los tiempos)* (Rockville, Md.: Assurance Publishers, 1979), 1156.

¹²James Burton Coffman, *Commentary on Mark (Comentario de Marcos)* (Abilene, Tex.: ACU Press, 1975), 240–41.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

se da; Dios ve lo que queda en el bolsillo después que se da el presente. Las ofrendas de los ricos no les costaban nada a ellos; la ofrenda de la viuda le costó todo a ella. En ocasiones, oímos a alguien decir: «No puedo dar más que la blanca de la viuda». No diga usted que da la blanca de la viuda a menos que dé *todo* lo que tiene. Si a usted le queda algo en su bolsillo, su presente no debe compararse con el de aquella pobre mujer.

Los hombres han debatido si la decisión de la viuda fue sabia. Usted y yo habríamos tratado de detenerla, diciéndole: «¡Estás dando demasiado! ¡Dios no espera que pases hambre para poder dar para los fondos del templo! Él apreciará tu disposición a dar, pero conserva parte de ello para ti misma!». El Señor, no obstante, elogió su ofrenda de amor. Una cosa es cierta: Esta pobre viuda estaba confiando en Dios, que Él tendría cuidado de sus necesidades en los días siguientes (Mt 6.33).

Este conmovedor relato insinúa muchas lecciones:

Todos deben dar, sean ricos, pobres o intermedios
Dios mira lo que damos de un modo diferente de como lo miramos nosotros.
Lo que damos debe significar un sacrificio.
Lo que damos debe reflejar que nuestra confianza está depositada en el Dador no en lo dado por Él.

No obstante, el único asunto que deseo recalcar es que Jesús nos mira como miró a la viuda.

Jesús aún mira lo que damos

Muchos pasajes nos dicen que Dios lo ve todo, que Él es omnipresente y omnisciente:

... los ojos de Jehová contemplan toda la tierra (2 Cr 16.9a).

Porque los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová, y él considera todas sus veredas (Pr 5.21).

Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos (Pr 15.3).

Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta (He 4.13).

Entre las cosas que Dios ve está lo que damos. Él sabe si es o no lo que debería ser. Él vio lo que Ananías y Safira dieron hipócritamente, y no le agradó (Hch 5.1-11). Él vio el sacrificio que hicieron los macedonios para dar, y le agradó (2 Co 8.1-5). Pablo escribió:

Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios *ama* al dador alegre (2 Co 9.6-7; énfasis nuestro).

Conclusión

El Señor escudriñó lo que se dio en el templo hace dos mil años, y Él aún está «sentado delante del arca del cielo, mirándonos». ¹³ ¿Qué *ve* Cristo cuando mira lo que damos? El relato que hemos estudiado revela que a Dios no le interesa solamente la porción, sino también la proporción. Él no sólo mira lo dado, sino también al dador. Le interesa tanto lo que nos queda en el bolsillo así como cuánto damos.

Sin embargo, dar todo al Señor comienza con entregarse uno mismo a Dios. Entregarnos a Dios en amor, fe, y obediencia nos preparamos para dar. Tal vez nos inspire la viuda pobre que amó al Señor tanto que ningún sacrificio era demasiado grande.

Un discurso para las multitudes (Jn 12.20-50)

No estamos seguros de cuando el evento (o los eventos) de Juan 12.20-50 ocurrieron. Este es el único incidente registrado

¹³Paul P. Fryhling, *Prelude to the Cross and Other Sermons (Preudio de la cruz y otros sermones)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1965), 132.

por Juan entre la Entrada Triunfal del domingo y la última cena el viernes. Por lo tanto, no sabemos exactamente dónde colocar este texto concerniente a las actividades de Cristo en el templo. Muchas armonías enlistan la historia como parte de las actividades del lunes, Me parece que encajan mejor donde yo la coloqué. (1) Si Jesús hubiera estado en el atrio de las mujeres (como lo estaba previamente en el incidente de la ofrenda de la viuda), los gentiles (los griegos) no habrían podido ir donde él estaba y sólo habrían podido pedir que Él viniera a donde ellos estaban. (2) Juan 12.37-50 es un resumen de como los judíos recibieron a Jesús, o más específicamente, como los líderes judíos *no* lo recibieron. Este resumen provee un trasfondo natural para la última vez que Cristo salió del templo.

Unos gentiles buscan a Jesús (Jn 12.20–22)

²⁰Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. ²¹Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús. ²²Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús.

Pocos días atrás, los fariseos habían dicho acerca de Jesús: «... el mundo se va tras él» (Jn 12.19). El evento que sigue ilustra el atractivo universal de Cristo: Mientras el Señor estaba en el templo, algunos griegos vinieron, buscándolo. Estos pueden haber sido prosélitos judíos, pero lo más probable es que fueran «temerosos de Dios» como Cornelio (Hch 10.1, 2).¹⁴ En el Nuevo Testamento, se dice de muchos que «temían a Dios», incluyendo judíos y cristianos, pero las palabras eran usadas en un sentido

¹⁴El término «proselita» está relacionado a la palabra griega προσέρχομαι (*proserchomai*), que combina la preposición πρὸς (*pros*, «para» o «hacia») con ἔρχομαι (*erchomai*, «venir»). En el Nuevo Testamento, se refiere a gentiles que «habían venido» y aceptado el judaísmo. Convertirse en prosélita involucraba un ritual de tres pasos: (1) circuncisión, si era varón; (2) auto-bautismo (inmersión) en la presencia de un testigo; y (3) ofrecimiento de un sacrificio (mientras se mantuviera el templo). Debido al requisito de la circuncisión, eran más las mujeres que los hombres que se convertían.

especial para referirse a gentiles creyentes que aún no se habían convertido en judíos. Estos eran los gentiles que creían en el verdadero Dios, pero que no se habían sometido al proceso del proselitismo para convertirse en judíos. Estos gentiles buscaban Su compañía, mientras que Sus enemigos buscaban Su muerte.

La inminente muerte de Jesús
(tanto por los judíos como por los gentiles)
(Jn 12.23–36)

²³Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. ²⁴De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. ²⁵El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. ²⁶Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.

²⁷Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. ²⁸Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. ²⁹Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. ³⁰Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros. ³¹Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. ³²Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. ³³Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir. ³⁴Le respondió la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre? ³⁵Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. ³⁶Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.

Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

No tenemos consignado que Cristo se reuniera cara a cara con los griegos; pero, al saber de Su amor por todas las personas, debemos suponer que sí se reunió con ellos. No obstante, una vez más debe decirse que el propósito del autor inspirado no fue satisfacer nuestra curiosidad. Lo que Juan *sí* consignó fue el sermón que provocó la petición. Un pasaje clave de ese discurso es la audaz afirmación del versículo 32: **Y yo, si fuere levantado de la tierra [en la cruz], a todos atraeré a mí mismo.** «Todos» significa tanto judíos como gentiles.

Al final del sermón, Juan dijo que Jesús **se fue** (Jn 12.36b). En la KJV y en la edición de 1977 de la NASB dice que él «partió». Estaban a punto de cesar las enseñanzas que Jesús daba en público.

Jesús es rechazado por los judíos (Jn 12.37–50)

³⁷Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; ³⁸para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dijo:

Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?

¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?

³⁹Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías:

⁴⁰Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón;

Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón,
Y se conviertan, y yo los sane.

⁴¹Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él.

⁴²Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. ⁴³Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

⁴⁴Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; ⁴⁵y el que me ve, ve al que me envió. ⁴⁶Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. ⁴⁷Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. ⁴⁸El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. ⁴⁹Porque yo no he hablado

por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar.⁵⁰Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.

Juan siguió su referencia a la partida de Cristo con un resumen del ministerio que había llevado a cabo el Señor en la nación judía: A pesar de Sus muchas señales (milagros), ellos no habían creído (Jn 12.37). Juan recalcó que al rechazar a Cristo ellos estaban cumpliendo profecías de Isaías 6.10 y 53.1. Luego el apóstol añadió este enigmático comentario:

Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (Jn 12.42–43).

Los líderes judíos estaban conscientes de que Jesús había hecho milagros (Jn 11.47), pero ese conocimiento no estaba teniendo efecto aparente en ellos. Ahora Juan revelaba el motivo de esto. Los milagros *sí* habían tenido impacto en ellos, pero estaban ocultando su fe. Deseaban evitar que los «[expulsaran] de la sinagoga», lo cual les habría apartado de la vida religiosa, económica, social y política de la nación.

Juan 12.42 subraya la importancia de confesar que se cree. La fe que tenemos en el corazón también debe estar en los labios (Ro 10.9–10). Si rehusamos confesarle, Él no nos reconocerá (Mt 10.32–33).

Tristemente, los gobernantes estaban más preocupados por lo que pensarán los hombres que por lo que pensará Dios: «... amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios». Todos hemos sentido la tensión entre lo que la gente desea que hagamos y lo que Dios desea que hagamos. La pregunta de las prioridades sigue siendo un tema candente. Pablo escribió: «... ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? [...] si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo» (Gá 1.10).

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

Después de las observaciones que hizo Juan sobre el rechazo de que fue objeto Jesús por parte de los judíos, este citó una aseveración hecha por el Señor sobre la importancia de creer en Él y las consecuencias de no hacerlo (Jn 12.44–50). No sabemos cuándo fue que Cristo dijo estas palabras. En vista de que Juan recién había aseverado que Jesús se apartó del pueblo y se ocultaba de ellos (Jn 12.36b), suponemos que las palabras no se dijeron inmediatamente después del discurso de Juan 12.23–36a. Pudieron haberse dicho en cualquier momento durante la última semana del ministerio de Cristo. En ellas, Él siguió una variedad de temas que habían sido introducidos anteriormente en el libro de Juan: (1) En los versículos 44, 45, 49 y 50, Él recalcó la estrecha relación que había entre Él y Su Padre, tal como lo había recalcado en Juan 5. Así, hizo hincapié en que aquellos que le rechazaran también eran culpables de rechazar al mismo Dios. (2) En el versículo 46, reanudó el tema de «la luz del mundo», que había sido introducido en Juan 8.12, ampliado en Juan 9 y mencionado en Juan 12.35–36.

En los versículos 47 y 48 de la aseveración de Jesús, tenemos un poderoso pasaje sobre la verdad en el sentido de que no podemos recibir a Cristo (o creer en Él) sin recibir también Sus enseñanzas.

Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.

**APLICACIÓN:
«HA LLEGADO LA HORA»
(JN 12.20–36, 46–48)**

En Juan 12, tenemos lo que podría ser el último discurso de Jesús en público, las últimas palabras que la multitud le oiría decir hasta que oyeran las siete aseveraciones que expresó estando en la cruz. Si a Jesús se le hubiera dado el título «Si tuviera un sermón más que predicar», ¿qué hubiera dicho? Tal

vez Juan 12.20–36 responde la pregunta.

Era el martes de la última semana del ministerio de Cristo. Mientras Jesús estaba enseñando en el templo, algunos gentiles manifestaron el deseo de verlo. Así comienza diciendo el relato: «Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta» (Jn 12.20).

El texto dice que los griegos se acercaron a Felipe (Jn 12.21a). No estamos seguros de la razón por la que se acercaron a Felipe. Tal vez se debió a que Felipe tenía un nombre griego. («Felipe» es la forma abreviada de una palabra griega compuesta que significa «amador de caballos».) Tal vez ellos también eran de Betsaida, el hogar de Felipe. Tal vez Felipe fue sencillamente el primer discípulo de Jesús que se encontraron.

Ellos «le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús» (Jn 12.21b). ¿Cómo supieron de Jesús? Tal vez habían estado presentes algunos días atrás cuando Él purificó el templo. Puede ser que lo hubieran oído enseñar en el atrio de los gentiles. Como sea que hayan llegado a saber de Él, lo cierto es que deseaban conocerlo mejor. El texto dice que «le rogaron, diciendo...». La construcción del texto original indica que insistieron en su petición.

Felipe no estaba seguro de lo que debía hacer. Cristo les había dicho a los doce que no fueran a los gentiles, sino sólo «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10.5–6). Por lo tanto, buscó la ayuda de un amigo: «Felipe fue y se lo dijo a Andrés» (Jn 12.22a). Luego, los dos, «Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús» (Jn 12.22b).

No se nos dice jamás si Cristo accedió a la petición de los griegos. Juan consignó el relato para dar el antecedente de las palabras de Jesús que se recogen en la segunda parte de Juan 12, no para darnos todos los detalles. De todos modos, a aquellos griegos, y a todos los demás gentiles, aparentemente el Señor los tenía en cuenta cuando dio Su respuesta (vea Jn 12.32).

Cuando Andrés y Felipe le dijeron a Jesús lo que los griegos deseaban, Él respondió: «Ha llegado la hora» (Jn 12.23). Con esta frase, el Señor introdujo el tema de lo que pudo haber sido Su última presentación en público. Hasta este momento, Él había dicho que «aún *no* había llegado su hora» (Jn 7.30; énfasis nuestro;

vea 2.4; 7.6; 8.20); ahora *sí* había llegado (vea Jn 13.1).

Cuando Jesús dijo: «Ha llegado la hora», era primordialmente en Su muerte en lo que Él estaba pensando (Jn 12.24); pero el texto se refiere a varias ideas relacionadas. Por esta razón, el estudio sobre «Ha llegado la hora» abarcará una variedad de temas. No obstante, el tema central será siempre la cruz.

La hora de la cruz y del compromiso (Jn 12.23–26)

La cruz (Jn 12.23–24)

Cristo comenzó Su sermón diciendo: «Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado» (Jn 12.23). El término «Hijo del Hombre» se refería al Mesías (Dn 7.13). «Ha llegado la hora», estaba diciendo Jesús, «para la glorificación del Cristo». Estaba pensando en Su muerte (Jn 12.24), pero podía ver más allá del sepulcro, hasta la resurrección y la ascensión. La «gloria» es un tema muy importante de la segunda mitad del relato de Juan sobre la vida de Cristo.

Es probable que las palabras de Jesús entusiasmaran a la multitud. En las mentes de ellos, la palabra «glorificado» se refería al establecimiento del reino político del Mesías. Habían esperado que Cristo fuera glorificado en el momento de Su entrada triunfal a la ciudad pocos días atrás; pero, por alguna razón, no había cumplido las expectativas de ellos. Ahora estaba por fin hablando de glorificación. Es probable que esperaran ansiosamente que Jesús anunciara Su calendario para comenzar Su campaña contra los romanos y establecer Su trono. La percepción de ellos era que, después de tanto tiempo, ¡el trompetazo de la eternidad había sonado al fin, los ejércitos del cielo estaban en marcha y la victoria estaba a la vista! Qué decepcionados debieron de haber estado cuando, en lugar de proponer una estrategia militar, Cristo comenzó a hablar acerca de morir.

El Señor usó una sencilla, pero poderosa ilustración: «De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto» (Jn 12.24). Ponga usted una semilla sobre un estante, y no se multiplicará; «quedará sola». Ponga la semilla en tierra y aliméntela, y ella

«morirá» (esto es, se desintegrará y perderá su identidad), pero esta «muerte» le permitirá «llevar mucho fruto». Se multiplicará por ciento, por sesenta o por treinta (Mt 13.8). En esta ilustración, Jesús mismo es la semilla. Si Él no moría, no conservaría Su propia vida ni podría bendecir a los demás. La única manera en que podía producir nueva vida era muriendo.

El compromiso (Jn 12.25–26)

Continuó diciendo Cristo: «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará» (Jn 12.25). La palabra «aborrecer», en el sentido que se usa aquí, significa «amar menos»; hemos de amar nuestra vida menos que lo que amamos hacer la voluntad del Señor. Este sermón está lleno de paradojas: «Si usted ama su vida, la perderá»; «si aborrece su vida, la conservará»; «la única manera de vivir es muriendo».

Jesús comenzó aplicando Sus palabras a sí mismo: Él tenía que morir, si es que había de cumplir Su propósito, si es que había de ser valioso en los planes de Dios. También haría que aplicáramos Sus palabras a nosotros mismos. Nosotros, también, debemos «morir» si es que hemos de ser valiosos para Dios. Muchos cristianos primitivos tuvieron que morir físicamente para mantenerse fieles a Dios (Ap 2.10). Aun si no fuéramos llamados a hacer tal clase de sacrificio, todavía debemos «morir a nosotros mismos». Pablo escribió: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gá 2.20a).

Al seguir hablando Jesús, Él desarrolló Su idea y dio una poderosa motivación para estar dispuestos a «morir»: el servicio para Él. Comenzó diciendo: «Si alguno me sirve...» (Jn 12.26a). Nosotros demostramos que «aborrecemos» nuestra vida cuando nos comprometemos al servicio desinteresado para el Señor. Esto fue lo que dijo Jesús de quien estuviera dispuesto a hacer tal compromiso: «... sígame» (Jn 12.26b). Su siguiente aseveración se centró en los galardones que hacen que valga la pena esta clase de compromiso. Dijo: «... donde yo estuviere, allí también estará mi servidor» (Jn 12.26c). Jesús estaría en el cielo (vea 2 Co 5.8; Fil 1.23; Ap 21.3). Luego añadió: «Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará» (Jn 12.26d). ¡Imagínese usted lo que es ser honrado por

Dios mismo! Pablo dijo que nuestra «leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Co 4.17).

La hora del conflicto y de la confirmación (Jn 12.27–30)

Conflicto (Jn 12.27)

Jesús no lo pensó dos veces para hablar acerca de morir, pero esto no significa que el tema fuera agradable para Él. No es fácil para nosotros vernos enfrentados a la muerte, y tampoco lo fue para el Señor. Él no era un robot programado. Él era carne y sangre; era sensible al dolor como nosotros lo somos.

Juan no consignó la escena de Getsemaní, donde Cristo oró, diciendo: «... si es posible, pase de mí esta copa» (Mt 26.39). No obstante, nos da un vislumbre de lo que estaba sucediendo en el alma de Jesús antes de Getsemaní. El Señor dijo: «Ahora está turbada mi alma» (Jn 12.27a). Le esperaban terribles pruebas: Además de la angustia que le causaría la muerte física y de la mayor angustia que le causaría la muerte espiritual (ser separado de Dios), le esperaba la vergüenza de la cruz, la batalla espiritual contra Satanás (Jn 12.31) y el dolor de ser rechazado por el pueblo de Dios después de mil quinientos años de estarlos criando como hijos.

En vista de todo esto, Jesús preguntó, diciendo: «¿y qué diré?» (Jn 12.27b). Esto es: «¿Qué debo pedir en oración?». ¿Debió Él pedir, diciendo: «Padre, sálvame de esta hora»? (Jn 12.27c). No, no era esto lo que debía pedir. «Mas para esto he llegado a esta hora» (Jn 12.27d). La palabra «Mas» de Juan 12.27 es traducción de la palabra griega *alla*, que es conjunción adversativa. En este contexto, es probable que *alla* debería traducirse por una palabra más fuerte que «mas». En la RSV se traduce por «No». Había venido «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc 19.10). Había venido a la tierra a morir (Fil 2.7–8).

Confirmación (Jn 12.28–30)

Jesús dijo estas palabras de sumisión: «Padre, glorifica tu nombre» (Jn 12.28a). Ya había glorificado el nombre de Dios al

haber vivido toda una vida obedeciendo a Este (vea Jn 17.4); ahora lo glorificaría más por Su muerte.

En ese momento, algo inesperado sucedió: «Entonces vino una voz del cielo» (Jn 12.28b). Durante el ministerio de Jesús, Dios habló desde el cielo tres veces: en el momento del bautismo de Aquel (Mt 3.17), en el de la transfiguración (Mt 17.5) y en esta ocasión. La voz dijo: «Lo he glorificado [Mi nombre], y lo glorificaré otra vez» (Jn 12.28c). El nombre de Dios había sido glorificado por la vida de Jesús; ahora lo glorificaría por la cruz.

La multitud se sobresaltó tanto por el anuncio celestial que la gente tuvo opiniones divididas sobre lo que había ocurrido. «Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado» (Jn 12.29). Esto nos recuerda el hecho de que nosotros sólo oímos lo que estamos preparados para oír. Por ejemplo, el aire está tan lleno de sonidos que nuestros oídos no pueden oír. No obstante, podemos encender un radio y sintonizar una estación, y luego oímos palabras y música. Muchos de los que estaban cerca de Jesús no estuvieron preparados para oír la voz de Dios; para ellos había sido «un trueno», sencillamente mucho ruido. Del mismo modo, muchos no están preparados hoy para «oír» la voz de Dios en la naturaleza (Ro 1.20) o en la Biblia (He 1.1–2).

Por supuesto, algunos oyeron la voz y la entendieron, tal como Juan, el autor del evangelio. Jesús se volvió a los que estaban cerca (especialmente a Sus apóstoles) y dijo: «No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros» (Jn 12.30). Es probable que esta expresión signifique: «No [...] por causa mía *solamente*, sino *también* por vuestra causa». Esta confirmación dada por el Padre sin duda fortaleció al Hijo para las pruebas venideras, pero tuvo como propósito especial convencer a los discípulos de la dirección que Jesús estaba tomando de conformidad con la voluntad de Dios.

La hora de la conquista y de la conversión (Jn 12.31–33)

La conquista (Jn 12.31)

Muchas cosas significativas ocurrirían cuando Cristo muriera

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

en la cruz. Por ejemplo, sería un momento de victoria, victoria sobre las fuerzas del mal. *Parecería* un momento de derrota, pero en realidad lo sería de triunfo.

Jesús dijo: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera» (Jn 12.31). La palabra griega que se traduce por «mundo» es *κόσμος* (*kosmos*), que básicamente significa «orden». En este versículo, no se refiere específicamente al universo, sino a la tierra. Concretamente, se refiere al «orden mundial» y no a los elementos materiales como las rocas o los árboles. La expresión «el príncipe de este mundo» se refiere a Satanás (vea Jn 14.30; 16.11).

La cruz sería la batalla culminante con Satanás. Hoy muchos hablan acerca de una supuesta batalla mítica entre las fuerzas del bien y las del mal (a la cual se le llama a menudo «la batalla de Armagedón»), pero la Biblia enseña que la batalla decisiva se peleó en la cruz. El autor del libro de Hebreos dijo que Cristo participó de carne y sangre «para destruir *por medio de la muerte* al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (He 2.14–15; énfasis nuestro). Satanás todavía está activo hoy (1 P 5.8), sin embargo, se ha roto el completo dominio que antes tenía sobre nosotros; ahora es un enemigo derrotado (Stg 4.7).

La conversión (Jn 12.32–33)

Por supuesto, la victoria más importante que se libraría en la cruz sería la victoria sobre el pecado (2 Co 5.21; Ef 1.7). En Su sermón, Jesús jamás olvidó a los griegos que deseaban verlo. Ahora aseveraba que Su muerte no sería por los judíos solamente, sino por todos los hombres: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Jn 12.32).

La palabra «levantado» se usa en otros pasajes del Nuevo Testamento para hacer referencia a ser exaltado (1 Ti 3.6; Stg 4.10), pero en Juan se usa siempre para hacer referencia a la muerte del Señor (Jn 3.14; 8.28). En el texto que estamos estudiando, el versículo que sigue revela que «decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir» (Jn 12.33). No era por lapidación ni por ningún otro método judío de ejecución que iba a morir; antes,

sería «levantado» en una cruz romana.

Cuando eso sucediera, atraería «a todos» los hombres a sí mismo: tanto judíos como gentiles. Fundiría a los dos en un solo cuerpo. Pablo escribió más adelante:

Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos [judíos y gentiles] hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos [judíos y gentiles] un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y *mediante la cruz* reconciliar con Dios a ambos [judíos y gentiles] en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades (Ef 2.14–16; énfasis nuestro).

Cuando dice «un solo cuerpo», se refiere a la iglesia (Ef 1.22–23; Col 1.18).

Note usted que Jesús no habló de forzar, ni de obligar o empujar a la gente, sino que habló de *atraerla*. El poder con que Dios atrae reside en la cruz y en el amor que esta representa (Jn 3.16; Ro 5.8). Así como la luz del sol atrae con delicadeza a la nueva planta haciéndola brotar de la tierra, el amor de Cristo atrae tiernamente a los hombres hacia Él.

La hora de la confusión y del desafío (Jn 12.34–36, 46–48)

La confusión (Jn 12.34)

A la gente le costó entender las palabras de Jesús. No es de sorprender que no las entendieran; la tragedia es que no trataron de entenderlas. Respondieron: «Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre» (Jn 12.34a). No hay un pasaje antiguotestamentario que diga esto, pero el Antiguo Testamento sí enseña que el Mesías reinará *para siempre* sobre un reino eterno (vea Is 9.7; Ez 37.25; Dn 7.14). Los judíos concluyeron que la única manera como el Mesías, o el Cristo, podía hacer esto, era «[permaneciendo] para siempre».

Preguntaron, diciendo: «¿Cómo [...] dices tú que es necesario

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

que el Hijo del Hombre sea levantado?» (Jn 12.34b). Es obvio que entendieron que la palabra «levantado» se refería a la crucifixión; sin embargo, esto no correspondía a las preconcepciones de ellos acerca del Mesías. ¿Cómo podía Él morir y todavía reinar? Llegaron a la conclusión de que Jesús debió de usar la expresión «el Hijo del Hombre» en algún sentido desconocido para ellos. Preguntaron, diciendo: «¿Quién es este Hijo del Hombre?» (Jn 12.34c). En otras palabras: «¿Está usted hablando acerca del Mesías, o acerca de algún otro?».

El desafío (Jn 12.35–36, 46–48)

Jesús respondió indirectamente la pregunta de ellos. En efecto, lo que respondió fue que «el Hijo del Hombre» al cual se estaba refiriendo era «la luz» del mundo (Jn 12.35; vea Jn 8.12; 9.5). No obstante, la idea predominante que tenía en mente, no era que Sus oyentes fueran capaces de revisar los títulos descriptivos del Mesías. Más bien, deseaba que ellos lo *recibieran* como el Mesías.

En el ruego de Cristo había énfasis en lo apremiante del momento. Es probable que esta ocasión fuera la última oportunidad personal de Jesús para instar a estas personas a creer. Dijo: «Aún por un poco está la luz entre vosotros» (Jn 12.35a). Él se había identificado anteriormente como «la luz del mundo» (Jn 9.5). Iba a estar en medio de esta gente tan sólo unos días más antes de Su muerte. Por lo tanto, los instó a aprovechar la oportunidad que se les ofrecía: «andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va» (Jn 12.35b). Imploró que lo recibieran como el Cristo, diciendo: «Entre tanto que tenéis la luz, *creed* en la luz» (Jn 12.36a; énfasis nuestro). Si creían en Él, llegaban a ser «hijos de luz» (Jn 12.36b). Llegarían a ser reflejos de Su luz.

¿Qué consecuencias habría si no lo recibían? Al mirar el final del capítulo, vemos la tragedia de desechar la Luz. Esto fue lo que allí dijo Jesús:

Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis

palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero (Jn 12.46–48).

Conclusión

Juan concluyó Su relato del sermón, diciendo: «Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos» (Jn 12.36c). Había pasado el día de la oportunidad para ellos.

Un discurso para los apóstoles, sobre la destrucción de Jerusalén y la segunda venida

(Mt 24.1—25.46; Mr 13.1–37; Lc 21.5–36)¹⁵

Comentarios y preguntas introductoras
(Mt 24.1–3; Mr 13.1–4; Lc 21.5–7)

Mateo 24.1–3

¹Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. ²Respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.

³Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?

Marcos 13.1–4

¹Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras, y qué edificios. ²Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada.

¹⁵El estudio de Mateo 24 está basado en una conferencia dada por Stafford North en la Eastside church of Christ, Midwest City, Oklahoma, 30 de Septiembre de 1997 y otras fuentes. Para más información acerca del premilenialismo y Mateo 24, vea David L. Roper, *Revelation 12—22 (Apocalipsis 12—22)*, Truth for Today Commentary (Un comentario de La Verdad para Hoy), ed. Eddie Cloer (Searcy, Ark.: Resource Publications, 2002), 401–23.

³Y se sentó en el monte de los Olivos, frente al templo. Y Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le preguntaron aparte: ⁴Dinos, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?

Lucas 21.5–7

⁵Y a unos que hablaban de que el templo estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas, dijo: ⁶En cuanto a estas cosas que veis, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida.

⁷Y le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿cuándo será esto? ¿y qué señal habrá cuando estas cosas estén para suceder?

Después del discurso que dio Jesús acerca de que sería «levantado», Él «se fue» (Jn 12.36) **saliendo [...] del templo** (Mr 13.1a; vea Mt 24.1a). El hecho de que Cristo saliera del templo fue significativo. La gloria de Dios (Jesús; vea Jn 2.11; 8.54) se había ido, para jamás volver (vea 1 S 4.21–22). Aunque pasarían varias décadas para que el templo fuera destruido, ya el destino de este estaba decidido (vea Mt 23.37–38).

Cuando Cristo salía del complejo del templo, los discípulos, en su condición de visitantes de otra ciudad, se detuvieron para comentar sobre lo hermoso y lo imponente de los edificios que les rodeaban. Uno de Sus discípulos le dijo: **Maestro, mira qué piedras, y qué edificios** (Mr 13.1). Otros señalaron que **estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas** (Lc 21.5). «Votivas» proviene de la palabra del latín que significa «voto». Las «ofrendas votivas» eran ofrendas que se daban para cumplir un voto o promesa. En la NIV se lee: «ofrendas dedicadas a Dios».

El complejo del templo *era* una espléndida estructura, y los judíos tenían toda razón de sentirse orgullosos de él. Tenía el doble del tamaño de la acrópolis de Atenas. Había sido hecho de piedra caliza y de mármol. Al contemplarse de lejos, parecía un monte cubierto de nieve. Herodes el Grande había comenzado a reconstruirlo en el 20 a. C., y todavía no se había acabado de construir para el tiempo en que sucedía el incidente que estamos analizando. Es probable que los peregrinos que venían a

Jerusalén, se encontraran con alguna nueva y maravillosa adición cada vez que volvían a la ciudad. Josefo escribió acerca de las «ofrendas votivas» que adornaban el templo en sí. Entre estas se incluían coronas, escudos, copas y cadenas de oro presentadas por Agripa. Una de las ofrendas había sido una parra de oro con enormes racimos de uvas, ofrenda que había sido presentada por Herodes. Es lógico que los discípulos estuvieran impresionados por lo que veían.

No obstante, el entusiasmo de ellos fue hecho añicos por la respuesta de Jesús: **En cuanto a estas cosas que veis, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida** (Lc 21.6). Cristo había hablado anteriormente acerca de la destrucción de Jerusalén y del templo (Mt 22.7; 23.38; Lc 13.35), pero las referencias se expresaron a menudo en términos encubiertos. En esta ocasión, era difícil que malentendieran Sus palabras.

El Señor dijo: **No quedará piedra sobre piedra** (Mr 13.2b). Jesús hizo la misma aseveración cuando lloró sobre Jerusalén (Lc 19.44). Según Josefo, algunas de las piedras tenían casi doce metros de longitud, tres y medio metros de altura y cinco metros de anchura.¹⁶ Los apóstoles, viendo aquellos monolitos probablemente se preguntaron mentalmente: «¿Cómo es posible que ninguna de estas piedras quede una sobre otra?». El templo era el eje clave de los conceptos judíos relacionados con la religión y la gloria de Israel. Su destrucción era inconcebible.

Jesús y Sus seguidores salieron del templo, cruzaron el torrente Cedrón y subieron la elevación que estaba hacia el este del templo, elevación que se conocía como monte de los Olivos; el lugar donde probablemente habían pasado algunas noches (Lc 21.37). Estando sentados en el costado del monte (vea Mt 24.3a), tuvieron ante ellos una «buena vista» del templo y de la ciudad, a los cuales «ya les bordeaban las sombras alargadas de un sol que se ponía».¹⁷ Cuando los discípulos miraban abajo hacia

¹⁶Josefo *Antigüedades de los judíos* 15.11.3. Esta medida asume un codo más corto que la de dieciocho pulgadas. *Guerras de los judíos* 5.5.6 dá dimensiones diferentes a las piedras.

¹⁷Robert Duncan Culver, *The Life of Christ (La vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 225–26.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

el complejo del templo (Mr 13.3a), les salieron en tropel las preguntas que ardían en sus corazones. Mateo y Lucas señalan que fueron los discípulos en general los que hicieron las preguntas (Mt 24.3; Lc 21.7), mientras que Marcos menciona específicamente a Pedro, Jacobo, Juan y Andrés (Mr 13.3). Preguntaron a Jesús, diciendo: **Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?** (Mt 24.3b; vea Mr 13.4; Lc 21.7b).

Es probable que los discípulos creyeran que estaban preguntando acerca de un único evento: la destrucción del templo, pero en realidad estaban preguntando acerca de diferentes eventos. Concretamente, preguntaron además acerca de la «venida» de Cristo y el «fin del siglo». La palabra griega que se traduce por «venida» es *παρουσία* (*parousia*). El único capítulo de los evangelios en el cual se encuentra esta palabra es Mateo 24 (vers.^{os} 3, 27, 37, 39). *Parousia* es un «término técnico del griego que se refiere a la llegada de un rey».¹⁸ Cuando los discípulos usaron el término, es probable que ellos estaban pensando en que Jesús establecería Su reino, el cual creían que sería un reino físico. Jesús había anunciado anteriormente Su segunda venida (vea Mt 16.27; Lc 12.40; 17.22–37). No obstante, si los discípulos no comprendían que Él tenía que morir y ser resucitado, es muy probable que tampoco entenderían lo que el Señor quiso decir cuando habló de Su segunda venida. En ese caso, «el fin del siglo» significaría (a su manera de entenderlo) el fin del sistema político del momento (esto es, el fin del odiado régimen de los romanos). Es probable que los apóstoles pusieran en una sola categoría estas preguntas porque no pudieron pensar en ningún otro evento catastrófico capaz de destruir el templo, que no fuera la instauración del reino del Mesías (esto es, el reino que ellos se imaginaban). Al estudiar la respuesta de Jesús, necesitamos darnos cuenta de que Su respuesta abarca más que la destrucción del templo.

La respuesta que dio Jesús a las preguntas de los discípulos

¹⁸Will Ed Warren, Class Syllabus (Programa de clase), *The Life of Christ: The Synoptic Gospels* (*La vida de Cristo: Los evangelios sinópticos*), Harding University, 1991, 96.

(que se encuentran en Mt 24.4—25.46 vea Mr 13.5—37; Lc 21.8—36) constituye uno de Sus más largos discursos que se ha consignado, y es probable que sea el más polémico. Una razón para esto es que Jesús usó «imágenes apocalípticas comunes del judaísmo».¹⁹ La literatura apocalíptica usaba simbolismo vívido (a menudo extraño) para transmitir su mensaje. Los judíos estaban familiarizados con el lenguaje apocalíptico. Además del uso que se le dio al simbolismo apocalíptico en libros inspirados como Daniel, en los siglos que transcurrieron entre el final del Antiguo Testamento y el nacimiento de Cristo hubo una abundancia de tratados apocalípticos no inspirados. Los judíos estaban familiarizados con este tipo de simbolismo. Debido a que la mayoría de nosotros no estamos familiarizados con esta clase de imágenes, a menudo nos resulta difícil descifrar el significado.

Otra razón para las dificultades es el hecho de que no fue una sino varias preguntas las que el Señor respondió: preguntas relacionadas con la destrucción de Jerusalén y preguntas relacionadas con Su segunda venida. Sus aseveraciones acerca de lo que sucedería en el 70 d. C. y acerca de lo que sucedería al final de la era parecen superponerse y fundirse. A menudo es difícil distinguir entre ellas. Una analogía que a menudo se usa es la de dos picos de montaña: uno pequeño que está cerca y otro más grande que está distante, picos que parecen fundirse en una sola imagen desde nuestra perspectiva. La mayoría de los eruditos bíblicos coinciden en que hay una estrecha relación entre la destrucción de Jerusalén y la segunda venida, a pesar de que los dos eventos están separados por miles de años: El primero (la destrucción de Jerusalén) es un tipo del segundo (la segunda venida).

Aunque las dos ideas parecen fundirse en una sola, muchos coinciden en que el *énfasis* de la primera parte de Mateo 24 es sobre la destrucción de Jerusalén y que el *énfasis* de la segunda parte es sobre la segunda venida:

¹⁹A. T. Robertson, *A Harmony of the Gospels for Students of the Life of Christ* (*Una armonía de los evangelios para estudiantes de la vida de Cristo*) (New York: Harper & Row, 1950), 173.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

En la primera parte del capítulo, note los versículos 19 y 20: «Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo». ¿Tendrán que ver algo el alumbramiento de niños o la estación del año o el día de la semana con la segunda venida? La respuesta es «No». Pero sí eran factores importantes en su relación con la destrucción de Jerusalén.

En la segunda parte, note las aseveraciones acerca de unos que son tomados y otros que son dejados, en los versículos 40 y 41. Si bien estos versículos no tienen nada que ver con la destrucción de Jerusalén, sí se relacionan con la segunda venida.

Enseñanzas sobre la destrucción de Jerusalén
(Mt 24.4–35; Mr 13.5–31; Lc 21.8–36)

(1) Eventos no relacionados con la destrucción de Jerusalén
(Mt 24.4–14; Mr 13.5–15; Lc 21.8–19)

Mateo 24.4–14

⁴Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe. ⁵Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. ⁶Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. ⁷Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. ⁸Y todo esto será principio de dolores.

⁹Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. ¹⁰Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. ¹¹Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; ¹²y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. ¹³Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. ¹⁴Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.

Marcos 13.5–15

⁵Jesús, respondiéndoles, comenzó a decir: Mirad que nadie os engañe; ⁶porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán a muchos. ⁷Mas cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis, porque es necesario que suceda así; pero aún no es el fin. ⁸Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores son estos.

⁹Pero mirad por vosotros mismos; porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán; y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí, para testimonio a ellos. ¹⁰Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones. ¹¹Pero cuando os trajeren para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. ¹²Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los matarán. ¹³Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.

¹⁴Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes. ¹⁵El que esté en la azotea, no descienda a la casa, ni entre para tomar algo de su casa.

Lucas 21.8–19

⁸Él entonces dijo: Mirad que no seáis engañados; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y: El tiempo está cerca. Mas no vayáis en pos de ellos. ⁹Y cuando oigáis de guerras y de sediciones, no os alarméis; porque es necesario que estas cosas acontezcan primero; pero el fin no será inmediatamente.

¹⁰Entonces les dijo: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; ¹¹y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo. ¹²Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y

os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre. ¹³Y esto os será ocasión para dar testimonio. ¹⁴Proponed en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder en vuestra defensa; ¹⁵porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan. ¹⁶Mas seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros; ¹⁷y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. ¹⁸Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. ¹⁹Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.

Cristo comenzó Su discurso con varias «señales que no lo son». La destrucción de Jerusalén sería un evento tan traumático para los judíos, que aquellos que esperaran el cumplimiento de la profecía de Jesús podrían creer que cualquier señal y toda señal sería un anuncio de que estaba a punto de cumplirse. Considere esta ilustración: Si alguien anunciara que mi casa va a ser destruida, y yo le creyera, cualquier tormenta me pondría nervioso. Cristo no deseaba que Sus seguidores fueran engañados (Mt 24.4; Mr 13.5; Lc 21.8a), de modo que comenzó por advertirles de las *posibles señales engañosas*.

Falsos Cristos: Dijo que se levantarían falsos Mesías (Mt 24.5; Mr 13.6; Lc.21.8b; compruebe también en Mt 24.24; Mr 13.22). Les advirtió, diciendo: ... **no vayáis en pos de ellos** (Lc 21.8c). En ocasiones, en aquel tiempo, un hombre podía atraer seguidores por medio de hacer fantásticas afirmaciones (vea Hch 5.34–39; 21.38). Josefo mencionó a varios líderes de ese tiempo que se levantaron y dirigieron facciones en pos de ellos.²⁰

Guerras y rumores de guerras: Los rumores de guerras y de otros disturbios no debían alarmar a los discípulos (Mt 24.6a; Mr 13.7a; Lc 21.9a). El Señor explicó, diciendo: ... **es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin** [de Jerusalén ni del templo] (Mt 24.6b; vea Mr 13.7b; Lc 21.9b). Estas palabras se dijeron en un momento cuando el Imperio Romano estaba en

²⁰Josefo *Antigüedades de los judíos* 20.5.1–2; 20.8.6; *Guerras de los judíos* 2.12.4–5.

paz; pero, según los historiadores, no pasó mucho tiempo para que estallara nuevamente la guerra.

Desastres naturales: Cristo también hizo notar que habría desastres naturales (como siempre los hay), desastres tales como pestes, hambres y terremotos (Mt 24.7b; Mr 13.8b; Lc 21.11). El evangelio de Lucas añade: **terror y grandes señales del cielo**. Estos términos abarcan todos los desastres naturales que no se mencionan concretamente; desastres tales como tempestades, granizo e inundaciones. Jesús dijo que todo esto sería sencillamente **principio de dolores** (Mt 24.8; vea Mr 13.8c). La palabra «principio» contrasta con la palabra «fin» de los versículos 6 y 14. En otras palabras, estos desastres naturales *no* serían las señales del fin».

Crisis relacionadas con la iglesia: A los seguidores de Jesús se les advirtió que esperaran ser perseguidos (Mt 4.9; Mr 13.9a, 13a; Lc 21.12a, 16b, 17). El Señor, no obstante, prometió estar con ellos (Lc 21.18). En vista de que el Señor ya había dicho que matarían a algunos de los discípulos (Lc 21.16), la promesa en el sentido de que **ni un cabello de** [la cabeza de ellos perecería] (Lc 21.18) debe de significar que, aun si los mataban, no perecerían. El Señor les estaba prometiendo la victoria final en la resurrección. Él también les dijo que consideraran la persecución como una oportunidad para dar testimonio de su fe (Mr 13.9b, 11; Lc 21.12b–15). Sabemos que Pablo compareció ante gobernadores y reyes (vea Hch 26); es probable que algunos de los demás apóstoles también lo hicieran. La promesa en el sentido de que el Espíritu les inspiraría cuando tuvieran que hablar para presentar su defensa, fue una promesa que se hizo a los apóstoles, no a nosotros. En el caso de nosotros, para poder enseñar a los demás, tenemos que estudiar la Palabra de Dios.

Otro problema serían los falsos profetas (maestros) que engañarían a muchos (Mt 24.11; vea 24.24; Mr 13.22; para el cumplimiento de esta predicción, vea 2 P. 2.1; 1 Jn 4.1). Debido a la persecución y al engaño, algunos cristianos se apartarían. Algunos traicionarían incluso a iguales cristianos, incluyendo miembros de la familia (Mt 24.10, 12; Mr 13.12; Lc 21.16a). **Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo**, dijo Cristo (Mt 24.13; Mr 13.13b; vea Lc 21.19). Cuánto Él anheló que ellos —y

nosotros— permaneciéramos fieles.

La proclamación del evangelio: Jesús puso punto final a la lista de «señales que no lo eran», diciendo: **Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin** [de Jerusalén y del templo] (Mt 24.14; vea Mr 13.10). Varias semanas después, inmediatamente antes de Su ascensión, el Señor daría a los apóstoles la gran comisión de «[ir] a todo el mundo y [predicar] el evangelio» para «[hacer] discípulos a todas las naciones» (Mr 16.15; Mt 28.19). Hechos nos narra cómo los seguidores de Cristo aceptaron el reto de llevar el evangelio «hasta lo último de la tierra» (Hch 1.8). Todo esto, no obstante, tomaría tiempo. Así, el Señor recalcó que pasarían años para que se produjera «el fin» del templo. Cerca del 63 d. C. (siete años antes que Jerusalén fuera destruida), Pablo pudo escribir que el evangelio se había «[predicado] en toda la creación que está debajo del cielo» (Col 1.23). La frase «toda la creación» en este pasaje se refiere primordialmente a gente del Imperio Romano. En Lucas 2.1, la frase «todo el mundo» se usó para hacer referencia al Imperio Romano. Es evidente que a la gente de todas las regiones del imperio, se les había dado oportunidad de oír el evangelio (vea Ro 1.5, 8; Col 1.5–6; 1 Ts 1.8).

(2) El evento relacionado con la destrucción de Jerusalén
(Mt 24.15–35; Mr 13.14–31; Lc 21.20–36)

Mateo 24.15–35

¹⁵Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda),
¹⁶entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. ¹⁷El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; ¹⁸y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa.
¹⁹Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! ²⁰Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; ²¹porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. ²²Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días

serán acortados. ²³Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. ²⁴Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. ²⁵Ya os lo he dicho antes. ²⁶Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis. ²⁷Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. ²⁸Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas.

²⁹E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. ³⁰Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. ³¹Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

³²De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. ³³Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. ³⁴De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. ³⁵El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Marcos 13.14–31

¹⁴Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes. ¹⁵El que esté en la azotea, no descienda a la casa, ni entre para tomar algo de su casa; ¹⁶y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa. ¹⁷Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! ¹⁸Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno; ¹⁹porque aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios creó, hasta este tiempo, ni la habrá. ²⁰Y si el Señor no hubiese acortado aquellos días, nadie sería salvo; mas

por causa de los escogidos que él escogió, acertó aquellos días. ²¹Entonces si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo; o, mirad, allí está, no le creáis. ²²Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos. ²³Mas vosotros mirad; os lo he dicho todo antes.

²⁴Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, ²⁵y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. ²⁶Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. ²⁷Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

²⁸De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. ²⁹Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. ³⁰De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. ³¹El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Lucas 21.20–36

²⁰Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. ²¹Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella. ²²Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. ²³Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. ²⁴Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.

²⁵Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; ²⁶desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. ²⁷Entonces verán al Hijo del Hombre, que

vendrá en una nube con poder y gran gloria. ²⁸ Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.

²⁹ También les dijo una parábola: Mirad la higuera y todos los árboles. ³⁰ Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. ³¹ Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. ³² De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. ³³ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

³⁴ Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. ³⁵ Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. ³⁶ Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre.

La verdadera señal. Después que Jesús dio una lista de eventos no relacionados directamente con la destrucción de Jerusalén, Él identificó la señal que Sus seguidores *debían* esperar. Dijo: **Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes (Mt 24.15–16).** En el relato de Marcos se lee: **cuando veáis la abominación desoladora [...] puesta donde no debe estar (Mr 13.14a).**

A los sensacionalistas les encanta conjeturar sobre las palabras «la abominación [...] puesta donde no debe estar», pero los evangelios nos dan una interpretación inspirada. En el pasaje paralelo en Lucas, Jesús dijo: **Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado (Lc 21.20; énfasis nuestro).** Muchos que para ese tiempo vivían en Jerusalén vieron su ciudad rodeada de ejércitos romanos a finales de la década de los sesenta d. C.

Cristo recordó a Sus oyentes que «la abominación desoladora» era algo de lo cual había «[hablado] el profeta Daniel». Las palabras «abominación» y «desoladora» se encuentran varias veces, en

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

diferentes combinaciones, en el libro de Daniel (9.26–27; 11.31; 12.11). Daniel 11.31 y 12.11 se refieren probablemente a Antíoco Epífanes, el rey seléucida cuyos intentos por introducir ritos paganos en Jerusalén llevaron a la revuelta Macabea (167 a. C.), mientras que 9.26–27 hace referencia más directa a la destrucción de Jerusalén por parte de los romanos. Los versículos de Daniel 9 anunciaron que la ciudad y el templo serían destruidos porque el pueblo rechazó al Mesías. He aquí algunas porciones pertinentes: «Y [...] se quitará la vida al Mesías [esto es, será rechazado y muerto] y el pueblo de un príncipe [...] destruirá la ciudad y el santuario» (Dn 9.26). Wayne Jackson escribió:

La «muchedumbre de abominaciones [con] que vendrá el desolador» era el ejército romano, bajo su comandante Tito (el «príncipe»; 9.26b), que venció a Jerusalén en el 70 d. C. ...

Daniel se refirió a este evento como «la abominación de la desolación» (NASB), debido a que la ciudad de David fue *desolada* por el ejército romano, que era una fuerza *abominable* por su estructura idolátrica. [Hasta] los judíos reconocieron que la destrucción de la nación hebrea fue un cumplimiento de la extraordinaria profecía de Daniel. Josefo, el historiador judío, aseveró que «Daniel también escribió acerca del gobierno romano, y acerca de que [la nación de Israel] había de ser desolada por este».²¹

En el Antiguo Testamento, el término «abominación» se aplicaba por lo general a la idolatría. Los soldados romanos adoraban las insignias grabadas en sus estandartes. Josefo escribió acerca de conflictos entre los judíos y los ejércitos romanos, conflictos relacionados con esta «abominación».²²

Qué hacer cuando la verdadera señal se presente. Cuando los seguidores de Jesús vieran a «Jerusalén rodeada de ejércitos»,

²¹ Wayne Jackson, «La profecía de las setenta semanas», en «Daniel, núm. 2», *La Verdad para Hoy*, pp. 23–24. Vea Josefo *Antigüedades de los judíos* 10.11.7.

²² Josefo *Antigüedades de los judíos* 18.3.1; 18.5.3; *Guerras de los judíos* 6.6.1.

ellos podían huir hacia donde era seguro (Mt 24.16; vea Mr 13.14b; Lc 21.21a). Cristo dijo: **El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa** (Mt 24.17–18; vea Mr 13.15–16; Lc 21.21b). En otras palabras, «Si usted está en la ciudad, no se detenga para hacer maletas ni para recoger sus recuerdos favoritos. Si está fuera de la ciudad, no vuelva a casa. ¡Aléjese de Jerusalén... y hágalo de inmediato!».

Jesús añadió: **Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días!** (Mt 24.19; vea Mr 13.17; Lc 21.23a). Para las mujeres embarazadas y las madres que tuvieran hijos pequeños, sería más difícil viajar. También dijo: **Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo** (Mt 24.20; vea Mr 13.18). Las puertas de la ciudad estarían cerradas en el día de reposo, y viajar sería más difícil en invierno. Evidentemente, las oraciones que elevaron los cristianos en relación con estos asuntos fueron contestadas, porque los romanos llegaron en la primavera.

¿Qué tendrían que ver el lugar en que uno se encuentra, el estar o no una mujer encinta o amamantando, la estación o el día de la semana, qué tendrían que ver con la segunda venida? Absolutamente nada. No obstante, todos estos sí habrían de ser factores significativos cuando se presentara la necesidad de huir de Jerusalén.

Tanto Mateo como Marcos añadieron un comentario editorial inspirado: «el que lee, entienda» (Mt 24.15; Mr 13.14). La historia posterior revela que los cristianos primitivos *sí* entendieron el mensaje de Jesús y pudieron huir de Jerusalén antes que fuera destruida. Algunos pudieron haber salido cuando oyeron que el ejército romano se acercaba o cuando lo vieron aparecer. A otros se les dio esa oportunidad cuando se levantó el sitio.

Eusebio, un historiador de la iglesia que vivió cerca del 300 d. C., recoge un interesante relato. Él dice que hubo un período cuando se levantó temporalmente el sitio sobre Jerusalén. Esto se debió a que el emperador Vitelio había sido asesinado, y Vespasiano, el general a cargo de la destrucción de Jerusalén fue llamado por el Senado

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

Romano para que sucediera a Vitelio en el cargo de emperador. Cuando Vespasiano salió, su hijo Tito fue ascendido a general a cargo del sitio. Durante el traspaso de mando, hubo un levantamiento temporal del sitio. Los cristianos, confiando en las palabras de Jesús, aprovecharon esta oportunidad para huir de Jerusalén, pasando al otro lado del Río Jordán, para llegar a la ciudad de Pella. Fue de este modo que escaparon de la horrible destrucción. Según Eusebio, ni un solo cristiano fue herido durante el sitio; ninguno pereció.²³

La naturaleza del evento venidero. La sección que sigue de Mateo 24 describe la destrucción de Jerusalén. Jesús vio de antemano que sería terrible:

Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados (Mt 24.21, 22; vea Mr 13.19, 20).

De nuevo, Él dijo:

. . . estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. . . porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan (Lc 21.22–24).

Puede que las palabras suenen extremas, pero la historia revela que la realidad fue igual a la predicción.

Jerusalén estuvo bajo sitio, una y otra vez, durante tres años. El sitio comenzó cuando la ciudad estaba atestada de peregrinos

²³Neale Pryor, «La “abominación desoladora” de Daniel 9.27 y Mateo 24.15–21», en «Daniel, núm. 2», *La Verdad para Hoy*, p. 49. Vea Eusebio, *Historia eclesiástica* 3.5.

que habían venido para la Pascua, además de otros que habían huido delante del ejército romano que avanzaba. Durante el sitio, los que quedaron atrapados dentro de la ciudad recurrieron a medidas desesperadas para sobrevivir. (Vea 2 R 6.24–30 como un ejemplo de las cosas terribles que hizo la gente durante un sitio mucho más antiguo y mucho más breve.)

Por último, en el 70 d. C., Tito logró tomar Jerusalén. Cuando los romanos invadieron la ciudad, mataron judíos por decenas de miles. Josefo dijo que perecieron un millón de judíos durante el sitio y que 97.000 fueron llevados cautivos.²⁴ (La mayoría de los eruditos de hoy están convencidos de que Josefo exageró. Según Josefo, muchos fueron torturados y masacrados, siendo crucificados hasta que «no se halló espacio para las cruces, ni cruces para los cuerpos».²⁵ Miles más fueron llevados en cautiverio «de modo que no quedó un solo judío vivo en la ciudad ni en sus alrededores».²⁶

Los romanos derribaron la ciudad, incluyendo el templo, y la quemaron (vea Mt 22.7). Los incendios fundieron el oro del templo, y los soldados, literalmente, «no dejaron piedra por mover» en sus esfuerzos por recuperar el metal. Jesús había dicho que «no [quedaría] piedra sobre piedra, que no [fuera] derribada» (Mt 24.2). «Es significativo que de ese templo solamente una piedra y partes de otra, han sido identificadas positivamente por los arqueólogos».²⁷ La destrucción de Jerusalén fue tan completa que quienes más adelante visitaron el sitio apenas podían creer que alguna vez estuvo habitada. Sólo quedan algunos muros de la Jerusalén de los tiempos de Cristo, incluyendo el afamado «muro de los lamentos». El lugar donde se erigía el templo judío está ocupado ahora por una mezquita conocida como «El Domo de la Roca».

Jesús anticipó que, en medio de la tragedia, se levantarían

²⁴Josefo *Las guerras de los judíos* 6.9.3.

²⁵Ibíd., 5.11.1.

²⁶J. Norval Geldenhuys, "Luke," *The Biblical Expositor* («Lucas», *El expositor bíblico*), ed. Carl. F. H. Henry (Philadelphia: Holman, 1960), 3:141.

²⁷Jackson, 23-24. Wayne Jackson dio una referencia para este detalle: Harry Thomas Frank, *An Archaeological Companion to the Bible (Acompañante arqueológico de la Biblia)* (London: SCM Press, 1972), 249.

falsos Cristos, que crearían falsas esperanzas (Mt 24.23–25; Mr 13.21–23). Mateo 24.24 es digno de notar: Jesús dijo que los falsos Cristos harían **grandes señales y prodigios, de tal manera que [engañarían] si fuere posible, aun a los escogidos** [esto es, los cristianos]. La habilidad de alguien para parecer que «hace milagros» jamás ha sido por sí sola una señal de ser aprobado por Dios.

La gente daría comienzo a rumores, diciendo: «Helo aquí» o «Helo allá». Cristo dijo: **no lo creáis** (Mt 24.26). Cuando Jesús por fin regrese, nadie tendrá que anunciarlo, ¡porque todo el mundo lo sabrá! **Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre** (Mt 24.27; vea Ap 1.7). Mateo 24.27 podría estar refiriendo al momento en que Cristo llegaría en juicio sobre Jerusalén; pero en el contexto, parece estar refiriendo a Su venida en persona, esto es, la segunda venida. Jesús parece estar contrastando el impreciso «aquí» o «allí» con el hecho de que, cuando ocurra, la segunda venida será visible para todos.

Cualquier esperanza que dieran los falsos Cristos sería falsa, porque el destino de Jerusalén estaba decidido. A la nación judía se le daría toda oportunidad de volverse a Dios, pues el evangelio se predicaría primero a los judíos (Ro 1.16); pero las propuestas de misericordia de Dios serían rechazadas. La destrucción de Jerusalén sería prueba de que la relación de la nación con Dios había terminado. Previendo lo que sucedería, el Gran Médico declaró muerto al paciente, diciendo: **Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas** (Mt 24.28).

Eventos extraordinarios que seguirían de inmediato. Esto nos lleva a una de las secciones más difíciles de un capítulo difícil:

E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con

poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro (Mt 24.29–31; vea Mr 13.24–27; Lc 21.25–28).

La terminología *suen*a como la segunda venida. Si fue que Jesús saltó de un tema a otro en Su discurso (como muchos piensan), tal vez *era* a ese evento que se estaba refiriendo. No obstante, si la frase «todo esto» de Mateo 24.34 incluye los versículos 29 al 31 (que sería la suposición lógica), Cristo debió de haber estado pensando en otro evento.

Al considerar otras posibilidades, debemos tener presente que los oyentes judíos de Jesús estaban familiarizados con el lenguaje apocalíptico. Todos los términos que se usan en Mateo 24.29–31 (y en los pasajes relacionados) se usan en otros pasajes para hacer referencia a una diversidad de eventos catastróficos.

Por ejemplo, el simbolismo del sol, la luna y las estrellas se usa para hacer referencia a la caída de reyes y de reinos: 1) Esta clase de terminología se usó para hacer referencia a la caída de Babilonia (Is 13.1, 9–11). 2) Se usó para anunciar la caída de Edom (Is 34.4–5). 3) Se usó en relación con el derrocamiento de Faraón (esto es, Egipto) (Ez 32.2, 7–8). 4) Tal terminología se usó también en Joel 2.28–32, pasaje que se cita en Hechos 2.16–21, en relación con el comienzo del Nuevo Pacto.

Como ya se dijo, la expresión «la venida del Señor» (o expresiones similares) puede referirse de un modo general al cumplimiento de los propósitos del Señor en medio de los hombres: 1) Dios «vino» a destruir a Egipto (Is 19.1). 2) Jesús prometió que Él «vendría» a establecer Su reino, esto es, Su iglesia (lo cual ocurrió el primer día de Pentecostés posterior a Su muerte, sepultura y resurrección, Hch 2). (Compare Mt 16.28 con Mr 9.1).

Al interpretar Mateo 24.29–31, necesitamos tomar en cuenta por lo menos tres hechos: 1) Jesús dijo que el evento o los eventos de los versículos 29 al 31 ocurrirían «*inmediatamente* después de la tribulación» causada por la destrucción de Jerusalén (vers.º 29). 2) El versículo 34 indica que el evento o los eventos tuvieron lugar durante el curso de vida de la generación que en ese

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

momento vivía. 3) La terminología de los versículos 29 al 31 puede referirse a eventos no relacionados con la segunda venida. Tomando en cuenta todo lo anterior, podemos ahora considerar una interpretación razonable del significado de Mateo 24.29–31.

Versículo 29: «E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas.» Cuando Jerusalén y el templo fueron destruidos, esto constituyó un evento que marcó la caída de la nación judía.

Versículo 30a: «Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo.» La «señal del Hijo del Hombre» fue la destrucción del templo. Se dijo que era señal «en el cielo» porque era una señal dada por Dios que todos podían ver. La destrucción de Jerusalén fue una de las más extraordinarias predicciones del Señor, una predicción que Sus oyentes verían cumplida. La destrucción total del templo demostró que la profecía de Jesús se cumplió y que se podía confiar en Él. Era una «señal» de que Él es el Mesías y de que, por lo tanto, se debía creer en Él y se le debía obedecer.

Versículo 30b: «Y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra.» Cuando Jerusalén fuera destruida, las tribus de la tierra harían lamentación.

Versículo 30c: «Y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.» En ese momento, todo estaría preparado para que «viniera» el Hijo del Hombre, esto es, para que siguiera con su plan para la salvación del mundo. Por esta razón Jesús dijo: «... cuando estas cosas comiencen a suceder [...] vuestra redención [estará] cerca» (Lc 21.28).

Versículo 31: «Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.» Si nuestra interpretación ha sido correcta hasta ahora, el versículo 31 es un anuncio simbólico del cumplimiento de la gran comisión, al llevarse el evangelio a toda la tierra. La palabra griega que se traduce por «ángeles» (*ἄγγελος*, *angelos*) significa «mensajeros», sean humanos o angélicos. Los mensajeros de Dios (los evangelistas) irían por

todo el mundo, juntando a los «escogidos» (los que fueran receptivos al evangelio).

La primera vez que usted considere este enfoque, puede ser que le parezca o no; sin embargo, antes de desecharlo, tome en cuenta dos asuntos: 1) la interpretación evita algunos de los escollos de los enfoques que escogen arbitrariamente los versículos, y 2) la interpretación es consecuente tanto con el uso de simbolismo apocalíptico de otros pasajes de las Escrituras como con las claras enseñanzas que, sobre los temas en consideración, se encuentran por todo el Nuevo Testamento.

«[No] *pasará esta generación ...*» Cuando Jesús le puso punto final a Sus enseñanzas sobre la destrucción de Jerusalén, **les dijo una parábola** (Lc 21.29a), y esa fue la parábola de la higuera. Por eso dijo: **De la higuera aprended la parábola** (Mt 24.32–33; Mr 13.28–29; Lc 21.29–31). La expresión «estas cosas» de Mateo 24.33 y de Marcos 13.30 se refiere a todo lo que Jesús había dicho, con especial énfasis en «la abominación desoladora» (Mt 24.15; Mr 13.14), esto es, «Jerusalén rodeada de ejércitos» (Lc 21.20). Así como podían saber que el verano estaba cerca al mirar las hojas de la higuera, ellos podían saber que la destrucción de Jerusalén estaba cerca cuando vieran al ejército romano acercándose.

En los evangelios de Mateo y de Marcos se lee: **conoced que [Él] está cerca** (Mt 24.33; Mr 13.29; énfasis nuestro), esto es, «reconozcan que el Señor “viene” en juicio sobre Jerusalén». En el evangelio de Lucas se lee: «sabed que está cerca *el reino de Dios*» (Lc 21.31; énfasis nuestro). Los dos usos más comunes que se le dan a la palabra «reino» en el Nuevo Testamento son los que se refieren a la iglesia y al cielo. En el momento de la destrucción de Jerusalén, la iglesia tenía casi cuarenta años de existir, por lo tanto, no es a la iglesia que esa frase se refiere. Por otro lado, si uno interpreta la palabra como «cielo» (esto es, como el fin de este mundo), se presenta el problema del siguiente versículo, en el cual se asevera que **no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca** (Lc 21.32). Muchos tratan de «resolver» el dilema haciendo que «generación» signifique algo diferente de lo que normalmente significa. Tal vez la mejor solución sea darle a la palabra «reino» su significado básico: «el gobierno de Dios en el corazón de los hombres». El versículo podría entonces relacionarse

con la propagación del evangelio y la forma como este convertía a la gente en ciudadanos del reino de Dios (Col 1.13).

Lo anterior nos lleva a este pasaje clave: **De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca** (Mt 24.34; vea Mr 13.30; Lc 21.32). La expresión «esto» significa lo mismo que la expresión «estas cosas» del versículo anterior (Mt 24.33). Significa todo lo que Jesús había estado expresando, con especial énfasis en el ejército romano que rodea la ciudad de Jerusalén y luego la destruye.

La manera natural de interpretar el versículo 34 es que Cristo dijo que cada cosa que Él predijo desde el versículo 4 al versículo 33 sería cumplida dentro de la vida de algunos de los que entonces estaban vivos. La destrucción de Jerusalén ocurrió menos de cuarenta años después, durante la vida de algunos de los que estaban presentes cuando Jesús habló estas palabras. La palabra griega traducida por «generación» (γενεά, *genea*) normalmente se refiere a aquellos que están vivos durante un período de tiempo específico. Poco antes de que Jesús hizo esta declaración en el versículo 34, Él usó la misma palabra para predecir las cosas terribles que ocurrirían a Sus oyentes (Mt 23.36; compare con 24.34).²⁸

Los que intentan hacer que todo o parte de Mateo 24.24-33 se refiera a la Segunda Venida tienen problemas con el versículo 34. Muchos de ellos insisten que «generación» en ese pasaje debe de referirse a «raza», esto es, la raza de los judíos. R. T. France comentó, «Es poco probable que hubiera sugerido un significado tan inverosímil para el sustantivo en absoluto» si el pasaje no hubiera sido una vergüenza para los intérpretes.²⁹ Jack P. Lewis escribió,

²⁸La expresión «generación» se usa trece veces en Mateo (1.17; 11.16; 12.39, 41-42, 45; 16.4; 17.17; 23.36; 24.34); en cada una de ellas se usa en el sentido del curso de vida de una persona. Cuando Mateo usó la palabra «esta» en combinación con la palabra «generación», él se refería a la gente contemporánea del orador que les dirigía la palabra (vea 11.16; 12.41-42). Vea F. Furman Kearley, "An Exegesis of Matthew 24" («Una exégesis de Mateo 24»), *Abilene Christian University Lectures* (1980): 130.

²⁹R. T. France, *The Gospel According to Matthew (El evangelio de acuerdo a Mateo)*, Tyndale New Testament Commentaries, ed. Leon Morris (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1985), 332-33.

El significado de «generación» (*genea*) es crucial para la interpretación de todo el capítulo. Mientras que Scofield, siguiendo a Jerónimo, contendió que se refería a la raza judía, sólo hay un caso posible en el Nuevo Testamento (Lc 16.8) donde el léxico sugiere que *genea* se refiere a raza. Hay una distinción entre *genos* (raza) y *genea* (generación). Otros han argumentado que *genea* se refiere a la generación final; esto es, una vez que las señales hayan empezado, todos estos eventos ocurrirían en una generación (Mt 23.36). Pero en todas las demás instancias en Mateo *genea* significa gente viva en algún momento y usualmente en el tiempo de Jesús (1.17; 11.16; 12.39, 41, 45; 23.36; Mr 8.38; Lc 11.50f; 17.25), y sin duda significa lo mismo aquí.³⁰

El mejor enfoque es ver el versículo 34 en el sentido de que los acontecimientos de los versículos anteriores iban a pasar a la generación que vivía cuando Cristo habló estas palabras. (La posible excepción a esto es el versículo 27, donde Jesús parecía estar refiriéndose a Su segunda venida.) Jerusalén fue destruida en el año 70 d. C., menos de cuarenta años después que Jesús habló estas palabras; *fue* durante la vida de aquellos a quienes Cristo estaba hablando.

¿Fue segura la predicción de Jesús acerca de la destrucción de Jerusalén? Él dijo, **El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán** (Mt 24.35; vea Mr 13.31; Lc 21.33). Como hemos visto, las palabras de Cristo son cumplidas exactamente como Él las predijo.

Enseñanza sobre la segunda venida (Mt 24.36–25.46; Mr 13.32–37)

En Mateo 24.36, Jesús comenzó a enfocar un tema *diferente*. Hay varios indicios de que así fue: 1) Introdujo el nuevo tema con la conjunción adversativa «pero»: «*Pero* del día y la hora...»

³⁰Jack P. Lewis, *The Gospel According to Matthew Part 2 (El evangelio según Mateo, segunda parte)*, The Living Word Commentary Series, ed. Everett Ferguson (Abilene, Tex.: ACU Press, 1976), 129–30.

(Mt 24.36; énfasis nuestro; vea Mr 13.32). 2) Hay un contraste entre el plural «aquellos días» (Mt 24.22, 29; vea Mr 13.20, 24) y el singular «del día» (Mt 24.36; énfasis nuestro; vea Mr 13.32). 3) Hay muchos contrastes entre lo considerado antes de Mateo 24.36 y lo considerado después de este versículo. Por ejemplo, en la primera parte del capítulo, les dio una «señal» por la cual podían saber que Jerusalén estaba a punto de ser destruida. (La «señal» era que el ejército romano rodearía la ciudad [Lc 21.20].) Después, no obstante, comenzó un análisis de un evento para el cual no habría advertencia. Ese evento era la segunda venida. En otras palabras, en Mateo 24.36, el Señor estaba por fin preparado para responder el segundo grupo de preguntas que se encuentran en Mateo 24.3: «¿... qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?».

(1) Enseñanza generales: la segunda venida no será anunciada (Mt 24.36–41; Mr 13.32)

Mateo 24.36–41

³⁶Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. ³⁷Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. ³⁸Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, ³⁹y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre. ⁴⁰Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado. ⁴¹Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada.

Marcos 13.32

³²Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.

Los discípulos habían hecho una pregunta relacionada con «la señal» de Su venida y del fin del siglo, pero Jesús aseveró que *no* habría señal para Su segunda venida: **Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre** (Mt 24.36; vea Mr 13.32).

... Cristo [...] asevera categóricamente que Él no sabía cuándo vendría. Si no sabía, ¿cómo podía dar señal alguna? En forma de parábola, esto es lo que Jesús está diciendo a sus discípulos: «Sí, hay algunas señales que apuntan a la destrucción de Jerusalén y el templo [...] En cuanto a señales relacionadas con mi segunda venida, todo lo que sé es que vendré sobre las nubes, con poder y gran gloria [...] No puedo darles señales concretas porque no conozco ninguna».³¹

En vista de que no hay advertencia anticipada de la segunda venida de Jesús, Su regreso sorprenderá a la mayoría de los hombres sin estar preparados, del mismo modo que el diluvio los sorprendió en los días de Noé: ... **como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca** (Mt 24.38; vea 37–39). Noé le dijo a la gente que el diluvio venía, pero no le creyeron. Por esta razón, estaban viviendo su vida como de costumbre. Hoy, aunque la Biblia enseña que el Señor volverá, la mayoría de los hombres hacen caso omiso de las advertencias de la Palabra. Por lo tanto, van a ser sorprendidos sin estar preparados.

Cuando el Señor dijo que estaban comiendo, bebiendo y casándose, ¿quiso dar a entender que es malo que nosotros llevemos a cabo actividades acostumbradas de la vida? La respuesta es no. Es correcto y apropiado hacer estas cosas *siempre y cuando estemos preparados en el corazón y en la vida para Su regreso*. Jesús hizo una ilustración de dos hombres que trabajan en el campo en el momento del regreso. Dijo: ... **el uno será tomado, y el otro será dejado** (Mt 24.40). La expresión «tomado» significa «recibido arriba para estar con Dios en el cielo» (compare con Hch 1.2, 11), mientras que «dejado» se refiere a estar separado de Dios en el infierno por toda la eternidad (2 Ts 1.7–9). Los dos hombres de la ilustración estaban ocupados en una de las actividades más comunes del día; pero uno estaba preparado para el regreso del Señor, mientras que el otro no. Cristo usó

³¹Kearley, 131–32.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

entonces una ilustración parecida, esta fue sobre mujeres que estaban ocupadas en una de las actividades propias de las mujeres de aquellos tiempos (Mt 24.41).

(2) Enseñanzas generales: la necesidad de mantenerse preparados (Mt 24.42–51; Mr 13.33–37)

Mateo 24.42–51

⁴²Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. ⁴³Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa. ⁴⁴Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis.

⁴⁵¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? ⁴⁶Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. ⁴⁷De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. ⁴⁸Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; ⁴⁹y comencare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, ⁵⁰vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, ⁵¹y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes.

Marcos 13.33–37

³³Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo. ³⁴Es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. ³⁵Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anoecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; ³⁶para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. ³⁷Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad.

En Mateo 24.42–51, llegamos por fin a la razón primordial por la que Dios preservó este análisis para nosotros: Usted y yo *necesitamos* este mensaje. En vista de que no sabemos cuándo volverá Jesús, necesitamos estar siempre *preparados*: **Velad, pues,**

porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor (Mt 24.42; vea Mr. 13.33). Su venida será como ladrón en la noche, y un ladrón llega cuando menos se espera (Mt 24.43–44; vea 1 Ts 5.2; 2 P 3.10). Los que tratan de fijar el tiempo del regreso del Señor necesitan tomar con seriedad Mateo 24.44. Ellos *piensan* que pueden mirar «las señales de los tiempos» y predecir que Su venida está cerca, ¡pero Él dijo que «vendrá a la hora que no [*piensan*]»! (Énfasis nuestro.) Cuando Stafford North habla sobre la segunda venida, él recalca que será como «ladrón en la noche». Pone a los oyentes a repetir estas palabras en voz alta varias veces.

Su venida será como el inesperado regreso de un señor que descubre que uno de sus siervos ha sido infiel (Mt 24.45–51; vea Mr 13.34). Esta es la que por lo general se conoce como «la parábola del siervo fiel y del siervo malo». El mensaje de Jesús para todo siervo de Dios es este:

Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad (Mr. 13.35–37).

(3) Parábolas y enseñanzas relacionadas:
las diez vírgenes (Mt 25.1–13)

El énfasis de estar preparado continúa a lo largo del capítulo 25 de Mateo.

¹Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. ²Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. ³Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; ⁴mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. ⁵Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. ⁶Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! ⁷Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. ⁸Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque

nuestras lámparas se apagan. ⁹Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. ¹⁰Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. ¹¹Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! ¹²Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. ¹³Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.

Mateo 25 comienza con la parábola de las diez vírgenes. Es probable que la palabra **vírgenes** de esta parábola se refiere a siervas jóvenes y solteras. En la RSV se lee «doncellas». En la NRSV se lee «damas de honor». En aquellos tiempos, ser joven judía y soltera era básicamente sinónimo de ser virgen. Las doncellas esperaban al esposo (Mt 25.1). Puede ser que las vírgenes esperaron en casa de la novia la llegada del esposo, pero es más probable que hubieran esperado en casa del esposo la llegada de este con la novia. Cuando este llegara, iba a haber una celebración, un banquete de bodas. Como parte del comité de bienvenida, las mujeres habían de sostener lámparas para alumbrar el sendero del esposo. Estas pueden haber sido las pequeñas vasijas de arcilla con mechas que eran de uso común en aquellos tiempos (vea Mt 5.15).

El esposo no regresó cuando se esperaba. Como resultado de ello, se empezó a agotar el aceite de las lámparas. Cinco de las vírgenes, que habían sido llamadas **prudentes**, habían traído aceite adicional (Mt 25.4). Las otras cinco, llamadas **insensatas**, no tenían suministro de reserva, así que fueron a comprar más aceite (Mt 25.3, 10). Mientras estuvieron ausentes, el esposo llegó y todos los presentes entraron en la casa para el banquete. Cuando las vírgenes insensatas volvieron, encontraron la puerta cerrada y con reja. Debido a que no estaban preparadas, se perdieron las fiestas. La palabra «conocer» en Mateo 25.12 se usa (como se usa a menudo en la Biblia) en el sentido de «conocimiento favorable». El señor sabía *quienes* eran, pero no reconoció el derecho de ellas de ser parte de la celebración (compare con Mt 7.23).

Puede que nos preguntemos por qué las cinco doncellas

«sabias» no compartieron su aceite con las demás. La respuesta se encuentra en la aplicación de la parábola: Cuando Cristo, el esposo (vea Mt 9.15; Jn 3.29), regrese, no habrá preparación compartida. Yo no puedo prepararme por usted, y usted no puede prepararse por mí. «De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Ro 14.12).

Jesús concluyó la parábola con este desafío: **Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir** (Mt 25.13).

(4) Parábolas y enseñanzas relacionadas: los talentos
(Mt 25.14–30)

¹⁴Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. ¹⁵A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. ¹⁶Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. ¹⁷Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos. ¹⁸Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. ¹⁹Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. ²⁰Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. ²¹Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. ²²Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. ²³Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. ²⁴Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; ²⁵por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. ²⁶Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. ²⁷Por tanto,

debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. ²⁸Quítadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. ²⁹Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. ³⁰Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes.

La parábola de las diez vírgenes fue seguida de la parábola de los talentos (Mt 25.14–30). La parábola de las vírgenes presenta a personas que *esperan* el regreso de Cristo, mientras que la parábola de los talentos deja claro que debemos *trabajar* mientras esperamos.

La parábola de los talentos es parecida a la de las minas, que fue referida cerca del final del viaje a Jerusalén (Lc 19.11–27), pero el énfasis es diferente. La parábola de las minas les recordó a los oyentes de Jesús que el establecimiento del reino no sería de inmediato, mientras que las parábolas de los talentos recalca la necesidad de ser un siervo fiel del Señor.

En la parábola de los **talentos**, un señor encargó sus posesiones a tres siervos: le dio a un siervo cinco talentos, a un segundo siervo dos talentos y a un tercer siervo un talento. Usamos la palabra «talento» para dar a entender «habilidad», pero en aquellos tiempos era una unidad monetaria —una cierta cantidad de metales preciosos, pesados en monedas acuñadas o en barras (lingotes). No estamos seguros del valor exacto de los talentos dados a los siervos. «El peso del talento grecorromano [...] oscilaba entre los 26.4 kg (58 lbs.) y los 37.8 kg (83 lbs.) en diferentes periodos». ³² También, el valor variaba según fuera un talento de oro o de plata. El valor que más comúnmente se la asigna al talento de Mateo 25 es seis mil denarios. ³³ Suponiendo que esta evaluación era correcta, y teniendo presente que un

³²E. M. Cook, “Weights and Measures” («Pesos y medidas»), *International Standard Bible Encyclopedia (Enciclopedia bíblica estándar internacional)*, rev., ed. James Orr (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1988), 4.1055.

³³D. A. Carson, “Matthew” («Mateo»), *The Expositor’s Bible Commentary (El comentario bíblico del expositor)*, vol. 8, ed. Frank E. Gaebelein (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1984), 516; Lewis, 135.

denario era lo que un obrero corriente ganaba en un día (Mt 20.2), un talento equivalía a lo que un obrero no especializado ganar en veinte años. El hombre que recibió cinco talentos y el que recibió dos talentos, usaron el dinero de su señor para hacer más dinero. El hombre que recibió un talento, temeroso de perder lo que se le había encargado, escondió su talento en la tierra. Cuando volvió el señor de ellos, los dos primeros siervos fueron galardonados, mientras que el tercero fue castigado.

Nuevamente, el mensaje es la necesidad de mantenerse preparados, con esta idea adicional: la única manera de estar preparado para el regreso de Cristo consiste en estar ocupado en Su causa. Debemos usar los dones que nos ha dado para glorificarlo.

**APLICACIÓN:
ARRIESGARLO TODO POR EL SEÑOR³⁴
(MT 25.14–30)**

Muchas de las enseñanzas que dio Jesús fueron sorprendentes, incluso asombrosas, para aquellos que lo oyeron primero. Esto es lo que habría sucedido con la parábola de los talentos.

Jesús refirió esa parábola con el fin de enseñarles a Sus discípulos que ellos debían mantenerse *ocupados* mientras esperaban su regreso. Se consignó por la guía del Espíritu porque, así como se les recordó a los apóstoles, a todos los seguidores del Señor también se les debe recordar. Mateo escribió su evangelio unos treinta años después de que la iglesia fue establecida. Todavía estaban sucediendo emocionantes eventos, pero ya había pasado suficiente tiempo para producir cristianos de segunda generación. Es probable que algunas congregaciones hubieran perdido su celo inicial y se hubieran conformado con existir cómodamente de una semana a la otra (vea Ap 3.15). La parábola de los talentos se refirió con el propósito de despertar a los cristianos del siglo primero. Es un mensaje necesario para los cristianos del siglo veintiuno.

¿Cómo nos sentimos acerca de tomar riesgos? La mayoría de

³⁴La idea de este estudio proviene de Rusty Peterman, Un sermón predicado en la Brown Trail church of Christ, Fort Worth, Texas, 4 January 1987.

nosotros preferimos eliminar los riesgos de nuestra vida diaria. Nos gusta, en la medida de lo posible, tener una existencia libre de riesgos. Debido a esto, puede que no nos parezca atractiva la idea de tomar riesgos por el Señor. No obstante, esta parábola enseña que eso es exactamente lo que debemos hacer para agradar a nuestro Maestro.

La responsabilidad y el riesgo (Mt 25.14–15)

La parábola comienza con un señor que les dio a sus siervos responsabilidades que llevaban aparejadas importantes riesgos. Jesús dijo que el reino de los cielos es «como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos...» (Mt 25.14a). La palabra utilizada es una forma plural del Griego que se traduce como «siervos» (δοῦλος, *doulos*). Estos eran «sus esclavos». Le pertenecían, él era el dueño de ellos.

Para recibir el máximo impacto de esta parábola, necesitamos vernos a nosotros mismos como esclavos de Dios. Pablo escribió: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1 Co 6.19–20). Somos comprados por Su sangre (Hch 20.28), redimidos («vuelto a comprar») por esa sangre (1 P 1.18–19). «Cuando uno emerge de la sepultura líquida del bautismo, entra en una comunión cuyas puertas tienen inscritas claramente esta leyenda: “No sois vuestros. *Habéis sido comprados por precio*”». ³⁵

La responsabilidad

Cuando el hombre se preparaba para salir del país, llamó a sus esclavos «y les entregó sus bienes» (Mt 25.14b). Esto no era raro. En el Imperio Romano, el grueso de los trabajos eran hechos por esclavos. A estos se les daban a menudo posiciones de responsabilidad.

³⁵ Avon Malone, “The Characteristics of a Good Steward” («Las características de un buen mayordomo»), *The Preacher’s Periodical* (La revista del predicador) (Julio 1983): 11–13.

«A uno [de los esclavos, el hombre] dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno» (Mt 25.15a). La palabra «talentos» es transliteración de la palabra griega que se encuentra en Mateo 25.15: *τάλαντα* (*talanta*).

Al primer esclavo se le dio lo que un obrero corriente podía ganar en *cien* años. Al segundo se le dio lo que tal trabajador podía ganar en *cuarenta* años. El tercero recibió lo que un obrero podía ganar en *veinte* años. Al no tratar de dar un valor específico a estos talentos, baste con decir que representaban más dinero del que la mayoría de nosotros alguna vez verá una sola vez.

El señor dio «a cada uno conforme a su capacidad» (Mt 25.15b). A ninguno se le dio más de lo que podía manejar, y a ninguno se le dio menos de lo que podía administrar. «Haberlos hecho a todos receptores iguales habría sido una flagrante injusticia. Cinco talentos habrían sido una carga intolerable para el hombre con capacidad para un talento, y el hombre que recibió cinco talentos no habría sido desafiado por un presente de solamente uno».³⁶

Todos recibieron *algo*. De hecho, todos recibieron una gran cantidad. Aun un talento era muy valioso. Del mismo modo, el hombre con capacidad para «un talento» de hoy debe entender que su único «talento» es importante. Puede que sea el único con ese don. Si no lo usa, alguna obra necesaria se quedará sin hacer o tendrá que ser hecha por alguien que no tenga la misma capacidad para hacerla. Neil R. Lightfoot observó que «ninguno salió de la recámara del señor con los bolsillos vacíos».³⁷ Todos tenemos habilidades, tiempo, oportunidades, y es probable que incluso tengamos algunas posesiones. Hemos sido bendecidos por Dios, hemos sido bendecidos abundantemente. Efesios 4.8 y Romanos 12.6–8 hablan de algunos dones espirituales impartidos por Dios.

Como receptor de los dones de Dios, usted podría entender que tales dones incluyen un desafío. Esto es lo que, en efecto,

³⁶James Burton Coffman, *Commentary on the Gospel of Matthew (Comentario del evangelio de Mateo)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1968), 401.

³⁷Neil R. Lightfoot, *The Parables of Jesus (Las parábolas de Jesús)*, Part 2 (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1965), 78.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

nos dice Dios: «En vista de que ustedes Me pertenecen, deben usar estos en *Mi* servicio. Se los estoy entregando por un corto tiempo. Mientras tanto, deben usarlos para beneficio de *Mi* causa». Cuando el Señor imparte un don, este viene con una responsabilidad agregada.

El riesgo

No obstante, cuando el señor de la parábola entregó sus bienes a sus esclavos, esos bienes representaban más que una pesada responsabilidad. También representaban un serio *riesgo*. Según los escritos rabínicos, si un señor entregaba bienes a un esclavo y se iba, con el tiempo el esclavo tendría que rendir cuentas del uso dado a ellos. Cuando el señor regresaba, si el esclavo tenía menos, tenía que pagar la diferencia. Si no podía hacer esto, era echado en la cárcel. Si se demostraba que el esclavo había abusado de su mayordomía, podía incluso ser muerto.

Usar lo que Dios nos da —habilidades, tiempo, posesiones, oportunidades— conlleva riesgos. Está el riesgo de cometer un error, el riesgo de ser criticado, incluso el riesgo de fracasar.

La respuesta y la rebeldía (Mt 25.15–19)

La respuesta

Después que el señor «se fue lejos» (Mt 25.15c), «el que había recibido cinco talentos fue [de inmediato] y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos» (Mt 25.16). No desperdició tiempo; tan pronto como su señor salió, usó lo que se le había dado. No sé cómo usó exactamente los talentos. Puede ser que comprara un negocio. Puede ser que comprara y vendiera en el mercado financiero. Cual haya sido su negocio, lo cierto es que ganó cinco talentos más. Por lo tanto, el hombre que recibió cinco talentos cumplió su responsabilidad. «Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos» (Mt 25.17).

La rebeldía

Esto nos lleva al hombre que recibió un talento: «Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor» (Mt 25.18). Tan pronto se perdió de vista el señor,

es probable que el hombre corriera a su huerto, cavara un profundo hoyo, dejara caer el dinero y luego lo cubriera. No era raro que se acostumbrara hacer esto.³⁸ En aquellos tiempos no existían bancos como los que tenemos hoy; la gente a menudo escondía su dinero para mantenerlo seguro.

En los ojos de algunos, este hombre que había recibido un talento era considerado sabio y prudente. Los rabinos también tenían sus parábolas, y una de estas relataba lo siguiente:

Un hombre rico estaba saliendo para hacer un largo viaje. Llamó a dos de sus siervos y dijo: «Voy a dejar mis riquezas en sus manos». Las repartió entre los dos siervos y se fue. Mientras estuvo ausente, uno de los siervos invirtió lo que había recibido y lo perdió todo. Pero el otro siervo tomó lo que había recibido y lo escondió hasta que el señor volvió. De este modo él pudo devolver a su señor todo lo que se le había dado. El señor lo alabó y lo puso a cargo de su casa. Pero el siervo que perdió el dinero de su señor fue sentenciado a muerte.³⁹

Las enseñanzas de Jesús habrían sido sorprendentes, incluso escandalosas, para algunos de sus oyentes. Su parábola enseña prácticamente lo contrario de la parábola de los rabinos. El Señor le quitó la etiqueta de «héroe» al siervo que escondió el dinero y le dio el calificativo de «villano».

El señor estuvo ausente «mucho tiempo» (Mt 25.19). ¿Qué supone usted que hizo durante todo ese tiempo el hombre que recibió un talento? Ciertamente no estuvo comerciando con el dinero que se le había entregado; este estuvo ocioso en un hoyo en la tierra. No sé qué hizo con su tiempo, pero una cosa sé, y esta es que *no* estuvo sirviendo a su señor.

Tengamos claro qué fue lo que hizo mal el hombre que recibió un talento: No despilfarró el dinero como lo despilfarró el

³⁸Lewis, 135.

³⁹Peterman; Adaptado de Robert H. Mounce, *New International Biblical Commentary: Matthew (Nuevo comentario bíblico internacional: Mateo)* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1991), 234.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

mayordomo infiel (Lc 16.1). No lo malgastó en una vida impía como lo malgastó el hijo pródigo (Lc 15.13). No acabó en deuda por un monto de diez mil talentos como acabó el siervo injusto (Mt 18.24). Lo único malo que hizo fue que *no atinó a usar* lo que tenía.

Las recompensas y las razones (Mt 25.19–25)

Las recompensas

«Después de mucho tiempo», vino el señor a casa a arreglar cuentas con sus esclavos (Mt 25.19). Usted y yo somos mayordomos de Dios, y algún día nuestro Señor volverá (Hch 1.11; 17.31; 1 Ts 4.16). Luego nosotros, también, tendremos que rendir cuentas de nuestra mayordomía (Ro 14.12; 2 Co 5.10. vea 1 Co 4.2).

El primero en ser auditado fue el hombre que recibió cinco talentos. Es probable que estuviera ansioso por dar su informe. Me imagino la sonrisa que se dibujó en su rostro, cuando dijo: «Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos» (Mt 25.20). No hay duda de que el señor también sonrió cuando respondió, diciendo: «Bien, buen siervo y fiel» (Mt 25.21a).

Note cómo se refirió el señor al esclavo. No dijo: «Bien hecho, astuto y exitoso esclavo», sino que lo elogió como «buen siervo y fiel». No todos podemos ser astutos; muchos de nosotros jamás seremos exitosos (del modo que el mundo estima el éxito); pero todos podemos ser «buenos» y «fieles». Todos podemos tomar lo que el Señor nos da y hacer todo lo que podemos con ello. Eso es todo lo que Él pide.

Tenga presente que se trataba de un *señor* hablando a un *esclavo*. El esclavo era propiedad suya; este no le debía nada a aquel, ni siquiera «las gracias». Jesús había dicho que cuando un esclavo obedecía los mandamientos de su señor, él debía decir: «Siervo inútil soy, pues lo que debía hacer, hice» (vea Lc 17.10). La generosa respuesta del señor de la parábola nos dice algo acerca del carácter del hombre. Era justo y considerado para con los demás; aparentemente, buscaba oportunidades para elogiar y recompensar.

Esto fue lo primero que le dijo al hombre que había recibido cinco talentos: «... sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré» (Mt 25.21b). En la KJV se lee «gobernarás sobre», que puede ser un poco fuerte. En el texto original se lee: «te pondré sobre». En la NEB se lee: «Has probado que eres digno de confianza en una cosa pequeña; ahora te pondré a cargo de algo grande». Entonces le dijo al hombre que había recibido cinco talentos: «... entra en el gozo de tu señor» (Mt. 25.21c). Esto puede referirse a que se le permitiría participar en la celebración de la venida del señor. Podría ser una invitación a comer a la mesa del señor. Tal honor pudo haber abarcado incluso que se le pusiera en libertad.⁴⁰

Luego estaba el hombre que había recibido dos talentos. Este, también, estaba feliz de dar su informe, diciendo: «Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos» (Mt 25.22). Podríamos esperar que la recompensa dada a este fuera diferente de la que se le dio al esclavo que ganó tres talentos más que él, pero recibió el mismo elogio y la misma recompensa. La Biblia no tiene muchos versículos duplicados, pero los versículos 21 y 23 dicen exactamente lo mismo. Al igual que el hombre que recibió cinco talentos, el que recibió dos hizo todo lo que estuvo a su alcance, y esto era todo lo que el señor pedía. También se le dijo: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (Mt 25.23).

Quienquiera que esté dispuesto a tomar riesgos por el Señor es un ganador. Que usted «tenga éxito» o que «fracase» es relativamente poco importante. Lo importante es que usted haga todo lo que esté a su alcance. Entonces Dios le dirá a usted también: «Bien, buen siervo fiel».

Las razones

El hombre que recibió un talento presentó su informe de último. Es probable que hubiera estado quedándose atrás,

⁴⁰Lightfoot, 80; Richard C. Trench, *Notes on the Parables of Our Lord (Notas sobre las parábolas de nuestro Señor)* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1953), 279.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

horrorizado por el momento. Al final, sin embargo, «llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste» (Mt 25.24). La crítica que se le lanza al carácter del señor se basaba en los métodos de siembra y de siega de aquellos tiempos. No había cercas que separaran un campo de otro; los campos estaban juntos el uno al otro. La semilla se sembraba (se esparcía) a mano. El esclavo describió al señor como un “tacaño”⁴¹ que se justificaba, diciendo: «Puede que una parte de mi semilla haya caído sobre el campo del vecino, así que me adentraré a segar unos metros dentro de su terreno para estar seguro de que recojo todo lo que es mío».

El esclavo acusó a su señor de ser codicioso, agarrado, injusto e incluso poco honrado. ¿Era esta una evaluación justa? Contraste las palabras que dijo el hombre que había recibido un talento con lo que vimos anteriormente acerca del carácter del señor: alguien que estaba dispuesto, incluso deseoso, de elogiar y de recompensar la fidelidad. Un peligro al que nos exponemos cuando no estamos dispuestos a tomar riesgos por el Señor es que nos puede llevar a cuestionar el carácter de Dios. Podemos empezar a creer que Él es un legislador injusto, un capataz exigente, un tirano insaciable, en lugar de verlo como un Padre amoroso y lleno de compasión.

El hombre que había recibido un talento agregó: «por lo cual tuve miedo» (Mt 25.25a). Nos inspiran compasión los que tienen miedo. Todos tenemos miedo de algo. No obstante, necesitamos hacernos esta pregunta: «¿Se debe mi miedo a que no confío en el Señor?». Cuando Dios dio una lista de los que se perderían, en Apocalipsis 21.8, Él puso en primer lugar a «los cobardes».

«... tuve miedo», dijo el esclavo, «y fui y escondí tu talento en la tierra» (Mt 25.25). Es probable que tuviera miedo de fracasar. Puede que haya tenido miedo de que no le hubiera ido tan bien como los que recibieron dos y cinco talentos. Había dejado claro que tenía miedo de no poder complacer a su señor. Esto es lo que

⁴¹Olaf M. Norlie, *The New Testament: A New Translation (El Nuevo Testamento: Una nueva traducción)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1961).

en efecto estaba diciendo: «Me vi en una situación sin salida... así que no hice nada».

El hombre culpó a todo el mundo excepto a sí mismo. Nosotros aprendemos en la vida a culpar a los demás. Hay quienes culpan a sus padres por sus defectos. Hay quienes culpan a la sociedad. Hay quienes culpan incluso a Dios. Si queremos encontrar a alguien a quien culpar por nuestros errores, el mejor lugar donde lo podemos encontrar es en el espejo.

El hombre que había recibido un talento extendió su mano con lo que se le había dado: el precioso metal, ahora sucio, deslustrado y oloroso a humedad. Dijo: «... aquí tienes lo que es tuyo» (Mt 25.25c), como dando a entender que su señor no debía esperar más.

La reacción y los resultados (Mt 25.26–30)

La reacción

Hemos llegado a la triste conclusión del relato. El señor le respondió al hombre, diciendo: «Siervo malo y negligente (Mt 25.26a). La Biblia condena la pereza y la ociosidad (vea Pr 6.6; 31.27; Ec 10.18; 1 Ti 5.13). Había llamado «buen siervo y fiel» a cada uno de los otros dos esclavos. Pero a este llamó «malo y negligente».

Continuó diciendo: «... sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí» (Mt. 25.26b). No era que estuviera coincidiendo con la evaluación que de su carácter hacía el hombre. Antes, esto es lo que estaba diciendo: «Tus propias palabras te condenan. Porque si eso es lo que piensas de mí, eso debió haber sido en sí mismo motivación para hacer *algo*».

El señor dijo: «Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses» (Mt 25.27). En otras palabras, «por lo menos debiste haber invertido el dinero». Este detalle de la parábola causa inquietud a algunos eruditos, debido a que el Antiguo Testamento prohibía cobrar intereses a un igual judío (Ex 22.25; Lv 25.35–37; Dt. 23.19, 20; vea Sal 15.5). Sin embargo, la ley no prohibía cobrar intereses a un gentil (Dt 23.20). Es probable que debamos considerar este como un detalle sin importancia. El uso que Jesús

hiciera de un detalle de una parábola no necesariamente significa que lo aprobara (vea Lc 16.8; 18.2).

La palabra griega que se traduce como «banco» (τραπεζίτης, *trapezitēs*) es la palabra para «banqueros» (vea la NIV) y podría traducirse como «hombres de mesa» (Mt. 25.27). (Es una forma de esta palabra usada para designar la mesa de los cambistas de Mateo 21.12, Marcos 11.15 y Juan 2.15.) Aunque hicimos notar anteriormente que la clase de bancos que tenemos hoy no existían, la mayoría de las plazas de mercado tenían un «banquero» sentado a una mesa con un montón de monedas sobre esta. Este cambiaba y prestaba dinero por un precio. También recibía depósitos y prometía pagar intereses sobre ellos. Era un negocio riesgoso entregarle el dinero de uno a un hombre que podía mover su mesa en seguida; pero esto fue lo que, en efecto, dijo el señor: «Aun *eso* hubiera sido mejor que no hacer nada».

Los resultados

El señor se volvió a los siervos que estaban cerca y dijo: «Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos» (Mt 25.28). Jesús añadió este comentario: «Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado» (Mt 25.9).

«¡Un momento!», podría decir alguien. «¡Eso no es justo! Puede que en ciertas circunstancias, sea correcto quitarle a alguien que tiene más para darle a otro que tiene menos. Pero este pobre hombre sólo tenía un talento. ¿Por qué darlo al que tenía diez? ¡No hay nada de justicia en ello!». Lo considere justo o no, es un principio incorporado a la estructura del universo, un principio que Jesús insertó en esta parábola. Se le ha llamado «la ley de la atrofia». Usemos términos sencillos: «Úselo o piérdalo». Si usted no usa sus músculos, se atrofiarán. Si no usa sus habilidades naturales, las perderá. Si no usa las destrezas aprendidas, las olvidará. Este principio se aplica en todo ámbito de la vida.

¿Cuál es el resultado que al final se obtiene cuando uno descuida sus dones espirituales? No hay palabras más tristes que las del versículo 30: «Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes». El hombre que

había recibido un talento había sido llamado «malo» y «negligente»; ahora era llamado «inútil». La mayoría de nosotros hubiéramos preferido ser llamados «malos» o «negligentes», pero no «inútiles». Sin embargo, esto es lo que uno llega a ser cuando permite que el miedo le impida usar sus habilidades y oportunidades para el Señor.

Conclusión

Considere cuáles son los riesgos que nosotros todavía debemos correr por el Señor. Jesús dejó claro que seguirlo a Él implica riesgos (Lc 9.57–62). Para algunos, tomar riesgos representa llegar a ser cristiano. Nosotros podríamos perder amigos o familiares (Mt 10.36); en ciertos países, podríamos incluso perder nuestras vidas (Ap 2.10). Puede incluso, este riesgo, representar el «dejarlo todo» con el fin de dedicarse a tiempo completo en el servicio al Señor. Hay aun otros, para quienes el riesgo representa llevar el evangelio a amigos, vecinos y familiares. Cuando usted trata de dar a conocer la Palabra, arriesga amistades y relaciones interpersonales. Cuando contemplemos los riesgos que representan para nosotros, recordemos que Dios *espera* que los asumamos. Él espera que nosotros seamos todo lo que podemos ser.

Cuando el Señor vuelva, ¿dirá Él: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor»? (Mt 25.21.) O, por el contrario, ¿dirá Él: «Siervo malo y negligente...»; «al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes»? (Mt 25.26, 30.) Lo que Él diga en *ese momento* podría muy bien depender de lo que usted haga *ahora*.

(5) Parábolas y enseñanzas relacionadas:
las ovejas y las cabras (Mt 25.31–46)

³¹Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, ³²y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. ³³Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos

a su izquierda. ³⁴Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. ³⁵Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; ³⁶estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. ³⁷Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ³⁸¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ³⁹¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? ⁴⁰Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. ⁴¹Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴²Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; ⁴³fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. ⁴⁴Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? ⁴⁵Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. ⁴⁶E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.

El discurso de Jesús termina con una representación gráfica de Su regreso. Hay quienes enseñan que Cristo volverá para establecer un reino de naturaleza material y política, y que Él entonces reinará sobre la tierra mil años. Jesús, no obstante, indicó que Su regreso será seguido de inmediato por el Juicio (Mt 25.31–32). Hay quienes enseñan que habrá múltiples juicios y se refieren a Mateo 25.31–46 como «el juicio de las naciones» en contraste con otros juicios, pero la Biblia enseña que solamente hay un Día del Juicio (He 9.27).

En el Juicio, el Señor separará a los hombres del mismo modo que los pastores del tiempo de Jesús separaban a las ovejas de las cabras. La costumbre era dejar que las ovejas y las cabras pacieran juntas, pero se separaban al final del día. Debido a las

imágenes pastoriles, algunos llaman a esta «la parábola de las ovejas y las cabras». Entienda, no obstante, que no se trata «solamente de un relato», que el Juicio es real y que con toda seguridad ocurrirá (He 9.27; Hch 17.31).

La parábola de los talentos enseña la importancia de servir al Maestro. Este pasaje da ejemplos de una forma como podemos servir, que es mediante ayudar a los desafortunados: ayudar a los hambrientos, a los que no tienen hogar, a los que están desnudos, a los enfermos y a los presos. La palabra **desnudo** se usa en este pasaje, como a menudo se usa en las Escrituras, para hacer referencia a estar vestido de modo insuficiente. El énfasis es sobre ayudar a sus compañeros discípulos (Mt 25.40), pero se puede aplicar a todas las personas (vea Gá 6.10). Es probable que los que estaban en prisión hubieran sido arrestados por causa de su fe. Es aconsejable que haga una pausa aquí y explique que al ayudar a un hermano o al maltratarlo, es a Jesús a quien se le ayuda o se le maltrata (Mt 25.40, 45; vea también Hch 9.4).

Hay quienes se dan gusto señalando que el juicio de Mateo 25 no tomará en cuenta cuán sanos seamos en nuestras enseñanzas, sino cuán amorosos seamos en nuestras acciones. Debemos tener cuidado de no aislar este pasaje de otras Escrituras que señalan la esencialidad de ser correctos en doctrina y en vida (por ejemplo, Tito 2.1; Stg 1.27b). Al usar el razonamiento de algunos, podríamos llegar a la inconcebible conclusión de que el juicio no tomará en cuenta la fe en Jesús, sino que juzgará si hemos hecho buenas obras o no, y esto porque en Mt 25.31–46 no se menciona la fe en Cristo.

Al mismo tiempo, *hay* algo importante que estos versículos subrayan, ello es que la pureza moral y la rectitud doctrinal no son suficientes. Nuestra religión debe demostrarse al ayudar a los demás (Stg 1.27a). «Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1 Jn 4.20b); «al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado» (Stg 4.17).

¿Cuán importante es estar preparados para el regreso de Cristo? Los que no estén preparados **irán [...] al castigo eterno** mientras que los que sí lo estén irán **a la vida eterna** (Mt 25.46). Hay quienes afirman que, mientras los justos irán a dicha eterna,

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
LA PARTIDA FINAL

los inicuos sencillamente dejarán de existir. No obstante, Mateo 25.46 enseña que el infierno será tan «eterno» como el cielo. La misma palabra griega que se traduce por «eterno» (αἰώνιος, *aiōnios*) es la que se usa para describir tanto el «castigo» como la «vida» en Mateo 25.46. Si el castigo no es eterno, entonces tampoco lo es la vida. Y viceversa, si la vida es eterna, también lo es el castigo. ¡Necesitamos estar preparados para el regreso del Señor!

SECCIÓN III

PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

Incluye una armonía de

Mt 26.1–5, 14–46

Mr 14.1–2, 10–42

Lc 22.1–46

Jn 13.1—18.1

**MIÉRCOLES:
LA CALMA ANTES DE LA TORMENTA
(MT 26.1–16; MR 14.1–2, 10–11; LC 22.1–6; JN 13.1)**

Jesús se prepara (Mt 26.1–2; Jn. 13.1)

Mateo 26.1–2

¹Cuando hubo acabado Jesús todas estas palabras, dijo a sus discípulos: ²Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.

Juan 13.1

¹Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

El sermón de Cristo sobre la destrucción de Jerusalén y la segunda venida (Mt 24 y 25) tuvo lugar después que Él y los apóstoles se hubieron retirado durante el día, a las faldas del monte de los Olivos (Mt 24.3). Es probable que el discurso comenzara cerca del final del día martes, y que continuara después que se hubo puesto el sol, cuando, según la manera judía de calcular el tiempo, habría dado comienzo el día siguiente. De acuerdo con este cálculo, las palabras que Jesús habló inmediatamente después de ese discurso ocurrieron dos días antes de la Pascua (Mt 26.2), esto es, el miércoles. Esas palabras constituían otro recordatorio de que Él moriría en poco tiempo (Mt 26.1–2; compare con Mt 20.17–19).

Además de la breve aseveración hecha por Cristo, no tenemos ningún otro dato sobre qué hizo durante la mayoría de las horas

del miércoles o las primeras horas del jueves. Esta era la calma antes de la tempestad. Juan 13.1 nos da un vislumbre del estado de ánimo del Señor durante las horas que precedieron al viernes: **Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.** Durante el miércoles y el jueves, Jesús sin duda siguió preparando a los discípulos que amaba. No hay duda de que también se mantuvo en contacto con su Padre, y es probable que tratara de descansar para la terrible experiencia que se acercaba. Se estaba preparando para el Calvario.

El sanedrín conspira

(Mt 26.3–5; Mr 14.1–2; Lc 22.1–2)

Mateo 26.3–5

³Entonces los principales sacerdotes, los escribas, y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás, ⁴y tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle. ⁵Pero decían: No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo.

Marcos 14.1–2

¹Dos días después era la pascua, y la fiesta de los panes sin levadura; y buscaban los principales sacerdotes y los escribas cómo prenderle por engaño y matarle. ²Y decían: No durante la fiesta para que no se haga alboroto del pueblo.

Lucas 22.1–2

¹Estaba cerca la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la pascua. ²Y los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo matarle; porque temían al pueblo.

Puede que Cristo haya descansado, pero Sus enemigos no descansaron. El miércoles (Mr 14.1), el sanedrín se reunió para una sesión secreta en el patio del palacio de Caifás, el sumo sacerdote (Mt 26.3). Puede que a los miembros del concilio que eran parciales a Jesús (como Nicodemo y José de Arimatea) no

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

los hayan convocado a esta reunión. Caifás había presidido la reunión anterior, cuando se tomó la decisión de matar a Jesús (Jn 11.47–53; especialmente vea Jn 11.49). Al fracasar sus esfuerzos por desacreditar a Jesús en la «guerra de palabras» del martes, el concilio estaba más resuelto que nunca en el sentido de que Él debía morir. El problema era que tenían miedo de arrestarlo en público ese día (vea Lc 22.2b), y no podían capturarlo en privado porque no sabían dónde se quedaba por la noche. Llegaron a la conclusión de que probablemente tendrían que esperar hasta que la fiesta terminara para poder arrestarlo.

Judas traiciona

(Mt. 26.14–16; Mr. 14.10–11; Lc. 22.3–6)

Mateo 26.14–16

¹⁴Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes, ¹⁵y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata. ¹⁶Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle.

Marcos 14.10–11

¹⁰Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo. ¹¹Ellos, al oírlo, se alegraron, y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba oportunidad para entregarle.

Lucas 22.3–6

³Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce; ⁴y éste fue y habló con los principales sacerdotes, y con los jefes de la guardia, de cómo se lo entregaría. ⁵Ellos se alegraron, y convinieron en darle dinero. ⁶Y él se comprometió, y buscaba una oportunidad para entregárselo a espaldas del pueblo.

El dilema del sanedrín se resolvió de una manera que no pudieron haber anticipado: Uno de los apóstoles de Jesús llegó con una solución. **Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo (Mr. 14.10).**

Aparentemente, Judas puso algún pretexto para apartarse de los demás apóstoles. De algún modo se enteró del lugar de la reunión del concilio. Una vez que llegó allí, dijo: **¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?** (Mt 26.15a).

Él **habló con los principales sacerdotes, y con los jefes de la guardia, de cómo se lo entregaría** (Lc 22.4; énfasis nuestro). En vista de que Judas conocía el horario de Jesús (vea Jn 18.2), él podía dirigirlos hasta Este por la noche. Entonces podía ser atrapado «cuando no estuviera presente la multitud» (Lc 22.6; NIV). Al sanedrín le agradó el nuevo rumbo que estaban tomando los acontecimientos (Mr 14.11a; Lc 22.5). Con gran deleite, **le asignaron treinta piezas de plata** (Mt.26.15b).

El inicuo acto de Judas cumplió una profecía anunciada siglos atrás (Zac 11.12). Muchos eruditos piensan que las piezas de plata eran siclos (o estateros, [στατήρ, *statēr*], que eran el equivalente de los siclos).¹ Un siclo (o estatero) era el equivalente de casi cuatro denarios. Si estas autoridades están en lo cierto, las «treinta piezas de plata» representaban lo que un obrero común podía ganar en cuatro meses. Este era el «precio aproximado de un esclavo».²

Es posible que las treinta piezas de plata fueran solamente un desembolso inicial de lo que Judas recibiría después de que el Señor estuviera detenido. Según Marcos 14.11, los miembros del concilio **prometieron darle dinero** (énfasis nuestro). Según el evangelio de Lucas, **convinieron en darle dinero** (Lc 22.5–6). Si las treinta piezas de plata fueran una fianza, esto contribuiría a explicar la diligencia mostrada por el apóstol al buscar **oportunidad para** entregar a Jesús (Mt 26.16). Debe hacerse notar, sin embargo, de que si es que las treinta piezas de plata eran un embolso inicial, que Judas sólo recibió las treinta piezas de plata (vea Mt 27.3, 5).

A la traición llevada a cabo por Judas se le ha llamado «uno

¹D. H. Wheaton, "Money" («Dinero»), en *The Illustrated Bible Dictionary (El diccionario bíblico ilustrado)*, Part 2 (Parte 2), ed. N. Hillyer (Downers' Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1980), 1022.

²F. LaGard Smith, *The Narrated Bible in Chronological Order (La Biblia narrada en orden cronológico)* (Eugene, Oreg.: Harvest House Publishers, 1984), 1453.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

de los enigmas de la historia».³ A partir de ese tenebroso día, los hombres han estado luchando con la interrogante del *por qué*. La motivación primordial que se menciona en las Escrituras es la codicia de Judas (Mt 26.14–15; vea Jn 12.6), pero motivos adicionales pudieron haber sido una parte. Puede que el apóstol todavía estuviera resentido por la reprensión que Jesús había hecho pocos días atrás (Jn 12.4–8). Es probable que también le hubiera decepcionado que Jesús no sacara provecho de Su popularidad. H. I. Hester escribió:

Ya él tenía recelos acerca del resultado del reino de Jesús en Jerusalén. Sin duda percibió que estaba a punto de fracasar en lo que a beneficios materiales atañía. Se daba cuenta de que era poco lo que podía ganar quedándose con Jesús... En vista de que la empresa estaba a punto de fracasar, es probable que se convenciera de que el mejor provecho que podía sacar era tomando lo que pudiera ahora.⁴

Hay quienes han tratado de atribuir motivos puros a Judas. Por ejemplo, hay quienes han dicho que Judas sencillamente quiso aguijonear a Jesús para obligarlo a seguir adelante con el establecimiento de Su reino (material, político). Es cierto que Judas no previó todas las consecuencias de sus acciones (Mt 27.3–5), pero la Biblia no le atribuye en ningún versículo motivos nobles a su acto de traición. Ha sido sugerido que Judas pensaba que era su deber cívico el reportar el paradero de Jesús a las autoridades (vea Jn 11.57). Es posible que Judas se dijera eso a sí mismo para tranquilizar su conciencia, pero su pregunta ¿Cuánto? no es la de un ciudadano con mentalidad cívica.

Pero si los motivos de Judas hubieran sido puros, Satanás no podría haber tomado control de su vida. Lo que se asevera es que **entró Satanás en Judas** (Lc 22.3; vea Jn 13.27). Estos versículos no significan que Satanás poseyera a Judas de algún modo

³B. S. Dean, «Bosquejo de la historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 24.

⁴H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 195.

irresistible (vea Stg 4.7). Antes, «el diablo [...] había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase» (Jn 13.2). Satanás puso esa idea en el corazón de Judas del mismo modo que pone pensamientos en nuestra mente: mediante la manipulación de los eventos que nos rodean. ¿Por qué pudo el diablo influenciar a Judas? Porque el apóstol se había hecho receptivo al dominio del engañador.

Una vez hechos los planes, Judas volvió a Jesús y los demás apóstoles. Por fuera, lucía igual que antes; pero por dentro, tenía un pensamiento ocupando su mente: «¿Cómo podré cumplir mi contrato con el concilio?». «Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle» (Mt 26.16).

JUEVES: PREPARATIVOS PARA LA PASCUA (MT 26.17–19; MR 14.12–16; LC 22.7–13)

Mateo 26.17–19

¹⁷El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, vinieron los discípulos a Jesús, diciéndole: ¿Dónde quieres que preparemos para que comas la pascua? ¹⁸Y él dijo: Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la pascua con mis discípulos. ¹⁹Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon la pascua.

Marcos 14.12–16

¹²El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la pascua, sus discípulos le dijeron: ¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la pascua? ¹³Y envió dos de sus discípulos, y les dijo: Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, ¹⁴y donde entrare, decid al señor de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos? ¹⁵Y él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad para nosotros allí. ¹⁶Fueron sus discípulos y entraron en la ciudad, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua.

Lucas 22.7–13

⁷Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero de la pascua. ⁸Y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: **Id, preparadnos la pascua para que la comamos.** ⁹Ellos le dijeron: **¿Dónde quieres que la preparemos?** ¹⁰Él les dijo: **He aquí, al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entrare,** ¹¹y decid al padre de familia de esa casa: **El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos?** ¹²Entonces él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad allí. ¹³Fueron, pues, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua.

El miércoles por la noche, Jesús «durmió por última vez sobre la tierra. El jueves en la mañana se despertó para no dormir más». ⁵ Al jueves, el día anterior a la Pascua, se le conocía como **el primer día de los panes sin levadura** (Mt 26.17; Mr 14.12; Lc 22.7), debido a que era el día cuando se hacían preparativos para la fiesta especial. ⁶ En este día, **era necesario sacrificar el cordero de la pascua** (Lc 22.7; Mr 14.12) en anticipación de la cena que se comía después de la puesta del sol (cuando comenzaba el día viernes, según la manera judía de calcular el tiempo).

Los discípulos vinieron a Jesús preguntando: **¿Dónde quieres que preparemos para que comas la pascua?** (Mt 26.17). Jesús envió a Pedro y a Juan a preparar (Lc 22.8; vea Mr 14.13), dándoles estas extrañas instrucciones: **Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua** (Mr 14.13a). En vista de que eran las mujeres, no los hombres, las que por lo general llevaban cántaros de agua, el hombre sería fácil de encontrar. Cristo les dijo a los dos discípulos que siguieran a ese individuo y **donde entrare, decid al señor de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos?** (Mr 14.13b, 14; vea Mt 26.18).

Se ha insinuado que Cristo usó este procedimiento indirecto

⁵Citado in Dean, 25.

⁶J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 644.

para que Judas no pudiera revelar Su paradero al sanedrín, sino hasta más adelante esa noche. De no haber actuado así, muchos eventos clave no habrían tenido lugar, eventos tales como la institución de la Cena del Señor, «el gran discurso de despedida» (Jn 14—16), la oración del Señor (Jn 17), y lo que sucedió en el huerto de Getsemaní. ¿Acaso planeó Jesús de antemano la secuencia de los eventos (con el hombre que llevaba el cántaro de agua), o será que hizo uso de presciencia divina? Esto no es algo que se nos dice.

Jesús informó a Pedro y a Juan de que el dueño de la casa les mostraría **un gran aposento alto** (Mr 14.15a). (Vea el mapa de «La ciudad de Jerusalén» en el apéndice 2.) Según una tradición no inspirada, este fue el «aposento alto» en que los apóstoles se quedaron antes de Pentecostés (Hch 1.12–13). Algunos conjeturan que la casa pudo haber sido propiedad de la madre de Juan Marcos (Hch 12.12). Aparentemente, la casa pertenecía a un discípulo del Señor (vea Mt 26.18); aparte de esto, el texto no nos da información.

A los dos apóstoles se les anunció que el aposento estaría **ya dispuesto** (Mr 14.15b). La habitación habría sido aseada, la mesa y los cojines del piso habrían estado en su lugar y todo habría estado listo para el lavamiento de los pies de los participantes en la comida (vea Jn 13.3–5). Tal vez la ceremonia de búsqueda de levadura ya se habría llevado a cabo (vea Ex 12.15). Es incluso posible que los suministros para la comida de la Pascua ya hubieran sido comprados por el dueño de la casa.

Pedro y Juan **hallaron como les había dicho**, y comenzaron a preparar para la comida (Mr 14.16). Era mucho lo que debía hacerse: Si todavía no se había obtenido un cordero, este debía comprarse, y tenía que ser un cordero sin defecto (Ex 12.5). (Es posible que el cordero hubiera sido obtenido tres días atrás, tal como estipulaba la *Misná*⁷). El cordero debía ser llevado al templo, donde se le mataba según mandaba el rito. Allí los discípulos lo matarían, mientras un sacerdote recogería su sangre para rociarla sobre el altar. Después que ciertas porciones eran quitadas para ser quemadas sobre el altar (vea Lv 3.3–5), el cuerpo era devuelto

⁷*Babylonian Talmud (Talmud Babilónico)*, Pesahim 9.5.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

a sus dueños. El cordero debía ser asado (Ex 12.8). Debían vigilar que ninguno de sus huesos fuera quebrado durante la preparación o durante la comida (Ex 12.46; Nm 9.12). Esta detalle coincide con el hecho de que ninguno de los huesos de Jesús fue quebrado en la cruz (Jn 19.31–36). Había otros artículos para la comida de la Pascua que debían obtenerse y prepararse, entre los cuales se incluían los siguientes:

Pan sin levadura (Ex 12.8, 18–20; 13.6–7; 34.18, 25; Lv 23.6; Nm 9.11; 28.17), «pan de aflicción» (Dt 16.3, 8).

Vino (vea Mt 26.27, 29). En los tiempos de Jesús, la ceremonia usaba cuatro copas de vino,⁸ que tradicionalmente representaban las cuatro promesas de Éxodo 6.6–7.

Yerbas amargas (Ex 12.8; Nm 9.11), para representar la amargura de la esclavitud sufrida en Egipto.

Una salsa pastosa hecha de frutas y nueces trituradas y mezcladas con vinagre o vino, que representaba la arcilla de la cual Israel hacía ladrillos en Egipto.⁹

VIERNES: EL DÍA EN QUE JESÚS MURIÓ
(MT 26.20—27.61; MT 14.17—15.47;
LC 22.14—23.56a; JN 13.2—19.37)

La última cena

(Mt 26.20–35; Mr 14.17–31; Lc 22.14–38; Jn 13.2—17.26)

Se observa la Pascua (Mt 26.20; Mr 14.17–18; Lc 22.14–18)

Mateo 26.20

²⁰Cuando llegó la noche, se sentó a la mesa con los doce.

Marcos 14.17–18

¹⁷Y cuando llegó la noche, vino él con los doce. ¹⁸Y cuando se sentaron a la mesa, mientras comían, dijo Jesús: De cierto

⁸ Alfred Edersheim, *The Life and Times of Jesus the Messiah (La vida y los tiempos de Jesús el Mesías)*, Nueva versión revisada (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1993), 809, 817.

⁹ *Ibíd.*, 809, n. 19.

os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar.

Lucas 22.14–18

¹⁴Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. ¹⁵Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! ¹⁶Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. ¹⁷Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartiéndolo entre vosotros; ¹⁸porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga.

Poco antes de la puesta del sol **vino [Jesús] con los doce** (Mr 14.17) al lugar que se había preparado. Fue una noche para no olvidar jamás. Esa noche comenzó a la hora en que Jesús y Sus discípulos comieron la Pascua en el aposento alto. Siguió con las oraciones de Getsemaní. Los eventos de esa noche culminaron con un remedo de juicio, al cual fue sometido Jesús en el patio del sumo sacerdote. No podemos tener certeza del orden de los eventos de esa memorable noche. La secuencia que sigue es una forma de ordenarlos.

La noche comenzó con el festín de la Pascua. De conformidad con las enseñanzas rabínicas, cada cordero debía ser comido por no menos de diez personas y no más de veinte.¹⁰ En el aposento alto, serían trece los que participarían del cordero asado, que había sido cortado en pedazos pequeños que pudieran tomarse con la mano y comerse. Durante la comida no se usaban utensilios para comer tales como (cubiertos, tenedores y cucharas).

Jesús se reclinó a la mesa baja sobre la cual estaba dispuesta la comida de la Pascua (Mt 26.20; Mr 14.18a; Lc 22.14). Juan estaba a Su derecha (Jn 13.23), tal vez Judas estaba a Su izquierda, y el resto de los discípulos estaban distribuidos al azar alrededor de la mesa. Con Sus ojos brillando de amor (vea Jn 13.1, 34), dijo: **¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que**

¹⁰Marvin R. Wilson, "Passover" («La Pascua»), *International Standard Bible Encyclopædia* (*Enciclopedia bíblica estándar internacional*), ed. gen. James Orr (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co. 1939), 3:677. Esta enseñanza se da en el Talmud Babilónico (Pesahim 64b).

padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios (Lc 22.15–16).

A pesar del hecho de que Jesús indicó que Él comió la Pascua con los discípulos (vea también Mt 26.18; Mr 14.14; Lc 22.11), hay quienes insisten en que esta comida no era la cena de la Pascua, sino una comida que se comía la noche anterior. Un pasaje que se usa para sustentar esto es Juan 13.1, el cual, dicen ellos, se refiere al tiempo de la cena. No obstante, cuando se consideran todos los pasajes pertinentes, Juan 13.1 parece estarse refiriendo al período inmediatamente anterior a la Pascua, mientras que de la cena de la Pascua en sí se habla al comienzo del versículo 2.

¿Qué quiso decir Cristo cuando dijo que la Pascua «se [cumpliría] en el reino de Dios»? Por lo general consideramos la Pascua como un tipo del sacrificio de Jesús, lo cual fue (1 Co 5.7; vea Jn 1.29, 36; 1 P 1.18–19; He 9.14; Ap 5.6, 12). El Señor añadió, sin embargo, que la Pascua «se [cumpliría] en el reino». Los judíos consideraban la Pascua no solamente como una conmemoración de liberación pasada, sino también como una garantía de liberación futura. Cristo añadió a la idea, al indicar que la liberación se realizaría en el reino mesiánico.

El reino es la iglesia (Mt 16.18–19), el cuerpo de las personas salvadas por la sangre de Cristo (Ef 1.22–23; 2.16; 5.23, 25). Así como la Pascua judía conmemoraba el hecho de que Israel fue librada de la esclavitud en Egipto, también por el cordero pascual, Dios «nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo» (Col 1.13). La Pascua tuvo «su cumplimiento final [...] en el reino de Dios»,¹¹ esto es, en la iglesia.

Jesús dijo que Él comería la Pascua otra vez después que se cumpliera en el reino. La palabra «comer» se usa figuradamente para dar a entender la idea de «participar» o «tener parte en». En la mentalidad judía, la venida del Mesías y de Su reino se celebraría con un banquete (Is 25.6–8; vea Lc 13.29; 22.30). En vista de que el reino no es material (Jn 18.36), tampoco lo es el banquete.

¹¹Richard Rogers, *The Life of Christ and His Teaching (La vida de Cristo y Sus enseñanzas)* (Lubbock, Tex.: Sunset International Bible Institute External Studies Department, 1995), 84.

Las esperanzas en un reino mesiánico se realizarán finalmente en el cielo (Ap 19.7–9); pero aun en esta vida, los que estamos en el reino, esto es, en la iglesia, disfrutamos de un banquete espiritual. Cristo es el participante invisible en nuestro banquete de bendiciones espirituales (Ef 1.3; Ap 3.20; Mt 18.20).

Cerca del comienzo de la comida, Jesús tomó una copa de vino, dio gracias y dijo a los doce: **Tomad esto, y repartiđo entre vosotros** (Lc 22.17). Esta no fue la copa que se usó en la institución de la cena del Señor; esto se realizaría al final de la cena (vea Lc 22.20). Esa fue la primera de varias copas que se usaban en la ceremonia de la Pascua. Luego Cristo repitió la idea expresada anteriormente: ... **no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga** (Lc 22.18). El reino, esto es, la iglesia, vino en el primer día de Pentecostés posterior a la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo. Como ya se hizo notar, las palabras del Señor tienen aplicación general a Su participación en el banquete espiritual que disfrutamos. No obstante, como veremos en la lección que sigue, las palabras de Jesús tienen aplicación especial en cuanto a nuestra participación en la cena del Señor.

Se reprende la disensión (Lc. 22.24–30)

²⁴Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. ²⁵Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; ²⁶mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. ²⁷Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.

²⁸Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. ²⁹Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, ³⁰para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.

Cuando la comida comenzó, reinaba una atmósfera de paz y de amor, pero esta se hizo añicos pronto cuando volvió a arder

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

una antigua disputa relacionada con cuál era el discípulo más importante (Lc 22.24; vea Mr 9.34; Lc 9.46). Tal vez la disputa se suscitó al mencionarse el reino. Tal vez se encendió porque no se pudieron poner de acuerdo en cuanto al lugar que ocuparían a la mesa. Cual haya sido la razón, lo cierto es que el infantilismo, el egoísmo y lo inapropiado de esta pelea, debieron de haber destrozado el corazón de Jesús. Una vez más, con la misma paciencia de siempre, les recordó a sus seguidores que la grandeza en el reino se basaría en el servicio, no en la posición (Lc 22.25–27; vea Mt 18.1–5; 20.25–28; 23.10–12).

Les aseguró que la fidelidad de ellos para con Su persona no sería olvidada. Los recompensaría por permanecer con Él en las pruebas que había sufrido (Lc 22.28). Serían parte vital de Su reino, esto es, de Su iglesia (Lc 22. 29; vea 1 Co 12.28) y seguirían teniendo una estrecha relación personal con Él (Lc 22.30a). Incluso reinarían con Él (Lc 22.30b). Jesús les había prometido anteriormente que se sentarían sobre doce tronos, para juzgar a Israel (Mt 19.28).

Se hace demostración de humildad (Jn 13.2–20)

²Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, ³sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, ⁴se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. ⁵Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. ⁶Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? ⁷Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. ⁸Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. ⁹Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. ¹⁰Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. ¹¹Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.

¹²Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? ¹³Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. ¹⁴Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. ¹⁵Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. ¹⁶De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. ¹⁷Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis. ¹⁸No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar. ¹⁹Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy. ²⁰De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.

En Lucas 22.24 los apóstoles habían estado disputando acerca de quién de ellos era el mayor. Esa disputa puede haber provocado la ocurrencia de un singular evento durante la comida:

... Jesús [...] se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido (Jn 13.3–5).

En aquellos tiempos, era un gesto de elemental cortesía lavar los pies de un invitado cuando este entraba en la casa. Este acto hospitalario aliviaba los pies del visitante, pero también tenía su aspecto práctico. La gente usaba sandalias y andaba sobre caminos muy sucios. Cuando se reclinaban para comer, los pies de un invitado no quedaban lejos del rostro de otro.

Es probable que los apóstoles se hubieran bañado para prepararse para la comida de la Pascua (vea Jn 13.10); sin embargo, para la hora en que ellos entraron por la puerta del aposento alto, sus pies habrían estado sucios a causa del polvoriento camino por el que habían andado. Todo lo que se

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

necesitaba para el lavamiento de los pies estaba disponible (Jn 13.4–5); sin embargo, al estar aquellos hombres preocupados por ser cada uno de ellos el mayor, no estuvieron dispuestos a lavar los sucios pies de sus iguales discípulos. Después de todo, ¡esa era una tarea que por lo general hacían los siervos!

Jesús les había informado anteriormente que la grandeza en Su reino no se basaba en la posición, sino en el servicio. Les había dicho: «... yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc 22.27). En esta ocasión ilustró qué significaba servir: mediante la realización del trabajo de baja categoría de un siervo. Les lavó los pies.

El hecho de que Judas fue uno de aquellos cuyos pies fueron lavados, recibe especial atención en el texto (Jn 13.2, 10–11, 18–19). De este modo el Señor demostró en qué consiste el mandamiento de «[amar a nuestros] enemigos» y hacerles bien (Mt 5.44–45; vea Ro 12.20).

Después que Cristo terminó de lavar los pies de los discípulos, les desafió a seguir Su ejemplo (Jn 13.14–17). ¿Significa esto que Él estaba estableciendo el lavamiento de pies como un ritual que debe llevarse a cabo como parte de nuestra adoración?⁷ La respuesta es no. J. W. McGarvey escribió:

Jesús no *instituyó* el lavamiento de pies; este acto ya era costumbre *común* de la tierra, y la usó simplemente como la forma más apropiada de demostrar el espíritu correcto del servicio humilde [...] El lavamiento de pies como acto de cortesía o de hospitalidad jamás fue una costumbre entre la gente occidental, y adoptarlo por causa de estas palabras de Cristo equivale a no haber entendido un ápice de él.¹²

John Franklin Carter hizo notar que «no hay prueba de que alguna de las iglesias del Nuevo Testamento practicara alguna vez tal acto [el lavamiento de pies] como ordenanza». Este autor informó de que «la mención más antigua que de tal práctica se hace en la historia de la iglesia, se encuentra en los decretos de

¹²McGarvey y Pendleton, 650.

un concilio de obispos reunidos en Elvira, España, cerca del 306 d. C. en el cual se censuró.¹³ H. I. Hester dijo: «Jesús no estaba instituyendo aquí una ordenanza como la de la cena del Señor, sino que estaba dando una lección ejemplar de la verdadera humildad de espíritu».¹⁴

A Cristo no le preocupaba primordialmente la suciedad de los pies de los apóstoles; le desvelaba más la ambición egoísta de sus corazones. Se ha insinuado que este suceso puede haber sido el último esfuerzo de Jesús por llegarle a Judas. El Señor pudo lavar los pies de Judas, pero tristemente el corazón de este siguió siendo impuro (13.27).

Se anuncia la traición y la negación
(Mt 26.21–25, 31–35; Mr 14.18–21, 27–31;
Lc 22.21–23, 31–38; Jn 13.21–38)

Mateo 26.21–25, 31–35

²¹Y mientras comían, dijo: De cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. ²²Y entristecidos en gran manera, comenzó cada uno de ellos a decirle: ¿Soy yo, Señor? ²³Entonces él respondiendo, dijo: El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar. ²⁴A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido. ²⁵Entonces respondiendo Judas, el que le entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro? Le dijo: Tú lo has dicho.

³¹Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas. ³²Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. ³³Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca

¹³John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Armonía de los evangelios para laicos)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 285–86. Carter dio tres razones para concluir que el lavamiento de pies jamás tuvo como propósito ser «una ordenanza de la iglesia». Citó a Albert Henry Newman, *A Manual of Church History (Manual de historia de la iglesia)* (Philadelphia: American Baptist Publications Society, 1904), 1:140.

¹⁴Hester, 197.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

me escandalizaré. ³⁴Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. ³⁵Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo.

Marcos 14.18–21, 27–31

¹⁸Y cuando se sentaron a la mesa, mientras comían, dijo Jesús: De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar. ¹⁹Entonces ellos comenzaron a entristecerse, y a decirle uno por uno: ¿Seré yo? Y el otro: ¿Seré yo? ²⁰El, respondiendo, les dijo: Es uno de los doce, el que moja conmigo en el plato. ²¹A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.

²⁷Entonces Jesús les dijo: Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. ²⁸Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. ²⁹Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. ³⁰Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. ³¹Mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo.

Lucas 22.21–23, 31–38

²¹Mas he aquí, la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. ²²A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado! ²³Entonces ellos comenzaron a discutir entre sí, quién de ellos sería el que había de hacer esto.

³¹Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; ³²pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. ³³El le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte. ³⁴Y él le dijo: Pedro, te

digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces.

³⁵Y a ellos dijo: Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó algo? Ellos dijeron: Nada.

³⁶Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una.

³⁷Porque os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los inicuos; porque lo que está escrito de mí, tiene cumplimiento. ³⁸Entonces ellos dijeron: Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo: Basta.

Juan 13.21–38

²¹Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. ²²Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba. ²³Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús. ²⁴A éste, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba. ²⁵El entonces, recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? ²⁶Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. ²⁷Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. ²⁸Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto. ²⁹Porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres. ³⁰Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche.

³¹Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. ³²Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará. ³³Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir. ³⁴Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. ³⁵En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor

los unos con los otros.

³⁶Le dijo Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después. ³⁷Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti. ³⁸Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.

Cuando Cristo lavaba los pies de los discípulos, Él hizo el sorprendente anuncio de que sería traicionado, traicionado por alguien allegado a Él. Dijo que se cumpliría la Escritura: «El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar» (Jn 13.18; vea Sal 41.9). «En tierras orientales, el hecho de que dos comieran juntos daba a entender que entre ellos había un pacto o compromiso de amistad. Pero Judas participaba tranquilamente de esta sagrada comida con el Maestro aun después de haber acordado con los enemigos de Jesús, que les entregaría a Este por un precio».¹⁵

Cristo dijo que Él les estaba diciendo a los apóstoles acerca de la traición «antes que [suciediera], para que cuando [suciediera, creyeran que Él es]» (Jn 13.19). El hecho de que les dijo con anticipación reconfirmaría que Él era divino. También protegería la fe de ellos al tranquilizarlos con que la traición no lo tomaría por sorpresa ni alteraría Sus planes.

Cuando Jesús hablaba **se conmovió en espíritu** (Jn 13.21a). Los discípulos no sabían qué terribles cosas había adelante, pero Cristo estaba muy consciente de ellas. También le preocupaba la falta de madurez de los apóstoles. Además, Su corazón había de ser destrozado por la traición de Judas.

Jesús les habló con franqueza a los doce, diciéndoles: ... **uno de vosotros me va a entregar** (Jn 13.21b; énfasis nuestro; vea Mt 26.21). Se desconcertaron (Jn 13.22) y **comenzaron a discutir entre sí, quién de ellos sería el que había de hacer esto** (Lc 22.23). Y **entristecidos en gran manera, comenzó cada uno de ellos a decirle: ¿Soy yo, Señor?** (Mt.26.22). La forma de la pregunta en el griego, da a entender una respuesta negativa. Es probable que

¹⁵Carter, 287–88.

«creyeran que Él estaba dando a entender que uno de ellos haría algo inconscientemente lo cual daría como resultado que Él fuera apresado por Sus enemigos». ¹⁶ Por lo tanto, cada uno de ellos dijo: «¡Por supuesto que yo no haría eso!».

Juan, que estaba a la derecha de Jesús, preguntó: **Señor, ¿quién es?** (Jn 13.23–25). **Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón** (Jn 13.26; vea Mt 26.23).

Uno pensaría que, después de aquella acción tan puntual, la identidad del acusado habría resultado clara a todos. Sin embargo, no estuvo clara para todos los discípulos (Jn 13.28–29). Es probable que a Judas le tuvieran mucho respeto. Al ser el único apóstol de Judea, tal vez era más culto que el resto. Había sido honrado al ser escogido para servir como tesorero de ellos (Jn 13.29; vea también 12.6). Tenía la importante responsabilidad de distribuir limosnas en nombre del grupo (Jn 13.29). Es probable que muchos de ellos pensarán que si había algún discípulo que *jamás* traicionaría al Señor, ese sería Judas.

La mayoría de los apóstoles no entendieron el significado de las palabras y las acciones de Jesús, pero Judas sí lo entendió. Fue hipócrita al unirse al resto de ellos con la pregunta: **¿Soy yo, Maestro?** (Mt 26.25a), y Cristo respondió: **Tú lo has dicho** (Mt 26.25b). El hecho de que se le descubrió su complot debió de haber estremecido a Judas hasta el alma; sin embargo, si le perturbó, no fue algo que se observara claramente. Así como la exposición al aire endurece el lodo, la exposición de Judas ante Jesús endureció el corazón de él aún más (Jn 13.27a).

Se aseveró anteriormente que «[Satanás entró] en Judas», incitándole a ir al concilio (Lc 22.3–4). Aquí se dice que Satanás entró nuevamente **en él** (Jn 13.27). Es posible que Judas se haya conmovido momentáneamente por las palabras y las acciones de Jesús, pero luego sucumbió nuevamente ante el diablo.

Cristo le dijo a Judas: **Lo que vas a hacer, hazlo más pronto** (Jn 13.27b). Jesús no había querido que el traidor se fuera antes porque todavía tenía muchos propósitos que realizar esa noche. Ahora podía dejarlo ir sin ningún problema, sabiendo que había

¹⁶Ibíd., 288.

tiempo suficiente para lo que quedaba por hacer. ... **luego** [Judas] **salió** (Jn 13.30a). Algunos creyeron que había salido a comprar provisiones para **la fiesta** (Jn 13.29). La fiesta de la Pascua que duraba un día era seguida por la fiesta de los panes sin levadura de una semana de duración. Tal vez creyeron que Judas estaba haciendo preparativos para la fiesta posterior.

Juan 13.30 cierra con las siniestras palabras **y era ya de noche**. Henry Alford dice: «Comparto con [Frederick B.] Meyer, la sensación de que hay algo fatal en esta conclusión: “era ya de noche”». ¹⁷

Hay quienes han tratado de defender las acciones traicioneras de Judas, pero Cristo dijo: ... **¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido** (Mt 26.24; vea Mr 14.21). McGarvey escribió: «Las palabras de Jesús le tapan la boca a los apologistas de Judas. Cuando el juez habla así de condenación, ¿a quién se le ocurre debatir por la mitigación de esta?». ¹⁸

El evangelio de Lucas indica que Judas fue puesto al descubierto *después* de la institución de la cena del Señor (Lc 22.19–23), mientras que Mateo y Marcos ubican ese momento *antes* de la institución de ese memorial (Mt 26.25–26; Mr 14.21–22) En este estudio se sigue la cronología de Mateo y Marcos, con la suposición de que Judas salió poco después que Jesús lo puso al descubierto.

En algún momento posterior a la salida de Judas (Jn 13.31a), Jesús se volvió a los demás apóstoles. Habló de ser glorificado (Jn 13.31b, 32) y dijo, **Hijitos, aún estaré con vosotros un poco** (Jn 13.33a). Tenía tanto que hacer y tan poco tiempo para hacerlo.

No está claro cuándo fue que Jesús anunció que Pedro lo negaría. Lucas y Juan ubican el anuncio (Lc 22.34; Jn 13.38) *antes* que Jesús y los demás salieran del aposento alto (Lc 22.39; Jn 14.31c). Según Mateo y Marcos, el anuncio se dio *después* que salieron del aposento (Mt 26.30–34; Mr 14.26–30). Es posible que

¹⁷Henry Alford, *The New Testament for English Readers (El Nuevo Testamento para lectores de inglés)*, vol.1, *The Four Gospels and Acts of the Apostles (Los cuatro Evangelios y Hechos de los apóstoles)*, Part 1: *The Three First Gospels (Los tres primeros evangelios)*, 2d ed. (London: Gilbert y Rivington, 1868), 581.

¹⁸McGarvey y Pendleton, 653.

el anuncio fuera hecho dos veces a modo de énfasis: una vez antes de salir del aposento, y otra después de salir. Aun si esto fue así, la semejanza de los anuncios permite estudiarlos a un mismo tiempo.

Cristo repitió palabras que había dicho anteriormente (Jn 13.33b; vea Jn 7.33–34; 8.21) y luego dijo: **Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otro** (Jn 13.34). Este no era un «mandamiento nuevo» simplemente porque mandara amar a otros; este precepto tenía siglos de antigüedad (vea Levítico 19.18). Antes, ¿era nuevo porque Jesús dijo que había de ser *la clase de amor* que Él tenía por Sus discípulos: «*como yo os he amado*» (énfasis nuestro), Él añadió: **En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros** (Jn 13.35). Alguien ha dicho que a la gente no le importa cuánto sabe usted, sino hasta que se da cuenta de cuánto le importan a usted los demás.

Pedro retomó las palabras de Jesús, cuando este dijo: «aún estaré con vosotros un poco» (Jn 13.33a) y preguntó: **Señor, ¿a dónde vas?** (Jn 13.36a). Cristo respondió: **A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después** (Jn 13.36b). Pedro no entendió que Jesús estaba hablando de morir. El apóstol preguntó: **Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti** (Jn 13.37).

Probablemente con ternura en la voz de Jesús, cuando respondió, diciendo: **Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo** (Lc 22.31). Las mujeres zarandean la harina para eliminar las impurezas; el diablo estaba «zarandeando» a los apóstoles para poner al descubierto las impurezas y aprovecharse de ellas. Ya había logrado que desertara uno (Jn 13.2, 27); deseaba que desertaran más.

Satanás habría tenido en la mira a Simón Pedro en particular, el dirigente y portavoz. Sabiendo esto, Jesús le dijo a Pedro: ... **he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos** (Lc 22.32). El apóstol protestó, diciendo: **Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte** (Lc 22.33). Es probable que Cristo sacudiera la cabeza cuando preguntó: **¿Tu vida pondrás por mí?** (Jn 13.38a;

énfasis nuestro). Dijo con tristeza: **Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces** (Lc 22.34).

Mateo, Lucas y Juan mencionaron sólo un canto del gallo (Mt 26.34; Lc 22.34; Jn 13.38), mientras que Marcos mencionó dos (Mr 14.30). Como ha sucedido con otros pasajes donde un autor mencionó dos elementos de algo y otro mencionó sólo uno (por ejemplo Mt 20.30 y Lc 18.35) esta diferencia no es importante. No hay contradicción: Cuando se tienen dos, también se tiene uno. Marcos sencillamente añadió un detalle del cual no informaron los demás autores.

El Señor se volvió a los diez restantes, diciéndoles: **Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas** (Mt 26.31; énfasis nuestro; vea Zac 13.7). Jesús añadió: **Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea** (Mt 26.32). Tome nota de la promesa de ir a Galilea (vea Mt 28.7, 10, 16; Jn 21.1). Después de Su resurrección, Jesús reuniría a Sus discípulos en Galilea como un pastor reúne su rebaño disperso.

Pedro se negó a aceptar las palabras de Jesús. Declaró: **Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré** (Mt 26.33; énfasis nuestro). Nuevamente el Señor le dijo: **De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces** (Mt.26.34). **Mas [Pedro] él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré** (Mr 14.31a). **Y todos los discípulos dijeron lo mismo** (Mt 26.35b).

Era obvio que los apóstoles no estaban preparados para las dificultades que había adelante. Jesús afirmó nuevamente que Él moriría, citando de Is 53.12 (Lc 22.37). Advirtió a Sus discípulos que, en el futuro, no podían esperar la bienvenida favorable que habían recibido cuando los envió anteriormente (Lc 22.35–36; vea Mt 10; Lc. 10.1–16).

Cuando les recomendó prepararse para el futuro, mencionó la compra de una espada (Lc 22.36). Los discípulos pensaron que se refería a espadas literales y dijeron que tenían dos; Jesús les dijo que con esas dos bastaba (Lc 22.38). El hecho de que dos espadas serían insuficientes para defender a doce hombres, debió de haberles dado una pista en el sentido de que Cristo

no estaba hablando literalmente. No obstante, no atinaron a entender Sus palabras (vea Lc 22.49–51), del mismo modo que no habían atinado a entender lo que había dicho en cuanto a Su inminente muerte.

Se instituye la cena del Señor

(Mt 26.26–29; Mr 14.22–25; Lc 22.19–20; vea 1 Co 11.23–26)

Mateo 26.26–29

²⁶Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. ²⁷Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; ²⁸porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados. ²⁹Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.

Marcos 14.22–25

²²Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. ²³Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos. ²⁴Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada. ²⁵De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

Lucas 22.19–20

¹⁹Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. ²⁰De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.

Cuando la fiesta de la Pascua estaba por concluir, Jesús instituyó el memorial más duradero de todos los tiempos: la cena del Señor. No está claro cuál fue el preciso momento de la noche cuando Jesús instituyó esta cena. Mientras Mateo y Marcos

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

hablan de «mientras comían» (Mt 26.26; Mr 14.22), Pablo indicó que fue «después de haber cenado» (1 Co 11.25). Aparentemente, fue poco antes del final o inmediatamente después del final de la fiesta de la Pascua.

Y mientras comían, tomó Jesús el pan (Mt 26.26a; vea Mr 14.22; Lc 22.19), el pan sin levadura que se usaba durante la Pascua. «... y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí» (1 Co 11.24).

Cuando Jesús dijo: ... **esto es mi cuerpo**, Él estaba usando una figura retórica, la misma figura retórica que usamos cuando mostramos a alguien un retrato y decimos: «Estos son mis nietos». Cristo estaba diciendo que el pan *representaba* Su cuerpo, un cuerpo que dentro de poco estaría colgando de una cruz romana.

«Asimismo tomó también la copa» (1 Co 11.25a). Esta era una copa que estaba llena de **fruto de la vid** (Mt 26.29). Hay quienes conjeturan, diciendo que esta era la tercera copa de la fiesta de la Pascua, que tradicionalmente recordaba a los israelitas la tercera promesa de Éxodo 6.6–7: «... y os redimiré». La forma como se expresa esa promesa antiguotestamentaria es apropiada para la cena del Señor, pero es difícil reconciliar la idea de que esta fue la tercera de cuatro copas con la aseveración de Pablo en el sentido de que Jesús tomó la copa «después de haber cenado» (1 Co 11.25). **Y [...] habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados** (Mt 26.27–28; vea Mr 14.24; Lc 22.20). Al hacer esta aseveración, Jesús reveló que el propósito primordial de Su muerte sería obtener el perdón de pecados de los que hicieran Su voluntad (vea 1 Co 15.3; Ef 1.7).

Esto fue lo que ordenó a los once: «... haced esto [...] en memoria de mí» (1 Co 11.25b). Luego añadió: **Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre** (Mt. 26.29). Como ya se hizo notar, la manifestación terrenal del reino es la iglesia. Cada vez que la iglesia se reúne para participar de la cena del Señor, ella tiene comunión con Cristo. Pablo escribió:

«La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?» (1 Co 10.16–17).

El propósito de Cristo era que la cena del Señor sirviera como un memorial perpetuo que había de continuar hasta Su regreso (1 Co 11.26). La iglesia primitiva participaba de esta fiesta memorial el primer día de la semana, y esa práctica continúa hasta el día de hoy.

APLICACIÓN:
HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ¹⁹
(MT 26.26; MR 14.22; LC 22.19)

Hace años, hubo un popular programa de televisión llamado «Usted está allí». Cada semana, se representaba algún evento histórico y el televidente era, en efecto, llevado a esa ocasión y era introducido en la acción. Algo parecido ocurre cada domingo cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor. C. A. Brown captó la idea en estas palabras:

No hace mucho, atravesé en las alas de la fe el curso de los siglos y visité «la Tierra Santa». Me extendí a lo largo de la tierra de la promesa, la tierra que «fluye leche y miel». Desde Dan hasta Berseba, exploré la tierra donde Abraham, Isaac y Jacob vivieron una vez. Oí a los ángeles cantar con indescriptible gozo cuando Cristo nació y contemplé maravillado al Rey recién nacido.

Anduve con Jesús cuando Este fue por ahí haciendo el bien y sanando a todos los que estaban oprimidos por el diablo. Oí Sus maravillosas palabras de vida y lo vi, con compasión, resucitar a los muertos. Seguí Sus pisadas por las orillas de Galilea y lo vi reprender los elementos y calmar las olas. Entré con él en los hogares de los pobres y de la gente humilde y lo oí predicar a estos las buenas nuevas del reino venidero.

¹⁹Una fuente que se usó para este estudio fue George W. DeHoff, *Gospel Sermons (Sermones del evangelio)* (Murfreesboro, Tenn.: DeHoff Publications, 1953), 168–82.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

Contemplé con una mezcla de indignación y de tristeza cómo Judas traicionó a su Maestro por unas pocas piezas de plata. Observé con angustia cómo llevaron a nuestro Señor a los salones de Pilato, y oí a los testigos falsos dar testimonio en contra de Aquel que no tenía pecado. Vi a los soldados cuando pusieron la corona de espinas sobre la frente limpia y escupieron sobre el rostro santo. Oí a la turba clamar por la sangre de Jesús y los seguí cuando lo llevaron precipitadamente a ser crucificado. Oí los golpes sordos que produjeron los mazos cuando los soldados traspasaron con clavos la carne estremecida para hundirlos en la madera, pero no oí un solo quejido del que yacía postrado sobre la cruz.

Vi la impotente mirada de consternación y de tristeza que se dibujó en el rostro de María, cuando «la espada traspasó el alma de ella», y oí al Hijo de Dios decir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Vi el sol eclipsado por las tinieblas y los elementos que parecían rebelarse al ver la espantosa visión de lo que sucedió ese día en las afueras de la ciudad. Vi tiernas manos que tomaron del madero la forma sin vida y la colocaron amorosamente en un sepulcro nuevo.

A la mañana del tercer día, miré con temor reverencial dentro del sepulcro y oí las palabras de alegría que decían: «No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor». Con los discípulos, subí al monte de los Olivos y miré a Jesús ascender para volver al Padre. Oí a los ángeles decir: «Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo».

Sí, yo estuve allí. Reviví aquellas maravillosas escenas que tan vívidamente se representan en el Nuevo Testamento. Estuve allí, pues mire usted, el pasado día del Señor me reuní con Él a Su mesa, como Él mandó cuando dijo: «Haced esto en MEMORIA de mí».²⁰

²⁰Adaptado de «Yo estuve allí», boletín semanal, 10th and Francis church of Christ, Oklahoma City, h. 1956-60.

Al creer que la cena del Señor es esencial para nuestra experiencia cristiana. Fue instituida por Jesús hace casi dos mil años. La ocasión para ello fue la fiesta de la Pascua que comieron Cristo y Sus apóstoles unas horas antes que Él muriera. El relato bíblico se encuentra en Mateo 26, Marcos 14, Lucas 22 y 1 Corintios 11.

¡Los seres humanos somos tan prontos para olvidar! Es por esta razón que establecemos memoriales, tales como edificios y ceremonias, memoriales cuyo fin es estimular nuestra memoria. La Biblia nos habla de muchos memoriales, entre los cuales se incluye el arco iris que nos recuerda la bondad de Dios (Gn 9.8–17), las piedras de Jacob cuyo propósito fue ayudarlo a recordar que Dios estaba con él (Gn 28.10–22), y la fiesta de la Pascua que conmemoraba cuando los israelitas fueron liberados de Egipto (Ex 12.14). Hoy erigimos lápidas sobre los sepulcros de seres queridos con el fin de que sean recordados. Jesús, sabiendo que la gente olvida pronto, instituyó el más grande memorial de todos: la cena del Señor.

Para ese memorial, Él podía haber elegido cualquier material que deseara. Entre los que se podían haber usado se encuentran el mármol, los metales preciosos, las joyas de inestimable valor, porque Él es digno del más costoso memorial que jamás se construyó. No obstante, eligió dos de los elementos más comunes de toda la tierra.

1. *Pan.* «Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo» (Mt 26.26). El pan es tal vez el alimento más universal que existe; casi todo el mundo come pan. El trigo, el ingrediente primordial de la mayoría de los panes, es uno de los granos más comunes que hay sobre la tierra.

¿Qué clase de pan usó Cristo? Se sabe de los que, por falta de conocimiento, han usado galleta salada, pan francés u otros panes leudados, cuando celebran la cena del Señor. Hay que recordar, sin embargo, que Jesús instituyó el memorial durante la fiesta de la Pascua (Mt 26.19). Durante esa fiesta, se eliminaba toda levadura⁶ de la casa (Ex 12.15); de modo que el único pan que se usaba durante la fiesta era pan sin levadura (Ex 12.8). *Este* fue el pan que se usó para instituir la cena del Señor. El pan sin

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

levadura es especialmente apropiado para representar el cuerpo de Jesús: En el Nuevo Testamento, se usa a menudo la levadura para representar la influencia avasalladora del pecado (vea 1Co 5.8). El pan sin levadura es un símbolo apropiado del cuerpo sin pecado de Cristo (He 4.15).

2. *El fruto de la vid.*

Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos [...] Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre (Mt 26.27–29).

En aquel tiempo y lugar, la expresión «fruto de la vid» se refería al fruto de la parra. Podría hacerse notar que en los pasajes de la cena del Señor no se usa la palabra griega que significa «vino» (οἶνος, *oinos*) no es utilizada en los pasajes de La Cena del Señor sino que se usa «fruto de la vid», (τοῦ γενήματος τῆς ἀμπέλου, *tou genēmatos tēs ampelou*), una expresión que incluye el jugo de uva. Las uvas son también un artículo alimenticio común; aunque no tan universales como el trigo, las uvas pueden comprarse en la mayoría de los lugares. Como se dijo del pan, el «fruto de la vid» es apropiado para esta parte del servicio de la comunión. Sea casualidad o no, lo cierto es que a muchos de nosotros el tinte rojizo de la mayoría de los jugos de uva²¹ nos parece apropiado para representar la sangre de Jesús.

Jesús instituyó este sencillo memorial usando dos sencillos ingredientes: el pan sin levadura y el fruto de la vid. Lamentablemente, esto es *demasiado* sencillo para algunos, y han convertido el servicio de la comunión en una representación mística. Se ha desarrollado una elaborada ceremonia conocida como «la misa», durante la cual (según se afirma) el pan se convierte en la carne literal de Jesús, y el vino se convierte en la sangre literal de Jesús. (Ellos reconocen que estos elementos siguen *pareciendo* y *sabiendo* a pan y a vino, pero insisten en que,

²¹Esto no significa que sólo se puede usar jugo de uva rojo. Bastará con el jugo de uva de cualquier color.

a pesar de esto, son la carne literal y la sangre literal del Señor.) Para defender esta posición, apuntan que Jesús dijo: «... esto *es* mi cuerpo» y: «... esto *es* mi sangre» (Mt 26.26, 28; énfasis nuestro).

Es necesario tener sentido común para interpretar la Biblia. En vista de que Jesús estaba presente delante de Sus discípulos, con Su cuerpo intacto y la sangre fluyendo por sus venas, Él no podía estar dando a entender que el pan y el vino eran Su carne y Su sangre en el sentido literal de estos términos. En ese momento, Él estaba usando una figura retórica, algo que hizo a menudo. Anteriormente había dicho: «Yo *soy* la vid» y: «Yo *soy* la puerta» (Jn 15.5; 10.9; énfasis nuestro). Con esto no estaba diciendo que fuera una vid en el sentido literal de la palabra (no tenía racimos de uva colgando de Él). Tampoco estaba diciendo que fuera una puerta en el sentido literal del término (Él no estaba girando sobre los goznes de un marco de puerta). Lo que estaba diciendo era que había aspectos de semejanza entre Él y una vid, y entre Él y una puerta. Él estaba usando una figura retórica cuando dijo: «... esto *es* mi cuerpo» y: «... esto *es* mi sangre» (énfasis nuestro).

La gente ha escuchado que La Cena del Señor se ha llamado de muchas maneras como : «Eucaristía», «misa» y «sacramento», y se preguntan: «¿Cómo *debería* llamarse esta ceremonia?» En las Escrituras hay cuatro términos que se refieren a este memorial: «la cena del Señor» (1 Co 11.20);" «el partimiento del pan» (Hch 2.42; vea Hch 20.7); «la comunión» (1 Co 10.16) y «la mesa del Señor» (1 Co 10.21). Es bueno que nos mantengamos dentro de la terminología bíblica (1 P 4.11).

Tal vez la pregunta que más se plantea es «¿*Cuándo* debemos participar?». Cuando Jesús instituyó el memorial, Él dijo: «Así, pues, *todas las veces* que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis...» (1 Co 11.26; énfasis nuestro), sin decir cuán a menudo ni cuándo. Algunos, por lo tanto, han concluido que pueden participar cuando deseen. En el rótulo de una iglesia de una ciudad cercana se leía este mensaje: «Domingo: Santa comunión [hora]; Miércoles: Santa comunión [hora]; Jueves y días santos: Santa comunión [hora]».

La respuesta bíblica a la pregunta del «cuándo» se encuentra

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

en el ejemplo de la iglesia primitiva: los cristianos participaban de la cena del Señor «el primer día de la semana» (Hch 20.7), el día especial de reunión pública de la iglesia primitiva (1 Co 16.1–2). No hay precedente bíblico para tener la comunión cualquier otro día que no sea el primero de la semana. El primer día de la semana (el que llamamos domingo) trae recuerdos especiales a los cristianos: Cristo resucitó el primer día de la semana y apareció a Sus discípulos ese día (Mt 28.1–6 y nuevamente en Jn 20.26). La iglesia fue establecida el primer día de la semana (Hch 2.1–4; Lv 23.15–16).

La información bíblica también indica que la iglesia primitiva participaba de la cena del Señor cada primer día de la semana: Se reunían «el primer día de cada semana» (1 Co 16.2) y cuando se reunían, lo hacían «*para* partir el pan» (Hch 20.7; énfasis nuestro). En la KJV se lee sencillamente: «el primer día de la semana»; pero en vista de que toda semana tiene un primer día, el mandamiento es para *cada* primer día. (Vea un paralelo antiguotestamentario, en Éxodo 20.8. «Acuérdate *del* día de reposo» significaba que *cada* séptimo día de la semana debía santificarse.) En vista de que cada culto del día del Señor se centraba en el servicio de la comunión, ellos debieron de haberla observado semanalmente. Esta conclusión es confirmada por autores cristianos no inspirados de los primeros siglos de la iglesia.²² El historiador John Laurence Mosheim escribió: «El culto cristiano consistía en himnos, oraciones y lectura de las Escrituras, un discurso que se presentaba al pueblo, y concluía con la celebración de la cena del Señor».²³

Otra pregunta pertinente es «¿*Para quiénes* se pensó el memorial?». Cristo dijo que el fruto de la vid representa Su «sangre» que «por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mt 26.28). Por lo tanto, tiene significado especial para los que han experimentado esa remisión que se compró con sangre (Hch 2.38; 20.28; Ap 1.5–6). Además, Jesús indicó que la cena es una institución del reino (Mt 26.29). En vista de que el reino es la

²²Entre estos autores se encontraba Justino Mártir (*Apología* 1.67).

²³John Laurence Mosheim, *An Ecclesiastical History, Ancient and Modern* (*Una historia eclesiástica, antigua y moderna*), trad. Archibald Maclaine, vol. 1 (New York: Harper & Brothers, 1871), 303.

iglesia (Mt 26.18–19), el memorial es para miembros de la iglesia del Señor. En vista de esto, en algunas partes del mundo, solamente se invita a los cristianos a participar en el servicio de la comunión. En la mayoría de los lugares, las congregaciones creen que se puede aplicar 1 Corintios 11.28 a esta situación: «... pruébese cada uno a sí mismo». Por lo tanto, ellos permiten que cada uno de los presentes durante la comunión decida por sí mismo si participa o no.

Llegamos ahora a la pregunta más importante de todas: «¿Cuál es el *propósito* de la cena del Señor?». Nuevamente, hay quienes no están satisfechos con «la sencillez» (2 Co 11.3) del plan de Dios y le atribuyen bendiciones místicas a la ocasión. Hay quienes incluso enseñan que el propósito de participar es obtener la remisión de pecados.

Según el Nuevo Testamento, la cena del Señor es un servicio *memorial*. La mayoría de nosotros tenemos recuerdos —fotografías y objetos— que nos ayudan a recordar personas y eventos especiales. Del mismo modo, nos reunimos alrededor de la mesa del Señor para recordarlo a Él y Su sacrificio. Se ha insinuado que, cuando participamos de la comunión, debemos mirar en cinco direcciones:

1. Debemos mirar hacia *atrás*, hacia la cruz y recordar lo que Jesús hizo por nosotros.
2. Debemos mirar hacia *arriba*, a Jesús, que está ahora en el cielo. Al participar de la cena del Señor, confirmamos que Él resucitó de entre los muertos y ascendió a Su Padre.
3. Debemos mirar hacia *adelante*, hacia la segunda venida de Cristo. Pablo escribió que la muerte del Señor anunciamos «hasta que él venga» (1 Co 11.26). En un sentido, el servicio de la comunión actúa como una promesa de Su regreso. Al participar, tenemos una muestra del «gran banquete de bodas» en el cielo, donde estaremos en comunión con Él (Ap 19.7, 9).
4. Debemos mirar hacia *afuera*, a los demás cristianos. No sólo tenemos comunión con Cristo, sino que también la tenemos unos con otros al participar de «la copa de bendición» y de «el pan» (1 Co 10.16). «Siendo uno solo

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan» (1 Co 10.17)

5. Debemos mirar hacia *adentro*, al probarse cada uno a sí mismo. «Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa» (1 Co 11.28).

¿Cómo debemos *prepararnos* para este maravilloso memorial? Es necesaria una preparación general, así como una especial. Por lo general, debemos preparar el corazón y la vida para la cena del Señor del mismo modo que debemos prepararnos para toda adoración que le rindamos al Todopoderoso. Pablo les dijo a los Co: «No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios» (1 Co 10.21). «La copa de los demonios» y «la mesa de los demonios» son expresiones que se refieren a alimentos que habían sido sacrificados a los ídolos. Habrían sido inconsecuentes si ellos comían carne sacrificada a los ídolos el sábado y participaban de la cena del Señor el domingo. Del mismo modo, nosotros debemos tratar de hacer todo lo posible por vivir de modo consecuente con los principios de Cristo.

También debemos prepararnos de modo especial para participar. Me refiero a preparar el corazón, a tener un estado de ánimo apropiado. Recuerde lo que escribió Pablo en 1 Corintios 11:

De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por del tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí (vers.^{os} 27–29).

A veces se hacía referencia a la necesidad de ser «digno» para participar de la cena; sin embargo, la palabra que se usa en el texto no es «digno», sino «dignamente». No es a nuestro carácter a lo que se hace referencia, sino a *cómo participamos* del pan y del fruto de la vid. En la NASB se lee «*de manera* indigna». Ninguno

de nosotros es digno de participar de la comunión, pero podemos participar de una manera digna por medio de concentrarnos en lo que la cena del Señor representa.

La mayoría de los cristianos desarrollan sus propias maneras de enfocar su mente en el sacrificio de Jesús durante el servicio de la comunión. Ya insinuamos las cinco direcciones en que podemos mirar. He aquí algunas otras ideas. Algunos se imaginan la cruz en su mente y reconstruyen mentalmente el sufrimiento de Cristo. Algunos se concentran en el significado de la cruz: lo que significa para ellos y para aquellos que aman. Algunos leen pasajes de la Biblia que hablan de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Algunos leen la letra de grandes himnos que expresan lo que el Señor hizo por nosotros. No hay dos personas que participen del mismo modo; cada persona aborda el momento de un modo ligeramente diferente. Cual sea el medio que usemos para enfocar nuestra mente durante el servicio de la comunión, lo cierto es que debemos pasar ese tiempo con nuestros pensamientos centrados en el sacrificio del Señor.

En conclusión, es muy importante participar de la cena del Señor cada día del Señor. Si eligiéramos faltar al servicio de la comunión, estaríamos incurriendo en lo siguiente:

Desobedeceríamos un mandamiento de Cristo. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15; vea Jn 15.14).

Nos perderíamos una oportunidad para recordar al Señor. Él dijo: «... haced esto en memoria de mí» (1 Co 11.24).

Desaprovecharíamos una oportunidad para anunciar Su muerte. Jesús dijo que todas las veces que comamos este pan y bebamos la copa, Su muerte anunciamos (1 Co 11.26).

Daríamos a entender que la sangre de Jesús tiene poco valor para nosotros. Llegamos a ser como el hombre que «[tiene] por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado» (He 10.29).

Seríamos mal ejemplo para los demás, especialmente para los que dan sus primeros pasos en la fe. Cristo dijo que si hacemos tropezar a un creyente, mejor nos fuera que se

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

nos colgase al cuello una piedra de molino de asno y que se nos hundiese en lo profundo del mar (Mt 18.6).

Anunciaríamos a los demás que la nuestra es una religión de conveniencia y no de convicción. Demostraríamos que no tenemos claro qué es lo más importante, que no hemos aprendido a poner lo más importante en primer lugar (Mt. 6.33).

Que podamos adorar regularmente con los Santos y participar de la Cena del Señor.

Se da ánimo y se hace advertencia a los apóstoles
(Jn 14.1—16.33)

Juan 14.1–31

¹No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. ²En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. ³Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. ⁴Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. ⁵Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? ⁶Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. ⁷Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.

⁸Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. ⁹Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¹⁰¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. ¹¹Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.

¹²De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. ¹³Y todo lo que pidieris al Padre en mi nombre,

lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. ¹⁴Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.

¹⁵Si me amáis, guardad mis mandamientos. ¹⁶Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: ¹⁷el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.

¹⁸No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. ¹⁹Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. ²⁰En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. ²¹El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. ²²Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? ²³Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. ²⁴El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.

²⁵Os he dicho estas cosas estando con vosotros. ²⁶Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho. ²⁷La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. ²⁸Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habrías regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo. ²⁹Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis. ³⁰No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí. ³¹Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vamos de aquí.

Juan 15.1–27

¹Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. ²Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. ³Ya vosotros

estáis limpios por la palabra que os he hablado. ⁴Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. ⁵Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. ⁶El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. ⁷Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. ⁸En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. ⁹Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. ¹⁰Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. ¹¹Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

¹²Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. ¹³Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. ¹⁴Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. ¹⁶No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. ¹⁷Esto os mando: Que os améis unos a otros.

¹⁸Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. ¹⁹Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. ²⁰Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. ²¹Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. ²²Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. ²³El que me aborrece a mí, también a mi Padre

aborrece. ²⁴Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. ²⁵Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron. ²⁶Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. ²⁷Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.

Juan 16.1–33

¹Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. ²Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. ³Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. ⁴Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.

Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros. ⁵Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? ⁶Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. ⁷Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. ⁸Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. ⁹De pecado, por cuanto no creen en mí; ¹⁰de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; ¹¹y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.

¹²Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. ¹³Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. ¹⁴El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. ¹⁵Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.

¹⁶Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre. ¹⁷Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

veréis; y, porque yo voy al Padre? ¹⁸Decían, pues: ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla. ¹⁹Jesús conoció que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis? ²⁰De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. ²¹La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. ²²También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. ²³En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. ²⁴Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.

²⁵Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. ²⁶En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, ²⁷pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios. ²⁸Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.

²⁹Le dijeron sus discípulos: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices. ³⁰Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios. ³¹Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? ³²He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. ³³Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.

Se acercaba la hora de la muerte de Jesús. Veremos cuánto les recaló a Sus discípulos que la hora de Su partida había llegado (Jn 14.2–3, 12, 19, 28, 30; 16.7, 16, 28; 17.1, 13; vea 13.33). En un sentido, Juan 14—17 presenta a Jesús haciendo «preparativos

de última hora». El texto comienza con «El gran discurso de despedida» pronunciado a los apóstoles (capítulos 14—16) y concluye con la oración intercesora del Señor (capítulo 17). H. I. Hester llamó a estos capítulos «uno de los más grandes tesoros de la fe cristiana».²⁴ John Franklyn Carter dijo: «En las preciosas expresiones [...] el discípulo amado nos ha dado un vislumbre de la vida emocional del Señor Jesús, vislumbre que no se encuentra en ningún otro pasaje de los evangelios».²⁵ F. LaGard Smith escribió: «Cada palabra que Jesús dice refleja la preocupación que siente al dejar a estos hombres para que terminen la obra que él ha comenzado».²⁶

Espacio no nos permite un estudio detallado de verso por verso de estos grandes capítulos. Por lo tanto, repasaremos los capítulos, destacando algunos de los temas cubiertos. Luego, unas notas explicatorias serán añadidas con respecto a algunos de los versículos. Al analizar Juan 14-17, tenga presente que Jesús estaba ante todo hablando a Sus discípulos. Puede hacerse aplicación general de muchos de los versículos, pero debemos tener cuidado de no reivindicar para nosotros promesas que se hicieron exclusivamente a estos hombres (por ejemplo, Jn 14.26).

Cuando Cristo habló de su partida, los discípulos se llenaron de tristeza (Jn 16.6). Por lo tanto, «El gran discurso de despedida» comenzó con palabras de ánimo: **No se turbe vuestro corazón** (Jn 14.1a). Más adelante, Jesús dijo: **La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo** (Jn 14.27; vea Jn 16.33). La «paz» que el mundo da depende de circunstancias favorables y es, por lo tanto, temporal. La paz de Jesús no depende de circunstancias favorables, proviene de adentro, y puede, por lo tanto, perdurar.

El discurso estaba lleno de palabras concebidas para consolar y fortalecer. El Señor les aseguró a los apóstoles Su amor (15.9, 12) y los llamó **amigos** (Jn 15.15). Les prometió que, aunque

²⁴Hester, 199.

²⁵Carter, 292.

²⁶Smith, 1462.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

estuvieran tristes en el momento, la tristeza de ellos se convertiría en gozo (16.20–22; vea 15.11). Él se daba cuenta perfectamente de que sólo le quedaban algunas horas de vida (vea 14.30; 16.20, 32; 17.1). No obstante, Él estaba preocupado por Sus apóstoles. Es inspirador el desinterés del Señor y Su consideración para con los demás.

Cristo informó a Sus discípulos de las razones por las que era necesaria Su partida. En primer lugar, el plan siempre había sido que, después que hubiera venido a la tierra, Él volviera a Su Padre (Jn 14.28; Jn 16.5, Jn 28). En ese momento, se le restituiría Su antigua gloria (Jn 17.5). Jesús les dijo a los discípulos: **Si me amarais, os habrías regocijado, porque he dicho que voy al Padre** (Jn 14.28).

No obstante, Cristo recalcó principalmente cómo Su partida beneficiaría a Sus apóstoles. Les dijo: **voy [...] a preparar lugar para vosotros** (Jn 14.2b). Además, les informó a Sus discípulos de que era más lo que podía hacer por ellos estando a la diestra de Dios, que estando sobre la tierra. Esto fue lo que dio a entender al hablar acerca de *orar en Su nombre*. Hasta entonces, la oración no había sido en el nombre de Jesús (Jn 16.24); pero después que volviera a Su Padre, Él se convertiría en el mediador de ellos (1 Ti 2.5); intercedería por Sus seguidores (Ro 8.34; He 7.25; 9.24; 1 Jn 2.1). Les prometió que, en el futuro, lo que pidieran en Su nombre sería concedido (Jn 14.13–14; 15.16; 16.23–24). Esta promesa está condicionada a que se viva la clase de vida que Dios puede bendecir (1 Jn 3.22) y a que se pida «conforme a su voluntad» (1 Jn 5.14).

El énfasis en orar «en el nombre de Jesús» continúa por el Nuevo Testamento (vea Ef 5.20; Col 3.17). Debemos entender que esto significa más que sencillamente decir la expresión «en el nombre de Jesús» al final de las oraciones. Más bien, orar en el nombre de Jesús incluye un reconocimiento de quién es Cristo, dónde está Él y lo que Él puede hacer por nosotros. La oración debe ser una expresión de nuestra fe y confianza en Aquel que intercede a favor nuestro.

Cuando Jesús les explicaba por qué se estaba yendo, Su pensamiento *principal* era que Él tenía que irse con el fin de que el Espíritu Santo pudiera venir. Dijo: **Pero yo os digo la verdad:**

Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré (Jn 16.7). Algunos versículos más adelante, Cristo identificó a este «Consolador» como **el Espíritu** (Jn 16.13). Tres años atrás, Juan el Bautista había dicho que él bautizaba con agua, pero que el Mesías bautizaría con el Espíritu Santo (Mr 1.8). Ese bautismo del Espíritu Santo estaba a menos de dos meses de cumplirse (Hch 1.5, 8; 2.1–4, 33). Jesús, por lo tanto estimó conveniente darles a Sus apóstoles una explicación preliminar en cuanto a la nueva relación que tendrían con el Espíritu. En Jn 14—17 se habla más del Espíritu, que en el resto de los evangelios juntos.

Jesús no explicó por qué tenía que partir para que el Espíritu pudiera venir. Anteriormente, en el evangelio de Juan, el apóstol escribió que «aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Jn 7.39). Por alguna razón, Jesús tenía que morir, ser resucitado y ascender a Dios para que el Espíritu pudiera venir. Tal vez el significado está en que el Espíritu no podía venir a revelar el evangelio completo de Cristo, sino hasta después de Su muerte, sepultura y resurrección (las verdades centrales del evangelio; 1 Co 15.1–4).

Como una introducción a un breve estudio de Jesús enviando el Espíritu, leamos una vez más estas palabras de Juan 16.7: «Os conviene que yo me vaya.» Esto puede relacionarse con la extraordinaria promesa de Cristo en Juan 14.12: **El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre** (énfasis nuestro). Los apóstoles no hicieron obras (milagros) mayores que las de Jesús en *calidad*, después de todo «un siervo no es mayor que su señor» (Jn 13.16), pero pueden haberlas hecho mayores en *cantidad* (vea Hch 5.12). Muchos autores creen que «mayores obras» es una referencia a predicar el evangelio y a la conversión de miles. En el contexto, el significado más natural de la palabra «obras» es «milagros», pero Jesús puede haber empleado un juego de palabras, dando a entender esto: «He hecho grandes obras [milagros], pero cuando ustedes conviertan almas, eso será obra mayor [más importante] que todos los milagros que yo hice». Ellos hicieron estas obras por el poder del Espíritu (vea Hch 1.8; Ro 15.19). Cristo recalcó que Su partida haría esto posible.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

Jesús aseguró a Sus discípulos que no los dejaría **como huérfanos** (Jn 14.18), porque estaba enviando a alguien que le reemplazaría: el Espíritu Santo. Él Dijo: **yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre** (Jn 14.16). Jesús había sido el Consolador de ellos; ahora enviaría *otro* Consolador: el Espíritu. Cristo había estado con ellos tres años solamente, pero el nuevo Consolador estaría con ellos «para siempre». El Espíritu Santo estaría con los apóstoles para el resto de la vida de ellos y estará con los cristianos hasta el fin del mundo.

El Espíritu es parte de la «Divinidad» o la «deidad» (Hch 17.29; Ro 1.20; Col. 2.9) La palabra griega que se traduce por «Divinidad» se refiere al estado o las cualidades de ser Dios. La NASB traduce la palabra por «la Naturaleza Divina» o «Deidad».

La Deidad aveces es llamada «Trinidad» (Mt. 28.19), es una palabra del latín que significa «tres en uno». Es una palabra apropiada para hacer referencia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. En Juan 14.16 cada uno de los Tres es visto como una Personalidad separada: «... yo [el Hijo] rogaré al Padre, y [el Padre] os dará otro Consolador [el Espíritu Santo]». Para muchos, el Espíritu Santo es la Persona más misteriosa de la Deidad. Sin embargo, El Padre mismo es Espíritu (Jn 4.24), y es santo (1 P 1.15). Por lo tanto, cual sea el concepto que usted tenga en cuanto al Padre, transfíralo al Espíritu y estará bastante acertado.

Aunque los Tres Seres de la Deidad son iguales en naturaleza y poder, hay aparentemente alguna división de labores y responsabilidades. Por ejemplo, al Espíritu Santo se le atribuye la inspiración de las Sagradas Escrituras (2P 1.21; vea Mr 12.36; Hch 1.16; 4.25). Juan 14—16 nos da un vislumbre de Su obra en la iglesia primitiva. Vendría bien una reseña de pasajes clave de estos capítulos.

Juan 14.16–17a: Como ya se vio, Jesús les dijo a los apóstoles que Él enviaría «otro Consolador». La palabra griega que se traduce por «Consolador» es *παράκλητος* (*paraklētos*), que combina una forma sustantivada del verbo «llamar» (*καλέω*, *kaleō*) con una preposición que significa «junto a» (*παρά*, *para*). Juan fue el único autor neotestamentario que usó esta palabra.

La usó en Juan 14—16 para referirse al Espíritu Santo (14.16, 26; 15.26; 16.7) y en 1 Juan para referirse a Jesús (1 Jn 2.1). Se refiere a «uno que es llamado para estar junto a» para ayudar o asistir. No hay palabra en nuestro idioma que realmente exprese el significado del término griego, que es traducido de diferentes maneras: «Ayudador» (NASB, NKJV), «Consolador» (KJV), «Consejero» (NIV, RSV) y «Abogado» (NRSV). Cristo identificó a este ayudador/consolador/consejero/abogado como «el Espíritu de verdad». Se le designa de las anteriores maneras porque reveló toda la verdad y sólo habla la verdad (Jn 14.26; vea Jn 17.17).

Juan 14.17b: El mundo (esto es, el sistema mundial que rehusó aceptar a Cristo) no llenaba los requisitos para ver, conocer o recibir al Espíritu. Por otro lado, los apóstoles sí los llenaban, por la fe y la fidelidad de ellos. En el pasado, el Espíritu Santo había estado *con* ellos. Habían estado en la presencia de Jesús, que estaba «lleno del Espíritu Santo» (Lc 4.1), y Él había compartido con ellos Su poder dado por el Espíritu (Mt 10.8). Ahora no pasaría mucho tiempo para que estuviera *en* ellos. El Espíritu Santo está en todos los cristianos (Hch 2.38; 2 Ti 1.14), pero no de la misma forma que estuvo en los apóstoles. Estos fueron llenos milagrosamente del Espíritu (Hch 2.4; vea Jn 5.12). El cumplimiento de esta promesa se realizó cincuenta días después, en la fiesta judía de Pentecostés (Hch 2.1–4, 33).

Juan 14.26: Jesús les había enseñado muchas cosas a los discípulos, pero estaba consciente de que ellos no recordaban mucho de lo que Él había dicho. También tenían necesidad de información adicional, pero no tenía tiempo para dar a conocer una parte de ella (Jn 4.30) y no estaban preparados para recibir otra parte de ella (Jn 16.12). Cuando el Espíritu Santo viniera, Él revelaría a los apóstoles todo lo que Dios deseaba que estos conocieran. Esta revelación incluiría recordarles lo que Cristo les había enseñado anteriormente.

Juan 15.26: El propósito principal de la obra del Espíritu Santo sería dar testimonio de Jesús (vea Jn 16.14). Como el sol ilumina la tierra, así también el propósito primordial de la revelación del Espíritu fue (y es) exaltar a Cristo y el evangelio (vea 1 Co 2.2; 15.1–4). Una de las razones por las que el Espíritu Santo es una

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

entidad desconocida para algunos, es que el propósito que tuvo para venir no fue revelarse Él mismo. Hay muchas referencias al Espíritu en el Nuevo Testamento, pero no tenemos de Él la plena revelación que sí tenemos del Padre y del Hijo. Tiene provecho estudiar lo que el Nuevo Testamento dice acerca del Espíritu, pero debemos tener cuidado de poner énfasis donde el Espíritu mismo lo puso, y no exaltarlo a Él ni exaltar Su obra por encima del Padre y del Hijo.

Juan 16.7–14: Cuando el Espíritu Santo viniera, Él haría algo por el *mundo* incrédulo y algo por los *apóstoles*: 1) Convencería **al mundo de pecado, de justicia y de juicio** (Jn 16.8). No es que el Espíritu Santo convencería al mundo de estas cosas por medio de flotar en forma de fantasma por las autopistas y las vías poco transitadas de la tierra.²⁷ Más bien convencería a los pecadores por la Palabra que Él inspiró (Jn 17.20). 2) En cuanto a los apóstoles, Él les guiaría **a toda la verdad** (Jn 16.13), hablando solamente lo que el Padre le dijera. (En la KJV se lee: «no hablará de sí mismo.» La forma como se expresa esto puede dar la impresión de que el Espíritu no diría nada acerca de sí mismo, cuando en realidad no es esto lo que dice. El significado parece quedar mejor expresado por la frase: **no hablará por su propia iniciativa**. «Toda la verdad» revelada a los apóstoles fue puesta por escrito, y tenemos esta verdad en las páginas del Nuevo Testamento. La familiar palabra «Escrituras» se refiere a la Palabra de Dios *escrita* (vea 2 P 3.15–16). La revelación de Dios para nosotros es completa; no es necesario que Él dé revelación adicional (vea Jud 3; 2 P 1.3; Gá 1.6–9).

Además de la promesa de Jesús de enviar al Espíritu para ayudar a los apóstoles, Él les dio otra promesa alentadora. Él prometió que estaría con ellos nuevamente (vea, por ejemplo, Jn 14.3; 16.22). En Jn 14—16, cuando Cristo habló acerca de volver a los apóstoles, se refirió a que volvería en por lo menos tres sentidos: 1) Después de Su resurrección, Él estaría con ellos durante los cuarenta días anteriores a Su ascensión. Este hecho parece ser el énfasis primordial de 16.16–22. Jesús habló

²⁷ Adaptado de Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary* (Comentario expositivo de la Biblia), vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 362.

deliberadamente de forma poco clara en este pasaje (vea Jn 16.25); sin embargo, el punto de vista que más se relaciona con la expresión **un poco**, es el de que estaba hablando de Su resurrección (Jn 16.16–19). 2) Después de Su ascensión, Él estaría con Sus discípulos espiritualmente (Mt 18.20; 28.20). Jesús vinculó esta verdad con la venida del Espíritu (Jn 14.18, 23). Una de las designaciones que se le da al Espíritu Santo es la de «Espíritu de Cristo» (Ro 8.9; Fil 1.19; 1 P 1.11). 3) Algún día, Él volverá a llevar a los Suyos (en la segunda venida). Esta era la promesa principal que Jesús tenía en mente en Juan 14.3.

Jesús tenía muchas verdades que deseaba dar a conocer a Sus discípulos la noche anterior a Su muerte. Gran parte de lo que dijo puede agruparse en dos categorías. Esto fue lo que, de hecho, dijo:

1. «*Necesitan mantener una relación apropiada conmigo*». Juan 15 comienza con la alegoría de la vid y los pámpanos. Cristo les dijo a Sus discípulos: **Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer** (Jn 15.5). Del mismo modo que los nutrientes que dan vida a la vid fluyen hasta los pámpanos o ramas de esta, nuestra vida espiritual proviene del Señor. Es imperativo que nos mantengamos cerca de Él. Cristo sabía cuán fácilmente podían dispersarse Sus seguidores (16.32; vea Mt 26.31). Les rogó que permanecieran en Él y en Su amor (Jn 15.4–7, 9–10). En el texto bajo estudio, dio dos sugerencias prácticas sobre mantener una relación apropiada con Él.

Señaló que debemos *fortalecer nuestra fe*. Juan 14 comienza haciendo énfasis en la fe: ... **creéis en Dios, creed también en mí** (Jn 14.1b; En la NIV se lee: «Confíais en Dios, confiad también en mí»). Un poco más adelante, Jesús dijo: **Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí** (Jn 14.6). Luego añadió esta afirmación: **El que me ha visto a mí, ha visto al Padre** (Jn 14.9b). ¿Creemos estas grandiosas verdades? Si deseamos mantener una relación apropiada con el Señor, no hay mejor ingrediente que una sólida fe. (Vea otros pasajes de Juan 14–17 que hablan sobre la fe, en 16.30–31; 17.8, 20–21.)

También dijo que Sus seguidores *deben valorar Su palabra*. La fe en Cristo no se produce aparte de Su Palabra. La fe viene por

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

la Palabra (Jn 17.20; vea Ro 10.17). Jesús recalcó la importancia de conocer y obedecer Su Palabra. Esto fue lo que les dijo a Sus discípulos: **Si [...] mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho** (Jn. 15.7). Y otra vez dijo: **El que me ama, mi palabra guardará** (Jn 14.23; vea 14.15, 24; 15.10, 14).

Cristo les dio ejemplos concretos de lo que Sus seguidores debían hacer. Por ejemplo, hemos de vivir una vida que dé fruto (Jn 15.8, 16) y dar a conocer nuestra fe a los demás. Jesús estaba enviando a Sus apóstoles al mundo del mismo modo que Él fue enviado al mundo (Jn 17.3, 8, 18, 21, 23), con el fin de que pudieran dar testimonio acerca de Él (Jn 15.27). Sin embargo, podemos hacer aplicación a nosotros mismos, porque la comisión que los envió al mundo también se aplica a nosotros.

2. *«Necesitan mantener una relación apropiada unos con otros».* Para mantener una relación apropiada con el Señor, también debemos mantener una relación apropiada unos con otros (vea 1 Jn 4.20). Los apóstoles se habían fragmentado (Lc 22.24); la única esperanza de ellos para sobrevivir las arremetidas del mal, residía en estar unidos (Jn 17.11; vea 17.20–23).

La clave de la unidad es el *amor*. Era tanto lo que Jesús tenía que decir acerca del amor en Su discurso final: Dios lo amaba a Él (Jn 15.9), Él amaba a Dios (Jn 14.31), Jesús amaba a los discípulos (Jn 15.9, 12) y ellos lo amaban a Él (Jn 14.15, 21, 23, 28). Ellos también habían de amarse unos a otros. Ya les había dado el desafío de amarse unos a otros como Él los había amado (Jn 13.34). Ahora repetía: **Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado** (Jn 15.12; vea 15.17). Para evitar cualquier malentendido sobre lo que quiso decir con amar como Él amó, añadió: **Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos** (Jn 15.13). Dentro de poco tiempo, Él estaría poniendo Su vida por ellos, en la cruz. Por supuesto que el amor de Jesús superaba este criterio, pues Él dio Su vida incluso por Sus enemigos (Ro 5.8–10).

Jesús sí podía prever el futuro, de modo que Él sí pudo hacerles advertencias pertinentes a Sus discípulos. Le dio atención especial a la persecución que aguardaba más adelante a Sus seguidores. Hasta ese momento, el odio del mundo se había

centrado en Él (Jn 15.18, 24); pero después que Él se fuera, ese odio se pasaría a ellos (Jn 15.20; vea 17.14–18). Les advirtió a Sus apóstoles, diciendo: **Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios** (Jn 16.2). Saulo, esto es, Pablo, fue un ejemplo de esto. Cuando Él perseguía a los cristianos (Hch 8.1, 3; 9.1–2), pensaba que estaba haciendo la voluntad de Dios (Hch 26.9; Gá 1.13–14). Todo esto Jesús lo anunció con el fin de evitarles **tropiezo** cuando las pruebas vinieran (Jn 16.1; vea 16.4). Añadió estas palabras de ánimo: **En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo** (Jn 16.33).

Se ruega al Padre (Jn 17.1–26)

¹Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: **Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti;** ²como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. ³Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. ⁴Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. ⁵Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.

⁶He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. ⁷Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; ⁸porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. ⁹Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, ¹⁰y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. ¹¹Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. ¹²Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese. ¹³Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

gozo cumplido en sí mismos. ¹⁴Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ¹⁵No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. ¹⁶No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ¹⁷Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. ¹⁸Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. ¹⁹Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

²⁰Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, ²¹para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. ²²La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. ²³Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. ²⁴Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. ²⁵Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. ²⁶Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

Jesús terminó Su sesión con los discípulos con la conmovedora oración que se recoge en Juan 17. Robert Duncan Culver llamó a esta oración «la más íntima comunión de la tierra con el cielo, que se ha recogido en los anales de la humanidad».²⁸ Warren Wiersbe escribió: «Juan 17 [...] es el “lugar santísimo” de los anales del evangelio... ¡[Se] nos concede el privilegio de oír cuando Dios Hijo conversa con Su Padre justo en el momento en que está a punto de dar Su vida en rescate por los pecadores!».²⁹

La oración de Juan 17 se compone de tres partes. En la

²⁸Robert Duncan Culver, *The Life of Christ (La vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 237.

²⁹Wiersbe, 367.

primera, Jesús se refirió a Su relación con el Padre (vers.^{os} 1–5). Lo único que pidió para Él mismo fue que pudiera ser glorificado (vers.^{os} 1, 5; vea vers.^o 24; 12.23–24, 27–28). En la segunda parte, Cristo oró por los apóstoles (17.6–19; vea también vers.^{os} 24–26). Le pidió a Dios que los protegiera (vers.^{os} 11, 15), que los santificara (vers.^o 19) y que los amara (vers.^o 26). Por último, Jesús oró por los que creen en Él por la palabra de los apóstoles (vers.^{os} 20–23). En otras palabras, oró por usted y por mí. Rogó que los creyentes pudieran «[ser] uno» para que el mundo lo recibiera a Él (vers.^{os} 21, 23). No hay obstáculo más serio para la evangelización del mundo que el estado de división en que se encuentran los que afirman ser leales a Cristo.

Comentarios adicionales sobre Juan 14—17

14.1a: Creéis en Dios, creed también en mí. La palabra griega que se traduce por «creed» en este versículo puede estar en el modo indicativo o en el imperativo. El pasaje podría traducirse para que se lea como sigue: «... creéis en Dios, también creéis en mí» (indicativo), o para que se lea de este otro modo: «... creéis en Dios, creed también en mí» (imperativo).

14.2a: En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho. La palabra griega que se traduce por «moradas» (NASB), “mansiones” (KJV), y “viviendas” (NIV) (μονή, *monē*) se refiere a un lugar donde vivir. La palabra recalca la permanencia del cielo en 14.23 (NASB, KJV). La palabra recalca la permanencia del cielo. (El cielo no es una tienda, sino una morada.) El hecho de que haya «*muchas moradas*» indica la suficiencia de la provisión del Señor.

14.8: Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Felipe puede haber estado pensando en las palabras de Éxodo 33.20, donde se lee: «No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá».

14.9: Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? Se ha dicho que Jesús «le puso rostro a Dios». Aprendemos mucho acerca del carácter de Dios a medida que aprendemos acerca de Cristo.

14.22: Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? A «Judas (no el Iscariote)» también se le conocía como «Judas hermano de Jacobo» y como «Tadeo». Este Judas estaba confundido porque, según su errada concepción del reino, se suponía que el Mesías reinaría sobre un reino político que se establecería sobre la tierra material. Si así fuera, ¿por qué habría de manifestarse Jesús al mundo?

14.26; 16.13: Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho; Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Estos versículos tocan el tema de la inspiración de la totalidad del Nuevo Testamento: el Espíritu pondría en la mente de los apóstoles lo que Jesús les había enseñado (los evangelios), les enseñaría a los apóstoles todas las cosas (Hechos y las epístolas) y les revelaría lo que había de venir (el libro de Apocalipsis).

14.28b, c: Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo. Cuando Cristo dijo: «... el Padre mayor es que yo», Él no estaba negando Su propia deidad ni Su igualdad con el Padre (vea Jn 10.30). Más bien, estaba hablando de Su condición terrenal; había renunciado a ciertas prerrogativas divinas para tomar la forma de un ser humano (Fil 2.6–8). Cuando ascendió al Padre, fue liberado de las limitaciones de este mundo y le fue restituida Su antigua gloria (Jn 17.5; Fil 2.9–11).

14.30; 16.11: No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí; ... y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. «... El príncipe de este mundo» es Satanás. La batalla decisiva de Cristo con Satanás se libró en la cruz (vea Jn 12.31–32; He 2.14). Satanás puede ganar batallas con nosotros porque puede acusarnos de pecar, pero no así con Jesús, que fue sin pecado (He 4.15). Cristo podía decir con toda certeza: «[Satanás] nada tiene en mí» (En la NVI se lee: «No tiene dominio de mí») El príncipe de este mundo «no hallaba nada en Cristo que le diera derecho

o razón para ejercer dominio sobre él». ³⁰

15.1: Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Jesús era «la vid verdadera», «la original, de la cual todas las demás vides son réplicas». ³¹ En tiempos del Antiguo Testamento, la vid simbolizaba a la nación de Israel (Sal 80.8; Is 5.1-7; Jer 2.20-21; Ez 15.1-8; 19.10-14; Os 10.1).

15.2: Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. El proceso de «poda» de Dios es otra manera de referirse a la amorosa disciplina de Sus hijos.

15.15: Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. Como regla general, a los siervos se les asignaban tareas sin que se les explicara nada. A los amigos, por el contrario, cuando se les pide que hagan algo, generalmente se les explica por qué. Jesús podía llamar amigos a los apóstoles porque Él les había dado a conocer la revelación de Dios.

15.20a: Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Es una referencia a Juan 13.16.

15.22, 24: Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado; Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. Jesús no estaba diciendo que los judíos serían sin pecado si Él no hubiera venido. Todos pecamos (Ro 3.23) y la ignorancia no es excusa para pecar (Hch 17.30). Lo que Cristo estaba diciendo era que no serían culpables del pecado específico de *rechazarlo a Él*, si Él no hubiera predicado ni hubiera hecho milagros en medio de ellos. En vista de que había hecho estas cosas, ellos no tenían excusa.

15.25: Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron. La cita proviene de Sal 35.19; 69.4.

15.26-27: Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os

³⁰McGarvey y Pendleton, 666.

³¹Autor desconocido, citado en Wiersbe, 355.

enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio. Ellos darían doble testimonio: darían testimonio relacionado con lo que habían observado personalmente (vers.º 27; vea Hch 1.22), y también transmitirían el testimonio del Espíritu Santo (vers.º 26).

16.5–6: Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pedro había preguntado, diciendo: «Señor, ¿a dónde vas?» (Jn 13.36), y Tomás se había preguntado acerca del destino del Señor (Jn 14.5). Por lo tanto, cuando Jesús dijo: «ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas?», Él estaba refiriéndose a algo más que hacer una pregunta. Tal vez quiso decir que, aunque ellos habían dicho las palabras, el interés de ellos no se centraba realmente en el «dónde», sino solamente en el hecho de que Él se iba. La referencia a Su partida había llenado de tristeza el corazón de ellos.

16.20: De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. El mundo se regocijó de la muerte de Jesús (vea Lc 22.5), pero las personas que lo amaban lloraron (Jn 20.11).

16.21–22: La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. El nacimiento de un niño produce dolor, pero más adelante ese nacimiento es motivo de felicidad. Del mismo modo, la muerte de Cristo al comienzo produjo desesperanza a Sus seguidores, pero ahora Su muerte llena al mundo de gozo.

16.23: En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. En esa ocasión, los apóstoles tenían preguntas (Jn 13.36; 14.5, 8); pero después de que Jesús ascendió a Dios, ya no tenían la necesidad de hacerle preguntas. Dios (por medio del

Espíritu Santo) les diría todo lo que necesitaban saber.

16.26–27: En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios. Jesús no estaba diciendo que Él *no* haría peticiones al Padre a favor de ellos. Más bien, estaba recalcando que Él no tendría que *convencer* al Padre de que les ayudara, porque, después de todo, el Padre los amaba. El concepto erróneo de un Dios poco amoroso ha dado como resultado la proliferación de una diversidad de «intercesores» inventados por el hombre (entre los que se incluye a María y a ciertos «santos») que (según han enseñado los hombres) deben *convencer* a Dios de que ayude a Sus hijos.

16.32: He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. La soledad es terrible; pero un cristiano en realidad jamás está solo, pues su Padre está siempre con él (compare con 2 Ti 4.16–18).

17.2: Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Dios dio a Jesús toda potestad en los cielos y la tierra (Mt 28.18).

17.3: Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. La vida eterna puede definirse como estar con Dios y con Jesús por toda la eternidad, mientras que la muerte eterna puede definirse como estar separado de Dios y de Jesús por toda la eternidad (vea 2 Ts 1.9). En cierto sentido, podemos tener vida eterna ahora, porque podemos «conocer» a Dios y a Jesús (esto es, tener una estrecha relación con ellos). No obstante, para nosotros es posible romper esa relación mientras vivamos sobre la tierra, perdiendo así esa bendición (vea Jn 15.6).

17.11, 14, 16: Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros; Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo; No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Al igual que los apóstoles, estamos «en el mundo» (Jn 17. 11), pero no somos «del

mundo» (Jn 17.14, 16).

17.12: Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera. La aseveración «ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición» fue un anuncio en el sentido de que la mayoría de los apóstoles no moriría cuando Él muriera (vea Jn 18.8–9). «El hijo de perdición» era Judas. La palabra que se traduce por «perdición» (*ἀπώλεια, apōleia*) es una palabra griega compuesta que transmite la idea de «destrucción». Judas fue condenado a destrucción eterna (esto es, al infierno) por no haber acertado a arrepentirse del pecado que cometió al entregar a Cristo.

17.17a, 19: Santifícalos en tu verdad; Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. «Santificar» es «apartar». Somos «apartados» para servir a Dios, por la Palabra, cuando obedecemos esa Palabra y nos hacemos cristianos (vea 1 Co 6.11).

17.18: Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Dios había enviado a Su Hijo al mundo (vea 17.3, 8, 21, 23, 25), y Cristo estaba enviando a los apóstoles. La palabra «apóstol» (*ἀπόστολος, apostolos*) significa «enviado».

APLICACIÓN: ...QUE LLEVÉIS MUCHO FRUTO (JN 15.1–12)

El aposento alto, la fiesta de la Pascua, la cruz que se acercaba, la urgencia de preparar a los discípulos; todos estos constituyeron el escenario del incomparable discurso de despedida que pronunció Jesús, y que se recoge en Juan 14–16. Durante ese discurso, el Señor presentó un desafiante mensaje sobre la vid y los pámpanos.

Los eruditos han hecho conjeturas acerca de lo que pudo haber inspirado las imágenes que usó Cristo. Tal vez fue el fruto de la vid que se usó en la institución de la cena del Señor. Puede ser que las parras crecían a un lado de la casa y podían verse por una ventana. Si ellos salieron del aposento alto antes que Jesús

pronunciara la última parte del discurso (vea Jn 14.31), el pequeño grupo pudo haber visto una viña. Pudieron haber pasado por el templo y haber visto el adorno de oro de la viña y los racimos de uva. Puede ser que Cristo quiso usar imágenes conocidas del Antiguo Testamento (Sal 80; Is 5; Jer 2). Por supuesto que sencillamente pudo haber usado la figura de la vid porque esta era una figura que todos podían entender.

Más importante que la pregunta acerca de por qué usó Jesús esas imágenes, es la pregunta acerca de qué esperaba lograr con Su ilustración. Dentro de poco Él dejaría la tierra. Sus discípulos tendrían que llevar a cabo Su obra. Necesitaban entender *cómo* podían realizar esto. Lo anterior constituye el antecedente de las palabras del Señor en Juan 15.1–12, 16. Estas palabras fueron expresadas originalmente a los apóstoles y tuvieron un significado especial para ellos (Jn 15.16). No obstante, la esencia del mensaje que se recoge en los versículos 1 al 12, puede aplicarse a todos los cristianos.

Tres grandes temas son tratados en estos versículos: 1) guardar los mandamientos de Dios, 2) llevar fruto para Dios y 3) permanecer en el amor de Dios. Estos temas se sostienen el uno al otro del mismo modo que las tres patas de un banquillo. Este estudio se centrará en el segundo de estos temas —llevar fruto— y en un aspecto en particular de llevar fruto.

La realidad de llevar fruto

Por todo el pasaje, la idea subyacente es que los pámpanos o ramas de la parra tienen un propósito, y ese propósito es *llevar fruto* (Jn 2, 4–5, 8). El labrador no puede justificar la existencia de una rama que no cumple su propósito. En vista de que las ramas no fructíferas toman sustento de las fructíferas, a ellas se les corta de la vid (Jn 15.2, 6). Del mismo modo, como cristianos que somos, tenemos un propósito: llevar fruto. Jesús dijo: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (Jn 15.8). Llevar fruto no es asunto opcional. No es una adición a otras actividades cristianas. Llevar fruto es nuestro propósito mismo; es precisamente lo que supone seguir a Cristo. Si no llevamos fruto, perdemos la razón de ser.

¿Cuál es el «fruto» que hemos de llevar? El Nuevo Testamento

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

usa el término «fruto» de diversas maneras. Puede referirse a lo que uno ve en la vida de otra persona (Mt 3.10; 7.16–20); al resultado de una vida cristiana fiel y productiva (Ef 5.9; Fil 1.11; Col 1.10; He 12.11; Stg 3.17–18) o al resultado o la recompensa del esfuerzo hecho (Jn 4.36; 12.24).

Hay quienes creen que el «fruto» de Juan 15 es el «fruto del Espíritu». Pablo escribió que «el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gá 5.22–23a). Guardando estrecha relación con lo anterior, hay quienes insisten en que el mandamiento de «llevar fruto» lo cumplimos cuando cultivamos cualidades como las de Cristo en nuestra vida. Otros señalan que el término «frutos» puede referirse a *todos* los resultados positivos de vivir y trabajar para el Señor. Pablo dijo: «Para mí el vivir es Cristo y [...] si he de vivir en la carne, esto significará labor fructífera para mí» (Fil 1.21–22a).

Un uso común que se hace de la palabra «fruto» en la Biblia, tiene que ver con la reproducción y los resultados de esa reproducción (Gn 1.11; Lc 1.42). Alguien hizo notar que el fruto de un árbol de manzana es una manzana, que el fruto de un árbol de naranja es una naranja y que el fruto de un cristiano debería ser otro cristiano. En la esfera de lo físico, a la humanidad se le ordenó, con estas palabras: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra» (Gn 1.28; vea también Gn 9.1, 7). Un desafío parecido existe en el mundo espiritual. Pablo escribió, como sigue:

Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro [esto es, casarse con otro], del que resucitó de los muertos [esto es, Cristo], a fin de que llevemos fruto para Dios (Ro 7.4).

El término «fruto» de Romanos 7.4 puede usarse en un sentido general, pero la ilustración del matrimonio insinúa que se trata de «fruto» en forma de hijos, hijos espirituales, esto es, cristianos nuevos. Pablo mismo puede haber estado hablando de llevar esta clase de fruto cuando escribió a la iglesia que estaba en Roma. Les dijo a los hermanos, que deseaba visitarlos «para

tener también entre [ellos] algún fruto, como entre los demás gentiles» (Ro 1.13).

En cuanto al «fruto» de Juan 15, ¿será necesario elegir entre las posibilidades mencionadas? ¿Podremos cultivar cualidades como las de Cristo sin cultivar el fruto del Espíritu que dará resultados positivos? ¿Podremos ser como Cristo y estar llenos del Espíritu, cuando no hacemos esfuerzo alguno por extender la mano a los perdidos? Jesús dijo que Él «vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc 19.10) y nosotros hemos de seguir «en sus pisadas» (1 P 2.21). Debemos reconocer la importancia de dar a conocer nuestra fe para que se puedan salvar las almas.

La vid no lleva fruto; esa es función de las ramas. La vid *posibilita* a las ramas para que hagan su trabajo, pero son las ramas en sí las que deben producir fruto. Si no es por las ramas, no habrá fruto. Si usted y yo no atinamos a extender la mano a los perdidos, ninguno de ellos será salvo.

En el Nuevo Testamento, dar a conocer la fe no es algo que se mande tanto como que se considere resultado lógico de ser cristiano. La mayoría de nosotros conocemos la Gran Comisión según Mateo: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt 28.19). Una traducción literal del pasaje es esta: «Yendo, pues, haced discípulos a las naciones».³² En otras palabras: «*Mientras van (o a medida que van)*, enseñen a todos los que encuentren». Eso fue exactamente lo que sucedió cuando la iglesia de Jerusalén fue esparcida por la persecución:

... hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles [...] Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio (Hch 8.1, 4).

Si entendemos qué es lo que estamos anunciando, entonces anunciar debe ser algo *natural* en nosotros. Estamos anunciando

³² Alfred Marshall, *The Interlinear Greek-English New Testament (El Nuevo Testamento griego-inglés interlinear)*, 2ª ed. (London: Samuel Bagster and Sons, 1958), 136.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

nuestra fe en Jesús; estamos anunciando el evangelio, las buenas nuevas. A una joven que recién se comprometió no hay que rogarle que muestre su anillo de compromiso. Para ella es *natural* mostrarlo a todo el mundo. A un hombre que acaba de convertirse en padre no hay que convencerlo de que le cuente a otros acerca de su recién nacido; y uno, sin duda, no tiene que obligar a una abuela a que le muestre fotografías de su nieto recién nacido. Para estos es *natural* anunciar esas buenas nuevas. Vivimos en un mundo repleto de tragedias, y esto hace que la gente esté hambrienta por oír buenas nuevas. ¡Nosotros tenemos las buenas nuevas de Jesús! ¡Qué natural debería ser para nosotros anunciar esas buenas nuevas!

Puede que algunos pregunten, diciendo: «¿Cómo? ¿Cómo puedo yo dar a conocer mi fe? ¿Cómo puedo llevar fruto en el sentido de ganar a otros para Cristo?». El pasaje no nos dice cómo; sencillamente nos indica que dar a conocer la fe es esencial. Hay muchos buenos métodos para dar a conocer nuestra fe; hay hasta cientos de ellos. Cada uno de nosotros es diferente; lo que funcione para uno puede no funcionar para otro. Cual sea el método que use, él debe incluir tanto la *vida* como la *enseñanza*. Pablo combinó estos dos factores en Filipenses 2.15–16:

... para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme...

La vida. Debemos vivir una vida cristiana de fidelidad, tanto en el sentido positivo como en el negativo. En el sentido positivo, debemos vivir una vida de bondad, que consiste en amar y ayudar a los demás. En el sentido negativo, debemos guardar su vida del mal, con el fin de mantenerse puro. Si nosotros no vivimos una vida que sea consecuente con su enseñanza, nadie escuchará nuestra enseñanza.

La enseñanza. No importa cuán llena de bondad sea nuestra vida, también será necesario que nosotros enseñemos el evangelio. Hay quienes creen que siempre y cuando uno viva de conformidad

con la verdad, no será necesario enseñar la verdad. Miremos a Jesús; Él no podía llevar fruto por medio de Su vida solamente. Él vivió la verdad, pero también tuvo que enseñarla. La enseñanza se puede realizar por medio de cartas, tratados, películas de diapositivas y videos, e incluso cara a cara. Lo importante no es cómo les enseñamos a los demás, sino que lo hagamos.

Según Juan 15, llevar fruto es precisamente lo que supone ser cristiano. Con sólo que estemos convencidos de la importancia de nuestra función como ramas, alguna manera de llevar fruto se nos ocurrirá.

La relación con quien posibilita llevar fruto

La idea principal de la enseñanza de Cristo sobre llevar fruto es que *separados de Él* no podemos llevar fruto. El versículo 4 comienza con las palabras «Permaneced en mí».

Podríamos dictar una conferencia científica sobre la afinidad que existe entre una vid y sus ramas. Podríamos hablar acerca de la ósmosis: el proceso por el cual las raíces de la vid trasladan humedad y nutrientes del suelo a las ramas. Sin embargo, Esta no es una lección de horticultura, sino un estudio sobre la relación con quien posibilita llevar fruto. Puede que usted entienda la ósmosis y puede que no la entienda, pero no hay duda de que puede entender esto: la única manera como la rama puede mantenerse viva es permaneciendo adherida a la vid. No importa cuánto haya crecido la rama en el pasado, no importa cuán larga o gruesa sea ella, ni cuán verde o saludable parezca, ni cuán atractiva pueda ser, si la rama no está adherida a la vid, está *muerta*.

Lo mismo puede decirse de nuestra relación con Cristo: Él es esencial para nuestra vida y crecimiento espirituales. Somos bautizados *en Él* (Ro 6.3–6; Gá 3.26–27). *En Él* somos nuevas criaturas (2 Co 5.17). Todas las bendiciones espirituales se tienen *en Él* (Ef 1.3). *En Él* tenemos redención (Col 1.13–14).

¿Por qué será que algunos no estamos ganando almas como deberíamos? ¿Por qué no estamos dando a conocer nuestra fe? Podríamos preguntar también: ¿Por qué no estamos creciendo espiritualmente? ¿Por qué no estamos viviendo una vida cristiana de piedad? ¿Por qué no somos fieles para congregarnos? La respuesta a todas estas preguntas es la misma: *Nuestra relación*

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

con Cristo no es apropiada. Jesús dijo: «... el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto...» (Jn 15.5b). Si la relación es apropiada, *llevaremos fruto.*

La gran pregunta es «¿Qué clase de relación tenemos con Cristo?». Esto es, ¿hemos sido bautizados en Cristo? Y si lo hemos sido, ¿vivimos ahora para Él? En su primera epístola, Jn puso el asunto de permanecer en Jesús en el terreno personal. Dijo que aquel que permanece en Él andará como Él anduvo (1 Jn 2.6), amará a su hermano (1 Jn 2.9–10) y dejará de seguir un estilo de vida pecaminoso (1 Jn 3.6). Si nuestra relación con Cristo es apropiada, *alguna manera de llevar fruto se nos ocurrirá.*

En Juan 15.1–12 hay algunas serias aseveraciones acerca de las consecuencias de no llevar fruto. En el versículo 2, Jesús dijo: «Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitaré». El versículo 6 habla acerca de ser «[echado] en el fuego». El pasaje no dice, sin embargo, que si vamos al infierno, se deberá a que no somos ganadores de almas y a que no llevamos fruto de algún otro modo. Lo que enseña, más bien, es que, si nos perdemos, *se deberá a que no tenemos una relación apropiada con Jesús.* Mire nuevamente el versículo 6: «*El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.*» (Énfasis nuestro.)

Algunos que no dan a conocer su fe, buscan razones para no hacerlo. Por ejemplo, dicen: «Soy tímido», «La gente no tiene interés», «No soy buen maestro», «No sé lo suficiente» o «No tengo tiempo». Buscan una *razón* para no hacerlo, cuando deberían buscar una *relación* con quien les posibilita hacerlo. Pablo escribió: «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*» (Fil 4.13; énfasis nuestro).

Los requisitos para llevar fruto

Ahora que hemos demostrado la esencia de llevar fruto, que es una relación apropiada con la Vid Verdadera, tomemos algunos momentos para analizar el texto con el fin de descubrir algunos requisitos prácticos para llevar fruto. Hay quienes creen que para llevar fruto de evangelización—esto es, dar a conocer el evangelio a los demás— hay que tener mucha labia, hay que tener la habilidad de un vendedor o un extraordinario caudal de

sabiduría. El pasaje no dice nada acerca de ninguno de los anteriores. Más bien, insinúa cuatro requisitos.

1. *Un espíritu de sumisión.* Dios es el labrador (Jn 15.1), Él es el dueño de la viña. Él poda aún las ramas fructíferas (Jn 15.2). ¡Todos tenemos algunas malas cualidades que deben podarse! Yo debo ser siempre sumiso a Él y a Jesús. Cristo dijo: «Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor: así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (Jn 15.10).

2. *Una mente estudiosa.* Jesús les dijo a Sus discípulos: «Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado» (Jn 15.3). La palabra «limpio» (καθαρός, *katharos*) proviene del mismo verbo del griego que se traduce por «podará» o «quitará» (Jn 15.2). Una de las herramientas para «podar» que Dios más utiliza es Su Palabra. Cristo les dijo a los once: «Si [...] *mis palabras permanecen en vosotros*, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Jn 15. 7; énfasis nuestro).

Es esencial un conocimiento de la Palabra de Dios, para que sea una realidad el llevar fruto, y especialmente fruto de evangelización. El estudio de la Biblia y ganar almas son inseparables. Si yo realmente conozco la Palabra, voy a tener el deseo de darla a conocer; y, si la doy a conocer, sentiré la necesidad de aprender más de ella. Jesús dijo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5.6). No hay nada que haga más delicioso el alimento, que el trabajo arduo. Asimismo, no hay nada que haga «más deliciosa» la Palabra de Dios que estar ocupado para el Señor; especialmente en lo que concierne a dar a conocer la fe.

3. *Un corazón comprometido.* Debemos comprometernos a permanecer con Jesús. El mensaje de Este en Jn 15 es «Permanece en mí» (Jn 15.5). En el versículo 7, dijo: «Si [permanecen] en mí» (énfasis nuestro), recibirán ciertas bendiciones. Hemos notado que nuestra relación con el Señor es, en muchos aspectos, como la de las ramas con la vid. No obstante, hay un aspecto en el que la comparación no se sostiene: las ramas no tienen elección en cuanto a permanecer o no permanecer adheridas a la vid, y nosotros sí la tenemos.

La seguridad de la salvación del creyente es una doctrina

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

bíblica, pero la imposibilidad de la apostasía no lo es. Juan 15 enseña que, aun después que haya estado adherido a la vid, todavía puede uno ser quitado y «[echado] en el fuego». Si ha de ser salvo, uno debe *permanecer* en el Señor. En el Día del Juicio, no podrá sacar su certificado de bautismo y decir: «Mire, yo fui bautizado en tal y tal día. Usted *tiene* que dejarme entrar». El bautismo es esencial para la salvación, pero también lo es permanecer fiel al Señor (Ap 2.10). No sólo bautizarse «en Cristo» es importante (Ro 6.3–4; Gá 3.26–27); *permanecer* «en Cristo» también es vital (Ro 3.24; 6.11, 23; 8.1, 39; 2 Co 2.14; Fil 4.7, 19; 1 Ts 4.16).

4. *Una actitud resuelta.* Lo natural de las ramas es que ellas crezcan. Una vez que dejan de crecer, mueren. Alguien escribió: «La ausencia de retoños nuevos en la parte superior del árbol, es señal de que la muerte ha atacado las raíces». Usted y yo necesitamos resolvernos a que, con la ayuda de Dios, vamos a *crecer* como cristianos. Necesitamos crecer especialmente en lo relacionado con llevar fruto. Juan 15 habla de «fruto» (Jn 15.2), pero también habla de «*mucho* fruto» (Jn 15.5, 8; énfasis nuestro) y de «*más* fruto» (Jn 15.2; énfasis nuestro).

Los resultados de llevar frutos

Para ponerle punto final a este estudio, consideremos algunos resultados positivos de llevar fruto.

Creceremos espiritualmente. Seremos limpiados; produciremos «mucho fruto» (Jn 15.5, 8) y «más fruto» (Jn 15.2).

Nuestras oraciones serán contestadas (Jn 15.7). Si su dedicación a la oración no es tan intensa como debería ser, examine usted su relación con Jesús y pregúntese si está llevando fruto o no.

Dios será glorificado (Jn 15.8). Recuerde que la viña es de Él, y que Él es el labrador. Cuando las ramas llevan fruto, Él es glorificado.

Demostremos que somos verdaderos discípulos de Jesús (Jn 15.8).

Tendremos gozo (Jn 15.11). Cuando Pablo se refería a los que Él había convertido les llamaba su «gozo y corona» (Fil 4.1). Juan dijo que él no tenía «mayor gozo» que oír que sus «hijos» en la fe «[anduvieran] en la verdad» (3 Jn 4).

Se salvarán almas, ¡la nuestra y la de otros!

Conclusión

Es emocionante estar con cristianos que son felices y están ocupados. Sin embargo, puede que nos estemos ocupando tanto con multitud de «proyectos», que estemos perdiendo de vista lo que hemos de ser como la iglesia del Señor. A veces perdemos de vista el hecho de que nuestra razón de ser es llevar fruto para Dios. No hay sustituto para llevar fruto.

El huerto de Getsemaní

(Mt 26.30, 36–46; Mr 14.26, 32–42; Lc 22.39–46; Jn 18.1)

Mateo 26.30, 36–46

³⁰Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos.

³⁶Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. ³⁷Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. ³⁸Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. ³⁹Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú. ⁴⁰Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? ⁴¹Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. ⁴²Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad. ⁴³Vino otra vez y los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño. ⁴⁴Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras. ⁴⁵Entonces vino a sus discípulos y les dijo: Dormid ya, y descansad. He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. ⁴⁶Levantaos, vamos; ved, se acerca el que me entrega.

Marcos 14.26, 32–42

²⁶Cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte

de los Olivos.

³²Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. ³³Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. ³⁴Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. ³⁵Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. ³⁶Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú. ³⁷Vino luego y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? ³⁸Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. ³⁹Otra vez fue y oró, diciendo las mismas palabras. ⁴⁰Al volver, otra vez los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño; y no sabían qué responderle. ⁴¹Vino la tercera vez, y les dijo: Dormid ya, y descansad. Basta, la hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. ⁴²Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega.

Lucas 22.39–46

³⁹Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron. ⁴⁰Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: Orad que no entréis en tentación. ⁴¹Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, ⁴²diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. ⁴³Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. ⁴⁴Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra. ⁴⁵Cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza; ⁴⁶y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación.

Juan 18.1

¹Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos.

Jesús pasó una noche sin dormir. Puede que Sus discípulos hayan dormido una o dos horas (Mt 26.40), pero Él no. Durante las primeras horas de la noche, los pensamientos de Jesús no condujeron al sueño; y al final de la noche, fueron Sus enemigos los que no lo dejaron dormir.

No tenemos certeza del lugar exacto en el cual se encontraba Jesús, cuando Él habló sobre cada uno de los temas. Al final del capítulo 14, se recogen estas palabras que dijo Jesús: «Levantaos, vamos de aquí» (vers.º 31b). Esto puede ser indicio de que Él y Sus discípulos dejaron el aposento alto en ese momento, y que las palabras de los capítulos 15, 16 y 17 fueron dichas mientras se trasladaban hacia el huerto de Getsemaní. Por otro lado, después que Jesús dijo «vamos», ellos pudieron haberse demorado un rato antes de partir. En algún momento, no obstante, Cristo y los once salieron del aposento alto y emprendieron la marcha hacia el huerto de Getsemaní (Mt 26.30, 36). Según Marcos 14.26–32, Jesús dijo *algunas* palabras entre el momento en que salieron del aposento alto y el momento en que llegaron a Getsemaní, pero no sabemos si dijo alguna otra cosa en ese corto trecho.

Habían terminado los discursos prolongados de Jesús. A partir de este momento, los autores de los evangelios se preocupan por la Historia y no por la Homilética. No obstante, es mucho lo que se puede aprender de las horas inmediatamente anteriores a la crucifixión de Jesús.

La sesión del aposento alto terminó con un cántico, pues leemos: **Cuando hubieron cantado el himno, salieron...** (Mt 26.30; vea Mr 14.26). Tradicionalmente, la fiesta de la Pascua «concluía con el canto de los Salmos Hallel (Sal 115—118)». ³³ («Hallel» es transliteración de una palabra hebrea que significa «alabanza».) En vista de que Cristo fue parte de la Deidad que inspiró los Salmos Hallel (2 Pedro 1.21), al cantarse este himno, podría decirse que un Compositor estaba cantando Sus propias composiciones. Es probable que el cántico que cantaran fuera el último Salmo Hallel, que comienza diciendo: «Alabad a Jehová,

³³ Jack P. Lewis, *The Gospel According to Matthew, Part 2 (El evangelio según Mateo, Parte 2)*, The Living Word Commentary Series, ed. Everett Ferguson (Abilene, Tex.: ACU Press, 1976), 148

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia» (Sal 118.1). Ni siquiera «la sombra de la cruz [...] apagó el espíritu de alabanza de Cristo».³⁴

El Maestro y Sus apóstoles anduvieron por las estrechas calles, salieron por las puertas de la ciudad, pasaron el valle del Cedrón⁷ y emprendieron el ascenso de las laderas del monte de los Olivos (Jn 18.1; Lc 22.39). Allí llegaron a **un lugar que se llama Getsemaní** (Mt 26.36; vea Mr 14.32), **un huerto** donde «muchas veces Jesús se había reunido [...] con sus discípulos» (Jn 18.1–2; vea Lc 21.37). La palabra «Getsemaní» (Γεθσημανί, *Gethsēmani*) es una palabra griega transliterada (adaptada del hebreo o del arameo) que significa «prensa de aceite». Aparentemente, era (o había sido) el lugar donde se ubicaba una prensa para extraer aceite, que se usaba en la cosecha de los olivos que le daban su nombre al monte de los Olivos.

El lugar donde tradicionalmente se cree que estuvo Getsemaní, se encuentra a menos de ochocientos metros al este de la Puerta Dorada; se trata de un huerto rodeado de muros, de setenta yardas cuadradas, que contiene unos setenta y cinco árboles de olivo de apariencia nudosa.³⁵ Los guías de hoy afirman que los olivos son los mismos bajo los cuales Jesús oró, pero según historiadores antiguos, todos los árboles fueron destruidos cuando Roma asedió y destruyó Jerusalén. Es verdad, no obstante, que los árboles actuales son muy, pero muy antiguos.

Cristo dejó a ocho de Sus discípulos (Mt 26.36), amonestándoles con estas palabras: **Orad que no entréis en tentación** (Lc. 22.40). Luego, tomando a Pedro, a Jacobo y a Juan (Mt 26.37a; Mr 14.33a), Él se internó más en las sombras. Agobiado por la angustia física y espiritual que le aguardaba, **comenzó a entristecerse y a angustiarse** (Mr 14.33b). Les dijo a Sus tres amigos: **Mi alma está muy triste [...] quedaos aquí, y velad conmigo** (Mt 26.38).

Se internó más en el huerto, luego **se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa** (Mt 26.39a; vea Mr 14.35–36; Lc. 22.42). La frase «esta copa» se refería a Su muerte y a todo lo que esta acarrearía. Luego añá-

³⁴McGarvey y Pendleton, 685.

³⁵Esta frase es adaptación de Hester, 199.

dió: **pero no sea como yo quiero, sino como tú** (Mt 26.39b).

Volvió a Pedro, Jacobo y Juan, y los encontró durmiendo (Mt 26.40). Su voz debió de haberse matizado con decepción cuando preguntó: **¿No [habéis] podido velar una hora?** (Mr 14.37b).

Cristo volvió al centro del huerto y siguió orando, con estas palabras: **Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad** (Mt 26.42). Se levantó y volvió a los tres discípulos, y nuevamente los encontró durmiendo (Mt 26.43). Cuando preguntó por qué no pudieron velar, **no [supieron] qué responderle** (Mr 14.40b). Debieron de haber estado apenados por no haber podido permanecer despiertos, y no supieron cómo disculparse. Marcos hizo notar que **los ojos de ellos estaban cargados de sueño** (Mr 14.40a), mientras que Lucas explicó que estaban **durmiendo a causa de la tristeza** (Lc. 22.45). Debieron haber permanecido despiertos, pero entienda que estaban cansados física y emocionalmente.

Una tercera vez, Jesús los dejó y se postró para orar: **Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra** (Lc 22.44). El autor del libro de Hebreos dijo que Él «[ofreció] ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas» (He 5.7a). Como respuesta a Sus oraciones, **se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle** (Lc 22.43). A los ángeles se les relacionó a menudo con la vida y el ministerio de Jesús. (Mt 4.11; 28.2, 5–6; Lc 2.13–14).

Cuando Cristo volvió a Sus discípulos la tercera vez, Su angustia interna había cesado. Les dijo a Sus discípulos: **Dormid ya, y descansad. He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos; ved, se acerca el que me entrega** (Mt 26.45–46). La palabra «hora» se refiere al momento de Su muerte. Jesús había estado acercándose poco a poco a esa «hora» (vea Jn. 2.4; 7.30; 8.20; 12.23, 27; 13.1; 17.1).

APLICACIÓN:

EN EL HUERTO (MT 26.30, 36–46;

MR 14.26, 32–42; LC 22.39–46; JN 18.1, 4, 11)

En el relato de la redención concurren varios huertos: el primero de ellos es el Edén, que es el huerto del pecado (Gn 2.8,

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

17; 3); luego está Getsemaní, el huerto de la angustia (Jn 18.1; Mt 26.36); de este, pasamos al huerto sin nombre donde Jesús fue sepultado y luego resucitado, que es el huerto de esperanza (Jn 19.41–42; 20) y por último vemos el Paraíso, que es el huerto del galardón (vea Ap 2.7). Este estudio es sobre el segundo huerto de la lista: el de Getsemaní.

Al estudiar acerca de Jesús en Getsemaní, se nos da la impresión de que deberíamos quitarnos el calzado, de que la tierra sobre la cual estamos es tierra santa (vea Ex 3.5). D. W. Ford expresó los mismos sentimientos míos, cuando escribió:

Dudo de que yo sea el hombre [que debe predicar este sermón]. Dudo de que posea las destrezas verbales, la sensibilidad espiritual o el discernimiento teológico para representar esta escena tan conmovedora [...] de todos los anales del evangelio [...] Pero ¿qué puedo hacer? Es allí, y no en ningún otro lugar, donde nos acercamos al hombre Jesús. Si salgo de Getsemaní, no podré mostrar a Jesús como Él era.³⁶

Cuando contemplamos a Jesús en el huerto, vemos un aspecto de Él que rara vez se revela en los anales del evangelio: Su vulnerabilidad como hombre. Algunas otras ocasiones nos llegan a la mente, como aquellas en que Jesús tuvo hambre (Mt 4.2; 21.18) y sed (Jn 4.7; 19.28); pero ninguna otra ocasión es tan gráfica y tan reveladora como esta. Él era completamente Dios, pero también era completamente hombre. Hay muchos aspectos acerca de la Encarnación que jamás llegaremos a entender; sin embargo, de vez en cuando, debió de haber habido tensión entre la condición de Dios y la condición de hombre de Cristo. Esa tensión jamás fue más evidente que en el huerto. Cuando el Señor les dijo a Sus discípulos que «el espíritu [...] está dispuesto, pero *la carne* es débil» (Mt 26.41; énfasis nuestro), Él no estaba hablando solamente de ellos. También estaba hablando de sí mismo.

Pablo escribió que, al venir del cielo, Cristo «se despojó a sí mismo [...] hecho *semejante a los hombres*» (Fil 2.7; énfasis nuestro).

³⁶D. W. Cleverley Ford, *Preaching Through the Life of Christ (Prédicas por la vida de Cristo)* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publications, 1994), 76.

El autor de la epístola a los Hebreos dijo que Jesús «debía ser *en todo semejante a sus hermanos*, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote» (He 2.17; énfasis nuestro). El autor relacionó el proceso por el cual Cristo llegó a ser «semejante a sus hermanos» con los padecimientos de Él, al escribir que «... él mismo [Jesús] *padeció* siendo tentado [o probado]»; «fue tentado en todo *según nuestra semejanza*» (He 2.18; 4.15; énfasis nuestro). El sufrimiento de Jesús en la carne incluyó no solamente Su muerte en la cruz (1 P 3.18), sino también Su padecimiento en el huerto. «Y Cristo, *en los días de su carne*, [ofreció] ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte» (He 5.7; énfasis nuestro).

Jesús peleó la más grande batalla mientras Él estuvo sobre la tierra. En el desierto, Cristo peleó con el diablo (Mt 4.1–11); sin embargo, en el huerto, Él peleó consigo mismo, con Su humanidad. Creo que J. W. McGarvey estuvo en lo cierto cuando dijo que «desde el momento en que Jesús entró en el huerto, hasta que expiró en la cruz, su humanidad estuvo ganando terreno; y “estando en la condición de hombre”, soportó estos juicios como si fuera totalmente humano».³⁷

Un terreno de gran conflicto

Fue un terreno de gran conflicto. Fue allí donde el Señor libró una de las más grandes, cuando no *la* más grande, de Sus batallas.

Un lugar de angustia

Para Jesús, Getsemaní fue ante todo un lugar de angustia. Leemos en Mateo 26.36: «Entonces llegó Jesús con ellos [con los apóstoles], a un lugar que se llama Getsemaní». El nombre «Getsemaní» significa «prensa de extracción de aceite». Es un nombre apropiado para la ocasión: este fue el lugar al cual vino Jesús cuando eventos inminentes *se agolparon* sobre Él, cuando la sombra de la cruz amenazó con *aplastarlo*.

Los autores de los evangelios describieron la angustia del Señor en términos gráficos: Mateo dijo que Él «comenzó a

³⁷McGarvey y Pendleton, 686–87.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

entristecerse y a angustiarse» (Mt 26.37); Marcos escribió que «comenzó a angustiarse y a atribularse» (Mr 14.33; NASB). Jesús dijo a Sus discípulos: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte» (Mt 26.38). En la NIV se lee: «Mi alma está agobiada». En la NLT se lee: «Mi alma está aplastada de tristeza...». La expresión «hasta la muerte» se refería no sólo a la agonía del Calvario, sino también a la angustia de Getsemaní. En la AB se lee: «Estoy casi muriendo de tristeza».

Después que Cristo dejó a Sus discípulos, Él se postró en tierra y comenzó a orar, diciendo: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa» (Mt 26.39). La «copa» se refería a todo el padecimiento físico, emocional y espiritual que le aguardaba. El autor del libro de Hebreos dijo que Él «[ofreció] súplicas con gran clamor y lágrimas» (Hebreos 5.7).

Lucas describió la escena de este modo: «Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra» (Lc 22.44). En vista de que la Pascua se celebra al principio de la primavera,¹¹ el aire de la noche habría sido fresco, tal vez frío (vea Jn 18.18). No era un tiempo en el que sudar fuera algo natural. La transpiración que manó del rostro del Maestro no fue el resultado de la temperatura externa, sino del estremecimiento interno.

A los comentaristas les causa asombro la frase «como grandes gotas de sangre». Existe una rara condición médica en la cual, al estar la persona bajo intensa presión, se produce una hemorragia de los capilares de la frente de modo que la sangre pasa a las glándulas sudoríparas y esto hace que de la piel exude un líquido sanguinolento. A esta condición se le llama hematidrosis o hemo-hidrosis.³⁸ Es posible que Lucas, el médico, describiera tal condición para recalcar la intensidad de la lucha interna del Señor. Es más probable que el énfasis sea sobre la palabra «como»: Como la sangre brota a chorros de una profunda herida, así salía a borbotones el sudor del rostro de Jesús y caía hasta la tierra.

Algunos autores hallan difícil reconciliar la angustia que

³⁸William D. Edwards, Wesley J. Gabel y Floyd E. Hosmer, "On the Physical Death of Jesus Christ" [«Acerca de la muerte física de Jesucristo»], *Journal of the American Medical Association* [Revista de la Asociación Médica Estadounidense] [21 de marzo de 1986]: 1456.

sufrió Cristo en el huerto con la tranquilidad que exhibió anteriormente al hablar acerca de Su muerte venidera. «Había hablado de morir sin dar muestras aparentes de agitación», dicen ellos. En lo personal, no tengo problema con el aparente contraste. En primer lugar, no se nos dice qué apariencia dio ni cómo sonó Jesús cuando anteriormente hizo tales anuncios; Su voz y Su semblante pudieron haber transmitido más emoción de la que los escritos indican. En segundo lugar, creo que cuando Jesús se acercaba al momento de Su muerte, Él se encontraba «en Su carne», y creo que por esta razón puedo identificarme con el estado emocional acrecentado en que se encontraba a medida que el evento propiamente dicho se aproximaba.

Ya hicimos notar que la «copa» que Jesús menciona en Su oración, se refiere al padecimiento físico, emocional y espiritual, al cual se vería sometido. Tómese un momento para considerar cada una de las clases de padecimiento que le aguardaba. En primer lugar, habría padecimiento físico: la muerte no podía haber sido atractiva para un hombre que tenía treinta y tantos años, un joven que estaba en la flor de la vida. A una edad en la cual la mayoría comienza su carrera, Él estaría poniendo fin a la Suya. Esto es, estaría poniendo fin a la fase terrenal de Su «carrera» (ministerio).

Más significativo que lo anterior era *la clase* de muerte que Él tendría que soportar: a la cruz se le ha llamado el instrumento de tortura más cruel que el hombre jamás concibió. John Gipson escribió:

Sentiría el latigazo sobre su espalda, el hilo de sangre que le bajaría por el rostro, debido a la corona de espinas que le presionaría la frente, la carne partida cuando los soldados traspasaran las manos y los pies, y luego la agonía de la crucifixión: una muerte lenta y tormentosa...³⁹

Cristo también sufriría emocionalmente. Esto fue lo que siguió escribiendo Gipson:

³⁹John D. Gipson, "Agony in Gethsemane" («Agonía en Getsemaní»), *Harding University Lectures* (1988), 155.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

Se le exigiría que soportara los insultos de sus enemigos, el abandono de sus amigos y la ingratitud del pueblo para el cual había trabajado y al cual había beneficiado. Enfrentaría la hostilidad de los dirigentes judíos, la traición de Judas, la inconstancia del pueblo y la burla de la justicia religiosa y civil.⁴⁰

En el padecimiento emocional de Jesús estaría incluida la vergüenza relacionada con la cruz. La crucifixión se «reservaba [...] para los esclavos, los extranjeros, los revolucionarios y el más vil de los criminales».⁴¹ Otro motivo adicional de vergüenza, relacionado con la crucifixión, lo constituía el hecho de que a las víctimas se les quitaban las vestiduras; en las Escrituras se asocia a menudo la desnudez con la vergüenza (Is 20.4; Ap 16.15; compare Gn 2.25 con 3.8, 10). Hebreos 12.2 dice que Cristo «sufrió la cruz, menospreciando el oprobio». Pablo dijo que Jesús fue «hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)» (Gá 3.13).

No obstante, el padecimiento más grande de Cristo no fue físico, ni emocional, sino espiritual. Debemos tener cuidado al referirnos a esto, porque, como lo expresa Donald Miller: «Estamos entrando en las insondables profundidades del misterio de nuestra redención».⁴² Podemos hablar de la angustia espiritual que sufrió Cristo en la cruz, pero no podemos comprenderla en su totalidad. Lo que podemos hacer es recalcar lo que las Escrituras enseñan: Cuando Jesús estuvo en la cruz, Él llevó sobre sí mismo la culpa, y por lo tanto el castigo, por nuestros pecados (Is 53.6; 2 Co 5.21; 1 P 2.24). El pecado nos separa de Dios (Is 59.1–2), y el más grande castigo que se puede recibir por el pecado, es ser excluido «de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2 Ts 1.9; vea vers.^{os} 7–9). Cuando Jesús llevó sobre Él mismo nuestra culpa, el Padre no tuvo más opción que apartar de Él Su rostro (vea Mt 27.46).

Lo que este padecimiento físico, emocional y espiritual le

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ Edwards, Gabel, y Hosmer, 1458.

⁴² Donald G. Miller, *Luke (Lucas)*, Layman's Bible Commentary (Atlanta: John Knox, 1959), 155.

costó al Hijo de Dios, que no cometió pecado, es algo que usted y yo no podemos imaginar. Para que el mundo tuviera vida, Él tuvo que morir. Para que el mundo tuviera luz, Él tuvo que precipitarse a las tinieblas.

Algunos autores creen que Jesús debió haber mostrado más valentía en el huerto. Dicen que «ha habido otros que han enfrentado la muerte con más tranquilidad». Son necesarios por lo menos dos comentarios al respecto: 1) La verdadera valentía no se demuestra con ausencia de temor, sino con hacer lo correcto aun cuando el temor es abrumador. 2) Aunque muchos han hecho frente al dolor y a la muerte, ningún otro ha tenido que hacer frente a la agonía que el Señor enfrentó. Si en el *Guinness Book of Records* hubiera una categoría para «El más grande padecimiento jamás soportado», a la par de esa entrada habría un cuadro de la cruz.

¿Se ha encontrado usted alguna vez en un «lugar de angustia»? El Señor ha estado allí y Él comprende.

Un lugar de decepción

Getsemaní no fue solamente un lugar de angustia para Jesús. También fue un lugar de decepción.

Por lo general, las prolongadas sesiones de oración de Cristo se llevaban a cabo en la soledad (vea Mr 1.35; Mt 14.23). En esta ocasión, no obstante, Él sintió la necesidad de compañía. Cuando Cristo siguió en dirección al huerto «tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan» (Mr 14.33). Les rogó, diciendo: «quedaos aquí, y velad conmigo» (Mt 26.38b). ¿Qué hicieron? Se durmieron. Lo entiendo, estaban cansados, y el de ellos era un cansancio tanto físico como emocional; pero, adaptando las palabras de Jesús que se recogen en Mr 14.37, ¿no pudieron haber velado con Él por lo menos una hora?

La decepción siguió acumulándose sobre Cristo en el huerto: Había pasado años con los doce, pero uno de ellos lo entregó. Había pasado años enseñando sobre la naturaleza espiritual del reino, y a pesar de esto, Pedro lo consideraba un reino de carácter político que había de defenderse con armas materiales. ¿Se ha encontrado usted alguna vez en un lugar de decepción? Jesús ha estado allí, y Él entiende.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
PREPARACIÓN PARA SU MUERTE

Un lugar de abandono

El huerto fue también un lugar de abandono. Cuando Cristo deseaba la compañía de sus amigos, ellos se durmieron. Al final «todos los discípulos, dejándole, huyeron» (Mt 26.56). ¿Se ha encontrado usted alguna vez en un lugar de abandono? Jesús ha estado allí, y Él entiende.

Todos hemos tenido nuestros Getsemaníes. Es importante darnos cuenta de que Jesús conoce las experiencias por las que usted está pasando! Él entiende y se compadece. «Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo» (Sal 103.14). Puede «compadecerse de nuestras debilidades», porque «fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (He 4.15).

Un terreno de conquista

El relato, sin embargo, no termina allí. Getsemaní no sólo fue un terreno de conflicto; también lo fue de conquista. Aquí fue donde el Señor ganó una de Sus más grandes victorias

Un lugar de súplica

Después de ver el aspecto negativo de Getsemaní, ahora volvamos la mirada a lo positivo. En primer lugar, deberíamos hacer notar que el huerto fue un lugar de súplica. Jesús fue al huerto con un propósito: orar. Dijo a Sus discípulos: «Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro» (Mt 26.36). Cristo tenía el hábito de orar antes de los acontecimientos importantes de Su vida y durante ellos; no haría una excepción esta vez.

Se nos da un vislumbre de por qué Jesús oró, cuando vemos un término que Él usó; un término que no se encuentra en ningún otro versículo de los anales del evangelio. «Y decía: Abba, Padre» (Mr 14.36). «Abba» es una palabra aramea que significa «Padre», pero es una palabra como la que usaría un niño, una de las primeras palabras que un niño aprendería. Es parecida al lenguaje de los niños en nuestro idioma, que incluye palabras tales como «papá» o «papito». La palabra «Abba» insinúa que hay intimidad, confianza y una relación; es una señal de que hay una relación especial con el Padre. En la literatura judía, no hay registro alguno de alguien anterior a Jesús, que llamara «Abba» a Dios. La palabra

«Abba» también se encuentra en las epístolas, en Romanos 8.15 y Gálatas 4.6.

Jesús no solamente oró, sino que también animó a Sus discípulos a orar: «Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: Orad que no entréis en tentación» (Lc 22.40). Aunque estaba a punto de morir, no les pidió que oraran por Él, sino por ellos mismos. Les instó, con estas palabras: «Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Mt 26.41). Él sabía de las tribulaciones que les aguardaban a ellos; necesitaban orar para que pudieran tener la victoria.

Cuando usted se encuentre en su Getsemaní de desesperanza, de decepción o de abandono, conviértalo en un lugar de súplica. No hay problema para el cual uno no reciba ayuda al acercarse más a Dios.

Un lugar de sumisión

Además de ser un lugar de súplica, Getsemaní también fue un lugar de sumisión. Jesús había dicho: «Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Jn 6.38; vea He 10.7, 9). Había enseñado a Sus discípulos a orar, diciendo: «Hágase tu voluntad» (Mt 6.10). Ahora que el deber entraba en conflicto con el deseo, Él siguió el mismo mandato que dio a Sus discípulos. Después de orar, diciendo: «si es posible, pase de mí esta copa», pudo añadir: «pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mt 26.39).

Cada vez que Cristo oró, Su voluntad estuvo cada vez más de acuerdo con la de Su Padre. Primero oró, diciendo: «... si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mt 26.39). La segunda vez, esto fue lo que dijo en oración: «... si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad» (Mt 26.42). Al final, después de Su tercera sesión de oración, pudo decir: «... la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?» (Jn 18.11). Cuando la turba arrestó a Jesús, no fue por causa de las cuerdas que Él no escapó, sino por causa de la voluntad de Dios.

Un lugar de fortalecimiento

Por último, el huerto de Getsemaní fue un lugar de

fortalecimiento. El autor del libro de Hebreos dijo que «ofreciendo [Jesús] ruegos y súplicas [...] *fue oído*» (Hebreos 5.7; énfasis nuestro). En respuesta a Sus oraciones, «se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle» (Lc 22.43).

Dios no quitó la copa, pero sí le dio a Jesús la fortaleza para soportarla. A menudo, cuando oramos a Dios, Él no quita las dificultades que nos aquejan; en lugar de ello, nos da la fortaleza que necesitamos para sobrellevarlas. De este modo, Él nos capacita para ayudar a otros que estén haciendo frente a dificultades parecidas (vea 2 Co 1.4).

Cuando Jesús terminó de orar, Sus luchas internas estaban superadas; estaba preparado para la terrible experiencia que le aguardaba. «Extendió su mano para tomar la copa que había estado declinando»⁴³ (Jn 18.11).

Dijo a Sus discípulos: «He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos» (Mt 26.45b, 46a). Los que vinieron a arrestarlo probablemente esperaban que Él huyera; sin embargo, en lugar de huir, Él tuvo la valentía para dar un paso al frente y encontrarse con ellos (vea Jn 18.4).

A partir de ese momento, «él fue la única persona tranquila y serena de la [multitud] [...] Pasó por todos los escenarios con una compostura, serenidad y dignidad que es la maravilla de las edades».⁴⁴ En lugar de ser la víctima, «él fue el vencedor».⁴⁵ En el terreno del conflicto, Cristo fue el ganador.

Cuando usted se encuentre en su Getsemaní, busque en el Señor fortaleza. No hay reto tan abrumador que Dios no le pueda ayudar a enfrentarlo (1 Co 10.13; He 13.5).

Conclusión

No hay manera de expresar lo ocurrido en Getsemaní como es debido, y menos la hay de explicarlo. Podemos saber que fue un lugar de desesperanza, un lugar de decepción y un lugar de abandono. A partir de estas verdades, nos enteramos de que Jesús

⁴³Gipson, 158.

⁴⁴Hester, 204.

⁴⁵Ibíd.

sabe y entiende lo que nosotros tenemos que soportar. No obstante, el huerto también fue un lugar de súplica, un lugar de sumisión y un lugar de fortalecimiento. Estas verdades nos enseñan que el camino a la victoria es la sumisión, esto es, la sumisión a la voluntad de Dios. Una de las más grandes tareas que todos nosotros alguna vez enfrentaremos es armonizar nuestra voluntad con la voluntad de Dios; y así fue como Jesús obtuvo Su victoria, y así es como nosotros obtendremos la nuestra.

SECCIÓN IV

TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

Incluye una armonía de

Mt 26.47–75; 27.1–31a

Mr 14.43—15.20a

Lc 22.47—23.25

Jn 18.2—19.16

VIERNES: EL DÍA EN QUE JESÚS MURIÓ (CONTINUACIÓN)

La traición y el arresto

(Mt 26.47–56; Mr 14.43–52; Lc 22.47–53; Jn 18.2–12)

Mateo 26.47–56

⁴⁷Mientras todavía hablaba, vino Judas, uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo. ⁴⁸Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ése es; prendedle. ⁴⁹Y en seguida se acercó a Jesús y dijo: ¡Salve, Maestro! Y le besó. ⁵⁰Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y le prendieron. ⁵¹Pero uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del sumo sacerdote, le quitó la oreja. ⁵²Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ⁵³¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ⁵⁴¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga? ⁵⁵En aquella hora dijo Jesús a la gente: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis. ⁵⁶Mas todo esto sucede, para que se cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.

Marcos 14.43–52

⁴³Luego, hablando él aún, vino Judas, que era uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los

principales sacerdotes y de los escribas y de los ancianos. ⁴⁴Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ése es; prendedle, y llevadle con seguridad. ⁴⁵Y cuando vino, se acercó luego a él, y le dijo: Maestro, Maestro. Y le besó. ⁴⁶Entonces ellos le echaron mano, y le prendieron. ⁴⁷Pero uno de los que estaban allí, sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja. ⁴⁸Y respondiendo Jesús, les dijo: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? ⁴⁹Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es así, para que se cumplan las Escrituras. ⁵⁰Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.

⁵¹Pero cierto joven le seguía, cubierto el cuerpo con una sábana; y le prendieron; ⁵²mas él, dejando la sábana, huyó desnudo.

Lucas 22.47–53

⁴⁷Mientras él aún hablaba, se presentó una turba; y el que se llamaba Judas, uno de los doce, iba al frente de ellos; y se acercó hasta Jesús para besarle. ⁴⁸Entonces Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre? ⁴⁹Viendo los que estaban con él lo que había de acontecer, le dijeron: Señor, ¿heriremos a espada? ⁵⁰Y uno de ellos hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. ⁵¹Entonces respondiendo Jesús, dijo: Basta ya; dejad. Y tocando su oreja, le sanó. ⁵²Y Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del templo y a los ancianos, que habían venido contra él: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? ⁵³Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas.

Juan 18.2–12

²Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. ³Judas, pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas, y con armas. ⁴Pero Jesús, sabiendo

todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? ⁵Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. ⁶Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra. ⁷Volvió, pues, a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús nazareno. ⁸Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos; ⁹para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno. ¹⁰Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. ¹¹Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?

¹²Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron.

Todavía estaba hablando Jesús, cuando una multitud llenó el huerto: eran tal vez cientos de personas (vea Mt 26.47a; Mr 14.43a; Lc 22.47a). Al frente de esta turba asesina estaba Judas.

Los demás discípulos pudieron haber estado durmiendo, pero no así Judas. Para cumplir su contrato con el Sanedrín, tuvo que llevarlos hasta el Maestro (vea Hch 1.16b). Tal vez había verificado primero en el aposento alto. Al final, llevó a los enemigos de Cristo hasta el lugar sobre el monte de los Olivos donde Jesús se había reunido muchas veces con él y los demás apóstoles (Jn 18.2).

A Judas le acompañaba **mucha gente [...] de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo** (Mt 26.47; Mr 14.43), esto es, el sanedrín. Juan hizo notar que el grupo venía de parte de **los fariseos** (Jn 18.3); en el sanedrín había una representación de fariseos (Hch 23.1, 6). Entre la multitud había **jefes de la guardia del templo de los principales sacerdotes** (Lc 22.52; Jn 18.3). Estos eran dirigentes de la fuerza de seguridad del templo, costeados por el concilio.

Tal vez lo más sorprendente es que el grupo incluía un gran contingente de soldados romanos. Según Juan, **la cohorte romana y el comandante** (Jn 18.12; vea 18.3) se encontraban entre los que tomaron la delantera para ir a prender a Cristo. Aparentemente,

el sanedrín había llamado a los romanos para que ayudaran con el arresto. Los principales sacerdotes debieron de haberle contado al comandante romano toda una historia acerca de Jesús, para convencerlo de que sus hombres debían tomar parte. Durante los días de fiesta, el gobernador romano aumentaba considerablemente el número de soldados romanos, con el fin de estar preparados para sofocar cualquier sublevación. Estos se acuartelaban en la fortaleza Antonia, que se ubicaba en la esquina noroeste del complejo del templo.

Una «cohorte romana» se componía normalmente de seiscientos soldados. Diez cohortes equivalían a una legión, o seis mil soldados. Es poco probable que vinieran tantos soldados a capturar a Jesús; pero a la luz de la aseveración de Mateo en el sentido de que al huerto vino «*mucha* gente» (Mt 26.47; énfasis nuestro), es probable que estuvieran presentes varios cientos de legionarios. Estos y el resto de la turba vinieron con **armas**, tales como **espadas y palos** (Jn 18.3; Mt 26.47, 55; Mr 14.43, 48; Lc 22.52).

También trajeron **linternas y antorchas** (Jn 18.3) a pesar de que la Pascua se celebraba en día de luna llena. Es probable que pensaran que Jesús trataría de huir y que tendrían que buscarlo entre las sombras del huerto.

¿Por qué fueron enviados tantos a arrestar a un solo hombre? Tal vez se les había dicho que se trataba de «el hombre que no podía ser arrestado» (vea Jn 7.30, 44; 10.39). No hay duda de que habían oído de Su reputación como hacedor de milagros; tal vez se les había dicho incluso que con una sola palabra podía hacer que se secara una higuera (vea Mt 21.19). Cual fuera la razón, era una vista que causaba extrañeza: cientos de hombres armados que venían a arrestar a Uno que jamás había hecho daño a otro, Uno que enseñaba a Sus seguidores a poner la otra mejilla (Mt 5.39).

Judas había acordado de antemano una señal para que la turba lo pudiera identificar: Saludaría al Señor como un discípulo saludaba a su maestro: con un beso en la mejilla (Mt 26.48; Mr 14.44). Cristo eliminó la necesidad de tal duplicidad. Preguntó: **¿A quién buscáis?** (Jn 18.4). Cuando ellos dijeron: **A Jesús nazareno**, Él respondió con osadía, diciendo: **Yo soy** (Jn 18.5).

Cuando Él dijo aquello, los aspirantes a captores **retrocedieron**,

y **cayeron a tierra** (Jn 18.6). El retroceso de ellos pudo ser una demostración del poder divino del Señor. Lo más probable es que fuera una reacción de sobresalto a Su presencia divina. G. Hall Todd escribió: «Se sintieron sobrecogidos, apenados e inseguros delante de Él. La blanca luz de Su pureza le produjo una sensación de culpa al alma de ellos [...] Esperaban atraparle, pero Él los atrapó a ellos».¹

Cristo tuvo que recordarle a la desconcertada multitud la misión que venía a cumplir. Nuevamente preguntó: **¿A quién buscáis?** Ellos repitieron: **A Jesús nazareno** (Jn 18.7). Jesús dijo, **Os he dicho que yo soy** (Jn 18.8a; énfasis nuestro). Luego, señalando a los once, añadió: **pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos** (Jn 18.8b). Puede que no le preocupara Su propia seguridad, pero *sí* le preocupó el bienestar de Sus discípulos.

En vista de que el Señor se había identificado Él mismo dos veces, la señal acordada de antemano por Judas tenía ahora poco sentido; pero el antiguo discípulo estaba resuelto a ganarse su dinero. Él **se acercó a Jesús y dijo: ¡Salve, Maestro! Y le besó** (Mt 26.49). Cristo preguntó con tristeza: **Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?** (Lc 22.48). Luego añadió: **Amigo, ¿a qué vienes?** (Mt 26.50a). La palabra «amigo» es irónica. Jesús había anhelado que Judas fuera Su amigo, pero este rechazó la amistad que se le ofreció.

Tal vez la multitud observó con aprensión cuando Judas se acercó a Jesús, preguntándose: «¿Qué va a hacer ahora el Hacedor de Milagros?». No obstante, cuando notaron que nada desastroso le ocurrió a Judas, recobraron la confianza. Avanzaron hacia delante, y **echaron mano a Jesús**, y luego **le ataron** (Mt 26.50b; Jn 18.12). Desde ese momento hasta Su muerte, las manos de Jesús rara vez estarían libres: Sus manos estarían por lo general restringidas, ya fuera por cuerdas o por clavos (Mr 15.1; Jn 18.12; 20.25). Los soldados romanos cooperaron con la guardia del templo judío en el arresto de Jesús (Jn 18.12), pero se desconoce cuánto tiempo permanecieron con el grupo de arresto. En algún momento, una vez cumplida su misión, dejaron a Jesús bajo la

¹G. Hall Todd, *The Gamblers at Golgotha (Los apostadores al Gólgota)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1958), 39.

custodia de los judíos (compare Hch 22.30).

Los discípulos de Jesús habían afirmado que estaban dispuestos a morir con Él (Mr 14.31). Ahora, ellos estaban preparados para hacer honor a su promesa (Lc 22.49). Pedro desenvainó su espada e **hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha** (Jn 18.10). Es probable que el propósito del apóstol fuera partir la cabeza del siervo, pero el hombre esquivó.

Juan, que estaba familiarizado con la casa del sumo sacerdote (Jn 18.15–16), hizo notar que el nombre del esclavo era Malco. Hay quienes han conjeturado que Juan esperaba que sus lectores supieran quién era Malco, lo cual puede ser indicio de que con el tiempo este llegó a ser cristiano. Juan es también el único autor que mencionó el nombre del aspirante a espadachín, y tal vez lo hizo porque, para el tiempo que él escribió su evangelio, ya Pedro había muerto y los romanos no podían echar mano de él para hacerle más daño.

Jesús tenía que actuar con rapidez, porque de lo contrario podía desencadenarse un disturbio. El suelo del huerto podría empaparse con la sangre de Pedro y de los demás discípulos. El Señor gritó a Pedro: **Basta ya; dejad; Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán** (Lc 22.51a; Mt 26.52). Las batallas espirituales no se pelean con armas físicas (2 Co 10.3–4; vea Jn 18.36). Las intenciones de Pedro eran buenas, pero «se equivocó en cuanto al arma, la ocasión, el propósito y el motivo».²

Si una defensa hubiera sido lo indicado, Jesús tenía recursos más poderosos que un aspirante a espadachín. Le dijo a Pedro: **¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?** (Mt 26.53). Una legión completa en número consistía en seis mil soldados. ¡Setenta y dos mil ángeles habrían sido más que suficientes para despachar a los cientos que habían venido a arrestarlo!

Se ha insinuado que Cristo usó la cifra «doce» porque Él y Sus once discípulos sumaban doce, de modo que una legión

²Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary* (El comentario expositivo de la Biblia), vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 162.

protegería a cada uno de ellos. Sin embargo, es probable que la cifra no tuviera otro propósito más que describir a una arrolladora fuerza. Lo que el Señor estaba diciendo, era algo que ya había dicho anteriormente: No había hombre, ni grupo de hombres, que tuviera el poder o los recursos para tomar Su vida; más bien, era de Su propia voluntad que Él la entregaba (Jn 10.17–18; vea Gá 2.20). Jesús recalcó una y otra vez que Su muerte fue cumplimiento de la Escritura (Mt 26.54, 56).

Después de reprender a Pedro, Jesús extendió Sus manos atadas, tocó la oreja del siervo herido, y **le sanó** (Lc 22.51b). Su acción apaciguó una situación potencialmente explosiva. Este fue el último milagro de sanidad hecho por el Señor antes de Su muerte.

Cristo se volvió a Sus captores y dijo: **¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas** (Lc 22.52–53). Las últimas palabras de esta aseveración significan: «Este es vuestro momento de triunfo, la hora cuando el poder de las tinieblas parece haber ganado».

A estas alturas, debió de haber sido obvio para los discípulos de Jesús que no habría una batalla física. Frustrados y desconcertados, dejaron a Cristo y huyeron tal como Él había anunciado (Mt 26.56; vea 26.31). Más adelante Pedro y Juan siguieron «de lejos» al grupo de arresto (Mt 26.58; Mr 14.54; Lc 22.54; vea Jn 18.15); pero, en la práctica, Cristo estaba solo. (Por supuesto que no estaba realmente solo, pues el Padre estaba con Él [Jn 16.32].)

El evangelio de Marcos añade un extraño incidente acerca de un **joven**, que estaba vestido únicamente de una sábana o camisa de noche, el cual huyó desnudo cuando estuvo a punto de que **le [prendieran]** (Mr 14.51–52). La mayoría de los autores dan por sentado que el joven era el mismo Marcos. Hemos visto que Juan se refirió a sí mismo algunas veces en la tercera persona en su evangelio; puede que Marcos haya hecho lo mismo. La madre de Marcos residía en Jerusalén (Hch 12.12, 25); como se hizo notar anteriormente, es posible que la casa de ella fuera el sitio donde se llevara a cabo la última cena. Que el joven haya seguido a Jesús

y a Sus apóstoles cuando salieron del aposento alto, o que haya ido al huerto después, no es algo que esté claro. Si Judas primero llevó a la turba al aposento alto, puede que Marcos haya seguido a ese grupo hasta donde estaba Cristo. De algún modo, el joven debió de haber dado indicios de que él era discípulo de Jesús, porque los de la turba «le prendieron». No estamos seguros del porque de Marcos al incluir este detalle. Puede que esta haya sido la forma como Marcos dio testimonio de la veracidad del relato; puede que lo haya hecho con el propósito de dar a entender: «Yo estuve allí y sé de qué estoy hablando». Tal vez el propósito de Marcos fue, de hecho, decir: «No juzguen a los discípulos con demasiada dureza. Si ustedes hubieran estado allí, también hubieran huido. Lo sé, porque *yo* huí».

El «juicio» judío (primera y segunda etapas)

(Mt 26.57, 59–68; Mr 14.53, 55–65;

Lc 22.54a, 63–65; Jn 18.12–14, 19–24)

Primera etapa: interrogado por Anás
(Jn 18.12–14, 19–23)

¹²Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron, ¹³y le llevaron primeramente a Anás; porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. ¹⁴Era Caifás el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo.

¹⁹Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. ²⁰Jesús le respondió: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ²¹¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho. ²²Cuando Jesús hubo dicho esto, uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote? ²³Jesús le respondió: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

Es probable que cuando Cristo fue capturado en el huerto ya era la medianoche o pasada la medianoche. Lo llevaron atado por las oscuras y estrechas calles de Jerusalén. **Le llevaron primeramente a Anás** (Jn 18.13a). (Vea el mapa de «La ciudad de Jerusalén» en el apéndice 2.)

Jesús fue enjuiciado ante los judíos y después ante los romanos. Cada uno de los «juicios» se llevó a cabo en tres etapas. Pongo la palabra «juicios» entre comillas porque en los dos se hizo una farsa de justicia. En el caso del «juicio» judío, no se hizo esfuerzo alguno por determinar la culpa o la inocencia. Los dirigentes de los judíos ya habían condenado a Jesús a muerte (Jn 11.47–53; vea Mt 26.4; Mr 14.1); el propósito que perseguían al «enjuiciar» a Jesús no era hacer justicia sino justificar, esto es, justificar la decisión que ya habían convenido anteriormente (Mt 26.59; vea Mr 14.55).

La primera etapa del «juicio» judío fue un interrogatorio llevado a cabo por Anás. Anás **era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote** (Jn 18.13b). El mismo Anás «había sido sumo sacerdote desde el año 6 hasta el año 15 d. C. antes de ser depuesto por el procurador romano Valerius Gratus».³ En vista de que, según la ley, el oficio de sumo sacerdote era un puesto vitalicio, Anás todavía era considerado por muchos el legítimo sumo sacerdote. En el pasaje bajo consideración, tanto a Anás como a Caifás se les refiere como «el sumo sacerdote» (Jn 18.13, 19, 22, 24; vea Hch 4.6). Lucas escribió acerca de los «sumos sacerdotes Anás y Caifás» (Lc 3.2; énfasis nuestro).

No conocemos con certeza la razón por la que Cristo fue llevado ante Anás. Pudieron haberlo llevado allí por respeto al antiguo sumo sacerdote. El anciano podría haber expresado interés en ver a Jesús (tal como Herodes lo había expresado; Lc 23.8). Puede que los enemigos de Jesús pensaran que el astuto político podía ayudarles a formular una acusación contra Él. Tal vez se consideró que era una manera provechosa de usar el tiempo mientras los miembros del Sanedrín se reunían.

³F. LaGard Smith, *The Narrated Bible in Chronological Order (La Biblia narrada en orden cronológico)* (Eugene, Oreg.: Harvest House Publishers, 1984), 1467.

Anás comenzó su interrogatorio con preguntas poco precisas acerca de los **discípulos** y de la **doctrina** de Jesús (Jn 18.19). Cristo respondió: **Yo públicamente he hablado al mundo [...] en la sinagoga y en el templo** (Jn 18.20). Puede que haya señalado a algunos de los presentes cuando dijo: **¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho** (Jn 18.21).

La aseveración de Jesús en el sentido de no haber hablado nada «en oculto», no significa que no enseñó a los discípulos en privado. Él enseñó en privado (Mr 4.34; Lc 10.23), pero Sus enseñanzas en privado no estuvieron en conflicto con Sus enseñanzas en público. Además, al enseñar en privado no tenía como propósito final el encubrimiento (Mt 10.27).

En ese momento, **uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote?** (Jn 18.22). Este fue sólo el comienzo del maltrato físico que Cristo había de sufrir aquel día. Jesús respondió: **Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?** (Jn 18.23). Según Martín Lutero, puede que el Señor prohíba la defensa propia con la mano, pero no así con la lengua.⁴ Cuando Lutero dijo esto, él estaba pensando en la enseñanza de Jesús acerca de poner la otra mejilla (Mt 5.39).

Segunda etapa: condenado por Caifás y el Sanedrín
(Mt 26.57, 59–68; Mr 14.53, 55–65; Lc 22.54a, 63–65; Jn 18.24)

Mateo 26.57, 59–68

⁵⁷Los que prendieron a Jesús le llevaron al sumo sacerdote Caifás, adonde estaban reunidos los escribas y los ancianos.

⁵⁹Y los principales sacerdotes y los ancianos y todo el concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte, ⁶⁰y no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban. Pero al fin vinieron dos testigos falsos, ⁶¹que dijeron: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres

⁴J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati. Standard Publishing Co., 1914), 695.

días reedificarlo. ⁶²Y levantándose el sumo sacerdote, le dijo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? ⁶³Mas Jesús callaba. Entonces el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. ⁶⁴Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. ⁶⁵Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia. ⁶⁶¿Qué os parece? Y respondiendo ellos, dijeron: ¡Es reo de muerte! ⁶⁷Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban, ⁶⁸diciendo: Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó.

Marcos 14.53, 55–65

⁵³Trajeron, pues, a Jesús al sumo sacerdote; y se reunieron todos los principales sacerdotes y los ancianos y los escribas.

⁵⁵Y los principales sacerdotes y todo el concilio buscaban testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte; pero no lo hallaban. ⁵⁶Porque muchos decían falso testimonio contra él, mas sus testimonios no concordaban. ⁵⁷Entonces levantándose unos, dieron falso testimonio contra él, diciendo: ⁵⁸Nosotros le hemos oído decir: Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano. ⁵⁹Pero ni aun así concordaban en el testimonio. ⁶⁰Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? ⁶¹Mas él callaba, y nada respondía. El sumo sacerdote le volvió a preguntar, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? ⁶²Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. ⁶³Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? ⁶⁴Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte. ⁶⁵Y algunos comenzaron a escupirle, y a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: Profetiza. Y los alguaciles le daban de bofetadas.

Lucas 22.54a, 63–65

^{54a}**Y prendiéndole, le llevaron, y le condujeron a casa del sumo sacerdote.**

⁶³**Y los hombres que custodiaban a Jesús se burlaban de él y le golpeaban;** ⁶⁴**y vendándole los ojos, le golpeaban el rostro, y le preguntaban, diciendo: Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?** ⁶⁵**Y decían otras muchas cosas injuriándole.**

Juan 18.24

²⁴**Anás entonces le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.**

Luego, **Anás [...] le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote** (Jn 18.24) para la segunda etapa del «juicio» judío. Es posible que la casa de Caifás estuviera cerca de la de Anás. Hay quienes creen que las casas de Anás y Caifás tenían un patio que les era común a ambas. No obstante, excavaciones recientes indican que las dos casas estaban a cierta distancia una de la otra. (Vea el mapa de «La ciudad de Jerusalén» en el apéndice 2.) Juan identificó a Caifás como «el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo» (Jn 18.14; vea 11.49–52).

El sumo sacerdote [...] todos los principales sacerdotes y los ancianos y los escribas, esto es, todo el concilio, se reunieron (Mr 14.53, 55) en el aposento alto (vea Mr 14.66) en la residencia de Caifás (Lc.22.54). «Por lo menos un quórum del sanedrín [fue] convocado para una sesión nocturna»,⁵ con el propósito de hallar alguna base en qué apoyarse para condenar a Jesús a muerte.

Los enemigos de Cristo habían «tratado, durante tres años y medio, de hallar aunque fuera un defecto en Su vida, y habían tratado de hacer esto con el microscopio de sus propios prejuicios», y no habían «encontrado absolutamente nada malo en Él». ⁶ Ahora recurrían a buscar **falso testimonio contra Jesús,**

⁵Robert L. Thomas, ed., y Stanley N. Gundry, ed. asoc., *A Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios)* (Chicago: Moody Press, 1978), 329.

⁶Richard Rogers, *The Life of Christ and His Teaching (La vida de Cristo y Sus enseñanzas)* (Lubbock, Tex.: Sunset International Bible Institute External Studies Department, 1995), 95.

para entregarle a la muerte, pero no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban (Mt 26.59–60a; vea Ex 20.16). El problema era que tenían que hallar por lo menos dos testigos cuyas declaraciones coincidieran (Dt 17.6; 19.15), pero **sus testimonios no concordaban** a pesar de ser falsos (Mr 14.56).

Al final, **vinieron [dos hombres] que dijeron: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo** (Mt 26.60b, 61). Unos años atrás, como respuesta a la solicitud de los judíos en el sentido de que les diera señal, Cristo había dicho: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré», y lo dijo en referencia al «templo de su cuerpo» (Jn 2.19, 21). Sin embargo, Él *no* había dicho que Él lo destruiría. Los dos mintieron, y ni siquiera los testimonios mentirosos de ellos coincidieron (Mr 14.59).

Por lo menos algunos de los miembros del concilio pudieron haber entendido que Jesús estaba hablando de Su cuerpo, no del templo material (vea Mt 27.63). Por la razón que fuera, ellos no siguieron adelante con esta acusación durante el juicio de Jesús. No obstante, la misma discusión surgió más adelante en el sanedrín, cuando Esteban fue traído al concilio (vea Hch 6.13–14).

Caifás debió de haber estado cada vez más avergonzado. Frustrado, se volvió a Jesús y preguntó a Este: **¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti?** (Mt 26.62). Cristo no respondió, pero mantuvo un decoroso silencio (Mt 26.63a; vea Is 53.7; Hch 8.32, 35; 1 P 2.23).

El sumo sacerdote, presa de la desesperación, le dijo: **Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios** (Mt 26.63b). La expresión «te conjuro por el Dios viviente» era una fórmula judía estándar, con la cual se sometía a una persona a declarar bajo juramento. La respuesta que Jesús dio a Caifás fue, por lo tanto, dada bajo juramento. Este ejemplo nos hace saber que la enseñanza de Jesús contra los juramentos (Mt 5.34) no incluía los juramentos civiles.

Es probable que Caifás no estuviera muy esperanzado de que Jesús respondiera. En la sociedad de aquellos tiempos, al igual que en muchas sociedades de hoy, a una persona acusada no se le podía obligar a declarar contra sí misma. Cristo no le

había respondido anteriormente al dirigente judío; y si alguna vez hubo un momento cuando a Él le convenía guardar silencio, este era precisamente el momento. Si rehusaba responder, el sumo sacerdote no tendría argumento para proseguir. Cuando responder era lo más riesgoso, el Señor habló. Esto fue lo que dijo: **Yo soy** (Mr 14.62a). La respuesta que recoge Mateo es esta: **Tú lo has dicho** (Mt 26.64a). Esta era una forma idiomática de decir «Sí». Jesús había confesado anteriormente en público que Él era el Cristo (el esperado Mesías judío) (Jn 5.17–18; 10.30–39; vea Mt 22.41–46), pero aparentemente el sumo sacerdote no había podido encontrar testigos de que Él había hecho tal afirmación, o por lo menos no había encontrado testigos cuyas declaraciones coincidieran.

Jesús añadió: **... y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo** (Mt 26.64b; vea Dn 7.13; Sal 110.1). En ese momento, Jesús estaba siendo humillado, pero en poco tiempo se le restituiría Su puesto a la diestra de Su Padre. ¡Entonces sería Él, y no Caifás, quien ocuparía el puesto de autoridad!

Al sumo sacerdote debió de haberle entusiasmado la respuesta de Jesús, pero él puso una fachada de hombre sumamente escandalizado. Rasgó sus vestiduras —un gesto simbólico de intensa aflicción— y dijo: **¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos?** (Mt 26.65a). Según estipulaba la ley de Moisés, aquel que blasfemara el nombre de Dios, había de ser muerto (Lv 24.16). Según la ley judía, Jesús no era culpable de blasfemia, pero Caifás no estaba interesado en definiciones legales. Para Él bastaba con el hecho de que Jesús había aceptado ser «el Cristo, el Hijo de Dios» (haciéndose igual a Dios; vea Jn 5.18) y se había atribuido el título mesiánico de «Hijo del Hombre». «¡Ha blasfemado!», gritó el sumo sacerdote.

Caifás le dijo al concilio: **He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?** (Mt 26.65b, 66a). Ellos respondieron, diciendo: **¡Es reo de muerte!** (Mt 26.66b). Esta no fue la declaración formal del sanedrín; pues no sería sino hasta poco después de la salida del sol que esta se haría (vea Lc 22.66—23.1). No obstante, estaban satisfechos de que habían hallado una forma de justificar la sentencia de muerte que ellos habían determinado.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

Una vez logrado su propósito (eso creían), los miembros del concilio dieron rienda suelta al odio que habían estado reprimiendo: le cubrieron el rostro a Jesús (Mr 14.65; vea Lc 22.64). Luego algunos **le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban, diciendo: Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó** (Mt 26.67–68). Los **alguaciles** que **custodiaban a Jesús** también le abofeteaban, le golpeaban y le escarnecían (Mr 14.65; Lc 22.63–64). El evangelio de Mateo da la impresión de que *el concilio* maltrató a Jesús, mientras que el evangelio de Lucas echa la culpa a *los alguaciles*. El evangelio de Marcos indica que fueron *los dos* grupos los que maltrataron al Señor. Compare la acción del sanedrín con la forma como el concilio trató más adelante a Esteban (Hch 7.54, 57–58). Cuando los alguaciles maltrataron a Jesús, es obvio que ya no le tenían temor (vea Jn 18.6). **Y decían otras muchas cosas injuriándole** (Lc 22.65). En esto se pasaron el tiempo los enemigos de Cristo hasta el amanecer.

La larga noche por fin llegó a su fin, pero un largo día todavía estaba por delante: un día que culminaría con la muerte de Jesús. Todavía había muchas crueldades e injusticias que soportar.

Pedro niega a Jesús

(Mt 26.58, 69–75; Mr 14.54, 66–72;
Lc 22.54b–62; Jn 18.15–18, 25–27)

Mateo 26.58, 69–75

⁵⁸Mas Pedro le seguía de lejos hasta el patio del sumo sacerdote; y entrando, se sentó con los alguaciles, para ver el fin.

⁶⁹Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo. ⁷⁰Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices. ⁷¹Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el nazareno. ⁷²Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre. ⁷³Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre. ⁷⁴Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar:

No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo. ⁷⁵Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente.

Marcos 14.54, 66–72

⁵⁴Y Pedro le siguió de lejos hasta dentro del patio del sumo sacerdote; y estaba sentado con los alguaciles, calentándose al fuego.

⁶⁶Estando Pedro abajo, en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote; ⁶⁷y cuando vio a Pedro que se calentaba, mirándole, dijo: Tú también estabas con Jesús el nazareno. ⁶⁸Mas él negó, diciendo: No le conozco, ni sé lo que dices. Y salió a la entrada; y cantó el gallo. ⁶⁹Y la criada, viéndole otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos. ⁷⁰Pero él negó otra vez. Y poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos. ⁷¹Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. ⁷²Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba.

Lucas 22.54b–62

^{54b}Y Pedro le seguía de lejos. ⁵⁵Y habiendo ellos encendido fuego en medio del patio, se sentaron alrededor; y Pedro se sentó también entre ellos. ⁵⁶Pero una criada, al verle sentado al fuego, se fijó en él, y dijo: También éste estaba con él. ⁵⁷Pero él lo negó, diciendo: Mujer, no lo conozco. ⁵⁸Un poco después, viéndole otro, dijo: Tú también eres de ellos. Y Pedro dijo: Hombre, no lo soy. ⁵⁹Como una hora después, otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo. ⁶⁰Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó. ⁶¹Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que

el gallo cante, me negarás tres veces. ⁶²Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente.

Juan 18.15–18, 25–27

¹⁵Y seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Y este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote; ¹⁶mas Pedro estaba fuera, a la puerta. Salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro. ¹⁷Entonces la criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dijo él: No lo soy. ¹⁸Y estaban en pie los siervos y los alguaciles que habían encendido un fuego; porque hacía frío, y se calentaban; y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose.

²⁵Estaba, pues, Pedro en pie, calentándose. Y le dijeron: ¿No eres tú de sus discípulos? El negó, y dijo: No lo soy. ²⁶Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él? ²⁷Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo.

Cuando Cristo fue arrestado, leemos que «todos los discípulos, dejándole, huyeron» (Mt 26.56). No obstante, cuando se llevaron a Jesús, Pedro y Juan siguieron de lejos a Este y a los captores hasta que el desfile llegó a casa del sumo sacerdote (Mr 14.54; Jn 18.15; Lc 22.54). A Juan, que era conocido de la casa del sumo sacerdote, se le permitió entrar en el patio (Jn 18.15). (Puede que en Hch 4.5–7, 13 se esté indicando que Caifás tuvo algún conocimiento previo de los antecedentes de Juan.) El patio se ubicaba inmediatamente abajo en relación con la sala donde se reunía el sanedrín (Mr 14.65–66). Por la influencia de Juan, a Pedro también se le permitió entrar (Jn 18.16–17).

¿Qué sucedió a Juan cuando Pedro fue a calentarse en el patio? Tal vez, en vista de que Juan era conocido de la familia, se le permitió entrar en la casa. Otra posibilidad es que se fuera al ver el peligro.

En el centro del patio, se había encendido una pequeña fogata, con el fin de proteger del frío (Jn 18.18; Lc 22.55). Simulando ser

parte del grupo, Pedro se sentó junto a la fogata **para ver el fin** (Mt 26.58) del arresto de Jesús. En Juan 18.25 dice que Pedro estaba **en pie, calentándose**. Es probable que haya estado un rato en pie y otro sentado. Entre los hombres que se calentaban, también se encontraban **los alguaciles** (Mr 14.54; Jn 18.18) que habían arrestado a Jesús.

Anteriormente esa noche, Jesús había anunciado que Sus discípulos le abandonarían (Mt 26.31). Pedro había protestado, diciendo esto: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré» (Mt 26.33). El Señor le había respondido con tristeza, diciéndole: «De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces» (Mt 26.34). Según Marcos esto fue lo que Jesús dijo: «... antes que el gallo haya cantado *dos veces*» (Mr 14.30; énfasis nuestro). No hay contradicción en esto; el canto de gallo al cual se refieren los demás evangelios, fue aparentemente el segundo.

No faltaba mucho para que se produjera la primera negación. La criada que había dejado entrar a Pedro se acercó a este y le dijo: **¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?** (Jn 18.17a). Es probable que las sospechas de ella se hubieran suscitado por el hecho de que él había estado con Juan. Pedro se apresuró a responder, diciendo: **No lo soy** (Jn 18.17b), pero esto no satisfizo a la mujer. Ella **se fijó en él** (Lc. 22.56a), y dijo a los que estaban alrededor de la fogata: **También éste estaba con él** (Lc 22.56b). Y dijo al apóstol: **Tú también estabas con Jesús el nazareno** (Mr 14.67; vea Mt 26.69). **Pero él negó otra vez** delante de todos ellos (Mt. 26.70), diciendo, **Mujer, no lo conozco; No le conozco, ni sé lo que dices** (Lc 22.57; Mr 14.68).

El apóstol se retiró precipitadamente de la fogata y se dirigió a la puerta (Mt 26.71), donde pudiera estar de pie al alero de la entrada (Mr 14.68), es probable que esto se refiera al alero que sobresale del techo (Mr 14.68). Al final de Marcos 14.68, algunos manuscritos posteriores añaden la frase «y cantó el gallo». En algún momento durante la prueba a la cual estaba siendo sometido Pedro, un gallo cantó la primera vez (vea Mr 14.72). La joven lo siguió y dijo a los que estaban cerca: **Este es de ellos** (Mr. 14.69). Otra criada coincidió con ella, diciendo: **También éste estaba con Jesús el nazareno** (Mt 26.71; vea Lc 22.58a). **Pero**

él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre (Mt 26.72; vea Lc 22.58b). Es probable que este juramento no se refiera a lo que llamamos blasfemia, sino al juramento formal que usaban los judíos. Juró que lo que estaba diciendo era la verdad. Esta fue la negación número dos.

Es necesario hacer una pausa y preguntarnos: «¿Por qué negó Pedro a Jesús?». El pescador no era hombre que se intimidara fácilmente. Había probado su valentía en el huerto. Había demostrado valor (o por lo menos temeridad) al venir al patio, donde estaría rodeado por los enemigos de Jesús. No podemos responder la pregunta con certeza, pero considere usted esto: Pedro tenía que estar confundido; puede que incluso haya estado luchando con la duda. En primer lugar, la idea de que Jesús podía ser arrestado, enjuiciado y muerto no concordaba con los conceptos preconcebidos que él tenía del Mesías (Mt 16.22). En segundo lugar, es probable que no pudiera entender por qué su Maestro no le permitió usar la espada (Mt 26.52). De modo que, cuando este hombre normalmente seguro de sí mismo, entró en el patio, él estaba vulnerable, extremadamente vulnerable.

Pasó una hora, durante la cual el apóstol estuvo solo, pero luego **otro [hombre afirmó] diciendo: Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo. Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices** (Lc 22.59–60a). Algunos de los que allí estaban, se sumaron al que señaló, diciendo: **Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre** (Mt 26.73). El dialecto de los galileos era inconfundible: Además de articular mal las palabras, ellos pronunciaban del mismo modo muchas letras y no pronunciaban otras. En la multitud estaba presente un pariente de Malco (vea Jn 18.10). Este dijo: **¿No te vi yo en el huerto con él?** (Jn 18.26). Pedro **comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre** (Mt 26.74a). En la NIV se lee: «comenzó a lanzarse maldiciones sobre él mismo y les juró a ellos». Esta fue la negación número tres.

Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó (Lc 22.60b; vea Mt 26.74b; Jn 18.27b), exactamente como Jesús había anunciado. En Marcos 14.72a, se lee: «Y el gallo cantó la segunda vez». En ese momento, **vuelto el Señor, miró a Pedro** (Lc 22.61a). Cuando Jesús miró a Pedro, el apóstol **se acordó de**

la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante [dos veces; Mr 14.72b] me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente (Lc 22.61b, 62). Las lágrimas rodaron por sus curtidas mejillas.

El «juicio» judío (tercera etapa): condenado por el sanedrín (Mt 27.1–2; Mr 15.1; Lc 22.66—23.1; Jn 18.28)

Mateo 27.1–2

¹Venida la mañana, todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo entraron en consejo contra Jesús, para entregarle a muerte. ²Y le llevaron atado, y le entregaron a Poncio Pilato, el gobernador.

Marcos 15.1

¹Muy de mañana, habiendo tenido consejo los principales sacerdotes con los ancianos, con los escribas y con todo el concilio, llevaron a Jesús atado, y le entregaron a Pilato.

Lucas 22.66—23.1

⁶⁶Cuando era de día, se juntaron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le trajeron al concilio, diciendo: ⁶⁷¿Eres tú el Cristo? Dínoslo. Y les dijo: Si os lo dijere, no creeréis; ⁶⁸y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. ⁶⁹Pero desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios. ⁷⁰Dijeron todos: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que lo soy. ⁷¹Entonces ellos dijeron: ¿Qué más testimonio necesitamos? porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca.

¹Levantándose entonces toda la muchedumbre de ellos, llevaron a Jesús a Pilato.

Juan 18.28

²⁸Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua.

La sesión nocturna del sanedrín que se llevó a cabo en la casa

de Caifás, había sido un evento irregular, por no decir ilegal. Al acercarse un nuevo día (vea Mr 15.1; Lc 22.66), Jesús fue llevado a la cámara del concilio (Lc 22.66) para un reunión de carácter «oficial». Es evidente que la cámara del concilio se encontraba a cierta distancia de la casa del sumo sacerdote, en vista de que Jesús tuvo que ser llevado allí después de la sesión nocturna. No obstante, no hay acuerdo en cuanto al lugar donde exactamente se ubicaba la cámara. En el pasado, la mayoría de los eruditos creían que estaba en el complejo del templo, no lejos del atrio de las mujeres, pero ahora algunos creen que se encontraba fuera de la zona del templo.

Marcos hizo notar que estaba presente **todo el concilio** (Mr 15.1), lo cual debió de haber incluido a Nicodemo y a José de Arimatea (Jn 7.50; Lc 23.50–51). Si estos dos hombres estaban presentes, ¿tuvieron la oportunidad de expresar una protesta, o todo el asunto se trató tan rápidamente que no pudieron hablar? No es algo que se nos diga.

Los miembros del concilio tenían un propósito doble. En primer lugar, necesitaban confirmación formal de la sentencia aprobada en la noche. Ellos le preguntaron nuevamente a Jesús: **¿Eres tú el Cristo? Dínoslo** (Lc 22.67a; vea Mt 26.63). Él respondió, **Si os lo dijere, no creeréis; y también si os preguntare, no me responderéis** (Lc 22.67b–68). En la paráfrasis de la LB se lee: «... no me creeréis, ni me dejaréis presentar mis razones». Luego, no obstante, Jesús se refirió a sí mismo por el título mesiánico de **el Hijo del Hombre** (Lc 22.69). Los miembros del concilio se abalanzaron sobre la afirmación en que Jesús se atribuyó deidad: **¿Luego eres tú el Hijo de Dios?** (Lc 22.70a). Él respondió: **Sí, yo soy** (Lc 22.70b; NASB). Llenos de euforia, exclamaron: **¿Qué más testimonio necesitamos? porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca** (Lc 22.71). Los miembros del concilio estaban hablando con seriedad, pero hay algo cómico en la aseveración de ellos: *No* tenían testigos. Si Jesús no hubiera testificado, *no* hubiera habido testimonio aquella mañana.

Había un segundo asunto que resolver. Habían condenado a Jesús a muerte bajo la acusación de blasfemia (Mt 26.65–66), pero no era legal que ellos mismos lo ejecutaran (Jn 18.31). Más adelante, ellos darían muerte *ilegalmente* a Esteban por lapidación

(Hch 6.8—7.60); pero, en el caso de Jesús, ellos quisieron conservar la *apariencia* de legalidad. En vista de que al gobernador romano no le importaría nada la acusación de carácter religioso en el sentido de que había blasfemado, tenían que inventar una acusación de carácter político que impresionara al funcionario. Después que hicieron esto (vea Lc 23.2), **toda la muchedumbre de ellos lo atado, y le entregaron a Poncio Pilato, el gobernador** (Lc 23.1; Mt. 27.2).

Algunas armonías insertan el suicidio de Judas inmediatamente después de la confirmación formal del Sanedrín porque allí fue donde Mateo la ubicó (Mt 27.3–10). Sin embargo, algunos de los detalles del relato indican que probablemente tuvo lugar más adelante. Por ejemplo, el sanedrín estaba de vuelta en el templo (Mt 27.5), en lugar de estar debatiendo con Pilato en el pretorio. En mi armonía, por lo tanto, el relato se ha ubicado después que Pilato sentenció a muerte a Jesús.

El juicio romano

(Mt 27.11–31a; Mr 15.2–20a; Lc 23.2–25; Jn 18.28—19.16)

Primera etapa: ante Pilato (declarado inocente)
(Mt 27.11–14; Mr 15.2–5; Lc 23.2–7; Jn 18.28–38)

Mateo 27.11–14

¹¹Jesús, pues, estaba en pie delante del gobernador; y éste le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y Jesús le dijo: Tú lo dices. ¹²Y siendo acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió. ¹³Pilato entonces le dijo: ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? ¹⁴Pero Jesús no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho.

Marcos 15.2–5

²Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondiendo él, le dijo: Tú lo dices. ³Y los principales sacerdotes le acusaban mucho. ⁴Otra vez le preguntó Pilato, diciendo: ¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan. ⁵Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que Pilato se maravillaba.

Lucas 23.2–7

²Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey. ³Entonces Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y respondiéndole él, dijo: Tú lo dices. ⁴Y Pilato dijo a los principales sacerdotes, y a la gente: Ningún delito hallo en este hombre. ⁵Pero ellos porfiaban, diciendo: Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.

⁶Entonces Pilato, oyendo decir, Galilea, preguntó si el hombre era galileo. ⁷Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que en aquellos días también estaba en Jerusalén.

Juan 18.28–38

²⁸Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua. ²⁹Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? ³⁰Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. ³¹Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie; ³²para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir.

³³Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? ³⁴Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? ³⁵Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? ³⁶Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. ³⁷Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.

³⁸Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? Y cuando hubo dicho

esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito.

Los representantes del sanedrín entregaron a Jesús «a Pilato» (Lc 23.1). Poncio Pilato era el gobernador romano sobre Judea en esos tiempos (Lc 3.1) y Samaria. (Vea «Poncio Pilato y la muerte de Jesús» in Apéndice 1.) Como gobernador, sus deberes primordiales consistían en mantener la paz y recaudar los impuestos para Roma. También tenía la desagradable responsabilidad de «aprobar y llevar a cabo la ejecución de quienquiera que fuera sentenciado a muerte por el propio gobierno del pueblo, que en este caso era el sanedrín».⁷

Era todavía una hora muy temprana de la mañana cuando los dirigentes trajeron a Jesús a la sede de Pilato en Jerusalén, sede que recibía el nombre de **pretorio** (Jn 18.28a). La palabra «pretorio» es transliteración del griego que a su vez se tomó del latín. El término se refería a la residencia oficial del gobernador romano en un lugar dado (vea Hch 23.35). Según la tradición no inspirada, el pretorio de Jerusalén estaba ubicado en el fortaleza Antonia en la esquina noroeste del complejo del templo. (Vea «El templo» en el apéndice 2.) Hoy hay quienes creen que lo más probable es que Pilato habría residido en el palacio de Herodes el Grande, que estaba ubicado en el costado occidental de la ciudad, pero otros todavía prefieren el sitio tradicional. Bastiaan VanElderen observó que «la tensa situación que obligaba a Pilato a estar cerca del templo, el centro de actividades del tiempo de la Pascua, [favorece] la ubicación de Pilato en la fortaleza Antonia para [el] juicio al cual fue sometido Jesús».⁸

El pretorio era territorio gentil; los miembros de la jerarquía judía **no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua** (Jn 18.28b). En vista de que «la cena de la Pascua» había sido comida la noche anterior (Mt 26.17–19; Mr 14.12, 14, 16; Lc 22.8, 11, 13, 15), la palabra «pascua» de este versículo debe de referirse a otras comidas que se consumían en

⁷Smith, 1470.

⁸Bastiaan VanElderen, "Praetorium," («Pretorio»), *The International Standard Bible Encyclopedia*, rev., ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986), 3.929.

relación con la fiesta de ocho días de duración. Los dirigentes hipócritas que no titubearon en condenar a un Hombre inocente, procuraron «no contaminarse» (Jn 18.28).

Cuando Pilato se enteró de que una delegación judía había traído a un prisionero, él salió a ellos y preguntó: **¿Qué acusación traéis contra este hombre?** (Jn 18.29). Los dirigentes judíos trataron primero de conseguir que el gobernador sentenciara a muerte a Jesús con sólo pedirselo (Jn 18.30). A Pilato le interesaba cooperar con los judíos, pero esto era demasiado pedir. Tal vez a Pilato despidió a los judíos con un gesto de su mano, mientras decía: **Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley** (Jn 18.31a).

Los dirigentes se apresuraron a decirle al gobernador por qué tuvieron que traerle a Jesús: **A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie** (Jn 18.31b). A los judíos se les habían hecho ciertas concesiones, pero el «gobierno romano se reservaba para sí el derecho sobre la vida y la muerte».⁹ Juan señaló que esta situación posibilitó el cumplimiento de las palabras que Jesús había dicho en relación con la manera como Él habría de morir (Jn 18.32). El método de ejecución que favorecían los judíos era la lapidación (Hch 7.58), pero los romanos preferían la crucifixión. Cuando el concilio entregó a Cristo en manos de Pilato, los miembros no se dieron cuenta de que por medio de ese acto estaban cumpliendo el anuncio de Jesús en el sentido de que Él moriría por crucifixión, a manos de los gentiles (Jn 12.32–34; vea Mt 20.18–19; Mr 10.33–34).

La palabra «muerte» habría llamado la atención del gobernador; este caso suponía un delito capital. Me lo imagino examinando más detenidamente a Cristo. Es probable que el gobernador hubiera oído acerca de Jesús. Durante el ministerio terrenal de Cristo, Este había viajado dos veces a Judea (que era territorio de Pilato), habiéndola recorrido ampliamente. La forma tan espectacular como Jesús entró en Jerusalén cinco días atrás, y los choques que posteriormente tuvo con las autoridades judías,

⁹Theodor Mommsen, citado en Bruce Corley, "Trial of Jesus," («El juicio hecho a Jesús»), *Dictionary of Jesus and the Gospels*, ed. Joel B. Green y Scot McKnight (Downers Grove, Ill.. Inter-Varsity Press, 1992), 850.

son eventos que seguramente no habrían pasado desapercibidos. La noche anterior, las fuerzas militares que estaban al mando de Pilato, habían sido reclutadas para ayudar en el arresto de Jesús.

Los dirigentes expusieron ante Pilato la triple acusación que habían inventado: **A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey** (Lc 23.2). La primera de las denuncias era vaga, la segunda era falsa (Mt 22.17–21) y la tercera era engañosa: Jesús era un Rey (Mt 2.2; 21.5; 27.11), pero no en un sentido político. Cristo no hizo esfuerzo alguno por defenderse de las acusaciones inventadas, lo cual sorprendió al gobernador (Mt 27.12–14; Mr 15.4–5; vea Is 53.7).

Pilato se retiró a su aposento e hizo que le llevaran a Jesús (Jn 18.33a). El alegato que preocupaba al gobernador era que Jesús pretendiera ser rey. Pilato preguntó: **¿Eres tú el Rey de los judíos?** (Mt 27.11a; vea Jn 18.33b). Cristo respondió afirmativamente: **Tú lo dices** (Mt 27.11b; Mr 15.2; vea 1 Ti 6.13). Hay quienes creen que Jesús estaba diciendo: «Esas son sus palabras, no las mías»; sin embargo, Su respuesta fue una expresión hebrea estándar que significaba «sí».

Entonces Jesús hizo a Pilato una pregunta: **¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?** (Jn 18.34). Es probable que estuviera pidiendo al gobernante que considerara la fuente de la acusación. Si alguien debía haber sabido si Jesús era una amenaza para la paz romana o no, ese era el gobernador. Por otro lado, si la acusación había tenido su origen en los dirigentes judíos, el alegato debía considerarse dudoso. Al sanedrín difícilmente se le conocía por su preocupación por el bienestar del Imperio Romano.

Pilato reconoció que la acusación provenía de los judíos e instó a Jesús a explicar qué había hecho Él para provocarlos (Jn 18.35). Cristo respondió la pregunta, pero no de un modo que el funcionario romano hubiera entendido. Dijo: **Mi reino no es de este mundo** (Jn 18.36a). En esto era que radicaba el problema: Jesús no había venido como un Rey «de este mundo», un rey con poder político que viene esgrimiendo una espada, tal como los judíos esperaban, de modo que fue por esto que lo desecharon (Mt 21.42).

Jesús dio pruebas de que Su reino «no es de este mundo», cuando dijo: **si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí** (Jn 18.36b). Desconcertado, Pilato replanteó su pregunta: **¿Luego, eres tú rey?** (Jn 18.37a). Cristo respondió: **Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz** (Jn 18.37b).

Considere el diálogo que se llevó a cabo entre el juez y el Acusado como un *sermón* que Jesús le predicó a Pilato: un llamado al gobernador para que considerara seriamente quién era Él, una oportunidad para que Pilato cambiara su vida y fuera salvo. Tristemente, el gobernador, lleno de sabiduría mundana, sólo respondió: **¿Qué es la verdad?** y salió (Jn 18.38a). Francis Bacon escribió: «¿Qué es la verdad? dijo en forma burlona Pilato, y no se quedó para oír respuesta».¹⁰

Pilato no entendía quién era Jesús, pero sí entendía que no había hecho nada digno de muerte. El gobernador salió y anunció su veredicto: **Yo no hallo en él ningún delito** (Jn 18.38b). Si Pilato creyó que su fallo haría callar a los enemigos de Jesús, entonces los había juzgado mal. No hay duda de que las voces de ellos subieron de volumen y se volvieron cada vez más agudas al insistir en el cargo de insurrección: **Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí** (Lc 23.5).

Los clamores de ellos constituían un dilema para Pilato. Por un lado, había declarado «inocente» a Jesús, de modo que debía haberlo liberado de inmediato. Por otro lado, no deseaba contrariar más a los judíos. Para entender cómo Pilato se había metido en esta incómoda situación, es necesario conocer algunos antecedentes. Uno de los deberes más importantes de un gobernador era mantener la paz, pero el período en que Pilato había administrado a Judea, se había visto marcado por conflictos, disturbios e incluso derramamientos de sangre (vea Lc 13.1). Si

¹⁰Francis Bacon, "Essays [1625], Of Truth" («Ensayos [1625], de la verdad»), citado en *Bartlett's Familiar Quotations, Expanded Multimedia Edition (Citas familiares de Bartlett, edición multimedia ampliada)* (Time Warner Electronic Publishing, 1995).

se producía otra seria perturbación, él podía ser llamado de vuelta a Roma. Por lo tanto, era conveniente desde el punto de vista político, que Pilato tuviera contentos a los judíos, si es que del todo había una posibilidad.

Los dirigentes judíos habían indicado que Jesús había alborotado al pueblo, «comenzando desde Galilea» (Lc 23.5). Cuando Pilato oyó eso, él creyó que estaba viendo una solución a su incómoda situación: **preguntó si el hombre era galileo. Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes [vea Lc 3.1], le remitió a Herodes, que en aquellos días también estaba en Jerusalén (Lc 23.6, 7).** No obstante, Pilato no resolvió su problema, sino que sencillamente lo prolongó.

Segunda etapa: ante Herodes Antipas
(no fue declarado culpable)
(Lc. 23.8–12)

⁸Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal. ⁹Y le hacía muchas preguntas, pero él nada le respondió. ¹⁰Y estaban los principales sacerdotes y los escribas acusándole con gran vehemencia. ¹¹Entonces Herodes con sus soldados le menospreció y escarneció, vistiéndole de una ropa espléndida; y volvió a enviarle a Pilato. ¹²Y se hicieron amigos Pilato y Herodes aquel día; porque antes estaban enemistados entre sí.

Pilato estaba en Jerusalén para la fiesta, con el fin de mantener la paz; Herodes estaba allí sin duda para impresionar a los judíos. Al enviar a Jesús a Herodes, es probable que el gobernador esperaba lograr dos propósitos: Se desharía de un serio problema y a la vez mejoraría las relaciones con el influyente gobernante (vea Lc 23.12).

Los soldados romanos condujeron a Jesús hasta Herodes. No podemos estar seguros de dónde fue que llevaron a Jesús. Si el pretorio se encontraba en el castillo Antonia, es probable que Herodes Antipas estuviera alojado en el palacio construido por su padre en la zona del oeste de la ciudad. Si el pretorio de Pilato

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

era el palacio de Herodes el Grande, no tenemos idea de dónde estaba alojado Herodes Antipas. (Vea el mapa de «La ciudad de Jerusalén» en el apéndice 2.)

Trotando muy cerca, detrás de los soldados Romanos y de Jesús iban **los principales sacerdotes y los escribas** (Lc 23.10). Cuando el desfile llegó al lugar de la residencia de Herodes, el rey **se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba** [ver a Jesús]; **porque había oído muchas cosas acerca de él** (Lc 23.8a; vea Mt 14.1; Lc 9.7–9). El deseo de Herodes de ver a Jesús no era con el propósito de oír las enseñanzas de Este; simplemente tenía curiosidad. Pero Cristo no tenía deseo de satisfacer su curiosidad. Cuando Herodes le cuestionó, **él nada le respondió** (Lc 23.9; vea Is 53.7). El rey también tenía esperanzas de que Él le entretuviera con algún espectáculo de magia (Lc 23.8b); pero Cristo jamás hizo milagros a petición. Sus «señales» tenían un propósito más serio.

Cuando Jesús rehusó hacer el bufón, Herodes inventó su propio entretenimiento. Pronto empezó a tener predominio una atmósfera como de circo. De un lado estaban los principales sacerdotes y los escribas, gritando acusaciones a gran voz (Lc 23.10). En el centro de la sala estaba Jesús, a quien habían vestido como un payaso, mientras que el rey y sus soldados danzaban a Su alrededor, riéndose de Él (Lc 23.11a). La **ropa espléndida** de Lucas 23.11 puede haber sido alguno de los trajes que Herodes había desechado. No fue con el fin de honrar a Jesús que se le vistió con tal ropa, sino con el fin de hacer burla de Él. Pasado un tiempo, se cansaron del juego infantil y Herodes **volvió a enviarle a Pilato** (Lc 23.11b).

Tercera etapa: ante Pilato (condenado a muerte)
(Mt 27.15–31a; Mr 15.6–20a;
Lc 23.13–25; Jn 18.39—19.16)

Mateo 27.15–31a

¹⁵Ahora bien, en el día de la fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisiesen. ¹⁶Y tenían entonces un preso famoso llamado Barrabás. ¹⁷Reunidos, pues, ellos, les dijo Pilato: ¿A quién queréis que os suelte: a

Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo? ¹⁸Porque sabía que por envidia le habían entregado. ¹⁹Y estando él sentado en el tribunal, su mujer le mandó decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él. ²⁰Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto. ²¹Y respondiendo el gobernador, les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. ²²Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea crucificado! ²³Y el gobernador les dijo: Pues ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado!

²⁴Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros. ²⁵Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos. ²⁶Entonces les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, le entregó para ser crucificado.

²⁷Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la compañía; ²⁸y desnudándole, le echaron encima un manto de escarlata, ²⁹y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos! ³⁰Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza. ^{31a}Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos.

Marcos 15.6–20a

⁶Ahora bien, en el día de la fiesta les soltaba un preso, cualquiera que pidiesen. ⁷Y había uno que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta. ⁸Y viniendo la multitud, comenzó a pedir que hiciese como siempre les había hecho. ⁹Y Pilato les respondió diciendo: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos? ¹⁰Porque conocía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes. ¹¹Mas los principales sacerdotes

incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás. ¹²Respondiendo Pilato, les dijo otra vez: ¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos? ¹³Y ellos volvieron a dar voces: ¡Crucifícale! ¹⁴Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aun más: ¡Crucifícale! ¹⁵Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado.

¹⁶Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la compañía. ¹⁷Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, ¹⁸comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! ¹⁹Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. ^{20a}Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos.

Lucas 23.13–25

¹³Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes, y al pueblo, ¹⁴les dijo: Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis. ¹⁵Y ni aun Herodes, porque os remití a él; y he aquí, nada digno de muerte ha hecho este hombre. ¹⁶Le soltaré, pues, después de castigarle. ¹⁷Y tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta.

¹⁸Mas toda la multitud dio voces a una, diciendo: ¡Fuera con éste, y suéltanos a Barrabás! ¹⁹Este había sido echado en la cárcel por sedición en la ciudad, y por un homicidio. ²⁰Les habló otra vez Pilato, queriendo soltar a Jesús; ²¹pero ellos volvieron a dar voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! ²²Él les dijo por tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito digno de muerte he hallado en él; le castigaré, pues, y le soltaré. ²³Mas ellos instaban a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado. Y las voces de ellos y de los principales sacerdotes prevalecieron. ²⁴Entonces Pilato sentenció que se hiciese lo que ellos pedían; ²⁵y les soltó a aquel que había sido echado en la cárcel por sedición y homicidio, a quien habían pedido; y entregó a Jesús a la voluntad de ellos.

Juan 18.39—19.16

³⁹Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?

⁴⁰Entonces todos dieron voces de nuevo, diciendo: No a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón.

¹Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó. ²Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; ³y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas.

⁴Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él. ⁵Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre!

⁶Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él. ⁷Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios. ⁸Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo. ⁹Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta.

¹⁰Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte? ¹¹Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.

¹²Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone. ¹³Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata. ¹⁴Era la preparación de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey!

¹⁵Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César. ¹⁶Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado. Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron.

Pilato logró un propósito al enviar a Jesús a Herodes: Mejoró

sus relaciones con el rey (Lc 23.12). No obstante, no logró el otro propósito: Todavía era responsable de hacer algo con Jesús. El gobernador trató de liberarlo.

Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes, y al pueblo, les dijo: Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis. Y ni aun Herodes, porque os remití a él; y he aquí, nada digno de muerte ha hecho este hombre. Le soltaré, pues, después de castigarle (Lc 23.13–16).

Por segunda vez, Pilato declaró «inocente» a Jesús. Esto hace que se suscite una pregunta: Si Pilato lo halló inocente, ¿por qué propuso castigo? Esto se debía a que el gobernador esperaba aplacar a los judíos al hacer que azotaran a Cristo, con el fin de poder soltarlo (Lc 23.16; vea Lc 23.22). El significado primordial de la palabra griega que se traduce por «castigar» (*παιδεύω*, *paideuō*) en Lucas 23.16 es «enseñar o instruir».¹¹ Pilato, de hecho, dijo a los dirigentes judíos: «¡Le daré a este hombre una lección!».

El «recinto escolar» donde se administraría la «lección» sería la sala de flagelación (Jn 19.1; vea Mt 27.26; Mr 15.15). No está claro si los azotes se infligieron en este momento, como parte de los esfuerzos de Pilato para aplacar a los dirigentes judíos, o si se infligieron después, justo antes de la crucifixión, como parte de los horribles preparativos para la ejecución. J. W. Shepard hizo la siguiente descripción de lo que implicaba una flagelación romana:

El flagelo era un látigo con varias correas, las cuales estaban cargadas con bolas de plomo en forma de bellota

¹¹W. E. Vine, Merrill F. Unger, y William White, Jr., *“paideuo”, Vine’s Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words (Diccionario expositivo completo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento de Vine)* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1996), 97.

cada una, o con afilados pedazos de hueso, o con púas. Despojado de Sus ropas, con Sus manos atadas a una columna o estaca y con Su espalda doblada, la víctima recibía los azotes con los [látigos] de seis [verdugos], que manejaban estos instrumentos de tortura con una severidad que casi llevaba a la muerte al prisionero. Cada golpe hacía profundos cortes en la carne que se estremecía, hasta dejar al descubierto las venas y a veces las entrañas. A menudo se golpeaba con el flagelo el rostro y eran rotos los ojos y los dientes. La flagelación terminaba siempre con el desmayo y a veces con la muerte.¹²

Fue de este modo que se «castigó» a Jesús. Como si no hubiera sido suficiente, los responsables de administrar los azotes se burlaron después de Él. **Los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas** (Jn 19.2–3; vea Mt 20.19).

Esto es lo que Pilato debió de haber pensado: «¡Cuando los enemigos de este Hombre vean los efectos de lo que ha sufrido Jesús, sin duda se aplacarán!». Saliendo a ellos, dijo: **Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él** (Jn 19.4). Jesús fue presentado a la multitud. Llevaba sobre Su cabeza una corona de espinas (Jn 19.5a), y de Su frente le chorreaba sangre por las espinas clavadas en ella. Sobre Su espalda llevaba un manto hecho jirones (Jn 19.5b), manchado de la sangre que le manaba de Su espalda rota. Señalando a Jesús, dijo Pilato: **¡He aquí el hombre!** (Jn 19.5c). En vista de que Pilato se refirió generalmente a Jesús con el término de **Rey** (vea Mr 15.9, 12; Jn 18.39), es probable que el uso de «hombre» sea significativo. Puede que Pilato haya estado diciendo a los judíos: «¡Vean! Es un hombre que sangra como cualquier otro! No es

¹²J. W. Shepard, *The Christ of the Gospels (El Cristo de los evangelios)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1939), 589. Una descripción gráfica, desde un punto de vista médico, de una flagelación romana, se da en William D. Edwards, Wesley J. Gabel y Floyd E. Hosmer, "On the Physical Death of Jesus Christ" («Sobre la muerte física de Jesucristo»), *Journal of the American Medical Association (Revista de la Asociación Médica Estadounidense)* (21 de marzo de 1986): 1457–58.

nadie que debería ser motivo de preocupación».

Si el gobernador creyó que la sed de sangre de los judíos se saciaría con los azotes, entonces fue decepcionado: los principales sacerdotes y los alguaciles gritaron: **¡Crucifícale! ¡Crucifícale!** (Jn 19.6a). Disgustado, esto fue lo que, de hecho, dijo Pilato: «Si están tan resueltos a crucificarle, háganlo *ustedes*; porque yo no hallo delito en el Hombre» (vea Jn 19.6b). Es probable que hubiera un tono de burla en su voz, pues él sabía —y ellos sabían— que los Romanos no permitían a los judíos administrar la crucifixión.

A los dirigentes judíos no les intimidó lo dicho por Pilato. Implacables, aumentaron la presión sobre el gobernador, diciendo: **Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios** (Jn. 19.7). En otras palabras: «Las cosas no van a cambiar porque *usted* lo halle inocente o no del cargo de traición. ¡Nosotros hemos dicho que debe morir, y a *usted* no le quedará más remedio que sentenciarlo a muerte!».

Los dirigentes judíos volvieron más adelante al cargo de traición (Jn 19.12); por el momento, no obstante, abandonaban la acusación de naturaleza política y se referían a la de carácter religioso, por la cual habían condenado a Jesús (la blasfemia).

Cuando Pilato oyó que Jesús afirmó ser el Hijo de Dios (Jn 19.7), él **tuvo más miedo** (Jn 19.8). Las mitologías griega y romana tenían muchas leyendas acerca de dioses que habían tomado la forma de hombres (vea Hch 14.11–12). Es probable que haya sido por esta razón que volvió a su recámara y una vez más hizo que le trajeran a Jesús delante de él. Nerviosamente, le preguntó: **¿De dónde eres tú?** (Jn 19.9a). «¿Acaso eres del cielo, de la tierra, o tal vez de alguno de los lugares en que moran los dioses, tal como el Monte Olimpo?» **Mas Jesús no le dio respuesta** (Jn 19.9b).

Pilato lo presionó para que diera una respuesta, diciendo: **¿No sabes que [aún a estas alturas del juicio] tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?** (Jn 19.10). Entonces Jesús habló, pero Su respuesta no alivió la ansiedad de Pilato, pues le dijo: **Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba** (Jn 19.11a).

Cristo añadió: **el que a ti me ha entregado** [esto es, Caifás],

mayor pecado tiene (Jn 19.11b). Pilato no había tenido la misma oportunidad de conocer acerca de Jesús, que a Caifás se le había dado (vea Lc 12.48). Además, el gobernador no estaba motivado por el odio, como Caifás si lo estaba. Pilato no era inocente (vea Hch 4.27), pero el sumo sacerdote y los judíos influenciados por él, tendrían que cargar con la mayor parte de la culpa (vea Hch 2.23, 36; 3.13–15, 17; 5.28, 30; 7.52; 13.27–28; 1 Ts 2.14–15).

Cuando Pilato terminó este diálogo, él estaba resuelto a encontrar la manera de soltar a Jesús (Jn 19.12a; vea Lc 23.20). Para él estaba claro que Jesús no había hecho nada malo, esto es, nada contrario a las leyes romanas ni judías, sino que había sido **por envidia [que] le habían entregado los principales sacerdotes** (Mr. 15.10). Haber hecho que azotaran a Cristo no había aplacado a los judíos, pero tenía que haber otras estrategias.

Pensando qué hacer, Pilato salió nuevamente. Aparentemente, por el momento, dejó a Jesús adentro, bajo custodia (vea Jn 19.13). Afuera encontró a una multitud que esperaba (Mr 15.8). Ya no se trataba del grupo de fanáticos que habían estado exigiendo la muerte de Jesús. Se trataba de los que habían venido a pedir el privilegio especial de la Pascua que concedían los Romanos: la liberación de un prisionero (Mr 15.8; Mt 27.15; Jn 18.39). Esto fue lo que Pilato dijo a los judíos: [...] **vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno** (Jn 18.39a; énfasis nuestro). Es probable que esto sea indicio de que Pilato no habría sido quien diera origen a la costumbre, sino que esta habría sido iniciada por un oficial romano anterior. No hay datos históricos en el sentido de que esta costumbre existiera en Jerusalén en aquellos tiempos, pero aun hoy no es raro que los dirigentes políticos suelten prisioneros en un esfuerzo por congraciarse con algún sector de la sociedad.

Cuando ellos plantearon su petición, Pilato ideó otro plan para soltar a Jesús. Por lo general, el gobernador permitía a los judíos elegir al prisionero que ellos deseaban que se soltara (vea Mt 27.15). Esta vez, les limitaría las opciones a dos hombres: un despreciable renegado y Jesús.

Y tenían entonces un preso famoso llamado Barrabás (Mt 27.16). Según un antiguo manuscrito, el nombre completo era «Jesús Barrabás». Esta puede ser la razón por la que Pilato se

refirió a Jesús como «Jesús, llamado el Cristo», con el fin de distinguirlo de «Jesús», llamado «Barrabás». El nombre «Barrabás» significa «hijo de Abba», en otras palabras, «el hijo de [mi] padre». **Este había sido echado en la cárcel por sedición en la ciudad** (Lc 23.19a). Tal vez fue uno de los dirigentes de la sublevación que se suscitó cuando Pilato usó fondos del templo para construir un acueducto para Jerusalén. Barrabás también era ladrón (Jn 18.40) y homicida (Lc 23.19b). Es probable que Pilato pensara que Barrabás no era la clase de persona que gente en sus cabales dejaría libre en la sociedad.

El gobernador dio al pueblo esta opción restringida: **¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?** (Mt 27.17; vea Mr 15.9). Además de la aversión para con Barrabás, puede ser que el gobernador esperaba contar con la popularidad que Jesús había tenido cinco días atrás. Jesús había sido honrado durante la entrada triunfal.

Mientras el pueblo comenzaba a hablar entre ellos acerca de la elección que debían hacer, tal vez Pilato pensó que había sido más listo que sus oponentes judíos; sin embargo, cualquier satisfacción consigo mismo que él hubiera tenido, pronto se desvaneció. Mientras estaba sentado allí, **su mujer le mandó decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él** (Mt 27.19). Esto le produjo aún mayor inquietud al oficial (vea Jn 19.8). La palabra «tribunal» es traducción de la palabra griega βῆμα (*bēma*) que se refería a un lugar elevado desde el cual los oficiales hacían declaraciones.

Pilato había subestimado los poderes de persuasión de los principales sacerdotes y de los ancianos. Puede que también se haya equivocado en su valoración de los sentimientos de la multitud para con Barrabás. Por detestable que fuera Barrabás como ser humano, en vista de que había peleado contra los odiados romanos, el criminal podía haber sido un héroe local. Del modo que fuera, lo cierto es que los dirigentes judíos pudieron persuadir a la multitud que **pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto** (Mt 27.20).

Es probable que el gobernador se llenara de asombro y consternación cuando la multitud le dio a conocer su decisión:

Mas toda la multitud dio voces a una, diciendo: ¡Fuera con éste, y suéltanos a Barrabás! (Lc 23.18; vea Mt 27.21). Habiéndole tomado desprevenidamente esta decisión, Pilato hizo la pregunta, **¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?** (Mt 27.22a). Ellos respondieron a gran voz, diciendo: **¡Sea crucificado!** (Mt 27.22b; vea Mr 15.12, 13; Lc 23.21).

Pilato trató de apelar al sentido de justicia de ellos. **Él les dijo por tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito digno de muerte he hallado en él** (Lc 23.22; vea Mr 15.14a). Sin embargo, sus oyentes no estaban interesados en la justicia: **ellos instaban a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado** (Lc 23.23a; vea Mr 15.14b).

Cuando la turba siguió pidiendo a gritos la crucifixión de Jesús, **las voces de ellos [...] prevalecieron** (Lc 23.23b). Para Pilato debió de haber sido cada vez más claro que los judíos no iban a estar satisfechos con nada que no fuera la muerte de Jesús.

Cualquier vestigio de resistencia que el gobernador tuviera, fue demolido cuando los dirigentes judíos gritaron: **Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone** (Jn 19.12b). En ese tiempo, el César era Tiberio (vea Lc 3.1). La segunda mitad del reinado de Tiberio se caracterizó por «los celos irracionales, las sospechas y la crueldad». ¹³ A muchos oficiales se les estaba haciendo volver a Roma bajo el cargo de «*maiestas minuta*, esto es, descuido de la seguridad del estado». ¹⁴ En vista de que el puesto de Pilato era poco sólido en el mejor de los casos, él no se atrevería a correr el riesgo de que los judíos presentaran una queja formal. Los temores de Pilato no eran infundados. Algunos años más adelante, de hecho se presentó una queja, y a Pilato se le destituyó.

Sentado en el tribunal (Jn 19.13b), que era el símbolo de la autoridad romana, Pilato hizo que trajeran otra vez a Jesús delante de la multitud (Jn 19.13a), y dijo: **¡He aquí vuestro Rey!** (Jn 19.14c). Ellos gritaron: **¡Fuera, fuera, crucifícale!** (Jn 19.15a).

¹³McGarvey y Pendleton, 717.

¹⁴A. N. Sherwin-White, "Pilate, Pontius" («Pilato, Poncio»), *The International Standard Bible Encyclopedia*, rev., gen. ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986), 3:868.

Pilato preguntó: **¿A vuestro Rey he de crucificar?** (Jn 19.15b). A lo cual **respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César** (Jn 19.15c).

Si alguna vez necesitábamos prueba de que el odio enturbia los pensamientos y destruye la capacidad para juzgar, he aquí el ejemplo perfecto: ¿Cómo es eso de que «No tenemos más rey que César»? ¿No era Dios el Rey de Israel (Sal 10.16; Mt 5.35)? ¿Acaso no esperaban con emoción la venida del Mesías, que sería el Rey de ellos (Zac 9.9; Mt 21.5)? Habiendo sido consumidos por el rencor, los jefes judíos renunciaron a verdades que habían estimado como sagradas durante miles de años.

Todo este tiempo, la multitud estuvo diciendo en coro: «¡Sea crucificado!» (Mt 27.23), un coro que se fue convirtiendo en «aquel acrecentado y estremecedor ritmo que todo romano temía, porque en el fondo lo motivaba una sublevación».¹⁵ Una sublevación sería lo que casi con toda seguridad pondría en duda la capacidad de Pilato para gobernar sobre Judea. El gobernador tuvo que tomar rápidamente una decisión entre su carrera y la liberación de un Hombre inocente. No le tomó mucho tiempo llegar a una conclusión: renunció a todo esfuerzo por salvar a Jesús (vea Mt 27.24a).

Pilato pidió una palangana y **se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo** (Mt 27.24c). Los judíos estaban familiarizados con este acto simbólico (Dt 21.1–9; vea Sal 26.6; 73.13). Pilato estaba tratando de absolverse de responsabilidad; sin embargo, seguía siendo un hecho que, como gobernador romano que era, la decisión final era de él. Se podía lavar la mugre de sus manos, pero no la culpa de su corazón.

Después que Pilato se atribuyó inocencia en relación con la muerte de Jesús, él dijo al pueblo: **allá vosotros**” (Mt 27.24d). Ellos respondieron: **Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos** (Mt 27.25). Con estas palabras, los judíos aceptaron de buena gana la culpa perpetua de dar muerte al propio Hijo de Dios.

¹⁵Walter Wangerin, Jr., *The Book of God: The Bible as a Novel (El libro de Dios: La Biblia como novela)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1996), 801.

Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo (Mr 15.15a), al final **sentenció que se hiciese lo que ellos pedían; y les soltó a aquel que había sido echado en la cárcel por sedición y homicidio** (Lc 23.24–25a). Luego entregó a Jesús **para ser crucificado** (Mt 27.26b). En Juan 19.16 se lee: **Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado** (énfasis nuestro). En el contexto, «ellos» se refiere a los sacerdotes; sin embargo, los sacerdotes judíos no fueron los que crucificaron a Jesús. La terminología significa sencillamente que Pilato cedió a la voluntad de estos dirigentes.

Juan señaló la ubicación del lugar donde se pronunció este fallo que cambió el curso de la historia: **el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata** (Jn 19.13c). Es probable que los lectores primitivos supieran exactamente dónde estaba ese enlosado, pero nosotros no podemos estar seguros. Los arqueólogos han identificado un enlosado en la zona donde se ubicaba el castillo Antonia, pero hay quienes piensan que «el Enlosado» se encontraba en el palacio herodiano. (Vea el mapa de «La ciudad de Jerusalén» en el apéndice 2.)

El apóstol también hizo notar el día: **Era la preparación de la pascua** (Jn 19.14a). En el contexto, esta frase se refiere al día en que se hacían preparativos para el día de reposo que caía en aquella fiesta de ocho días de duración (vea Jn 19.31; Mr 15.42; Lc 23.54). Juan hizo notar incluso la hora del día: **como la hora sexta** (Jn 19.14b). Es evidente que Juan usó el sistema romano de medir el tiempo. Según este sistema, «la hora sexta» sería a las 6:00 a. m. En vista de que Juan dijo «como la hora sexta» y no «la hora sexta en punto», entonces pudo haber sido un poco pasada esta hora, pero de todos modos fue a una hora temprana de aquel día cuando Pilato cedió a la presión del pueblo.

Según el sistema judío, un nuevo día comenzaba al ponerse el sol; según el sistema romano, un nuevo día comenzaba a medianoche (que es como medimos el tiempo hoy). Marcos que usó el sistema judío, dijo que Cristo fue crucificado a *la hora tercera* (Mr 15.25), esto es, a las 9:00 a. m. Mateo, que usa el sistema judío, dijo que hubo tinieblas sobre la tierra *desde la hora sexta hasta la hora novena* (Mt 27.45; vea Mr 15.33; Lc 23.44), esto es, desde las 12:00 p. m. hasta las 3:00 p. m., después de lo cual murió Jesús

(Mt 27.46–50; vea Mr 15.34–37; Lc 23.44–46). La única manera de que «la hora sexta» de Juan coincida con la anterior cronología es que Juan usara el sistema romano.

Pilato entregó a Jesús a los soldados para que lo crucificaran. Tomaba tiempo hacer los preparativos (vea Mr 15.25) para Su crucifixión y la crucifixión de dos más que estaban programados para morir. En vista de que Pilato sentenció a Jesús cerca de las 6:00 a. m., fueron varias horas las que transcurrieron entre la sentencia y la crucifixión de Jesús. Para pasar ese tiempo, los legionarios reanudaron el grotesco «juego» que habían comenzado anteriormente. Algo que se añadió al juego esta vez fue una caña, que primero se usó como un falso cetro, y después se usó para golpear a Jesús (Mt 27.30). Esta vez fue «toda la compañía» la que maltrató al Señor e hizo mofa de Él (Mr. 15.16–19; LB; vea Mt 27.27–30).

Finalmente, todo estuvo listo para las ejecuciones. Los soldados «le quitaron el manto [a Jesús], le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle» (Mt 27.31).

APLICACIÓN:

LOS JUICIOS A LOS CUALES FUE SOMETIDO JESÚS (MT 26; 27; MR 14; 15; LC 22; 23; JN 18; 19)

Los que hemos sido salvos por la sangre de Jesús, miramos la cruz con emociones encontradas: nos causa tristeza Su sufrimiento, pero a la vez nos produce alegría nuestra salvación. En el siglo primero, cuando el ciudadano medio miraba una cruz, no veía más que agonía e ignominia (vea 1 Co 1.18; Gá 3.13; He 12.2). Una de las dificultades más grandes que enfrentaban los primeros evangelistas consistía en superar el profundamente arraigado prejuicio contra la idea de que Alguien que había muerto en una cruz romana, podía ser el Salvador. Pablo escribió acerca de esta dificultad: «... predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura» (1 Co 1.23).

El hecho de que Jesús murió como un criminal convicto todavía constituye una barrera para la fe de algunos. Los que se oponen al cristianismo señalan el hecho de que tanto judíos como Romanos sentenciaron a Jesús a muerte. Insisten en que es

ridículo creer que Alguien que fue condenado tanto por la dirigencia religiosa como por la dirigencia política de Su tiempo, pudiera ser el Salvador del mundo. Para responder a estas objeciones, necesitamos tener un claro entendimiento de lo que ocurrió durante los juicios a los cuales fue sometido Cristo. Necesitamos entender cómo llegó a ser posible que un Hombre inocente fuera condenado a muerte.

En este estudio, nos centraremos en aspectos específicos de los juicios Romanos y judíos a los cuales fue sometido Jesús: Examinaremos las motivaciones de los que enjuiciaron al Señor. Haremos referencia a los procedimientos ilegales. Veremos que, en lugar de probar que Él no es el Hijo de Dios, estos juicios, de hecho, prueban que sí lo Es.

Predomina el prejuicio (el sanedrín)

Comencemos con el «juicio» ante el sanedrín. Los dirigentes judíos no buscaban justicia, sino justificación, justificación para una decisión que habían tomado semanas atrás (Jn 11.47–53, 57). «[Simon] Greenleaf, un profesor de Harvard y famoso jurista estadounidense (1846) estimó que el trato recibido por Jesús [de parte de los judíos] es un asesinato perpetrado bajo el pretexto de una sentencia legal».¹⁶

Tiene que estar claro, aun para los que solamente tengamos un conocimiento superficial de los procedimientos legales, que el «juicio» judío al cual fue sometido Jesús fue una farsa. Mateo puso al descubierto los prejuicios de Caifás y sus seguidores: «Y los principales sacerdotes y los ancianos y todo el concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a muerte, y no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban» (Mt 26.59–60a). La ley de Moisés estipulaba claramente lo relacionado con el pecado de dar falso testimonio (Ex 20.16; vea Dt 19.15–21).

También es manifiesta la falta de honradez del sanedrín por la forma como llevaron a Cristo delante de Pilato. Pasaron de la acusación religiosa de blasfemia (Mt 26.65–66) a la acusación

¹⁶Raymond E. Brown, *The Death of the Messiah (La muerte del Mesías)*, vol. 1 (New York. Doubleday, 1994), 330.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

política de insurrección (Lc 23.2). Además, en el juicio judío no se habían presentado pruebas relacionadas con las acusaciones formuladas delante de Pilato. Durante todo el juicio romano (que se analizará más adelante), la conducta del concilio no fue nada consecuente:

Condenaron a Jesús por blasfemia y luego, de hecho, negaron que Jehová fuera el Rey de ellos (vea Jn 19.15), una idea que era blasfema.

Acusaron a Jesús de ser la clase de Persona que provocaba disturbios (vea Lc 23.5) y luego ellos mismos instigaron a un disturbio con el fin de ejercer presión sobre Pilato (Mt 27.24).

Dijeron que Jesús no debía ser liberado porque era culpable de traición (Lc 23.2) y luego exigieron que se liberara a un hombre culpable de traición (Mr 15.7, 11).

Entienda usted, no obstante, que el problema no residía en el sistema legal judío; la falta estaba en el corazón de los que estaban administrando la ley aquel fatídico viernes. El sistema legal judío ha sido reconocido como uno de los más humanitarios del mundo. La vida de un israelita se consideraba tan valiosa que habían de tomarse todas las precauciones legales con el fin de proteger esa vida, por más atroz que fuera la acusación. En el siglo segundo, las tradiciones orales relacionadas con los procedimientos legales judíos fueron puestas por escrito en un volumen llamado *La Misná*.¹⁷ Existen algunas dudas acerca de cuáles regulaciones estaban en vigor cuando Jesús fue enjuiciado, pero muchos creen que, en ese tiempo, entre las salvaguardas legales se incluían por lo menos las siguientes:¹⁸

¹⁷*La Misná y La Gemará* (más adelante se hacen comentarios sobre *La Misná*) componen *El Talmud*, que todavía regula las actividades judías hoy.

¹⁸Esta lista es un resumen de una diversidad de fuentes, entre las cuales se incluyen Brown, 358–59 y Bruce Corley, “Trial of Jesús” («Los juicios a los cuales fue sometido Jesús»), *Dictionary of Jesus and the Gospels (Diccionario de Jesús y los evangelios)*, eds. Joel B. Green y Scot McKnight (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1992), 851.

Los casos importantes debían verse solamente de día.¹⁹ Esto era con el fin de evitar que la fatiga nublara el juicio.

Los jueces debían tratar diligentemente de encontrar una manera de liberar al acusado, en lugar de estar buscando una manera de hallarlo culpable.²⁰

Una votación unánime en un caso importante anulaba la condena.²¹ Una votación unánime podía ser indicio de la acción de una turba y no de la decisión de un cuerpo de hombres razonables.

El concilio no debía hallar culpable a un hombre y luego sentenciarlo el mismo día.²² Debían ir a casa a pensar en el veredicto al cual hubieran llegado.

El sumo sacerdote, que presidía, no debía expresar su opinión en relación con el caso, debido a que su influencia era tan grande que esto podía influir en los miembros más jóvenes.²³

En el «juicio» judío al cual fue sometido Jesús, se violentaron todos los anteriores preceptos fundamentales:

Fue enjuiciado y hallado culpable de noche (Mt 26.57, 66; 27.1).

Los jueces no estaban interesados en probar que Él era inocente, sino solamente en hallarlo culpable (Mt 26.59).

Aparentemente, el voto del concilio contra Jesús fue unánime (Mr 14.64; Lc 22.70, 71; vea Mt 27.1; Mr 15.1; Lc 23.1). (Lucas indicó más adelante que un miembro del concilio, José de Arimatea, «no había consentido en el acuerdo ni en los Hechos de ellos» [Lc 23.51; énfasis nuestro]. Tal vez José no estuvo presente cuando se llevó a cabo el hecho o tal vez Marcos y Lucas usaron la palabra «todos» en el sentido de «la abrumadora mayoría».)

¹⁹ *La Misná*, Sanhedrin (Sanedrín) 4.1.

²⁰ *Ibíd.*, 4.1; 4.5; 5.4.

²¹ *Ibíd.*, 4.1.

²² *Ibíd.*, 4.1; 5.5.

²³ *Ibíd.*, 4.2.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

El veredicto y la sentencia fueron dictados la misma noche (Mt 26.65–66; 27.1).

El sumo sacerdote fue el primero en emitir su veredicto y luego instó al resto de los miembros a confirmarlo (Mt 26.65–66).

Si se aceptan como fidedignos los relatos bíblicos del juicio judío al cual fue sometido Jesús, no hay duda en cuanto a si se cometieron ilegalidades; sólo faltaría saber cuántas. Hay quienes opinan que se cometieron por lo menos veintisiete ilegalidades.²⁴ Además de las que se mencionaron, se podrían añadir otras a la lista:

El juicio se convocó indebidamente en la casa del sumo sacerdote.²⁵

El juicio se llevó a cabo un día de fiesta.²⁶

Para condenar a Jesús, dieron como motivo que Él había blasfemado, pero Su aseveración no cumplía con los criterios legales judíos de «blasfemia». Para dar una salvaguarda legal, los rabinos habían formulado una definición restringida de la palabra. Según estipulaba la ley, la «blasfemia» se refería a maldecir a Dios (Lv 24.15–16); según los rabinos, el blasfemador era culpable únicamente si pronunciaba el nombre de Dios de modo distinto.²⁷

Reiterando lo dicho, el problema no residía en el sistema legal judío, sino en los que eran responsables de la administración de él. No fue que a Jesús lo enjuiciaron y luego lo hallaron culpable los judíos. Más bien, fue que primero lo hallaron culpable y después lo enjuiciaron. ¡Cualquier lectura no parcializada que se haga en los evangelios, del juicio judío al cual fue sometido Jesús ante el concilio, debe dar como resultado un veredicto de «Inocente»!

²⁴Corley, 851.

²⁵*La Mishná*, Sanhedrin (Sanedrín) 11.2.

²⁶*Ibíd.*, 4.1.

²⁷*Ibíd.*, 7.5.

Los relatos neotestamentarios en los que se narra el juicio judío al cual fue sometido Jesús, han sido cuestionados por algunos que insisten en que ningún tribunal judío hubiera actuado de manera tan impía. Estos que así protestan, deben de ignorar los muchos errores judiciales deliberados que manchan la historia de la humanidad, errores que fueron cometidos incluso por tribunales «religiosos». Creo que los autores de los evangelios fueron inspirados por Dios y que ellos, por lo tanto, consignaron la verdad y nada más que la verdad.

Prevalece la política: Pilato

Avancemos hacia el juicio romano. El juicio al cual fue sometido Jesús delante de Pilato, comenzó como un legítimo ejercicio de jurisprudencia romana. La justicia era importante para el Imperio Romano; «el lema de Roma era “¡Hagamos justicia aunque caigan los cielos!”».²⁸ Los entendidos en tales asuntos nos dicen que «el juicio al cual fue sometido Cristo delante de Pilato tenía casi todas las características de un juicio normal de provincia, por el *cognitio* (la investigación) del gobernador».²⁹ El procedimiento básico seguía los siguientes pasos:

El gobernador era responsable de tratar el caso; no había jurado.

El gobernador oía la acusación.

El gobernador interrogaba al acusado.

El gobernador llamaba consejeros si le parecía que era necesario hacer así.

Después que su investigación estaba completa, el gobernador se sentaba sobre el tribunal y emitía un veredicto. «La ley romana exigía que el magistrado pronunciara una condena a la pena de muerte desde el tribunal».³⁰

²⁸Wiersbe, 377.

²⁹Sherwin-White, 3.868.

³⁰Corley, 849. Corley hizo referencia a un estudio del alemán Theodor Mommsen, quien ganó el Premio Nóbel de Literatura de 1902. La obra más conocida de Mommsen la constituyen sus cuatro volúmenes de *La Historia de Roma*.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

Las etapas iniciales del juicio romano al cual fue sometido Jesús, siguieron el anterior procedimiento:

Jesús fue entregado a Pilato (Mt 27.2; Mr 15.1; Lc 23.1); el gobernador fue el único responsable de la disposición del juicio.

Los dirigentes judíos presentaron sus acusaciones a Pilato (Jn 18.29–30; Lc 23.2).

Pilato interrogó a Jesús (Mt 27.11; Mr 15.2; Lc 23.3; Jn 18.33–38).

El acto por el cual Pilato envió a Jesús a Herodes podría interpretarse como la búsqueda de la opinión de otro (vea Lc 23.15).

El tribunal es mencionado varias veces (Mt 27.19; Jn 19.13); Pilato habló como representante oficial de Roma. «Cuando Pilato se sentaba [sobre el tribunal], él *era* Roma».³¹

El problema no fue que Pilato no siguiera el procedimiento prescrito. El problema fue que, una vez que emitió su veredicto, no se mantuvo firme en el cumplimiento de este. Después que interrogó a Jesús, volvió a los acusadores y anunció: «Ningún delito hallo en este hombre» (Lc 23.4; vea Lc 23.14). En la NIV se lee: «No hallo base para una acusación contra este hombre». En ese momento, él debió haber liberado a Jesús, pero no lo hizo.

¡En el transcurso del juicio, Pilato declaró a Jesús «inocente» una y otra vez! He aquí la lista de aseveraciones:

Ningún delito hallo en este hombre (Lc 23.4).

... no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis (Lc 23.14).

Él les dijo por tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito digno de muerte he hallado en él... (Lc 23.22).

Pilato [...] salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito (Jn 18.38).

³¹Wangerin, 796.

Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él (Jn 19.4).

Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él (Jn 19.6b).

Un principio básico de la justicia es la prohibición del «procesamiento por segunda vez».³² Expresado de modo sencillo, las leyes relacionadas con el «procesamiento por segunda vez» dicen que un individuo no puede ser juzgado una segunda vez por un delito del cual ya había sido absuelto. En el juicio al cual fue sometido Jesús delante de Pilato, a Él no sólo lo procesaron por *segunda vez*, sino también por «*tercera vez*»... y hasta más.

A partir del momento en que Pilato fue incapaz de hacer cumplir su primer veredicto de «inocente», la justicia dejó de estar presente en el proceso. El gobernador sabía por qué el sanedrín deseaba a Jesús muerto (Mt 27.18; Mr 15.10), pero aun así no lo soltó. Estaba consciente de que Cristo era inocente, pero aun así hizo que lo castigarán. Sabía que Jesús no había hecho nada digno de muerte, pero aun así lo crucificó.

Pilato actuó de esa manera porque era lo que convenía políticamente, pero al hacer así no actuó como debía. Cuando los judíos aumentaron la presión, «Jesús [...] fue enviado rápidamente de un funcionario a otro con prisa injustificada»³³ hasta que por fin, Pilato lo entregó «para ser crucificado» (Mt 27.26). El hecho de que todavía eran cerca de las 6:00 a. m. cuando Pilato lo entregó para ser crucificado es indicio de que todo el proceso había sido frenético y apurado.

No fue por Pilato por quien Jesús fue enjuiciado y hallado culpable. Antes, lo que hizo el gobernador fue declararlo inocente, una y otra vez. Durante todos los juicios y eventos posteriores,

³²En los Estados Unidos, la prohibición contra el procesamiento por segunda vez es una protección estipulada en la Quinta Enmienda de la Constitución y en la mayoría de las constituciones estatales. Muchos países tienen una estipulación legal parecida.

³³H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 211.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

los que entraron en contacto con Jesús sabían que Él era inocente. Sus enemigos sabían que Él era inocente. Pilato sabía que Él era inocente. La esposa de Pilato sabía que Él era inocente (Mt 27.19). Herodes sabía que Él era inocente (Lc 23.15). Judas, que lo traicionó, sabía que Él era inocente (Mt 27.4). Uno de los malhechores que fue crucificado al lado de Jesús sabía que Este era inocente (Lc 23.41). Aun el centurión que estuvo a cargo de la crucifixión sabía que Él era inocente (vea Mt 27.54; Mr 15.39).

Conclusión

Hubo algo de lo cual los judíos y Pilato no se dieron cuenta cuando Jesús estaba siendo enjuiciado delante ellos, y ese algo fue que ellos también estaban siendo enjuiciados delante de Él. No sólo fue que sentenciaron a Jesús, sino que por las decisiones que tomaron también se condenaron a sí mismos. Algunos años después, Pilato perdió su puesto y cometió suicidio; algunas décadas después, la ciudad de Jerusalén fue destruida.

La muerte de judas: suicidio (Mt 27.3–10; vea Hch 1.18, 19)

Mateo 27.3–10

³Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, ⁴diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! ⁵Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó. ⁶Los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. ⁷Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. ⁸Por lo cual aquel campo se llama hasta el día de hoy: Campo de sangre. ⁹Así se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según precio puesto por los hijos de Israel; ¹⁰y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.

Pilato cedió a regañadientes a las demandas de los judíos y ordenó la crucifixión de Jesús. En algún momento durante los juicios a los cuales fue sometido Jesús, Judas, el que había traicionado a Jesús, cometió suicidio.

Se puede hacer un contraste entre la muerte de Judas y la de Jesús. Judas murió ahorcado; Jesús murió crucificado. Judas murió por su propia mano; Jesús murió por la mano de otros. Judas fue condenado por su conciencia, mientras que Jesús fue condenado por los judíos y sentenciado por Pilato. No obstante, deseamos hacer notar especialmente que, si bien la muerte de Judas fue una *tragedia*, la de Jesús fue un *triunfo*: Judas murió como un asesino de sí mismo que no se arrepintió, pero Jesús murió como el inmaculado Hijo de Dios.

No estamos seguros en qué punto ubicar el relato del suicidio de Judas en la secuencia de los eventos. Mateo 27 lo coloca inmediatamente después de que «los principales sacerdotes y los ancianos [...] entregaron [a Jesús] a Poncio Pilato, el gobernador» (Mt 27.1–2) y este puede ser el momento cuando ocurrió. Observe, no obstante, que cuando Judas **devolvió [...] las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos**, estos no se encontraban delante del tribunal de Pilato, sino en **el templo** (Mt 27.3, 5). Tal vez, después que el gobernador estuvo de acuerdo con la muerte de Jesús, mientras se hacían los preparativos, los principales sacerdotes corrieron hacia el templo para los deberes de la mañana y allí fue donde Judas los encontró. (Los principales sacerdotes estuvieron más adelante en el Gólgota [Mt 27.41]. Si ellos de hecho volvieron al templo para estar allí una o dos horas, entonces fueron después al lugar de la ejecución.)

En algún momento en que Jesús estaba siendo procesado, cuando Judas vio **que era condenado** sintió remordimiento (Mt 27.3a). El hecho de que Cristo fue condenado, aparentemente tomó por sorpresa a Judas. Tal vez había creído que, como era inocente (Mt 27.4), Jesús no iba a sufrir daño porque lo arrestaran, mientras que él se habría enriquecido más con treinta siclos de plata. No obstante, cuando fue manifiesto que Jesús moriría, Judas empezó tardíamente a tener una conciencia que le acusaba.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

Judas encontró en el templo a los que le habían empleado y trató de devolver el dinero pagado por traicionar a Jesús (Mt 27.3b), pero ellos lo rechazaron. Esto fue lo que dijo: **Yo he pecado entregando sangre inocente** (Mt 27.4a). Ellos respondieron con desprecio, diciendo: **¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!** (Mt 27.4b). Los traidores son invariablemente despreciados por aquellos a quienes sirven.

Al verse rechazado por aquellos hombres de corazón frío y empedernido, Judas arrojó el dinero sobre el piso también frío y empedernido, y **salió** (Mt 27.5a), pero, ¿adónde podía ir? La jerarquía judía lo había rechazado, mientras que a los apóstoles no les podía dar la cara. Me imagino a Judas dando traspiés en dirección sur por las calles de Jerusalén, abriéndose paso entre la multitud festiva de la Pascua, sin ver por dónde anda, hasta que llega al campo de un alfarero que está fuera de los muros de la ciudad. Una vez que llegó a ese lugar **se ahorcó** (Mt 27.5b).

Después que Judas salió, los principales sacerdotes hablaron sobre qué debían hacer con las treinta monedas. Esto fue lo que dijeron: **No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre** (Mt 27.6). En el Antiguo Testamento no hay normas que regulen esto, de modo que, al decir «No es lícito», debieron de haberse referido a las leyes humanas de ellos. J. W. McGarvey comentó sobre la negativa de ellos:

La de ellos era una conciencia verdaderamente extraña, una conciencia que les permitió sacar el dinero del Señor [...] y gastarlo en sangre, pero una vez que se gastó en esto, ¡no pudieron devolverlo! La de ellos fue, además, una extraña confesión, porque si el dinero dado a Judas se hubiera gastado lícitamente en el arresto de un verdadero criminal, entonces habría sido dinero de justicia, y no dinero de sangre.³⁴

Los funcionarios decidieron usar el dinero para comprar el **campo del alfarero** (Mt 27.7a). Es probable que «el campo del alfarero» fuera un terreno que había servido de fuente de arcilla

³⁴McGarvey y Pendleton, 721.

de algún alfarero. Hay quienes creen que sólo fue un campo que se compró a un alfarero, el cual podía o no haberle suministrado arcilla a este. Otros opinan que «el campo del alfarero» era sencillamente el nombre del campo, el cual pudo o no haber tenido algo que ver con un alfarero propiamente dicho. La ubicación tradicional de este campo desde el siglo cuarto ha sido la ladera sur que está al extremo oriental del valle de Hinom, al sur de Jerusalén.

En vista de que tal campo probablemente no hubiera servido para el cultivo, podía comprarse a un precio razonable. Los dirigentes judíos compraron la propiedad con el fin de usarla **para sepultura de los extranjeros** (Mt 27.7b). Es probable que la palabra «extranjeros» se refiera a los no judíos que morían mientras estuvieran de visita en Jerusalén. En los cementerios judíos no se recibía a los gentiles.

Mateo añadió este comentario inspirado: **Por lo cual aquel campo se llama hasta el día de hoy: Campo de sangre** (Mt 27.8). Esto es, al campo se le llamó así porque se compró con «precio de sangre» (Mt 27.6). La frase «hasta el día de hoy» es indicio de que había transcurrido algún tiempo entre el evento y el momento en que Mateo lo consignó (es probable que hubieran transcurrido unos treinta años).

Como a menudo lo hizo, Mateo también señaló que el incidente fue el cumplimiento de una profecía:

Así se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según precio puesto por los hijos de Israel; y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor (Mt 27.9–10).

Las palabras de los versículos 9 y 10 no se encuentran en el libro de Jeremías, pero se parecen a las palabras que se encuentran en el libro de Zacarías (Zac 11.12–13). Se han dado varias explicaciones de esta aparente irregularidad. Jeremías pudo haber *dicho* las palabras y después Zacarías las puso por escrito. Las palabras de Jeremías son anteriores al cautiverio judío en Babilonia, mientras que el ministerio de Zacarías tuvo lugar

después de esto. No obstante, algunas de las palabras que dijo Jeremías, y que no se escribieron, pudieron haberse transmitido oralmente, o tal vez el Espíritu Santo informó de ellas a Zacarías. Tal vez se menciona a Jeremías porque, por inspiración, Zacarías fue influenciado por las palabras que dijo Jeremías sobre un alfarero (Jer 18.1–6; 19.1–13) y sobre comprar un campo (Jer 32.9). Hay otras posibilidades que se podrían mencionar. McGarvey opinó que un copista primitivo pudo haber escrito «Jeremías» en lugar de «Zacarías» sin darse cuenta. Para hacer esto en el hebreo, sólo se tendrían que alterar dos letras.³⁵

El libro de Mateo es el único evangelio que consigna la muerte de Judas; sin embargo, Lucas la menciona más adelante, en Hechos, en relación con el reemplazo de Judas:

... Judas [...] fue guía de los que prendieron a Jesús [...] Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Acéldama, que quiere decir, Campo de sangre (Hch 1.16–19).

Los críticos se han aprovechado de lo que perciben como contradicciones entre las dos versiones: (1) Mateo dijo que los sacerdotes compraron el terreno (Mt 27.7), mientras que Lucas dijo que Judas lo adquirió (Hch 1.18). (2) Mateo dijo que Judas se ahorcó (Mt 27.5), mientras que Lucas indicó que Judas murió «cayendo de cabeza» (Hch 1.18). (3) Mateo dijo que el campo se llamó «Campo de sangre» porque se compró con dinero de sangre (Mt 27.6, 8), mientras que Lucas dio a entender que recibió ese nombre porque la sangre de Judas lo salpicó (Hch 1.18–19). No obstante, no es difícil reconciliar las dos versiones:

En primer lugar, en vista de que los sacerdotes compraron el campo con el dinero de Judas, técnicamente, fue una compra hecha por él y de esta manera el terreno pasó a ser suyo.

En segundo lugar, es probable que Judas se ahorcara en un

³⁵Ibíd., 721–22.

árbol situado en el campo del alfarero. En vista de que el contacto con un cadáver volvía inmundo a los judíos, ninguno habría tocado el cuerpo (especialmente durante la fiesta). En algún momento, el cuerpo de Judas, abandonado y en estado de descomposición, cayó y se reventó sobre el terreno. Esto habría hecho aún menos valiosa la propiedad, lo cual ayuda a explicar cómo pudo comprarse por sólo treinta piezas de plata.

En tercer lugar, hubo *dos* razones por las que la propiedad se llamó «Campo de sangre». Mateo dio una y Lucas la otra.

La combinación de las dos versiones recalca aún más que la muerte de Judas fue una *tragedia*. Jesús dijo: «... ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido» (Mt 26.24). En una oración elevada a Dios, Cristo se refirió a Judas como «el hijo de perdición» (Jn 17.12), esto es, «el condenado a destrucción» (NIV). Pedro habló más adelante acerca del «apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar [donde pertenece; NIV]» (Hch 1.25). Habiendo sido escogido por el Señor debido a su potencial para el bien, Judas desperdió sus oportunidades y murió siendo un traidor confeso.

¿Qué hubiera ocurrido si Judas no se hubiera suicidado? ¿Qué hubiera ocurrido si más adelante hubiera pedido perdón? Creo que Jesús lo hubiera vuelto a recibir, como recibió a Pedro, que lo negó. ¿Por qué *no se puso* a merced de Dios? Puede que la respuesta esté implícita en la palabra griega que se traduce por «sintió remordimiento» en Mateo 27.3: «Entonces cuando Judas [...] vio que había sido condenado, sintió remordimiento» (NASB).

En otras versiones se lee que Judas se arrepintió»; sin embargo, la palabra griega no es la que por lo general significa «arrepentirse». La palabra que se traduce por «arrepentirse» *μετανοέω* (*metanoēō*). La palabra griega compuesta combina la palabra que significa «después» (*μετά*, *meta*) con la palabra que significa «pensamiento» (*νόημα*, *noēma*). Su significado literal es «después pensamiento» y se refiere a un *cambio* de la manera de pensar de uno. Cuando se aplica a un hombre, *metanoēō* por lo general indica que ha tenido un cambio de actitud. El arrepentimiento es un cambio de opinión (vea Mt 21.29; He 12.17)

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
TRAICIÓN, ARRESTO Y JUICIOS

que resulta en un cambio de vida (Hch 26.20). El arrepentimiento se refiere por lo general a «un cambio de mentalidad en relación con el *pecado*», esto es, una decisión de dejar de pecar en general y dejar de cometer un pecado en concreto o ambas cosas.

No obstante, la palabra que se usa en Mateo 27.3 no es *metanoēō*; en vez, es *μεταμέλομαι* (*metamelomai*), que insinúa preocupación por acciones del pasado pero le falta mucho para considerarse arrepentimiento sincero. (Compare las dos «tristezas» de 2 Co 7.10.) En la NASB se traduce por «sintió remordimiento». En la traducción de McCord se lee: «se llenó de pesar»³⁶ En la NCV se lee: «se lamentó mucho». La AB desarrolla la palabra como sigue:

Cuando Judas, el que lo traicionó, vio que [Jesús] fue condenado, [él se afligió de ánimo y se atribuló por la locura cometida; y] con remordimiento [con poco más que un temor egoísta de las consecuencias] trajo de vuelta las treinta piezas de plata...³⁷

A Judas lo torturó su conciencia, pero no le hizo cambiar. Estaba abrumado por el pesar, pero no estaba arrepentido. Al haber abandonado su fe y endurecido su corazón, él perdió la esperanza. Su mente torturada no encontró una manera de salir del dilema, que no fuera la muerte. Los que han llevado a cabo estudios del suicidio dicen que los que son víctimas de suicidio a menudo ven como única opción la muerte infligida por sí mismos. Los que creen en un Dios misericordioso saben que siempre tienen una opción más: confesar sus pecados, pedir perdón a Dios y empezar de nuevo. Con el suicidio de Judas, una vida desaprovechada llegó a un trágico final.

³⁶Hugo McCord, *McCord's New Testament Translation of the Everlasting Gospel* (Traducción neotestamentaria del evangelio eterno, de McCord) (Henderson, Tenn.: Freed-Hardeman University, 1988)

³⁷Las explicaciones de la palabra *metamellomai* que se dan en *la Amplified Bible*, proceden de diferentes libros de estudio de palabras del griego, entre los cuales se incluyen los de Marvin R. Vincent y Richard C. Trench.

SECCIÓN V

MUERTE Y ENTIERRO

Incluye una armonía de

Mt 27.31b–66

Mr 15.20b–47

Lc 23.26–56

Jn 19.17–42

VIERNES: EL DÍA EN QUE JESÚS MURIO (CONTINUACIÓN)

El apóstol Juan dijo que si todas las cosas que Jesús hizo «se escribieran una por una [...] ni aún en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir» (Jn 21.25). También podría decirse que el mundo apenas tiene campo para todo lo que se ha escrito acerca de un único incidente de la vida de Cristo: Su muerte en la cruz. Cuántos libros, artículos, sermones, cánticos, cuadros y otras grandes obras de arte se han inspirado en aquellas pocas horas.

El impacto de la cruz no es de sorprender, cuando recordamos que todos los sucesos de la vida de Jesús apuntaban hacia Su muerte y anticipaban esta (vea Mt 1.21; Lc 1.31; 2.30, 35). Hubo muchas ocasiones en las que Él anunció Su muerte (vea Mt 16.21; 17.22–23; Lc 18.31–33). Meses antes del evento propiamente dicho, Él «afirmó su rostro para ir a Jerusalén» (Lc 9.51), donde sabía que iba a morir. Las seis horas que Cristo pasó en el Gólgota (Mr 15.25, 33, 34, 37) constituyeron la culminación de Su ministerio.

La muerte de Jesús: crucifixión (Mt 27.31b–56; Mr 15.20b–41; Lc 23.26–49; Jn 19.17–30)

Dejamos la narrativa en el momento en que se estaban haciendo preparativos para la crucifixión: era necesario dar órdenes, se tenía que asignar soldados para el destacamento de la crucifixión (vea Jn 19.23; Mt 27.54), se tenía que pintar un rótulo (Mt 27.37) y debía terminarse el inevitable trabajo administrativo. Era necesario enviar a Roma informes escritos relacionados con los juicios que llevaban a cabo los funcionarios del imperio. En algún momento antes de las 9:00 a. m. todo estuvo listo y comenzó el desfile en dirección norte.

El trayecto hasta la cruz

(Mt 27.31–34; Mr 15.20b–22; Lc 23.26–33; Jn 19.17)

Mateo 27.31–34

³¹Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle.

³²Cuando salían, hallaron a un hombre de Cirene que se llamaba Simón; a éste obligaron a que llevase la cruz. ³³Y cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, que significa: Lugar de la Calavera, ³⁴le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo.

Marcos 15.20b–22

^{20b}Y le sacaron para crucificarle.

²¹Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz. ²²Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera.

Lucas 23.26–33

²⁶Y llevándole, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús. ²⁷Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él. ²⁸Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. ²⁹Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. ³⁰Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. ³¹Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?

³²Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos. ³³Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Juan 19.17

¹⁷Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

El centurión que estaba a cargo (vea Mt 27.54), era el que probablemente dirigía el grupo. A este le seguían los condenados a morir: Jesús y dos criminales comunes (Lc 23.32). Detrás de estos iban soldados que los punzaban para que no detuvieran la marcha. En la cola iba la acostumbrada multitud que era atraída por la calamidad. Muchos, sin duda, llegaron motivados por una curiosidad malsana, pero algunas de las mujeres lloraban (Lc 23.27).

Como de costumbre, la marcha comenzó con Jesús **cargando su cruz** (Jn 19.17). «En vista de que el peso de la totalidad de la cruz era de unos 136 kg», es probable que «solo se cargara la barra horizontal», que pesaba «de 34 a 57 kg».¹ Jesús no pudo cargar este peso todo el trayecto. Después de una noche sin dormir, los constantes maltratos y un castigo romano, Él debió de haber sufrido un colapso. Él tenía un cuerpo fuerte, a juzgar por los rigores que resistió al andar por toda Palestina, pero estaba sujeto a las debilidades de la carne como lo estamos nosotros (vea Jn 1.14a; He 4.15). Los soldados tuvieron que buscar un reemplazo: **Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz** (Mr 15.21).

Cirene era la capital del distrito de Cirenaica, que estaba al norte centro de África (la Libia de hoy). Los judíos cireneos tenían una sinagoga en Jerusalén (Hch 6.9). Es probable que Simón estuviera entrando en la ciudad para la oración de la mañana en el templo cuando los soldados lo agarraron. Según la ley romana, los soldados tenían el derecho de obligar ciudadanos a ayudarles (vea Mt 5.41).

El hecho de que Marcos mencionara a dos hijos de Simón, tal vez sea indicio de que él esperaba que sus lectores reconocieran los nombres de ellos. Rufo puede ser el Rufo que menciona Pablo en Romanos 16.13. Es probable que en el día de Pentecostés se convirtieran judíos cireneos (Hch 2.10, 37, 41). Más adelante, los cristianos cireneos propagaron las buenas nuevas acerca de Jesús (Hch 11.20).

¹William D. Edwards, Wesley J. Gabel y Floyd E. Hosmer, "On the Physical Death of Jesus Christ" («Sobre la muerte física de Jesucristo»), *Journal of the American Medical Association (Revista de la Asociación Médica Estadounidense)* (21 de marzo de 1986): 1459.

Después que la viga pasó de los hombros de Cristo a los de Simón, el desfile siguió la marcha (Lc 23.26). Existe una ruta tradicional por la que Jesús anduvo cuando iba hacia la cruz (Vía Dolorosa), pero no conocemos la ruta exacta. Los soldados romanos a menudo tomaron una ruta sinuosa hacia el lugar de ejecución, lo cual hacían con el fin de mostrar a los ciudadanos las consecuencias de oponerse a Roma.

Debieron de haber avanzado lentamente al abrirse paso por las atestadas calles, las cuales estaban llenas de peregrinos que habían venido para la fiesta. En algún momento, tal vez cuando el grupo tuvo que hacer una pausa, Jesús hizo acopio de fuerzas para hablar a las mujeres de la multitud que lloraban:

Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará? (Lc 23.28–31).

Las palabras de Jesús se referían a un evento venidero relacionado con el sitio y la destrucción final de Jerusalén (66–70 d. C.). Ese devastador evento sería doblemente duro con los que tuvieran hijos. La *regla* es que los que tienen hijos han sido bendecidos por Dios (vea Sal 127.3), pero Jesús hablaba de una *excepción*. El versículo 30 es una cita de Oseas 10.8, que recoge el clamor de hombres desesperados al punto de que están deseosos de *cualquier* clase de protección.

La última frase de la aseveración de Cristo da a entender que si los romanos estaban tratando «el árbol verde» (Jesús) de este modo, imagine lo que harían al «[árbol] seco» (Jerusalén). Véalo de otro modo: Si los romanos hacían esto a Jesús que era *inocente* de rebelión contra Roma, sería mucho más terrible lo que harían a Jerusalén cuyos ciudadanos sí eran verdaderamente *culpables* de tal rebelión (como sucedió en el decenio de los años sesenta). La analogía de Cristo se basaba en el hecho de que las plantas

verdes están vivas, pero las secas están muertas: Él estaba vivo espiritualmente, mientras que, a efectos prácticos, Jerusalén estaba muerta.

Si el desfile se detenía por causa de las calles atestadas, pronto reanudaba la marcha. El destino era un sitio reservado para la crucifixión: [el] **lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota** (Jn 19.17; vea Mt 27.33; Mr 15.22; Lc 23.33a). En latín, se conocía como «Calvario» (vea Lc 23.33; KJV).

El Gólgota estaba «fuera de la puerta» (He 13.12) «cerca de la ciudad» (Jn 19.20), y era evidente que estaba junto a un camino muy transitado (vea Mt 27.39; Mr 15.29). La mayoría cree que estaba justo al norte del muro de la ciudad, cerca de uno de los caminos que se llevaba desde el norte hacia Jerusalén. Es probable que estuviera en un lugar prominente, tal vez estaba sobre alguna elevación, en vista de que el propósito de los romanos era que la crucifixión sirviera de lección ejemplarizante para todos los que podrían estar considerando la desobediencia. Era casi seguro que sobre ese lugar se destacaban tres postes permanentes en posición vertical, que estaban allí preparados para sus próximas víctimas. Según la historia secular, se acostumbraba tener la viga vertical (la *stipes*) permanentemente clavada en la tierra, y al prisionero se le hacía cargar la barra transversal (el *patibulum*) hasta el lugar de la crucifixión.²

Durante los años que han pasado, se han propuesto dos lugares para el Gólgota. El sitio tradicional es el lugar donde «se construyó la Iglesia del Santo Sepulcro» en el siglo cuarto. En el siglo diecinueve, Charles Gordon propuso una ubicación alterna, conocida como el «Calvario de Gordon» (o «la Colina Verde»), que estaba a unos 400 metros al noreste de la puerta de Damasco. Una razón por la que Gordon desechó el sitio tradicional es que, en su época, la zona se encontraba *dentro* de los muros de la ciudad. No se dio cuenta de que esa misma zona estaba *fuera* de los muros de la ciudad que existían en los tiempos de Cristo. Cual fuera el sitio, no podemos estar seguros de por qué se le llamó «el lugar de la Calavera». Hay quienes creen que una formación rocosa del Calvario de Gordón se parece a una calavera, pero

²Ibíd, 1458–59.

es probable que al sitio se le haya llamado de tal manera tan horrorosa sencillamente porque era un lugar de muerte.³

Las primeras tres horas en la cruz (comienzo)
(Mt 27.35, 37–39; Mr 15.23–29;
Lc 23.33, 38; Jn 19.18–22)

Mateo 27.35, 37–39

³⁵Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.

³⁷Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS. ³⁸Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda. ³⁹Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza.

Marcos 15.23–29

²³Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó. ²⁴Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno. ²⁵Era la hora tercera cuando le crucificaron. ²⁶Y el título escrito de su causa era: EL REY DE LOS JUDÍOS. ²⁷Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda. ²⁸Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos. ²⁹Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas.

Lucas 23.33, 38

³³Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

³⁸Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.

³Vea John McRay, *Archaeology and the New Testament (La Arqueología y el Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1991), 206–17.

Juan 19.18–22

¹⁸Y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. ¹⁹Escibió también Pilato un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS. ²⁰Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. ²¹Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos. ²²Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito.

El desfile llegó por fin a su destino. A los prisioneros se les despojó de sus vestidos, y se les dio una bebida adormecedora, que se hacía de vino agrio mezclado con un suave narcótico (Mt 27.34; Mr 15.23). Hay quienes creen que esta bebida era preparada por mujeres judías preocupadas, y que los romanos la permitían como una concesión para los judíos. Mateo dijo que el vino agrio estaba mezclado con hiel, mientras que Marcos dijo que estaba mezclado con mirra. Es probable que estos dos ingredientes amargos estuvieran incluidos en la mezcla. La mirra se mencionó anteriormente en estos estudios, en relación con los presentes de los magos (Mt 2.11) y en relación con la preparación del cuerpo de Jesús para la sepultura (Jn 19.39). Además de sus otros usos, la mirra se usaba en ciertas medicinas. Después de probar el analgésico, Jesús rehusó beberlo (Mt 27.34). No quería que sus sentidos fueran embotados mientras bebía la copa de sufrimiento (vea Jn 18.11).

Luego, **le crucificaron allí, y a los malhechores** (Lc 23.33). Los lectores de aquellos tiempos, habiendo sido testigos de crucifixiones, entendían cuánta carga de significado se incluyó en aquellas pocas palabras. Las vigas transversales se colocaban sobre la tierra. Unas manos toscas obligaban a los prisioneros a recostarse sobre la tierra y estiraban los brazos de ellos sobre las vigas. Con pocos hábiles golpes, horadaba con el clavo la carne temblorosa hasta hincarlo en la madera. Luego pasaba a la otra mano y repetía el proceso. En el texto no se menciona específicamente a un verdugo; sin embargo, para clavar víctimas a la cruz se necesitaba cierta pericia: Si el trabajo no se hacía bien,

las cabezas de los clavos se hundían entre la carne cuando el peso del cuerpo se cargaba en los clavos. La evidencia arqueológica disponible indica que «los clavos por lo general se hincaban horadando la muñeca y no la palma de la mano».⁴ El Nuevo Testamento se refiere a la señal de los clavos que quedó en las «manos» de Jesús (Jn 20.25, 27; vea Lc 24.39–40), pero «los antiguos por lo general consideraban que la muñeca era parte de la mano».⁵

Una vez que el prisionero había sido asegurado con los clavos, los soldados levantaban la viga junto con la víctima, y se aseguraba la viga transversal sobre el poste vertical (vea Lc 24.39–40). Había variaciones relacionadas con la posición de las rodillas, la presencia o no de pequeños soportes de madera clavados al poste vertical, y de otros soportes como cuerdas, sin embargo, la Biblia no da indicio alguno en relación con alguna de estas variaciones.

Se usaban diferentes variedades de cruces, entre las cuales se incluían la cruz Tau que se parecía a una letra «T» mayúscula y la cruz latina que tenía la forma más conocida: †. Otra variación era la cruz que tenía forma de X. En vista de que no era posible poner un rótulo por encima de la cabeza de la víctima que estuviera en una cruz en forma de X, sabemos que esta no fue la clase de cruz que se usó en la ejecución de Jesús. En el caso de la cruz Tau, la viga transversal se clavaba sobre el extremo superior del poste vertical. En cuanto a la cruz latina, la viga transversal tenía que fijarse sobre la superficie frontal de la viga vertical, cerca del extremo superior. La «cruz Tau era la preferida de los romanos de Palestina de los tiempos de Cristo», sin embargo «las prácticas de crucifixión a menudo variaban dentro de una misma región geográfica».⁶ Según una antigua tradición no inspirada, Jesús fue clavado en una cruz latina. El hecho de que se fijó un título por encima de la cabeza de Jesús (Mt 27.37; Lc 23.38; vea Jn 19.19) puede ser el sustento de esta tradición.

Entonces crucificaron con [Jesús] a dos ladrones, uno a la

⁴Edwards, Gabel, y Hosmer, 1459.

⁵Ibíd., 1462.

⁶Ibíd., 1458.

derecha, y otro a la izquierda (Mt 27.38; vea Mr 15.27). Esto cumplió la profecía de Isaías 53.12 en el sentido de que el Mesías sería **contado con los inicuos** (Mr 15.28; vea Lc 23.33). La palabra griega que se traduce por «ladrones» en Mateo 27.38 es la forma plural de la palabra que se usó para describir a Barrabás en Juan 18.40. La palabra lleva implícita la idea de violencia. La palabra insinúa robo con uso de la fuerza, que es contrario a lo que insinúa la palabra griega que se traduce por «ladrón», esto es *kleptes*, de la cual obtenemos «cleptomaniaco».⁷ Es posible que los dos «ladrones» hubieran estado implicados en la misma insurrección que había estado Barrabás. Es incluso posible que la cruz del centro hubiera estado reservada para este conocido renegado, hasta que la turba gritó, diciendo: «¡Fuera con [Jesús] y suéltanos a Barrabás!» (Lc 23.18).

Una vez que los tres prisioneros fueron fijados a su cruz, al verdugo le quedaba una última tarea que llevar a cabo, y esta consistía en clavar títulos por encima de la cabeza de ellos. El propósito de los títulos era anunciar los cargos que pesaban sobre los hombres (vea Mt 27.37; Mr 15.26). El mismo Pilato había dictado la inscripción: «JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS». La inscripción completa se reconstruye al combinar los cuatro evangelios (Mt 27.37; Mr 15.26; Lc 23.38; Jn 19.19). Las palabras se escribieron **en hebreo, en griego y en latín** (Jn 19.20).

ישוֹן הַנַּצְרִי מֶלֶךְ הַיְהוּדִים

IESUS NAZARENUS REX IUDÆORUM

ΙΗΣΟΥΣ Ο ΝΑΖΩΡΑΙΟΣ
Ο ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΤΩΝ ΙΟΥΔΑΙΩΝ

El hebreo era el idioma de la fe judía, el latín era el de la ley romana y el griego era el idioma común que todos hablaban. La mayoría de los que pasaban podían leer por lo menos uno de los

⁷W. E. Vine, *The Expanded Vine's Expository Dictionary of New Testament Words* (Diccionario expositivo ampliado de palabras neotestamentarias de Vine), ed. Juan R. Kohlenberger III con James A. Swanson (Minneapolis: Bethany House Publishers, 1984), 973.

idiomas y bien podía ser que leyeran los tres.

Los principales sacerdotes objetaron. En vista de que ellos estaban junto a la cruz, y Pilato no, tal vez enviaron un mensaje a Pilato y este envió de vuelta una respuesta. También es posible que, aunque el incidente no se menciona sino hasta en el momento de la crucifixión, la objeción se hubiera hecho anteriormente en la sala de Pilato, cuando ellos vieron el rótulo por primera vez. Los principales sacerdotes le dijeron a Pilato: **No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos** (Jn 19.21; énfasis nuestro). No obstante, el gobernador rehusó cambiar lo escrito. Esto fue lo que respondió: **Lo que he escrito, he escrito** (Jn 19.22). Aunque esta fue una pequeña victoria, es probable que Pilato la saboreara.

La mañana estaba a medio camino entre el amanecer y el mediodía (Mr 15.25). Se habían clavado tres hombres en cruces romanas. Dispersos por el Gólgota, estaban los soldados romanos, la jerarquía judía, la irreverente multitud y un puñado de seguidores de Cristo (Jn 19.25). Estaba listo el escenario para las seis horas de sufrimiento de Jesús y Su muerte.

John Franklin Carter describió la crucifixión como «la manera más cruel, más tormentosa, más humillante y más horrible, de ejecución, que se practicó en tiempos antiguos».⁸ La crucifixión había sido usada por los persas, los egipcios, los babilonios, los fenicios y otros durante siglos. No obstante, fueron los romanos los que «la perfeccionaron como una forma de tortura y de pena de muerte que se concibió para producir una muerte lenta con el máximo dolor y sufrimiento».⁹

El ingenio de esta forma de tortura o ejecución, consistía en que, cuando la víctima era clavada en la cruz, no se perjudicaban órganos vitales. De este modo, la muerte llegaba lentamente. La víctima podía vivir hasta tres o cuatro días. Los insectos y las aves atacaban a veces las heridas del moribundo. Durante todo ese tiempo, la víctima sufría un intermitente dolor, ardía de fiebre y le torturaba la sed, hasta que, al final, la muerte sobrevenía como

⁸John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios para laicos)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 326.

⁹Edwards, Gabel, y Hosmer, 1458.

un anhelado alivio.

Según un artículo publicado en la *Revista de la Asociación Médica Estadounidense*, «las causas que contribuían a la muerte [en la crucifixión] eran numerosas». En primer lugar, «el tiempo de supervivencia [...] parece haber estado [...] relacionado con la dureza de la flagelación».¹⁰ Luego, en relación con la crucifixión, el daño que los clavos causaban a los nervios de la muñeca, «producía insoportables acometidas de fulminante dolor en ambas manos». Lo mismo se puede decir de las piernas cuando los pies se clavaban al poste vertical. También había una lenta, pero constante, pérdida de sangre. Todo esto se había concebido para debilitar al que estaba en la cruz.

No obstante, «el efecto más serio [y debilitante] de la crucifixión [...] era una fuerte obstrucción de la respiración, especialmente de la exhalación». En otras palabras, a la víctima se le hacía casi imposible respirar. «Para poder exhalar debidamente, era necesario elevar el cuerpo usando como apoyo los pies [clavados] y flexionar los codos y [recoger] los hombros». Esto producía un agudo dolor y calambres en los músculos. «El resultado era que cada esfuerzo por respirar se hacía [cada vez más] angustiante y desgastador». El agotamiento de la víctima «llevaba eventualmente a la asfixia», esto es, la muerte por falta de oxígeno.

Las primeras tres horas en la cruz (continuación)
(Mt 27.35–36, 39–44; Mr 15.24, 29–32;
Lc 23.34–37, 39–43; Jn 19.23–27)

Mateo 27.35–36, 39–44

³⁵Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. ³⁶Y sentados le guardaban allí.

³⁹Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, ⁴⁰y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas,

¹⁰La citas en este párrafo y el próximo son de Edwards, Gabel, y Hosmer, 1460–61.

sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. ⁴¹De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: ⁴²A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. ⁴³Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios. ⁴⁴Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él.

Marcos 15.24, 29–32

²⁴Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno.

²⁹Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, ³⁰sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz. ³¹De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. ³²El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos. También los que estaban crucificados con él le injuriaban.

Lucas 23.34–37, 39–43

³⁴Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. ³⁵Y el pueblo estaba mirando; y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios. ³⁶Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, ³⁷y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

³⁹Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. ⁴⁰Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? ⁴¹Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. ⁴²Y dijo a

Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. ⁴³Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Juan 19.23–27

²³Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. ²⁴Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice:

Repartieron entre sí mis vestidos,

Y sobre mi ropa echaron suertes.

Y así lo hicieron los soldados.

²⁵Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.

²⁶Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: **Mujer, he ahí tu hijo.**

²⁷Después dijo al discípulo: **He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.**

Las seis horas que Cristo pasó en la cruz se dividen naturalmente en dos períodos de tres horas: tres horas de luz (Mr 15.25, 33) y tres horas de tinieblas (Mr 15.33). El primer período abarcó más o menos desde las 9:00 a. m. hasta el mediodía.

Fueron cuatro soldados los que se asignaron al destacamento de ejecución (vea Jn 19.23). Aquellos a quienes se encargaba este deber se les daban las ropas que se quitaban a las víctimas. Los soldados dividieron las vestiduras externas de Jesús en cuatro montones más o menos iguales (Jn 19.23a). Las vestiduras externas habrían incluido el manto, el tocado, el cinturón y las sandalias.

Había una prenda, sin embargo, con la cual no sabían qué hacer: Su **túnica** (Jn 19.23b). La palabra griega significa «la prenda que se llevaba junto a la piel». A los soldados les desconcertó porque **era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo** (Jn 19.23c). Tales vestiduras se diseñaban por lo general con dos o más piezas de tela. El hecho de que era «de un solo tejido

de arriba abajo» la hacía más valiosa. A esta se le ha llamado a menudo «la única posesión valiosa que el Señor tuvo». Tal vez había sido un presente que le dio algún admirador. Romperla en cuatro pedazos la hacía perder su valor.

Los Romanos dijeron: **No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será** (Jn 19.24a; vea Mt 27.35; Mr 15.24; Lc. 23.34). Al echar suertes y apostar por la prenda, ellos, sin saberlo, cumplieron una profecía relacionada con el Mesías: **Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes** (Jn 19.24b; vea Sal 22.18).

Una vez que se repartieron los despojos, los soldados se sentaron y **le guardaban allí** (Mt 27.36). Eran responsables de «[guardar] a Jesús» (vea Mt 27.54), no para protegerlo, sino para impedir que los amigos lo quitaran de la cruz antes que estuviera muerto. Los soldados también se habrían repartido los vestidos de los dos ladrones y habrían vigilado a estos para impedir que los amigos trataran de quitarlos de la cruz, pero el énfasis del relato es en Jesús. En vista de que la muerte en una cruz por lo general tomaba largo tiempo, es probable que se prepararan para una larga espera.

Hay quienes sienten una malsana fascinación relacionada con el sufrimiento. Una multitud **estaba mirando** (Lc 23.35a). También había un continuo flujo de transeúntes curiosos, que probablemente fueran peregrinos que se dirigían a la ciudad a participar de las festividades de aquel día. **Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz** (Mr 15.29–30). Es evidente que las palabras que Jesús había dicho anteriormente, acerca de reconstruir el templo (Jn 2.19), habían impresionado al pueblo, pero la aseveración había sido citada incorrectamente y se había malentendido. Desafiaron a Jesús, diciéndole: **Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz** (Mt 27.40b). Esta gente no entendía que si Jesús se salvaba a sí mismo y descendía de la cruz, entonces la humanidad no podía ser salva. No comprendían que se quedaba en la cruz precisamente porque *era* el Hijo de Dios, consagrado a hacer la voluntad de Su Padre.

Es probable que la jerarquía judía dirigiera las burlas. Estos

hombres habrían estado jubilosos; creían que habían eliminado con éxito a un molesto adversario. Los **gobernantes**, esto es, los **principales sacerdotes [...] con los escribas** (Lc 23.35; Mr 15.31a), se burlaron de Él, diciendo:

A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios (Lc 23.35b).

Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios (Mt 27.43).

Señalando el título que colgaba sobre la cabeza de Jesús, se burlaron diciendo: **si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él** (Mt 27.42b). En pocos días, Jesús llevaría a cabo un milagro mucho más grande que descender de la cruz, y ese era salir del sepulcro. Sin embargo, ni siquiera tal milagro produciría fe de parte de estos dirigentes endurecidos de corazón. No podían prever que el *no* descender Jesús de la cruz al final produciría fe en el corazón de millones (vea Jn 12.32). Ellos declararon triunfantemente, **A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar** (Mr 15.31b; Mt 27.42a). Un comentarista hizo esta observación: «Sin quererlo [estos dirigentes] expresaron una de las verdades más profundas de todas las escrituras». ¹¹ Dijeron «una verdad más profunda de la que imaginaron: porque ¿cómo podía salvarse a sí mismo si había de salvar a otros?». ¹²

La diversión fue bien recibida por los soldados. Ellos **también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo** (Lc 23.36–37). Hasta los que sufrían juntamente con Jesús, los dos ladrones, se sumaron a las burlas. Normalmente, los crucificados intercambiaban insultos con la multitud; pero, en esta ocasión, la atención se centraba en la cruz que estaba en medio de las otras dos. Los dos criminales desahogaron su ira y frustración en la misma dirección (Mt 27.44; Mr 15.32b).

¹¹H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 214.

¹²B. S. Dean, «Bosquejo de historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 27.

¿Cómo respondió Jesús a este torrente de animosidad? ¿Acaso pidió doce legiones de ángeles (Mt 26.53) para destruir a Sus atormentadores? ¡Para nada! ¡Lo que hizo fue orar! Les había enseñado a Sus discípulos que debían orar por los que les persiguieran (Mt 5.44), y ahora ponía en práctica lo que había predicado, al orar, diciendo: **Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen** (Lc 23.34a).

Esta es la primera de siete «palabras» que Jesús dijo en la cruz. Es probable que la dijera anteriormente en la secuencia de eventos. Aunque Jesús oró por sus atormentadores, estos no podían ser perdonados, sino hasta que se arrepintieran de sus pecados e hicieran la voluntad de Dios (Hch 2.22, 23, 36–38)

Hubo un momento positivo durante las primeras tres horas: El corazón de uno de los ladrones se sensibilizó por lo que vio. Al comienzo, los dos criminales maltrataron al Señor (Mt 27.44; Mr 15.32); sin embargo, a medida que pasó el tiempo, uno de ellos se conmovió por la dignidad y el magnánimo espíritu de Cristo. Mateo y Marcos indicaron que los dos ladrones insultaron al Señor, mientras que Lucas dijo que uno de ellos lo defendió. La manera más simple de reconciliar las dos versiones consiste en suponer que uno de los ladrones al principio insultó a Cristo y luego cambió de idea. Es posible que los insultos iniciales que profiriera este ladrón en particular, fueran de dientes afuera. Es probable que hubiera visto morir a hombres crucificados, que maldecían a los que estaban a su alrededor, pero que no oraban por sus atormentadores.

Uno de los ladrones siguió lanzando insultos, diciendo: **Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros** (Lc 23.39). El otro defendió a Jesús, diciendo: **¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo** (Lc 23.40–41).

Luego volvió su cabeza hacia el Señor, y dijo: **Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino** (Lc 23.42). ¿Cómo sabía él del reino de Jesús? ¿Habría oído a Cristo enseñar acerca del reino? ¿Acaso el comportamiento que mostraba Cristo en ese momento, le convenció de que el título que colgaba sobre Su cabeza debía de ser verdadero? No se nos dice. El conocimiento que tuviera

el ladrón acerca del reino debió de haber sido limitado, pero por lo menos entendía que Jesús *sí era* el Rey de los judíos (el anhelado Mesías) y que, a pesar del hecho de que ahora moría en la cruz, ¡Él todavía establecería Su reino! En ese momento, este ladrón agonizante demostró tener una fe más grande que la de los discípulos de Cristo. El relato acerca del ladrón no es un ejemplo de los requisitos para la salvación para los que vivimos posteriormente a la cruz, pero sí demuestra cómo debemos defender a Cristo.

Jesús «fue fiel a su nombre y a su misión»,¹³ pues esto fue lo que le dijo al ladrón: **De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso** (Lc 23:43). En este contexto, la palabra «paraíso» se refiere a la parte del mundo del Hades donde los muertos justos aguardan el Juicio. En Lucas 16.22, se le llama «seno de Abraham» a esta parte del Hades. Sabemos que el «paraíso» de Lucas 23 se encuentra en el mundo del Hades porque Pedro dijo que cuando Jesús murió, Él fue al Hades (Hch 2.31). También sabemos que el «paraíso» de Lucas 23 no es el cielo, donde está Dios. Jesús fue *aquel día* al paraíso, pero varios días después aseveró que Él todavía no había subido a Su Padre (Jn 20.17).

Ahora, cuando Jesús le prometió salvación al ladrón penitente, no era de la cruz que le salvaría, sino que era de la culpa del pecado. Le dio libertad, pero no en esta vida, sino en la otra. Mientras Jesús estuvo sobre la tierra, Él podía conceder el perdón sobre la base que quería (vea Mr 2.10). Él hizo uso de este poder solamente un puñado de veces; esta es una de ellas.

Había algunos cerca de la cruz que no estaban consumidos por el odio, sino por la tristeza. Una de las que estaba junto a la cruz de Jesús, era la madre de Este (Jn 19.25). Póngase usted por un momento en el lugar de María, cuando ella miraba a su Hijo moribundo con sus ojos llenos de lágrimas. Simeón le había advertido, diciéndole: «... y una espada traspasará tu misma alma» (Lc 2.35a); ahora aquella hoja cruel se retorció y se revolvía dentro de su corazón.

Había otras mujeres acompañando a María. Juan las identificó como: **la hermana de su madre** [la madre de Jesús], **María mujer**

¹³Ibíd.

de Cleofas, y María Magdalena (Jn 19.25c). Cuando la lista de mujeres que presenta Juan, se compara con la de Mateo y la de Marcos (Mt 27.56; Mr 15.40), parece que la hermana de María (la madre de Jesús) era Salomé, la madre de Jacobo y de Juan y mujer de Zebedeo. Leímos acerca de Salomé en un relato anterior (Mt 20.20–21).

Es probable que la «María mujer de Cleofas» que se menciona en la lista de Juan, sea la misma «María la madre de Jacobo [el menor] y de José» de las listas de Mateo y de Marcos. A María Magdalena se le menciona en las tres listas. A esta ya la vimos en estudios anteriores (Lucas 8.2–3) y se le mencionará nuevamente cuando avancemos en el relato.

También estuvieron presentes cerca de la cruz otros «conocidos» de Jesús (vea Lc 23.49a; Mr 15.41b). Puede que algunos de los apóstoles o todos ellos estuvieran mirando de lejos. Por lo menos el apóstol Juan estaba allí (vea Jn 19.26). Una vez más, se da por sentado que Juan se refirió a sí mismo cuando habló del **discípulo a quien [Jesús] amaba**.

Aunque Cristo estaba sufriendo un indescriptible dolor, Él se preocupó por el bienestar de Su madre. Debido a que Él era el hijo mayor de María, pudo haber sentido especial responsabilidad por ella. Su corazón debió de haberse llenado de tristeza al ver la angustia de ella. Viendo a Juan **que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre** (Jn 19.26, 27a). Si Juan era un pariente, ello ayudaría a explicar por qué Jesús encargó a él el cuidado de Su madre. Según una tradición no inspirada, María vivió con Juan el resto de su vida. Según otra tradición no inspirada, el convenio fue temporal y ella terminó de vivir sus últimos días en Jerusalén.

El hecho de que Jesús se asegurara del cuidado de ella es otro indicio de que José habría muerto algún tiempo atrás. Es probable que Jesús no encargara a sus hermanos el cuidado de Su madre porque, en ese momento, ellos no creían en Él (Jn 7.5). Es casi seguro que no estaban junto a la cruz. Fue después de la resurrección que se hicieron creyentes (Hch 1.14).

Y desde aquella hora el discípulo [Juan] la recibió en su casa (Jn 19.27b). Tal vez por compasión, Juan la sacó de inmediato del

Gólgota y la llevó donde fuera que su familia estuviera alojada durante la fiesta. A María no se le menciona en el grupo de mujeres que todavía estaban junto a la cruz cuando Jesús expiró (Mt 27.56; Mr 15.40), lo cual insinúa que Juan la había sacado. Si Juan en efecto la sacó, entonces él debió de volver al lugar a tiempo para ser testigo de la muerte de Jesús (vea Jn 19.35). Si esto fue lo que hizo, entonces a María se le evitó el sufrimiento de Jesús y se le protegió de la multitud alterada.

PARA ESTUDIO ADICIONAL: LAS MUJERES QUE ESTABAN JUNTO A LA CRUZ

Durante las *primeras* tres horas que Cristo estuvo en la cruz, según las listas de Juan, las siguientes mujeres estaban «junto a la cruz de Jesús»: «su madre [María], y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena» (Jn 19.25). Es posible que «María mujer de Cleofas» fuera la hermana de la madre de Jesús, pero es probable que debemos entender que estas dos eran personas diferentes. J. W. McGarvey enumera varias razones para esta conclusión, entre las cuales se incluyen las siguientes.¹⁴ 1) Es poco probable que dos hermanas tuvieran el mismo nombre: María. 2) «Juan menciona a dos pares de mujeres, y cada par está conectado por una “y”. El primer par lo constituyen parientes de Jesús, de los cuales no se dan los nombres, y en forma paralela se presenta el otro par, que no lo constituyen parientes y cuyos nombres sí se dan. Los autores hebreos usaron a menudo tal paralelismo».¹⁵ 3) No mencionar el nombre de la hermana de María concordaría con la costumbre de Juan de no mencionar por nombre a nadie de su familia. (Juan jamás se mencionó a sí mismo, ni a su hermano Jacobo, ni a su madre, por nombre; tampoco mencionó por nombre a la madre de Jesús, que pudo haber sido su tía.) Llegamos a la conclusión de que Juan enumeró a *cuatro* mujeres.

¹⁴J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 225.

¹⁵Ibíd.

Durante las *últimas* tres horas que Jesús pasó en la cruz: después que la madre de Jesús fue llevada afuera (Jn 19.26–27), un grupo de *tres* mujeres todavía estaban junto a la cruz, «mirando de lejos» (Mt 27.55; Mr 15.40). La lista que da Mateo, de estas mujeres, se lee de este modo: «María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo» (Mt 27.56). Marcos enumeró a «María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé» (Mr 15.40). Dos de los nombres de las listas de Mateo y de Marcos son los mismos: María Magdalena y María la madre de Jacobo (el menor) y de José. Esto sería indicio de que la «Salomé» de la lista de Marcos es la misma que «la madre de los hijos de Zebedeo» de la lista de Mateo. En otras palabras, Salomé era la madre de Jacobo y de Juan.

Debido a que María Magdalena aparece en la lista anterior de Juan, y en las listas posteriores de Mateo y de Marcos, muchos eruditos creen que las listas se refieren a las mismas mujeres. Si esto es así, teniendo presente las conclusiones a las cuales se llegó en los dos párrafos anteriores, he aquí una comparación de las listas:

<i>La lista de Juan</i>	<i>La lista de Mateo y de Marcos</i>
María, la madre de Jesús	(ausente del lugar)
La hermana de la madre de Jesús	Salomé, la mujer de Zabeдео
María, la mujer de Celofas	María, la madre de Santiago y de José
María Magdalena	María Magdalena

En vista de que «otras mujeres» también estaban presentes (Mr 15.41), no se puede ser dogmático en relación con la idea de que Salomé fuera la hermana de la madre de Jesús, María; pero existe una gran posibilidad, incluso una probabilidad, de que así fuera. Como se hizo notar en otro lugar, esto haría que los apóstoles Jacobo y Juan fueran primos de Jesús.

APLICACIÓN:
«ELLOS LE CRUCIFICARON ALLÍ»
(LC 23.33–38, 44–46)

Es una infinidad de muertes la que ha habido sobre esta tierra, pero he aquí una muerte que fue diferente de todas las demás (Mt 27.54). A pesar de la magnitud de esta muerte, el relato de ella se resume en cuatro palabras del texto bajo estudio: «[ellos] le crucificaron allí» (Lc 23.33)

«Ellos»

¿Quiénes fueron responsables de la muerte de Cristo en la cruz? En primer lugar, fueron responsables los *judíos*. Ellos planearon esa muerte (Mt 27.1–2), y exigieron que Él muriera (Mr 15.12–14). Fue por causa de la envidia y del prejuicio que le crucificaron. En segundo lugar, fueron responsables los *soldados romanos*. Estos fueron los que llevaron a cabo el acto en sí de poner a Jesús en una cruz. Le crucificaron por ignorancia (Os 4.6). Por último, somos responsables *nosotros*. Fueron nuestros pecados los que le clavaron en la cruz (Is 53.6; 1 Co 15.3; 2 Co 5.21).

¿Tenían los judíos suficiente influencia política para hacer que Cristo fuera a la cruz si Él no deseaba ir? ¿Tenían los soldados romanos suficientes legionarios para obligarlo a estar allí? La respuesta es un rotundo ¡No! (Vea Jn 10.17–18; Mt 26.52–53.)

Fueron *nuestros* pecados los que le hicieron clamar a gran voz (Mt 27.46). El pecado separa a la gente de Dios (Is 59.1–2). El más terrible castigo que se sufre en el infierno es que allí la gente estará separada de Dios (2 Ts 1.9) ¡y Jesús sufrió los dolores del infierno por nosotros!

«Le»

¡Fue el Hijo de Dios quien murió en esa cruz! La que una vez fue instrumento de tortura, es hoy el símbolo de todo lo que es bueno, noble, inspirador y santo. ¿Por qué? ¡Porque quien murió allí fue alguien único! ¡La influencia de Jesús continúa viva! ¡Él es verdaderamente el Hijo de Dios!

«Crucificaron»

Cristo murió en la cruz Romana, el instrumento de tortura

más cruel que jamás se concibió. No obstante, la cruz fue solamente la culminación del sufrimiento físico que padeció nuestro Señor. Vuelva a recrear en su mente los sufrimientos de Él. (Lea Mt 26.39 e Is 53.4.)

«Allí»

¿Dónde crucificaron a Cristo? Lo crucificaron en un lugar *cruel*: el Gólgota, el Calvario, «el Lugar de la Calavera». Era un lugar *vergonzoso*: en medio de dos ladrones. Era, no obstante, un lugar *apropiado*: Fuera de los muros de la ciudad (He 13.11–12; vea Hch 7.58). Por último, era un lugar *visible*: junto a un camino muy transitado (Mr 15.29–30).

APLICACIÓN:
**«¿QUÉ ME DICE USTED DEL LADRÓN
QUE MURIÓ EN LA CRUZ?»**
(MT 27.38–44; LC 23.39–43)

Mientras colgaba de la cruz, Jesús prometió a uno de los ladrones que había sido crucificado junto a Él, que ese día estaría en el Paraíso. Creemos que Jesús cumplió Su promesa; creemos que, cuando el ladrón murió, él fue llevado por los ángeles al seno de Abraham, del mismo modo que Lázaro lo fue (Lc 16.22). Sin embargo, esta verdad no prueba que el relato fuera dado con el fin de enseñar el camino de la salvación a los no cristianos de hoy.

Es mucho lo que se da por supuesto en relación con el ladrón. Por ejemplo, muchas personas suponen que él era un «pecador extranjero». La expresión «extranjero» se refiere básicamente a alguien que no es ciudadano; a veces se usa en las Escrituras para hacer referencia a alguien que no es ciudadano del reino de Dios (vea Ef 2.19). Los que mantienen esta postura creen que la salvación del ladrón constituye un precedente para los «pecadores extranjeros», esto es, las personas que no son cristianas. No obstante, el ladrón no pertenecía a la categoría de «pecador extranjero», sino a la de «hijo de Dios extraviado». Considere esto: ¿Quiénes lo crucificaron? Los romanos. ¿Acaso crucificaban los romanos a sus propios ciudadanos? La respuesta

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

es «No».¹⁶ ¿A quiénes crucificaban? A súbditos desobedientes que hubiera en las inmediaciones. Los súbditos de esa región en particular eran judíos. Podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que el ladrón era judío. Las palabras que dijo al otro ladrón: «¿Ni aun temes tú a Dios...?», constituyen un indicio de que era judío. La mayoría de los gentiles se habrían referido a «los dioses» en lugar de a un solo «Dios». Sin embargo, no era un judío obediente: había quebrantado por lo menos uno de los Diez Mandamientos (Ex 20.15). A pesar de esto, era judío. Esto lo hacía un hijo de Dios, porque, hasta la muerte de Jesús, los judíos eran el pueblo escogido de Dios (vea Dt 7.6). Si de alguna manera de ejemplo ha de servir la salvación del ladrón hoy, lo será de cómo un cristiano extraviado puede hallar perdón; no de cómo una persona no cristiana puede hallar perdón.

También, se supone que el ladrón no era bautizado. Sin embargo, su muerte se produjo cerca del lugar donde el ministerio de Juan el Bautista había dado comienzo varios años atrás. Mateo escribió acerca de la popularidad inicial de Juan: «Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados» (Mt 3.5–6). *Muchos* que vivían en aquella región habían sido bautizados por Juan. Más adelante, cuando Jesús comenzó Su ministerio en la misma región en general, Él y Sus discípulos bautizaban aun más gente que Juan (Jn 4.1; vea 3.26). ¿No será posible que, en algún momento, el ladrón hubiera sido bautizado, ya fuera por los discípulos de Juan o por los de Jesús?¹⁷ Que así haya sucedido o no, no tiene importancia; sin embargo, no deben hacerse argumentos a partir de textos bíblicos con base en suposiciones.

¿Por qué digo que no tiene importancia que el ladrón haya sido bautizado o no? Como ya se aseveró anteriormente, la salvación de este jamás tuvo como propósito servir como modelo

¹⁶Sobre los derechos de los ciudadanos romanos, vea David L. Roper, Acts 15—28 (Hechos 15—28), *Truth for Today Commentary (Comentario de La Verdad para Hoy)*, ed. Eddie Cloer (Searcy, Ark.: Resource Publications, 2001), 327.

¹⁷Si así hubiera sido, el ladrón debería de haber oído a Juan o a Jesús enseñando. Esto ayudaría a explicar las palabras que dijo el ladrón acerca del reino de Jesús.

para los que hoy no son cristianos. Permítame darle tres razones para hacer tal afirmación.

Él era salvo antes que la antigua ley fuera quitada

Usar el relato del ladrón como ejemplo de conversión para los que no son cristianos en el presente, quebranta un principio que se enseña en 2ª Timoteo 2.15, donde se lee: «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, *que usa bien la palabra de verdad*» (énfasis nuestro). Una manera de usar bien la palabra de verdad consiste en distinguir entre lo relacionado con el período del antiguo pacto (el Antiguo Testamento) y lo relacionado con el período del nuevo pacto.

La Biblia enseña que la muerte de Jesús es el evento que separa al antiguo pacto del nuevo. Pablo escribió a los Colosenses, diciendo: «[Dios] os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos, que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio, y clavándola en la cruz» (Col 2.13–14). En caso de que hubiera duda acerca de cuáles reglas tenía presente el apóstol, este enumeró varias categorías en el versículo 16: reglas relacionadas con «comida o [...] bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo». La frase «días de reposo» prueba que Pablo incluyó la ley de Moisés en su aseveración; uno de los Diez Mandamientos era «Acuérdate del día de reposo para santificarlo» (Ex 20.8).

Las frases «anulando» y «quitándola de en medio» son expresiones tajantes que indican que la ley había sido abolida. ¿Cuándo ocurrió esto? Note las palabras «clavándola en la cruz». Esta no es una referencia a un trozo de madera en el cual fue clavado Cristo, sino que es una alusión a la *muerte* de Jesús. Él ha sido el único que cumplió el antiguo pacto, al guardar a la perfección los mandamientos de este. Al final de la vida de Jesús, ese pacto llegó a ser un acuerdo cumplido (vencido). El antiguo pacto fue «[quitado] de en medio» en el momento de la muerte de Jesús.

Al mismo tiempo, el nuevo pacto entró en vigor. En Hebreos 9.15, el autor dijo que Jesús «es mediador de un nuevo pacto». Luego pasó a explicar qué tenía que ocurrir para que ese

nuevo pacto entrara en vigor: «Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive» (He 9.16–17). La analogía se basa en un pacto (o acuerdo) especial que se llama: «última voluntad». ¿Cuándo entra en vigor la «última voluntad» de alguien? Cuando el autor de ella muere. Mientras no muera, no entra en vigor. Muchas Biblias tienen estas palabras en la página anterior al libro de Mateo: «El Nuevo Testamento de Jesucristo». ¿Cuándo entró en vigor el Nuevo Testamento de Jesús? Cuando Él murió. La muerte de Cristo fue el fin de la era antiguotestamentaria y el comienzo de la era neotestamentaria.

El caso del ladrón no es un ejemplo de salvación para los no cristianos de hoy, porque él fue perdonado antes que la antigua ley fuera quitada de en medio. Es cierto que se le prometió el Paraíso cuando faltaban muy pocas horas para que Jesús muriera; sin embargo, la promesa se dio «en el brazo antiguotestamentario» de la cruz.

La comparación entre el Nuevo Testamento y una última voluntad podría extenderse. Un propósito primordial de un testamento o última voluntad de alguien es que se distribuya la propiedad de este. Una vez que este muere, la gente debe adherirse a las condiciones estipuladas en el testamento para poder beneficiarse de los privilegios concedidos en él. Pero mientras el autor de la última voluntad viva, él puede distribuir su propiedad como le plazca.

Hasta donde los anales inspirados consignan, durante el ministerio terrenal de Jesús, se pueden contar con los dedos de la mano las veces que Él ejerció Su autoridad para perdonar pecados: en los casos del paralítico (Mt 9.2–6), de la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8.3–11) y del ladrón en la cruz. Todos son ejemplos de cómo Jesús distribuyó sus recursos espirituales antes que Su «última voluntad» entrara en vigor; ninguno de tales ejemplos puede usarse para tratar de determinar las condiciones por las que una persona no cristiana es salva hoy.

Él era salvo antes que Cristo diera la Gran Comisión

Durante el ministerio personal de Jesús, Este hizo referencia

a los requisitos para la salvación. Por ejemplo, Él habló de un nuevo nacimiento (Jn 3.3, 5) y de la necesidad de una conversión (Mt 18.3). Recalcó la necesidad de la fe (Jn 8.24), la necesidad del arrepentimiento (Lc 13.3) y la importancia de la confesión (Mt 10.32). No obstante, no fue sino hasta después de Su muerte, sepultura y resurrección que Él dio Su Gran Comisión. En esta se prescribieron las condiciones de la salvación: lo que los hombres deben hacer para apropiarse de la gracia de Dios.

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado... (Mt 28.19–20).

El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado (Mr 16.16).

... y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lc 24.46–47).

Un principio legal básico es que una ley no puede ser retroactiva. Esta estipulación está incluida en la Constitución de los Estados Unidos, cláusula I, artículo 9: «Ninguna [...] ley ex post facto se aprobará»¹⁸ Una aplicación de esta estipulación es que, si un cuerpo legislativo aprueba una ley hoy, no puede enjuiciarse a alguien por haber quebrantado las condiciones de ella ayer. De un modo semejante, en vista de que ese famoso ladrón murió antes que fuera dada la Gran Comisión, los términos de esta no se le aplicaban. Sin embargo, *sí* se aplican a nosotros. El ladrón no tenía que ser bautizado, pero nosotros sí. ¿Por qué, entonces, trata la gente de usar la salvación de él como prueba de que el bautismo no es esencial hoy?

¹⁸*Grolier Multimedia Encyclopedia (Enciclopedia multimedios de Grolier)*, edición de 1999, s.v. "Constitution of the United States" (Constitución de los Estados Unidos).

Tal vez esta ilustración ayude: ¿Qué tal si la fecha de pagar su impuesto sobre la renta haya pasado y a usted le llaman del Ministerio de Hacienda? El agente de este le dice: «Tiene que pagar sus impuestos. Los buenos ciudadanos ponen de su parte». Usted responde: «¿Pero qué me dice de George Washington? Él no pagó impuesto sobre la renta, y fue un buen ciudadano. ¿Y qué me dice de Abraham Lincoln? Él tampoco pagó impuesto sobre la renta, y se le conoció como un buen ciudadano. Si estos dos grandes hombres pudieron ser buenos ciudadanos sin pagar impuesto sobre la renta, ¿entonces yo también puedo serlo!». ¿Cree usted que al agente le impresionará tal argumento? ¿Cree usted que dirá: «¡Oh, yo jamás pensé en ello! Por supuesto que usted no tiene que pagar su impuesto»? El agente *podría* señalar que la Enmienda Decimosexta, que estipuló un impuesto sobre la renta, fue ratificada en 1913. Por lo tanto, no se aplicó a los que vivieron antes de esa fecha, entre los cuales estaban incluidos el señor Washington y el señor Lincoln, pero *sí* se aplica a nosotros. No es válido señalar al ladrón como excusa para no bautizarnos, porque él era salvo *antes* que Jesús diera las condiciones de la salvación en la Gran Comisión.

Él era salvo antes que el evangelio se predicara como un hecho ya acaecido

Según Pablo, la esencia del evangelio («las buenas nuevas») la constituyen tres eventos clave: la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesús. Esto fue lo que escribió a los Corintios:

Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano.

Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Co 15.1-4; énfasis nuestro).

La secuencia de la muerte, la sepultura y la resurrección

se había puesto en marcha en el momento que al ladrón se le prometió el Paraíso, pero Jesús no había muerto todavía; Su sepultura y resurrección eran todavía eventos del futuro. El evangelio no podía predicarse «como un hecho ya acaecido», sino hasta después que el Señor resucitara de entre los muertos. La primera vez que se predicó en su plenitud fue diez días después de la ascensión de Cristo, el día de Pentecostés, cuando lo predicó el apóstol Pedro (Hch 2.23–24, 32, 36).

Este maravilloso evangelio es hoy el poder de Dios para salvación (Ro 1.16). No podemos ser salvos sin él. El ladrón, por el contrario, murió antes que jamás se proclamara públicamente. Él vivió y murió sin haber oído jamás la totalidad del relato del evangelio. Por lo tanto, su salvación no es un ejemplo para los no cristianos de hoy, que deben oír ese evangelio y obedecerlo (1 P 4.17; 2 Ts 1.8).

Conclusión

Muchos quieren ser salvos de la manera en el que el ladrón fué salvo. Algunos dicen, «Ese ladrón fué muy listo». El vivió su vida en de la manera que quiso vivirla—hasta se aprovechó de otros—pero luego, justo antes de morir, se arrepintió y el Señor lo salvó! La Biblia no enseña o anima a olvidar la obediencia a la verdad especialmente después de que uno haya conocido la verdad. Pablo escribió diciendo: «He aquí, *ahora* “el tiempo es aceptable,” he aquí, *ahora* “el día de salvación”» (2 Co 6.2b; énfasis nuestro).

Si alguien decide posponer el arrepentimiento para poco antes de la muerte, una de varias cosas podría suceder. En primer lugar, el Señor podría volver antes que tuviera esa oportunidad. En segundo lugar, esa persona podría morir inesperadamente. En tercer lugar, aun si el Señor no viniera y la muerte no le sobreviniera inesperadamente, es probable que el corazón de esa persona se habría endurecido tanto que le va a parecer imposible arrepentirse (vea He 6.6). El autor del libro de Hebreos instó a sus lectores con estas palabras: «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (4.7b). Jamás posponga usted lo que el Señor le ha pedido que haga.

Apartemos los ojos de la cruz de al lado, donde el ladrón

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

murió, y pongamoslos en la cruz del centro, donde el Salvador murió por nosotros. Si verdaderamente le amamos, haremos lo que Él nos ha pedido (Jn 14.15). No inventaremos excusas para posponer la obediencia que le debemos, En lugar de ello, con corazones desbordantes de amor y de gratitud nos rendimos a Sus pies.

Las últimas tres horas en la cruz
(Mt 27.45–54; Mr 15.33–41; Lc 23.44–49; Jn 19.28–30)

Mateo 27.45–54

⁴⁵Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. ⁴⁶Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ⁴⁷Algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: A Elías llama éste. ⁴⁸Y al instante, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber. ⁴⁹Pero los otros decían: Deja, veamos si viene Elías a librarle. ⁵⁰Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu.

⁵¹Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; ⁵²y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; ⁵³y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos. ⁵⁴El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente éste era Hijo de Dios.

Marcos 15.33–41

³³Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. ³⁴Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ³⁵Y algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: Mirad, llama a Elías. ³⁶Y corrió uno, y empapando una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: Dejad,

veamos si viene Elías a bajarle. ³⁷Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. ³⁸Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. ³⁹Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

⁴⁰También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, ⁴¹quienes, cuando él estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

Lucas 23.44–49

⁴⁴Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. ⁴⁵Y el sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad. ⁴⁶Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró. ⁴⁷Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo. ⁴⁸Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho. ⁴⁹Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas.

Juan 19.28–30

²⁸Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed. ²⁹Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. ³⁰Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.

Cuando era como la hora sexta (Lc 23.44a)—esto es, cerca del mediodía, cuando el sol estaba en todo su esplendor, **hubo tinieblas sobre toda la tierra** [porque] ... **el sol se oscureció** (Lc 23.44b, 45a). Fue de repente que las tinieblas cayeron? No sabemos si el fenómeno se limitó a Judea, ni si abarcó toda Palestina, ni

si se extendió más allá. La frase «toda la tierra» podría referirse a cualquiera de estas regiones. Es posible que incluso los anales romanos informaran de este extraordinario evento.

Se le ha llamado eclipse a las tinieblas, pero un eclipse de sol no era posible durante la fiesta de la Pascua. La «celebración [de esta fiesta] debía llevarse a cabo cuando era luna llena» (Ex 12.6)¹⁹—y un eclipse solar no puede ocurrir durante una fase de luna llena. La luna llena indica que el sol y la luna se encuentran en lados opuestos de la tierra (y la luna, por lo tanto, se encuentra en posición de máximo reflejo de los rayos del sol). Un eclipse solar ocurre cuando la luna se interpone entre la tierra y el sol, lo cual es imposible cuando la luna y el sol se encuentran en lados opuestos de la tierra. También parecería insuficiente un cielo nublado para explicar el fenómeno. Hay razones para creer que las tinieblas constituyeron un evento sobrenatural. 1) Lucas relacionó las tinieblas con la rasgadura del velo del templo (Lc 23.44–45), que fue sin duda un milagro. 2) El hecho de que las tinieblas se disiparan en el momento de la muerte de Jesús insinúa que hubo intervención divina.

Las tinieblas se mantuvieron sobre toda la tierra durante tres horas **hasta la hora novena** (Lc 23.44c), esto es, las 3:00 p. m. No podemos tener certeza de las razones de Dios para hacer que hubiera tinieblas, sin embargo, es probable que los comentarios de John Carter sean acertados:

... era apropiado que una cortina de tinieblas ocultara al sufriente Salvador de Sus atormentadores que le llenaban de insultos y de Sus amigos que se entristecían. De hecho, las burlas y los insultos sin duda se apagaron después que las tinieblas cubrieron la tierra; y se dejó a Jesús sufrir en silencio. Lo más seguro es que fue durante esas horas de tinieblas que Dios cargó en él el pecado de todos nosotros (Is 53.6), que «llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1 P 2.24), que «por nosotros

¹⁹M. R. Wilson, "Passover" («La Pascua»), *International Standard Bible Encyclopedia*, ed. gen. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986), 3:676.

[Dios] lo hizo pecado» (2 Co 5.21), que «Dios [lo] puso como propiciación [...] en su sangre» (Ro 3.25). De algún modo Él estaba experimentando los ayes de «las tinieblas de afuera» (Mt 8.12) con el fin de que pudiera impartir «la luz de la vida» a los que le siguen (Jn 8.12).²⁰

A medida que las horas de tinieblas llegaban a su fin, Cristo habló cuatro veces en rápida sucesión. Primero, cerca **de la hora novena**, Él pronunció una evocadora frase que refleja el terrible sufrimiento que soportaba: **Elí, Elí, ¿lama sabactani?** (Mt 27.46a). Estas eran palabras hebreas y arameas que significaban: **Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?** (Mt 27.46b). «Elí» era hebrea, mientras que la frase «lama sabactani» era aramea. El evangelio de Marcos también usa el arameo para la primera palabra: **Eloi** (Mr 15.34). Existe poca diferencia entre «Eli» and «Eloi». La pregunta afirma que, para pagar el castigo por nuestros pecados, Jesús estuvo, por un período de tiempo, desamparado por Dios.

Surgen un par de preguntas: «Pero ¿acaso no entendía Cristo el propósito de Su muerte? Y si lo entendía, ¿por qué le preguntó a Dios *por qué* lo había desamparado?». La mejor explicación es que Jesús estaba citando Salmos 22.1 y retuvo la terminología del salmista. La aseveración del Señor no fue una declaración de duda, sino una afirmación de fe. Al citar el salmo, Él afirmó que Su muerte no era una tragedia desafortunada, sino un cumplimiento de los planes y los propósitos de Dios (vea Sal 22.6–8, 12–18).

Cuando Jesús clamó, algunos no entendieron lo que dijo. Tal vez las palabras fueron mal articuladas debido a la trabajosa respiración; tal vez estaban pensando en otra cosa cuando Él habló; tal vez algunos se estaban poniendo viejos y su capacidad auditiva dejaba algo que desear. Cual fuera la razón, cuando Cristo dijo «Elí» («Dios mío»), algunos creyeron que dijo «Elías» (que significa: «Mi Dios [es] Jehová»). Esta fue la conclusión a la cual llegaron: **A Elías llama éste** (Mt. 27.47). Los escribas enseñaban que Elías aparecería en la era mesiánica (Mt 17.10). Fascinados, algunos dijeron: ... **veamos si viene Elías a librarle;**

²⁰Carter, 329.

si viene [él] a bajarle (Mt 27.49; Mr 15.36).

El Señor no hizo ningún esfuerzo por corregir la equivocación de ellos. Más bien, **después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed** (Jn 19.28). El Señor había terminado la tarea especial por la que había venido a la tierra: Había llevado «nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1 P 2.24). La colocación de las palabras «para que la Escritura se cumpliese» parece indicar que la aseveración de Jesús, cuando dijo: «Tengo sed», cumplió una Escritura antiguotestamentaria. Si esto es así, puede ser que el versículo se refiera a Salmos 22.15b o 69.21. También es posible que la expresión «que la Escritura se cumpliese» se refiera a todas las experiencias que Jesús tuvo en la cruz.

Entonces ellos empaparon una esponja en una vasija de vinagre, la pusieron en un hisopo, y se la acercaron a la boca (Jn 19.29; vea Mr 15.36a). Anteriormente, Jesús había rechazado el líquido, ahora lo recibía (Mt 27.34; Mr 15.23; Jn 19.30a). En vista de que Su sufrimiento estaba casi por finalizar, no tenía sentido beber el sedante por sus cualidades para calmar el dolor. Tal vez, además del alivio de la sed, deseaba humedecer su garganta para los clamores que seguían.

Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es (Jn 19.30a). El sufrimiento había llegado casi a su fin, pero Sus palabras tenían un significado más profundo que este. Había *acabado* la obra que Dios le había que hiciese (vea Jn 17.4). B. S. Dean escribió:

«Consumado es»; consumada, no simplemente terminada, es la vida más noble que jamás se vivió sobre la tierra; consumada, es la obra de la redención humana; consumados, cumplidos, en un sentido mucho más sublime que el que los patriarcas y profetas jamás soñaron, son los tipos y símbolos y profecías del Antiguo Pacto.²¹

Charles Swindoll propuso que las palabras de Cristo constituyeron «un grito de victoria [...] un grito de realización

²¹Dean, 29.

[...] y, por supuesto, un grito de alivio. Jesús podía ahora cambiar Sus espinas por una corona, Su desnudez por un traje, Su deshonra por la gloria, Sus heridas por la adoración».²²

Cristo entonces clamó **a gran voz**, y dijo: **Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu** (Lc 23.46a). Puede que Jesús haya usado nuevamente terminología antiguotestamentaria (Sal 31.5). Si así fue, la usó de una forma más impresionante que la del autor de Salmos 31. **Y habiendo dicho esto** (Lc 23.46b) e **inclinado la cabeza, entregó el espíritu** (Jn. 19:30b). El Señor **expiró** (Lc 23.46c; Mr 15.37) cuando «murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras» (1 Co 15.3).

Los hombres han conjeturado por qué Jesús murió tan pronto, pero estos versículos nos dan una luz: Él estuvo dispuesto a morir. No fue que los hombres tomaron Su vida; sino que Él la dió (Jn 10.17–18) por todos nosotros.

En el momento en que Jesús murió, hubo un gran terremoto (ver Mt 27.54): ... **la tierra tembló, y las rocas se partieron** (Mt 27.51). Cuando la tierra se sacudía, **se abrieron los sepulcros** [tallados en piedra], **y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron** (Mt 27.52a). El levantamiento de los santos tuvo lugar aparentemente varios días después, porque Mateo añadió: ... **y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos** (Mt 27.52a, 53; énfasis nuestro).

Cuando la tierra tembló, dentro de la ciudad, **el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo** (Mt 27.51a; vea Mr 15.38; Lc 23.45). ¡Estos fenómenos insólitos y llamativos constituyeron una declaración en el sentido de que había tenido lugar un evento «que conmovió la tierra»!

Los que estaban en el Gólgota solo se habrían percatado de dos de los milagros: las tinieblas y el terremoto, pero este y el comportamiento de Jesús en la cruz tuvieron un demoledor impacto sobre ellos. [El] **centurión que estaba frente a él**, [vio que] **había expirado así** (Mr 15.39a). Luego él y los soldados, habiendo **visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas**,

²²Charles R. Swindoll, *Jesus, Our Lord* (Jesús, nuestro Señor) (Fullerton, Calif.: Insight for Living, 1987), 27.

temieron en gran manera (Mt 27.54a). El centurión **dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo** (Lc 23.47). Una vez más, declaró: **Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios** (Mr 15.39b), a sus soldados se sumaron a la declaración, diciendo: **Verdaderamente éste era Hijo de Dios** (Mt 27.54b). En el texto original, ni en Mateo 27.54, ni en Marcos 15.39, se incluye el artículo definido («el»), pero es un error traducir la frase por «*un* Hijo de Dios».

Los milagros también impresionaron a los demás presentes. Es probable que las tinieblas los dejaran callados. Ahora, **y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían [a sus casas] golpeándose el pecho** (Lc 23.48). Esta acción era una costumbre oriental por medio de la cual se expresaba pesar (Is 32.12; Nah 2:7; Lc 18.13). No hay duda de que todo lo ocurrido contribuyó a preparar los corazones de ellos para el sermón que Pedro predicaría varias semanas después (vea Hch 2.14, 23, 36–37).

Jesús era el Hijo de Dios; por lo tanto, es de esperar que Su muerte escape a nuestra comprensión. ¡Hemos visto al mismo Hijo de Dios morir en una cruz! ¡Qué asombroso! Las Escrituras nos dicen que Él murió por nuestra redención (1 Co 15.3). ¡Regocijémonos en esta maravillosa verdad!

PARA ESTUDIO ADICIONAL: ¿POR QUÉ TUVO QUE MORIR JESÚS EN LA CRUZ?

Una centena de volúmenes no bastaría para abarcar como es debido este tema; un millar no podrían responder todas las preguntas que se hicieran. No obstante, algunas notas adicionales tendrán que ser suficientes por el momento.

«[Todos] pecaron» (Ro 3.23a), y «la paga del pecado es muerte» (Ro 6.23). Los pecadores sufren muerte espiritual, esto es, estar separados de Dios, en esta vida (Ef 2.1, 12). Además, enfrentan «la segunda muerte», esto es, estar separados eternamente de Dios, en la vida venidera (Ap 20.14; 21.8).

El pecado es un insulto para un Dios que es santo (Ro 3.23b; vea Is 5.16; He 10.29). Las buenas obras no pueden borrar la

culpa de un solo pecado que se cometa; no podemos ser salvos por nuestras obras (vea Ef 2.8–9). Ni siquiera es suficiente que hagamos todo lo que está dentro de nuestras posibilidades (Is 64.6; Ro 3.12). Como Dios de justicia que es Él (Is 30.18), el Señor no puede permitir que el pecado se quede sin castigar (vea Ro 1.18). En vista de que todos fueron (y son) pecadores sin la capacidad para quitar la culpa por el pecado, la situación de la humanidad se presentaba sombría.

Gracias al Señor que Él no es solamente un Dios de justicia, sino también un Dios de *amor* (1 Jn 4.8) Como Dios de amor que es, Él no quiso (y no quiere) que ninguno se perdiera (vea 2 P 3.9). Estas dos características de Dios presentaban un dilema. ¿Cómo podía Él ser *justo* y castigar el pecado, y a la vez ser el *justificador* de los pecadores (vea Ro 3.26)? La respuesta de Dios al dilema fue esta: «Yo mismo pagaré el precio; Yo enviaré a *Mi Hijo* a sufrir el castigo por los pecados de la humanidad» (vea Jn 3.16). Esto es lo que leemos en 1 Juan 4.10: «... él nos amó a nosotros, y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados». La palabra «propiciación» significa «lo que propicia, aplaca o satisface la justicia de Dios».

¿Qué forma debía tomar ese sufrimiento propiciatorio? Al comienzo de los tratos de Dios con la humanidad, se instituyó el principio del *sacrificio*, esto es, dar una vida a cambio de otra (Gn 4.4; 8.20; 31.54; vea 12.7). Este fue el axioma que se estableció: «... sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (He 9.22). Durante los años que transcurrieron, se hicieron cientos de miles de sacrificios animales de conformidad con las ordenanzas de Dios. El problema consistía en que «la sangre de los toros y de los machos cabríos no [podía] quitar los pecados» (He 10.4). Solo un sacrificio podía hacer esto: el del perfecto Hijo de Dios (1 P 1.18–19). Solamente Su sangre podía salvarnos de «la ira» de Dios (Ro 5.9). La preciosa sangre de Cristo tenía que ser «derramada» para hacer posible el «perdón de pecados» (Mt 26.28). ¿Qué forma debía tomar el sacrificio de derramamiento de sangre de Jesús? Evidentemente, en el propósito eterno de Dios (Ef 3.11) estaba predeterminada la muerte por crucifixión. El salmista dijo que las manos y los pies del Siervo Sufriente serían horadados (Sal 22.16). Cristo mismo anunció que Él sería

crucificado (Mt 20.17–19; vea Lc 24.6–8), lo cual implicaría que Sus manos y pies fueran horadados. Cuando Cristo murió en una cruz romana, le brotó sangre de Sus manos y pies horadados, así como de la frente herida y de la carne viva de Su espalda lacerada. Después de Su muerte, la sangre le brotó de Su costado (Jn 19.34). Según la Biblia, es por esa sangre que somos justificados, reconciliados con Dios y salvados de la ira divina (Ro 5.9–10).

¿Podremos entender exactamente cómo es que la muerte de Jesús hace posible nuestra salvación? No podremos, pero esto es lo que podemos entender: Su muerte sí satisfizo la justicia de Dios (Ro 3.25; He 2.17; 1 Jn 2.2). Por lo tanto, todos los que estén dispuestos a responder a Su amor (Jn 14.15; 1 Jn 4.19) y a aceptar Sus condiciones de salvación (Mr 16.15–16; Hch 2.37–38) ¡pueden ser salvos! NO podemos entender en su totalidad lo que Dios ha hecho por nosotros, pero le alabamos por ello. «Gracias a Dios por su don inefable» (2 Co 9.15).

PARA ESTUDIO ADICIONAL: ¿QUÉ DÍA MURIÓ JESÚS?

¿En qué día de la semana murió Jesús? El punto de partida para este análisis es el hecho de que *Jesús resucitó el primer día de la semana*. Marcos escribió que el Señor resucitó «por la mañana, el primer día de la semana» (Mr 16.9) y los demás evangelios dicen lo mismo. Para poder avanzar en el asunto, debemos aceptar esta verdad fundamental.

Después de dar por sentado el día que Él *resucitó*, queda ahora la pregunta original: «¿Qué día *murió* Jesús?». En los años que han pasado desde tal evento, la mayoría de la gente ha creído que Jesús murió al sexto día de la semana judía, el día que es más o menos equivalente a nuestro viernes. Robert Thomas y Stanley Gundry escribieron: «La [...] iglesia ha considerado tradicionalmente el viernes como el día que Jesús murió [...] Las mejores pruebas bíblicas favorecen una crucifixión ocurrida un viernes».²³

No obstante, con el pasar de los años, han emergido puntos de vista discrepantes. Por ejemplo, en el siglo II, un segmento de

²³Robert L. Thomas, ed., y Stanley N. Gundry, ed. asoc., *A Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios)* (Chicago: Moody Press, 1978), 320.

la iglesia inventó una celebración no mandada por Dios, del día que Cristo comió la Pascua. Al oponerse a esta práctica, algunos negaron que Cristo en realidad comiera la Pascua. El hecho de que Jesús murió el mismo día que comió esa cena (cual haya sido) afectaba forzosamente la enseñanza de ellos relacionada con el día que Cristo murió.

Algunos todavía enseñan que Jesús no murió el viernes. El erudito del griego B. F. Westcott sostenía que Cristo fue crucificado el jueves.²⁴ La popular versión de la Biblia conocida como la *Narrated Bible* insinúa que Jesús probablemente murió el jueves.²⁵ Tengo un tratado en mis archivos, que me envió un hermano del exterior, el cual insiste en que el Señor murió el miércoles.

La conclusión a la cual lleguemos sobre este asunto, *no es cuestión de fe*. Siempre y cuando estemos de acuerdo en que Jesús *resucitó el primer día*, podremos estar en desacuerdo en lo relacionado con el día que Él murió, sin que tal desacuerdo afecte nuestra comunión. Primordialmente, el asunto tiene que ver con cómo ordenemos los eventos de la última semana del ministerio público de Jesús. Sin embargo, en vista de que preocupa a algunos, nos tomaremos el tiempo para el análisis del asunto.

¿Por qué creer que Él murió el viernes?

He aquí dos razones para creer que Cristo murió el viernes.

1. Creo que Jesús realmente comió la Pascua, y no una cena «parecida a la Pascua que no era la Pascua». La pregunta acerca de si Cristo realmente comió la Pascua es parte esencial de este análisis. Lucas escribió: «Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero *de la pascua*» (Lc 22.7; énfasis nuestro). Mateo dijo que «[el] primer día de la fiesta de los panes sin levadura, vinieron los discípulos a Jesús, diciéndole: ¿Dónde quieres que preparemos para que comas *la pascua*?» (Mt 26.17; énfasis nuestro). Jesús les dijo a los discípulos: «Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo

²⁴R. C. Foster, *Studies in the Life of Christ (Estudios en la vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1971), 187.

²⁵F. LaGard Smith, *The Narrated Bible in Chronological Order (La Biblia narrada en orden cronológico)* (Eugene, Oreg.: Harvest House Publishers, 1984), 1454–56.

está cerca; en tu casa celebraré *la pascua* con mis discípulos» (Mt 26.18; énfasis nuestro). Luego «los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon *la pascua*» (Mt 26.19; énfasis nuestro). «Cuando llegó la noche (la pascua comenzaba a la puesta del sol, después de que se hiciera la preparación), se sentó a la mesa con los doce» (Mt 26.20). Mientras estaba sentado a la mesa con los doce discípulos, «les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros *esta pascua* antes que padezca!» (Lc 22.15; énfasis nuestro). De los anteriores pasajes, yo concluyo que Jesús sí comió la cena de la Pascua.²⁶ En vista de que Jesús murió el mismo día que comió esta cena, y en vista de que existe acuerdo generalizado en el sentido de que la Pascua de ese año cayó viernes, esto haría que la muerte de Jesús fuera este día.

2. Creo que Jesús murió el día anterior al día de reposo. Todos los evangelios indican que Jesús murió el día de «la preparación» (Jn 19.31; vea Mr 15.42; Lc 23.54; vea Mt 27.62). Este era el día de preparación para el día de reposo. Marcos escribió que era el día de «la preparación, es decir, *la víspera del día de reposo*» (Mr 15.42; énfasis nuestro; vea Lc 23.54; Jn 19.31). Hay quienes han tratado de tomar este «día de reposo» como día especial «de descanso» durante la fiesta, que no era el día séptimo; sin embargo, la cronología de Lucas en relación con las dos mujeres que visitaron el sepulcro parece descartar cualquier conclusión en este sentido.

En relación con la sepultura de Jesús, realizada por José y Nicodemo, esto fue lo que escribió Lucas: «Era día de la preparación, y *estaba para comenzar el día de reposo*» (Lc 23.54; énfasis nuestro). Mientras los dos hombres preparaban el cuerpo, estaban dos mujeres observando (Lc 23.55).

Cuando el sol se puso, y comenzó el día de reposo, las dos mujeres «[volvieron y] prepararon especias aromáticas y ungüentos» (Lc 23.56a). Luego «descansaron el día de

²⁶ «Policarpo, el discípulo de Juan, expresa la creencia de que Jesús comió la Pascua» (A. T. Robertson, *A Harmony of the Gospels for Students of the Life of Christ [Una armonía de los evangelios para estudiantes de la vida de Cristo]* [New York: Harper & Row, 1950], 280).

reposo, conforme al mandamiento» (Lc 23.56b; énfasis nuestro).

«*El primer día de la semana*, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado» (Lc 24.1; énfasis nuestro).

Lucas 24.1 sigue a Lucas 23.56 en el texto. Esto significa que «el primer día de la semana» es el día que viene inmediatamente después del día de reposo, en el cual descansaban (vea Mt 28.1), lo cual haría que ese día de reposo fuera un día de reposo regular. Esto, a la vez, haría que el día anterior al día de reposo (el día en que Cristo murió) fuera el que normalmente se considera el sexto día de la semana, en otras palabras, el viernes.

¿«Tres noches» significan «72 horas»?

La objeción más importante que se le hace a la postura en el sentido de que Jesús murió el viernes, es la aseveración de Cristo que se recoge en Mateo 12.40: «... como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.» Algunos, que toman literalmente la expresión «tres días y tres noches», cuentan hacia atrás a partir del primer día de la semana, en el cual resucitó Cristo, para determinar el día en que Él murió. Luego ellos buscan la manera de hacer que otros detalles del texto se acomoden a su conclusión.

La cuestión reside en determinar si fue propósito de Jesús que la expresión «tres días y tres noches» se interpretara al pie de la letra como tres períodos de veinticuatro horas cada uno. Es manifiesto que ese no fue Su propósito, por el hecho de que Él a menudo habló de resucitar «*al tercer día*» (Mt 16.21; 17.23; 20.19; Lc 24.7, 21, 46; énfasis nuestro). Por inspiración, Pablo expresó la creencia de la iglesia primitiva, cuando dijo que Jesús «resucitó *al tercer día*» (1 Co 15.4; énfasis nuestro). Una resurrección sucedida después de un período de «tres días y tres noches» en el sentido literal, no habría sido «al tercer día, sino al cuarto».²⁷

Se pueden encontrar expresiones parecidas en el Antiguo

²⁷Foster, 192.

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

Testamento, en Ester 4.16 y 5.1: En 4.16, Ester le pidió a Mardoqueo y a otros judíos que ayunaran «en tres días», y dijo que ella y sus doncellas harían lo mismo. Después de tres días, ella entraría a ver al rey. No obstante, 5.1 hace notar que «al tercer día», Ester entró para estar delante del rey. Subraye la palabra «al».

¿Cómo podemos explicar lo que parece un uso tan poco preciso de la expresión «tres días» en Mateo 12 y en Ester 4 y 5? La mayoría de los eruditos coinciden en que «los judíos tomaban parte de un día como una totalidad cuando tal parte se ubicaba al comienzo o al final de una serie».²⁸ Este uso algo flexible del tiempo puede observarse en pasajes clave sobre este análisis:

A veces las Escrituras hablan de que Jesús resucitó *después* (del griego *meta*) del tercer día (Mt 27.63; Mr 8.31; vea Mr 9.31; 10.34).

Por otro lado, las Escrituras también indican que Jesús resucitaría *al* tercer día (Mt 16.21; 17.23; 20.19; Lc 9.22; 18.33; 24.7, 46; vea 1 Co 15.4).

A veces, en pasajes paralelos sobre la resurrección, se usan de modo intercambiable las expresiones «después de» y «al». Por ejemplo, justo después de la buena confesión, Marcos consignó que Jesús dijo que habría de «resucitar *después* de tres días» (Mr 8.31; énfasis nuestro) mientras que, según Mateo y Lucas, Él dijo que habría de «resucitar *al* tercer día» (Mt 16.21; Lc 9.22; énfasis nuestro).

Los enemigos de Cristo citaron palabras de Este al acusarlo de haber dicho: «*Después* de tres días resucitaré» (Mateo 27.63; énfasis nuestro); sin embargo, ellos no interpretaron «tres días» como un período de setenta y dos horas. Antes, el interés de ellos residía en que se «[asegurara] el sepulcro *hasta* el tercer día» (Mt 27.64; énfasis nuestro).

Cual sea el día que uno elija para la muerte de Jesús, «a partir de los evangelios no se puede recabar una estricta interpretación de la expresión “tres días y tres noches” en el sentido exacto de

²⁸McGarvey y Pendleton, 306. Por ejemplo, vea Génesis 42.17–18; 1° Samuel 30.12–13; 1° Reyes 20.29; 2° Crónicas 10.5, 12. Compare también Hebreos 11.30 con Josué 6.15.

que se refiere a un período de setenta y dos horas».²⁹ Es mejor entender que en Mateo 12.40, Jesús no estaba tratando de «alcanzar precisión matemática en la cronología»,³⁰ sino que sencillamente estaba usando la «sepultura» de Jonás en el vientre del gran pez como figura de Su propia permanencia dentro del sepulcro.

¿Por qué la secuencia de Juan defiere de la secuencia de los sinópticos?

Después de Mateo 12.40, la objeción que más comúnmente se le hace a la idea de que la crucifixión tuvo lugar un viernes, es que cinco pasajes del evangelio de Juan parecen poner los eventos finales de la vida de Cristo dentro de un marco de tiempo que es diferente del que sugieren los evangelios sinópticos. A. T. Robertson presenta un extenso análisis de estos textos, el cual introduce con el siguiente preámbulo: «Un análisis detenido de estos [...] pasajes [...] demostrará que Juan no dice que Jesús comió la cena de la Pascua un día antes de la fecha estipulada, sino todo lo contrario».³¹ El espacio que queda solo permitirá hacer una enumeración de los pasajes que están en duda, y algunas anotaciones breves a cada uno de ellos.³²

En Juan 13.1 se lee: «Antes de la fiesta de la pascua...», mientras que el versículo que sigue comienza con las palabras: «Y cuando cenaban...». Los que no están de acuerdo con que la idea de que la crucifixión tuvo lugar un viernes, alegan que Juan 13.1–2 prueba que la cena que se comió en el aposento alto no podía ser la Pascua. No obstante, cuando el evangelio de Juan se compara

²⁹Foster, 191. Al suponer que la crucifixión tuvo lugar el miércoles, se tiene un período de *más de* setenta y dos horas; al suponer que tuvo lugar el jueves, se tienen *porciones* de tres días y de tres noches, pero no un período completo de setenta y dos horas.

³⁰Ibíd.

³¹Robertson, 281–84.

³²Robertson incluyó un análisis más completo. El enfoque que tomaron Thomas y Gundry fue diferente. Estos dijeron que Cristo murió el viernes, y reconciliaron Juan con los evangelios sinópticos por medio de insinuar que los autores estaban usando métodos diferentes de indicar el tiempo y los días. (Thomas y Gundry, 321–22).

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

con los sinópticos, Juan 13.1 parece referirse al período inmediatamente anterior a la Pascua, mientras que de la cena de la Pascua propiamente dicha se habla al comienzo del versículo 2.

Durante la cena del aposento alto, Jesús le dijo a Judas: «Lo que vas a hacer, hazlo más pronto» (Jn 13.27). Los demás apóstoles pensaron que Jesús le estaba diciendo: «Compra lo que necesitamos para la fiesta» (Jn 13.29). Los que no están de acuerdo con la idea de que la crucifixión tuvo lugar un viernes, dan por sentado que «la fiesta» se refiere a la Pascua y, por lo tanto, Jesús y los apóstoles no podían estar comiendo la Pascua. Esta es una conclusión innecesaria. La fiesta de la Pascua, que duraba solo un día, era seguida de la fiesta de los panes sin levadura, que tenía una semana de duración. Los demás apóstoles pudieron haber creído que Judas iba a preparar para la fiesta posterior

Cuando los dirigentes judíos llevaron a Jesús delante de Pilato, ellos «no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua» (Jn 18.28). Los que no están de acuerdo con la idea de que Jesús resucitó un viernes concluyen que, en vista de que esta aseveración fue hecha después de la cena del aposento alto, tal cena no debió de haber sido la Pascua. Robertson escribió:

A primera vista, esta no parece como una contradicción [...] Sin embargo, la palabra «pascua» se usa en tres sentidos diferentes en el Nuevo Testamento: la cena pascual, el cordero pascual o la fiesta pascual. La palabra se usa ocho veces en Juan, además del uso en este versículo, y en todos los casos, es la fiesta de la Pascua la que se da a entender.³³

En vista de que, según las claras aseveraciones de los autores sinópticos, la cena pascual se había comido la

³³Robertson, 282–83. Los autores sinópticos usaron el término «Pascua» para referirse a la comida pascual, pero lo que nos interesa a nosotros es *cómo* usó Juan la palabra.

noche anterior (Mt 26.17–19; Mr 14.12, 14, 16; Lc 22.8, 11, 13, 15), es evidente que los representantes del Sanedrín estaban pensando en otra cena (o cenas) que se comían en relación con la fiesta de ocho días de duración.

Juan identificó el momento del juicio de Jesús como «la preparación de la pascua» (Jn 19.14). Los que rechazan la idea de que la crucifixión tuvo lugar un viernes, dan por sentado que la frase «la preparación» se refiere al día que se destinaba para preparar para la cena de la Pascua, pero el término lo usaban los judíos para referirse al día para preparar para el día de reposo (vea Mt 27.62; Mr 15.42; Lc 23.54; Jn 19.31, 42). En este pasaje, la palabra «pascua» debe de referirse a la fiesta, no a la cena, tal como en Juan 18.28. En la NIV se lee: «día de la preparación para la semana de la Pascua». En otras palabras, era «el día de la preparación para [el día de reposo que caía durante] la [semana de la] Pascua».

En Juan 19.31 se indica que el día posterior a la muerte de Jesús fue «el día de reposo», pero lo llama «[día] de gran solemnidad». Los que objetan la idea de que la crucifixión tuvo lugar un viernes, concluyen que esto significa que no era un día de reposo corriente (un sétimo día), sino que era uno de los demás días de descanso que se observaban durante la Pascua. Como ya se hizo notar, la cronología de Lucas indica que ese era el día de reposo corriente del sétimo día, y no hay nada en el contexto que indique que fuera de otro modo. El hecho de que este día de reposo cayera durante la fiesta de ocho días, lo hacía «muy especial».

¿Question de fé?

H. I. Hester dijo que «parece lógico, en vista de todas las verdades expresadas, sostener que [Jesús] estuvo en el sepulcro desde finales de la tarde del viernes hasta comienzos de la mañana del domingo. Este punto de vista satisface todos los requerimientos que se hacen en los evangelios.»³⁴ No

³⁴Hester, 224.

obstante, dejemos que todos consideren la evidencia y saquen su propia conclusión y seamos benévolos con los que estén en desacuerdo.

APLICACIÓN
LOS MILAGROS DEL CALVARIO³⁵
(MT 27.45–54; MR 15.33–38;
LC 23.44–46; JN 19.28, 30)

En los alrededores del monte Everest se yerguen algunos de los picos montañosos más majestuosos del mundo; sin embargo, debido a la altura del Everest, la mayoría de nosotros jamás hemos oído de esos montes. La grandeza del Everest ensombrece a los demás. De un modo parecido, muchos milagros extraordinarios se agrupan en torno a la cruz de Jesús, entre ellos: el oscurecimiento del sol, un poderoso terremoto, el partimiento del velo del templo y la apertura de los sepulcros y la resurrección de los muertos santos. No obstante, debido a la preeminencia de la muerte de Cristo, la mayoría de nosotros no estamos familiarizados con estos maravillosos eventos.

A estos fenómenos sobrenaturales se les ha llamado «las colinas al pie del Calvario». Cuando se les entiende como es debido, cada uno de ellos resalta la maravilla del sacrificio de Jesús. William Nicholson se refirió a ellos como «la cadena de señales que se ciñó alrededor de la muerte de Jesucristo y la ató firmemente al único significado de la redención eterna».³⁶ Al analizar estos «milagros del Calvario», es mi oración que el estudio nos ayude a cada uno de nosotros a apreciar más plenamente lo que Jesús hizo por nosotros.

Las tinieblas: un portento divino
(Mt 27.45–46; Mr 15.33; Lc 23.44–45a)

Lo que sucedió

Hágase usted un cuadro mental del escenario del Gólgota.

³⁵La idea para esta aplicación proviene de William R. Nicholson, *The Six Miracles of Calvary (Los seis milagros del Calvario)* (Chicago: Moody Press, 1928).

³⁶Nicholson, 17.

Hubo actividad desde las 9:00 a. m. hasta el mediodía. Jesús estuvo ocupado orando por Sus enemigos, preocupándose por Su madre, salvando a un ladrón y luchando por respirar. Sus enemigos estuvieron ocupados echando suertes sobre Sus ropas, e insultos sobre Su rostro. Otros estuvieron ocupados, como las mujeres que lloraban y el apóstol que se llevó del lugar a la madre de Cristo. Luego, repentinamente, la actividad cesó cuando las tinieblas envolvieron el escenario: «Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y el sol se oscureció» (Lc 23.44–45a; vea Mt 27.45; Mr 15.33).

Hay mucho que no sabemos acerca de estas tinieblas. No podemos estar seguros de cuán completas eran, aunque me imagino que eran tan negras que un hombre no podía verse la mano frente a su rostro. No podemos estar seguros de cuán lejos se extendieron; pudieron haber sido locales, o pudieron haberse extendido más allá de Judea. Escritos primitivos no inspirados, tanto cristianos como no cristianos, indican que el fenómeno era conocido por no creyentes e incluso pudo haber sido consignado en los anales de Roma. «Orígenes y Eusebio cuentan que un historiador Romano llamado Flegon consignó [...] las tinieblas».³⁷ Tertuliano, un apologista cristiano primitivo, se refirió a un registro en los archivos romanos en el cual se mencionaba el evento.³⁸

Podemos saber al menos esto: Las tinieblas no fueron un evento natural. Los escépticos han tratado de explicarlas como un eclipse de sol, pero un eclipse solar en Judea era imposible durante la fiesta de la Pascua. Otros las han desestimado reduciéndolas al nivel de un cielo nublado o una tormenta de arena, pero no es probable que los autores de los evangelios hubieran puesto tal énfasis en un evento común. Hay muchas razones para creer que las tinieblas fueron sobrenaturales, entre las cuales se incluye el tiempo en que aparecieron y el impacto que tuvieron sobre los que estaban alrededor de la cruz. El silencio del texto, en relación con las tres horas, puede ser indicio de que la bulliciosa multitud guardó silencio. Antes de las tres

³⁷Foster, 1282.

³⁸Tertuliano *Apología* 21.20.

horas, la multitud lanzaba insultos; después de las tres horas, los de la multitud se golpeaban el pecho (Lc 23.48).

Lo que significó

Las tinieblas fueron un *portento divino*: una *señal* en el sentido de que Dios no había sido frustrado por los planes de los hombres, sino que estaba haciendo realidad Su propósito eterno. El pueblo había pedido una señal del cielo (Mt 16.1; Mr 8.11; Lc 11.16); recibieron una que no esperaban. Las tinieblas constituyeron una señal de *sufrimiento*: la agonía que Jesús tuvo que sufrir cuando murió por nosotros (1 Co 15.3). Fueron una señal de *lucha*: la batalla culminante entre Cristo y las fuerzas del mal (Gn 3.15; Lc 22.53; He 2.14). Fueron una señal de *separación*: Cuando Jesús pagó el castigo supremo por nuestros pecados, Él fue desamparado por Su Padre (vea Mt 27.46).

Dios corrió un manto de tinieblas sobre el más grande misterio de las edades: cómo un Hombre pudo morir por los pecados de millones. Parece apropiado que el tiempo que abarcó el más grande sufrimiento de Jesús fuera un tiempo de silencio, del mismo modo que nosotros nos quedamos completamente en silencio por nuestra incapacidad para comprender plenamente lo que Él hizo por nosotros.

El terremoto: poder divino
(Mt 27.46, 50–52, 54; Lc 23.46; Jn 19.28, 30)

Cerca del final de las tres horas de tinieblas, Jesús clamó, diciendo: «Elí, Elí, ¿lama sabactani?» (Mt 27.46). En rápida sucesión, tres frases más salieron de Sus labios: «Tengo sed» (Jn 19.28); «Consumado es» (Jn 19.30) y «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23.46). Luego «clamado a gran voz, entregó el espíritu» (Mt 27.50). Cuando hizo lo anterior, ocurrieron varios asombrosos eventos.

Lo que sucedió

Primero fue un terremoto (vea Mt 27.54): la tierra comenzó a temblar (Mt 27.51b). Pocos eventos son tan aterrorizantes como un terremoto, cuando la tierra «firme» deja de ser firme, cuando el suelo «inconmovible» empieza a conmovearse. No sé cuál habría

sido la intensidad que se le hubiera asignado a ese terremoto en la escala de Richter, pero fue tan violento que se partieron las rocas (Mt 27.51c) y se abrieron sepulcros que habían sido tallados en piedra (Mt 27.52a).

Este terremoto no fue causado simplemente por un aumento de la presión debajo de la tierra, la cual habría hecho que una masa rocosa pasara por encima de otra. Es la mano de Dios lo que se observa en lo oportuno que fue este evento y en los efectos que produjo. El terremoto coincidió con la muerte de Jesús (Mt 27.50–51), con el partimiento del velo del templo (Mt 27.51) y con la apertura selectiva de ciertos sepulcros (Mt 27.51–52). El propósito de Dios es evidente también en el efecto que produjo sobre los que lo experimentaron (Mt 27.54).

Lo que significó

El terremoto fue una demostración de *poder divino*. Cuando la ley era dada sobre el monte Sinaí, «todo el monte se estremecía en gran manera» (Ex 19.18). Ahora que Jesús cumplía esa ley, 15 la tierra temblaba otra vez. El terremoto demostraba que el poder de Dios afectaba la naturaleza, pero era señal de algo más que esto. También confirmaba Su poder para conmover el corazón humano: «El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mt 27.54). Al coincidir con la muerte de Cristo, puede que también sea simbolismo del poder de Dios para destruir el pecado.

El partimiento del velo: un propósito divino (Mt 27.51a; Mr 15.37, 38; Lc 23.45b)

Lo que sucedió

Para presenciar el tercer milagro, debemos trasladarnos del Gólgota y dirigirnos hacia el sur, por las puertas de la ciudad, hasta entrar en la zona del templo. En el momento en que Jesús lanzó Su último clamor y el terremoto conmovió la región, sucedió algo sin precedentes dentro del templo: «Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo» (Mt 27.51a; vea

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

Mr 15.38; Lc 23.45b).

Si solo tuviéramos la versión que da Lucas, del partimiento del velo (Lc 23.44–45), podríamos concluir que este evento tuvo lugar en algún momento durante las tres horas de tinieblas. Al comparar el evangelio de Lucas con el de Mateo y el de Marcos, entendemos que tal evento tuvo lugar *al final de* «la hora novena».

Para dar cabida a la trascendencia de este extraño suceso, necesitamos imaginarnos el ambiente y luego el evento en sí. Jesús murió a la hora de la oración de la tarde: la hora novena, esto es, a las 3:00 p. m. (Mt 27.46; vea Hch 3.1). A esa hora, los judíos fieles, tanto hombres como mujeres, se reunían en el atrio de las mujeres para orar. Mientras oraban, un sacerdote entraba en el templo para ofrecer incienso.

Imagínese que usted mismo es el sacerdote que tiene el privilegio de entrar en el Lugar Santo para ofrecer el incienso ese día. Este es un honor que podía ser suyo solo una vez en la vida. Su pulso se acelera cuando entra en el Lugar Santo. Directamente delante de usted se encuentra el pequeño altar del incienso que está frente a la cortina que cubre al Lugar Santísimo.¹ Como lo insinúa su nombre, el Lugar Santísimo es el lugar más sagrado sobre la tierra para usted. (Solo al sumo sacerdote se le permitía entrar en ese santuario y esto solamente una vez al año, durante la fiesta de la expiación; vea He 9.7; Ex 30.10; Lv 16.29–34.)

A medida que se desplaza usted hacia el altar de oro, es inevitable que quede impresionado por el enorme velo que está detrás de él, velo que mide nueve metros por nueve metros. Moisés había recibido instrucciones en el sentido de hacer tal cortina para el tabernáculo:

También harás un velo de azul, púrpura, carmesí y lino torcido; será hecho de obra primorosa, con querubines; y lo pondrás sobre cuatro columnas de madera de acacia cubiertas de oro; sus capiteles de oro, sobre basas de plata. Y pondrás el velo debajo de los corchetes, y meterás allí, del velo adentro, el arca del testimonio; y aquel velo os hará separación entre el lugar santo y el santísimo (Ex 26.31–33).

Cuando Salomón construyó el templo, él pudo haber recibido instrucciones parecidas, pues «hizo también el velo de azul, púrpura, carmesí y lino, e hizo realzar querubines en él» (2º Cr 3.14). Es probable que el velo del templo de Herodes siguiera el mismo modelo. Nicholson describió la apariencia que debió de haber tenido esta gigantesca cortina a un sacerdote que entrara en el Lugar Santo:

Era un tejido elaborado curiosamente. Sobre el trabajo preliminar del «lino torcido» se exponían los colores del azul, el púrpura y el carmesí. Y los tres colores [...] se entretejían en una masa de querubines. Era un biombo [imbuido] de las ideas de vida y poder, y que al mismo tiempo exhibía hermosura y gloria...

¡Qué impresionante debió de haber sido, a la [...] luz de los [candeleros] de oro! Con cuánto temor reverencial debió de llenar la mente, pues estaba colgado allí para ocultar de la vista la gloria mayor que estaba detrás de él. Y por la expresión de vigilancia y autoridad guardianas representadas por los querubines labrados, estaba siempre diciendo en forma callada, pero solemne: «Hasta este punto, pero no más adentro».³⁹

Luego usted aparta sus ojos del velo y se prepara para el deber asignado. Cuando comienza a rociar incienso sobre el fuego del altar, es obligado usted a caer de rodillas cuando el piso del templo empieza a sacudirse debajo de sus pies. En vista de que el terremoto no se limitó al Gólgota (pues se extendió hasta sepulcros cercanos; Mt 27.51–52), y en vista de que el terremoto y el partimiento del velo se relacionan en el texto (Mt 27.51), se da por sentado que la zona del templo habría sido afectada por él. Luego, sucede algo que no tiene precedente: oye usted el ruido de algo que se rompe. Al mirar, unos seis o más metros por encima de su cabeza, ve usted una pequeña rasgadura que ha aparecido en medio de la parte superior del velo. Mientras mira con ojos sorprendidos, la rasgadura continúa en línea recta

³⁹Nicholson, 41.

hacia la parte inferior de la cortina, sin detenerse, hasta que la tela se ha partido en dos pedazos, ¡y quedan expuestas a su vista las misteriosas sombras del Lugar Santísimo! ¡Esto es algo que jamás olvidará usted, algo que les contará a sus nietos!

Los críticos han tratado de dar explicaciones para minimizar este asombroso evento. Esto es lo que dicen: «La cortina se partió por las sacudidas del terremoto», pero esta «explicación» es menos que convincente. Por ejemplo, si el terremoto fue tan fuerte para afectar una cortina suelta y que no era rígida, ¿por qué no dañó el templo? Además, si bien un terremoto puede destruir objetos sólidos, es probable que tendría un efecto mínimo en una pieza de tela. «Oh», dicen los incrédulos, «es probable que la cortina fuera vieja, que estuviera podrida y a punto de deshacerse». Si así era, el velo se hubiera hecho jirones, pero esto no fue lo que sucedió. Antes, «se rasgó por la mitad» (Lc 23.45). Contrario a lo que dicen los críticos, no fueron fuerzas naturales las que dieron como resultado que la cortina se rasgara.

Tampoco fue causada la rasgadura por vandalismo humano. Si (por alguna razón no imaginada) los hombres hubieran decidido romper el velo, uno hubiera asido el velo cerca de la parte inferior por un lado, y el otro lo hubiera asido del otro lado. Cuando tiraran, el velo se hubiera partido *de abajo arriba*. El texto deja claro, no obstante, que «el velo del templo se rasgó en dos, *de arriba abajo*» (Mt 27.51a; énfasis nuestro). La única conclusión es que fue partido por fuerzas invisibles, por la mano del mismo Dios. En vista de que probablemente la forma tan asombrosa como el velo se partió, habría sido conocida a todos los sacerdotes, algunos se preguntan si este fue un factor que llevó a muchos sacerdotes a hacerse cristianos (Hch 6.7).

Lo que significó

¿Qué lección o lecciones hemos de aprender de este singular evento? El partimiento del velo se relaciona directamente con el *propósito divino* de la cruz. Consideremos tres lecciones:

1. La destrucción del velo anunciaba el fin del convenio del antiguo pacto (el Antiguo Testamento). El partimiento de la cortina coincidió con la muerte de Jesús, que inauguró el nuevo pacto (testamento). El autor del libro de Hebreos dijo: «Porque

donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive» (He 9.16–17). La muerte de Jesús anunciaba el fin del antiguo pacto (Col 2.14) y el comienzo del nuevo.

2. Del mismo modo que el camino que llevaba al Lugar Santísimo fue abierto por el partimiento del velo, así también el partimiento de la carne de Jesús anticipó Su regreso al Lugar Santísimo del cielo. El autor del libro de Hebreos trazó un paralelo entre el Lugar Santísimo y el cielo, y entre el velo material y la carne de Jesús. Esto fue lo que escribió: «Así que, hermanos, [tenemos] libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne» (He 10.19–20).

3. Tal vez la lección más impresionante que nos enseña el partimiento del velo es que, por la muerte de Jesús, el camino que lleva a Dios se ha abierto a *todas* las personas. Como se hizo notar anteriormente, el sumo sacerdote era el único al cual se le permitía pasar al otro lado del velo para llegar al Lugar Santísimo del templo. Cuando el velo se quitó, los demás también pudieron asomarse para ver dentro de aquel misterioso recinto y tal vez incluso entrar en él. En el pasaje que acabamos de leer, el autor dejó claro que se ha quitado la barrera que se erigía entre Dios y el hombre. Ahora usted y yo tenemos «libertad para entrar en el Lugar Santísimo [del cielo] por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne». La idea del autor continúa en los versículos que siguen: «... y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero [a Dios], en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia» (He 10.21–22a).

No solo se ha quitado la barrera que había entre Dios y el hombre, sino que el velo partido también quitó la barrera que se erigía entre sacerdotes «especiales» e hijos de Dios «normales y corrientes» (vea 1 P 2.5, 9). También podríamos insinuar incluso que anunció la eliminación de las barreras que separaban a las personas (vea Ef 2.14–16). ¡Tengamos cuidado de no tratar de levantar el «velo» hasta ponerlo en su lugar original!

El levantamiento de muertos: una promesa divina (Mt 27.51b–53)

Lo que sucedió

Llegamos ahora a uno de los milagros que, a pesar de ser de los más insólitos de la Biblia, se describe con gran economía de palabras. Mateo 27 dice que cuando «las rocas se partieron» por el terremoto, «se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos» (vers.^{os} 51b–53). Podríamos considerar esto como la ocurrencia de dos milagros: 1) la apertura de los sepulcros 2) el levantamiento de los muertos. Es probable que los sepulcros se abrieran al final de la tarde del viernes (cuando la tierra tembló), y que los santos no se levantaran sino hasta el domingo por la mañana (tal vez cerca de la misma hora en que Jesús fue resucitado). No obstante, Mateo combinó los dos eventos, y lo mismo haremos nosotros.

Analícemos más detalladamente lo que sucedió: Cuando por causa del terremoto se partieron las rocas, también se resquebrajaron algunos de los sepulcros de piedra que había en los alrededores de la zona del Gólgota. Los arqueólogos confirman que en los alrededores de esa zona hubo varios lugares de sepultura. La apertura de estos sepulcros fue selectiva; esto significa que estos fueron sepulcros de los cuales salieron personas más adelante, y que solo fueron «santos» los que se levantaron. Los «santos» habrían sido santos antiguotestamentarios (vea Sal 34.9)—esto es, los que vivieron y murieron bajo la ley y que habían sido fieles a su Dios. La palabra «santo» significa «apartado». Cuando nos hacemos hijos de Dios, somos apartados para el servicio de Dios.

Cuando por causa del terremoto se abrieron los sepulcros, los cuerpos de los santos habrían quedado expuestos. No obstante, deshacerse de los cadáveres habría implicado tener que tocarlos. Los que tocaran tales cadáveres habrían quedado inmundos según la ley (Nm 19.11). A los que estaban en esta condición no se les permitía participar de la comida especial del día de reposo. Además, al pueblo no se le permitía trabajar en el día de reposo

(Ex 20.8–11). Por lo tanto, es probable que los cadáveres quedaran expuestos a la vista de todos durante el resto del viernes, todo el día sábado y tal vez parte del domingo.

Luego, en algún momento después de la resurrección de Cristo, probablemente casi de inmediato, Dios levantó a estos santos. Salieron de los sepulcros y «vinieron a la santa ciudad [Jerusalén], y aparecieron a muchos» (Mt 27.53). Hay mucho que no sabemos acerca de este incidente. No sabemos quiénes fueron levantados, aunque se insinúa que eran conocidos para los habitantes de Jerusalén. Si la gente no hubiera sabido quiénes eran, es probable que hubieran dado por sentado que se trataba de extraños de fuera de la ciudad. No sabemos a quiénes aparecieron, aunque la manera como Mateo consigna los eventos da a entender que muchos que todavía vivían en Jerusalén, podían dar testimonio de la veracidad de este relato. Ni siquiera tenemos certeza de la naturaleza exacta de la resurrección de ellos. Podemos suponer que, al igual que los que fueron resucitados en el Antiguo Testamento y durante el ministerio de Cristo, ellos habrían de experimentar nuevamente la muerte física. En otras palabras, es probable que la resurrección de ellos no fuera como la de Cristo, que fue resucitado para no volver a morir jamás.

A pesar de todo lo que no sabemos, considere qué trascendental fue esta ocasión. Sin incluir este incidente, se pueden contar con los dedos los que fueron resucitados en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Solo me vienen a la mente tres que fueron resucitados de entre los muertos en el Antiguo Testamento (vea 1° R 17; 2° R 4; 13), tres que lo fueron durante el ministerio de Cristo (Mt 9; Lc 7; Jn 11) y dos durante el ministerio de los apóstoles, según se consigna en Hechos (Hch 9; 20). Pero, en este caso, ¡fue de una sola vez que «muchos [...] santos [...] se levantaron»! ¡Maravilloso!

Lo que significó

En esta vida, jamás conoceremos todos los detalles que nos gustaría conocer acerca de este evento. No obstante, el hecho de que se nos dice que estos santos se levantaron «después de la resurrección de [Jesús]» insinúa que hemos de relacionar la resurrección de Él con la de ellos. La conclusión obvia es que la resurrección de Él posibilitó la de ellos,—del mismo modo

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

que posibilita la de nosotros. Pablo escribió: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho» (1 Co 15.20). Por lo tanto, este milagro anuncia *una promesa divina*: Si somos «santos» de Dios (esto es, cristianos fieles), entonces nosotros, también, ¡seremos levantados a gloria por el poder de Dios en «el día postrero» (Jn 6.40)! Pablo escribió:

No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria [...] Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Co 15.51–57).

¡Qué Promesa!

Conclusión

Al mirar usted la cruz, ¿puede su corazón seguir indiferente? El cielo no se quedó indiferente; se oscureció. Las rocas no se quedaron indiferentes: se partieron. El velo no se quedó indiferente: se partió de arriba abajo. Los sepulcros de algunos santos del antiguo pacto no se quedaron indiferentes: se abrieron. Los santos en sí no se quedaron indiferentes: fueron levantados a vida. Incluso algunos que estaban alrededor de la cruz, y que eran de corazón endurecido, se conmovieron. Cuando los hombres vieron lo que ocurría, ellos clamaron, diciendo: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mt 27.54; vea Mr 15.39; Lc 23.47–48).

La sepultura del cuerpo de Jesús

(Mt 27.55–61; Mr 15.40–47; Lc 23.49–56a; Jn 19.31–42)

Jesús *muerte* —que hace posible nuestra salvación (Ro 5.10)— es una de las tres verdades cardinales del evangelio (1 Co 15.1, 3).

Las otras dos son Su *sepultura* y Su *resurrección* (1 Co 15.4). Esta presentación dará comienzo con detalles finales relacionados con las horas cuando Jesús estuvo en la cruz, se referirá a Su sepultura en un sepulcro nuevo y terminará con escenas que nos abrirán la entrada al evento de Su resurrección. El estudio abarcará, por lo tanto, los siguientes períodos de tiempo: las últimas horas del *viernes*, cuando Cristo murió; el *sábado*, cuando Su cuerpo yació en el sepulcro y el comienzo del *domingo*, cuando Él se levantó de los muertos. Estos tres días son los más importantes de la historia de la humanidad, debido a que lo ocurrido en esos días constituye la esencia de nuestra esperanza.

Su muerte es observada
(Mt 27.55–56; Mr 15.40–41; Lc 23.49)

Mateo 27.55–56

⁵⁵Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole, ⁵⁶entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Marcos 15.40–41

⁴⁰También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, ⁴¹quienes, cuando él estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

Lucas 23.49

⁴⁹Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas.

Durante la crucifixión, vimos cuatro mujeres que «[estaban] junto a la cruz de Jesús»: Su madre; la hermana de Su madre (probablemente Salomé); María, la mujer de Cleofas; y María Magdalena (Mt 27.55–56; vea Mr 15.40–41; Lc 23.49). Cuando Juan sacó del lugar a la madre de Cristo (Jn 19.27), las demás mujeres se fueron a la periferia de la multitud. Estas valiosas mujeres, que

habían servido al Señor en Galilea (Mr 15.41; vea Lc 8.2–3), no lo abandonaron en el momento de Su muerte. Fueron las últimas en retirarse del lugar de Su cruz, y las primeras en llegar a Su sepulcro. Por lo menos dos de ellas fueron testigos de Su muerte (Mt 27.55–56; Mr 15.40–41), de Su sepultura (Mt 27.61; Mr 15.47; Lc 23.55) y de Su resurrección (Mt 28.1–10)

Su muerte es confirmada
(Jn 19.31–37)

³¹Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí. ³²Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él. ³³Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. ³⁴Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. ³⁵Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. ³⁶Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo. ³⁷Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.

Pilato concedió a los judíos su petición y envió órdenes al Calvario. **Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él** (Jn 19.32). Esta horripilante tarea se hacía con un palo o mazo pesado. **Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas** (Jn 19.33).

Los soldados no solamente dieron por sentado que Cristo había muerto. Para *asegurarse* de que estaba muerto, **uno de los soldados le abrió el costado con una lanza** (Jn 19.34a). Este acto no fue un simple aguijonazo en la piel para ver si Jesús se crispaba. La lanza perforó su costado, hasta llegar a la cavidad torácica, dando como resultado una horrible herida en la cual podía caber la mano (Jn 20.25, 27). En vista de que los soldados eran responsables de

determinar si una víctima estaba muerta para poder quitarla de la cruz, es probable que la lanza se abriera paso entre las costillas hasta llegar al corazón. Esto causaba una «herida mortal [que probablemente se] enseñaba a la mayoría de los soldados romanos». «El soldado, que tenía su propia vida en juego, estaba cerciorándose a sí mismo y cerciorando a la guardia de que no quedaba duda alguna de que Jesús estaba muerto».⁴⁰

El hecho de que no se quebraron los huesos de Jesús constituyó el cumplimiento de una profecía antiguotestamentaria (Jn 19.36; Sal 34.20). El hecho de que no se quebraron los huesos de Jesús también fue importante para cumplir las imágenes del cordero pascual. También lo constituyó el hecho de que se traspasó Su costado (Jn 19.37; Zac 12.10).

Cuando se abrió el costado de Cristo, **al instante salió sangre y agua** (Jn 19.34b). En vista de que los cadáveres no sangran, los comentaristas se han esforzado por encontrar una explicación médica para este fenómeno. La explicación más popular es que la salida de estos fluidos corporales es indicio de que Jesús murió a causa de que se le rompió el corazón (sufrió una ruptura; vea Sal 69.20).⁴¹ Un defecto de la mayoría de las explicaciones médicas es que se basan en la suposición de que cuando Jesús murió, Su cuerpo comenzó el proceso natural de descomposición que produce la muerte. No obstante, tanto Pedro como Pablo hicieron hincapié en que la carne de Cristo «[no] vio corrupción» (Hch 2.31; vea 13.37).

Hay autores cristianos primitivos no inspirados que vieron un simbolismo místico en la sangre y el agua. Muchos vieron en la sangre y el agua las ordenanzas de la cena del Señor y el bautismo, que «salieron» de Jesús. Algunos relacionaban Juan 19.34 con un desconcertante pasaje de 1 Juan 5.6, 8. No obstante, no hay indicios de que esta sea la clase de interpretación figurada que se esté proponiendo en Juan 19.34.

Es probable que simplemente debamos aceptar la sangre y el

⁴⁰Edwards, Gabel, y Hosmer, 1460; y Foster, 1286.

⁴¹Esta fue la conclusión a la cual llegó William Stroud en *The Physical Cause of the Death of Christ (La causa física de la muerte de Cristo)* (citado en Foster, 1285–86). En Edwards, Gabel y Hosmer, 1463, se mencionan varias posibilidades médicas.

agua como una parte de la totalidad del misterio relacionado con la muerte de Jesús por nuestros pecados, y dejarlo así. Juan, que aparentemente reconoció que el detalle del agua y la sangre era contrario a la experiencia humana, añadió su testimonio personal acerca de la veracidad del relato (Jn 19.35).

La vívida descripción de Juan contribuye a un propósito: demostrar que Jesús estaba verdaderamente muerto, que no fue que simplemente se desmayó, para ser reanimado más adelante por Sus discípulos. La idea de que Jesús sencillamente se desmayó es una teoría descabada que han propuesto algunos que niegan la resurrección. Por lo general se le conoce como «la teoría del desvanecimiento». Un artículo de una revista médica concluye con las siguientes palabras:

Está claro que el peso de las pruebas históricas y médicas indica que Jesús estaba muerto antes que se le infligiera la herida en su costado [...] Por consiguiente, las interpretaciones que se basan en la suposición de que Jesús no murió en la cruz, parecen estar reñidas con la medicina moderna.⁴²

Jesús murió cerca de las 3:00 p. m. (vea Mt 27.45–50), pocas horas antes de la puesta del sol, que sería el comienzo del día de reposo. Como anticipaban la llegada de un nuevo día, «los judíos [los dirigentes judíos], por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí» (Jn 19.31). Este versículo es extenso; merece algo de explicación:

El día de «la preparación». El día anterior al día de reposo (el sexto día, que equivalía más o menos a nuestro viernes) era día de preparación para el día de reposo (el sétimo día, que equivalía más o menos a nuestro sábado).

«[A] fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo». Esto es lo que la ley decía:

⁴²Edwards, Gabel, y Hosmer, 1463.

Si alguno hubiere cometido algún crimen digno de muerte, y lo hicieris morir, y lo colgareis en un madero, no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad (Dt 21.22–23; vea Jos 8.29; 10.26–27)

Es probable que la expresión «colgar en un madero» de este pasaje, sea una referencia a colgar a alguien del cuello con una cuerda, o a ensartar a alguien en una estaca, pero los judíos también aplicaban el pasaje a los que eran crucificados (vea Gá 3.13). Según Deuteronomio 21, entonces, los que murieron sobre el Gólgota aquel viernes, debían ser sepultados antes de la puesta del sol. Muchos autores también consideran que los judíos tenían una ley o tradición no inspirada, en el sentido de que el día de reposo se contaminaba al dejar los cuerpos sobre las cruces.

«[Pues] *aquel día de reposo era de gran solemnidad*». En el texto original se lee: «Aquel día de reposo era grande». En la NIV se traduce la frase por «día de reposo especial». Todos los días de reposo eran importantes, pero un día de reposo que cayera durante la Pascua era muy especial. También, este día de reposo en particular tenía un significado adicional, porque era el comienzo de la fiesta de los panes sin levadura, de una semana de duración. Como se hizo notar en otro lugar, la fiesta de la Pascua de un día de duración, era seguida de inmediato por la fiesta de los panes sin levadura de siete días de duración. Para los tiempos del Nuevo Testamento, las dos fiestas se habían combinado en una sola y se les conocía como la Pascua y la fiesta de los panes sin levadura.

«[Rogaron] *a Pilato que se les quebrasen las piernas*». Los romanos preferían que la víctima ejecutada sufriera durante días, pero cuando las circunstancias lo exigían, ellos podían apresurar la muerte por medio de quebrarles las piernas. En vista de que los que estaban en las cruces tenían que elevarse para respirar, si sus piernas eran quebradas, pronto morían asfixiados.

«[Y] *fuesen quitados de allí*». Los dirigentes judíos no solo pidieron que los romanos apresuraran la muerte de los que estaban

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

en las cruces, sino que también quisieron que ellos se deshicieran de los cuerpos. Los jefes religiosos evitaban quedar ceremonialmente impuros, que era algo que sucedía cuando tocaban un cuerpo muerto (Nm 19.11). Los romanos tenían sin duda un terreno, donde podían arrojar los cuerpos de los criminales a sepulcros sin identificación. Una vez más, los dirigentes religiosos daban a conocer su hipocresía e inconsecuencia. No habían vacilado en crucificar al «Señor del día de reposo» (Mt 12.8; Mr 2.28), pero ahora les preocupaba no contaminar el día de reposo en sí.

Su cuerpo es sepultado

(Mt 27.57–60; Mr 15.42–46; Lc 23.50–54; Jn 19.38–42)

Mateo 27.57–60

⁵⁷Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. ⁵⁸Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo. ⁵⁹Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, ⁶⁰y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.

Marcos 15.42–46

⁴²Cuando llegó la noche, porque era la preparación, es decir, la víspera del día de reposo, ⁴³José de Arimatea, miembro noble del concilio, que también esperaba el reino de Dios, vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. ⁴⁴Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto; y haciendo venir al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. ⁴⁵E informado por el centurión, dio el cuerpo a José, ⁴⁶el cual compró una sábana, y quitándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña, e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro.

Lucas 23.50–54

⁵⁰Había un varón llamado José, de Arimatea, ciudad de Judea, el cual era miembro del concilio, varón bueno y justo. ⁵¹Este, que también esperaba el reino de Dios, y no había

consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos, ⁵²fue a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. ⁵³Y quitándolo, lo envolvió en una sábana, y lo puso en un sepulcro abierto en una peña, en el cual aún no se había puesto a nadie. ⁵⁴Era día de la preparación, y estaba para comenzar el día de reposo.

Juan 19.38–42

³⁸Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se llevó el cuerpo de Jesús. ³⁹También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. ⁴⁰Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. ⁴¹Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. ⁴²Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

Una vez que los soldados se cercioraron de que las tres víctimas estaban muertas, ellos estuvieron en condiciones de quitarlas de los postes verticales y de llevarse los cuerpos para deshacerse toscamente de ellos. Ese era el destino que esperaba al cuerpo de Jesús, si nadie lo reclamaba. No obstante, algunos lo reclamaron, pero no fue ninguno de Su familia, ninguno de Sus apóstoles, sino un hombre que había sido discípulo secreto **por miedo de los judíos** [los dirigentes judíos] (Jn 19.38). Aunque parezca increíble, ¡era miembro del concilio (Mr 15.43; Lc 23.50) que había sentenciado a Cristo a morir!

Se le conocía como **José de Arimatea** (Mr 15.43; Jn 19.38; see Mt 27.57). Arimatea era una ciudad de Judea (Lc 23.50), tal vez una aldea que estaba al norte de Jerusalén, cerca de los límites con Samaria.⁴³ Mateo describió a José como un **hombre rico** (Mt

⁴³ Alfred Edersheim, *The Life and Times of Jesus the Messiah (La vida y los tiempos de Jesús el Mesías)*, nueva versión revisada (Peabody, Mass.: Hendrikson Publishers, 1993), 898.

27.57). Por medio de él fue que se llegó a cumplir Isaías 53.9: «Y se dispuso con los impíos [los dos ladrones] su sepultura, mas con los ricos [José] fue en su muerte». El carácter de José era el de un hombre bueno que **esperaba el reino de Dios** (Lc 23.50–51; vea Mr 15.43). Había estado esperando al Mesías que establecería Su reino, y había reconocido a Jesús como ese Mesías, el Cristo (Mt 27.57; Jn 19.38).

Lamentablemente, José había carecido de la valentía para proclamar su fe en Jesús. Al ser **miembro noble del concilio** (Mr 15.43), sabía que confesar su fe le costaría el puesto. También le alienaría de la comunidad judía en su totalidad (Jn 9.22). Según Lucas, cuando el sanedrín condenó a Jesús, José **no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos** (Lc 23.51)—pero parece que tampoco había defendido al Señor.

¿Significa esto que José no estuvo presente cuando el concilio votó por la muerte de Jesús? Él pudo haberse ausentado intencionalmente, puede que hubiera tenido otros deberes apremiantes, o puede que no le hubieran informado de la reunión. Pudo haber estado presente pero haberse abstenido de votar. No se nos dice, pero parece obvio que José todavía no había hablado en favor de Jesús.

Cuando se dio cuenta de que el cuerpo de Jesús sería «llevado a alguna incierta y maldita zanja»,⁴⁴ José **entró osadamente a Pilato** (Mr 15.43b). Arriesgándolo todo, pidió que se **le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús** (Jn 19.38b).

Es probable que Pilato se sorprendiera de recibir esta petición de un miembro de la corte suprema judía. También se sorprendió de que Jesús ya estuviera muerto (Mr 15.44a). Cuando el centurión que estaba a cargo le confirmó que Jesús en efecto estaba muerto, Pilato **dio el cuerpo a José** (Mr 15.44b, 45; vea Mt 27.58b; Jn 19.38c).

Cuando José recibió la aprobación de Pilato, estaba acercándose rápidamente la puesta del sol (el comienzo del día de reposo; Mt 27.57a; Mr 15.42; Lc 23.54). José tenía que actuar rápidamente. Mientras él compraba **una sábana** (Mr 15.46), otro

⁴⁴James Stalker, *The Trial and Death of Jesus Christ (El juicio y la muerte de Jesucristo)* (New York: A. C. Armstrong and Son, 1909), 310–11.

miembro del concilio, Nicodemo (vea Jn 7.50), que también era creyente secreto, reunía las especias que se necesitaban (vea Jn 19.39). Con Nicodemo tuvimos un encuentro en Juan 3.1–21; 7.50–52. Es algo irónico el hecho de que estos fueron los que amorosamente sepultaron a Jesús. «Es curioso que aquellos a quienes no les causó temor ser discípulos, estaban atemorizados de pedir el cuerpo de nuestro Señor, mientras que aquel a quien le atemorizaba ser discípulo no le causó temor hacer esto».⁴⁵

Después de quitar los crueles clavos de las manos y los pies de Cristo, José bajó de la cruz el cuerpo. No sabemos si fue que el travesaño se bajó antes de que se quitaran los clavos, o si fue que los clavos se quitaron mientras Jesús todavía estaba en la cruz. De uno u otro modo, en vista de que José era un hombre rico, es probable que tuviera siervos que le ayudaran con esta tarea y con los esfuerzos que siguieron. José luego envolvió el Señor en la sábana (Mt 27.59; Mr 15.46; Lc 23.53a) y **se llevó el cuerpo** (Jn 19.38).

Cerca del Gólgota, **había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno** (Jn 19.41). Se ha insinuado que la razón por la que se recalca el hecho de que «aún no había sido puesto ninguno» en el sepulcro, es eliminar cualquier duda en relación con *quién* fue resucitado. Este era el **sepulcro nuevo** [de José], **que [él] había labrado en la peña** (Mt 27.60). Este habría sido una pequeña bóveda excavada en el costado de una colina cercana. El hecho de que se había «labrado en la peña» indica que solo tenía *una* entrada.

Hay quienes ponen en duda que José hubiera construido un sepulcro «tan lejos de su casa en Arimatea», pero considere estas ideas: 1) El hecho de que José se identificaba por la frase «de Arimatea» no necesariamente significa que él todavía vivía allí. (A Jesús se le identificaba por la frase «de Nazaret» a pesar de que Él ya no vivía en Nazaret.) 2) Puede que hubiera habido algún prestigio relacionado con ser sepultado en Jerusalén.

En vista de que José y Nicodemo no tenían mucho tiempo y debido a que **el sepulcro estaba cerca** (Jn 19.42), ellos decidieron llevar a Jesús allí. Juan 19.42 y 20.13 pueden ser indicio de que el

⁴⁵McGarvey y Pendleton, 734.

propósito que se tenía al usar este sepulcro era que sirviera de lugar de sepultura *temporal*, y señal de que José planeaba trasladar a Jesús a un lugar más apropiado después del día de reposo. Si esto era así, la resurrección de Cristo redujo a la irrelevancia los planes de José. Cuando el cuerpo de Cristo era llevado a ese lugar, dos de las mujeres que estuvieron cerca de la cruz siguieron (Lc 23.55; Mt 27.61).

Los dos hombres del concilio pusieron el cuerpo de Jesús en el sepulcro (Mt 27.60; Mr 15.46; Lc 23.53; Jn 19.42) y comenzó la preparación ritual, la cual llevaron a cabo **según** [era la] **costumbre sepultar entre los judíos** (Jn 19.40b); no sacaron ninguno de los órganos internos del cuerpo, como era la costumbre de algunas culturas (tal como hacían los egipcios).

Según la costumbre judía, primero habrían lavado el cuerpo, quitando sangre seca, suciedad y astillas. Luego el cuerpo fue envuelto **en lienzos con especias aromáticas** (Jn 19.40a). Se arrollaron tiras de tela alrededor del cuerpo hasta que se cubrió la totalidad de este, excepto el rostro (vea Jn 11.44). Luego se frotó la tela con una capa de especias. Esta se siguió con otra capa de tela, luego se puso otra capa de especias, y así sucesivamente.

Nicodemo había traído para este propósito, de setenta a setenta y cinco libras de una mezcla de goma **de mirra** de olor agradable y **áloes** aromáticos en polvo (Jn 19.39). En la Reina-Valera se lee **como cien libras**, pero en el texto griego se lee: «cien *litras*». La mayoría de los expertos en la materia creen que una *litra* equivalía a doce onzas. Si esto era así, cien litras serían cerca de setenta libras. En la NIV se lee: «cerca de setenta y cinco libras». Esta cantidad de especias habría sido costosa, lo cual es indicio de que, al igual que José, Nicodemo era un hombre rico.

La mirra fue uno de los presentes que los magos trajeron a Jesús. También se usaba como fármaco en el vinagre que se daba a las víctimas de la crucifixión. El áloe es una planta que florece y de hojas carnosas. Donde yo vivo, se extrae el jugo de esas hojas y a partir de este se hace un gel que sirve para calmar la comezón de la piel y para tratar quemaduras. En los tiempos neotestamentarios, la planta se secaba y se molía hasta convertirla en un polvo. Vea en Salmos 45.8 un ejemplo del uso de la mirra y de los áloes para proveer una fragancia agradable.

Cuando los dos hombres trabajaron de prisa en el cuerpo de Jesús, ellos quedaron ceremonialmente inmundos (Nm 19.11). Esto los descalificó para participar en el resto de la fiesta de los panes sin levadura, pero es obvio que no era algo que les preocupara en gran manera.

Una vez que José y Nicodemo hicieron todo lo que pudieron en el tiempo que tuvieron, pusieron un pequeño sudario sobre el rostro de Jesús (vea Jn 20.7; 11.44). Luego, cuando se acercaba la oscuridad, José hizo **rodar una gran piedra**—una piedra que era muy grande—**a la entrada del sepulcro [y] se fue** (Mt 27.60b; Mr 16.4).

Qué sucedió a José y a Nicodemo después de la resurrección de Jesús? Era de esperar que estos hombres, que lo habían arriesgado todo al sepultar a Cristo, se hicieran cristianos, declarados defensores de la fe, pero el Nuevo Testamento no lo dice. La gente inventó después muchas fantásticas leyendas acerca de estos dos hombres, pero los relatos no son más que eso: leyendas.

Su sepultura es observada
(Mt 27.61; Mr 15.47; Lc 23.55–56a)

Mateo 27.61

⁶¹Y estaban allí María Magdalena, y la otra María, sentadas delante del sepulcro.

Marcos 15.47

⁴⁷Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían.

Lucas 23.55–56a

⁵⁵Y las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. ^{56a}Y vueltas, prepararon especias aromáticas y ungüentos.

Es probable que los hombres no se dieran cuenta de que habían sido observados. Las dos mujeres que los habían seguido

desde el Gólgota estaban **sentadas delante del sepulcro**, tal vez sobre una colina cercana: María Magdalena y María la madre de Jacobo y de José (Mt 27.61; vea Mr 15.40, 47). Salomé (la madre de Jacobo y de Juan) había estado con estas dos mujeres junto a la cruz (Mr 15.40), pero no fue con ellas al sepulcro. Tal vez había ido a las habitaciones de su hijo, a consolar a la madre de Jesús. Las mujeres habían observado los apresurados esfuerzos de José y de Nicodemo (Lc 23.55), y estuvo claro que no les satisfizo lo que hicieron. Salieron del huerto, volvieron al lugar donde estaban hospedadas en Jerusalén y **prepararon especias aromáticas y ungüentos** (Lc 23.56a). El propósito de ellas era volver al sepulcro, después del día de reposo, a terminar la tarea de ungir el cuerpo del Señor (vea Lc 23.56b; Mr 16.1).

APLICACIÓN: «Y... FUE SEPULTADO»

Las tres verdades cardinales del evangelio son la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo. Jesús anunció frecuentemente Su muerte y resurrección (Mt 16.21; 17.22–23; Lc 18.31–33). También anunció Su sepultura. Se refirió a esta al usar la ilustración de cuando Jonás estuvo «en el vientre del gran pez», diciendo: «... así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches» (Mt 12.40). Habló claramente de Su sepultura cuando fue ungido por María en Betania. En esa ocasión, dijo: «Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura» (Mr 14.8; vea Mt 26.12; Jn 12.7).

La sepultura es a su modo tan importante como las otras dos verdades centrales; con la excepción de que la sepultura de Jesús ha sido eclipsada por el trascendental evento que la precedió (Su muerte) y el conmovedor evento que la sucedió (Su resurrección). ¿Cuál es la trascendencia de la sepultura de Jesús? ¿Qué papel juega en el relato del evangelio? Tomémonos algunos momentos para analizar estas preguntas.

Su sepultura en el pasado

Cuando a Jesús se le declaró muerto, José de Arimatea le pidió permiso a Pilato para llevarse el cuerpo. Ayudado por Nicodemo,

José envolvió el cuerpo de Jesús y lo puso en su propio sepulcro nuevo (Mt 27.59–60; Mr 15.46; Lc 23.50–53; Jn 19.38–40).

La sepultura fue un acto amoroso. El cuerpo de Jesús habría sido arrojado a un sepulcro anónimo preparado para criminales, si José no lo hubiera rescatado

Fue un acto de valentía. José y Nicodemo arriesgaron bastante al reclamar y sepultar el cuerpo de Jesús.

Fue un acto necesario. De conformidad con la ley, Jesús debía ser sepultado antes de la puesta del sol. Más importante que esto, también fue necesario como parte de la demostración de que Jesús estaba verdaderamente muerto y que, por lo tanto, realmente volvió a la vida.

Fue un acto apropiado. Millones de personas han muerto, y sus cuerpos se han puesto en la tierra. Al ser aquel que fue «[hecho] en todo semejante a sus hermanos» (He 2.17), era apropiado que Cristo también fuera puesto «en el corazón de la tierra» (Mt 12.40). También era apropiado que el más grande milagro de todos los tiempos no fuera contemplado por los ojos de los curiosos.

Fue un acto de esperanza. José y Nicodemo no se dieron cuenta de ello, pero la sepultura de Jesús constituyó el segundo paso de un plan de tres pasos. No fue el final; por el contrario, anticipó el comienzo.

Nuestra sepultura en el presente

Al hablar de nuestra sepultura, yo no me refiero a la sepultura que reciben los que mueren físicamente, sino a nuestra sepultura con Cristo en el bautismo. El Nuevo Testamento recalca la relación que hay entre el bautismo y el sacrificio de Cristo (Ro 6.3–4; Col 2.12).

Ha de ser un acto amoroso. Si amamos a Jesús, obedeceremos Su mandamiento en el sentido de ser bautizados (Jn 14.15).

Ha de ser un acto de valentía. La decisión de bautizarse demanda valentía, a veces una gran dosis de esta.

Ha de ser un acto necesario. La Biblia enseña que el bautismo es parte esencial de nuestra obediencia al Señor, y de recibir las bendiciones de la salvación (Mr 16.15–16; Hch 2.38; Gá 3.26–27).

Ha de ser un acto apropiado. Del mismo modo que hemos de llevar la cruz de Jesús (Mt 16.24), también debemos ser «sepultados juntamente con él» (Ro 6.4). También es apropiado

LA ÚLTIMA SEMANA DEL MINISTERIO DE JESÚS:
MUERTE Y ENTIERRO

que nosotros experimentemos una verdadera sepultura en el agua (una inmersión), no un derramamiento superficial de agua sobre la cabeza.

Ha de ser un acto de esperanza. Nuestra sepultura en agua es solamente el segundo paso. El tercer paso es levantarse del sepulcro de agua para andar en vida nueva (Ro 6.4). Si vivimos la vida cristiana, entonces tenemos la emocionante expectativa de que la sepultura de nuestro cuerpo en la tierra no será el fin. Algún día, ¡nosotros también, seremos levantados de los muertos (1 Co 15.20, 23)!

**SÁBADO: UN DÍA DESPUÉS
DE LA MUERTE DE JESÚS
(MT 27.62–66; LC 23.56b)**

Sus discípulos: asustados (Lc 23.56b; vea Jn 20.19a)

^{56b}**Y descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento.**

En el día de reposo, las mujeres descansaron **conforme al mandamiento** (Lk. 23:56b). Para los seguidores de Cristo en su totalidad, fue un día de desesperanza, el cual pasaron «tristes y llorando» (Mr 16.10) tras puertas cerradas «por miedo de los judíos» (Jn 20.19). Las esperanzas de ellos habían sido «sepultadas con el cuerpo de Jesús, en el sepulcro de José». ⁴⁶ «La de ellos era una doble tristeza. Les afligía el trágico rechazo y la muerte del mejor amigo de ellos a quien en verdad amaban. Pero más que la aflicción, les desconcertaba todo lo sucedido, la fe de ellos había sido eclipsada». ⁴⁷ Como Cristo lo había anunciado, estaban como ovejas sin pastor (Mt 26.31; Mr 14.27).

Sus enemigos: inquietos (Mt 27.62–66)

⁶²**Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato,**

⁴⁶Dean, 30.

⁴⁷Hester, 223.

⁶³diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. ⁶⁴Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero. ⁶⁵Y Pilato les dijo: Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis. ⁶⁶Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

Puede que los discípulos de Jesús no hubieran hecho nada en el día de reposo, pero no así Sus enemigos. **Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato** (Mt 27.62). Digamos lo que digamos de él, Pilato procuraba estar disponible para sus súbditos a todas horas: Primero se reunió con los dirigentes judíos temprano por la mañana (Mr 15.1), tuvo audiencias con ellos todo el día (Jn 19.21, 31; vea Mr 15.43) y ahora se reunía con ellos después de la puesta del sol. Es probable que esta reunión tuviera lugar justo después de la puesta del sol, al comienzo del día de reposo. Es poco probable que los miembros del concilio hubieran permitido que el sepulcro de Jesús se hubiera quedado sin guardia una sola noche.

Los dirigentes judíos le dijeron a Pilato: **Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré** (Mt 27.63). Lo que dijeron fue sorprendente. Jesús había dicho *claramente* a Sus discípulos que Él sería levantado de los muertos (Mt 16.21; 17.22–23; Lc 18.31–33), pero no entendieron (Mr 9.9–10). Por otro lado, había hablado en términos *encubiertos* al público en general (incluidos Sus enemigos) en cuanto a Su resurrección (Mt 12.39–40; 16.4; Jn 2.19–21; 10.17–18), ¡y los dirigentes judíos sí habían captado el mensaje! Aunque no creían en las palabras de Jesús, por lo menos entendían que Él había enseñado que «después de tres días» resucitaría.

Ellos, por lo tanto, hicieron esta petición al gobernador: **Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero** (Mt 27.64). En vista de que los miembros del

concilio no titubeaban en usar métodos engañosos cuando les convenía (Mt 26.59), ellos supusieron que los discípulos de Jesús harían lo mismo si se les daba la oportunidad. (La mayoría de nosotros suponemos que los demás piensan y sienten lo mismo que nosotros.)

Pilato respondió: **Ahí tenéis una guardia** (Mt. 27:65a). Hay quienes insinúan que el gobernador estaba diciendo: «Ya ustedes tienen su guardia del templo; usen esa». No obstante, lo que sigue indica que Pilato estuvo de acuerdo en ayudarles y les suplió una guardia *romana*. Después de la resurrección, cuando los principales sacerdotes sobornaron a los soldados para que mintieran acerca de lo sucedido (Mt 28.11–13), ellos les dijeron que si el asunto «lo [oía] el gobernador», ellos los pondrían «a salvo» (Mt 28.14). Los soldados Romanos pudieron haber tenido problemas con el gobernador debido a la situación, pero no así los de la guardia judía.⁴⁸ Habiendo dicho esto, les dijo: **Id, aseguradlo como sabéis** (Mt 27.65b).

Los sacerdotes **fueron y aseguraron el sepulcro** (Mt 27.66a), esto es, hicieron todo lo que estuvo al alcance de ellos para asegurarlo. En primer lugar, no hay duda de que se aseguraron de que el cuerpo de Jesús estaba en efecto en el sepulcro. Luego hicieron rodar la piedra a su posición original, **sellando** esta (Mt 27.66c). Pudieron haberla sellado con cera de sellar o con arcilla, la cual habrían puesto en el contorno de la piedra, o tal vez tendieron una cuerda de un lado al otro de la piedra, y la estiraron de modo que sujetara esta contra la entrada. El propósito del sello era impedir que alguien tratara de forzar la entrada; el castigo para quien lo rompiera era la muerte.⁴⁹ Por último, los guardas Romanos asumieron sus puestos alrededor del sepulcro (Mt 27.66b). Una vez hecho esto, los dirigentes pudieron irse y se fueron seguros de que en tres días estarían en condiciones de exhibir el cadáver de Jesús, asestando de esta manera un golpe final a lo que consideraban un «movimiento por Cristo, que era molesto, pero de corta duración».

⁴⁸Foster, 1310.

⁴⁹Richard Rogers, *The Life of Christ and His Teaching (La vida de Cristo y Sus enseñanzas)* (Lubbock, Tex.: Sunset International Bible Institute External Studies Department, 1995), 101.

No se nos dice cuántos guardas fueron asignados a este destacamento. Sabemos que no fue solo uno (Mt 28.4); sabemos incluso que hubo más de dos (Mt 28.11). Fueron cuatro los que se asignaron al destacamento de crucifixión (Jn 19.23); tal vez esta fue la cantidad que se asignó a esta tarea. Es incluso posible, en vista de que esta guardia había de durar varios días, que fueran cuatro grupos de cuatro soldados los que se turnaran la responsabilidad, como se hizo en el caso de Pedro cuando este estuvo custodiado (Hch 12.4).

El día Sábado llegó a su fin. Los seguidores de Jesús estaban de luto, los enemigos de Jesús estaban celebrando, y los soldados de Pilato estaban en guardia. La escena está lista para el más asombroso de todos los eventos: La resurrección de nuestro Señor!

PARTE VIII

RESURRECCIÓN, APARICIONES Y ASENCIÓN DE JESÚS

Incluye una armonía de

Mt 28.1–20

Mr 16.1–20

Lc 24.1–53

Jn 20.1—21.25

DOMINGO: EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

(MT 28.1–8; MR 16.1–8; LC 24.1–12; JN 20.1–10)

El día de reposo terminó con un suspiro; el primer día de la semana comenzó con un cántico. Sin embargo, pasó algún tiempo para que los discípulos salieran de la desesperación y entraran en el deleite. Como veremos, a los discípulos de Jesús les costó aceptar el hecho de que Él en verdad había resucitado de entre los muertos.

Ninguno «de los autores del evangelio describe la resurrección en sí, que fue el más grande de todos los milagros... Se corrió la cortina que ocultó de la vista aquella sagradísima escena».¹ Sencillamente leemos que Jesús se levantó «por la mañana, el primer día de la semana» (Mr 16.9). Está implícito en el texto que la resurrección tuvo lugar antes del amanecer (Jn 20.1). Cristo se levantó en algún momento entre el comienzo del primer día (a la puesta del sol) y el amanecer de la mañana siguiente.

Muchos autores creen que la secuencia de Mateo 28.1–8 indica que el ángel quitó la piedra mientras las mujeres se dirigían hacia el sepulcro, y que Jesús había sido resucitado poco antes de que el sepulcro se abriera. Si esta conclusión es correcta, entonces la resurrección ocurrió poco antes del amanecer del primer día.

Cuando Jesús murió, Su espíritu fue al mundo del Hades (Lc 23.43; Hch 2.27, 31) y Su cuerpo fue puesto en un sepulcro. En algún momento durante la noche, Su cuerpo se transformó, y Su espíritu volvió. «Aquel espíritu que encomendó confiadamente al Padre a las 3:00 p. m. del viernes..., volvió a entrar en Su cuerpo

¹John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Armonía de los evangelios para laicos)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 342.

muerto y lo reanimó». ² Él «resucitó de los muertos» (Hch 10.41). La mayoría de las referencias a la resurrección dicen que Jesús fue resucitado (en la voz pasiva), al hacer énfasis en que Dios lo levantó. No obstante, Jesús también dio a entender que Él tendría un papel activo, no pasivo, en Su propia resurrección (Jn 10.17–18). Pablo parece haber dado a entender que la presencia del Espíritu Santo fue un factor que actuó en la resurrección (Ro 8.11; 1.4). Se despojó de los lienzos del sepulcro, para no morir más (Ro 6.9).

Peter Marshall usó imágenes poéticas para describir lo indescriptible:

... de repente, en cierto momento entre la puesta del sol
y el amanecer,
en aquel sepulcro nuevo que había pertenecido a
José de Arimatea, hubo un revoloteo de fuerzas
invisibles...
un susurro como el del aliento de Dios que se paseaba
en el huerto.
En el cuerpo muerto que habían puesto sobre la fría
losa de piedra, se volvió a soplar vida poderosa e
inconmensurable;
Y el hombre muerto se levantó, salió de las ropas del
sepulcro, atravesó el umbral de este, se balanceó un
momento sobre Sus pies heridos,
y salió andando a la superficie cubierta de rocío del huerto
y estaba para siempre vivo.³

En algún momento posterior a la resurrección, cuando todavía era de noche (Mt 28.1; Jn 20.1), «hubo un gran terremoto» y «[descendió del cielo] un ángel del Señor [que] removió la piedra [frente al sepulcro], y se sentó sobre ella» (Mt 28.2). No fue para dejar salir a Jesús que él removió la piedra del sepulcro —ya Jesús se había ido— sino para que los demás vieran que el

²Robert Duncan Culver, *The Life of Christ (La vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 267.

³Peter Marshall, *The First Easter (La primera Pascua)*, ed. Catherine Marshall (New York: McGraw-Hill Co., 1959), 128–29.

sepulcro estaba vacío. Tal vez el ángel se sentó sobre la piedra para cerciorarse de que nadie cerrara el sepulcro otra vez.

La apariencia del ángel era como «relámpago, y su vestido blanco como la nieve» (Mt 28.3). Cuando los guardas lo vieron, ellos «temblaron y se quedaron como muertos» (Mt 28.4). Los paralizó el temor. Cuando se recuperaron, es probable que salieran del huerto como una exhalación, con el fin de alejarse todo lo que pudieran del visitante celestial. De todos modos, no tenía sentido alguno guardar un sepulcro vacío.

Las mujeres y el sepulcro vacío
(Mt 28.1–8; Mr 16.1–8; Lc 24.1–11;
vea Lc 24.22–24; Jn 20.1)

Mateo 28.1–8

¹Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro. ²Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. ³Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. ⁴Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos. ⁵Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. ⁶No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. ⁷E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho. ⁸Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos.

Marcos 16.1–8

¹Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle. ²Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. ³Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?

⁴Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. ⁵Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. ⁶Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. ⁷Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. ⁸Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo.

Lucas 24.1–11

¹El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas. ²Y hallaron removida la piedra del sepulcro; ³y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. ⁴Aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes; ⁵y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? ⁶No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea, ⁷diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día. ⁸Entonces ellas se acordaron de sus palabras, ⁹y volviendo del sepulcro, dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás. ¹⁰Eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles. ¹¹Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían.

Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, se dirigieron al sepulcro María Magdalena y María la madre de José y de Jacobo (Mt 28:1), las dos que habían observado los esfuerzos de José y de Nicodemo para sepultar a Jesús. Con ellas estaban Salomé y Juana, y puede que hubieran estado otras mujeres. Juana era una de las mujeres que habían servido a Jesús en Galilea (Lc 8.3). Estas trajeron especias para terminar de ungir

el cuerpo de Jesús (Mr 16.1; Lc 24.10)

Cuando estuvieron cerca del huerto, se preguntaron: **¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?** (Mr 16.3). Fue una preocupación innecesaria. Al llegar **hallaron removida la piedra del sepulcro** (Lc 24.2; vea Jn 20.1). Entraron en el sepulcro y se llenaron de perplejidad al no hallar el cuerpo de Jesús donde debía de estar (Lc 24.3–4). Habrían visto los lienzos (Jn 20.5), pero no el cuerpo.

Luego, inesperadamente, **se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes** (Lc 24.4). Como a menudo sucede con los evangelios, uno de ellos habla de *dos* «varones» (Lc 24.4), mientras que el otro habla solamente de *uno* (Mr 16.5; Mt 28.5). Parece que el señalado como *uno* sirvió de vocero de los dos. Cuando las mujeres los vieron, ellas «tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra» (Lc 24.5a). Uno de los «varones» era el ángel que había removido la piedra (Mt 28.2, 5). Este les dijo:

No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado (Mt 28.5).

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lc 24.5b).

No está aquí, pues ha resucitado, como dijo (Mt 28.6a).

... Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día (Lc 24.6–7).

Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. ⁷E id pronto y decid a sus discípulos [y a Pedro] que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho (Mt 28.6b, 7; vea Mr 16.7).

Luego las mujeres recordaron la promesa de Jesús (Lc 24.8) y **saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo**

a dar las nuevas a sus discípulos (Mt 28.8). En el camino, ellas [no] decían nada a nadie (Mr 16.8), pero cuando llegaron al lugar donde los apóstoles estaban alojados, ellos dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás (Lc 24.9; vea vers. 22–23).

No es difícil imaginarse la emoción que acompañaba a las voces de las mujeres, cuando estas hablaban de los mensajeros celestiales y del mensaje de esperanza. Tristemente, a los apóstoles les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían (Lc 24.10–11). Eran necesarias más pruebas para que se convencieran, pero no pasaría mucho tiempo para que estas se les presentaran.

Cleofas, que aparentemente estaba presente cuando las mujeres informaron a los discípulos (Lc 24.22–23), dijo: «Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron» (Lc 24.24). Esto podría significar que algunos de los que recibieron el informe de las mujeres, salieron y fueron al sepulcro, pero es probable que solamente sea el resumen que hace Lucas de la visita que hicieron Pedro y Juan al sepulcro vacío (Jn 20.1–10).

Los apóstoles «no [...] creían» el informe de las mujeres (Lc 24.11). En el momento de la muerte de Jesús, *nadie* creía que Él resucitaría de entre los muertos. Los que le sepultaron no creían. Los discípulos que estaban tras puertas cerradas no creían. Las mujeres que vinieron a unguir Su cuerpo no creían. Ciertamente, Sus enemigos no creían. H. I. Hester escribió: «La primera gran tarea del Señor resucitado consistió en convencer a Sus propios discípulos de que Él estaba vivo otra vez».⁴

Dos apóstoles y el sepulcro vacío (Lc 24.12; Jn 20.1–10; vea Lc 24.24)

Lucas 24.12

¹²Pero levantándose Pedro, corrió al sepulcro; y cuando miró dentro, vio los lienzos solos, y se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido.

⁴H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (El corazón del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 225.

Juan 20.1–10

¹El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. ²Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. ³Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. ⁴Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. ⁵Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. ⁶Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, ⁷y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. ⁸Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó. ⁹Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos. ¹⁰Y volvieron los discípulos a los suyos.

Entre las mujeres que fueron al sepulcro al amanecer del primer día de la semana se encontraba María Magdalena (Mt 28.1; Mr 16.1; Jn 20.1). En algún momento, esta se separó de las demás mujeres. Ella pudo haber alcanzado el sepulcro antes que ellas, y haberse ido antes que ellas llegaran. En vista de que en Juan 20.1 se lee que María **fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro**, y en Marcos 16.2 se lee que las mujeres «vinieron al sepulcro *ya salido el sol*» (énfasis nuestro), hay quienes creen que María se apresuró a ir adelante y llegó al sepulcro antes que las demás. Otros creen que todas las mujeres *comenzaron* la marcha hacia el sepulcro «siendo aún oscuro» y *llegaron* poco «ya salido el sol». El detalle carece de importancia. Si ella estuvo presente cuando las demás llegaron al sepulcro, tal vez las hizo quedarse mientras fue corriendo a buscar ayuda.

De todos modos, cuando ella llegó al sitio del sepulcro, **vio quitada la piedra** (Jn 20.1). Imaginando lo peor, sin hacer una pausa para mirar dentro del sepulcro, corrió a buscar a Pedro y a Juan (Jn 20.2a). Ella les dijo: **Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto** (Jn 20.2b).

Una vez más, suponemos que Juan se refería a sí mismo como:

el **discípulo, aquel al que amaba Jesús** (Jn 20.2). Es posible —pero poco probable— que María Magdalena se encontrara con los dos hombres cuando estos se dirigían al sepulcro. Es probable que ella fuera al lugar, o a los lugares, donde Pedro y Juan estaban alojados en Jerusalén (vea Jn 20.10). Si esto fue así, Pedro no debió de haberse hospedado donde estaban los demás apóstoles (vea Lc 24.12). Después de negar a Jesús, tal vez Pedro no estaba preparado para dar la cara a los demás apóstoles.

Alarmados, Pedro y Juan se dirigieron de prisa al huerto (Jn 20.3–4a; Lc 24.12a). Juan, que tal vez era más joven, **corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro** (Jn 20.4b; vea 20.8a). Obviamente, los dos hombres llegaron después que las mujeres habían salido (vea Mt 28.8; Lc 24.9).

Juan se bajó y miró dentro del sepulcro (Jn 20.5a). Él **vio los lienzos puestos allí** donde el cuerpo de Jesús había estado, pero, como el hombre cauteloso que era, **no entró** (Jn 20.5b). Pedro llegó tras él (Jn 20.6a) y, con su acostumbrada impetuosidad, entró en el sepulcro. Él **vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte** (Jn 20.6b, 7; vea Lc 24.12b).

Animado por la valentía de Pedro, Juan siguió a este dentro del sepulcro, y cuando vio los lienzos, él **creyó** (Jn 20.8). ¿Qué tenían aquellos cúmulos de lienzos dentro de un sepulcro, que producía fe? Por un lado, si hubieran sido *amigos* los que hubieran trasladado el cuerpo de Jesús para sepultarlo en otro sitio, estos no le hubieran quitado los lienzos sepulcrales. Por otro lado, si hubieran sido *ladrones de tumbas* los que hubieran robado el cuerpo, estos no se hubieran tomado el tiempo para quitar las tiras. Ciertamente, jamás hubieran hecho una pausa para doblar nítidamente los lienzos o para enrollar el sudario en un lugar aparte. La única explicación lógica para el estado de las vestiduras sepulcrales era que así las había dejado Cristo por decisión de Él. ¡Él debía de estar vivo!

Muchos autores también insinúan que *la forma* como se encontraban los lienzos constituyó un factor de la fe de Juan. Si Jesús «atravesó» las capas de lienzo y de especias, del mismo modo que más adelante «atravesó» puertas cerradas, entonces las vestiduras sepulcrales debieron de haber estado puestas allí:

... como la caparazón arrugada y agrietada de un capullo, que ha quedado atrás cuando la mariposa ha emergido y ha izado sus brillantes velas al sol [...] o, más exactamente, como un guante, del cual se ha sacado la mano, y cuyos dedos todavía retienen la forma de la mano.⁵

No obstante, la fe de Juan todavía era tentativa e incompleta a estas alturas. Podríamos trazar un paralelo con el padre que clamó, diciendo: «Creo; ayuda mi incredulidad» (Mr 9.24). Años más adelante, Juan escribiría que él y Pedro **aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos** (Jn 20.9). Cuando los dos salieron **a los suyos** (Jn 20.10), Juan iba creyendo hasta cierto punto (Jn 20.8), mientras que Pedro iba **maravillándose de lo que había sucedido** (Lc 24.12c). Más adelante ese día, es probable que Pedro y Jn hubieran comunicado a los demás discípulos lo que habían visto (vea Lc 24.24). No obstante, no comprendían que esto era un cumplimiento del anuncio hecho por el Señor en el sentido de que Él se volvería a levantar.

Algunos autores insisten en que los apóstoles *comenzaron* a creer en la resurrección y que luego *más adelante* comprendieron lo que Jesús quiso dar a entender cuando dijo que se levantaría otra vez. Estos autores afirman que no fue que la *expectación* hiciera que los apóstoles *imaginaran* haber visto al Señor resucitado.

PARA ESTUDIO ADICIONAL: EL CUERPO DE JESÚS RESUCITADO

Son muchos los misterios que rodean la resurrección. Uno de los menos importantes tiene que ver con la naturaleza del cuerpo de Jesús resucitado.

En primer lugar, debemos entender que, en efecto, se trataba de *un cuerpo*. Los apóstoles deseaban que todo el mundo supiera que el Señor resucitado no era un producto de la imaginación de ellos. No fue que tuvieron un sueño ni que vieron una visión. Tampoco fue que vieron un espíritu o fantasma. Después de Su

⁵Peter Marshall, *Mr. Jones, Meet the Master (Sr. Jones, conozca al Maestro)* (New York: Fleming H. Revell Co., 1950), 110.

resurrección, Jesús tenía un cuerpo que podía verse (Jn 20.14, 20; Hch 10.40). El Suyo era un cuerpo de «carne [y] hueso» (Lc 24.39). Era un cuerpo que caminaba sobre la tierra (Lc 24.15) y que podía palpase (Mt 28.9; Lc 24.39). También era un cuerpo que podía hablar (Lc 24.17) y que podía consumir alimentos (Lc 24.41–43; Hch 10.41). Por último, Su cuerpo era tal que conservó las heridas que le infligieron durante el suplicio de la cruz (Jn 20.20, 25, 27).

Al mismo tiempo, el Suyo era un cuerpo *fuera de lo normal*. Cuando los apóstoles se ocultaban tras puertas cerradas, bajo llave, Jesús se puso repentinamente «en medio» de ellos (Jn 20.19, 26). Esto significa que Su cuerpo podía atravesar la madera sólida. Hay quienes creen que Jesús sencillamente llamó a la puerta, y que alguien le dejó entrar. Tal manera tan rutinaria de entrar difícilmente hubiera producido la reacción que se menciona en Lucas 24.36–37. Homer Hailey escribió:

La palabra *cerradas* [de Jn 20.19, 26] proviene de *kleio*, que significa «cerrar con llave, atrancar, asegurar» (Arndt y Gingrich⁶). El uso normal de la palabra en el Nuevo Testamento indica la idea de algo cerrado y que no se puede abrir, por lo tanto está cerrado con llave o atrancado (vea Mt 25.10; Lc 11.7; Hch 21.30; Ap 3.7–8; 20.3; 21.25). Según indica el relato, Jesús se apareció repentinamente en el aposento, aunque sin haber entrado por alguna de las puertas.⁷

En el momento que Cleofas y su amigo reconocieron a Jesús, Este «se desapareció de su vista» (Lc 24.31). John F. Carter escribió: «Después de Su resurrección, el cuerpo de Jesús poseía propiedades y ejercía poderes que no tenía ni ejercía antes de

⁶La referencia que hace Hailey es a Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (*Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y otra literatura cristiana primitiva*), 2ª ed., rev. William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich (Chicago: University of Chicago Press, 1957). 434.

⁷Homer Hailey, *That You May Believe: Studies in the Gospel of John* (*Para que creáis: Estudios del evangelio de Jn*) (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1973), 145.

Su muerte»⁸. Además de los ejemplos dados, Carter incluyó «la forma como Él aparecía a individuos o a grupos por intervalos cortos, y se mantenía invisible, tal vez durante días, antes de volvérselo a aparecer a alguien más».⁹

También es posible que el cuerpo de Jesús fuera algo diferente en apariencia, o que pudiera cambiar la apariencia según convenía a Sus propósitos. Según Marcos 16.12, Él «se apareció en otra forma» a los dos hombres que iban por el camino a Emaús. En algunas traducciones se lee: «en forma diferente» (NASB). En la New Century Version dice que «no parecía igual que antes». En la New Living Translation se lee que «había cambiado Su apariencia». De todos modos, algunos que habían conocido a Jesús antes de Su muerte, no lo reconocieron inmediatamente después de Su resurrección (Lc 24.16; Jn 20.14).

Carter concluyó que «en ella [en la resurrección de Cristo], Él no estaba sujeto a las limitaciones que caracterizan a los hombres y a las mujeres en esta vida; limitaciones que, de hecho, lo caracterizaron a Él antes de Su muerte».¹⁰ Robert Culver escribió que «Su cuerpo se transformó en un cuerpo *escatológico*,¹¹ esto es, glorificado».¹² Puede que la terminología de Culver provenga de Filipenses 3.21, que habla del «cuerpo de la gloria suya». Carter estaba convencido de que «las nuevas propiedades y poderes [del cuerpo resucitado de Cristo] constituyen sin duda las marcas de lo que Pablo llamaba cuerpo espiritual (1 Co 15.44)».¹³

Puede que exista una estrecha relación entre el cuerpo de Jesús resucitado y el cuerpo espiritual que tendremos nosotros después de nuestra resurrección. He aquí un breve resumen de las enseñanzas de Pablo sobre el cuerpo espiritual: Cuando seamos resucitados de entre los muertos, no seremos espíritus

⁸Carter, 341

⁹Ibíd.

¹⁰Ibíd.

¹¹«Escatología» es el estudio (*logos*) de lo postrero (*eschatos*), esto es, el estudio del fin del mundo, el Juicio, el cielo y el infierno y asuntos por el estilo. El final de la palabra «escatológico» significa «relacionado con». Un cuerpo «escatológico» es la clase de cuerpo que recibiremos «en el día postrero», cuando Cristo vuelva.

¹²Culver, 267.

¹³Carter, 341.

incorpóreos, sino que tendremos un nuevo cuerpo (vea 2 Co 4.16—5.4). No sé qué diferencia habrá entre un espíritu y un cuerpo espiritual, pero aparentemente nuestro espíritu necesita ser «vestido» de un cuerpo que funcione plenamente y cumpla así su destino eterno. Pablo describió el cuerpo resucitado en 1^{era} Corintios 15 (vea vers.º 35). El nuevo cuerpo «espiritual» va a estar de algún modo relacionado con el antiguo cuerpo «natural» (vers.ºs 38–41). Haciendo uso de la analogía de sembrar semilla, Pablo escribió

Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual (1 Co 42–44).

Cuando Cristo vuelva, nuestros cuerpos serán «transformados», sea que estemos muertos o todavía vivos (vers.ºs 51–54). En ese momento será cuando usted y yo recibiremos *nuestro* cuerpo resucitado.

Pueden trazarse paralelos entre el cuerpo espiritual que recibiremos nosotros y el cuerpo de Jesús resucitado, pero una aparente diferencia debe hacerse notar. Jesús recalcó que Su cuerpo resucitado tenía «carne [y] huesos» (Lc 24.39), mientras que Pablo escribió que «la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (esto es, entrar en el cielo) (1 Co 15.50). Tal vez Jesús usó las palabras «carne [y] huesos» en un sentido conveniente para dar a entender sencillamente «cuerpo». Lucas 24.39, en la paráfrasis de la Living Bible, dice: «¡Tóquenme y comprueben que no soy un fantasma! ¡Pues los fantasmas no tienen cuerpo, como el que ustedes ven que yo tengo!» Otra posibilidad es que el cuerpo que usó Cristo durante los cuarenta días fue una versión *adaptada* de su cuerpo final glorificado, adaptada de modo que pudiera relacionarse con Sus discípulos sobre la tierra mientras los preparaba para Su ascensión a los cielos. En ese caso, los cambios finales y completos de Su cuerpo glorificado, debieron de haber tenido lugar cuando ascendía a Su Padre.

Habiendo dicho lo anterior, ¿qué podemos *saber* acerca del cuerpo de Jesús resucitado? Sabemos que era un cuerpo *fuera de lo normal*, pero que era un cuerpo *propiamente dicho*. Sabemos por la fe que Él *verdaderamente* fue levantado de los muertos. Eso es lo que importa.

APLICACIÓN: LO QUE LA RESURRECCIÓN DECLARA

La muerte, sepultura y resurrección de Jesús constituyen la esencia de nuestra fe y de nuestra relación con Dios (1 Co 15.1–4). El primer día de cada semana, cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor, nosotros conmemoramos la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Por ahora, centraremos nuestros pensamientos en el tercer elemento de esta tríada, esto es, la resurrección. Queremos responder preguntas como ¿cuál es el significado de la resurrección? y ¿qué declara este gran evento? He aquí algunos de sus mensajes básicos.

Jesús es el Hijo de Dios

En primer lugar, la resurrección declara la deidad de Jesús. En Romanos 1.4 Pablo se refirió a Él diciendo: «nuestro Señor Jesucristo [...] fue declarado Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos». La resurrección prueba que Jesús es el Hijo de Dios.

Entre las primeras personas que visitaron el sepulcro la mañana de la resurrección se encontraban las mujeres que vinieron a terminar de ungir el cuerpo de Cristo. María Magdalena, según parece, dejó a las demás y se encontró con Pedro y Juan. Al oír los temores de María, los dos apóstoles corrieron aprisa al sepulcro para investigar. Juan dice que cuando él miró dentro de este, creyó. Cuando entró en el huerto con Pedro, no sabía qué creer. Luego vio lo que había en el sepulcro. He aquí el relato de Juan:

Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el

otro discípulo [esto, Juan] que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó (Jn 20.6–8).

¿Qué vio Juan que produjo fe en él? Él vio «los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, [...] enrollado en un lugar aparte». Si el cuerpo de Jesús se lo hubieran llevado hombres actuando con rapidez, ellos no se hubieran tomado el tiempo para quitar los lienzos ni para poner aparte el sudario enrollándolo con nitidez. Lo que Jn vio no era el resultado de los esfuerzos de seres humanos, sino de la intervención divina. Era consecuente con la resurrección que Jesús había anunciado a menudo (Mt 16.21; 17.23; 20.19; Mr 8.31; 9.31; 10.34; Lc 9.22; Jn 2.19).

Si usted y yo nos tomamos el tiempo para examinar las pruebas con detenimiento, en nosotros se producirá la fe, del mismo modo que en Juan. Son abundantes las razones para creer que Jesús fue levantado de los muertos. Por ejemplo, tenemos el testimonio de cientos de testigos confiables que lo vieron vivo después de Su resurrección (1 Co 15.4–8).

Una prueba la constituye la transformación que tuvo lugar en los discípulos de Jesús. A nadie le hubiera impresionado la conducta exhibida por los seguidores de Cristo durante el arresto y los juicios que sufrió Este. Fueron de todo, menos valientes. Se comportaron ya sea huyendo por miedo a perder la vida o tratando de mantenerse lejos del peligro. Pedro incluso negó que conocía a Jesús. Después de la resurrección, no obstante, los mismos hombres predicaron abierta y osadamente a Jesús. La convicción de ellos resuena por todas las páginas del Nuevo Testamento.

¿De qué estaban tan llenos de certeza? De que Jesús estaba *vivo*. Esta certeza produjo una transformación de las vidas de los apóstoles. La creencia de ellos no pudo tambalearse, ni siquiera cuando fueron encarcelados, azotados, apedreados ni muertos. Individuos que habían sido débiles, inconstantes y faltos de fe, llegaron a ser las más dinámicas personalidades que el mundo jamás ha visto. Las enseñanzas de ellos conmovieron el Imperio Romano hasta que este se tambaleó y cayó. La transformación ocurrida en estos hombres no puede explicarse sin la resurrección.

Ellos vieron al Señor resucitado, y esa visión transformó sus vidas para siempre.

La resurrección probó hace mucho tiempo que Jesús es el Hijo de Dios, y todavía declara esa gran verdad hoy.

El sacrificio de Cristo fue aceptado

La resurrección declara que Dios aceptó el sacrificio de Jesús en la cruz. El cristianismo se centra en la cruz. Somos reconciliados con Dios «mediante la cruz» (Ef 2.16). Mediante el sacrificio de Jesús, se satisfizo la justicia de Dios, y nosotros tenemos esperanza de vida eterna. Una manera como las Escrituras indican esto es con una palabra que muchos no conocen: «propiciación» (1 Jn 2.2; 4.10).

Pablo, por lo tanto, dijo: «... me propuse no saber [...] cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (1 Co 2.2). Cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor cada primer día de la semana, lo hacemos con el fin de anunciar la muerte del Señor (1 Co 11.26).

No obstante, si Jesús no hubiera sido resucitado de los muertos, hubiéramos quedado inseguros en cuanto a si la cruz cumplió su propósito. La resurrección declara que Dios de hecho aceptó el sacrificio que hizo Jesús por nuestros pecados. En este sentido, somos salvos no solo por la muerte de Jesús, sino también por Su resurrección. Así, Pablo se refirió a Jesús como Aquel que «fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Ro 4.25; énfasis nuestro).

Podemos ser salvos

¡Al aceptar Dios el sacrificio de Jesús, tenemos el emocionante resultado de que usted y yo podemos ser salvos! La resurrección declara que podemos ser levantados de la muerte por el pecado, a una nueva vida.

Jesús usó una vez una sanidad corporal para probar que Él tenía potestad para sanar *espiritualmente* (vea Mt 9.6). Del mismo modo, la Biblia recalca la relación entre la resurrección *corporal* de Jesús y nuestra resurrección *espiritual* a nueva vida. Esto fue lo que Pablo escribió a los cristianos que estaban en Roma:

Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado (Ro 6.4–6)

Cuando Pablo escribió a los efesios, él resumió la conversión de ellos en estas palabras: «... aun estando nosotros muertos en pecados, [Dios] nos dio vida juntamente *con Cristo*» (Efesios 2.5; énfasis nuestro). Las bendiciones de Dios son «según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, *resucitándole de los muertos*» (1.19b–20a; énfasis nuestro).

Tenemos un Salvador viviente

Una vez que hemos sido salvos de nuestros pecados, tenemos necesidad de ayuda para vivir la vida cristiana. La resurrección declara que tenemos un Salvador que está «viviendo siempre para interceder» por nosotros (He 7.25). Nuestra lealtad no es para con un precepto muerto, sino para con una Personalidad viviente.

Jesús ha prometido estar con nosotros para siempre (Mt 28.20). Nos ha asegurado que Él está allí cada vez que nos reunimos (Mt 18.20). El libro de Hebreos nos dice que Él es nuestro «misericordioso y fiel sumo sacerdote», que puede «compadecerse de nuestras debilidades» y que acude a socorrernos cuando somos tentados (He 2.17; 4.15; 2.18). Por medio de Él «[alcanzamos] misericordia y [hallamos] gracia para el oportuno socorro» (He 4.16).

No solo somos «reconciliados con Dios por la muerte» de Jesús, sino que también somos «salvos por su vida» (Ro 5.10). ¡Gracias a Dios por un Salvador viviente y bondadoso!

Se ha apartado un día

La resurrección también declara que se ha apartado un día para un propósito especial. Cuando digo que se ha apartado «un

día para un propósito especial», no me refiero a uno o dos días apartados durante el año para una celebración cristiana particular (note Gá 4.10). Tampoco tengo presente el sétimo día de la semana (el día de reposo) que se apartó en el Antiguo Testamento (Ex 20.8–11; Dt 5.12–15).

Me refiero, más bien, al primer día de la semana, al día que llamamos «domingo». Era en el primer día de la semana que la iglesia primitiva se reunía para adorar, esto es, para observar la cena del Señor (Hch 20.7) y para dar de sus recursos (1 Co 16.2). El apóstol Juan le llama al primer día «el día del Señor» (Ap 1.10).

¿Por qué era (y es) especial el primer día de la semana para los cristianos? Porque el Señor *resucitó* en el primer día. Marcos nos dice que fue «muy de mañana, *el primer día de la semana*, [que las mujeres] vinieron al sepulcro, ya salido el sol» (Mr 16.2; énfasis nuestro). Allí, un ángel les dijo: «buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron» (Mr 16.6). Para los cristianos, el amanecer de *cada* primer día es «la mañana de la resurrección».

Nosotros, también, seremos resucitados

Llegamos ahora a uno de los más emocionantes mensajes de la resurrección: ¡Esta declara que algún día nuestro cuerpo también será resucitado de entre los muertos! Hace mucho tiempo, Job preguntó: «Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?» (Job 14.14). La respuesta de Dios es «¡Sí! Porque Jesús fue resucitado!». Esta verdad es afirmada en 1 Corintios 15.20-26.

Si hemos hecho «lo bueno», «[saldremos] a resurrección de vida»; si hemos hecho «lo malo», saldremos «a resurrección de condenación» (Jn 5.29); pero la verdad es que *todos* seremos resucitados. La muerte ya no es una muralla, sino una puerta. ¡La resurrección nos asegura que esto es así.

El Señor mantiene Su Palabra

Un mensaje más que debe hacerse notar, una verdad general que todos los hombres deben conocer: La resurrección declara que el Señor mantiene Su Palabra. Como solían decir los predicadores: «¡Cuando Dios dice algo, lo dice en serio!».

Los anuncios relacionados con la resurrección que hizo Jesús, dejaron una impresión en Sus oyentes, especialmente aquella enigmática aseveración relacionada con el templo: «Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré»; «Mas él hablaba del templo de su cuerpo» (Jn 2.19, 21). Cuando Jesús estaba siendo procesado ante Caifás, un testigo falso citó ese anuncio (Mt 26.61). Cuando Jesús estaba en la cruz, los irreverentes gritaron, diciendo: «Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo» (Mt 27.40a; vea también la aseveración del sanedrín en Hch 6.14).

Los enemigos de Jesús no creyeron Su anuncio; sin embargo, llegó a suceder. Su cuerpo, Su templo terrenal, murió en la cruz, y al tercer día, ese cuerpo fue resucitado de entre los muertos. Cuando el Señor dice que algo es así, así es. ¡Usted puede creerlo.

Conclusión

Hay quienes *dicen* que ellos creen en la resurrección, y le dan mucha importancia a ella una vez al año. Al mismo tiempo, ellos niegan las grandes verdades que ella declara:

- La resurrección declara que Jesús es el Hijo de Dios, pero muchos niegan la deidad de Este.
- La resurrección declara que la cruz satisfizo la ira de Dios, pero muchos niegan la realidad del pecado y el hecho de que Dios debe castigar a los pecadores.
- La resurrección declara que podemos ser salvos, cuando nuestra fe nos mueve a bautizarnos en la semejanza de la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesús (Gá 3.26–27), pero algunos niegan la necesidad del bautismo, mientras que otros rehúsan ser revestidos de Cristo en el bautismo.
- La resurrección declara que tenemos un Salvador viviente que intercede por nosotros, pero muchos se burlan de la idea de que Dios provee fortaleza personal para la vida.
- La resurrección declara que un día especial para la adoración se ha apartado, que es el primer día de la semana, pero muchos limitan su asistencia a unos pocos días al año.

La resurrección declara que algún día seremos resucitados, pero muchos niegan la resurrección corporal.

La resurrección declara que Dios mantiene Su Palabra, pero muchos se burlan de las enseñanzas de esa Palabra.

CUARENTA DÍAS

(MT 28.9–20; MR 16.9–19; LC 24.13–53;

JN 20.11—21.24; VER HCH 1.3)

En la introducción que hace Lucas del libro de Hechos, él escribió acerca de «los apóstoles que [Cristo] había escogido» (Hch 1.2). Luego dijo que a estos «también, después de haber padecido, [Jesús] se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios» (Hch 1.3). La fiesta de la Pascua tenía lugar cincuenta días antes de la fiesta de Pentecostés. Jesús estuvo con Sus discípulos durante cuarenta días después de la Pascua y luego ascendió; los apóstoles tuvieron que esperar cuarenta días más para Pentecostés.

¿Por qué cuarenta días? El Señor tenía enseñanzas y encargos adicionales que deseaba darles a los apóstoles antes de su ascensión. Pero más importante que lo anterior, Él deseaba tomarse todo el tiempo que fuera necesario para convencer a Sus apóstoles de que Él realmente estaba vivo otra vez. Deseaba que no quedara duda alguna en sus mentes.

En el relato de los evangelios, los eventos de los cuarenta días están mezclados, y por instantes hace parecer que los eventos que ocurrieron semanas aparte se vean como si sucedieron el mismo día. Por Ejemplo, si solamente tuviésemos los relatos de Marcos, pensaríamos que la aparición de Jesús a los que iban en camino a Emaús (Mr 16.12,13), que es inmediatamente seguida por la aparición a los Apóstoles (Mr 16.14) ocurrió en el mismo día que La Gran Comisión fue dada (Mr 16.15–17). Más adelante, pensamos que esto ocurrió en el mismo día de la Ascensión. Sin embargo, sabemos por medio de los otros registros que estos eventos ocurrieron durante un periodo de cuarenta días. Por lo tanto, no podemos ser dogmáticos con respecto al orden exacto de estas últimas escenas. La secuencia seguida en este texto es

solo una forma de acomodar los eventos. Es probable que Jesús se apareciera muchas veces a Sus seguidores. Diez de estas apariciones fueron consignadas.

La primera aparición: a María Magdalena
(Mr 16.9–11; Jn 20.11–18; vea Lc 24.10)

Marcos 16:9–11¹⁴

⁹Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. ¹⁰Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando. ¹¹Ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron.

Juan 20:11–18

¹¹Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; ¹²y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto. ¹³Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. ¹⁴Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. ¹⁵Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. ¹⁶Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). ¹⁷Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. ¹⁸Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas.

Cuando María Magdalena volvió al sepulcro, es probable que ella esperara que las mujeres estuvieran allí, junto con

¹⁴Vea «El discutido final de Marcos» en Appendix 1.

Pedro y Jn, pero todos se habían ido. Ella estuvo **llorando junto al sepulcro** (Jn 20.11a), llorando por la pérdida de su Amigo y llorando porque alguien se había llevado el cuerpo de Este, sin haberle dado la oportunidad de ungirlo.

A María debe de haberle pasado por la cabeza que ella no había revisado la bóveda. Ella **se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto** (Jn 20.11b, 12). No hay duda de que vio las mismas vestiduras sepulcrales que Pedro y Juan vieron más adelante, pero es probable que no reconociera la importancia de ellas. «Los ángeles estaban colocados como los querubines que estaban sobre el arca, como si el sepulcro de Cristo fuera un nuevo propiciatorio»¹⁵ Los mensajeros celestiales dijeron a María: **Mujer, ¿por qué lloras?** (Jn 20.13a). Ella contestó: **Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto** (Jn 20.13b).

En ese momento, María **se volvió, y vio a Jesús que estaba allí** (Jn 20.14a). Según Marcos 16.9, esta fue la primera aparición de Jesús resucitado. Al comienzo, María **no sabía que era Jesús** (Jn 20.14b). No estamos seguros de por qué no lo reconoció de inmediato. Puede que su cuerpo resucitado hubiera tenido algunos cambios sutiles. Tal vez no lo reconoció porque no esperaba verlo de pie sobre el huerto.

Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré (Jn 20.15). En otras palabras, esto es lo que ella estaba diciendo: «Quiero darle una sepultura decente». Es probable que planeara conseguir la ayuda de otros amigos de Cristo.

Jesús puso fin a la confusión de ella al pronunciar su nombre: **¡María!** (Jn 20.16a). Al oír el nombre de ella en Sus labios, por fin supo quién era Él. Volviéndose a Él, emocionada, dijo: **¡Raboni! (que quiere decir, Maestro)** (Jn 20.16b).

Tal vez en ese momento, ella cayó a Sus pies y los abrazó,

¹⁵J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 743.

como hicieron las demás mujeres más adelante (Mt 28.9). Es obvio que ella se aferró a Jesús, como diciendo: «¡No te voy a perder otra vez!». Cristo le dijo: **No me toques, porque aún no he subido a mi Padre** (Jn 20.17a). El Señor puede haberle estado asegurando a ella que lo volvería a ver otra vez durante las siguientes seis semanas y que no tenía necesidad de aferrarse a Él. Puede que también Él haya estado informándole que por más que se aferrara a Él, no iba a impedir que ascendiera a Su Padre cuando el momento llegara.

La forma como se lee en la KJV «No me toques» (Μή μου ἅπτου, *Mē mou haptou*) ha provocado cierta polémica, en vista de que Jesús permitió a otros que lo tocaran (Mt 28.9; Lc 24.39; Jn 20.27). Sin embargo, «el tiempo y el modo del verbo [griego] significa dejar de hacer lo que hasta ahora se hace.»¹⁶

Él le hizo este encargo: **Ve a mis hermanos, y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios** (Jn 20.17b). (Note que Jesús no dijo «nuestro Padre» ni «nuestro Dios». La relación de Él con Dios Padre, era diferente de la de los apóstoles.) No le mandó que les dijera que estaba vivo (sabía que ella les diría esto [Jn 20.18]); antes, le pidió que les dijera que Él estaba preparado para ascender a Su Padre. Tal vez tenía como propósito que tales palabras sirvieran de autenticación del mensaje de ella, en vista que Su regreso al Padre había sido un tema importante durante Su último discurso a los apóstoles (Jn 14.2–4, 12, 28; 16.5, 7, 10, 28).

Hay quienes creen que Jesús se estaba refiriendo a Sus hermanos carnales, y no a Sus apóstoles. María entendió, sin embargo, que Él se refería a los apóstoles; a ellos se dirigió (Jn 20.18). Philip Y. Pendleton escribió: «Esta es la primera vez que la palabra “hermanos” es aplicada por el Señor a sus discípulos.»¹⁷

Llena de alegría, ella fue y **lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando** (Mr 16.10; vea Lc 24.10). Casi me parece oír la emoción en la voz de ella, cuando

¹⁶Robert Duncan Culver, *The Life of Christ [La vida de Cristo]* [Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976], 270).

¹⁷McGarvey y Pendleton, 745.

les decía que había visto al Señor, y les repetía las palabras que Él le había dado para que dijera (Jn 20.18). No obstante, rehusaron creer en ella (Mr 16.11).

La segunda aparición: a las demás mujeres
(Mt 28.9–11a; vea 28.5–8)

⁹He aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron. ¹⁰Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.

¹¹Mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido.

La segunda aparición de Cristo se hizo a las demás mujeres **mientras ellas iban** (Mt 28.11). Las mujeres habían salido del sepulcro con gran gozo, y habían corrido a informar de las palabras del ángel a los discípulos de Jesús (Mt 28.8; vea Lc 24.9–10, 22–23). Las palabras de ellas, no obstante, les parecieron «locura» a los discípulos, «y no las [creyeron]» (Lc 24.11).

Ya fuera en el viaje de ida hacia los discípulos, o de salida de en medio de estos **Jesús les salió al encuentro** [a las mujeres], **diciendo: ¡Salve!** (Mt 28.9a). Según se desprende de la versión de Mateo, parece que Jesús se apareció a las mujeres cuando estas iban a ver los discípulos para decirles lo que el ángel había dicho (Mt 28.5–10). No obstante, cuando Cleofas informó a los discípulos de la visita de ellas al sepulcro, él solo mencionó que las mujeres habían visto ángeles (Lc 24.22–23), no que ellas habían visto al Señor. Esto puede ser indicio de que Jesús apareció a las mujeres cuando estas estaban *saliendo* de donde se alojaban los discípulos.

Cuando Jesús se encontró con las mujeres, ellas cayeron delante de Él **abrazaron sus pies, y le adoraron** (Mt 28.9b). Jesús les dijo: **No temáis** (Mt 28.10a). Luego repitió lo que el ángel había dicho acerca de encontrarse con Sus hermanos en Galilea (Mt 28.10b). Es posible que las mujeres fueran una *segunda* vez a los discípulos, esta vez con el informe de que en efecto habían visto al Señor resucitado.

Un informe y una mentira (Mt 28.11b–15)

¹¹Mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. ¹²Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, ¹³diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. ¹⁴Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo. ¹⁵Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy.

Más o menos a la hora en que Cristo se apareció a las mujeres, **unos de la guardia** [que habían estado junto al sepulcro] **fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido** (Mt 28.11b). Tal vez fueron los soldados de mayor rango (los que estaban a cargo del destacamento y eran, por lo tanto, los responsables), los que dieron aviso a los principales sacerdotes, mientras que los de menor rango se devolvieron a los cuarteles. Uno puede imaginarse los guardias quejándose y diciendo: «¡Oigan! ¡Nadie nos advirtió de terremotos, ni de ángeles, ni de un cuerpo que se desaparece!».

Nos parecería que *ahora* sí los dirigentes judíos tendrían que considerar seriamente la afirmación de Jesús en el sentido de que Él es el Mesías. Sin embargo, en lugar de esto, lo único que les preocupó fue (para usar una frase moderna) «el control de los daños». A pesar de los grandes esfuerzos que hicieron para asegurar el sepulcro tanto como pudieron (Mt 27.65), este estaba ahora vacío. En esta condición, era una vergüenza para ellos. Quien quisiera podía ir y mirar dentro de él. ¿Qué posible explicación podían dar ellos para el hecho de que el cuerpo de Jesús había desaparecido?

Al final decidieron echar a andar un rumor en el sentido de que los discípulos de Jesús habían hurtado el cuerpo. Los principales sacerdotes y los ancianos **dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos** (Mt 28.12,

13). Era un cuento ridículo entonces, y es un cuento ridículo hoy. Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry explicaron:

Lo absurdo de este cuento inventado por el sanedrín [...] revela la desesperación en la cual cayeron [los miembros de este] a causa de los recientes acontecimientos. No hay duda de que, al remover los discípulos la pesada piedra del sepulcro, estos hubieran hecho suficiente ruido para despertar por lo menos a uno de los soldados. Además, si los soldados estuvieran dormidos, ¿cómo hubieran sabido que los ladrones de tumbas serían los discípulos?¹⁸

Los soldados debieron de haber recordado a los funcionarios judíos que dormirse durante la guardia era delito capital para ellos (vea Hch 12.18–19; 16.27). No obstante, los dirigentes les aseguraron a los hombres, diciendo: ... **si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo** (Mt 28.14).

Después de haber sido tranquilizados, los soldados, **tomando el dinero, hicieron como se les había instruido** (Mt 28.15a). «La lección era breve y sencilla; la recompensa, grande y deseable.»¹⁹ Richard Rogers hizo notar irónicamente que «la misma mentira [se] dice hoy, y no se cobra por decirla».²⁰

Mateo añadió que **este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy** (Mt 28.15b)—el cuál habría sido en la década de los 60. «En su diálogo con Trifo, escrito cerca del 170 d. C., Justino Mártir dice que los judíos propagaron la historia por medio de mensajeros especiales enviados a cada país».²¹

Este fue el primer esfuerzo por «justificar» con otras razones el hecho de que el sepulcro estaba vacío. «Durante veinte siglos han surgido y desaparecido esfuerzos por justificar que el sepulcro

¹⁸Robert L. Thomas, ed., y Stanley N. Gundry, ed. asoc., *A Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios)* (Chicago: Moody Press, 1978), 256.

¹⁹McGarvey y Pendleton, 747.

²⁰Richard Rogers, *The Life of Christ and His Teaching (La vida de Cristo y Sus enseñanzas)* (Lubbock, Tex.: Sunset International Bible Institute External Studies Department, 1995), 104.

²¹McGarvey y Pendleton, 747. La referencia proviene de Martir *Diálogo con Trifo*, 108.

estaba vacío, y estos han demostrado ser tan inútiles como el primero. La única explicación verosímil [para que el sepulcro estuviera vacío] es que Dios levantó a Jesús de los muertos».²²

La tercera aparición: a Pedro
(Lc 24.34; vea 1 Co 15.5a)

³⁴Que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón.

Es probable que Jesús se apareciera después a Pedro, quien todavía habría estado maravillándose de lo que había visto en el sepulcro (Lc 24.12). Cuando Pablo enumeró las apariciones de Cristo resucitado, mencionó que primero «apareció a Cefas» (1 Co 15.5a). En Lucas 24.34, nos enteramos de los discípulos que decían: **Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón.** No tenemos detalles relacionados con esta aparición. «Esta es una de las grandes historias no contadas de la Biblia: ¡Una aparición especial al mismo que lo había negado a Él!»²³ John Franklin Carter escribió,

Si Simón Pedro le contó a alguien alguna vez lo que ocurrió cuando el Señor Jesús resucitado se encontró con él [...] es algo de lo que no tenemos registro. Es probable que la experiencia fuera demasiado sagrada como para hablar de ella, y lo mejor que podemos hacer es no tratar de quitar la cortina que se tendió alrededor de ese encuentro. No obstante, me pregunto si Jesús no animó al arrepentido discípulo a tomar nuevamente el lugar que le correspondía entre los apóstoles y a juntarse con los demás en el lugar que se alojaban. Parece haber estado con ellos cuando Jesús se les apareció un poco más adelante.²⁴

²²Thomas y Gundry, 256.

²³David L. Roper, "The Road to Emmaus (Luke 24:13-36)," *Truth for Today* «El camino a Emaús» (Lucas 24.13.36). *La Verdad para Hoy*, 15 (September 1994): 50.

²⁴Carter, 351.

La cuarta aparición: a Cleofas y a otro que caminaba con este (Mr 16.12–13; Lc 24.13–35)

Marcos 16.12, 13

¹²Pero después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo. ¹³Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron.

Lucas 24.13–35

¹³Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén. ¹⁴E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido. ¹⁵Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos. ¹⁶Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen. ¹⁷Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? ¹⁸Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días? ¹⁹Entonces él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; ²⁰y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron. ²¹Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido. ²²Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro; ²³y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive. ²⁴Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron. ²⁵Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ²⁶¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? ²⁷Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.

²⁸Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. ²⁹Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: **Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos.** ³⁰Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. ³¹Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista. ³²Y se decían el uno al otro: **¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?** ³³Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos, ³⁴que decían: **Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón.** ³⁵Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan.

Por lo menos una aparición de resurrección más ocurrió el día en que Jesús se levantó de los muertos. Se apareció a dos discípulos que **iban el mismo día** [el día que las mujeres fueron al sepulcro; Lc 24.1] **a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén** (Lc 24.13; vea Mr 16.12). Uno de los discípulos se llamaba Cleofas (Lc 24.18); no tenemos certeza de la identidad del otro. Puede que haya sido hijo de Cleofas, un amigo e incluso la mujer de Cleofas. El género del calificativo **insensatos** (incluso en el idioma original; Lc 24.25) puede referirse a una pareja de esposos. El relato de la aparición de Cristo a estos dos, es el evento de aparición del cual se informa con mayor profusión en comparación con todos los demás.

Lucas 24 nos relata que Cleofas y su acompañante iban hablando acerca de todo lo que había sucedido en Jerusalén (Lc 24.14). Cristo comenzó a caminar con ellos (Lc 24.15), **mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen** (Lc 24.16). Pudo ser que Dios les impidiera reconocer a Jesús; tal vez la tristeza les cegaba los ojos (Lc 24.17b).

Cristo les preguntó qué platicaban (Lc 24.17a). Cleofas hizo un repaso de los acontecimientos de los últimos tres días (Lc 24.18–20), en el cual incluyó los informes de los que habían visto el sepulcro vacío (Lc 24.22–24). En su voz debió de habersele reflejado la desesperanza, cuando dijo: **Pero nosotros**

esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido (Lc 24.21). A estas alturas, en las mentes de ellos, «redimir a Israel» significaba rescatar la nación de la opresión romana. A pesar de este malentendido, las palabras de Cleofas expresaban la esperanza de que Jesús fuera el esperado Mesías, una esperanza frustrada por la crucifixión.

Cuando usted y yo usamos la frase «el tercer día», nos referimos a la promesa en el sentido de que Él resucitaría «al tercer día» (Mt 17.23), pero en el caso de Cleofas, esto fue lo que simplemente dio a entender: «Ya ha pasado bastante tiempo, ¡y hemos perdido la esperanza!»

Jesús respondió, **¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?** (Lc 24.25–26). Necesitaban entender que la cruz fue parte indispensable del plan de Dios; que la muerte de Cristo en modo alguno anulaba los propósitos de Dios sino que, de hecho, los realizaba.

Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, [Jesús] les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían (Lc 24.27). Guió a Cleofas y al amigo de este en un estudio sistemático por el Antiguo Testamento. Es probable que señalara muchas de las trescientas y más profecías que anunciaban al Mesías. Los dos dijeron más adelante que el corazón les ardía en ellos, **mientras [les] hablaba en el camino, y cuando [les] abría las Escrituras** (Lc 24.32).

Era casi de noche cuando llegaron a Emaús (Lc 24.29). Cleofas y su amigo invitaron a Jesús a quedarse con ellos (Lc 24.28–29). Cuando se sentaron a comer, Cristo dio gracias por los alimentos (Lc 24.30). Cuando Él hizo esto, **entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron** (Lc 24.31a). Lo que fuera que les estaba impidiendo reconocerlo, en ese momento fue eliminado. Más adelante señalaron que **le habían reconocido al partir el pan** (Lc 24.35b). Tal vez la manera característica que tenía Jesús de orar, les refrescó la memoria. ¡Ahora lo reconocían como el Señor resucitado! No obstante, cuando llegaron a este punto, **él se desapareció de su vista** (Lc 24.31b).

Aunque era tarde, se apresuraron a volver a Jerusalén (Lc 24.33) para informar de **las cosas que les habían acontecido en el camino** (Lc 24.35) a **los once [...]** y a **los que estaban con ellos** (Lc 24.33; vea Mr 16.13a). La expresión «los once» es un término general que se refiere a los apóstoles. En vista de que Tomás estaba ausente en esta ocasión (Jn 20.24), no estaban presentes todos los once apóstoles que quedaban.

Cuando llegaron, una animada conversación se estaba suscitando. Algunos decían: **Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón** (Lc 24.34), pero otros estaban escépticos. Cuando Cleofas y su acompañante relataron su historia, **ni aun a ellos creyeron** (Mr 16.13). Los discípulos del Señor siguieron teniendo problemas para creer (Mr 16.14).

La quinta aparición: a los apóstoles (sin Tomás)
(Mr 16.14; Lc 24.36–43; Jn 20.19–25)

Marcos 16.14

¹⁴Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado.

Lucas 24.36–43

³⁶Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. ³⁷Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. ³⁸Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? ³⁹Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. ⁴⁰Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. ⁴¹Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? ⁴²Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. ⁴³Y él lo tomó, y comió delante de ellos.

Juan 20.19–25

¹⁹Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero

de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. ²⁰Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. ²¹Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. ²²Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. ²³A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.

²⁴Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. ²⁵Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. El les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.

Jesús procedió paso por paso a demostrar a Sus apóstoles que Él había resucitado de los muertos. Primero, les llegaron noticias de que Su resurrección había sido anunciada por ángeles. Luego otros les dijeron que habían visto al Señor resucitado; pero a pesar de lo anterior, a los apóstoles les costó creer. Por último, llegó el momento de que Cristo se apareciera personalmente a ellos para eliminar todas las dudas.

Según Juan, **la noche de aquel mismo día, el primero de la semana** (Jn 20.19a). Según el sistema judío de calcular el tiempo (de una puesta del sol a la siguiente), este habría sido el segundo día de la semana; pero, como hemos visto, Juan usaba el sistema romano de medir el tiempo (de una medianoche a la otra). En realidad, Juan 20.19 constituye por sí solo una de las pruebas más contundentes de que Juan usó el sistema romano de medir el tiempo. En el capítulo 19, Juan consignó la historia del sepulcro vacío y de la aparición a María Magdalena, y *después* habló de la aparición a los apóstoles. La única manera como la aparición a los apóstoles *pudo* darse en «la noche de aquel mismo día, el primero de la semana», sería si Juan usara el sistema romano de medir el tiempo. Es obvio que era importante para Juan incluir la aparición a los apóstoles entre los eventos que ocurrieron el primer día de la semana, el día de la resurrección de Jesús.

(Debe ser señalado que casi con seguridad Jesús resucitó entre la medianoche y el amanecer, de modo que era «el primer día de la semana», tanto por el sistema judío como por el sistema romano de medir el tiempo.)

No estamos seguros dónde era que los apóstoles estaban alojados. Hay quienes creen que habían vuelto al aposento alto, donde Jesús había comido la Pascua con ellos. Pero, dondequiera que se hubieran reunido, lo cierto es que habían asegurado y cerrado con llave las puertas **por miedo de los judíos** (Jn 20.19b). Otros discípulos estaban con ellos (vea Lc 24.33, 36), pero a Cristo le preocupaban primordialmente los apóstoles en sí (vea Mr 16.14). Los once estaban presentes esa noche como grupo (Mr 16.14); estaban todos excepto Tomás (Jn 20.24).

Los apóstoles estaban **sentados a la mesa** (Mr 16.14a). Es probable que hubieran comenzado su comida de la noche (vea Lc 24.41–42) cuando Cleofas y su amigo llegaron, llenos de emoción, a contarles que habían visto a Jesús en el camino (Mr 16.12–13; Lc 24.33–35).

Algunos creyeron los informes de los que habían visto a Jesús (Lc 24.34), mientras que otros no (Mr 16.13). Es probable que una acalorada disputa se estuviera desarrollando, cuando, de repente, **Jesús se puso en medio de ellos** (Lc 24.36) y dijo: **Paz a vosotros** (Lc 24.36; Jn 20.19).

Los apóstoles estaban **espantados y atemorizados** [porque] **pensaban que veían espíritu** (Lc 24.37; compare con Mt 14.26 y Hch 12.15). Entristecido por la renuencia de ellos a creer, Jesús **les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado** (Mr 16.14b). Los apóstoles habían oído el testimonio de por lo menos dos hombres, y de tal vez media docena de mujeres; de modo que no carecían de evidencias. Les preguntó: **¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?** (Lc 24.38).

Estaba allí para destruir el escepticismo de esos pensamientos. Les dijo: **Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo** (Lc 24.39). Luego **les mostró las manos y los pies** (Lc 24.40b), en los que había quedado la huella de los clavos romanos (Jn 20.25, 27). También **les mostró [...]** **el costado**

(Jn 20.20a) con su herida abierta (vea Jn 20.25, 27).

Y los discípulos se regocijaron (Jn 20.20b), pero la lucha que se libraba dentro de ellos siguió, ya que era demasiado bueno para ser cierto, que Jesús estuviera vivo. Lucas lo puso en estos términos: [...] **ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados** (Lc 24.41a). Como prueba final de que realmente se trataba de Él y no de alguna aparición, Jesús preguntó: **¿Tenéis aquí algo de comer?** (Lc 24.41b). **Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos** (Lc 24.42–43). Después de esta prueba ya no tuvieron necesidad de ninguna otra más. Jesús les volvió a decir: **Paz a vosotros** (Jn 20.21a). El corazón se les llenó de paz; el Señor de ellos estaba vivo (vea Jn 20.25a).

Después que Cristo convenció a los apóstoles de que Él estaba vivo, las palabras que les dijo después, anticiparon la entrega y la realización de gran comisión. Él les daría la comisión en más o menos cuarenta días (Mt 28.18–20; Mr 16.15–16).

Habló del *procedimiento* a seguir en el cumplimiento de la comisión: **Como me envió el Padre, así también yo os envío** (Jn 20.21b; vea 17.18). La palabra «apóstol» significa «uno que ha sido enviado».

Habló del *poder* que recibirían para llevar a cabo la comisión: **Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo** (Jn 20.22). El hecho de que Cristo sopló sobre los apóstoles no llenó a estos del Espíritu Santo en ese momento. El momento en que se daría el Espíritu Santo todavía era un evento del futuro (vea Lc 24.49; Jn 7.39; Hch 1.4–5, 8; 2.4). Lo que acababa de suceder era una demostración visual que anticipaba el derramamiento del Espíritu, que ocurriría varias semanas más adelante. Esto habría sido más obvio para los discípulos que para nosotros, en vista de que la palabra griega que se usa para referirse al «Espíritu» es *pneuma*, una palabra que también significa «soplar». En el día de la fiesta judía de Pentecostés, los apóstoles serían bautizados con el Espíritu Santo, el cual les daría el poder para llevar el evangelio al mundo.

Habló del *propósito* para el cual sería dada la comisión. Les dijo: **A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos** (Jn 20.23). Esto no

significaba que los apóstoles podrían decidir arbitrariamente a quiénes perdonarían y a quiénes no. Antes, el Señor se estaba refiriendo al perdón de pecados que se recalcaría en las prédicas inspiradas de los apóstoles. Los que recibieran la enseñanza de ellos, serían perdonados, mientras que aquellos que la rechazaran, no lo serían (Hch 2.36–38, 41, 47).

Como se mencionó anteriormente, **Tomás, uno de los doce, llamado Dídimos, no estaba con ellos cuando Jesús vino** (Jn 20.24). Cuando el apóstol ausente volvió, los demás discípulos le dijeron: **Al Señor hemos visto** (Jn 20.25a). Tomás reaccionó con escepticismo, diciendo: **Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré** (Jn 20.25b).

La sexta aparición: a los Apóstoles (incluyendo Tomás) en Judea una semana después (Jn 20.26–31; vea 1 Co 15.5)

²⁶Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. ²⁷Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. ²⁸Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! ²⁹Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.

³⁰Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. ³¹Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Pasó una semana. A los apóstoles se les había dicho que fueran a Galilea (Mt 28.10), pero ellos demoraron su salida. Mientras Tomás no creyera, no estaban preparados para irse; porque el corazón de ellos no era uno solo en cuanto a la fe. No sabemos por qué el Señor esperó una semana para aparecerse nuevamente. Tal vez deseaba que los discípulos reflexionaran

sobre lo que habían visto.

Al fin, **ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro** [del aposento en que se habían alojado], **y con ellos Tomás** (Jn 20.26a), cuando Jesús se les apareció una segunda vez (vea 1 Co 15.5b). El ambiente era el mismo de una semana atrás (las puertas estaban cerradas), y el saludo del Señor fue el mismo: **Paz a vosotros** (Jn 20.26b).

Esta aparición se hizo especialmente para beneficio de Tomás. Cristo dijo al escéptico: **Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente** (Jn 20.27). La respuesta de Tomás fue «inmediata, abarcadora y verdaderamente magnífica; fue el primero [...] en confesar la deidad de Cristo en términos completamente inequívocos»: ²⁵ **¡Señor mío, y Dios mío!** (Jn 20.28). J. W. McGarvey escribió,

A Tomás se le debe reconocer que si sus dudas eran las más fuertes, su confesión fue la más completa. Tenía más dudas acerca de la resurrección porque esta significaba más para él; significaba que Jesús no era otro que el mismo Dios.²⁶

Cristo le dijo a Tomás: **Porque me has visto, Tomás, créiste** (Jn 20.29a). La reprensión se dirigió a Tomás, pero el propósito era que la recibieran todos los apóstoles (vea Mr 16.14). *Ninguno* de ellos había creído sino hasta que le hubo visto.

Luego el Señor añadió: ... **bienaventurados los que no vieron, y creyeron** (Jn 20.29b). Con estas palabras, Jesús pronunció una bienaventuranza para los que habían creído en Su resurrección aun antes de haberlo visto. Entre estos se incluían las mujeres que habían ido al sepulcro. Ellas creyeron el mensaje que les dio el ángel, acerca de la resurrección (Mt 28.5–8; Lc 24.22–23) aun antes que Él se les apareciera (Mt 28.9–10). También está implícita una bienaventuranza para aquellos de nosotros que creemos en el Señor resucitado, a pesar de no haberlo visto con

²⁵Culver, 277.

²⁶McGarvey y Pendleton, 754.

nuestros ojos físicos. Pedro, que oyó a Cristo decir esas palabras, escribió más adelante: «... a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso» (1 P 1.8).

Hay un antiguo dicho que reza: «Hay que ver para creer». En un sentido, lo opuesto también es cierto: «Hay que creer para ver». Cuando creemos en el Señor, nosotros «vemos» (comprendemos) la vida de un modo diferente; «vemos» (entendemos) el significado de la vida. Como resultado de esto, podemos «[alegrarnos] con gozo inefable y glorioso»

Si no podemos ver a Jesús con nuestros ojos físicos, ¿cómo podemos creer? Juan respondió esta pregunta con un comentario inspirado. Comenzó diciendo: **Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro** [esto es el libro de Juan] (Jn 20.30; vea 21.25). La verdad de esta aseveración se hace patente cuando consideramos que algunas de las «otras señales» que no se mencionan en el libro de Juan, se consignaron en Mateo, Marcos y Lucas. Juan siguió diciendo: **Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre** (Jn 20.31).

En vista de que Juan 20.30–31 serviría como un buen final para el libro de Juan, se ha insinuado que Juan terminó allí, y que el capítulo 21 fue añadido más adelante, tal vez por Juan o por alguien más. No obstante, todas las evidencias de los manuscritos indican que Juan 21 fue parte del manuscrito original desde un principio. Juan 20.30–31 podría compararse con los *aparentes* finales de Pablo (vea, por ejemplo, Fil 3.1 y 4.8), que no fueron finales del todo. Juan 20.30–31 se encuentra donde está como una aplicación oportuna de las palabras de Cristo que se recogen en Juan 20.29.

Según Juan, *lo que se ha escrito* de la vida de Jesús, es suficiente para producir la fe que salva. Anteriormente, Cristo había hablado de los que creerían en Él *por las enseñanzas de los apóstoles* (Jn 17.20). Pablo escribió más adelante: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Ro 10.17). Bienaventurados los que, a pesar de no haber visto a Jesús con sus ojos físicos, han creído en Él por el testimonio inspirado del Nuevo Testamento.

**La séptima aparición: a por lo menos siete discípulos
en galilea en algún momento durante los cuarenta días
(Jn 21.1–24)**

¹Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: ²Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. ³Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.

⁴Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. ⁵Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. ⁶El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. ⁷Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. ⁸Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos.

⁹Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. ¹⁰Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. ¹¹Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. ¹²Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor. ¹³Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. ¹⁴Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.

¹⁵Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos. ¹⁶Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. ¹⁷Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera

vez: **¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas.** ¹⁸De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. ¹⁹Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: **Sígueme.**

²⁰Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? ²¹Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? ²²Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú. ²³Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?

²⁴Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero.

El escenario se traslada ahora de Judea a Galilea. Jesús les había dicho a Sus discípulos que se encontraría con ellos en Galilea (Mt 26.32; 28.7). Jesús **se manifestó otra vez a sus discípulos**, siendo esta **la tercera vez**, y fue en Galilea, **junto al mar de Tiberias** (Jn 21.1, 14), que es otro nombre dado al mar de Galilea (Jn 6.1). No sabemos con exactitud cuándo fue que ocurrió este suceso. Juan 6.1 solo dice que sucedió **después de esto**, esto es, después de las dos apariciones a los apóstoles en Judea. Tuvo lugar en algún momento durante los cuarenta días.

Estaban reunidos siete discípulos junto al mar de Galilea: **Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos** (Jn 21.2). Natanael fue uno de los primeros discípulos de Jesús (vea Jn 1.43–51). Se ha insinuado que «Natanael» era otro nombre para Bartolomé, uno de los doce apóstoles de Jesús. El hecho de que Natanael se incluye aquí con varios apóstoles le provee sustento a esa teoría.

Este era un lugar conocido para los apóstoles; muchos episodios importantes de la vida de Jesús, habían tenido lugar

sobre esa masa de agua o junto a ella. Jesús había predicado junto al mar; había llamado a varios de Sus seguidores en los alrededores de esta; había calmado sus aguas y anduvo sobre ellas. Era especialmente conocido para Pedro, Jacobo y Juan, que habían pescado allí antes de convertirse en discípulos a tiempo completo de Jesús (Mt 4.18–22).

Tal vez había pasado algún tiempo desde que los discípulos llegaron al lugar. Pedro se impacientó, y dijo: **Voy a pescar** (Jn 21.3a). Los demás respondieron: **Vamos nosotros también contigo** (Jn. 21:3b). Hay quienes consideran que esto significa que renunciaron a su apostolado. Es probable que estuvieran confundidos en cuanto a los planes futuros que el Señor tenía para ellos, pero no debemos concluir que le habían vuelto su espalda al compromiso. Philip Y. Pendleton escribió:

El hecho de que fueron a pescar no significaba que abandonaron su apostolado; sencillamente estaban tratando de pasar el tiempo haciendo algo, mientras esperaban nuevos sucesos; pero al volver de esa manera a su antigua ocupación, estaban exponiéndose a fuertes tentaciones [Lc 9.62].²⁷

Los hombres **fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada** (Jn 21.3c). Cualquier pescador le dirá que aún los más duchos en el oficio tienen días (o noches) así.

¿De quién era esta barca? Puede que los discípulos la hubieran alquilado. Yo creo que los hombres estaban en el lugar donde las familias de los antiguos pescadores todavía guardaban sus equipos de pesca, y que ellos tomaron prestada la barca de la familia de Pedro y Andrés o de la familia de Jacobo y Juan.

Poco antes del amanecer, **se presentó Jesús en la playa** (Jn 21.4a); pero los discípulos, que estaban como a noventa metros de la orilla (Jn 21.8), no lo reconocieron (Jn 21.4b). He aquí posibles razones: Él se encontraba a cierta distancia de ellos; puede que no lo esperaran todavía y todavía estaba bastante oscuro. Cristo les dijo alzando la voz: **Hijitos, ¿tenéis algo de comer?** (Jn 21.5a).

²⁷Ibíd., 755, n.

Es probable que les diera vergüenza tener que responder con un **No** (Jn 21.5b).

Jesús volvió a alzar la voz para decirles: **Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis** (Jn 21.6a). Tal vez los pescadores pensaron que el Extraño de la orilla había visto algo que ellos no podían ver, tal como la ondulación de la superficie del agua que indicaría la presencia de un gran banco de peces. Por la razón que fuera, lo cierto es que hicieron como Él mandó, y la red se llenó, de modo que **ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces** (Jn 21.6b). La red pululaba de **grandes peces, ciento cincuenta y tres** (Jn 21.11).

Es extraña la precisión de este número (por lo general se nos dan números aproximados). Tal vez Jn quiso que nosotros supiéramos que no se trataba de un «cuento de pescadores», sino que realmente había contado el producto de la pesca. En el versículo 11 se señala que la red no se rompió a pesar de la gran cantidad de peces. Esto contrasta con las redes que sí se rompieron en la anterior pesca milagrosa (Lc 5.6); tal vez el hecho de que la red no se rompió ha de interpretarse como parte del milagro.

Mientras el asombro se adueñaba de los demás, Jn pudo haber recordado un suceso parecido ocurrido tres años atrás: una pesca milagrosa ocurrida cuando el Señor lo llamó, junto con los otros tres pescadores, al servicio a tiempo completo (Lc 5.1–11). Me parece oír la emoción en su voz, cuando le dijo a Pedro: **¡Es el Señor!** (Jn 21.7a).

Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella) (Jn 21.7b). Se había quitado la ropa para poder pescar, pero ahora se la ponía otra vez. Llevar la ropa puesta habría hecho que le costara más nadar, pero él deseaba mostrar respeto a su Maestro. No esperó que la barca regresara a la orilla, sino que **se echó al mar** (Jn 21.7c) y nadó hasta Jesús. Los demás siguieron dentro de **la barca, arrastrando la red de peces** (Jn 21.8). La barca podría ser la barca en que habían estado pescando; pero algunos autores creen que ellos habían remolcado una barca pequeña detrás de la embarcación más grande de pescadores, y que se pasaron a la barca más pequeña y remararon hasta la orilla.

Cuando llegaron a la orilla, descubrieron que Jesús tenía **brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan** (Jn 21.9). No se nos dice dónde consiguió Jesús el pez y el pan. El Señor hizo que agregaran de los peces que habían atrapado, a lo que Él ya estaba cocinando (Jn 21.10–11). Cuando todo estuvo preparado, **Venid, comed** (Jn 21.12a), y Él les sirvió (Jn 21.13). ¡Todos podían ver **que era el Señor** (Jn 21.12b) y que Él estaba vivo!

El versículo 12 dice que **ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres?** En el contexto, es probable que esto signifique *era innecesario* que alguno de ellos preguntara quién era Él, porque la respuesta era obvia. Algunos han conjeturado también que los discípulos temían otra reprensión parecida a la que se da en Juan 14.9.

Del mismo modo que Jesús centró su atención primordialmente en Tomás en la anterior aparición a los apóstoles, en esta se centró en Pedro. De todos los apóstoles, Pedro era el que probablemente tuviera menos certeza en cuanto al futuro. Me lo imagino pensando: «¿Podrá el Señor alguna vez perdonarme por negarlo? ¿Tendrá todavía un lugar para mí en Sus planes?». Después del desayuno (Jn 21.15a), Jesús llevó aparte de los demás al apóstol. El versículo 20 dice que Juan «les seguía», lo cual insinúa que Jesús y Pedro se alejaron de los demás apóstoles. Luego siguió una escena cargada de emoción.

El Señor primero preguntó: **Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?** (Jn 21.15b). Hay quienes creen que «éstos» se refiere a los demás discípulos; después de todo, Pedro había afirmado que su fidelidad era mayor que la del resto de ellos (Mt 26.33). Otros creen que «éstos» se refiere a los peces y los aparejos de pesca; tal vez Cristo pudo ver que, en su desánimo, Pedro estaba considerando volver a su antigua ocupación. No es importante que identifiquemos con precisión el significado de «éstos»; el significado de la pregunta de Jesús fue este: «¿Me amas más que *todas las cosas y todos los demás?*». Es una pregunta que todos tenemos que hacernos.

Pedro respondió: **Sí, Señor; tú sabes que te amo** (Jn 21.15c). Al hacer la pregunta, Jesús usó el verbo griego *agapao*, la palabra más elevada para referirse al «amor». Juan usó una forma de *agapao* cuando escribió «Dios es amor» (1 Jn 4.8). Pablo usó una

forma de la misma palabra, cuando escribió acerca de la grandeza del amor (1 Co 13). No obstante, cuando Pedro respondió la pregunta de Jesús, él usó la palabra *fileo*, una palabra menos elevada para referirse al «amor», una palabra que denota afecto y amistad. Lo que Jesús preguntó, en efecto, fue esto: «¿Me *amas* de verdad?», y el apóstol respondió: «Señor, Tú sabes que soy *Tu amigo*». «Pedro, aparentemente, al haber caído una vez, no estaba dispuesto a atribuirse a sí mismo el alto nivel de compromiso que la palabra *ágape* insinúa».²⁸ Cristo siguió la respuesta de Pedro, diciendo: **Apacienta mis corderos** (Jn 21.15d).

Luego, Jesús preguntó nuevamente: **Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?** (Jn 21.16a). El apóstol respondió nuevamente, diciendo: **Sí, Señor; tú sabes que te amo** (Jn 21.16b). El Señor dijo: **Pastorea mis ovejas** (Jn 21.16c).

El Señor preguntó una tercera vez: **Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?** (Jn 21.17a). Esta vez Jesús usó la misma palabra referida al «amor» que Pedro había estado usando: *fileo*. Esto fue lo que en efecto preguntó Él: «¿Eres *verdaderamente* mi amigo?». El apóstol **se entristeció** de que Cristo tuviera que preguntar. Él respondió: **Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo** (Jn 21.17b). En otras palabras, «Tú *sabes* que soy Tu amigo». Cristo dijo: **Apacienta mis ovejas** (Jn 21.17c).

Los autores han insinuado que Jesús anuló la triple negación de Pedro al requerir una triple confesión de su amor, y puede que estén en lo cierto. Por lo menos, llegó a ser obvio para Simón que Su Señor no le había desechado, sino que todavía tenía trabajo para él. El desafío presentado al apóstol se expresó en las palabras: «Apacienta mis corderos», «Pastorea mis ovejas» y «Apacienta mis ovejas» (Jn 21.15–17). En los primeros días de la iglesia, los apóstoles sirvieron como «pastores» especiales de la totalidad del «rebaño» (todo el pueblo de Dios). Ellos habían sido constituidos por Dios como representantes de Jesús, «el Príncipe de los pastores» (1 P 5.4). Más adelante, además de la responsabilidad especial que tenía Pedro como apóstol, él también sirvió a una congregación local como uno de los pastores de ella (esto es, como uno de los ancianos u obispos; vea 1 P 5.1–4).

²⁸Roper, 35.

Si Pedro aceptaba reasumir las funciones que Jesús tenía para él, entonces tendría que prepararse para aceptar el costo: una muerte de mártir. Cristo siguió con la sesión de orientación para el apóstol:

De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme (Jn 21.18–19).

Jesús usó un juego de palabras: La palabra «ceñirá» del versículo 18 se refería a que las manos del apóstol serían atadas cuando sus enemigos lo llevaran a la muerte (compare con Mr 15.1). Según una tradición no inspirada, treinta y cuatro años más tarde, Pedro fue crucificado de cabeza.²⁹ Haya sido cierta o no la tradición, de Juan 21.18 se desprende obviamente que, si Pedro aceptaba el desafío del Señor en el sentido de continuar siguiéndolo, él moriría algún día por su fe.

El evangelio llega a su fin con una escena que incluye a Juan, que fue testigo de la restauración de Pedro. Pedro notó a Juan, que los había seguido (Jn 21.20), y le preguntó a Jesús: **Señor, ¿y qué de éste?** (Jn 21.21). En otras palabras, «Me has señalado que moriré por mi fe. ¿Y qué de Juan? ¿Morirá también como un mártir?». Cristo le contestó bruscamente, diciendo: **Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú** (Jn 21.22). Jesús le estaba diciendo a Pedro que no preguntara sobre asuntos que no le competían. En lugar de preocuparse por lo que debía hacer Juan, el interés de Pedro debía centrarse en la resolución de que *él* se mantendría fiel al encargo de seguir al Señor.

Tal vez Pedro repitió a otros lo que Jesús había dicho acerca de Juan, porque **este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría** (Jn 21.23a), a pesar de que esto no fue lo que dijo Jesús (Jn 21.23b). Según una tradición no inspirada, Juan fue el único apóstol que murió de muerte

²⁹Vea La Historia Eclesiástica de Eusebio 3.1.

natural. Si Juan escribió su evangelio en la década de los noventa del siglo I, entonces tenía cerca de 90 años de edad en ese tiempo, lo cual habría añadido credibilidad al dicho. Tal vez el Espíritu Santo guió a Juan para añadir los comentarios de los versículos 20 al 23 con el fin de ponerle fin al rumor.

Cual haya sido la razón que haya tenido Dios para incluir esa parte del relato, lo cierto es que sirve de introducción a este significativo versículo: **Este [de quien hablaba Pedro; esto es, Juan] es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero** (Jn 21.24). El pasaje mezcla la tercera persona con la primera persona, y el singular con el plural. Hay quienes creen que este es un comentario añadido por los dirigentes de la iglesia de Éfeso. Es probable que nosotros debamos creer que se trata del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo poniendo Su sello de aprobación por puño y letra de Juan. El lenguaje es extraño, pero el mensaje es claro: Juan *vio* al Cristo resucitado, de modo que se puede confiar en su testimonio. ¡Cristo realmente resucitó de los muertos!

Jesús demostró a Sus discípulos «por muchas pruebas convincentes» que Él realmente estaba vivo (Hch 1.3) Luego Juan (junto con los demás autores de los evangelios) consignaron estos sucesos para que nosotros también pudiéramos creer (Jn 20.30–31).

**La octava aparición: a los apóstoles
(y a quinientos discípulos) en un monte de Galilea
(Mt 28.16–17; vea 1 Co 15.6)**

¹⁶Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. ¹⁷Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban.

Durante el último discurso de Jesús, antes de Su muerte, Él dijo a Sus discípulos: «después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea» (Mt 26.32). Después de la resurrección, estas fueron las instrucciones que los ángeles dieron a las mujeres: «id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea...» (Mt 28.7). Un poco

más tarde, Jesús mismo dijo a las mujeres: «No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán» (Mt 28.10). Según Mateo, **los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado** (Mt 28.16).

Cuando Jesús hizo el plan para este lugar específico de reunión, pudo haber sido antes o después de Su resurrección. No se nos dice qué monte se designó. Puede que haya sido uno de los que se había relacionado anteriormente con su ministerio: por ejemplo, el monte de la transfiguración, o la elevación desde la cual había predicado el sermón del monte. ¿Por qué escogió Jesús a Galilea? Tal vez deseaba alejar a los discípulos de los enemigos de ellos. Puede que la mayoría de los discípulos se encontraran en Galilea para esa fecha. Los que vivían en Galilea se habrían ido a casa después de la fiesta de la Pascua. Tal vez era más fácil encontrar un lugar aislado en Galilea donde podía estar a solas con Sus discípulos. Solo se nos dice que Jesús mandó a Sus discípulos encontrarse con Él en cierto monte de Galilea, y esto fue lo que hicieron.

La mayoría de los autores creen que los apóstoles fueron los únicos que se reunieron allí. La versión que da Mateo de esta reunión predeterminada, solo menciona a los once. No obstante, también Juan 20.19–26 da la impresión de que solamente los once estaban presentes cuando Jesús se les apareció en el aposento alto, y sabemos por Lucas 24.33 que también había otros presentes. Cuando Pablo enumeró las apariciones de Jesús resucitado, él se refirió a la aparición a los apóstoles (en Judea), y luego dijo: «Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen» (1 Co 15.6). Primera de Corintios se escribió cerca del 57 d. C., más de veinte años después de la resurrección; sin embargo, todavía vivían muchos que podían dar testimonio de haber visto vivo a Cristo después de Su resurrección. En este pasaje, la expresión «duermen» es un eufemismo para decir «murieron». Es muy posible que la aparición a este grupo tan grande, tuviera lugar en Galilea en el «monte donde Jesús les había ordenado» (Mt 28.16). Esta fue una aparición muy significativa: quinientos testigos independientes podían dar testimonio de que habían visto vivo a Jesús después de Su crucifixión.

Cuando los discípulos llegaron al lugar acordado, Jesús ya estaba allí. Mateo escribió: **Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban** (Mt 28.17). La expresión «algunos dudaban», del relato de Mateo, puede haberse referido a los apóstoles, aunque los once ya se habían convencido anteriormente en Judea de que Cristo estaba vivo. Hay varias maneras de reconciliar este versículo con los demás evangelios. Tal vez, la primera vez que los apóstoles vieron a Jesús sobre el monte, o cerca de este, Él estaba algo lejos de ellos y no estaban seguros al comienzo de que se rataba de Él. El versículo que sigue, Mateo 28.18, dice que «Jesús se acercó y les habló» (énfasis nuestro). En vista de que Mateo (al igual que los demás autores) presentó una versión compacta de los eventos que siguieron a la resurrección, su aseveración puede referirse a la anterior *incredulidad* de los apóstoles. Sin embargo, hay autores que opinan que no eran los apóstoles los que dudaban, sino algunos de los quinientos que estaban viendo a Jesús por primera vez después de la resurrección de Este. No hay duda de que estos se habrían mostrado tan escépticos como anteriormente estuvieron los apóstoles, de modo que también habrían tenido necesidad de pruebas semejantes en el sentido de que realmente se trataba del Señor resucitado.

La gran comisión es dada en el monte
(Mt 28.18–20; Mr 16.15–18; vea Lc 24.46–48)

Mateo 28.18–20

¹⁸Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. ¹⁹Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; ²⁰enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

Marcos 16.15–18

¹⁵Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. ¹⁶El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. ¹⁷Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas

lenguas; ¹⁸tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.

En vista de la gran cantidad de oyentes, era de esperar que Cristo tuviera muchas cosas que decir. No hay duda de que les habló «acerca del reino de Dios» (Hch 1.3). No obstante, el propósito primordial que le movió a reunirlos fue encargarles lo que llamamos la gran comisión:

[...] Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28.18–20).

Es probable que la versión que da Marcos de esta comisión, se refiera a la misma ocasión:

[...] Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado (Mr 16.15–16).

Lucas hizo referencia más adelante a esta comisión, en las palabras de conclusión de su evangelio, y en las palabras de introducción del libro de los Hechos. Con el fin de tener una visión completa del asunto, analicemos aquí esos pasajes:

... Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas (Lc 24.46–48).

... y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra (Hch 1.8).

Estas versiones diferentes no son contradictorias, sino complementarias. Al combinarlas, se pueden apreciar los aspectos esenciales de la gran comisión. Las cuatro veces que aparece la palabra «todo» o derivados de ella, en Mateo, pueden usarse como bosquejo para ordenar los detalles que dan los tres autores:

1. «*Toda potestad*». En el Nuevo Testamento, la palabra griega que se traduce por «potestad» (*exousia*) «denota [...] primordialmente la absoluta posibilidad de acción que es propia de Dios como la única fuente de toda autoridad y legalidad».³⁰ Esa potestad absoluta, tanto en el cielo como en la tierra, fue dada por el Padre a Su Hijo (Mt 28.18). De este modo, Jesús llegó a tener toda autoridad para imponer Su abarcadora comisión. Los que no acierten a reconocer Su potestad, algún día harán frente a Su ira.

2. «... *todas las naciones*». Antes de la crucifixión, Jesús y Sus apóstoles habían limitado sus enseñanzas básicamente a los judíos (vea Mt 10.5; 15.24). Ahora, esa limitación se levantaba: Los apóstoles habían de ir a «todas las naciones» (Mt 28.19; Lc 24.47), «por todo el mundo» y «a toda criatura» (Mr 16.15), «hasta lo último de la tierra» (Hch 1.8).

No solo debía haber un cambio en cuanto a la población receptora, sino también en cuanto al mensaje a predicarse. La idea clave del mensaje que predicaron Jesús y Sus apóstoles durante Su ministerio terrenal había sido «El reino de Dios se ha acercado» (vea Mt 4.17; 10.7; Lc 10.9). A los apóstoles se les había prohibido anunciar públicamente que Jesús era el Cristo (Mt 16.20). Ahora, a partir de este momento, habían de «[predicar] *el evangelio*» (Mr 16.15; énfasis nuestro). Habían de dar a conocer *las buenas nuevas* en el sentido de que el Rey Mesías vino, padeció y resucitó de entre los muertos al tercer día (Lc 24.46), con el fin de que las almas pudieran ser salvas (vea 1 Co 15.3–4; Mr 16.16).

El encargo que dio Jesús, incluso desglosó la respuesta básica que debían dar los que oigan el evangelio. Cuando la

³⁰W. Foerster II, “ἐξουσία,” *Theological Dictionary of the New Testament (Diccionario teológico del Nuevo Testamento)*, ed. Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, trad. Geoffrey W. Bromiley, abr. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1985), 239.

gran comisión se obedece, varias cosas deben ocurrir. A la gente se le debe enseñar acerca de Jesús (Mt 28.19; Mr 16.15). Deben convertirse en «discípulos». Deben creer (Mr 16.16): Deben creer que el mensaje es verdadero, y deben confiar en el sacrificio de Aquel que murió por ellos. Deben arrepentirse (Lc 24.47): tienen que arrepentirse de sus pecados, cambiar sus vidas y tomar la determinación de vivir para el Señor. Deben bautizarse (Mt 28.19b; Mr 16.16). Este bautismo es una inmersión en agua «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» con el fin de ser salvos. Cuando los hombres responden obedientemente, Dios los salva. Sus antiguos pecados son perdonados (Lc 24.47).

3. «... *todas las cosas que os he mandado*». La respuesta a las buenas nuevas, que se acaba de describir, no constituye el final, sino el comienzo. Después que la persona es bautizada, es necesario darle enseñanza adicional. Jesús recalcó que a los bautizados se les debe enseñar *todas las cosas* que Él mandó a Sus discípulos.

En el contexto, esto incluiría el desafío a «[ir y hacer] discípulos a todas las naciones, bautizándolos», en vista de que esta era precisamente una de las cosas que acababa de mandarles. De este modo, la gran comisión «se autoperpetúa». ³¹ Walter Wink dijo: «Matar a Jesús [...] fue como tratar de destruir una cabeza de semillas de diente de león, por medio de soplar sobre ella». ³²

Por supuesto que el mandamiento de enseñar todas las cosas que Jesús mandó, incluye mucho más. Algunos, en su afán por esparcir el evangelio, después que bautizan a alguien, se apresuran a enseñar a otra persona, sin haber arraigado al nuevo cristiano en la fe. Nuestra responsabilidad no consiste solamente en hacer que el pecador crea y se bautice; también debemos ayudarle a «[crecer] en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P 3.18a).

4. «... *he aquí yo estoy con vosotros todos los días*». Antes que Jesús naciera, se anunció que Su nombre sería «Emanuel», que significa «Dios con nosotros» (Mt 1.23). Esta profecía se cumplió

³¹ Carter, 357.

³² Walter Wink, *Engaging the Powers Confrontando a Los Poderes: Discernment and Resistance in a World of Domination (Descernimiento y Resistencia en un Mundo de Dominio)* (Minneapolis, Minn: Fortress Press, 1992), 143.

cuando Dios Hijo anduvo en medio de los hombres. Sin embargo, Jesús deseaba que Sus discípulos supieran que Él *seguiría* estando con ellos espiritualmente. J. W. McGarvey dijo: «Esta no es una promesa de simple compañía, sino de compasión y sustento plenos...».³³

La duración de la promesa nos hace saber que tanto ella como la comisión en general, no fue solamente para los apóstoles. El Señor recalcó que su encargo estaría en vigor «hasta el fin del mundo» (Mt 28.20), esto es, hasta la segunda venida. La palabra griega que se traduce por «mundo» (una forma de *aion*) indica un «período de tiempo», y puede tener varios matices de significados. En el contexto de la gran comisión, se refiere a la era cristiana. D. W. Cleverley Ford escribió: «El Cristo resucitado, esta es la lección importante para nosotros, está con nosotros en un sentido espiritual, del mismo modo que estuvo con sus discípulos en Galilea y en Judea en el sentido material».³⁴

Durante casi dos mil años, estas palabras han constituido la autoridad para llevar a cabo el evangelismo por todo el mundo. Por medio de ellas se da a la iglesia la orden de ponerse en marcha para esta labor hoy, en la misma medida que se dio a los apóstoles más de mil novecientos años atrás.

El evangelio de Marcos dice que Jesús añadió una promesa especial para los apóstoles. Después de reprenderlos por su incredulidad (Mr 16.14), les habló del poder que poseerían si lograban superar sus dudas:

Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán (Mr 16.17–18).

En Hechos se dan ejemplos de la mayoría de estas «señales» que siguieron a los apóstoles.

³³McGarvey y Pendleton, 764.

³⁴D. W. Cleverley Ford, *Preaching the Risen Christ (Predicar al Cristo resucitado)* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1988), 83.

**La novena aparición: a Jacobo
(en un lugar desconocido)
(vea 1 Co 15.7a)**

Cuando Pablo enumeró las apariciones de Cristo resucitado, después de mencionar la aparición a los quinientos, él dijo: «Después apareció a Jacobo» (1 Co 15.7a). Es probable que este fuera el medio hermano de Jesús, llamado Jacobo, que con el tiempo llegó a ser un líder respetado en la iglesia de Jerusalén (Hch 12.17; 15.13; 21.18; Gá 1.19; 2.9).

No sabemos cuándo ni dónde fue que Jesús apareció a Su medio hermano, sin embargo, el encuentro debió de haber sido memorable. No hay duda de que Jesús hizo esta aparición especial, con el fin de convencer a Jacobo de que Él era el Mesías. Sus hermanos no habían creído en Él (Jn 7.5). Tal vez el Señor apareció a Jacobo en especial porque sabía que, al ser el mayor de los hermanos, él podía persuadir a los demás. (En vista de que Jacobo aparece de primero en la lista de los hermanos de Jesús [Mt 13.55; Mr 6.3], se supone que fue el segundo hijo de María.) De todos modos, los hermanos de Jesús llegaron a creer en Este después de la resurrección y estuvieron presentes con los apóstoles cuando estos esperaban la venida del Espíritu Santo (Hch 1.12–14). Dos de ellos escribieron epístolas que se recogieron en el Nuevo Testamento: Santiago y Judas.

**La(s) aparición(es) final(es):
a todos los apóstoles, en Judea, cerca de Jerusalén
(Lc 24.44–49; vea Hch 1.3–8; 1 Co 15.7b)**

⁴⁴Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. ⁴⁵Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; ⁴⁶y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; ⁴⁷y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. ⁴⁸Y vosotros sois testigos de

estas cosas. ⁴⁹He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.

Cuando el período de cuarenta días llegó a su fin, Jesús volvió nuevamente a Judea, a los alrededores de Jerusalén (vea Lc 24.50, 52; Hch 1.4, 12). El propósito de Él era hacer preparativos finales para que la iglesia fuera establecida en Jerusalén, y para que el evangelio se predicara en ese lugar (vea Hch 1.8). Jesús dijo que en el Antiguo Testamento estaba escrito **que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén** (Lc 24.47; énfasis nuestro). Isaías había profetizado que, cuando «la casa de Jehová» («la iglesia»; 1 Ti 3.15) se estableciera, «todas las naciones» correrían a ella, y «la palabra de Jehová» saldría «*de Jerusalén*» (Is 2.2–3; énfasis nuestro).

Poco antes de Su ascensión, Jesús hizo Su última aparición, o Sus últimas apariciones, «a todos los apóstoles» (1 Co 15.7b). Les habló a estos «acerca del reino de Dios» (Hch 1.3) y dijo: **Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos** (Lc 24.44).

Los judíos dividían las Escrituras de ellos en tres partes: La ley de Moisés, los Profetas y los Escritos. En vista de que gran parte de los «Escritos» se componía del libro de los Salmos, a veces se usaba el término «Salmos» para hacer referencia a la tercera división. Por lo tanto, Cristo estaba afirmando que las enseñanzas relacionadas con Él estaban presentes en *la totalidad* del Antiguo Testamento.

Es interesante el uso del pasado. Podría significar: «cuando estuve con vosotros, antes de Mi muerte», pero es probable que Jesús usara el pasado porque estaba próximo el momento de Su salida. En la práctica, Él ya se había ido.

Al igual que los demás autores de los evangelios, Lucas combinó los eventos finales de la vida de Jesús. Esto haría parecer que el discurso de 24.44–49 ocurrió en el momento que hizo Su aparición a los apóstoles el día de Su resurrección. No obstante, note que el versículo que sigue, el versículo 50, comienza con la

conjunción «Y», lo cual puede ser indicio de que el discurso se pronunció justo antes de la ascensión. Aquí es donde yo lo he ubicado.

Jesús después **les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras** (Lc 24.45). Puede que haya hecho esto milagrosamente, sin embargo, los versículos que siguen, insinúan que lo hizo por medio de continuar con el discurso. Es probable que «les [haya abierto] el entendimiento» del mismo modo que iluminó las mentes de los discípulos de Emaús cuando «les [declaró] en todas las Escrituras lo que de él decían» (Lc 24.27). Esto fue lo que les dijo a los apóstoles:

Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Lc 24:46–49).

La «promesa» del Padre y el «poder desde lo alto» eran referencias al Espíritu Santo que Jesús enviaría sobre los apóstoles diez días después. Él les mandó que «no se fueran de Jerusalén». Debían «[esperar] la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (Hch 1.4–5).

Como ya se hizo notar, durante los últimos momentos que Jesús pasó con los apóstoles, Él siguió hablándoles «acerca del reino de Dios» (Hch 1.3). La respuesta de ellos reveló que todavía tenían dificultad para entender la verdadera naturaleza del reino, pues esto fue lo que dijeron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» (Hch 1.6). Hay algunos autores que creen que los apóstoles sencillamente deseaban saber *cuándo* era que Jesús establecería Su reino espiritual. No obstante, las palabras «restaurarás el reino a Israel» insinúan que todavía

tenían presente un reino físico. Lo menos que se puede decir es que, a estas alturas, los apóstoles seguían algo confundidos.

Jesús les dijo, en efecto, que no debía inquietarles cuándo establecería el Señor el reino (Hch 1.7). Anteriormente, les había dicho que el reino «[vendría] con poder» (Mr 9.1). Ahora les decía que ellos «[recibirían] poder» cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos (Hch 1.8a). Cuando eso sucediera, el Espíritu Santo pondría fin a la confusión de ellos y les aclararía todas las cosas (vea Jn 14.26; 16.13).

La ascensión, en el monte de los Olivos (Mr 16.19; Lc 24.50–53; vea Hch 1.9–12)

Marcos 16.19

¹⁹Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios.

Lucas 24.50–53

⁵⁰Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. ⁵¹Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. ⁵²Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; ⁵³y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén.

Las últimas palabras de Jesús fueron dichas sobre el monte de los Olivos, o cerca de este («del Olivar»; Hch 1.12). «Y habiendo dicho estas cosas» (Hch 1.9a), llevó fuera a los apóstoles **hasta Betania** (Lc 24.50a). Este habría sido algún lugar conocido que estuvo sobre la ladera sudeste del monte, con vista a Betania, una ciudad que evocaba muchos recuerdos al Salvador. Luego, **alzando sus manos, los bendijo** (Lc 24.50b). Es significativo que Su último gesto fuera de bendición

Su ascensión se describe en pocas palabras: **Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos** (Lc 24.51a). Y «viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos» (Hch 1.9b). **Él fue llevado arriba al cielo** (Lc 24.51b), donde **fue recibido [...]** y **se sentó a la diestra de Dios** (Mr 16.19). Desde allí comenzó a reinar sobre Su reino, esto es, Su iglesia. Pablo

escribió que Dios levantó a Jesús de los muertos, y...

[... le sentó] a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef 1.20–23).

No nos queda más que imaginarnos las emociones que los apóstoles debieron de experimentar cuando vieron desaparecer en las nubes a su amado Maestro. Lucas dijo que ellos estaban «con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba» (Hch 1.10a).

Luego, se percataron de que «se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas» (Hch 1.10b). Los «varones» eran ángeles, y estos dijeron a los apóstoles: «Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hch 1.11; vea Ap 1.7). Las palabras de ellos reafirmaron la promesa que les hizo Señor en el sentido de que vendría otra vez (Jn 14.3). La verdad en el sentido de que Cristo volverá algún día a recibir a los Suyos y a castigar a los hacedores de maldad, constituía una gran fuente de consolación para los primeros cristianos (1 Ts 4.16–18; Ap 22.20).

APLICACIÓN:

«RECIBIDO ARRIBA EN GLORIA»³⁵

(MR 16.19; LC 24.50–53; VEA HCH 1.9–12)

Hemos llegado a la conclusión lógica de la vida de Cristo: Su ascensión. Entre las últimas palabras que dijo a Sus discípulos, Jesús manifestó que Sus padecimientos serían seguidos por Su glorificación, que tuvo lugar cuando fue ascendido: «¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara

³⁵Ideas para este estudio proveinen de G. Campbell Morgan, *The Crises of the Christ (La Crisis de Cristo)* (New York: Fleming H. Revell Co., 1936), 385–449.

en su gloria?» (Lc 24.26; énfasis nuestro). Pablo escribió que la expresión más grande del poder de Dios «operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales» (Ef 1.20; énfasis nuestro).

La ascensión es la conclusión lógica de la vida de Cristo porque, habiendo venido del cielo, parece que lo apropiado es que Él vuelva a este. Es la conclusión lógica porque la vida de Jesús demostró lo que Dios dio a entender cuando dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» (Gn 1.26a). Siendo así, tiene sentido que Jesús vuelva a la plena comunión con Dios que el hombre una vez tuvo en el huerto del Edén.

Al estudiar lo que la Biblia enseña acerca de la Ascensión, debemos reconocer que no podemos entenderla en su totalidad. Por ejemplo, ¿qué otra transformación sufrió el cuerpo resucitado de Jesús (que tenía «carne ni huesos»; vea Lc 24.39) para poder pasar por las puertas del cielo? El Nuevo Testamento no da respuesta a esta o a ninguna otra pregunta que se pudiera plantear. Las Escrituras describen la ascensión pero no se proponen explicarla. Son tres pasajes los que abarcan el evento propiamente dicho:

Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; (Lc 24:50–52).

Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.

Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de reposo (Hch 1.9–12).

RESURRECCIÓN, APARICIONES Y ASENCIÓN DE JESÚS

Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios (Mr 16.19).

Además de los anteriores relatos breves, en el Nuevo Testamento existen múltiples pasajes que hacen referencia, directa e indirecta, a este evento. He aquí una muestra:

En el primer sermón evangelístico, Pedro dijo que Jesús había sido «exaltado por la diestra de Dios» (Hch 2.33).

En el segundo sermón del mismo apóstol, refiriéndose a Cristo, dijo: «a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas» (Hch 3.21) La frase «la restauración de todas las cosas» se refiere a que Jesús pondrá todas las cosas en su lugar, no físicamente, sino espiritualmente, cuando Él vuelva.

En el sermón que Pablo pronunció en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, él dijo que Dios «levantó de los muertos [a Jesús] para nunca más volver a corrupción» (Hch 13.34).

En la epístola que Pablo dirigió a la iglesia de Éfeso, él incluyó esta nota ampliada sobre la ascensión: «Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo» (Ef 4.8–10).

En el capítulo 12 de Apocalipsis, tenemos la visión de la mujer y el gran dragón rojo. En el versículo 5, tenemos una referencia al nacimiento de Jesús y a la posterior ascensión de este: «Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones;⁷ y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono». Estas palabras fueron tomadas de Salmos 2.9, un Salmo mesiánico (esto es, un salmo que se refiere a Cristo).

Con la ascensión se cumplieron dos grandes propósitos: Se

culminó el pasado y se preparó el camino para el futuro. Dicho de otro modo, la ascensión constituyó, por un lado, la culminación del ministerio terrenal de Jesús, y por otro, el siguiente paso en la preparación del camino para el ministerio de los apóstoles. Sin la ascensión, habría un eslabón perdido entre la resurrección de Jesús y la venida del Espíritu, que se verificó el día de Pentecostés, unos cincuenta días después (vea Lv 23.15–16; Dt 16.9).

La glorificación de Cristo

Con la ascensión se culminó el pasado. Se culminó cuando Jesús fue recibido arriba en gloria. Jesús dijo que era «necesario que el Cristo [...] entrara en su gloria» (Lc 24.26). Pablo escribió que Jesús fue «recibido arriba en gloria» (1 Ti 3.16). Pedro dijo que «Dios [...] le ha dado gloria» (1 P 1.21).

Aunque parezca sorprendente, la ascensión constituye el momento cumbre de la obra de Cristo. Considere esta idea por un momento. ¿Qué es más emocionante: llenar ciertos requisitos o lograr aquello para lo cual se llenan tales requisitos?⁹ Hasta este momento, el Salvador se había estado preparando para la obra de Sumo Sacerdote y Rey. La ascensión coronó esa preparación. Philip Yancey escribió:

Si el domingo [de resurrección] constituye el día más emocionante de las vidas de los discípulos, es probable que para Jesús lo constituyera el día de la ascensión. Él, el Creador que había descendido hasta ese nivel y había renunciado a tanto, estaba ahora dirigiéndose a casa, como un soldado que volvía por el océano después de una prolongada y sangrienta guerra, como un astronauta que se desprende de su traje espacial para sorber de un solo golpe la familiar atmósfera de la tierra. Al fin en casa.³⁶

Glorificado

El Salmo 24 era un cántico de victoria para el momento en que un gran rey volvía a casa. Alguien ha insinuado que las

³⁶ Philip Yancey, *The Jesus I Never Knew (El Jesús que jamás conocí)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1995), 226.

palabras pueden aplicarse al regreso del Señor al cielo. Visualice usted, mediante el uso de ese pasaje, cómo habría sido cuando Jesús ascendió.

Mientras Él asciende, los ángeles lo reciben y lo escoltan. Cuando estos se acercan a la ciudad celestial, este es el clamor que sale de sus bocas: «Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria» (Sal 24:7). Los que están dentro de la ciudad responden: «¿Quién es este Rey de gloria?» (Sal 24.8a). Los ángeles, junto con Jesús, exclaman: «Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla» (Sal 24.8b). Luego ellos vuelven a clamar diciendo: «Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria» (Sal 24.9). Una vez más, los que están dentro de la ciudad, preguntan: «¿Quién es este Rey de gloria?» (Sal 24.10a). Esta vez todos los que estaban con Jesús entonaron este Himno: «El Señor de los ejércitos, Él es el Rey de Gloria» (Sal 24.10b).

Cuando Jesús entró por las puertas del cielo, Él recibió de nuevo la gloria que había compartido con el Padre «antes que el mundo fuese» (Jn 17.5).

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil 2.9–11).

Todos los ejércitos del cielo comenzaron a alabarlo como el Cordero sin mancha que fue inmolado por los pecados de la humanidad (vea 1 P 1.18–19). Juan escribió:

Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza (Ap 5.11–12).

Luego Dios «[le sentó] a su diestra en los lugares celestiales» (Ef 1.20).

Como Sumo Sacerdote

Cuando Jesús ascendió, Él llegó a ser nuestro *Sumo Sacerdote*. El autor del libro de Hebreos dijo que «[tenemos] un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios» (He 4.14).

En tiempos del Antiguo Testamento, una vez al año, el día de la expiación, el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo con la sangre de animales para hacer expiación por sus pecados y por los pecados del pueblo (vea Lv 16.2–34). Como nuestro Sumo Sacerdote que Él es, al volver Jesús al cielo, Él entró, en un sentido, con Su propia sangre para hacer expiación por *nuestros* pecados. En relación con esto, el autor del libro de Hebreos dice:

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros [...] no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención (He 9.11–12).

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios (He 9.24).

... pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios (He 10.12).

Otra característica del oficio de sumo sacerdote de Jesús es que Él es nuestro mediador. Pablo escribió: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Ti 2.5). Un maravilloso aspecto de este plan lo constituye el hecho de que este es un oficio en el cual Jesús se *compadece*:

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda

compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza [...] Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (He 4.15–16)

Tal vez la anterior sea una razón por la que era importante que Jesús ascendiera *corporalmente* al cielo. Se ha dicho que siempre habrá una parte de Jesús que es *hombre*. Note la palabra «hombre» en 1 Ti 2.5: «... un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo *hombre*» (énfasis nuestro). Pablo usó una terminología parecida en «el sermón del Areópago», cuando dijo: Dios «ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel *varón* a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» (Hch 17.31; énfasis nuestro). En la escena del trono de Apocalipsis 4 y 5, el Cordero (Jesús) está de pie delante del trono, y está «como inmolado» (Ap 5.6), lo cual insinúa para algunos autores la posibilidad de que, en un sentido, Él sigue teniendo las señales de la crucifixión aun en el cielo.

Después que Jesús ascendió, Él no olvidó cuán débil es la carne, ni cuánta dificultad tenemos usted y yo mientras estamos en este cuerpo físico. ¡Como Sumo Sacerdote nuestro que es, Él recuerda y comprende! Esto no significa que Jesús consienta nuestros pecados, ni que automáticamente los perdone, pero es consolador saber que Él entiende que nos resulta difícil hacer el bien, y que se compadece de nosotros.

Como Rey

Jesús realmente llegó a ser nuestro Sumo Sacerdote; no obstante, cuando oímos la palabra «glorificado», es probable que la relacionemos con el hecho de que fue coronado como *Rey*. Como ya se hizo notar, Jesús «fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios» (Mr 16.19). Una y otra vez, las Escrituras declaran que Cristo está ahora a la diestra de Dios. Cuando Esteban moría, él tenía «puestos los ojos en el cielo» y «vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la

diestra de Dios» (Hch 7.55–56). Pablo instó a todos los cristianos a «[buscar] las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col 3.1). Pedro escribió acerca de Jesucristo, diciendo que «habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades» (1 P 3.21–22).

En el día de Pentecostés, Pedro usó los espectáculos y sonidos milagrosos de ese día como prueba de que Jesús fue sentado a la diestra de Dios y, por lo tanto, coronado como Señor:

Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hch 2.33–36).

Pablo escribió que Dios levantó a Jesús de entre los muertos...

... sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió *todas las cosas* bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre *todas las cosas* a la iglesia (Ef 1.20–22; énfasis nuestro).

¡Qué maravillosa ocasión debió de haber sido cuando Cristo fue coronado Rey y se sentó en el trono para cogobernar con Su Padre! Muchos creen que la visión nocturna del profeta que se recoge en Daniel 7, describe la coronación de Jesús:

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre [Jesús], que vino hasta el Anciano de días [Dios], y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado [a Jesús] dominio, gloria y reino [la iglesia], para que todos los pueblos,

naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido (Dn 7.13–14).

Poco antes de Su ascensión, Jesús afirmó que a Él se le había dado «toda potestad [...] en el cielo y en la tierra» (Mt 28.18). Solo hay «un Señor» (Ef 4.5) sobre todo, y Este es Jesús (Hch 2.36; Ro 1.4; 1 Co 8.5–6; Stg 2.1; Jud 4). La ascensión nos da certeza de esta gran verdad.

La preparación de los discípulos

La ascensión fue casi sin duda alguna el día más emocionante para Jesús, en relación con Su ministerio terrenal. No obstante, la ascensión no fue solamente para beneficio de Él; también tuvo especial significado para los discípulos. Durante el gran discurso de despedida, Cristo les había dicho: «Os conviene que yo me vaya» (Jn 16.7a; énfasis nuestro).

Traslado de responsabilidad

Jesús les había dicho a Sus apóstoles que Él se iba, y que ellos tendrían que continuar en lugar de Él. Les dijo: «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Jn 20.21). También les dijo: «... *me* seréis testigos [...] hasta lo último de la tierra» (Hch 1.8; énfasis nuestro).

Póngase usted, por un momento, en el lugar de los apóstoles. El Señor les dijo que Él se iría, pero ellos no sabían cuándo, ni dónde, ni cómo. Cada una de las veces que estuvieron con Él, durante los cuarenta días, es probable que se preguntaran: «¿Será este el momento? ¿Será este el lugar? Al final, no obstante, se quedaron sin aliento al observar cuando ascendía a los cielos. Cuando desapareció tras las nubes, no podía haber duda alguna. Se había ido, realmente se había ido. Si alguna duda quedaba en sus mentes, esta fue disipada por los «dos varones con vestiduras blancas» (Hch 1.10–11). La responsabilidad se había trasladado a ellos.

Algunas analogías se nos ocurren. Una procede de la naturaleza: La ascensión fue como una ave madre que, empujando a sus polluelos fuera del nido, les dice, en efecto: «¡Ha llegado el momento de que sigan por su propia cuenta!».

Otra ilustración procede de la vida en la iglesia: La ascensión fue como un misionero que le dice a la congregación: «Debo volver a mi tierra; ¡de ahora en adelante la obra de la iglesia en este lugar, es responsabilidad de ustedes!»

Se dá el Espíritu

La ascensión no solo anunciaba a los apóstoles que una mayor responsabilidad se había puesto sobre los hombros de ellos, sino que también era un requisito necesario para que recibieran ayuda divina para cumplir tal responsabilidad. Después de decirles que les convenía que Él se fuera, Jesús les explicó el porqué: «... porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros» (Jn 16.7b). «El Consolador» al cual se refería era el Espíritu Santo. No podía enviar el Espíritu, sino hasta que Él reinara, y no podía reinar, sino hasta que se sentara a la diestra de Dios. «... mas si me fuere», dijo Él, «os lo enviaré» (Jn 16.7c), y «cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad» (Jn 16.13a).

Inmediatamente antes que Él ascendiera, Jesús les dijo a Sus discípulos: «He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto» (Lc 24.49). Con el fin de que no malentendieran, agregó, diciendo: «recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hch 1.8a). Ellos esperaron en Jerusalén diez días, y luego, el día de la fiesta judía de Pentecostés, el Espíritu Santo vino sobre ellos con poder:

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen (Hch 2.1-4).

Como se hizo notar anteriormente, Pedro usó las manifestaciones milagrosas de ese día como prueba de que Jesús realmente había sido coronado Rey: «Así que, exaltado por

la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hch 2.33). Note la secuencia: Jesús recibió del Padre la promesa del Espíritu, y luego envió el Espíritu sobre Sus apóstoles.

Fue de este modo, que el Señor preparó a los apóstoles para cumplir la enorme responsabilidad que les había dado. Bajo la guía del Espíritu Santo, Pedro predicó por primera vez el evangelio en su plenitud (Hch 2.14–36). Bajo la guía del Espíritu, Pedro le dijo al pueblo lo que debía hacer para ser perdonados de Sus pecados (Hch 2.37–38). ¡Tres mil oyeron, creyeron, obedecieron y fueron salvos (Hch 2.41, 47)!

Hoy podemos oír el mismo evangelio inspirado por el Espíritu, creer las mismas verdades inspiradas por el Espíritu, obedecer los mismos mandamientos inspirados por el Espíritu y recibir las mismas bendiciones que encontramos en la Palabra inspirada por el Espíritu. ¡Todo esto fue el resultado de que Jesús fuera «recibido arriba en gloria»!

Conclusión

No hemos dicho todo lo que se podría decir acerca de la ascensión, pero espero que se haya dicho lo suficiente para hacer que cada uno de nosotros le dé un mayor valor a la culminante posición que ocupa ella al final de la vida de Cristo sobre la tierra. Jesús está ahora en el cielo, a la diestra de Dios, y reina sobre Su reino, la iglesia, e intercede a favor nuestro. El siguiente evento culminante para Jesús, y para nosotros, será Su segunda venida, cuando los fieles se encuentren con Él en el aire. Al llegar al final de estos estudios, debemos hacernos esta pregunta: «¿Estaremos *preparados* para la segunda venida?».

PALABRAS DE RESUMEN

**Palabras de resumen acerca de la vida de Cristo
(Jn 20.30–31; 21.25)**

Juan 20.30, 31

³⁰Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro.

³¹Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Juan 21.25

²⁵Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén.

Fue tanto lo que hizo Cristo, y todo lo hizo en más o menos tres años (Jn 20.30–31; 21.25). Solo tenía como treinta y tres años cuando murió, pero ¡qué impacto tuvo en la humanidad! En la obra *The Narrated Bible in Chronological Order (La Biblia narrada en orden cronológico)*, F. LaGard Smith concluye su sección sobre los evangelios, diciendo:

Aun con solo estos cuatro relatos de su vida, la historia de Jesús se ha conservado por los siglos para cada generación, se ha traducido a prácticamente todos los idiomas que hay sobre la tierra, y ha sido creída por incalculables millones que han respondido con fe obediente a Dios por medio de su Hijo Jesucristo.³⁷

Cuando yo tenía treinta y tres años, recuerdo pensar: «Jesús era de mi edad cuando Él murió, y mire usted todo lo que Él logró. ¿Y yo qué he hecho?». Usted y yo debemos aceptar la verdad en el sentido de que no podemos reproducir la vida de Jesús, pero *sí podemos* tratar de imitarla.

Palabras de resumen acerca de eventos que ocurrieron posteriormente (Mr 16.20; vea Lc 24.52–53; Hch 1.12)

²⁰Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.

³⁷F. LaGard Smith, *The Narrated Bible in Chronological Order (La Biblia narrada en orden cronológico)* (Eugene, Oreg.: Harvest House Publishers, 1984), 1484.

Los apóstoles adoraron a Jesús, y luego «volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios» (Lc 24.52–53; vea Hch 1.12), mientras aguardaban la venida del Espíritu y el establecimiento del reino, esto es, la iglesia. Marcos, que escribió su evangelio *después* de que sucedieron los eventos del libro de los Hechos, vio cuando los apóstoles llevaron a cabo la gran comisión y vio cumplidos los anuncios del Señor. Con estas palabras concluyó su libro: **Y ellos [los apóstoles], saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén** (Mr 16.20). Uno de los propósitos de los milagros era confirmar la Palabra (vea He 2.3–4). Una vez confirmada, no tuvo necesidad de reconfirmación. De modo que esta necesidad en particular que llenaban los milagros, desapareció. Vea «el resto de la historia» en el libro de Hechos.

Con las palabras de resumen de Marcos, llegamos al final de nuestro estudio de la vida de Cristo, esto es, el final de Su vida sobre esta tierra. Damos gracias a Dios de que Él todavía vive en el cielo e intercede por nosotros (He 7.25), Y que Él ha prometido regresar para llevarnos a casa con Él (Jn 14.3; vea Hch 1:11). Nuestra oración es que estos dos volúmenes le hayan animado a continuar su estudio del Señor, para poder conocerlo mejor.

APÉNDICE 1

UN ESTUDIO ADICIONAL

PONCIO PILATO Y LA MUERTE DE JESÚS

¿Ha oído usted alguna vez de Gratus? ¿Le resulta conocido el nombre Marcellus? Puede que diga: «¡No tengo ni idea de quiénes pudieron haber sido esos dos!». ¿Y qué de Pilato? De este sí hay seguridad que ha oído usted. Esto es interesante, porque Gratus fue el gobernador romano de Judea anterior a Pilato, mientras que Marcellus fue el gobernador posterior; y los dos fueron mejores que Pilato. Entonces, ¿por qué solo recordamos a Pilato? Lo recordamos porque fue nada menos que Jesús quien compareció delante de él un viernes.

La mayor parte de la información que conocemos sobre Pilato proviene de los evangelios y de los datos sobre su período como gobernador, que consignó el historiador judío Flavio Josefo.¹ No obstante, también se hacen otras referencias escriturarias, históricas y arqueológicas al gobernador. Este estudio complementario se nutre de estas y otras fuentes que mencionan la muerte de nuestro Señor.

Referencias neotestamentarias

Además de las referencias a Pilato relacionadas con el juicio romano al cual fue sometido Jesús (Mt 27; Mr 15; Lc 23; Jn 18–19), el Nuevo Testamento solo tiene un puñado de pasajes que se relacionan con el gobernador romano. Él era el gobernador cuando Juan el Bautista comenzó su ministerio (Lc 3.1). Circulaba un informe acerca de unos galileos «cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos» (Lc 13.1), lo cual pudo haber sucedido cuando él trató de sofocar una sublevación. En el ser-

¹Josefo *Antigüedades de los Judíos* 18.2.2; 18.3.1–2; *Guerras de los judíos* 2.9.2–4.

món de los apóstoles, a Pilato se le mencionó como uno que estuvo implicado en la muerte de Jesús (Hch 4.27; 13.28; vea 3.13). Pablo habló de «la buena profesión» hecha por Jesús «delante de Poncio Pilato» (1 Ti 6.13).

J. G. Vos hizo el siguiente resumen de los anales neotestamentarios sobre Pilato: «... presentan a Pilato como un [romano] práctico, de carácter cínico y escéptico, pero que carece de las virtudes tradicionales [romanas] del honor, la justicia y la integridad. Pilato fue un negociador del compromiso y de la conveniencia antes que un guarda de la justicia».²

Flavio Josefo (37 d. C. al 93 d. C.)

Josefo escribió acerca de tres incidentes ocurridos durante el período de gobierno de Pilato, incidentes que arrojan luz sobre la inestabilidad de sus relaciones con los judíos. 1) Cuando Pilato envió una unidad militar a Jerusalén, el ejército usó estandartes que exhibían imágenes del emperador, lo cual era contrario a la ley judía y a la costumbre romana anteriormente establecida en Judea. Después de un choque con los judíos, Pilato hizo que se quitaran los símbolos.³ 2) Pilato trató de aplacar la hostilidad de los judíos por medio de construir un acueducto que llevara agua a Jerusalén. No obstante, cuando se descubrió que para este proyecto se habían usado los fondos del templo, hubo una violenta manifestación y se dio muerte a algunos revoltosos.⁴ (Algunos creen que este incidente constituye el escenario de lo referido en Lc 13.1.) 3) En el año décimo y final de su administración, Pilato usó el ejército para sofocar a un grupo armado en Samaria. Aunque no hay señales de que el propósito del grupo fuera una revuelta, a este se le emboscó. Muchos murieron en el choque y muchos de los rebeldes que sobrevivieron a la pelea, fueron ejecutados. Los funcionarios samaritanos se quejaron ante el gobernador de Siria, el superior inmediato de Pilato. Él destituyó a Pilato y lo envió de vuelta a Roma para que hiciera frente

²J. G. Vos, "Pilate, Pontius" («Pilato, Poncio»), *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*, ed. gen. Merrill C. Tenney (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1975), 4:792.

³*Antigüedades de los judíos* 18.3.1; *Guerras de los judíos* 2.9.2-3.

⁴*Guerras de los judíos* 2.9.4.

a una investigación.⁵

En relación con este estudio, tal vez el más interesante de todos los documentos sea el llamado *Testimonium Flavianum* de Josefo (su «testimonio» relacionado con Jesús). Muchos creen que las palabras del historiador fueron adornadas más adelante por cristianos, pero existe acuerdo mayoritario en el sentido de que la esencia de la aseveración fue escrita por Josefo, incluyendo esta frase: «... cuando Pilato, por insinuación de los hombres principales entre nosotros, lo condenó a la cruz, los que le amaban al comienzo, no lo abandonaron».⁶

Filo (h. 20 a. C.—h. 50 d. C.)

El filósofo judío Filo de Alejandría acusó a Pilato de toda clase de vicios. La mayoría de los eruditos creen que el teólogo fue culpable de exageración, pero en muchos aspectos la descripción con palabras que hace del gobernador concuerda con los anales bíblicos e históricos. Filo escribió de Pilato refiriéndose a sus «corrupciones, sus actos de insolencia, su rapiña [apoderarse a la fuerza de la propiedad de otros], su hábito de insultar a la gente, su crueldad y sus continuos asesinatos de personas sin ser juzgadas ni condenadas, y su perenne inhumanidad gratuita y muy grave».⁷

Filo consignó un incidente relacionado con las precarias relaciones de Pilato con los judíos. El gobernador puso escudos, que tenían labrada una dedicatoria al emperador, en las paredes de su residencia en Jerusalén. Furiosos, los dirigentes judíos enviaron una protesta a Tiberio. Tiberio mandó que se quitaran los escudos y que se llevaran al templo de Augusto en Cesarea.⁸

Diversas referencias históricas

El Talmud Babilónico Judío se refiere a Jesús diciendo que Este fue «colgado en la víspera de la Pascua»⁹ e insiste (como sería de esperar) en que los dirigentes judíos estaban justifica-

⁵ *Antigüedades de los judíos* 18.4.1, 2.

⁶ *Antigüedades de los judíos* 18.3.3.

⁷ Filo *Legatio ad Galium* 38.

⁸ Filo, *De legatione ad Galium* 299–305.

⁹ *Mishnah (Misná)*, Sanhedrin (Sanedrín) 43a.

dos al condenarlo.

Tácito, un historiador latino que escribió entre el 115 y el 117 d. C., hizo esta referencia a los cristianos: «Ellos tomaron su nombre de Cristo, que fue ejecutado por sentencia del procurador Poncio Pilato, en el reinado de Tiberio».¹⁰

Una carta siriaca, escrita por Mara bar Serapion a su hijo, hizo referencia a Jesús con estas palabras: «¿Qué ventaja obtuvieron los judíos al ejecutar a su sabio Rey? Fue justo después de esto que el reino de ellos fue abolido [...] Y el sabio Rey no murió en realidad; siguió viviendo en las enseñanzas que había dado».¹¹ No hay certeza de la fecha de esta fuente; pero su antigüedad bien puede remontarse al 73 d. C.

En 1961 se descubrió la primera evidencia arqueológica de Pilato. Los arqueólogos encontraron una piedra en el teatro romano de Cesarea, que contiene la inscripción: «Poncio Pilato, prefecto de Judea».¹²

Autores cristianos no inspirados

Varios autores cristianos primitivos no inspirados mencionaron a Pilato, siendo uno de ellos Orígenes. Justino Mártir y Tertuliano hicieron referencias al registro oficial que se hizo en el tribunal romano, del juicio al cual fue sometido Jesús,¹³ pero no está claro si ellos realmente vieron ese registro.

Para muchos de nosotros, los últimos días de Pilato son de gran interés personal. Cuando al gobernador se le hizo volver a Roma (como se menciona anteriormente bajo el título «Flavio Josefo» de este estudio), él llegó después de la muerte de Tácito. No tenemos evidencia histórica relacionada con lo que sucedió después, pero Eusebio consignó la ampliamente difundida tradición en el sentido de que Pilato cometió suicidio después del

¹⁰Tácito *Anales* 15.44.

¹¹Citado en Bruce Corley, "Trial of Jesus" («El juicio al cual fue sometido Jesús»), *Dictionary of Jesus and the Gospels*, eds. Joel B. Green y Scot McKnight (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1992), 842.

¹²John McRay, *Archaeology and the New Testament (La Arqueología y el Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1991), 203-4.

¹³Justino Mártir, *Apología* 1.35; 1.48; Tertuliano *Apología* 5.2; 21.24.

APÉNDICE 1: UN ESTUDIO ADICIONAL

juicio al cual se le sometió.¹⁴ Más adelante, las tradiciones dijeron que él cometió suicidio durante el reinado de Cayo (37–41 d. C.) en Viena Allobrogum de Gaul (que hoy es Francia), donde había sido exiliado. Eusebio atribuyó la muerte del gobernador a la justicia divina.¹⁵

¹⁴Eusebio *Historia Eclesiástica* 2.7.

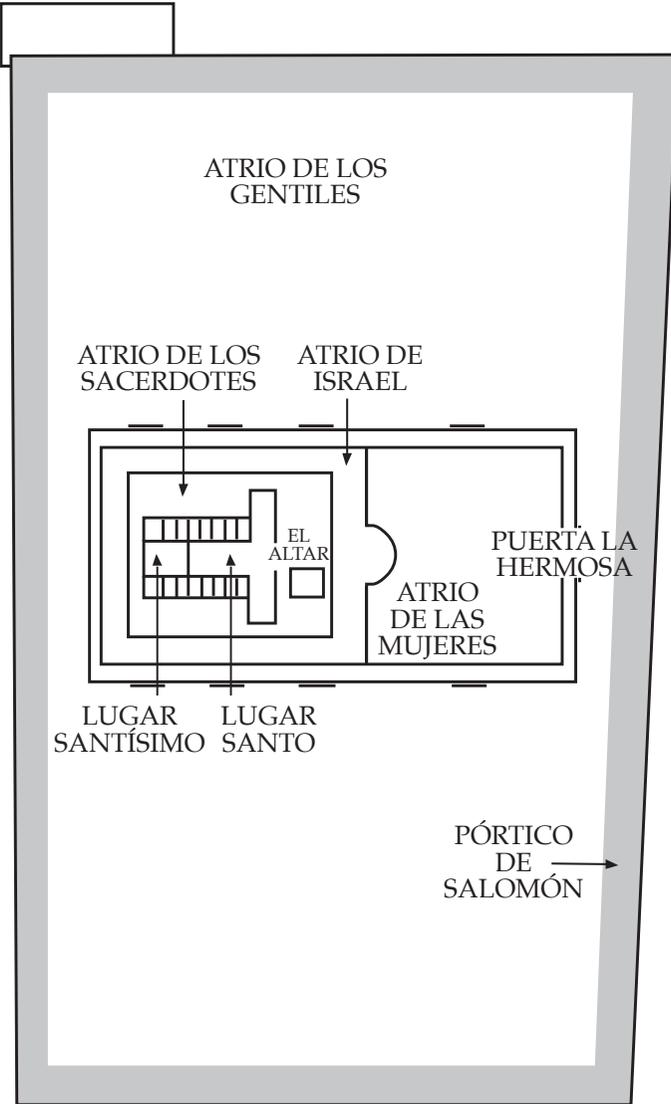
¹⁵*Ibíd.*

APÉNDICE 2

TABLAS Y MAPAS

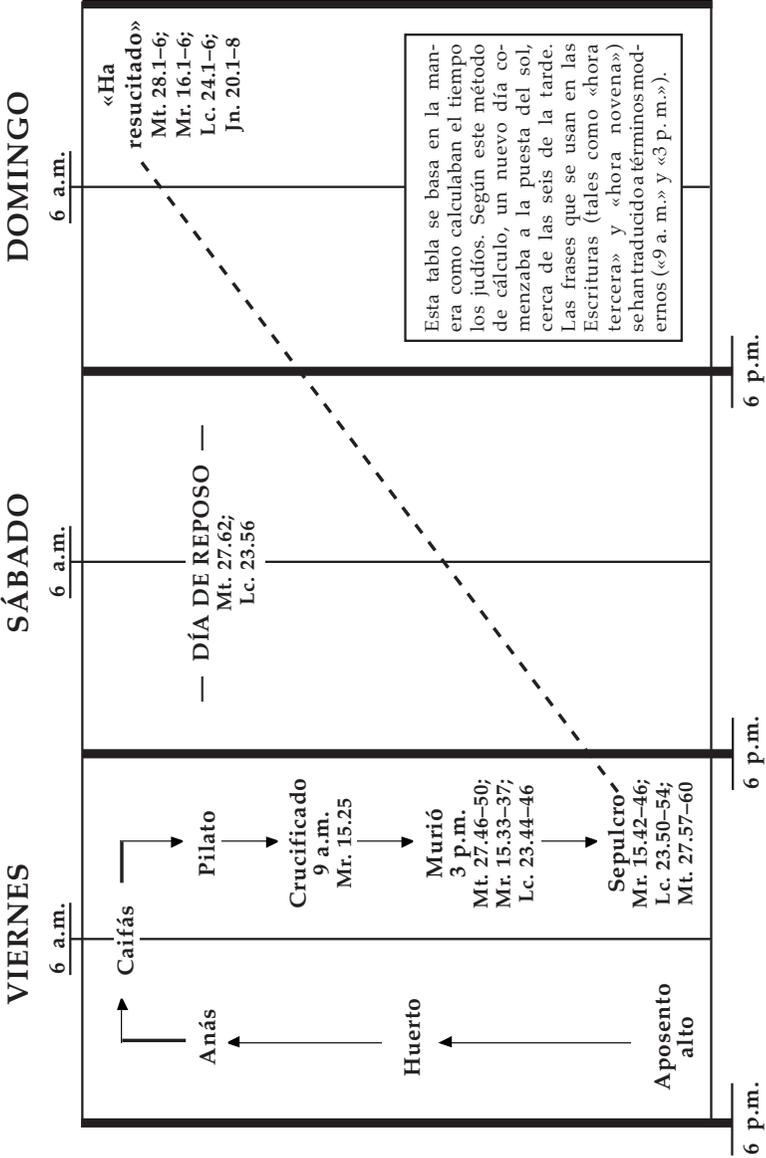
1. El templo	686
2. Tres días y tres noches (Mt 12.40)	687
3. Rutas sugeridas que siguió Jesús en Sus últimas horas	688
4. Palestina durante la vida de Cristo	689

FORTALEZA
ANTIONIA

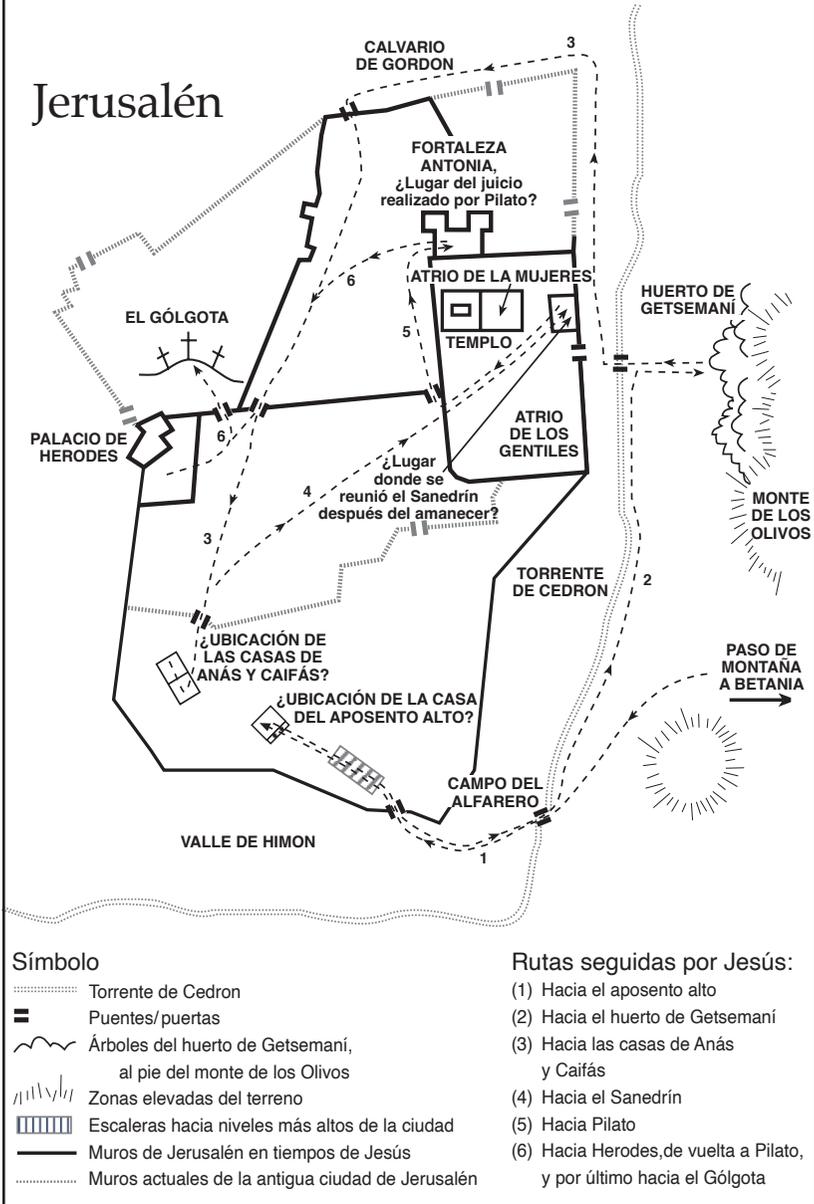


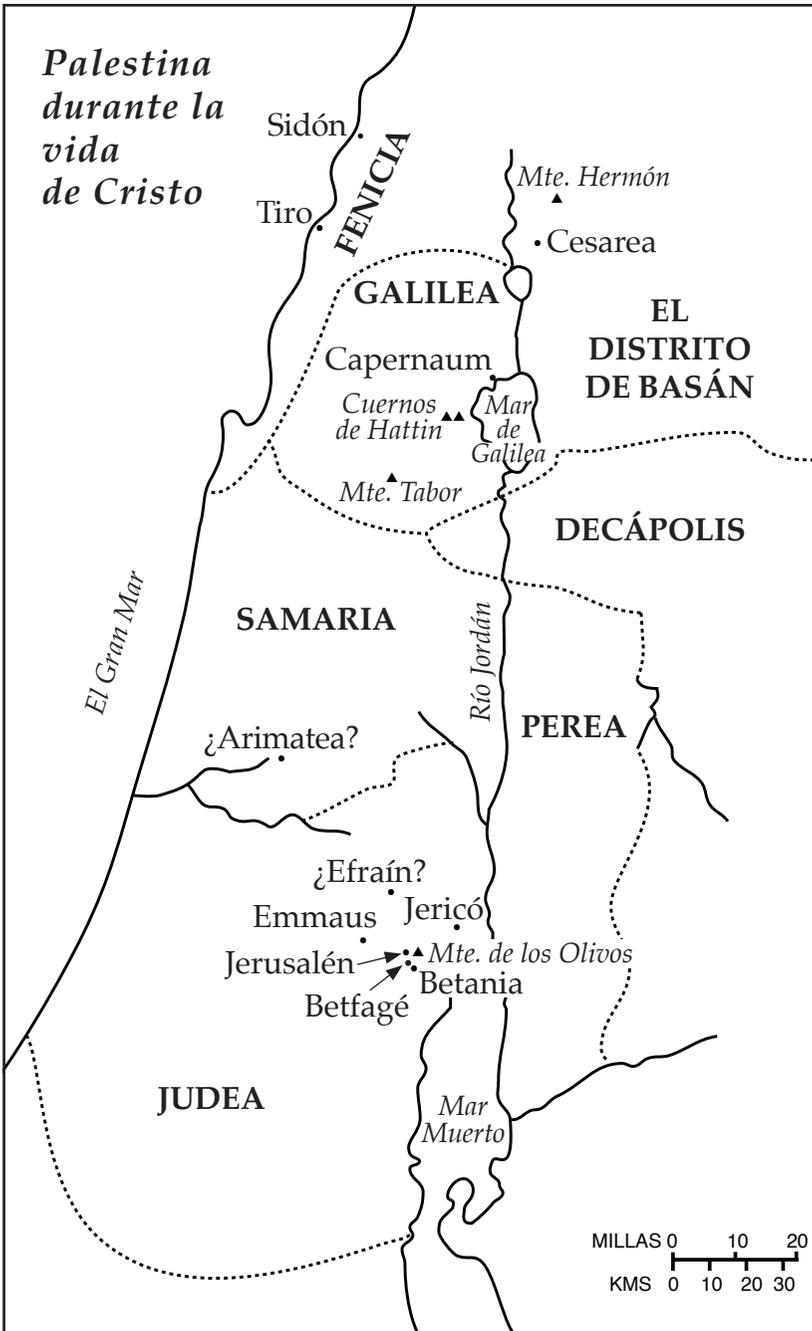
El templo

TRES DÍAS Y TRES NOCHES (MT 12.40)



RUTAS SUGERIDAS QUE SIGUIÓ JESÚS EN SUS ÚLTIMAS HORAS





DEL EDITOR

¿QUÉ ES LA ESCUELA MUNDIAL DE MISIONES DE LA VERDAD PARA HOY?

¿Qué tipo de obra misionera realiza La Escuela Mundial de Misiones de La Verdad para Hoy? Aquellos que estudian cuidadosamente el evangelismo misionero y la edificación señalan dos luchas constantes en el campo misionero.

PREOCUPACIONES DESAFIANTES

El primer desafío incluye educar al hombre local. De gran importancia para el misionero es educar y madurar al cristiano local para que pueda predicarle a su propio pueblo en su propio idioma. Dar este tipo de asistencia a los predicadores locales refinará nuestros esfuerzos misioneros, haciendo que estos predicadores sean más autosuficientes, más auténticos y más duraderos. Apreciamos que uno de los nuestros nos predique, así igual lo aprecian otras personas. Cuando pensamos en la obra como «nuestra obra», la abordaremos con mayor cuidado y sacrificaremos más por ella. Este principio es válido en prácticamente todas las culturas.

El cristianismo puede florecer en cualquier nación y cultura, en cualquier momento o circunstancia, si permitimos que se convierta en una obra más autóctona. Al utilizar predicadores locales, es mucho más probable que una obra misionera crezca en su entorno nacional que cuando se ha vuelto totalmente dependiente del sostenimiento estadounidense.

Después de que comenzó el Movimiento de Restauración en los Estados Unidos, los primeros predicadores y maestros no tardaron en darse cuenta de que tenían que enseñar a los jóvenes a

predicar para que el movimiento perdurara. Se establecieron escuelas muy temprano en la historia del Movimiento de Restauración. La sabiduría sugería ese enfoque.

Los cristianos están agradecidos por cada esfuerzo misionero que se lleva a cabo, como campañas de evangelización, misiones médicas y otros tipos de presentaciones. Sin embargo, no debemos pasar por alto el valor incomparable de brindar oportunidades educativas en el extranjero que ayudarán a los cristianos locales a poder predicarle eficazmente a su propia gente. Esta es una preocupación vital para el éxito continuo de los esfuerzos misioneros generales de la iglesia.

Proporcionar literatura bíblica, que es de gran valor, es el segundo desafío. El evangelismo misionero debería tener incorporado el componente de poner a disposición literatura bíblica que proporcione una comprensión de la Biblia al nivel de las personas. Aquellos a quienes el misionero está tratando de enseñar deben tener sus propias copias de la Biblia y se les debe guiar a una fe en Dios que se base en las Escrituras (vea Ro 10.17). Tienen que tener las ayudas de estudio adecuadas que les ayuden en su estudio de las Escrituras. Sin duda, el crecimiento en Cristo se ve facilitado por el alimento de la Palabra y la oración. Una obra misionera tiene una base sólida cuando manifiesta una comprensión clara y precisa de la Biblia y un compromiso devoto a la oración (vea Hch 6.4; 8.30, 31).

Cuando Tex Williams, el ex director de la Escuela Bíblica Mundial, estuvo en el campus de la Universidad de Harding, les habló a los estudiantes sobre la Escuela Bíblica Mundial. Le recordó a una clase de misiones que la literatura cristiana es una de las mayores necesidades de África. «Sin esta literatura», dijo, «simplemente no pueden hacerse cristianos y alcanzar la madurez cristiana como deberían». La literatura bíblica tiene un lugar vital en el crecimiento espiritual de cualquier persona. Cuando los nuevos convertidos viven en la presencia y la enseñanza de hombres de fe y el conocimiento bíblico, es seguro que habrá crecimiento en Cristo. Sin embargo, muchos lugares de la tierra carecen de este tipo de enseñanza. La Escuela de Misiones Mundiales de La Verdad para Hoy busca enviar estudios y comentarios bíblicos necesarios a lugares donde las personas están desesper-

¿QUÉ ES LA ESCUELA MUNDIAL DE MISIONES DE LA VERDAD PARA HOY?

adas por ellos. Hasta 32.000 hombres en 140 naciones del mundo reciben nuestros correos mensuales, que se envían en trece idiomas diferentes.

Estas dos exigencias misioneras singulares: la necesidad de levantar hombres locales y la necesidad de cubrir la tierra con literatura bíblica deben recordarse y abordarse. Nuestros esfuerzos siempre tienen que estar diseñados para lograr estos objetivos. No seguirlos es ignorar los sólidos resultados de la investigación que se ha realizado sobre estrategias misioneras.

UNA ESCUELA ÚNICA

La Escuela Mundial de Misiones de La Verdad para Hoy (EMMLVH) se estableció como una escuela de ministerio impreso en 1990. Desde sus inicios, ha sido inspirada, alentada y apoyada por la iglesia de Cristo de Champions en Houston, Texas. EMMLVH ha demostrado ser una manera exitosa de combinar dos métodos de evangelización y ministrar eficazmente a grandes porciones de la tierra.

EMMLVH es una escuela impresa de predicadores y maestros. La labor comenzó con 1.460 predicadores nacionales que estaban haciendo su labor en 110 naciones. En la actualidad, la literatura se envía por correo a muchos miles de nacionales en varias naciones más. Las recomendaciones para estos hombres nos llegan de maestros de la Escuela Bíblica Mundial, misioneros, y realizadores de campañas y de los mismos predicadores locales. La escuela impresa de predicadores ha disfrutado de un crecimiento fuerte y continuo.

EMMLVH utiliza tanto la página impresa como la electrónica. Cada tres meses, los hombres inscritos reciben el equivalente a 450 páginas de estudios expositivos de las Escrituras. Se cree que el tipo de estudio expositivo cruza culturas mejor que otros tipos de estudio. Los materiales enviados dan un trato completo del libro del Antiguo o Nuevo Testamento que se está estudiando. Poco después de la publicación, las lecciones también están disponibles en nuestro sitio web (www.biblecourses.com).

Se proporciona una escuela en línea de estudios bíblicos para aquellos que pueden acceder a ella. ThroughTheScriptures.com

fue lanzado el 1° de septiembre del 2015. En su debut, abarcaba todos los libros del Nuevo Testamento y el 70 por ciento de los libros del Antiguo Testamento en inglés. Los cursos se basan en la serie de comentarios de La Verdad para Hoy. EMMLVH se dedica a poner toda la escuela en veintitrés idiomas para que un porcentaje cada vez mayor de personas en el mundo tenga la oportunidad de tomar los cursos que ofrece. El estudiante tiene que tener una computadora o un teléfono inteligente con conexión a Internet y poder utilizar uno de los idiomas ofrecidos. Las becas están disponibles para quienes se encuentran fuera de los Estados Unidos.

Los correos mensuales brindan al hombre local la oportunidad de fortalecerse para predicar y enseñarle a su propia gente en su propio idioma. Dado que este trabajo se realiza en gran medida por medio de la página impresa, cumple parcialmente la demanda de literatura cristiana que tienen estos maestros y predicadores. La página siempre estará con nosotros. Puede que sea entregada electrónicamente, pero es una de las formas más efectivas de transmitir la verdad del evangelio en todo el mundo.

ARGUMENTOS SOLIDOS

Este enfoque de envío por correo misionero tiene varios argumentos sólidos. *Para empezar, proporciona una educación continua de bajo costo para los hombres locales.* Los materiales expositivos pueden enviarse al extranjero de una manera rentable. Cada revista enviado a los locales puede durar hasta diez años. Por tanto, este tipo de apoyo misionero es muy útil. De esta manera, EMMLVH ofrece una educación continua a cientos de hombres locales que gasta, comparativamente hablando, una pequeña cantidad de dinero misionero.

Mediante esta labor, los nacionales reciben un estímulo literario mientras realizan su labor en sus propios países. Traer a estos hombres a los Estados Unidos para una educación conlleva dos problemas. Primero, es muy caro. Además, cuando el hombre local prueba las bendiciones de los Estados Unidos, a menudo decide quedarse en los Estados Unidos y no regresar a su propia tierra. Es mucho más práctico y asequible proporcionar una educación

¿QUÉ ES LA ESCUELA MUNDIAL DE MISIONES DE LA VERDAD PARA HOY?

continua para el predicador nacional en su propio país, si se puede lograr.

Estos correos pueden llegar rápidamente a miles de hombres nacionales. Estos hombres desean asistencia inmediata y, por medio de EMMLVH, ¡la reciben todos los meses! Para nuestro tiempo y financiamiento, las páginas impresas y electrónicas constituyen quizás la forma más práctica disponible que tenemos para ayudar a miles de predicadores y maestros locales en todo el mundo.

Los hombres locales pueden recibir una educación de calidad durante un período de tiempo. La palabra clave es «calidad». Con el debido cuidado, las publicaciones periódicas enviadas pueden quedar en poder de ellos durante muchos años. Las entregas mensuales de estudios les permiten a los locales tener tiempo para comprender y asimilar las lecciones. Pueden almacenar fácilmente los libros para leerlos y volver a leerlos en el futuro. Pueden compartir las verdades bíblicas que se encuentran en las lecciones con otros en su área.

UNA GRAN VISION

Visualizar estos correos nos inspira a imaginarnos a miles de hombres bien preparados en la mayoría de las naciones del mundo saliendo a predicar a su propia gente en sus propios idiomas. Hemos entrado en sus labores y los hemos apoyado con estos estudios bíblicos. Estos hombres están comprometidos con Cristo y conocen la importancia de predicar y enseñar la Palabra. Es posible que nunca tengan la oportunidad de estudiar en una escuela de predicadores o maestros (o cualquier otro tipo de escuela) que les permita predicar con mayor precisión y fidelidad. Al menos, es posible que no tengan el privilegio de estudiar en una escuela como la que tenemos en los Estados Unidos. Tienen pocos libros, si es que tienen alguno. Para ellos, los materiales que enviamos son casi tan valiosos como el oro puro.

A nosotros nos cuesta imaginarnos cómo reaccionan estos hombres cuando reciben materiales sobre varios libros del Antiguo y Nuevo Testamento. EMMLVH ha contribuido a aumentar la eficacia de los locales en su labor de llevar almas a Cristo y edificar a los que se han hecho cristianos.

EVANGELISMO PERSONAL

Con el fin de enseñar a aquellos que nunca han escuchado el evangelio, EMMLVH diseñó un libro especial en 2001. Este libro, con el título *Cómo llegar a ser un cristiano verdadero*, contiene más de trescientas páginas sobre cómo hacerse cristiano. Al lector del libro se le presenta a Dios, a Cristo y el Espíritu Santo; La Biblia; la vida terrenal de Jesús; la muerte, sepultura y resurrección de Jesús; el establecimiento de la iglesia; y cómo se puede vivir hoy para Cristo como miembro de Su iglesia. Las últimas doscientas páginas del libro contienen una copia completa del Nuevo Testamento (Reina-Valera).

Dos millones de estos libros en diecisiete idiomas diferentes se han enviado a África, los países de Europa del Este, India, América Latina y otras naciones. La tasa de éxito ha sido muy alta, sorprendentemente alta, de hecho. El libro reúne el mensaje que cualquier cristiano querría transmitir a alguien que no ha tenido el privilegio de escuchar el evangelio.

NOS MANTENEMOS FORTALECIDOS

Juntos, mantengamos este impulso misionero que se ha convertido en uno de los esfuerzos de alcance más efectivos de la iglesia. *Hábleles a otros sobre esta labor*. Ayúdeles a ver las oportunidades de estudiar toda la Biblia. *Estudie la Biblia en ThroughTheScriptures.com, que es una manera maravillosa de progresar en el conocimiento del texto bíblico*. Este es probablemente el estudio más completo de la Biblia disponible en línea. Actualmente, en este sitio web hay cuatrocientos cursos en varios idiomas. Cuando una persona toma cursos por medio de esta escuela en línea, se equipa con una mejor comprensión de la Biblia.

Que Dios nos bendiga para que hagamos el mejor uso de estos maravillosas oportunidades a medida que crecemos en el Señor.

Eddie Cloer

